M. G. NAGERA

PROSA

PQ7297
.G8
v.1
1898

LIC J.M.C.

1020020250

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

OBRAS

DE

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

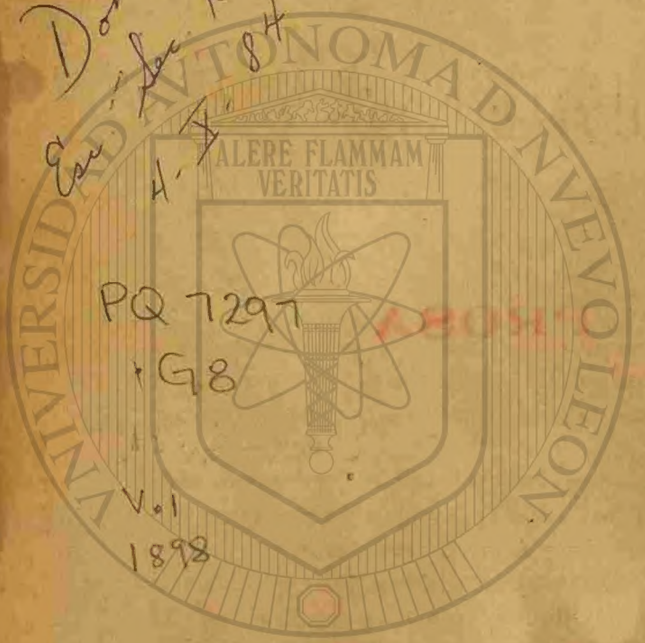
PROSA

TOMO PRIMERO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO
TIP. DE LA OFICINA IMPRESORA DEL TIMBRE
PALACIO NACIONAL
1898

Donativo
Esc. Sec. Rangel Frías
4-X-84
1859-1895
PQ 7297
.G8
V.1
1898
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ACERVO DE LITERATURA
131791



INTRODUCCIÓN

Con temores de niño, entremezclados de pueril alegría, abro poco á poco la puerta del estudio. No quiero meter ruido ni llamar sobre mí la atención de los muchos curiosos que esperan impacientes.

Era Justo Sierra quien debía pronunciar el discurso de apertura de la artística exposición; era él quien debía venir, majestuoso y risueño, como siempre, á dar su erudita conferencia acerca de estas obras y á demostrar, con el encanto de su palabra, la superioridad del maravilloso y joven autor. De modo que mi presencia va á producir murmuraciones de descontento. ¡Ah! pero á la vez, cómo me envanece y me entusiasma y me cosquillea el corazón un presuntuoso sentimiento de orgullo! Me persigue la insinuación acariciadora; el eco de la voz del maestro se ha quedado en mi oído, como el rumor del mar en el caracol:

—No puedo ir; vé tú, anúnciame para la clausura.

Ya sé que no fué Justo Sierra el que me eligió, sino la suerte. Yo era el que estaba cerca, el que había ayudado á colocar los cuadros, á clavar los tapices, á escoger la orfebrería, á escribir el catálogo, y por eso, con su habitual y bondadosa confianza, el maestro me dijo:—Vé.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Otros discípulos lo harían mejor, es claro; pero no estaban presentes, y urgía no hacer esperar más al público, cuya inquietud y malestar iban tomando formas alarmantes.

Vacilé; me aturdió un poco la sorpresa, y respondí sin saber lo que decía. Pero ya pasó ese instante de turbación, y obedezco. Cruzo por entre la multitud, con los ojos bajos, por miedo de encontrar semblantes hoscos ó caras burlescas, y, dominando mis temores y mi alegría, abro poco á poco la puerta del estudio. Ya está abierta de par en par; entro, oigo los pasos suaves y las voces veladas de los que me siguen; casi siento su contrariedad y su desencanto; cuchichean. ¿Qué dirán de mí? No, no vuelvo la cabeza, porque entonces puedo perder mi decisión y mi seguridad. Vamos; á subir al sillón de la cátedra; á sentarse. ¡Qué gentío! Y en un rincón, un grupo de amigos maliciosamente risueños. Esto es irremediable; un esfuerzo, un reconocimiento de la voz. . . .

Señores:

Las obras que hoy se presentan á vuestra vista, han sido escogidas por manos piadosas entre la estupenda suma de trabajos con que Manuel Gutiérrez Nájera, durante dos décadas, llenó la prensa nacional hasta colmarla. La mayor parte de estas obras está compuesta de bocetos, de esquemas, de apuntes y dibujos ejecutados á la ligera, con la precipitación del obrero que se ve precisado á terminar su tarea para ganarse el jornal íntegro. Lienzos acabados, estudios completos, hay pocos; pero así, pocos como son los cuadros que el artista concluyó, y muchos los proyectos que sólo esbozó, delineándolos con una ideal y exquisita finura, unos y otros muy á las claras muestran, como veréis, así la sabiduría del técnico como la sensibilidad del pensador y del poeta.

Era difícil, en verdad, y más que difícil, laborioso, y más que

laborioso, delicado, entresacar del enorme acervo acumulado en veinte años, estas filigranas de oro virgen, que son como piezas de una maquinaria, diseminadas en todas partes, y que una paciente faena logra juntar y engranar hasta rehacer, con adivinaciones y tanteos, el complicado mecanismo. Porque en medio del desbarajuste de la inquieta vida del artista, se entreve la unidad de la obra. ¡Oh, sí; es extraordinario este talento de refinado que á diario sujetó su espíritu al duro suplicio de la producción, sin que la fatiga intelectual, apenas perceptible en la última época, le obligase á cambiar de rumbo, á buscar reposo en otras ideas y otros sentimientos y otro estilo que los suyos propios, que él adquirió, asimilándose, en un principio, elementos que respondían á su temperamento, y que, más tarde, dominó, vaciándolos, por fin, en un molde definitivo y peculiar. Figuráos un lapidario que se ocupase en pulir un diamante, y que hoy, y mañana, y todos los días, puliese una faceta de la piedra preciosa. Esta fué la constante ocupación del artífice: limpiar y bruñir el estilo para que la luz se descompusiese en el prisma de cristal, y estallase en los colores del iris ante la mirada embebecida. A veces las aristas no son muy suaves, ni las caras muy tersas: hay lugares donde se echa de ver la violencia del pulimento; pero en conjunto, alejándose un poco, ¡qué bien que se ven cabrillear inesperados y fúlgidos matices!

El artista que hoy celebro había saturado su espíritu del sutil y enervante perfume que despiden, página á página, los modernos libros franceses. Esa expresión clara, flexible, inquieta y pura, la tomó de las divinas fuentes de donde mana el pensamiento en una forma exacta, bella, transparente como un ropaje luminoso. Sólo que el *Duque Job* recibía este rocío fecundo en el ánfora de su alma, incurablemente enferma de sensibilidad y ternura, en donde los extraños perfumes que caían, evaporábanse en una delicada y tibia fragancia, mezcla de flores y de in-

cienso. Por el tamiz de su temperamento, infinitamente piadoso, pasaban las ajenas concepciones que le inspiraron, como pòr una gasa azul pasan las claridades del sol.

Ahora que vais á admirar sus composiciones, á cada paso sorprenderéis en un rasgo, en una pincelada, en una línea, esta apostólica obsesión de consuelo, embalsamada con los últimos granos de mirra que el creyente pudo salvar en el arca rota de su fe. Tales composiciones, obra de una fantasía atacada de tranquilo delirio, fueron, apenas pensadas, traídas á la realidad, arrojadas al mundo exterior, con una fatigante y dolorosa precipitación.

No lo parecen; nadie lo creería; estaban destinadas á ser efímeras, á pasar al olvido en unas cuantas horas, y su autor jamás paró mientes en ellas, porque, de antemano, y á sabiendas, no quiso darles más luz que la que necesitaran para entretener y deslumbrar un momento á la multitud, como los fuegos artificiales. Y se equivocó: sin quererlo, vertió mucha miel de alma en esos panales. Entero se reveló en esas miniaturas que compuso á la buena de Dios, sin previa meditación, sin esfuerzo, como quien ejecuta un acto normal de la vida ordinaria. De ahí esos ligeros desaliños, esas reminiscencias, esas rapsodias, que reflejan la impresión y la lectura postreras.

¿Me permitís que os lo recuerde? Le conocí, le amé, estuve en perpetuo contacto con él, y le pedí la mano, á veces, para que me condujese en el misterioso laberinto del Arte.

Era un madrugador, un matinal. Quizá por eso de su sonrisa, de su mirada, de su voz, de todos sus poros, de todo su ser, despedía, derramándola en la atmósfera que lo circundaba, una suave frescura, un olor de alma en primavera, que á sus amigos nos hacía la impresión de una flor invisible, cuya esencia, vaga y desvanecida, aspiráramos lentamente.

¡Qué gozo espontáneo el suyo, al llegar á la redacción y revisar la prensa, y tomar la pluma, y ponerse á garrapatear cuartillas y más cuartillas, sin aparente discernimiento ni reflexión, entre nosotros que discutíamos y charlábamos, parleros unos como golondrinas recien despiertas, y otros amodorrados aún y con el cansancio y el aburrimiento que deja, en el amanecer, una noche alegre.

El no era de uno ni de otro bando; entre la alharaca y el trasiego, escribía, escribía. Poseedor de esa cualidad tan celebrada en Jorge Sand por sus contemporáneos, envolvía su pensamiento en una onda de silencio y de paz, que no traspasaban las agitaciones de nuestros tumultos ni los ecos de nuestros bullicios. De vez en cuando levantaba la cabeza, y de la lumbre encenizada del puro, ornato sempiterno de su boca, subía, culebreando, un hilo de humo moreno, que, al ascender, iba destorciéndose en diáfanos y caprichosos arabescos. Era que buscaba en el almacén de la memoria una cita, una frase célebre, un nombre, el título de un libro. Y un momento después, encorvado sobre la mesa, con el puro abatido, y casi extinto, tornaba á su trabajo, y el rasgueo precipitado de su pluma producía un ligero ruido de roedor laborioso. El *Duque*, ensimismado en su tarea, aparentaba no retener la cuerda loca de nuestra conversación. Y sí; de repente, en un rápido intervalo de silencio, oíamos, como caído del cielo, un *á propósito*, chorreante de malicia y de chiste. Y todos entrábamos á tiempo en el coro de la risa. Volvíamonos hacia el gracioso, en cómicos ademanes de regocijo, y le veíamos risueño, alegre, con su fisonomía ingénua y dulce, y sus ojillos de Juno, de un verde diluído, relampagueando en la esclerótica amarillenta.

Ah! no era hermoso: su rostro pálido—máscara mal modelada—tenía una remota reminiscencia pagana; un vago total de sátiro joven. La cabeza fuerte, braquiocéfala, con el pelo cortado á la romana y manchado de prematura canicie; la frente asimé-

trica, con una protuberancia que parecía una contusión, y, desprendiéndose de las dos curvas de las cejas, como detenida por ellas, la nariz gruesa, robusta, desproporcionada, henchida de carne hacia la punta, hasta borrar los contornos de las fosas; y bajo la nariz, mal escondida por el bigote de púas enceradas y rígidas en horizontal constante, la boca de labios delgados, exangües, inclinada en una rara mueca hacia el rincón que sostenía la perpetua carga del puro. Pero estas facciones sinuosas, con repulgos y escarpaduras—como repujadas rudamente en una lámina de hierro—dentro del óvalo imperfecto de la cara, se animaban por un esplendor interno, dulce y vivo, que punteaba los ojos de rápidas estrellas errantes, y por una sonrisa bondadosa y pía, consoladora como una caricia, de esas que los pintores del Renacimiento pusieron á flor de labio, en las invioladas bocas de las vírgenes.

Y la testa mal modelada que, con una corona de hojas de vid, entretejida de mirtos, se hubiera semejado á la de un joven caprípedo, tomaba una expresión de ironía, inocente y serena, á cuyo sugestivo encanto íbanse borrando las líneas duras, las asimetrías, los defectos, como si una mano invisible retocara aquella fealdad extraña, dándole, de pronto, un misterioso y subyugador atractivo. Ese rostro fué una tosca vasija, donde apuramos sus compañeros el vino de su génio.

Hablaba, y le escuchábamos, elevando, á veces, la risa hasta las lágrimas, recibiendo con una loca algazara, la agudeza punzante y fúlgida, como un dardo de luz, y atentos á lo que decía aquel gozoso narrador. Era un epigramático sutil, un cronista alado de la vida. Muy adentro de su espíritu, muy adentro, quedaba intacto y puro el sentimiento; pero en la superficie, abrían sus corolas, rosadas como risueños labios de mujer, los asfodelos de la burla. Arriba las ondas bullentes de la gracia; abajo las aguas silenciosas y dormidas de la ternura. Esta faz de su carácter, tendrá que ser estudiada, en lo futuro, por un psicólogo. Yo la apunto aquí; y Gutiérrez Nájera la derramó á manos llenas en su conversación y en sus escritos.

Y cuando por la tarde tomábamos el periódico, húmedo aún y sin doblar, atraídos por una curiosa manía, y leíamos el artículo del *Duque*, no ocultábamos la sorpresa—¡la diaria sorpresa!—compuesta, por mitad, de admiración y de cariño. ¿Qué hacía este muchacho charlador, para escribir, en medio de nuestras escandalosas travesuras, esas páginas admirables, de estilo terso y blanco como una placa de mármol, repletas de alusiones literarias, con períodos eruditos, citas raras y hermosas, frases coloridas y arrulladoras, y tropos nuevos y delicadas alegorías? ¿Qué procedimiento empleaba este obrero incansable para realizar tales maravillas? ¿En qué hechicería, en qué texto de ocultismo se inspiraba aquel pujante cerebro para transladar su pensamiento, con la rapidez de una evocación, á los puntos de la pluma?

Se llevó á la tumba el secreto de su prodigio.

En un banquete, sin embargo, nos hizo una explicación enigmática de su manera de trabajar. Dejaba correr la fantasía, suelta y despreocupadamente, sin presentarle obstáculos, ni ponerle trabas, á campo travieso, por las enmarañadas selvas del ensueño. La memoria le ayudaba mucho en esta carrera desenfrenada, sin rumbo—vuelo de cinglo—por interminables horizontes. La memoria arrancaba de aquí y de allá, en las orillas del sendero recorrido, la flora exótica, los cálices de acre aroma y los pétalos de enarcado contorno, que picaban las brumas del recuerdo. La plasticidad y la flexibilidad de su estilo, dependían, según él afirmaba, de una caja de música que, en el interior del oído, marcábale constantemente los ritmos á que debía ajustar el idioma. Las voces salían, como evocadas por el canto interno,

y formaban guirnaldas melódicas, harmoniosas combinaciones, inesperados juegos de sonidos, dentro de los cuales vibraba la nota perenne de una queja muy honda y muy doliente.

No olvidaré nunca la sobremesa de ese banquete; no la olvidarás tampoco tú, José Juan Tablada, en cuyo semblante de Edmundo de Goncourt, adolescente, no había caído aún esa niebla de tristezas y desengaños, que hoy vela el brillo de tus pupilas y pone en tu frente la huraña arruga de una anticipada misantropía. Tú fuiste el promotor, José Juan; te esforzaste por rendir este último tributo de admiración á nuestro joven maestro; nos invitaste, y corrimos en pos tuya, para honrar al hermano mayor que, sobre todos nosotros, poseía el don divino.

Entre alabanzas y ditirambos y panegíricos, fuése el *Duque Job* sintiendo molesto; le estorbaban, como cadenas de presidiario, los lazos de rosas que le echábamos al cuello, y su palabra, un tanto difícil y tardía que, hiriéndose, tropezaba en las pronunciaciones fuertes, como pie desnudo en camino pedregoso, tomaba estremecimientos sollozantes y temblores de angustia. Nos lo dijo: no quería ser ensalzado, sino amado. Y nos hizo sus confidencias dolorosas, abrió el cofre de sus intimidades literarias; sacó de él cuanto guardaba de amarguras, de desencantos y de penas. Nos mostró sus heridas: ya no sangraban; el bálsamo de una infinita bondad las había cerrado para siempre. Y entonces vimos cuánto sufrió este artista, de los estultos y de los rutineros, que creyeron hallar en la elegante originalidad del poeta, una presuntuosa extravagancia. Para imponerse, tuvo que pasar, como por un vericueto de ortigas, por un sembrado de sarcasmos necios. Ejerció el sacerdocio de la santa paciencia, durante el reinado del insulto canalla y de la sátira brutal. Las vulgares mediocridades, parapetadas tras la muralla del sentido común, le lanzaron sus saetas emponzoñadas con el licor de víboras de la envidia.

Fué un cuento de veterano el que oímos; la narración de campañas heroicas, hecha por un valiente, apacible y sincero. Y mientras de los árboles del *tivoli*, goteaban los ocres y los rojos de un divino crepúsculo de cristal, y en el fondo escarlata de nuestras copas caía el polvo de oro de la tarde, nosotros, echados de bruces sobre la mesa revuelta del banquete, agitando nuestras floridas melenas de garzones románticos, escuchábamos en un nervioso silencio, pleno de emoción y de lágrimas, la tirada lírica de aquel triunfador que amó la Belleza sobre todas las cosas de este mundo.

¡Oh, amigos míos! ¿No es verdad que nuestra admiración tomó entonces la forma de una devoción?

Después de esa tarde, no volvió jamás á hablarnos de sus luchas; pero ya sabíamos á costa de qué sacrificios, de qué castigos, de qué dolorosas mutilaciones de vanidad, nos traía la nueva y brillante forma artística.

Sí; nos la trajo; la enseñó, la difundió, la hizo amar de la juventud americana.

Muy pronto Justo Sierra nos hará conocer la influencia decisiva que ejerció en nuestra literatura la irisada y joyante prosa de Gutiérrez Nájera. En él está todo el *modernismo* hispano-americano; pero está sin extravíos, sin desequilibrios, sin epilepsías, sin rebuscamientos, sin ese aparato de novedad que disloca, y retuerce y oprime la idea, envolviéndola en una sonora red de vocablos pomposos.

En las obras que dió á la estampa en efímeras hojas, arrojándolas, como quien tiene prisa por irse, abrevaron las flamantes inspiraciones de los recién llegados á la Poesía.

En su casta y benévola vida, encendimos, como en la luz de una sagrada lámpara, nuestros anhelos y nuestras esperanzas; ¡ay! y un viento frío que venía de lo alto, sopló sobre la lla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ma y la apagó! Quedamos por mucho tiempo en las tinieblas. «Conservo todavía—he clamado un año después de la muerte del *Duque*—esa pena que no quiere salir de la sombra; que se encapricha en seguir muda y sin lágrimas frente al lecho vacío de donde acaban de levantar la caja mortuoria para llevarla al camposanto. Quedan derramadas por el suelo, desprendidas de las coronas y las cruces de musgo, esas rosas amarillentas, de un blanco anémico, mustias y desveladas, que parecen mujeres que han llorado mucho y que, rendidas por la fatiga se dejaron caer en el pavimento. Una palma—símbolo cristiano—se encorva como la espada de un arcángel, entre los adornos de metal de la cabecera; los cuatro gruesos cirios, consumidos hasta la taza ennegrecida del candelero, arden opacamente y chorrean gotas de cera, como pupilas cansadas que vierten las últimas lágrimas. Por los balcones, entrecerrados, entran las ráfagas del sol como transparentes alas de átomos; el espejo está cubierto por un crespón inmóvil; las santas imágenes sonríen tras de los vidrios; el crucifijo de marfil abate la cabeza, en su eterna agonía, sobre el cuerpo enflaquecido y exangüe. Afuera se oye el paso monótono de la fúnebre comitiva que va atravesando el corredor. . . . Dejadme aquí, solo, amigos míos; esta obscuridad es grata á mi espíritu. En los rincones de la cámara están sollozando los cariños íntimos: un grito ahogado acaba de romper el silencio; tras de la puerta cae un cuerpo convulso; una niña, corriendo, atraviesa la alcoba; va asustada y trágica; se lleva las manos á la cabecita blonda, y murmura al salir: *¡mamá! ¡mamá!*. . . . No, no quiero ver el día; no quiero ver el cielo: ¡son unos ingratos! Id vosotros, á quienes tanto amaba; acompañadle como otras veces, cuando en la noche, de vuelta del teatro, nos decía: «Vamos charlando hasta la puerta de mi casa,» y le seguíamos, riendo y fumando, á través de las calles solitarias. Quiero quedarme en la obscuridad de la alcoba, mirando la puntiaguda llama del blandón próximo á extinguirse, frente al lecho vacío y el Cristo exangüe. . . .»

Y bien; aun tengo la pereza de un gran dolor transformado en blanda melancolía. Aun al recuerdo del doliente episodio, se enervan mis energías y se me anubla en llanto el pensamiento.

Dispensadme, señores, este inoportuno temblor de voz y esta rápida remembranza de la desaparición de mi amigo. Cedí, sin querer, á los impulsos de mi corazón perfumado con el amor de un ausente que se llevó muchas ilusiones mías á la misteriosa tierra, donde duerme, como él quiso, bajo un tapiz de *flores compasivas*.

Comprendo que esto no debe ser; que mi maestro no me encargó una elegía, sino un discurso de apertura; pero he venido sin prepararme, sin libros que citar ni doctrinas que exponer, confiado en que mi entendimiento se elevaría á la altura del asunto, por el sugestivo poder que, aun más allá de la tumba, tiene sobre mí el artista exquisito que se levantó, para no volver más, del festín de nuestra juventud.

Ya veo que mi fantasía no ha podido subir; sus alas son muy débiles, y le pesan, porque, en su vuelo á ras de la tierra, se las ha empapado una lluvia de lágrimas.

Pero dejad que tienda mi tristeza—crespón negro del que emergen las flores retóricas como fúnebres bordaduras—sobre la celeste poesía de esta dulce memoria.

Justo Sierra prometió venir á clausurar la exposición con una conferencia. Esperadla. Entretanto, pasad; el taller queda abierto, y en él hay mucho que admirar, ¡oh buenos espíritus enamorados de lo bello!. . . .

LUIS G. URBINA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUENTOS FRÁGILES

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUENTOS FRÁGILES

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA BALADA DE AÑO NUEVO.

En la alcoba muelle, acolchonada y silenciosa, apenas se oye la blanda respiración del enfermito. Las cortinas están echadas; la veladora esparce en derredor su luz discreta, y la bendita imagen de la Virgen vela á la cabecera de la cama. Bebé está malo, muy malo..... Bebé se muere.....

El Doctor ha auscultado el blanco pecho del enfermo; con sus manos gruesas toma las manecitas diminutas del pobre ángel, y frunciendo el ceño, ve con tristeza al niño y á los padres. Pide un pedazo de papel; se acerca á la mesilla veladora, y con su pluma de oro escribe..... escribe. Sólo se oye en la alcoba, como el pesado revoloteo de un moscardón, el ruido de la pluma corriendo sobre el papel, blanco y poroso. El niño duerme; no tiene fuerzas para abrir los ojos. Su cara, antes tan halagüeña y sonrosada, está más blanca y transparente que la cera: en sus sienes se perfila la red azulosa de las venas. Sus labios están pálidos, marchitos, despellejados por la enfermedad. Sus manecitas están frías como dos témpanos de hielo..... Bebé está malo..... Bebé está muy malo..... Bebé se va á morir.....

Clara no llora; ya no tiene lágrimas. Y luego, si llorara, despertaría á su pobre niño ¿Qué escribirá el Doctor? ¡Es la receta! ¡Ah, si Clara supiera, lo aliviaría en un sólo instante! Pues qué, ¿nada se puede contra el mal? ¿No hay medios para salvar una existencia que se apaga? ¡Ah! sí los hay, sí debe haberlos; Dios es bueno, Dios no quiere el suplicio de las madres; los médicos son torpes, son desamorados; poco les importa la honda aflicción de los amantes padres: por eso Bebé no está aliviado aún; por eso Bebé sigue muy malo; ¡por eso Bebé, el pobre Bebé, se va á morir! Y Clara dice con el llanto en los ojos:

—¡Ah! ¡si yo supiera!.....

La calma insoportable del Doctor la irrita. ¿Por qué no lo salva? ¿Por qué no le devuelve la salud? ¿Por qué no le consagra todas sus vigilias, todos sus afanes, todos sus estudios? ¿Qué, no puede? Pues entonces de nada sirve la medicina: es un engaño, es un em-

buste, es una infamia. ¿Qué han hecho tantos hombres, tantos sabios, si no saben ahorrar este dolor al corazón, si no pueden salvar la vida á un niño, á un sér que no ha hecho mal á nadie, que no ofende á ninguno, que es la sonrisa, y es la luz, y es el perfume de la casa?

Y el Doctor escribe, escribe. ¿Qué medicina le mandará? ¿Volverá á martirizar su carne blanca con esos instrumentos espantosos? —No, ya no—dice la madre;—ya no quiero. El hijo de mi alma tuerce sus bracitos, se disloca entre esas manos duras que lo aprietan, vuelve los ojos en blanco, llora, llora mucho, ruega, grita, hasta que ya no puede, hasta que la fuerza irresistible del dolor le vence, y se queda en su cuna quieto, sin sentido y quejándose aún, en voz muy baja, de esos cuchillos, de esas tenazas, de esos garfios que le martirizan, de esos Doctores sin corazón que tasajean su cuerpo, y de su madre, de su pobre madre que lo deja solo. No, ya no quiero, ya no quiero esos suplicios. Me atan á mí también, pero me dejan libres los oídos para que pueda oír sus lágrimas, sus quejas. ¡Lo escucho, y no puedo defenderlo! ¡veo que lo están matando, y lo consiento!

El niño duerme, y el Doctor escribe, escribe.—¡Dios mío, Dios mío! no quieras que se muera: mándame otra pena, otro suplicio: lo merezco. Pero no me lo arranques, no, no te lo lleves. ¿Qué te ha hecho?—Y Clara ahoga sus sollozos, muerde su pañuelo, quiere besarlo y abrazarlo—¡acaso esas caricias sean las últimas!—,pero el pobre enfermito está dormido, y su mamá no quiere que despierte.

Clara lo ve, lo ve constantemente con sus grandes ojos negros y serenos, como si temiera que, al dejar de mirarlo, se volara al cielo. ¡Cuántos estragos ha hecho en él la enfermedad! Sus bracitos rechonchos, hoy están flacos, muy flacos. Ya no se ríen en sus codos aquellos dos hoyuelos tan graciosos, que besaron y acariciaron tantas veces. Sus ojos—negros como los de su mamá—están agrandados por las ojeras, por esas pálidas violetas de la muerte. Sus cabellos rubios le forman como la aureola de un santito.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡no quiero que se muera!

Bebé tiene cuatro años. Cuando corre, parece que se va á caer. Cuando habla, las palabras se empujan y se atropellan en sus labios. Era muy sano: Bebé no tenía nada: Pablo y Clara se miraban en él y se contaban por la noche sus travesuras y sus gracias, sin cansarse jamás. Pero una tarde Bebé no quiso corretear por el jardín; sintió frío; un dolor agudo se clavó en sus sienes, y le pidió á su mamá que lo acostara. Bebé se acostó esa tarde, y todavía no se levanta. Ahí están, á los pies de la cama, y esperándole, los botincitos que todavía conservan en la planta la arena humedecida del jardín.

El Doctor ha acabado de escribir, pero no se va. Pues qué ¿le ve tan malo? El lacayo corre á la botica.

—¡Doctor, Doctor! ¿mi niño va á morirse?

El médico contesta en voz muy baja:

—Cálmese vd., que no despierte el niño.

En ese instante llega Pablo. Hace quince minutos que salió de esa alcoba, y le parece un siglo. Ha venido corriendo como un loco. Al torcer la esquina no quiso levantar los ojos, por no ver si el balcón estaba abierto. Llega, mira la cara del Doctor y las manos enclavijadas de la madre; pero se tranquiliza: el ángel rubio duerme aún en su cuna—¡no se ha ido!—Un minuto después, el niño cambia de postura, abre los ojos poco á poco y dice con una voz que apenas suena:

—¡Mamá! ¡Mamá!.....

—¿Qué quieres, vida mía? ¿Verdad que estás mejor? ¡Dime qué sientes! ¡Pobrecito mío! ¡Trae acá tus manitas, voy á calentarlas! Ya te vas á aliviar, alma de mi alma. He mandado encender dos cirios al Santísimo. La Madre de la Luz ya va á ponerte bueno.

El niño vuelve en derredor sus ojos negros, como pidiendo amparo. Clara lo besa en la frente, en los ojos, en la boca, en todas partes. ¡Ahora sí puede besarlo! Pero en esa efusión de amor y de ternura, sus ojos, antes tan resecos, se cuajan de lágrimas, y Clara no sabe ya si besa ó llora. Algunas lágrimas ardientes caen en la garganta del niño. El enfermito, que apenas tiene voz para quejarse, dice:

—¡Mamá, mamá, no llores!

Clara muerde su pañuelo, los almohadones, el colchón de la cunita. Pablo se acerca. Es hora ya de que él también lo bese. Le toca ya su turno. Él es fuerte, él es hombre, él no llora. Y entretanto, el Doctor, que se ha alejado, revuelve la tisana con la pequeña cucharilla de oro. ¿Qué es el sabio ante la muerte? La molécula de arena que va á cubrir con su oleaje el océano.

—¡Bebé, Bebé, vida mía! Anímate, incorpórate. Hoy es Año Nuevo. ¡Ven! Aquí en tu manecita están las cosas que yo te fuí á comprar en la mañana. El cucurucho de dulces, para cuando te alivies; el aro con que has de corretear en el jardín; la pelota de colores para que juegues en el patio. ¡Todo lo que me has pedido!

Bebé, el pobre Bebé, preso en su cuna, soñaba con el aire libre, con la luz del sol, con la tierra del campo y con las flores entreabiertas. Por eso pedía no más esos juguetes.

—Si te alivias, te compraré una carretela y dos borregos blancos para que la arrastren..... ¡Pero alíviate, mi ángel, vida mía! ¿Quieres mejor un velocípedo? ¿Sí.....? Pero ¿si te caes? Dame tus manos. ¿Por qué están frías? ¿Te duele mucho la cabeza? Mira, aquí está la gran casa de campo que me habías pedido.....

Los ojos del enfermito se iluminan. Se incorpora un poco y abraza la gran caja de madera que le ha traído su papá. Vuelve la vista á la mesilla y mira con tristeza el cucurucho de los dulces.

—Mamá, mamá, yo quiero un dulce.

Clara, que está llorando á los pies de la cama, consulta con los ojos al Doctor; éste consiente, y Pablo, descolgando el cucurucho, desata los listones y lo ofrece al niño. Bebé toma con sus deditos amarillos una almendra, y dice:

—Papá, abre tu boca.

Pablo, el hombre, el fuerte, siente que ya no puede más; besa los dedos que ponen esa almendra entre sus labios, y llora, llora mucho.

Bebé vuelve á caer postrado. Sus pies se han enfriado mucho; Clara los aprieta con sus manos y los besa. ¡Todo inútil! El Doctor prepara una vasija bien cerrada y llena de agua casi hirviente. La pone en los pies del enfermito. Éste ya no habla, ya no mira, ya no se queja; nada más tose, y de cuando en cuando dice con voz apenas perceptible:

—¡Mamá, mamá, no me dejen solo!

Clara y Pablo lloran, ruegan á Dios, suplican, mandan á la muerte, se quejan del Doctor, enclavijan las manos, se desesperan, acarician y besan. ¡Todo en vano! El enfermito ya no habla, ya no mira, ya no se queja: tose, tose. Tuerce los bracitos como si fuera á levantarse, abre los ojos, mira á su padre diciéndole:—¡Defiéndeme!—vuelve á cerrarlos..... ¡Ay! Bebé ya no habla, ya no mira, ya no se queja, ya no tose; ¡ya está muerto!.....

....

Dos niños pasan riendo y cantando por la calle:

—¡Mi Año Nuevo! Mi Año Nuevo!

LA NOVELA DEL TRANVÍA.

Cuando la tarde se obscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélago, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles, como el anciano Víctor Hugo las recorre sentado en la imperial de algún ómnibus. El movimiento disipa un tanto cuanto la tristeza, y para el observador nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en un tranvía. A cada paso, el vagón se detiene, y abriéndose camino entre los pasajeros que se amontonan y se apiñan, pasa un paraguas chorreando á Dios dar, y detrás del paraguas, la figura ridícula de algún asendereado cobrador, calado hasta los huesos. Los pasajeros ondulan y se dividen en dos grupos compactos, para dejar paso expedito al recién llegado.

Así se dividieron las aguas del Mar Rojo para que los israelitas lo atravesaran á pie enjuto. El paraguas escurre sobre el entarimado del vagón, que, á poco, se convierte en un lago navegable. El cobrador sacude su sombrero, y un benéfico rocío baña las caras de los circunstantes, como si hubiera atravesado por en medio del vagón un sacerdote repartiendo bendiciones á hisopazos. Algunos caballeros estornudan. Las señoras de alguna edad levantan su enagua hasta una altura vertiginosa, para que el fango de aquel pantano portátil no la manche. En la calle, la lluvia cae conforme á las eternas reglas del sistema antiguo: de arriba para abajo. Mas en el vagón hay lluvia ascendente y lluvia descendente. Se está, con toda verdad, entre dos aguas.

Yo, sin embargo, paso las horas agradablemente encajonado en esa miniaturesca arca de Noé, sacando la cabeza por el ventanillo, no en espera de la paloma que ha de traer un ramo de oliva en el pico, sino para observar el delicioso cuadro que la ciudad presenta en ese instante. El vagón, además, me lleva á mundos desconocidos y á regiones vírgenes. No, la ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de la Reforma. Yo doy

á ustedes mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas. Esas patas son sucias y velludas. Los Ayuntamientos, con paternal solicitud, cuidan de pintarlas con lodo mensualmente.

Más allá de la peluquería de Micoló, hay un pueblo que habita barrios extravagantes, cuyos nombres son esencialmente antiaperitivos. Hay hombres muy honrados que viven en la plazuela del Tequesquite, y señoras de invencible virtud cuya casa está situada en el callejón de Salsipuedes. No es verdad que los indios bárbaros estén acampados en esas calles exóticas, ni es tampoco cierto que los pieles rojas hagan frecuentes excursiones á la plazuela de Regina. La mano providente de la policía ha colocado un gendarme en cada esquina. Las casas de esos barrios no están hechas de lodo ni tapizadas por adentro de pieles sin curtir. Son casas habitables, con escalera y todo. En ellas viven muy discretos caballeros, y señoras muy respetables, y señoritas muy lindas. Estas señoritas suelen tener novios, como las que tienen balcón y cara á la calle en el centro de la ciudad.

***

Después de examinar ligeramente las torcidas líneas y la cadena de montañas del nuevo mundo por que atravesaba, volví los ojos al interior del vagón. Un viejo de levita color de almendra meditaba apoyado en el puño de su paraguas. No se había rasurado. La barba le crecía "cual ponzoñosa yerba entre arenales." Probablemente no tenía en su casa navajas de afeitar..... ni una peseta. Su levita necesitaba aceite de bellotas. Sin embargo, la calvicie de aquella prenda respetable no era prematura, á menos que admitamos la teoría de aquel joven poeta, autor de ciertos versos cuya dedicatoria es como sigue:

A la prematura muerte de mi abuelita,
á la edad de 90 años.

La levita de mi vecino era ya muy mayor. En cuanto al paraguas, vale más que no entremos en dibujos. Ese paraguas, expuesto á la intemperie, debía asemejarse mucho á las banderas que los independientes sacan á la luz el 15 de Septiembre. Era un paraguas calado, un paraguas metafísico, propio para mojarse con decencia. Abierto el paraguas, se veía el cielo por todas partes.

¿Quién sería mi vecino? De seguro era casado, y con hijas. Serían bonitas? La existencia de esas desventuradas criaturas me parecía indisputable. Bastaba ver aquella levita calva, por la que habían pasado las cerdas de un cepillo, y aquel hermoso pantalón

con su coqueto remiendo en la rodilla, para convencerse de que aquel hombre tenía hijas. Nada más las mujeres, y las mujeres de quince años, saben cepillar de esa manera. Las señoras casadas ya no se cuidan, cuando están en la desgracia, de esas delicadezas y finuras. Incuestionablemente, ese caballero tenía hijas. ¡Pobrecitas! Probablemente le esperaban en la ventana, más enamoradas que nunca, porque no habían almorzado todavía. Yo saqué mi reloj y dije para mis adentros:—Son las cuatro de la tarde. ¡Pobrecillas! ¡Va á darles un vahido! Tengo la certidumbre de que son bonitas. El papá es blanco, y si estuviera rasurado no sería tan feote. Además, han de ser buenas muchachas. Este señor tiene toda la facha de un buen hombre. Me da pena que esas chiquillas tengan hambre. No habrá en la casa nada que empeñar. ¡Como los alquileres han subido tanto! ¡Tal vez no tuvieron con qué pagar la casa, y el propietario les embargó los muebles! ¡Mala alma! ¡Si estos propietarios son peores que Caín!

Nada; no hay para qué darle más vueltas al asunto: la gente pobre decente es la peor traída y la peor llevada. Estas niñas son de buena familia. No están acostumbradas á pedir. Cosen ajeno; pero las máquinas han arruinado á las infelices costureras, y lo único que consiguen, á costa de faenas y trabajos, es ropa de munición. Pasan el día echando los pulmones por la boca. Y luego, como se alimentan mal y tienen muchas penas, andan algo enfermitas, y el Doctor asegura que, si Dios no lo remedia, se van á la caída de las hojas. Necesitan carne, vino, píldoras de fierro y aceite de bacalao. Pero, ¿con qué se compra todo esto? El buen señor se quedó cesante desde que cayó el Imperio, y el único hijo que habría podido ser su apoyo, tiene rotas las dos piernas. No hay trabajo; todo está muy caro, y los amigos llegan á cansarse de ayudar al desvalido. ¡Si las niñas se casaran! Probablemente no carecerán de admiradores. Pero como las pobrecitas son muy decentes y nacieron en buenos pañales, no pueden prendarse de los ganapanes ni de los pollos de plazuela. Están enamoradas sin saber de quién, y aguardan la venida del Mesías. ¡Si yo me casara con alguna de ellas!..... ¿Por qué no? Después de todo, en esa clase suelen encontrarse las mujeres que dan la felicidad. Respecto á las otras, ya sé bien á qué atenerme. ¡Me han costado tantos disgustos! Nada, lo mejor es buscar una de esas chiquillas pobres y decentes, que no están acostumbradas á tener palco en el teatro, ni carruajes, ni cuenta abierta en la Sorpresa. Si es joven, yo la educaré á mi gusto. Le pondré un maestro de piano. ¿Qué cosa es la felicidad? Un poquito de amor, un poquito de salud y un poquito de dinero. Con lo que yo gano, podemos mantenernos ella y yo, y hasta el angelito que Dios nos mande. Nos amaremos mucho, y como la voy á sujetar á un régimen higiénico, se pondrá en poco tiempo más fresca

que una rosa. Por la mañana, un paseo á pie en el Bosque. Iremos en un coche de á cuatro reales hora, ó en los trenes. Después, en la comida, mucha carne, mucho vino y mucho fierro. Con eso y con tener una casita por San Cosme; con que ella se vista de blanco, de azul ó de color de rosa; con el piano, los libros, las macetas y los pájaros, ya no tendré nada que desear.

Una heredad en el bosque;
Una casa en la heredad;
En la casa pan y amor.....
¡Jesús, qué felicidad!

Además, ya es preciso que me case. Esta situación no puede prolongarse, como dice el Gran Duque en «La Guerra Santa.» Aquí tengo una trenza de pelo que me ha costado cuatrocientos setenta y cuatro pesos con un pico de centavos. Yo no sé de dónde los he sacado: el hecho es que los tuve y no los tengo. Nada; me caso decididamente con una de las hijas de este buen señor. Así las saco de penas y me pongo en orden. ¿Con cuál me caso? ¿con la rubia? ¿con la morena? Será mejor con la rubia..... digo, no, con la morena. En fin, ya veremos. ¡Pobrecillas! ¿Tendrán hambre?

En ésto, el buen señor se apea del coche y se va. Si no lloviera tanto—continué diciendo para mis adentros—le seguía. La verdad es que mi suegro, visto á cierta distancia, tiene una facha muy ridícula. ¿Qué diría, si me viera de bracero con él, la señora de Z? Su sombrero alto parece espejo. ¡Pobre hombre! ¿Por qué no le inspiraría confianza? Si me hubiera pedido algo, yo le habría dado con mucho gusto estos tres duros. Es persona decente. ¿Habrán comido esas chiquillas?

***

En el asiento que antes ocupaba el cesante, descansa ahora una matrona de treinta años. No tiene malos ojos; sus labios son gruesos y encarnados: parece que los acaban de morder. Hay en todo su cuerpo bastantes redondeces y ningún ángulo agudo. Tiene la frente chica, lo cual me agrada porque es indicio de tontera; el pelo negro, la tez morena y todo lo demás bastante presentable. ¿Quién será? Ya la he visto en el mismo lugar y á la misma hora dos..... cuatro..... cinco..... siete veces. Siempre baja del vagón en la plazuela de Loreto y entra en la iglesia. Sin embargo, no tiene cara de mujer devota. No lleva libro ni rosario. Además, cuando llueve á cántaros, como está lloviendo ahora, nadie va á novenarios ni sermones. Estoy seguro de que esa dama lee más las novelas de Gustavo Droz que el «Menosprecio del Mundo» del Padre Kempis; tiene una mirada que, si hablara, sería un grito pidiendo bomberos. Viene cubierta con un velo negro. De esa manera libra su rostro de la lluvia. Hace bien. Si el agua cae en sus mejillas, se evapora chirriando, como si hubiera caído sobre un hierro candente. Esa mujer es como las papas: no se fíen ustedes aunque las vean tan frescas en el agua: queman la lengua.

La señora de treinta años no va indudablemente al novenario. ¿A dónde va? Con un tiempo como éste, nadie sale de su casa si no es por una grave urgencia. ¿Estará enferma la mamá de esta señora? En mi opinión, esta hipótesis es falsa. La señora de treinta años no tiene madre. La iglesia de Loreto no es una casa particular ni un hospital. Allí no viven ni los sacristanes. Tenemos, pues, que recurrir á otras hipótesis. Es un hecho constante, confirmado por la experiencia, que á la puerta del templo, siempre que la señora baja del vagón, espera un coche. Si el coche fuera de ella, vendría en él desde su casa. Esto no tiene vuelta de hoja. Pertenece, por consiguiente, á otra persona. Ahora bien; ¿hay acaso alguna sociedad de seguros contra la lluvia ó cosa parecida, cuyos miembros paguen coche á la puerta de todas las iglesias para que los feligreses no se mojen? Claro es que no. La única explicación de estos viajes en tranvía y de estos rezos, á hora inusitada, es la existencia de un amante. ¿Quién será el marido?

Debe de ser un hombre acaudalado. La señora viste bien, y si no sale en carruaje para este género de entrevistas es por no dar en qué decir. Sin embargo, yo no me atrevería á prestarle cincuenta pesos bajo su palabra. Bien puede ser que gaste más de lo que tenga ó que sea como cierto amigo mío, personaje muy quieto y muy tranquilo, que me decía hace pocas noches:

—Mi mujer tiene para el juego una fortuna prodigiosa. Cada mes saca de la lotería quinientos pesos. ¡Fijo!—Yo quise referirle alguna anécdota, atribuída á un administrador muy conocido de cierta aduana marítima. Al encargarse de ella, dijo á los empleados:

—Señores: aquí se prohibe ganar á la lotería. ¡Al primero que se la saque lo echo á puntapies!

¿Ganará esta señora á la lotería? Si su marido es pobre, debe haberle dicho que esos pendientes que ahora lleva son falsos. El pobre señor no será joyero. En materia de alhajas, sólo conocerá á su mujer, que es una buena alhaja. Por consiguiente, la habrá creído. ¡Desgraciado! ¡qué tranquilo estará en su casa! ¿Será viejo? Yo debo de conocerle..... ¡Ah!..... ¡sí!..... ¡es aquél! No; no puede ser; la esposa de ese caballero murió cuando el último cólera. ¡Es el otro! ¡Tampoco! Pero ¿á mí qué me importa quién sea?

¿La seguiré? Siempre conviene poseer un secreto de mujer. Veremos, si es posible, al incógnito amante. ¿Tendrá hijos esta

mujer? Parece que sí. ¡Infame! Mañana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue. Ese será un horrible crimen, pero un crimen justo. Bien está; que mancille, que pise, que escupa la honra de ese desgraciado que probablemente la adora.

Es una traición; es una villanía. Pero, al fin, ese hombre puede matarla, sin que nadie le culpe ni le condene. Puede mandar á sus criados que la arrojen á latigazos, y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos—¡pobres séres indefensos!—nada pueden. La madre los abandona para ir á traerles su porción de vergüenza y deshonra. Los vende por un puñado de placeres, como Judas á Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen, sonríen, todo lo ignoran; están abandonados á manos mercenarias; van empezando á desamorarse de la madre, que no los ve, ni los educa, ni los mima. Mañana esos chicuelos serán hombres, y esas niñas, mujeres. Ellos sabrán que su madre fué una aventurera y sentirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero los hombres, que creen en la tradición del pecado y en el heredismo, las buscarán para perderlas y no querrán darles su nombre, por miedo de que lo prostituyan y lo afrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en busca de su esposo y traerle á este sitio. Ya adivino cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro, sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos grandes lunas en los muros; pero tu amante, más delicado que tú, las quitó. Un espejo es un juez y es un testigo. La mujer que recibe á su amante, viéndose al espejo, es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien; cuando tú estés en esa tibia alcoba y tu amante caliente con sus manos tus plantas entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entraremos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras detengo yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

***

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente habíamos llegado á la plazuela de Loreto, y mi vecina se apeó del vagón. Yo ví su traje; no tenía ninguna mancha de sangre. Nada había pasado: después de todo, ¿qué me importa que esta señora se la pegue á su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos somos casi amigos. Ya la saludo.

Allí está el coche; ella entra en la iglesia; ¡qué tranquilo debe de estar su marido! Yo sigo en el vagón. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

LA VENGANZA DE MYLORD.

Á MEME.

Bien haces en permanecer, oculta allá, bajo los grandes castaños que sombrean tu casa, á ochenta leguas de los dramas que con alevosía y ventaja nos hace oír el Sr. Gaspar, á quien ni tú ni yo conocemos; sí, haces bien. La ciudad está triste, no porque tú la hayas dejado, como probablemente te diría tu novio; la ciudad está triste porque no puede menos de estarlo, sin bailes, ni tertulias, ni espectáculos. Tú, en cambio, respiras el aire libre de los campos, bebes luz por todos tus poros, galopas á caballo por aquellas sombrosas avenidas, que adrede dispuso Dios para los enamorados, y dejas que tu pensamiento discurra por los países del sueño, mientras aquí pensamos en construir ferrocarriles y en tender una red de alambres telefónicos en el dominio de las lechuzas y los gatos. Cuando la tarde se recoge y comienzan á asomarse las estrellas—como se asoman las mujeres al balcón para mirar á sus enamorados—tú buscas la quietud alegre de la casa, abres las cartas de tus amigas, rompes la faja amarilla de los periódicos, asistes mentalmente á nuestros teatros, y rendida por el cansancio, vas al tibio lecho, llevando oculto, en la pequeña bolsa de tu delantal, el pliego diminuto que no lees jamás delante de tus padres, y que abres cuidadosamente luego que corres el cerrojo de la alcoba, como si sospecharas que, al abrirlo, pueden escaparse los mil besos que tu novio te manda bajo el sobre. Haces bien: oye el concierto de los pájaros, báñate en las azules ondas del estanque, monta el caballo blanco que come en tu mano terrones de azúcar, y lee, sentada en la banqueta del jardín, los libros que te envío: una novela de Halévy, los versos de Coppée y la última narración de Rosa Broughton. Sobre todo, no leas nada de Doña María del Pilar Sinués de Marco.

Cuando pasen las lluvias de Septiembre y el cielo se vista de

mujer? Parece que sí. ¡Infame! Mañana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue. Ese será un horrible crimen, pero un crimen justo. Bien está; que mancille, que pise, que escupa la honra de ese desgraciado que probablemente la adora.

Es una traición; es una villanía. Pero, al fin, ese hombre puede matarla, sin que nadie le culpe ni le condene. Puede mandar á sus criados que la arrojen á latigazos, y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos—¡pobres séres indefensos!—nada pueden. La madre los abandona para ir á traerles su porción de vergüenza y deshonra. Los vende por un puñado de placeres, como Judas á Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen, sonríen, todo lo ignoran; están abandonados á manos mercenarias; van empezando á desamorarse de la madre, que no los ve, ni los educa, ni los mima. Mañana esos chicuelos serán hombres, y esas niñas, mujeres. Ellos sabrán que su madre fué una aventurera y sentirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero los hombres, que creen en la tradición del pecado y en el heredismo, las buscarán para perderlas y no querrán darles su nombre, por miedo de que lo prostituyan y lo afrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en busca de su esposo y traerle á este sitio. Ya adivino cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro, sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos grandes lunas en los muros; pero tu amante, más delicado que tú, las quitó. Un espejo es un juez y es un testigo. La mujer que recibe á su amante, viéndose al espejo, es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien; cuando tú estés en esa tibia alcoba y tu amante caliente con sus manos tus plantas entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entraremos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras detengo yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

***

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente habíamos llegado á la plazuela de Loreto, y mi vecina se apeó del vagón. Yo ví su traje; no tenía ninguna mancha de sangre. Nada había pasado: después de todo, ¿qué me importa que esta señora se la pegue á su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos somos casi amigos. Ya la saludo.

Allí está el coche; ella entra en la iglesia; ¡qué tranquilo debe de estar su marido! Yo sigo en el vagón. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

LA VENGANZA DE MYLORD.

Á MEME.

Bien haces en permanecer, oculta allá, bajo los grandes castaños que sombrean tu casa, á ochenta leguas de los dramas que con alevosía y ventaja nos hace oír el Sr. Gaspar, á quien ni tú ni yo conocemos; sí, haces bien. La ciudad está triste, no porque tú la hayas dejado, como probablemente te diría tu novio; la ciudad está triste porque no puede menos de estarlo, sin bailes, ni tertulias, ni espectáculos. Tú, en cambio, respiras el aire libre de los campos, bebes luz por todos tus poros, galopas á caballo por aquellas sombrosas avenidas, que adrede dispuso Dios para los enamorados, y dejas que tu pensamiento discurra por los países del sueño, mientras aquí pensamos en construir ferrocarriles y en tender una red de alambres telefónicos en el dominio de las lechuzas y los gatos. Cuando la tarde se recoge y comienzan á asomarse las estrellas—como se asoman las mujeres al balcón para mirar á sus enamorados—tú buscas la quietud alegre de la casa, abres las cartas de tus amigas, rompes la faja amarilla de los periódicos, asistes mentalmente á nuestros teatros, y rendida por el cansancio, vas al tibio lecho, llevando oculto, en la pequeña bolsa de tu delantal, el pliego diminuto que no lees jamás delante de tus padres, y que abres cuidadosamente luego que corres el cerrojo de la alcoba, como si sospecharas que, al abrirlo, pueden escaparse los mil besos que tu novio te manda bajo el sobre. Haces bien: oye el concierto de los pájaros, báñate en las azules ondas del estanque, monta el caballo blanco que come en tu mano terrones de azúcar, y lee, sentada en la banqueta del jardín, los libros que te envío: una novela de Halévy, los versos de Coppée y la última narración de Rosa Broughton. Sobre todo, no leas nada de Doña María del Pilar Sinués de Marco.

Cuando pasen las lluvias de Septiembre y el cielo se vista de

azul pálido, despídete del bosque, cuyos grandes árboles se irán quedando sin follaje; guarda en tu devocionario las hojas del último heliotropo para dárselas á tu novio, y vuelve á casa. Ya habrán pasado entonces los chubascos y los discursos oficiales. Nadie te narrará los episodios dramáticos de la Independencia; podrás lucir tus diez y seis sombreros nuevos en las fiestas de Noviembre, y Grau—el judío errante—estará á las puertas de México. Interin, monta mucho á caballo, caza con la escopeta que te dió tu padrino el año nuevo, almuerza al aire libre, duerme once horas diarias y no leas las novelas de Doña María del Pilar Sinués de Marco.

Te escribo á la hora en que la luz eléctrica se apaga y oyendo el ruido de los últimos carruajes que vuelven del teatro. He tomado café—un café servido por la pequeña mano de una señorita que, á pesar de ser bella, tiene *sprit*.—Por consiguiente, voy á pasar la noche en vela. El nuevo drama del señor Gaspar, á quien ni tú ni yo conocemos, no ha sido bastante para hacerme conciliar el sueño. Imagínome, pues, que he ido á un baile, te he encontrado y conversamos ambos bajo las anchas hojas de una planta exótica, mientras toca la orquesta un vals de Mêtra y van los caballeros al *buffet*.

Si tú quieres, murmuremos. Voy á hablarte de las mujeres que acabo de admirar en el teatro. Imagínate que estás ahora en tu platea y observas á través de mis anteojos.

***

Mira á Clara. Esa es la mujer que no ha amado jamás. Tiene ojos tan profundos y tan negros como el abra de una montaña en noche obscura. Allí se han perdido muchas almas. De esa obscuridad salen gemidos y sollozos, como de la barranca en que se precipitaron fatalmente los caballeros del Apocalipsis. Muchos se han detenido ante la obscuridad de aquellos ojos, esperando la repentina irradiación de un astro: quisieron sondear la noche, y se perdieron.

Las aves al pasar le dicen: ¿No amas? Amar es tener alas. Las flores que pisa le preguntan: ¿No amas? Amor es el perfume de las almas. Y ella pasa indiferente, viendo con sus pupilas de acero negro, frías é impenetrables, las alas del pájaro, el cáliz de la flor y el corazón de los poetas.

Viene de las heladas profundidades de la noche. Su alma es como un cielo sin tempestades, pero también sin estrellas. Los que se le acercan, sienten el frío que difunde en torno suyo una estatua de nieve. Su corazón es frío como una moneda de oro en día de invierno.

***

¿Quién es la esbelta rubia que sonríe en aquel palco? Es un patrón de modas recortado. Por esa frente no han pasado nunca las alas blancas de los pensamientos buenos, ni las alas negras de los pensamientos malos. Sus amores duran lo que la hirviente espuma del champagne en la orilla de la copa. Jamás permitiría que un hombre la ciñera con sus brazos: no quiere que se ajen y desarreglen sus listones. ¿Quieres saber cómo es su alma? Figúrate una muñeca hecha de encaje blanco, con plumas de faisán en la cabeza y ojos de diamante. Cuando habla, su voz suena como la crujiente falda de una túnica de raso, rozando los peldaños marmóreos de una escalinata. No sabe dónde tiene el corazón. Jamás se lo pregunta su modista.

***

Esa grave matrona expende esposas. Tiene mucha existencia.

***

Convierte ahora tus miradas á la platea que está frente á nosotros. Una mujer, divinamente hermosa, la ocupa.

¿Quién es? Sus grandes ojos verdes, velados por larguísimas pestañas negras, tiemblan de efusión cuando se fijan en el cielo, como si estuvieran enamorados de los luceros. Sus manos esgrimen el abanico como si quisieran adiestrarse en la esgrima del puñal. Créelo: esa mujer es capaz de matar al hombre que la engañe. Sus labios se entreabren suavemente para dar salida al exceso que hay en ella.

Tras las varillas flexibles del corsé, su corazón late cadenciosamente; ¡pobre niño que golpea con su manecita una muralla!

¿Cuantos años tiene? Ha cumplido veinticinco; no sé cuántas semanas, meses ó años hace. Siendo niña, una pordiosera que acostumbraba decir la buenaventura, le predijo que el hombre á quien amara sería espantosamente desgraciado. Su marido—un banquero—es muy feliz. Alicia—así se llama—está rodeada siempre de cortejos presuntuosos y enamorados fatuos. Cuando va de paseo, diríase que es un general pasando revista á sus soldados, que presentan las armas. Ella, sonriente, gozando en las pasiones que inspira sin participar de ellas, asoma su cabeza de Gioconda por la portezuela del cupé y saluda con la mano enguantada ó con el abanico, á los platónicos adoradores de su cuerpo. El hombre á quien saluda con los ojos, no es conocido aún.

¿Sera honrada? ¿Será honesta? Las mujeres la miran con desprecio, y los hombres la cortejan. Nadie podría decir quién es su amante ó quién lo ha sido; pero todos tienen la certidumbre de que alguno lo será. La lotería no se hace aún: el número que ha de obtener el gran premio, duerme en el globo, confundido con los otros: puede ser el de aquél, puede ser el mío, pero es alguno. La jaula está preparada para el pájaro: en la mesita de sándalo donde Alicia toma el té, hay dos tazas. Un necio diría que alguna es la taza del amante. ¡Falso! Es la taza del marido. Cuando el amante llegue,—Alicia y él beberán en la misma taza como Paolo y Francesca leían en el mismo libro. Después la harán pedazos ó la arrojarán al mar—como el rey de Thulé!

El Galeoto social no yerra tan á menudo como algunos creen. Lo que sucede es que se anticipa á la verdad. Es como las mujeres que conocen el amor que han inspirado, media hora antes de que el hombre se dé cuenta de que existe. Un buque sale del puerto lleno de mercancías y pasajeros: el cielo está muy azul, sin un solo punto negro. Pasan los días y las semanas, sin que llegue á los oídos de nadie la noticia de un temporal ó de una borrasca. Y sin embargo, cierto día, sin que se sepa cómo ni por qué, se esparce la voz de que aquel barco ha naufragado. ¿Quién lo dice? Todos. ¿Quién recibió la fatal nueva? Nadie. Quince días después, se sabe la espantosa verdad, y los periódicos refieren, pormenor, los horribles detalles del naufragio.

Una mujer es fiel á su marido. Nadie puede acusarla de adulterio. Vive, como Penélope, en su hogar. Desecha con altivez á los que solicitan su cariño. Pero el Galeoto, que mira y prevé todo, murmura entre dos cuadrillas, bajo las anchas hojas de una planta exótica erguida sobre rico tibor chino: ¡esa mujer tiene un amante! Y no es verdad; pero un día, una semana, un año después, la mujer tiene un amante. El Galeoto se equivoca nada más en la conjugación del verbo: debía haber dicho: *tendrá*.

Y la esposa no falta á su deber, porque el mundo lo dice; como el barco no perece porque la gente vaticina el naufragio. Así, el mundo dice que Alicia es desleal, y en torno de ella se agrupan los cazadores en vedado, como los náufragos hambrientos en la balsa de la Medusa. Pero Alicia no ama á ninguno: guarda su tesoro y no quiere despilfarrarlo como pródiga.

Mas hé aquí que una noche llega al salón de Alicia un joven soñador, y le dice al oído:

—¡Cómo se parece usted á mi primera novia! Ella era baja de estatura: usted es alta; ella era morena: usted es rubia; ella tenía los ojos negros: los de usted son verdes; pero yo la amaba: yo amo á usted, y en ésto se parecen.

Dos horas después, Alfredo era amante de Alicia. El huésped prometido había llegado. El banquero continuaba siendo muy feliz.

Ayer, mientras el marido terminaba su correspondencia, Alicia salió en el cupecito azul tirado por dos yeguas color de ámbar. Los pocos ociosos que desafiaban la lluvia en la calzada, vieron que el *cupecito* proseguía su marcha rumbo á Chapultepec. ¿Qué iba á hacer? Los grandes ahuehuetes, moviendo sus cabezas canas, se decían en voz baja el secreto. Las yeguas trotaban, y el coche se perdió en la avenida más umbrosa y más recóndita del bosque. Alfredo abrió la portezuela y tomó asiento junto á la hermosa codiciada. Llovía mucho. Quizá para impedir que el agua entrase, mojando el traje de Alicia, cerró Alfredo cuidadosamente las persianas. Si alguno erraba á tales horas por el bosque, pudo decir para sus adentros: ¿quiénes irán dentro del *cupé*? Afortunadamente, cada vez arreciaba más la lluvia, y sólo un pobre trabajador, oculto en la entrada obscura de la gruta, pudo ver el *cupé* que continuaba paso á paso su camino, subiendo por la rampa del castillo. Las ancas de las yeguas, lavadas y bruñidas por la lluvia, parecían de seda color de oro.

El trabajador, dejando á un lado los costales que rebosaban hebras de heno, asomó la cabeza para mirar cómo subía el carruaje hasta las rejas del castillo. Allí se detuvo: los amantes se apearon y torcieron sus pasos rumbo á los corredores, mudos y desiertos. Un hombre, cuidadosamente recatado, había subido al propio tiempo. Luego que hubo llegado al sitio en donde quedaba el *cupé* vacío, bajó el embozo de su capa é hizo una señal imperativa al cochero, que, viendo el rostro del desconocido, se puso pálido como la cera. Bajó luego del pescante, y tras cortísimas palabras que mediaron entre ambos, se quitó el carrick, para que con él se ocultara el recién llegado. Media hora después, los amantes salieron del castillo; subieron al carruaje nuevamente, y Alicia, sacando su cabeza rubia por la portezuela, dijo: ¡á casa! Las yeguas partieron á galope, pero..... ¿á dónde iban? Torciendo el rumbo, el cochero encaminaba el carruaje al abismo, como si en vez de bajar por la inclinada rampa, quisiera precipitarse desde lo alto del cerro. Los amantes, que habían vuelto á cerrar las persianas, nada veían. ¿A dónde iban? De pronto las yeguas se detuvieron, como si alguna mano de gigante las hubiera agarrado por los cascos. Relinchando miraban el abismo que se abría á sus plantas. Las persianas del *cupé* seguían cerradas. El cochero, de pie en el pescante, azotó las yeguas; el coche se columpió un momento en el vacío y fué á estrellarse, hecho pedazos, en la tierra. No se escuchó ni un grito, ni una queja. A veinte varas de distancia, se halló el cadáver del cochero. Era el marido de Alicia.

***

En este instante suena la campanilla, y ese agudo són me vuelve á la realidad. No; no es Alicia la que miro en aquel palco. Alicia duerme ya en el camposanto. Es una mujer que se le parece mucho y que morirá tan desastrosamente como ella. ¡Dios confunda á los maldicientes! Gaspar tiene muchísima razón. La lengua mata más que los puñales. ¡Cómo se moraliza uno viendo estas comedias!

Con que te he dicho ya que esa señora.....

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

Á GONZALO ESTEVA Y CUEVAS.

Pocas mañanas hay tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, «como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana;» llovió anoche, y todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, y se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca y el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto y la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, y los niños del pueblo hunden su cara en la gran palangana de metal. ¡Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia y jabones perfumados! yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierve grasa humana; quisiera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos y los rizos húmedos! Allí eres virgen: cuando llegas á la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undívago cabello se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corderos en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, y vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituído, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus inmaculados azahares y empapa sus cabellos en el vino! ¡No, mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo: allí donde se miran tus azules ojitos y tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada colina poco á poco; llamas á la puerta ó entornas sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbre el interior, y todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza y los corazones el amor. ¿No eres amorosa? ¿No eres muy rica? ¿No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los

que padecen, se levantan vueltos á la vida; y la dorada luz de tus cabellos siembra de lentejuelas y monedas de oro el verde obscuro de los campos, el fondo de los ríos y la pequeña mesa de madera pobre en que se desayunan los humildes, bebiendo un tarro de espumosa leche, mientras la vaca muge en el establo. ¡Ah! Yo quisiera mirarte así cuando eres virgen, y besar las mejillas de Ninón.....¡sus mejillas de sonrosado terciopelo y sus hombros de raso blanco!

***

Cuando llegas, ¡oh mañanita de San Juan! recuerdo una vieja historia que tú sabes y que ni tú ni yo podemos olvidar. ¿Te acuerdas? La hacienda en que yo estaba por aquellos días, era muy grande; con muchas fanegas de tierra sembradas é incontables cabezas de ganado. Allí está el caserón, precedido de un patio con su fuente en medio. Allá está la capilla. Lejos, bajo las ramas colgantes de los grandes sauces, está la presa en que van á abrevarse los rebaños. Vista desde una altura y á distancia, se diría que la presa es la enorme pupila azul de algún gigante, tendido á la bartola sobre el césped. ¡Y qué honda es la presa! ¡Tú lo sabes.....!

Gabriel y Carlos jugaban comunmente en el jardín.—Gabriel tenía seis años; Carlos, siete. Pero un día, la madre de Gabriel y de Carlos cayó en cama, y no hubo quien vigilara sus alegres correrías. Era el día de San Juan. Cuando empezaba á declinar la tarde, Gabriel dijo á Carlos:

—Mira, mamá duerme y ya hemos roto nuestros fusiles. Vamos á la presa. Si mamá nos riñe, la diremos que estábamos jugando en el jardín. Carlos, que era el mayor, tuvo algunos escrúpulos ligeros. Pero el delito no era tan enorme, y además, los dos sabían que la presa estaba adornada con grandes cañaverales y ramos de zempazúchil. ¡Era día de San Juan!

—¡Vamos!—le dijo—llevaremos un *Monitor* para hacer barcos de papel y les cortaremos las alas á las moscas para que sirvan de marineros.

Y Carlos y Gabriel salieron muy quedito para no despertar á su mamá, que estaba enferma. Como era día de fiesta, el campo estaba solo. Los peones y trabajadores dormían la siesta en sus cabañas. Gabriel y Carlos no pasaron por la tienda, para no ser vistos, y corrieron á todo escape por el campo. Muy en breve llegaron á la presa. No había nadie: ni un peón, ni una oveja. Carlos cortó en pedazos el *Monitor* é hizo dos barcos, tan grandes como los navíos de Guatemala. Las pobres moscas que iban sin alas y cautivas en una caja de obleas, tripularon humildemente las embarcaciones. Por desgracia, la víspera habían limpiado la presa, y estaba el agua un poco baja. Gabriel no la alcanzaba con sus manos. Carlos, que era el mayor, le dijo:

—Déjame á mí que soy más grande. Pero Carlos tampoco la alcanzaba. Trepó entonces sobre el pretil de piedra, levantando las plantas de la tierra; alargó el brazo é iba á tocar el agua y á dejar en ella el barco, cuando, perdiendo el equilibrio, cayó al tranquilo seno de las ondas. Gabriel lanzó un agudo grito. Rompiéndose las uñas con las piedras, rasgándose la ropa, á viva fuerza, logró también encaramarse sobre la cornisa, tendiendo casi todo el busto sobre el agua. Las ondas se agitaban todavía. Adentro estaba Carlos. De súbito, aparece en la superficie, con la cara amoratada, arrojando agua por la nariz y por la boca.

—¡Hermano! ¡hermano!

—¡Ven acá! ¡ven acá! No quiero que te mueras.

Nadie oía. Los niños pedían socorro, estremeciendo el aire con sus gritos; no acudía ninguno. Gabriel se inclinaba cada vez más sobre las aguas y tendía las manos.

—Acércate, hermanito, yo te estiro.

Carlos quería nadar y aproximarse al muro de la presa; pero ya le faltaban las fuerzas, ya se hundía. De pronto, se movieron las ondas y asió Carlos una rama, y apoyado en ella logró ponerse junto al pretil y alzó una mano: Gabriel la apretó con las manitas suyas, y quiso el pobre niño levantar por los aires á su hermano que había sacado medio cuerpo de las aguas y se agarraba á las salientes piedras de la presa. Gabriel estaba rojo y sus manos sudaban, apretando la blanca manecita del hermano.

—¡Si no puedo sacarte! ¡Si no puedo!

Y Carlos volvía á hundirse, y con sus ojos negros muy abiertos le pedía socorro.

—¡No seas malo! ¿Qué te he hecho? Te daré mis cajitas de soldados y el molino de marmaja que te gustan tanto. ¡Sácame de aquí!

Gabriel lloraba nerviosamente, y estirando más el cuerpo de su hermanito moribundo, le decía:

—¡No quiero que te mueras! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡No quiero que se muera!

Y ambos gritaban, exclamando luego:

—¡No nos oyen! ¡No nos oyen!

—¡Santo ángel de mi guarda! ¿Por qué no me oyes?

Y entretanto, fué cayendo la noche. Las ventanas se iluminaban en el caserío. Allí había padres que besaban á sus hijos. Fueron saliendo las estrellas en el cielo. Diríase que miraban la tragedia de aquellas tres manitas enlazadas que no querían soltarse y se

soltaban! Y las estrellas no podían ayudarles, ¡porque las estrellas son muy frías y están muy altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. Se veían juntos, cara á cara, apretándose las manos, y uno iba á morirse!

—Suelta, hermanito, ya no puedes más; voy á morirme.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Socorro! ¡Auxilio!

—¡Toma! voy á dejarte mi reloj. ¡Toma, hermanito!

Y con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo! ¡Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día en que al fin lo tuvo, no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada. Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que giraban poco á poco las manecitas negras y el instantero que, nerviosamente, corria, corría, sin dar jamás con la salida del estrecho círculo. Y decía:—¡Cuando tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro!—No, pobre niño; no cumples aún siete años, y ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere y te lo deja. ¿Para qué lo quiere? La tumba es muy obscura, y no se puede ver la hora que es.

—¡Toma, hermanito, voy á darte mi reloj; toma, hermanito!

Y las manitas, ya moradas, se aflojaron, y las bocas se dieron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro. Ya se abren las aguas, como se abre la muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. Ya se cierran y sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó á correr en dirección del caserío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían. No digamos ya más: cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta!

***

¡Oh mañanita de San Juan! Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!

EN EL HIPÓDROMO.

Es imposible separar los ojos de esa larga pista, en donde los caballos de carrera compiten, maravillándonos con sus proezas. Yo sé de muchas damas que han reñido con sus novios, porque éstos, en vez de verlas preferentemente y admirarlas, fijaban su atención en los ardides de los jockeys y en la traza de los caballos. Y sé, en cambio, de otro amigo mío, que absorto en la contemplación de unas medias azules, perfectamente restiradas, perdió su apuesta por no haber observado, como debía haberlo hecho desde antes, las condiciones en que iba á verificarse la carrera. Pero esta manía hípica no cunde nada más entre los dueños de caballos y los apostadores, ávidos de lucro; se extiende hasta las damas, que también siguen, á favor del anteojo, los episodios y las peripecias de la justa, y que apuestan como nosotros apostamos, y emplean en su conversación los agrios vocablos del idioma hípico, erizado de puntas y consonantes agudísimas. Los galantes y los cortejos van á apostar con las señoras, y ofrecen una caja de guantes ó un estuche de perfumes, en cambio de la pálida camelia que se marchita en los cabellos de la dama ó del coqueto alfiler de oro que detiene los rizos de la nuca. El breve guante de cabritilla paja que aprisiona una mano marfilina, bien vale todos los jarrones de Sèvres que tiene Hildebrand en sus lujosos almacenes, y todas las delicadas miniaturas que traza el pincel-Daudet de Casarín. Yo tengo en el cofre azul de mis recuerdos uno de esos guantes. ¿De quién era? Recuerdo que durante muchos días fué conmigo, guardado en la cartera, y durmió bajo mi almohada por las noches. ¿De quién era? ¡Pobre guante! Ya le faltan dos botones y tiene un pequeñito desgarrón en el dedo meñique. Huele á rubia.

***

La arena del Hipódromo ha recibido ya también su bautismo de sangre. Pero ¿quién piensa durante la animación de las carreras,

soltaban! Y las estrellas no podían ayudarles, ¡porque las estrellas son muy frías y están muy altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. Se veían juntos, cara á cara, apretándose las manos, y uno iba á morirse!

—Suelta, hermanito, ya no puedes más; voy á morirme.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Socorro! ¡Auxilio!

—¡Toma! voy á dejarte mi reloj. ¡Toma, hermanito!

Y con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo! ¡Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día en que al fin lo tuvo, no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada. Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que giraban poco á poco las manecitas negras y el instantero que, nerviosamente, corria, corría, sin dar jamás con la salida del estrecho círculo. Y decía:—¡Cuando tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro!—No, pobre niño; no cumples aún siete años, y ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere y te lo deja. ¿Para qué lo quiere? La tumba es muy obscura, y no se puede ver la hora que es.

—¡Toma, hermanito, voy á darte mi reloj; toma, hermanito!

Y las manitas, ya moradas, se aflojaron, y las bocas se dieron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro. Ya se abren las aguas, como se abre la muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. Ya se cierran y sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó á correr en dirección del caserío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían. No digamos ya más: cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta!

***

¡Oh mañanita de San Juan! Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!

EN EL HIPÓDROMO.

Es imposible separar los ojos de esa larga pista, en donde los caballos de carrera compiten, maravillándonos con sus proezas. Yo sé de muchas damas que han reñido con sus novios, porque éstos, en vez de verlas preferentemente y admirarlas, fijaban su atención en los ardides de los jockeys y en la traza de los caballos. Y sé, en cambio, de otro amigo mío, que absorto en la contemplación de unas medias azules, perfectamente restiradas, perdió su apuesta por no haber observado, como debía haberlo hecho desde antes, las condiciones en que iba á verificarse la carrera. Pero esta manía hípica no cunde nada más entre los dueños de caballos y los apostadores, ávidos de lucro; se extiende hasta las damas, que también siguen, á favor del anteojo, los episodios y las peripecias de la justa, y que apuestan como nosotros apostamos, y emplean en su conversación los agrios vocablos del idioma hípico, erizado de puntas y consonantes agudísimas. Los galantes y los cortejos van á apostar con las señoras, y ofrecen una caja de guantes ó un estuche de perfumes, en cambio de la pálida camelia que se marchita en los cabellos de la dama ó del coqueto alfiler de oro que detiene los rizos de la nuca. El breve guante de cabritilla paja que aprisiona una mano marfilina, bien vale todos los jarrones de Sèvres que tiene Hildebrand en sus lujosos almacenes, y todas las delicadas miniaturas que traza el pincel-Daudet de Casarín. Yo tengo en el cofre azul de mis recuerdos uno de esos guantes. ¿De quién era? Recuerdo que durante muchos días fué conmigo, guardado en la cartera, y durmió bajo mi almohada por las noches. ¿De quién era? ¡Pobre guante! Ya le faltan dos botones y tiene un pequeñito desgarrón en el dedo meñique. Huele á rubia.

***

La arena del Hipódromo ha recibido ya también su bautismo de sangre. Pero ¿quién piensa durante la animación de las carreras,

en esos tristes lances de tragedia? El caballo pasea con arrogancia dentro de la pista, como una hermosa en el salón del baile. Sabe que es arrogante y sabe que le miran. Y el caballo puede matar á su jinete en el *steeple chase*, como la dama, por casta y angelical que os parezca, puede también poner en vuestra mano el vibrante florete del duelista ó el revólver del suicida. Todo amor da la muerte.

Nosotros acariciamos la crin sedosa del caballo ó nos dormimos á la sombra de una tupida cabellera negra, como la Africana bajo la fronda pérfida del manzanillo. Tus piernas son nerviosas—¡oh caballo!—mis dedos quieren esconderse entre tus crines, y cuando tú, alargando el noble cuello, dilatas la nariz y corres, como un dardo disparado, yo siento las palpitaciones de tu carne, y te poseo y te amo, ebrio de orgullo. Bien sé que en uno de tus botes puedes arrojarme á distancias enormes, como se arroja un saco de huesos desde lo alto de una torre. Mi cuerpo irá á caer en la barranca ó quedará desamparado en la llanura, siendo pasto de los buitres. ¿Pero qué importa? ¡yo te amo!

—Tus ojos—oh mujer—ocultan el amor al propio tiempo que la muerte, porque son negros como la noche y en la noche reinan las pálidas estrellas y los perversos malhechores. Tus pupilas despiden luces frías, como flechas de acero. Nadie ha podido sorprender los escondidos pensamientos que guarda tu frente impenetrable. Eres el arca santa ó la terrible caja de Pandora, el condor ó el gusano, la cumbre en que se está próximo al cielo ó la barranca cuyo duro suelo caldean las llamas del infierno. Me han dicho que no debo quererte, y por eso te amo, como José adoraba á Carmen la gitana. El árbol traicionero alza su copa hermosa sobre los demás: no hay nidos en sus ramas; abajo está la muerte. Puedo, si quiero, reposar bajo otros árboles, bajo la encina honrada ó el nogal hospedador. Pero esos no poseen tu seducción diabólica, ni son tan bellos como tú. He corrido por los campos y los bosques; el cansancio me agobia; déjame, pues, dormir bajo tus hojas y beber por mis poros el veneno de la muerte!

***

Mas ¿quién piensa en la caída mortal cuando caracolea el caballo, coqueteando en la arena del *turf;* ni en el minuto trágico del duelo, cuando la bella peligrosa se apoya en nuestro brazo para lanzarse al torbellino rápido del vals? Yo en las carreras, pensaba en usted, ¡oh gran dominadora!, y en las apuestas que había hecho en la oficina. El juego es la suprema sensación para aquellos que no conocen el amor, ese otro juego en que se apuesta el alma. Pero el juego, en el Hipódromo, es el juego hecho carne; la sensación de dos mil metros; el juego con peripecias y sobresaltos; el juego

que ase á su víctima por los cabellos y la columpia en el espacio. ¡Qué hermosa es «Taxatón!» Sus movimientos están ajustados á un ritmo cadencioso; la baña el sol por todas partes; anda como una reina de quince años en el momento de subir al trono. «Júpiter» es el mozo arrojado que, como Paolo, besa en los labios á la que ama, aun cuando tenga sobre el pecho la punta del puñal que va á matarle. ¿Y «Maretzeck?» ¿De dónde viene ese nobilísimo extranjero? Es un nabab que se pasea en las calles de Paris. Mira con altivez á los demás y pasa imperturbable, seguro de sí mismo y olfateando la victoria. Pero el «Aguila» no obedece á las leyes de la gravedad y parece que tiene alas adentro; y «Caracole,» traveseando como una locuela, se burla de los demás y sabe que ninguno podrá disputarle el triunfo. Parten ya: el «Halcón» sale disparado como una enorme piedra negra arrojada por la honda de un gigante, y parece que la pista se va enrollando delante de él, como una pieza de paño gris en torno de un cilindro giratorio. «Halcón» vence hasta ahora; pero el «Águila,» que no ha querido fatigarse y que avanza tranquila, arranca con una fuerza extraordinaria, aprovechando la fatiga del contrario, y le alcanza en la curva de la pista, y le pasa, y entre vivas y aplausos, llega á la meta, sin una gota de sudor, altiva é impasible como el poeta que, terminada su tragedia, sale al escenario y escucha los aplausos, sin agradecerlos, como no agradece el sol las miradas sumisas de los hombres.

Durante la rápida competencia ¡cuántas emociones han sentido sucesivamente los apostadores! El dinero apostado en las carreras es un dinero que galopa y que corre: se oye venir, montado en el caballo, como si el jinete tuviera una armadura de oro. Un enamorado que estaba junto á mí apostó al «Halcón» y le veía vencer con espanto. Había apostado una caja de guantes y perfumes, contra el listón azul que ceñía la garganta de su novia. Quería perder.

En un hermoso drama de Vigny, Chattertton halla en un baile á la mujer que amaba desde lejos.....

.....Vers de terre amoureux d'une etoile!

En el tumulto de la fiesta, ve la dama que habían desgarrado su traje y busca un alfiler para prenderlo. Chattertton era pobre; pero tenía un alfiler muy rico, de brillantes, único resto de sus pasados esplendores. Esa era, casi, toda su fortuna. Se acercó á la dama y le ofreció la rica joya para que prendiese con ella su desgarrada falda.

—Caballero, no puedo recibir de un desconocido alhaja de tal precio.

—Si es por eso, y no más—repuso Chattertton—tomad.

Y rompiéndola vigorosamente entre sus dedos, le tendió el alfiler, arrojando por la ventana los brillantes.

***

Yo en el Hipódromo no pensaba nada más en la gran domadora de mis pensamientos y en la nerviosa agilidad del «Aguila.» Pensaba, viendo las tribunas, en el pintor supremo de las elegancias parisienses, De Nittis. Hay tres pasteles de De Nittis que representan varios episodios de carreras. En uno (Pendant la Course), la pista no se ve. El pintor comprendía que los más importantes en el *turf* no son los caballos, sino las mujeres. En primer término, en pie sobre una silla de paja, una mujer alta y hermosa observa la carrera. Está de perfil. Yo apostaría á que no es una mujer honrada.

Mira el *match* fríamente, como si en él no aventurara un sólo franco suyo. Tal vez habrá apostado la fortuna de su amante. Largo abrigo de felpa le llega casi hasta los talones, descubriendo apenas la extremidad de su enagua escocesa. Los botines son de paño gris con zapatillas de cuero barnizado. No tiene breve el pie ni pequeñas las manos, que se esconden en el *manchón* de pieles. Cubre su cabeza un gran sombrero de terciopelo mirto, sobre el que se destaca una camelia blanca, como una gota de leche caída de los senos de Cibeles. La escena debe pasar en Auteuil y durante las carreras de otoño. La hermosa impasible tiene frío. Se conoce en el modo con que ata las bridas de su sombrero y en el cuidado con que oculta su garganta. Junto á ella, pero en tierra y puesto adrede para sostenerla en caso de una caída, está su acompañante, rígido y gallardo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se ve la tela de su traje obscuro y el tejido de su corbata. Siente uno tentaciones de pasar la mano por la seda del sombrero, para ver si se eriza. En torno, y distribuídos con grande arte, vense muchos grupos de espectadores. Unos siguen con fiebre los incidentes de la carrera; otros entablan conversaciones amorosas; pero, dominando á todos, en pie en la silla de paja, con la misma altiveza de una estatua en el marmóreo pedestal, destácase la dama rubia y pálida, imposible, severa y desdeñosa. Sus ojos no se apartan de la pista. Yo creo que con un poco de atención se vería la carrera reflejada en sus pupilas.

En otro pastel de De Nittis, la escena representa un grupo en torno del brasero. El cielo tiene un gris mate, como si en lo alto se estuviera formando la nieve que ha de caer en el invierno. A lo lejos se distingue la pista y el hormiguear confuso de los circunstantes. Un grupo de privilegiados se reune en torno del brasero, que es un cono de hierro como de metro y medio, en cuyo centro arden carbones crepitantes: las llamas rojas salen por los intersticios de la reja, como lenguas de ratones diabólicos que intentan escaparse del infierno. Al rededor de esa *poêle* hay figuras deliciosas,

cuyos contornos nadan en la luz. Nadie piensa en los caballos ni atiende á las carreras. Todos descansan indolentemente, extendiendo sus piernas para calentarse al amor de la lumbre. De un personaje sólo se ve el pie, bien calzado, cuya planta lamen casi las rojizas lengüetas del brasero. Allí está el ruso Turgueneff, un parisiense del Newskia, arropado en los anchos pliegues de su hopalanda, sobre la que nievan los blanquísimos copos de su barba. Junto á él, una mujer, de blancura hiperbórea, le mira sonriendo y enseñando sus blancos dientes esmaltados. Sobre una silla descansa y se calienta un perro lanudo, de esos que la implacable moda tusa á medias, dejando á descubierto su finísimo cútis color de rosa subido y la extremidad de sus piernas raquíticas. Mas la figura singularmente bella en este cuadro, es la de una mujer alta y esbelta, que apoyándose en el respaldo de una silla y conservando el equilibrio en sólo un pie, tiende su breve planta hacia la llama.

Viste un traje de terciopelo guinda obscuro y lleva un sombrero del mismo color, con adornos azules listados de negro y detenidos por una airosa pluma blanca. Tuerce el cuerpo hacia atrás, y al acercar la planta al fuego, su enagua levantada dibuja las morbideces de la pierna. El ala ancha y caída de su sombrero, le cubre una gran parte de la cara; pero puede mirarse la extremidad de la nariz correcta, cuyas ventanillas color de rosa se estremecen, como si olfatearan besos, y el corte de la barba, cuya línea ondulante se desvanece en la garganta. Por sobre la nuca y escapando á la tiranía del sombrero, cae una doble trenza rubia. Yo viviría bajo esa trenza.

En el aire revolotean, moviendo sus élictros sonoros, los *¡Hip! ¡Hip!* de los jockeys y el *¡Hurra!* de los apostadores gananciosos.

***

Un De Nittis viajero podría encontrar, en las tribunas del Hipódromo, bonito asunto para nuevos cuadros. Aquí, sin embargo, los grupos no se distribuyen de modo tan pintoresco y tan artístico. Parece que están sujetos todos al despotismo de la inflexible línea recta. Las señoras se alínean en las tribunas y los hombres hacen abajo su cuarto de centinela. Nosotros no tenemos tampoco esas fanáticas del caballo que hay en Londres y en Paris. La más famosa en Francia es la Condesa de ***, apellidada por los periodistas Madame Bob. Nadie podría decir que ha sido su amante, y sin embargo, el mundo no la juzga honrada. Posee eso que Baudelaire apellidaba, con extraordinaria precisión, «la gracia infantil de los monos.» Es delgada, y cuando abrocha su casaca estrecha sobre el pecho aplanado, más bien se creería ver á un estudiante en vacaciones ó á un jockey en traje de paseo.

Mme. Bob no se jacta de sus títulos, pero sí se vanagloría de sus caballos, que descienden de «Gladiator» y «Lady Tempest». Y cuentan que cuando vuelve de algún baile, escotada, con los ebúrneos brazos descubiertos y abrochados los catorce botones de sus guantes, entra en las caballerizas alumbradas por el gas, y allí dilata su nariz para sentir el acre olor de las repletas pesebreras, y despierta los caballos, y les rodea el cuello con los brazos, y los besa, y monta como una amazona y se deja caer entre las piernas de su yegua favorita, y roza con su codo lustroso la madera de los bojes, y hunde sus zapatillas de raso blanco en el estiércol; y permite que el casco de sus caballos retozones le rasgue la crujiente seda del vestido, y que sus gruesas bocas frías le mojen la garganta y el cabello. Luego sube á su tocador, que huele á azáleas y á violetas, y se lava allí, no en las palanganas de finísimo cristal, ni en las ánforas de plata maciza llenas de cincelados y arabescos, sino en el burdo cubo de madera en donde empapa una grosera esponja, prefiriendo al agua de Santa María de la Novella y al mismo Chipre, cuyo olor no puede definirse, el agua clara tomada en la mañana, de la fuente, y con la que salpica, al zabullir sus rizos negros, los muros tapizados de acuarelas japonesas.

***

¡El caballo! Yo comprendo las pasiones que inspira, aun cuando sean como la salvaje pasión de Mme. Bob. Las mujeres le aman más aún que nosotros.

Allons, mon intrépide,
Ta cavale rapide
Frappe du pied le sol;
Et ton bouffon balance,
Comme un soldat sa lance
Son joyeux parasol!

¿Te acuerdas? Ya hace mucho tiempo de ésto: fué cuando me amabas. El aire estaba fresco como si dentro de cada gota de luz fuese una gota de agua. Acabábamos de tomar en sendos tarros—tú no quisiste que bebiera en el tuyo—la espumosa leche que delante de nosotros ordeñaron. ¡Cómo reímos en esa azul mañana y cómo recuerdo los bigotes blancos que dibujó la leche en tu boquita! Ibamos á partir. Tu caballo relinchaba impaciente, y tu mamá, al verle brioso, te suplicaba que no hicieras locuras. ¿Te acuerdas? No podías subir, y yo, para ayudarte, te tomé entre mis brazos. No he podido olvidarlo. ¡Qué cerca estuvimos en ese instante y qué lejos estamos hoy! Después arreglé los pliegues largos de tu

amazona y estreché entre mis manos tu delicado botincito. Tú, ruborizada, espoleaste tu caballo y corriste, riendo, por el llano. Te alcancé. Galopamos mucho, mucho, hacia el lugar por donde sale el sol. Parecía que corríamos á un incendio. Los demás se habían quedado atrás, y tú, medrosa, quisiste que los aguardáramos á la sombra de un árbol. Allí nos detuvimos. Yo pensaba en el breve botín que ocultaba tu amazona y en tu corazón que había sentido junto al mío. Y hablamos, y tu caballo color de oro se fué acercando al mío, como si fuera á contarle algún secreto, y de repente, mi boca trémula besó los delicados bucles rubios que se erizaban en tu cuello.

¡Cómo ha corrido el tiempo! Cuando tengas hijas, no dejes que ninguno las ayude á sentarse en el albardón de su caballo!

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA PASIÓN DE PASIONARIA.

¡Cómo se apena el corazón y cómo se entumece el espíritu, cuando las nubes van amontonándose en el cielo, ó derraman sus cataratas, como las náyades vertían sus ricas urnas! En esas tardes tristes y pluviosas, se piensa en todos aquellos que no son; en los amigos que partieron al país de las sombras, dejando en el hogar un sillón vacío y un hueco que no se llena en el espíritu. Tal parece que tiembla el corazón, pensando que el agua lloyediza se filtra por las hendeduras de la tierra, y baja, como llanto, al ataúd, mojando el cuerpo frío de los cadáveres. Y es que el hombre no cree jamás en que la vida cesa; anima con la imaginación el cuerpo muerto cuyas moléculas se desagregan y entran al torbellino del eterno cosmos, y resiste á la ley ineludible de los séres. Todos, en nuestras horas de tristeza, cuando el viento sopla en el tubo angosto de la chimenea, ó cuando el agua azota los cristales, ó cuando el mar se agita y embravece; todos, cual más, cual menos, desandamos con la imaginación este camino largo de la vida, y recordando á los ausentes, que ya nunca volverán, creemos oir sus congojosas voces en el quejido de la ráfaga que pasa, en el rumor del agua y en los tumbos del océano tumultuoso. El hijo piensa entonces en su amante padre, cuyos cabellos canos le finge la nieve prendida en los árboles; el novio, cuya gentil enamorada robó el cielo, piensa escuchar su balbuceo de niña en el ruido melancólico del agua; y el criminal, á quien atenacea el remordimiento, cierra sus oídos á la robusta sonoridad del océano, que, como Dios á Caín, le dice: ¿En dónde está tu hermano? Y nadie piensa en que esos cuerpos están ya disyectos y en que sus átomos van, errantes y dispersos, del botón encarnado de la rosa á la carne del tigre carnicero; de la llama que oscila en la bujía á los ojos de la mujer enamorada; nadie quiere creer que sólo el alma sobrevive y que la vil materia se deshace: porque de tal manera encariñados nos hallamos con la envoltura terrenal, y tan grande es la predominación de nuestros sentimientos egoístas, que, por tener derecho á imaginar que nuestros cuerpos son eternos, no consentimos en creer que la inflexible muerte ha acabado con los demás, y, calumniando á Dios, prolongamos la vida hasta pasada ya la orilla amarillenta en que comienzan los dominios de la muerte.

Este sentimiento es mayor en los pueblos que no alcanzan todavía un grado superior de civilización y de cultura. Los egipcios pensaban que sus deudos difuntos habían menester aún del alimento. Por eso pintaban en el interior de los sepulcros é hipogeos, fámulos y sirvientes, provistos de bandejas llenas de sabrosos manjares, cacharros henchidos de agua y grandes panes. Nuestro pueblo conserva aún esa superstición, y deposita, en el día de los difuntos, en el camposanto, lo que llama la ofrenda.

***

Días pasados, hablaba yo con una nerviosísima italiana acerca de estos usos y costumbres. No estábamos solos en su habitación; que, á haberlo estado, hubiera preferido hablarla de amor. La lluvia no permitía que abandonáramos el sagrado de su hogar, y allí, cautivos, entreteníamos la velada con cuentos de aparecidos y resucitados.

—¿No cree usted en la transmigración de las almas?—me decía.

Solté á reir, y oprimiendo su mano á hurtadillas de los demás, la contesté:

—Cuando miro esos ojos y esa boca, creo en la transmigración de los espíritus. Vive en usted el alma de Cleopatra. ¿No es así?

Mi bella interlocutora, agradecida, desarrugó el ceño, contraído poco antes por lo huraño de la plática, y me dijo:

—No sé si los muertos vuelven, ni si emigran las almas á otros cuerpos, pero voy á narrarle una historia..... Juan casó en segundas nupcias con Antonia. De su primera esposa quedábale una niña de siete años, á quien llamaban Rosalía sus padres, y Pasionaria, los vecinos de la aldea. La primera mujer de Juan era todo lo que se llama un ángel de Dios. Paciente, sufridísima, amorosa, se veía en los ojos de su marido y en el fresco palmito de la niña. Las comadres del pueblo, viendo su tez pálida, sus grandes ojos rodeados por círculos azules, y la marcada delgadez de su enfermizo cuerpo, decían que la mamá de Pasionaria no haría huesos viejos. Ella, alegre y resignada, esperaba la muerte cantando, como aguardan las golondrinas el invierno. Cierta noche, Andrea—que tal era su nombre—se agravó mucho, tanto que hubo necesidad de llamar á D. Domingo el curandero. ¡Todo inútil! La pobre madre se moría, sin que nadie pudiese remediarlo. Poco antes de entrar en agonía, llamó á su hija, que á la sazón contaba cinco años, y le dijo:

—Rosalía: ya me voy. Yo quisiera llevarte; pero el camino es muy largo y muy frío. Quédate aquí; tu padre te necesita y tú le hablarás de mí para que no me olvide. ¡Hasta mañana!

Andrea cerró los ojos, y Rosalía besó, llorando, sus manos que parecían de nieve. ¡Hasta mañana! Es verdad: ¡mañana en el cielo!

***

Juan era mozo todavía y se consoló á los once meses. Al año cabal, se había casado con Antonia. Esta era mala, huraña y desconfiada. La madrastra—como en el pueblo la llamaban—hizo sufrir muchísimo á la pobre niña. La trataba con dureza, solía azotarla cuando Juan no estaba en casa, y hasta llegó á quemar un día sus manos con la plancha caliente. Rosalía lloraba; nada más. Cuando eran muchos sus padecimientos, decía en voz baja, con la cara pegada á los rincones:—¡Madre! ¡madrecita!

Pero la pobrecita muerta no la oía. ¡Qué pesado ha de ser el sueño de los muertos! Las niñas del cortijo, viéndola tan triste, la invitaban á jugar. Pero ella no iba porque sus zapatitos no tenían ya suelas y los guijarros de la calle se le encajaban en la planta. A fuerza de zalamerías con su marido, Antonia había logrado enajenarle el cariño de su padre. Una noche, Pasionaria habló de su mamá; pero esa noche la dejaron sin cena y le pegaron.—¡Malhaya la madrastra!—decían las buenas almas de la vecindad. Dios quiera acordarse de la pobrecita Pasionaria!

Dios tiene buena memoria y se acordó. Cuando nadie lo esperaba, y sin visible cambio en la conducta depravada de los padres, Pasionaria se fué reanimando, como la mecha de una lámpara cuando sube el aceite. Seguía siendo muy pálida, pero sus ojos brillaban tanto como la lamparilla que arde junto al Sacramento.

—¿Vas mejor, Pasionaria?

—¡Vaya que voy, como que ya me he puesto buena!

Sin embargo, un doctor que estuvo de temporada en el cortijo, vió á la niña y su pronóstico fué fatal: "A la caída de las hojas se nos va."

Pasionaria desmentía con su cambio este vaticinio. Pasionaria cantaba, haciendo los menesteres de la casa, siempre que Antonia, perezosa y egoísta, andaba de parranda con las cortijeras. Luego que la madrastra llegaba, Pasionaria enmudecía! ¡Así callan los pájaros cuando ven la escopeta de los cazadores! Las buenas gentes del cortijo, se decían, con grandes muestras de compasión, que Pasionaria estaba loca. La habían visto hablar sola en los rincones, y hasta habían escuchado estas palabras:

—¡Madre! ¡madrecita!

Pasionaria no estaba loca. Pasionaria hablaba con su madre.

La santa mujer, que tenía una silla de marfil y de oro cerca de los ángeles, pidió una audiencia á Dios Nuestro Señor para decirle:

—Señor: yo estoy muy contenta y muy regocijada en tu gloria, porque te estoy mirando; pero, si no te enojas, voy á hablarte con franqueza. Tengo en la tierra un pedacito de mi alma que sufre mucho, y mejor quiero padecer con ella que gozar sola. Déjame ir á donde está, porque me llama la pobrecita y se está muriendo.

—Véte—dijo el Señor—pero si te vas, no puedes ya volver.

—¡Adios, Señor!

La gloria, sin sus hijos, no es gloria, para una madre.

Aquella noche, Andrea se apareció á su hija y le habló así:

—Yo te dije que volvería y aquí me tienes. De hoy en más no te abandonaré, tú me darás la mitad de los mendrugos que te den por alimento, y cuando te azoten esas malas almas, dividiremos el dolor entre las dos.

Y así fué. Por eso Pasionaria estaba alegre, aunque el doctor dijera que se moría. No hay, sin embargo, naturaleza que resista á ese maltrato. A la caída de las hojas se murió. Juan que en el fondo no era tan malo, se enjugó una lágrima, y el señor cura se la llevó á dormir al camposanto. Como era natural, en cuanto Dios supo la muerte, dijo á sus ángeles:

—Id á traerla, que aquí le tengo preparada una sillita baja de marfil y de oro, y un cajón lleno de juguetes y de dulces.

Los ángeles cumplieron el mandato, y madre é hija se pusieron en camino. Pero Andrea tenía cerrada la puerta del cielo por desconfiada, y San Pedro, llamándola aparte, para que la niña no se enterase de nada, le dijo:

—Ya tú sabes lo que el amo dispuso; yo lo siento, viejita, pero el que fué á Sevilla perdió su silla.

—Bien sabido que lo tengo. Nada más llego á la puerta para dejar allí á la niña, y que entre sola. Ahora que va á gozar, ya no me necesita. Lo único que pido es que me den un lugarcito en el Purgatorio, con ventana para el cielo; que de ese modo podré verla desde allí.—San Pedro conferenció con el Señor, que dió su venia, y la madre se despidió de Pasionaria.

—Madrecita, si tú no entras yo me voy contigo.

—Calla, niña, que nada más voy por tu padre y vuelvo pronto.

¡Pronto, sí! Todavía la está esperando Pasionaria! La pobre madre está en el Purgatorio, muy contenta, viendo con el rabo del ojo á Pasionaria, que juega con los ángeles todo el día. Dios dice que, cuando llegue el juicio final, se acabará el Purgatorio y que entónces se salvará la buena madre. ¡Dios mío! ¿cuándo se acaba el mundo para que no estén ausentes esas pobres almas?.....

LOS AMORES DEL COMETA.

De oro, así es la cauda del cometa. Viene de las inmensas profundidades del espacio y ha dejado en las púas de cristal que tienen las estrellas, muchas de sus guedejas luminosas. Las coquetas quisieron atraparle; pero el cometa pasó impasible, sin volver los ojos, como Ulises por entre las sirenas. Venus le provocaba con su voluptuoso parpadeo de media noche, como si ya tuviera sueño y quisiera volver á casa acompañada. Pero el cometa vió el talón alado de Mercurio que sonreía mefistofélicamente, y pasó muy formal á la distancia respetable de veintisiete millones de leguas. Y allí le veis. Yo creo que en uno de sus viajes halló la estrella de nieve á donde nunca llega la mirada de Dios, y que llaman los místicos Infierno. Por eso trae erizos los cabellos. Ha visto muchas tierras, muchos cielos; sus aventuras amorosas hacen que las siete cabrillas se desternillen de risa, y, cuando imprima sus memorias, veréis cómo las comprarán los planetas para leerlas á escondidas, cuidando de que no caigan en poder de las estrellas doncellitas. Tiene mucha fortuna con las mujeres: ¡es de oro!

***

No me había sido presentado. Yo, comunmente, no recibo á las cuatro y treinta y dos minutos de la madrugada; y ese gran noctámbulo deja sus sábanas azules muy temprano, para espiar la alcoba de la aurora por el ojo de la llave, luego que la divina rubia salta de su lecho con los brazos desnudos y el cabello suelto. Su pupila de oro espía por la cerradura del Oriente. Tal vez en ese instante la aurora baja las tres gradas de ópalo que tiene su lecho nupcial, y busca para cubrir sus plantas entumecidas, las pantuflas de myrthos que los ángeles forran por dentro con plumas blancas desprendidas de sus alas. Y él la mira; la circunda con el áureo fluido de sus ojos; la palpa con la vista; siente las blandas ondulaciones de su pecho; ve cómo entorna los párpados, descubriendo sus pupilas

color de *no me olvides*, y recibe en el rostro las primeras gotas de rocío que van cayendo de las trenzas rubias, cuando la diosa moja su cabeza en la gran palangana de brillantes, y aliña con el peine de marfil su cabellera descompuesta por la almohada. El cometa está enamorado. Por eso se levanta muy temprano.

***

Cuando los diarios anunciaron su llegada, yo dudé de su existencia. Creí que era un pretexto del sol para obligarme á dejar el lecho en las primeras horas matinales. El padre de la luz está reñido conmigo porque no le hago versos y porque no me gusta su hija el alba.

La blancura irreprochable de esa mujer, me desespera; y desde que amo con toda el alma á una morena, odio á las rubias y sobre todo á las inglesas. La noche es morena..... ¡como tú! ¡Perdón! Debí haber dicho: ¡como usted!

Pero el cometa, á pesar de estas dudas, existía. Un sacerdote que va á decir su misa antes del alba, le había visto. No era, pues, un pretexto del hirviente sol para tenerme desvelado y vengarse de todos mis desvíos. Los panaderos le conocían y saludaban. El gran viajero del espacio estaba en México.

Los graves observadores de Chapultepec no han desplegado aún sus labios, y guardan una actitud prudente para no comprometerse. No saben todavía si ese cometa es de buena familia. Y tienen sobradísima razón. No hay que hacer amistades con un desconocido que, á juzgar por la traza, es un polaco aventurero. Sobre todo, no hay que fiarle dinero. ¿A qué ha venido?

La honradez del cometa es muy dudosa. Sale, á la madrugada, del caliente camarín en que duerme la aurora, y no contento aún con deshonrarla de este modo, espía por la cerradura de la llave hasta que acaba de lavarse. Yo no sé si la aurora es casada; pero séalo ó no, la hora á que el cometa sale de su casa, no habla muy alto en pro de su reputación.

El cometa no es caballero. Hace alarde de sus bellaquerías: sale con insolencia, afrentando á los astros pobres con el lujo opulento de su traje, y, sin respeto al pudor de las estrellas vírgenes, compromete la honrosa reputación de una señora. No tiene vergüenza. Cuando menos debía embozarse en una capa.

***

Vanamente esperé que el gran desconocido apareciera en el cielo raso de mi alcoba. Para este excursionista, que no viene de Chicago, no hay hombres notables ni visitas de etiqueta. Tuve, pues,

que esperarle en pie y armado, como aguarda un celoso al amante de su mujer, para darle, al pasar, las buenas noches. Eran las cuatro y media de la madrugada. Las estrellas cuchichearon entre sí, detrás de los abanicos, y algo como un enorme chorro de champagne, arrojado por una fuente azul, se dibujó en Oriente. Era el cometa. La luna, esa gran bandeja de plata en donde pone el sol monedas de oro, se escondía, desvelada y pálida, en Oeste. Los luceros y yo teníamos frío.

***

Mas si el cometa no presagia ahora el desarrollo de la epidemia, ni la contingencia de un conflicto internacional con Guatemala, sí puede chocar en el océano obscuro del espacio con esta cáscara de nuez en que viajamos. Tal conjetura no es absolutamente inadmisible. Hay 281 millones de probabilidades en contra de esa hipótesis; pero hay una á favor. Si el choque paralizara el movimiento de translación, todo lo que no está pegado á la superficie de la tierra, saldría de ella con una velocidad de siete leguas por segundo. El tenor Prats llegaría á la luna en cuatro minutos. Si el choque no hiciera más que detener el movimiento de rotación, los mares saldrían de madre descaradamente y cambiarían el Ecuador y los polos. ¡Qué admirable espectáculo! Los mares vaciándose, como platones que se voltean, sobre la tierra! El astrónomo Wiston cree y sostiene que el diluvio fué ocasionado por el choque de un cometa: el que apareció nuevamente en 1680.

Podía también el bandolero del espacio envolvernos en su opulenta cola de tertulia. Los cometas debían usar vestido alto. Por desgracia sus grandes colas áureas, eterna desesperación de las actrices, tienen á las veces treinta y hasta ochenta millones de leguas. Si la extremidad de una de esas colas gigantescas penetrase en nuestra atmósfera, cargadas como están de hidrógeno y carbono, la vida sería imposible en el planeta. Sentiríamos primero una torpeza imponderable, como si acabáramos de almorzar en el restaurant de Recamier; y luego, gracias al decrecimiento del ázoe, un regocijo inmenso y una terrible excitación nerviosa, provocada por la rápida combustión de la sangre en los pulmones y por su rápida circulación en las arterias. Todos nos moriríamos riendo á carcajadas! Servín abrazaría á Joaquín Moreno, y García de la Cadena al General Aréchiga.

***

Pero, ¿quién piensa en ese horrible fin del mundo, oh vida mía? El olor de las rosas dura poco y el champagne se evapora en impalpables átomos, si le dejamos, olvidadizos, en la copa. Nuestro

cariño vuela á donde van las notas que se pierden, gimiendo, en el espacio. Mañana, tú tendrás canas y yo arrugas. En tus rodillas saltarán contentos tus chicuelos. Descuida: tenemos tiempo para amarnos, porque el amor dura muy poco. Cierra de noche tus balcones para que no entre muy temprano la luz impertinente de la aurora, y procura que duerma tu previsión, para que no adivines los desengaños y las decepciones que nos trae el porvenir. El mundo está viejo, pero nosotros somos jóvenes. Cuando estés en un baile, no pienses nunca en la diana del alba ni en el frío de la salida, porque tus hombros desnudos se estremecerán, como sintiendo el áspero contacto de un cierzo de Diciembre, y sentirás subir á tu garganta el bostezo imprudente del fastidio. La esperma brilla, y hay mucha luz en los espejos, en los diamantes y en los ojos. La música retoza en el espacio, y el wals, como la ola azul de un río alemán, arrastra las parejas estrechamente unidas como los cuerpos de Paolo y de Francesca.

Las copas de Bohemia desbordan el vino que da calor al cuerpo, y la boca entreabierta de la mujer derrama esas palabras que dan calor al alma. El alba se espereza entretanto, y piensa en levantarse. No pensemos en ella. Afuera sopla un viento frío que rasga las desnudas carnes de esas pobres gentes que han pasado la noche mendigando y vuelven á sus casas sin un sólo mendrugo de pan negro.

No pienses, por Dios, en la capota de pesadas pieles que duerme, aguardándote, en el guardarropa, ni en los cerrados vidrios de tu coche. Fin del mundo y salida de un baile, todo es uno. Final de fiesta mezclado de silencio y de fatiga; hora en que se apagan los lustros y cada cual vuelve á su casa; aquéllos á dormir bajo las ropas acolchonadas de su lecho, y éstos á descansar entre los cuatro muros de la tumba. Las bujías pavesean, lamiendo las arandelas del enroscado candelabro; los pavos del *buffet* muestran sus roídas caparazones y sus vientres abiertos; los músicos, luchando á brazo partido con el sueño, como Jacob con el ángel, no encuentran aire en sus pulmones para arrojarlo por el agudo clarinete, ni vigor en sus flojas articulaciones para esgrimir el arco del violín; sobre la blanca lona que cubre las alfombras, hay muchas flores pisoteadas y muchas blondas hechas trizas; las mujeres se van poniendo ojerosas, y el polvo de arroz cae, como el polen de una flor, de sus mejillas; los cocheros, inmóviles, duermen en el pescante, envueltos hasta la frente con sus carricks; este es el fin del baile, este es el fin del mundo. Pero—aguarda un momento—¡falta el cotillón!

Restons! L'etoile vagabonde,
Dont les sages ont peur de loin,

Peut-être, en emportant le monde,
Nous laissera dans notre coin!

***

El cometa no viene á exterminarnos. Sigue agitando su cabellera merovingia ante la calva respetable de la Luna, y continúa sus aventuras donjuanescas. Tiende á Marte una estocada y se desliza como anguila por entre los anillos de Saturno. ¡Míralo! Sigue *lagartijeando* en el espacio, bombardeado por las miradas incendiarias de la Osa. Reposa en la silla de Casiopea y se ocupa en bruñir el coruscante escudo de Sobieski. El Pavo real despliega el abanico de su cola para enamorarle, y el ave indiana va á pararse en su hombro. La Cruz austral le abre los brazos, y los Lebreles marchan obedientes á su lado. Allí está Orión que le saluda con los ojos, y el fatuo Arturo viéndose en el espejo de las aguas. Puede rizar la cabellera de Berenice, é ir, jinete en la Girafa, á atravesar el Triángulo boreal. El León se echa á sus pies y el Centauro le sigue á galope. Hércules le presenta su maza y Andrómeda le llama con ternura. La Vía Láctea tiende á sus pies una alfombra blanca, salpicada de relucientes lentejuelas, y el Pegaso se inclina para que lo monte.

Pero vosotros no lo poseereis ¡oh estrellas enamoradas! Ya sabe que otros de sus compañeros se han perdido por acercarse mucho á los planetas. Como los hombres cuando se enamoran, se han casado. Perdieron su independencia desde entonces, y hoy gravitan siguiendo una cerrada curva ó una elipse. Por eso huye y esquiva vuestras redes de oro: ¡es de la aurora! Miradle cómo espía á su rubia amada, por la brillante cerradura del Oriente. El cielo empieza á ruborizarse. ¡Ya es el día! Las estrellas se apagan en el cielo, y los ojos que yo amo se abren en la tierra!

DESPUES DE LAS CARRERAS.

Cuando Berta puso en el mármol de la mesa sus horquillas de plata y sus pendientes de rubíes, el reloj de bronce, superado por la imagen de Galatea dormida entre las rosas, dió con su agudo timbre doce campanadas. Berta dejó que sus trenzas de rubio veneciano le besaran, temblando, la cintura, y apagó con su aliento la bujía, para no verse desvestida en el espejo. Después, pisando con sus pies desnudos los «no-me-olvides» de la alfombra, se dirigió al angosto lecho de madera color de rosa, y tras una brevísima oración, se recostó sobre las blancas colchas que olían á holanda nueva y á violeta. En la caliente alcoba se escuchaban, nada más, los pasos sigilosos de los duendes que querían ver á Berta adormecida y el *tic-tac* de la péndola incansable, enamorada eternamente de las horas. Berta cerró los ojos, pero no dormía. Por su imaginación cruzaban á escape los caballos del Hipódromo. ¡Qué hermosa es la vida! Una casa cubierta de tapices y rodeada por un cinturón de camelias blancas en los corredores; abajo, los coches cuyo barniz luciente hiere el sol, y cuyo interior, acolchonado y tibio, trasciende á piel de Rusia y cabritilla; los caballos que piafan en las amplias caballerizas, y las hermosas hojas de los plátanos, erguidas en tibores japoneses; arriba, un cielo azul, de raso nuevo; mucha luz, y las notas de los pájaros subiendo, como almas de cristal, por el ámbar fluido de la atmósfera; adentro, el padre de cabello blanco que no encuentra jamás bastantes perlas ni bastantes blondas para el armario de su hija; la madre que vela á su cabecera, cuando enferma, y que quisiera rodearla de algodones como si fuese de porcelana quebradiza; los niños que travesean desnudos en su cuna, y el espejo claro que sonríe sobre el mármol del tocador. Afuera, en la calle, el movimiento de la vida, el ir y venir de los carruajes, el bullicio; y por la noche, cuando termina el baile ó el teatro, la figura del pobre enamorado que la aguarda y que se aleja satisfecho cuando la ha visto apearse de su coche ó cerrar los maderos del

balcón. Mucha luz, muchas flores y un traje de seda nuevo: ¡esa es la vida!

***

Berta piensa en las carreras. «Caracole» debía ganar. En Chantilly, no hace mucho, ganó un premio. Pablo Escandón no hubiera dado once mil pesos por una yegua y un caballo malos. Además, quien hizo en París la compra de esa yegua, fué Manuel Villamil, el mexicano más perito en estas cosas de *sport*. Berta va á hacer el próximo domingo una apuesta formal con su papá: apuesta á *Aigle*; si pierde, tendrá que bordar unas pantuflas; y si gana, le comprarán el espejo que tiene Madame Drouot en su aparador. El marco está forrado de terciopelo azul y recortando la luna oblicuamente, bajo una guirnalda de flores. ¡Qué bonito es! Su cara reflejada en ese espejo, parecerá la de una hurí, que, entreabriendo las rosas del paraíso, mira el mundo!

Berta entorna los ojos, pero vuelve á cerrarlos en seguida, porque está la alcoba á obscuras.

Los duendes, que ansían verla dormida para besarla en la boca, sin que lo sienta, comienzan á rodearla de adormideras y á quemar en pequeñas cazoletas granos de opio. Las imágenes se van esfumando y desvaneciendo en la imaginación de Berta. Sus pensamientos pavesean. Ya no ve el Hipódromo bañado por la resplandeciente luz del sol, ni ve á los jueces encaramados en su pretorio, ni oye el chasquido de los látigos. Dos figuras quedan solamente en el cristal de su memoria empañada por el aliento de los sueños: «Caracole» y su novio.

Ya todo yace en el reposo inerme;
El lirio azul dormita en la ventana;
¿Oyes? desde su torre la campana
La media noche anuncia; duerme, duerme.

***

El genio retozón que abrió para mí la alcoba de Berta, como se abre una caja de golosinas el día de Año Nuevo, puso un dedo en mis labios, y tomándome de la mano, me condujo á través de los salones. Yo temía tropezar con algún mueble, despertando á la servidumbre y á los dueños. Pasé, pues, con cautela, conteniendo el aliento y casi deslizándome sobre la alfombra. A poco andar dí contra el piano, que se quejó en sí bemol; pero mi acompañante sopló, como si hubiera de apagar la luz de una bujía, y las notas cayeron mudas sobre la alfombra: el aliento del genio había roto

esas pompas de jabón. En esta guisa atravesamos varias salas; el comedor de cuyos muros, revestidos de nogal, salían gruesos candelabros con las velas de esperma apagadas; los corredores, llenos de tiestos y de afiligranadas pajareras; un pasadizo estrecho y largo, como un cañuto, que llevaba á las habitaciones de la servidumbre; el retorcido caracol por donde se subía á las azoteas, y un laberinto de pequeños cuartos, llenos de muebles y de trastos inservibles. Por fin, llegamos á una puertecita por cuya cerradura se filtraba un rayo de luz tenue. La puerta estaba atrancada por dentro, pero nada resiste al dedo de los genios, y mi acompañante, entrándose por el ojo de la llave, quitó el morillo que atrancaba la mampara. Entramos: allí estaba Manón, la costurera. Un libro abierto extendía sus blancas páginas en el suelo, cubierto apenas con esteras rotas, y la vela moría lamiendo con su lengua de salamandra los bordes del candelero. Manón leía seguramente cuando el sueño la sorprendió. Decíalo esa imprudente luz que habría podido causar un incendio, ese volumen maltratado que yacía junto al catre de fierro, y ese brazo desnudo que con el frío impudor del mármol, pendía, saliendo fuera del colchón y por entre las ropas descompuestas. Manón es bella, como un lirio enfermo. Tiene veinte años, y quisiera leer la vida, como quería de niña hojear el tomo de grabados que su padre guardaba en el estante, con llave, de la biblioteca. Pero Manón es huérfana y es pobre: ya no verá, como antes, á su alrededor, obedientes camareras y sumisos domésticos; la han dejado sola, pobre y enferma en medio de la vida. De aquella vida anterior que en ocasiones se le antoja un sueño, nada más le queda un cutis que trasciende aún á almendra, y un cabello que todavía no vuelven áspero el hambre, la miseria y el trabajo. Sus pensamientos son como esos rapazuelos encantados que figuran en los cuentos: andan de día con la planta descalza y en camisa; pero dejad que la noche llegue, y mirareis cómo esos pobrecitos limosneros visten jubones de crujiente seda y se adornan con plumas de faisanes.

Aquella tarde, Manón había asistido á las carreras. En la casa de Berta todos la quieren y la miman, como se quiere y mima á un falderillo, vistiéndole de lana en el invierno y dándole en la boca mamones empapados en leche. Hay cariños que apedrean. Todos sabían la condición que había tenido en antes esa humilde costurera, y la trataban con mayor regalo. Berta le daba sus vestidos viejos, y solía llevarla consigo, cuando iba de paseo ó á tiendas. La huérfana recibía esas muestras de cariño, como recibe el pobre que mendiga, la moneda que una mano piadosa le arroja desde un balcón. A veces esas monedas descalabran.

Aquella tarde, Manón había asistido á las carreras. La dejaron adentro del carruaje, porque no sienta bien á una familia aristocrá-

tica andarse de paseo con las criadas; la dejaron allí, por si el vestido de la niña se desgarraba ó si las cintas de su «capota» se rompían. Manón, pegada á los cristales del carruaje, espiaba por allí la pista y las tribunas, tal como ve una pobrecita enferma, á través de los vidrios del balcón, la vida y movimiento de los transeuntes. Los caballos cruzaban como exhalaciones por la árida pista, tendiendo al aire sus crines erizadas. ¡Los caballos! Ella también había conocido ese placer, mitad espiritual y mitad físico, que se experimenta al atravesar á galope una avenida enarenada. La sangre corre más aprisa, y el aire azota como si estuviera enojado. El cuerpo siente la juventud, y el alma cree que ha recobrado sus alas.

Y las tribunas, entrevistas desde lejos, le parecían enormes ramilletes hechos de hojas de raso y claveles de carne. La seda acaricia como la mano de un amante, y ella tenía un deseo infinito de volver á sentir ese contacto. Cuando anda la mujer, su falda va cantando un himno en loor suyo. ¿Cuándo podría escuchar esas estrofas? Y veía sus manos, y la extremidad de los dedos maltratada por la aguja, y se fijaba tercamente en ese cuadro de esplendores y de fiestas, como en la noche de San Silvestre ven los niños pobres esos pasteles, esas golosinas, esas pirámides de caramelo que no gustarán ellos y que adornan los escaparates de las dulcerías. ¿Por qué estaba ella desterrada de ese paraíso? Su espejo le decía: «eres hermosa y eres joven» ¿Por qué padecía tanto? Luego, una voz secreta se levantaba en su interior diciendo: «No envidies esas cosas. La seda se desgarra, el terciopelo se chafa, la epidermis se arruga con los años. Bajo la azul superficie de ese lago hay mucho lodo. Todas las cosas tienen su lado luminoso y su lado sombrío. ¿Recuerdas á tu amiga Rosa Thé? Pues vive en ese cielo de teatro, tan lleno de talco, y de oropeles, y de lienzos pintados. Y el marido que escogió, la engaña y huye de su lado para correr en pos de mujeres que valen menos que ella. Hay mortajas de seda y ataúdes de palo santo, pero en todos hormiguean y muerden los gusanos.»

Manón, sin embargo, anhelaba esos triunfos y esas galas. Por eso dormía soñando con regocijos y con fiestas. Un galán, parecido á los errantes caballeros que figuran en las leyendas alemanas, se detenía bajo sus ventanas, y trepando por una escala de seda azul llegaba hasta ella, la ceñía fuertemente con sus brazos y bajaban después, cimbrándose en el aire, hasta la sombra del olivar tendido abajo. Allí esperaba un caballo tan ágil, tan nervioso como «Caracole». Y el caballero, llevándola en brazos, como se lleva á un niño dormido, montaba en el brioso potro que corría á todo escape por el bosque. Los mastines del caserío ladraban y hasta abríanse las ventanas, y en ellas aparecían rostros medrosos; los árboles corrían, corrían en dirección contraria, como un ejército en derrota, y el caballero la apretaba contra el pecho, rizando con su aliento abrasador los delgados cabellos de su nuca.

En ese instante el alba salía fresca y perfumada, de su tina de mármol, llena de rocío. No entres—¡oh fría luz!—no entres á la alcoba en donde Manón sueña con el amor y la riqueza! Deja que duerma, con su brazo blanco pendiente fuera del colchón, como una virgen que se ha embriagado con el agua de las rosas. Deja que las estrellas bajen del cielo azul, y que se prendan en sus orejas diminutas de porcelana trasparente!

LA HIJA DEL AIRE.

Pocas veces concurro al Circo. Todo espectáculo en que miro la abyección humana, ya sea moral ó física, me repugna grandemente. Algunas noches hace, sin embargo, entré en la tienda alzada en la plazoleta del Seminario. Un saltimbanco se dislocaba haciendo contorsiones grotescas, explotando su fealdad, su desvergüenza y su idiotismo, como esos limosneros que, para estimular la esperada largueza de los transuentes, enseñan sus llagas y explotan su podredumbre. Una mujer –casi desnuda—se retorcía como una víbora en el aire. Tres ó cuatro gimnastas de hercúlea musculación se arrojaban grandes pesos, bolas de bronce y barras de hierro. ¡Cuánta degradación! ¡Cuánta miseria! Aquellos hombres habían renunciado á lo más noble que nos ha otorgado Dios: al pensamiento. Con la sonrisa del cretino ven al público que patalea, que aúlla y que les estimula con sus voces. Son su bestia, su cosa. Alguna noche, en medio de ese redondel enarenado, á la luz de las lámparas de gas y entre los sones de una mala murga, caerán desde el trapecio vacilante, oirán el grito de terror supremo que lanzan los espectadores en el paroxismo del deleite, y moriran bañados en su propia sangre, sin lágrimas, sin piedad, sin oraciones!

***

Pero lo que subleva más mis sentimientos, es la indigna explotación de los niños. Pocas noches hace, cayó una niña del caballo que montaba y estuvo á punto de ser horriblemente pisoteada. ¿Recordais á la pobrecita hija del aire, que vino al mismo circo un año hace? Todavía me parece estarla viendo: el payaso se revuelca en la arena, diciendo insulsas gracejadas; de improviso miro subir por el volante cable, que termina en la barra del trapecio á un sér débil, pequeño y enfermizo. Es una niña. Sus delgados bracitos van tal vez á quebrarse; su cuello va á troncharse y la cabeza rubia caerá al suelo, como un lirio, cuyo delgado tallo tronchó el viento. ¿Cuántos años tiene? ¡Ay! es casi imposible leer la cifra del tiempo

en esa frente pálida, en esos ojos mortecinos, en ese cuerpo adrede deformado! Parece que esos niños nacen viejos.

Ya se encarama á los barrotes del trapecio, ya comienza el suplicio. Aquel cuerpo pequeño se descoyunta y se retuerce; gira como rehilete, se cuelga de la delgada punta de los pies, y, por un milagro de equilibrio, se sostiene en el aire, detenido por los talones diminutos que se pegan á la barra movediza. A ratos, sólo alcanzo á ver una flotante cabellera rubia, suelta como la de Ofelia, que da vueltas y vueltas en el aire. Diríase que la sangre huye espantada de ese frágil cuerpo, que tiene la blancura de los asfixiados y se refugia únicamente en la cabeza. El público aplaude..... Ninguna mujer llora. ¡He visto llorar á tantas por la muerte de un canario!

***

Cuando acaba el suplicio, la niña baja del trapecio, y, con sus retratos en la mano, comienza á recorrer los palcos y las gradas. Pide una limosna. Pasa cerca de mí: yo la detengo.

—¿Estás enferma?

—No, pero me duele mucho .....

—¿Qué te duele?

—Todo.

La luz de sus pupilas arde tenuemente como la luz de una luciérnaga moribunda. Sus delgados labios se abren para dar paso á un quejido, que ya no tiene fuerzas de salir. Sus bracitos están flacos pálidos, exangües. Es la hija del dolor y de la tristeza. Así, tan pálida y tan triste era la niña que miré agonizar, y cuya imagen quedó grabada para siempre en mi memoria. La infancia no tiene para ella tintes sonrosados, ni jüegos, ni caricias, ni alegrías. No: no es el alma que viene, es el alma que se va.

***

Dí pobre niña, ¿qué no tienes madre? ¿Naciste acaso de una pasionaria ó viniste á la tierra en un pálido rayo de la luna? Si tuvieras madre, si te hubieran arrebatado de sus brazos, ella, con esa adivinación incomparable que el amor nos da, sabría que aquí llorabas y sufrías; traspasando los mares, las montañas, vendría como una loca á libertarte de esta esclavitud, de este suplicio! No, no hay madres malas, es mentira. La madre es la proyección de Dios sobre la tierra. Tú eres huérfana.

¿Por qué no moriste al punto de nacer? ¿Por qué recorres con los pies desnudos ese duro país del sufrimiento? Dí, pobre niña: ¿qué, tú no tienes ángel de la guarda? Estás muy triste: nadie en-

dulza tu tristeza. Estás enferma: nadie te cura ni te acaricia blandamente. ¡Ah! cómo envidiarás á esas niñas felices y dichosas que te vienen á ver, al lado de sus padres! Ellas no han sentido cómo la recia mano de un gimnasta desalmado quiebra los huesos, rompe los tendones y disloca las piernas y los brazos, hasta convertirlos en morillos elásticos de trapo! Ellas no han sentido cómo se encaja en la carne viva el látigo del adiestrador que te castiga. Para ellas no hay trabajo duro; no hay vueltas ni equilibrios en la barra fija. ¡Tienen madre!

Dí, pobre niña: ¿Por qué no te desprendes del trapecio para morir siquiera y descansar? Tú, enferma, blanca, triste, paseas lánguidamente tu mirada. ¡Cómo debes odiarnos, pobre niña! Los hombres—pensarás—son monstruos sin piedad, sin corazón. ¿Por qué permiten este cruentísimo suplicio? ¿Por qué no me recogen y me dan, ya que soy huérfana, esa madre divina que se llama la santa Caridad? ¿Por qué pagan á mis verdugos y entretienen sus ocios con mis penas? ¡Ay, pobre niña! tú no podrás quejarte nunca á nadie. Como no tienes madre en la tierra, no conoces á Dios y no le amas. Te llaman hija del aire; si lo fueras, tendrías alas; y si tuvieras alas, volarías al cielo!

***

¡Pobre hija del aire! Tal vez duerme ahora en la fosa común del camposanto! La niña mártir de la temporada no trabaja en el trapecio sino á caballo. Todo es uno y lo mismo.

Oigo decir con insistencia que es preciso ya organizar una sociedad protectora de los animales. ¿Quién protegerá á los hombres? Yo admiro esa piedad suprema que se extiende hasta el mulo que va agobiado por el peso de su carga, y el ave cuyo vuelo corta el plomo de los cazadores. Esa gran redención que libra á todos los esclavos y emprende una cruzada contra la barbarie, es digna de aprobación y de encarecimiento. Mas ¿quién libertará á esos pobres séres que los padres corrompen y prostituyen, á esos niños mártires cuya existencia es un larguísimo suplicio, á esos desventurados que recorren los tres grandes infiernos de la vida:—la Enfermedad, el Hambre y el Vicio?

TRAGEDIAS DE ACTUALIDAD.

EL ALQUILER DE UNA CASA.

Personajes.

El *propietario:* hombre gordo, de buen color, bajo de cuerpo, y algo retozón de carácter.

El inquilino: joven, flaco, muy capaz de hacer versos.

La señora: matrona en buenas carnes, aunque un poquito triquinosa.

Siete ú ocho niños, personajes mudos.

ACTO ÚNICO.

El propietario.—¿Es vd., caballero, quien desea arrendar el piso alto de la casa?

El aspirante á locatario.—Un servidor de vd.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Paucracia! ¡Niños! Aquí esta ya el señor que va á tomar la casa. (*La familia se agrupa en torno del extranjero y lo examina, dando señales de curiosidad, emzclada con una brizna de conmiseración*). Ahora, hijos míos, ya le habeis visto bien; dejadme, pues, interrogarle á solas.

—¿Interrogarme?

—Decid al portero que cierre bien la puerta y que no deje entrar á nadie. Caballero, tome vd. asiento.

—Yo no quisiera molestar.....si esta vd. ocupado.....

—De ninguna manera, de ninguna manera; tome vd. asiento.

—Puedo volver .....

—De ningun modo. Es cuestión de brevísimos momentos (*mirándole*). La cara no es tan mala.....buenos ojos, voz bien timbrada.....

—Me había dicho el portero .....

—¡Perdón! ¡perdón! ¡vamos por partes! ¿Cómo se llama vd.?

dulza tu tristeza. Estás enferma: nadie te cura ni te acaricia blandamente. ¡Ah! cómo envidiarás á esas niñas felices y dichosas que te vienen á ver, al lado de sus padres! Ellas no han sentido cómo la recia mano de un gimnasta desalmado quiebra los huesos, rompe los tendones y disloca las piernas y los brazos, hasta convertirlos en morillos elásticos de trapo! Ellas no han sentido cómo se encaja en la carne viva el látigo del adiestrador que te castiga. Para ellas no hay trabajo duro; no hay vueltas ni equilibrios en la barra fija. ¡Tienen madre!

Dí, pobre niña: ¿Por qué no te desprendes del trapecio para morir siquiera y descansar? Tú, enferma, blanca, triste, paseas lánguidamente tu mirada. ¡Cómo debes odiarnos, pobre niña! Los hombres—pensarás—son monstruos sin piedad, sin corazón. ¿Por qué permiten este cruentísimo suplicio? ¿Por qué no me recogen y me dan, ya que soy huérfana, esa madre divina que se llama la santa Caridad? ¿Por qué pagan á mis verdugos y entretienen sus ocios con mis penas? ¡Ay, pobre niña! tú no podrás quejarte nunca á nadie. Como no tienes madre en la tierra, no conoces á Dios y no le amas. Te llaman hija del aire; si lo fueras, tendrías alas; y si tuvieras alas, volarías al cielo!

***

¡Pobre hija del aire! Tal vez duerme ahora en la fosa común del camposanto! La niña mártir de la temporada no trabaja en el trapecio sino á caballo. Todo es uno y lo mismo.

Oigo decir con insistencia que es preciso ya organizar una sociedad protectora de los animales. ¿Quién protegerá á los hombres? Yo admiro esa piedad suprema que se extiende hasta el mulo que va agobiado por el peso de su carga, y el ave cuyo vuelo corta el plomo de los cazadores. Esa gran redención que libra á todos los esclavos y emprende una cruzada contra la barbarie, es digna de aprobación y de encarecimiento. Mas ¿quién libertará á esos pobres séres que los padres corrompen y prostituyen, á esos niños mártires cuya existencia es un larguísimo suplicio, á esos desventurados que recorren los tres grandes infiernos de la vida:—la Enfermedad, el Hambre y el Vicio?

TRAGEDIAS DE ACTUALIDAD.

EL ALQUILER DE UNA CASA.

Personajes.

El *propietario:* hombre gordo, de buen color, bajo de cuerpo, y algo retozón de carácter.

El inquilino: joven, flaco, muy capaz de hacer versos.

La señora: matrona en buenas carnes, aunque un poquito triquinosa.

Siete ú ocho niños, personajes mudos.

ACTO ÚNICO.

El propietario.—¿Es vd., caballero, quien desea arrendar el piso alto de la casa?

El aspirante á locatario.—Un servidor de vd.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Paucracia! ¡Niños! Aquí esta ya el señor que va á tomar la casa. (*La familia se agrupa en torno del extranjero y lo examina, dando señales de curiosidad, emzclada con una brizna de conmiseración*). Ahora, hijos míos, ya le habeis visto bien; dejadme, pues, interrogarle á solas.

—¿Interrogarme?

—Decid al portero que cierre bien la puerta y que no deje entrar á nadie. Caballero, tome vd. asiento.

—Yo no quisiera molestar.....si esta vd. ocupado.....

—De ninguna manera, de ninguna manera; tome vd. asiento.

—Puedo volver .....

—De ningun modo. Es cuestión de brevísimos momentos (*mirándole*). La cara no es tan mala.....buenos ojos, voz bien timbrada.....

—Me había dicho el portero .....

—¡Perdón! ¡perdón! ¡vamos por partes! ¿Cómo se llama vd.?

—Carlos Saldaña.

—¿De Saldaña?

—No, no señor. Saldaña á secas.

—¡Malo, malo! el *de* habría dado alguna distinción al apellido. Si arrienda vd. mi casa, es necesario que agregue esa partícula á su nombre.

—¡Pero señor!

—Nada, nada: eso se hace todos los días y en todas partes; vd. no querrá negarme ese servicio. Eso da crédito á una casa..... Continuemos.

—Tengo treinta años, soy soltero.

—¿Soltero?.....¿Todo lo que se llama soltero? Yo no soy rigorista ni maniaco: recuerdo aún mis mocedades; no me disgustaría encontrar lindos palmitos en la escalera; el ruido de la seda me trae á la memoria días mejores..... pero, ¡salvemos las conveniencias sobre todo!

—Pero, señor mío.....

—Sí, sé lo que va vd. á contestarme: que ésto no me atañe, que nadie me da vela en ese entierro; pero, mire vd. por ejemplo, me disgustaría espantosamente que la novia de vd. fuera morena.....

—Repito que.....

—Estése vd. tranquilo, será una debilidad, yo lo confieso, pero á mí me revientan las morenas! No puedo soportarlas. Dejemos, pues, sentado que, si la casa le conviene, se obligará vd. por escrito á que todas sus amigas sean muy rubias. ¿Tiene vd. profesión?

—Ninguna.

—Lo celebro. Es la mejor garantía de que los inquilinos no harán ruido.

—Me dedico á cuidar mis intereses.....

—Perfectamente, ya hablaremos de eso: le voy á presentar con mi abogado.

—Gracias. Tengo el mío.

—No importa, cambiará vd. en cuanto se mude á casa. Yo he prometido solemnemente á mi abogado darle la clientela de mis inquilinos. Y, ¿qué tal de salud?

—Yo, bien, ¿y vd?

—No, no digo eso: lo que pregunto es cuál es su temperamento. ¿Es vd. linfático, sanguíneo, nervioso?

—Linfático..... me parece que linfático.

—¡Pues desnúdese vd!

—¿Qué.....?

—Por un instante. Es una formalidad indispensable. No quiero que mis inquilinos sean enfermos.

—Pero.....

—¡Vamos! La otra manga. ¡Malo! ¡malo! No parecía vd. tan flaco. ¿Sabe vd. cuánto pesa?

—No.

—El cuello es corto.....¡Dios mío! esas venas: ¡mucho cuidado con la apoplejía!

—¿No acabaremos?

—Será preciso que vd. se comprometa formalmente á tomar una purga al principio de cada estación. Yo indicaré á vd. la botica en que debe comprarla.

—¿Puedo ponerme la levita?

—Espere vd. un momento. ¿No hace vd. ejercicio?

—Doy once vueltas á la Alameda por las tardes.

—Eso es poco. De hoy en adelante vivirá vd. en el campo tres meses cada año. Eso conviene para la buena ventilación de las viviendas y para que se conserve en buen estado la escalera. Nosotros siempre viajamos en Otoño.

—Con que habíamos dicho que treinta y cinco pesos:.....

—¿Qué?

—Confieso á vd. que la renta me parece un poquito exagerada....

—Pero, hombre, ¡qué renta, ni qué ocho cuartos! ¡Todo se andará! vamos por partes!

—Pero.....

—¿Si pensará vd. que alquilarme una casa es lo mismo que comprarse un pantalón? Pasa vd. por la calle, mira vd. la cédula, sube, se sienta junto á mí, y apenas han pasado tres minutos cuando me pide ya las llaves. ¡Me gusta la franqueza! ¿Por qué no me pide vd. mi bata y mis pantuflas?

—Yo ignoraba.....

—Se tratan por lo común estos asuntos con una ligereza imperdonable.

—Volviendo, pues, á nuestro asunto, diré á vd. que no subiré ni un real de treinta pesos.

—¡Caballero, ni una palabra más, ó envío á vd. mis padrinos! ¡Pues no faltaba más! ¿Conoce vd. acaso las condiciones del arrendamiento?

—No, pero yo estoy pronto á subscribirlas siempre que sean justas y racionales.

—Oiga vd:

«Art. 1º El inquilino se acostará y levantará á la misma hora que su propietario, para no turbar el reposo de este último que ocupa precisamente el entresuelo.

«Art. 2º El inquilino vestirá invariablemente trajes claros para no contristar el ánimo del propietario, si por una casualidad lo encuentra en la escalera.

«Art. 3º El inquilino se asomará al balcón dos veces cuando

menos, en el día, frotándose las manos satisfecho, con el fin de acreditar el buen orden y excelente servicio de la casa.»

—¿Y cuándo llueva?

—Se asomará con un paraguas..... Continúo: «El inquilino no entrará nunca en la casa sin fijarse con cierta complacencia en los detalles de la arquitectura, ni tendrá embarazo alguno en hacer patente de viva voz, el entusiasmo que le produce la fachada. Mientras más gente reuna será mejor.

Art. 4º El inquilino invitará á comer al dueño todos los días 15, cuidando, por supuesto, de no llevarlo á ningún figón ó fonda de segunda clase.

"Aumento al art. 4º Estas comidas mensuales tienen por objeto el estrechar las amistades entre inquilino y propietario. No está prohibido al inquilino el ir acompañado de su novia."

"Art. 5º El inquilino saludará muy cortesmente á su portero, que es primo, por afinidad, del propietario.

"Art. 6º Los artistas y los literatos que vengan á visitar al inquilino, subirán por la escalera de la servidumbre."

—¿Ya no hay más, señor?

—Quedan algunos artículos suplementarios que haré conocer á vd. en su debido tiempo.

—Pues bien, todo es muy justo y muy sensato.....

—Se me olvidaba..... ¿No es vd. masón?

—No.

—Pues lo siento. Mi mujer tiene vivísimos deseos de conocer esos secretos.

—Si Vd. quiere, haré que me presenten en alguna logia.

—Lo estimaré muchísimo.

—Conque quedamos en que treinta pesos.....

—Dispense Vd.....

—¿Todavía más?

—Había olvidado preguntarle, ¿por qué dejó su antiguo domicilio?

—¡Yo, por nada! Porque arrojé por el balcón al propietario.

LOS SUICIDIOS.

Leía hace pocas noches, en la gacetilla arlequinesca de un periódico, la noticia de un suicidio recientemente acaecido. El párrafo en que se da cuenta del suceso desgraciado, mueve con descaro las campanillas agudas del bufón; refiere aquel suicidio con la pluma coqueta y juguetona que se empleó poco antes en referir una cena escandalosa ó una aventura galante de la corte; habla de la muerte con el mismo donaire que usaría para describir, en la crónica de un baile, el traje blanco de la señora de X. Trátase de un joven que en el primer día de camino, se postra de fatiga y arroja con desdén el nudoso bordón que le ha servido; de una madre que llora sin consuelo, mirando vacío en el hogar el hueco, aún tibio, que ocupaba su hijo; y todo esto se refiere sencilla y alegremente, con la sonrisa en los labios, saboreando el delgado cigarrillo que se ha encendido para salir del teatro. Esta nerviosa carcajada, que no es la de Lucrecio al mofarse con ira de sus antiguos dioses; que no es la de Lord Byron al sentir rodeado su espíritu por los anillos recios de las víboras que devoraban el cuerpo de Laoconte; que no es la de Gilbert al acercarse, circuído de rosas, á la tumba; que no puede compararse á nada de ésto, porque no la engendran ni el dolor, ni la duda, ni el escepticismo, me parecía la risotada de un imbécil ante la fosa llena de cadáveres. Y apartando de mi vista la hoja impresa, recordé con repugnancia el *Decamerón* de Bocaccio, apareciendo en los días de la peste de Florencia.

La epidemia que ahora nos devora es más terrible aún que la que diezmaba á los infelices florentinos, cuando se publicó el desvergonzado libro de Bocaccio. El suicidio ya no es un hecho aislado: es una peste. No sé qué extraña concatenación, qué misteriosa complicidad liga estos crímenes; pero no vienen solos, el uno sigue al otro, se dan alcance, como si el suicidio fuera una enfermedad contagiosa, á modo de la fiebre. Precisa averiguar cuál es el Gánges que produce estos miasmas ponzoñosos. En el monólogo de *Hamlet*, que es un precioso dato sobre la idea del suicidio en el si-

glo XVI, se perciben claramente los terrores de la duda. Hoy al abrirse las puertas de la eternidad, no se pregunta nadie cuál podrá ser el sueño de la tumba. Se muere con la sonrisa en los labios, paladeando las gacetillas románticas y almibaradas en que se dará cuenta al público del acontecimiento. Nuestro moderno *Hamlet*, despues de almorzar suculentamente, no formula el *to be or not to be*, toma el veneno, y si es franco, si es sincero, escribe á algun amigo una carta, como esta que yo guardo en el más secreto cajón de mi bufete:

«Caballero: voy á matarme porque no tengo una sola moneda en mi bolsillo, ni una sola ilusión en mi cabeza. El hombre no es más que un saco de carne que debe llenarse con dineros. Cuando el saco está vacío no sirve para nada.

Hace mucho tiempo, cuando yo tenía quince años, cuando temblaba al escuchar el estampido de los rayos, creía en Dios. Mi madre vivía aún, y por las noches, antes de acostarme, hacía que de rodillas en mi lecho, le rezara á la Virgen. Perdone Vd. que las líneas anteriores casi vayan borradas; cuando pienso en mi madre, las lágrimas se saltan de mis ojos.

Todavía me parece estar mirando la ceremonia de mi primera comunión. Muchos días antes me había estado preparando para este solemne acto. Yo iba por las noches á la celda de un sacerdote anciano que me adoctrinaba. ¡Cuán pueriles temores solían asaltar mi pobre pensamiento en esas noches! Puedo asegurar que mi conciencia era entonces una página blanca, y sin embargo, la idea de comulgar en pecado me aterrorizaba. Al salir por el claustro silencioso, sólo alumbrado á trechos por una que otra agonizante lamparilla, andando de puntillas para no oír el eco de mis pasos, se me figuraba que las formas gigantes de prelados y monjes, desprendidas de los enormes lienzos de la pared, iban á perseguirme, arrastrando pesadamente sus mantos y sotanas. Una noche—la noche en que me confesé—todos estos delirios de una imaginación enferma, desaparecieron; salí regocijado de la celda, como llevando el cielo dentro de mi espíritu. Ahí estaban los prelados con sus mitras, y los monjes, ceñida la correa, calada la capucha, inmóviles y mudos en los cuadros colosales del gran claustro; pero en vez de perseguirme con adusto ceño, me sonreían, al paso, cariñosamente. ¡Qué blanda noche aquella! Al amanecer del día siguiente, me llegué á imaginar que las campanas repicaban el alba dentro de mi pecho. Parece imposible, caballero, que una superstición y una mentira puedan hacer felices á los hombres.

Hoy me hallo á diez mil leguas de aquel día. Durante este paréntesis obscuro, me he dedicado con empeño y con ahinco á estudiar el gran Libro de la Ciencia. Como una dama despues del baile, en el misterio de su tocador iluminado por la discreta luz de sonrosada veladora, se despoja de sus adornos y sus joyas, así me he desvestido de las sencillas creencias de mi infancia. En cada libro, como las ovejas en cada zarza, he ido dejando, desgarrado, el vellón de la fe. Y ¡es tan triste el invierno de la vida cuando no se tiene ni una sola creencia que nos cubra! Las ilusiones son la capa de la vejez.

Mientras yo creí en Dios, fuí dichoso. Soportaba la vida, porque la vida es el camino de la muerte. Despues de estas penalidades—me decía—hay un vacío en que se descansa. La tumba es una palma en medio del desierto. Cada sufrimiento, cada congoja, cada angustia es un escalón de esa escala misteriosa vista por Jacob y que nos lleva al cielo. Yendo camino del Tabor, bien se puede pasar por el Calvario. Pero imáginese Vd. la rabia de Colón, si despues de haberse aventurado en el mar desconocido, le hubiera dicho la naturaleza: ¡América no existe! Imagínese Vd. la rabia mía, cuando despues de aceptar el sufrimiento, por ser éste el camino de los cielos, supe con espanto que el cielo era mentira. ¡Ay, recordé entónces á Juan Pablo Richter! El cementerio estaba cubierto por las sombras; bostezaban las tumbas y abrían paso á los espíritus errantes; nada más los niños dormían en sus marmóreos sepulcros. Ahí, el cuadrante de la eternidad, sin aguja, sin números, sin más que una mano negra que giraba y giraba eternamente. Un cristo blanco, con la blancura pálida de la tristeza, alzábase en el tabernáculo. ¿Hay Dios?—preguntaban los muertos. Y Cristo contestaba: no! Los cielos están vacíos; en las profundidades de la tierra sólo se oye la gota de lluvia, cayendo como eterna lágrima.— Despertaron los niños, y alzando sus manecitas exclamaron:—¡Jesús, Jesús, ¿ya no tenemos padre? Y Cristo, cerrando sus exangües brazos, exclamó severo:

—Hijos del siglo: vosotros y yo, todos somos huérfanos!

A esta terrible voz que descendió rodando por las masas de sombras apiñadas, cerráronse las tumbas con estrépito, los cirios se apagaron de repente, y la terrible noche tendió su ala de cuervo sobre el mundo.

¡Hijos del siglo, todos somos huérfanos!

¡Cuántas veces, caballero, he repetido en mis horas de angustia estas palabras! ¡Todos somos huérfanos! Mi alma está entumecida, y necesita para seguir moviéndose, el calor de una creencia! Pero he despilfarrado mi caudal de fe, y en el fondo de mi corazón no queda un sólo ochavo de esperanza. Soy un bolsillo vacío y una conciencia sin fe. Cuando el saco no sirve para nada, se rompe. Esto es lo que hago.»

HISTORIA DE UNA CORISTA.

CARTA ATRASADA.

Para edificación de los *gomosos* entusiastas que reciben con laureles y con palmas á las coristas importadas por Mauricio Grau, copio una carta que pertenece á mi archivo secreto y que—si la memoria no me es infiel—recibí, pronto hará un año, en el día mismo en que la *troupe* francesa desertó de nuestro teatro.

La carta dice así:

«*Mon petit Cochon bleu*:

Con el pie en el estribo del vagón y lo mejor de mi belleza en la maleta, escribo algunas líneas á la luz amarillenta de una vela hecha á propósito por algún desastrado comerciante para desacreditar la fábrica de la Estrella. Mi compañera ronca en su catre de villano fierro, y yo, sentada en un cajón, á donde va á sumergirse muy en breve el último resto de mi guardarropa, me entretengo en trazar garabatos y renglones como ustedes los periodistas, hombres que, á falta de Champagne y de Borgoña, beben á grandes sorbos ese líquido espeso y tenebroso que se llama tinta. Acaba de terminar el espectáculo y tengo una gran parte de la noche á mi disposición. Yo, acostumbrada á derrochar el capital ajeno, despilfarro las noches y los días, que tampoco me pertenecen: son del tiempo.

Si hubiera tenido la fortuna de M. Perret, mi compañero; si la suerte, esa loca, más loca que nosotras, me hubiera remitido en forma de billete de la lotería, dos mil pesos, ¡diez mil francos! no hubiera tomado la pluma para escribir mis confesiones. Los hombres escriben cuando no tienen dinero, y las mujeres cuando quieren pedir algo.

A falta, pues, de otro entretenimiento, hablemos de mi vida. Voy á satisfacer la curiosidad de usted, por no mirarle más tiempo de puntillas asomándose á la ventana de mi vida íntima. La mujer, que, como yo, tiene el cinismo de presentarse en el tablado con el traje económico del Paraíso, puede perfectamente escribir, sin escrúpulos, su biografía.

No sé en donde nací. Presumo que mis padres, un tanto cuanto flacos de memoria, no se acordaron más de mí unas cuantas semanas después de mi nacimiento. Todos mis recuerdos empiezan en el ahumado cubil que vió correr mis primeros años, en compañía de una vieja, cascada y sesentona, que desempeñaba oficios de acomodadora en un pequeño teatro parisiense. ¿Por qué me había recogido aquella buena mujer? Jamás pude saberlo, aunque sospecho que en esta buena acción había tenido poquísimo que ver la caridad. Yo cuidaba de la cocina y hacía invariablemente cuantos remiendos eran necesarios en el deshilachado guardarropa de mi protectora. Algunos pellizcos y otros tantos palmetazos eran la recompensa de mis afanes diarios. Comíamos mal y se dormía peor, porque si el espectáculo terminaba despues de media noche, y yo esperaba puntualmente la vuelta de la acomodadora, tenía en cambio que ponerme de pie en cuanto el alba rayaba, para aderezar, como Dios me daba á entender, el pobre almuerzo y arreglar los vetustos menesteres de la casa.

Muy pocas veces iba al espectáculo. Mi protectora temía, fundadamente, que el trato con la gente de teatro malease mis costumbres. Pero conforme iba creciendo, crecían también mis ambiciones. El tugurio en que vivíamos sofocaba mis instintos de independencia y de alegría. Un joven iluminador que vivía pared por medio de mi buhardilla, me había hecho conocer que era bonita. Cumplí diez años, doce, quince, y una mañana alegre de Septiembre, lié con precaución una maleta, puse en ella los chillantes guiñapos con que solía vestirme en dia de fiesta, y sin esperar la vuelta de Madame Ulises, falta de otra cosa que tomar, tomé la puerta.

Puntos suspensivos.

Si tiene Vd. el hilo de Ariadna, sígame como pueda en el gran laberinto parisiense. Si no lo tiene ni es sobrado hábil para marear, costeando los escollos, confórmese con seguirme desde lejos, cuando aparezca de nuevo á flor de tierra. Victor Hugo ha dicho:

«En los zarzales de la vida, deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana, el hombre su virtud.»

En donde dice hombre ponga Vd. mujer: es una simple corrección de erratas.

Iléme de nuevo aquí, ya menos pobre, despues de mis excursiones subterráneas. Las puertas de un teatro se abren á mi belleza en formación, y el cielo de las bambalinas cubre con sus harapos mi descoco. El empresario era un hombre gotoso, enfermo y sucio, que pagaba perfectamente mal á todas las infelices figurantas. Con lo que yo ganaba en aquel teatro podía comprar tres pares de botines y algunas cuantas cajas de cerillos. Pero esta era una cuestión completamente secundaria. Yo no aspiré jamás á vivir, como ar-

tista, del teatro. Apenas sabía leer; mis grandes conocimientos musicales hubieran atraído sobre mi cabeza un aguacero de patatas cocidas. O el arte no se había hecho para mí, ó yo no había nacido para el arte. Lo único que buscaba en el teatro era á manera de la exposición permanente y bien situada de un aparador aristocrático. Cuando la mujer se resuelve á hacer de su belleza un negocio por acciones, el mercado mejor es un teatro.

Los que nada conocen ni saben de los bastidores, se figuran que la puerta de ese jardín de las Hespérides está muy bien guardada por dragones y endriagos fabulosos. En ese paraíso .....de Mahoma, por supuesto, al revés de todo otro paraíso, es libre la entrada para los pecadores.

Yo, sin embargo, perdida como un átomo en la masa color de rosa de los coros, vivía penosamente, codeada por la miseria, víctima de las privaciones.

Mi belleza, magnífica y extraordinaria para el pobre iluminador, mi ex-vecino, pasaba inadvertida en aquel teatro, como la pieza de raso, azul ó blanco, pasa también inadvertida en la gran tienda llena de encajes, seda y telas de oro. La competencia era temible. Como la esposa de Malborough desde lo alto de su torre, yo esperaba, no el regreso, sino la aparición de alguno á quien no conocía aún.

Pero ¡ay! ningún príncipe ruso, ningún lord inglés se puso á la vista en esa larga temporada. Yo supongo que los príncipes rusos son unos entes imaginarios que sólo han existido en el cerebro hueco de los novelistas. El dinero se iba alejando de mí, como las golondrinas cuando llega el invierno, y los amigos cuando llega la pobreza.

Mi antigua protectora se acordó de mí. Me hizo proposiciones ventajosas, y seducida por sus grandes promesas, vine á América, el país del oro. Los yankees, que conocen admirablemente todas las mercancías, con excepción de la mujer, me tomaron por una verdadera parisiense. En Nueva York se cena.

Hay rostros colorados y sanguíneos que valen diez millones, y espantosas levitas abrochadas que encierran una fortuna en la cartera. Yo no hablo inglés, pero ellos hablan oro. Para contestarles, bastábame una palabra sola del vocabulario:

Yes.

Los americanos son los únicos hombres que hablan en plata.

La Habana es un país privilegiado. Hace mucho calor. Los negros sirven para hacer resaltar la blancura hiperbórea de las europeas.

Hay hombres que, á fuerza de vivir entre panes de azúcar, se acostumbran á desmigajar su fortuna como un terrón puesto dentro del agua. Pero la Habana es el país del azúcar y Nueva York

es el país del oro. No me hableis de las razas ni de las figuras: no hay hombres más gallardos que los yankees.

Mis impresiones de viaje tocan á su término. Ya estamos en México. Me habían dicho que esta era la tierra de la primavera. Yo, sin embargo, no la he visto más que en el exuberante corsé de la Leroux y en los ramos que manda comprar todas las noches el director de orquesta. Me esperaba ver correr arenas de oro por las calles, como corrían entre las ondas del Pactolo; por desgracia, no he hallado más que periodistas complacientes, amigos que suelen cenar de cuando en cuando, y elegantes *gomosos* que nos tratan como si fuéramos damas del *Faubourg Saint Germain*. Es una simple equivocación: *Notre dâme de Lorette* queda más lejos.

Cada noche me miro cortejada entre los bastidores por una turba de elegantes y de pollos que me hablan con la cabeza descubierta, tirando escrupulosamente el cigarro para no molestarme con el humo. Y todos se disputan mis sonrisas, me dirigen mil flores que trascienden al hotel Rambouillet y—¡oh colmo de los colmos—hasta me escriben cartas. Los más audaces de ellos suelen invitarme á tomar una grosella ó un Champagne.....vermouth. Me encuentran en las calles, y apartándose, corteses, para cederme la acera, se quitan el sombrero. Algunos calaveras me han besado la mano.

Aquí tampoco hay príncipes rusos. Pero, en cambio, llevo una completa colección de autógrafos, á cual más precioso. Esta ha sido la primera ciudad en que me tratan como se trata á una señorita. Ya verá usted si tengo razón para estar agradecida.»

Cuentos color de humo

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

JUAN EL ORGANISTA.

El valle de la Rambla, desconocido para muchos geógrafos que no saben de la misa la media, es sin disputa, uno de los más fértiles, extensos y risueños, en que se puede recrear, esparciéndose y dilatándose, el espíritu. No está muy cerca ni muy lejos: tras esos montes que empinan su cresta azul en lontananza, no distante de los volcanes, cuyas perpetuas nieves muerde el sol al romperlas; allí está. En tiempos tampoco remotos, por ese valle transitaban diariamente diligencias y coches de colleras, carros, caballerías, recuas, arrieros y humildes indios sucios y descalzos. Hoy el ferrocarril, dando cauce distinto al tráfico de mercancías y á la corriente de viajeros, tiene aislado y como sumido el fértil valle. Las poblaciones antes visitadas por viajantes de todo género y pelaje, están alicaídas, pobretonas, pero aun con humillos y altiveza, como los ricos que vienen á menos. Restos del anterior encumbramiento, quedan apenas en las mudas calles, caserones viejísimos y deslavazados, cuyos patios, caballerizas, corrales y demás amplias dependencias, indican á las claras que sirvieron en un tiempo de paraderos ó mesones.

En los años que corren, el valle de la Rambla no sufre más traqueteo que el de la labranza. Varias haciendas se disputan su posesión: una tira de allá, otra de acullá: ésta se abriga y acurruca al pie del monte: aquella, baja al río en graciosa curva, y todas, desde la cortesana y presuntuosa, que llega á las puertas de la población y quiere entrar, hasta la huraña y eremita que escala el monte con sus casas pardas, buscando la espesura de los cedros, ya en espigas enhiestas, ya en maizales tupidos y ondulantes, en cría robusta ó en maderas ricas, paga tributo opimo cada año. Nada más fértil, ni más alegre que ese valle, ora visto cuando comienza á clarear, ora en la siesta ó en el solemne instante del crepúsculo. La nieve de los volcanes, como el agua del mar, cambia de tintes según el punto donde está el sol; ya aparece color de rosa, ya con

blancura hiperbórea y deslumbrante, ya violada. Muchas veces las nubes, como el cortinaje cadente de un gran tálamo, impiden ver á la mujer blanca y á la montaña que humea. Es necesario que la luz, sirviendo de obediente camarera, descorra el pabellón de húmeda gasa para que veamos á los dos colosos. «La mujer blanca» se ruboriza entonces como recién casada á quien algún importuno sorprende en el lecho. Diríase que con la mórbida rodilla levanta las sábanas y las colchas. No así en las postrimerías de la tarde: la mujer blanca parece á tales horas una estatua yacente:

Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón obscuro y escondido.
De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Los sembrados ostentan todos los matices del verde, formando en las graduaciones del color, por el contraste con el rubio de las mieses, por los trazos y recortes del maizal como un tablero de colosales dimensiones y sencillez pintoresca. Los árboles no atajan la mirada: huyen del valle y se repliegan á los montes. Son los viejos y penitentes ermitaños que se alejan del mundo. Lo que á trechos se mira, son las casas de una sola puerta en donde viven los peones; los graneros con sus oblongas claraboyas, el agua quieta de las presas, los antiguos portones de cada hacienda y las torres de iglesias y capillas. Cada pueblo por insignificante y pobre que sea, tiene su templo. No encontraréis, sin duda, en esas fábricas piadosas los primores del arte: los campanarios son chicorrotines, regordetes; cada templo parece estar diciendo á los indígenas: «Yo también estoy descalzo y desnudo como vosotros.» Pero en cambio nada es tan alegre como el clamoreo de esas esquilas en las mañanas de los domingos, ó en la víspera de alguna fiesta. Allí las campanas suenan de otro modo que en la ciudad: tocan á gloria.

La parte animada del paisaje, puede pintarse en muy pocos rasgos: ¿véis aquel rebaño pasteando; aquéllos bueyes que tiran del arado; á ese peón que sentado en el suelo toma sus tortillas con chile, ínterin la mujer apura el jarro del *pulque*; al niño, casi en cueros, que travesea á la puerta de su casucha; á la mujer, de ubres flojas, inclinada sobre el metate, y al amo, cubierto por las anchas alas de un sombrero de palma, recorriendo á caballo las sementeras? Pues son las únicas figuras del paisaje. En las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde, aparecen también con sombreros de jipi y largos trajes de amazonas, en caballos de mejor traza, enjaezados con más coquetería, las «niñas» de la hacienda. También cuando obscurece podéis ver al capellán que lleva siempre el devoto libro en una mano y el paraguas abierto en la otra para librarse, ya del sol, ya de la lluvia ó del relente.

Y con estas figuras, los carros cargados de mieses, el polvo de oro que circunda las eras como una mística aureola, los mastines vigilantes, el bramido de los toros, el balar de las ovejas, el relincho de los caballos y el monótono canto con que acompañan los peones su faena, podeis formar en la imaginación el cuadro que no atino á describir. Ante todo, tended sobre el valle un cielo muy azul y transparente, un cielo en que no se vea á Dios sino á la Virgen: un cielo cuyas nubes, cuando las tenga, parezcan hechas con plumitas de paloma que el viento haya ido hurtando poco á poco; un cielo que se parezca á los ojos de mi primera novia y á los pétalos tersos de los «no me olvides.»

II

A una de las haciendas de aquel valle, llegó al obscurecer de cierto día Juan el organista. Tendría treinta años y era de regular figura, ojos expresivos, traje limpio, aunque pobre, y finos modales. Poco sé de su historia: me refieren que nació en buena cuna y que su padre desempeñó algunos empleos de consideración en los tiempos del presidente Herrera. Juan no alcanzó más que las últimas boqueadas de la fortuna paterna, consumida en negocios infelices. Sin embargo, con sacrificios ó sin ellos, le dieron sus padres excelente educación. Juan sabía tocar el piano y el órgano; pintaba medianamente; conocía la gramática, las matemáticas, la geografía, la historia, algo de ciencias naturales y dos idiomas: el francés y el latín. Con estos saberes y esas habilidades pudo ganar su vida como profesor y ayudar á la subsistencia de sus padres. Estos murieron en el mismo mes, precisamente cuando el sitio de México. Juan, que era buen hijo, les lloró, y viéndose tan solo y sin parientes, entregado á solicitudes mercenarias, hizo el firme propósito de casarse, en un momento, en hallando una mujer buena, hacendosa, pobre como él y que le agradara. No tardó en hallar esta presea. Tal vez la muchacha en quien se había fijado no reunía todas las condiciones y atributos expresados arriba, mas los pobres, en materia de amor, son fáciles de contentar, especialmente si tienen ciertas aficiones poéticas y han leído novelas. Al amor que sienten se une la gratitud que les inspira la mujer suficiente desprendida de las vanidades y pompas mundanas, para decirles: «te quiero.» Creén haber puesto una pica en Flandes, se admiran de su buena suerte, magnifican á Dios que les depara tanta dicha y cierran los

ojos con que habían de examinar los defectos de la novia, para no ver más que las virtudes y excelencias. Los pobres reciben todo como limosna: hasta el cariño.

Juan puso los ojos en una muchacha bastante guapa y avisada, pobre de condición, pero bien admitida, por los antecedentes de su familia, en las mejores casas. Era hija de un coronel que casó con una mujer rica y tiró la fortuna de ésta en pocos años. La viuda se quedó hasta sin viudedad, porque el coronel sirvió al Imperio. Mas como sus hermanas, hermanos y parientes, vivían en buena posición, no le faltó nunca lo suficiente para pagar el alquiler de la casa (veinticinco pesos) la comida (cincuenta) ni los demás pequeños gastos de absoluta é imprescindible necesidad. Para vestir bien á las niñas, como á personas de la clase que eran, tuvo sus apurillos al principio; pero ellas luego que entraron en edad, supieron darse mañas para convertir el vestido viejo de una prima en traje de última moda y hacer los metamorfoseos más prodigiosos con todo género de telas y de cintas. Además eran lindas y discretas; se ganaban la voluntad de sus parientes, regalándoles golosinas y chucherías hechas por ellas; de manera que jamás carecieron de las prendas que realza la hermosura de las damas, y no solo vestían con decoro y buen gusto, sino con cierto lujo y elegancia. Cada día del santo de alguna ó al acercarse las solemnidades clásicas, como Semana Santa y Muertos, recibían ya vestidos, ya sombreros, ya una caja de guantes ó un estuche de perfumes. Llegó vez en que ya no les fué necesario recurrir á los volteos, arreglos ó remiendos en que tanto excedían, y aun regalaron á otras muchachas, más pobres que ellas, los desperdicios de su guardarropa. Las otras ricas las mimaban muchísimo y solían llevarlas á los paseos y á los teatros.

Rosa fué la que se casó con Juan. Las otras tres por más ambiciosas ó menos afortunadas, continuaron solteras. No faltó quien sabiendo el matrimonio, hiciera tristes vaticinios.—«Juan—decían—gana la subsistencia trabajando, hoy reúne ciento cincuenta pesos cada mes; pero ¿qué son éstos para las aspiraciones de Rosa, acostumbrada á la holgura y lujo con que viven sus parientes y amigas?»—Y con efecto, era hasta raro y sorprendente, que Rosa hubiera correspondido al pobre mozo. El caso es, que fuese por el deseo de casarse, ó porque verdaderamente tomó cariño á Juan, Rosa aceptó la condición mediocre, tirando á mala, que el pretendiente le ofrecía, y se casó.

El primer año fueron bastante felices; verdad es que tuvieron sus discusiones y disgustos; que Rosa suspiraba al oir el ruido de los de los carruajes que se encaminaban al paseo: que no iba al teatro porque su marido no quería que fuese á palco ajeno, pero con mutuas decepciones y deseos sofocados, haciendo esfuerzos

inauditos para sacar lustre á los ciento cincuenta pesos del marido, pasaron los primeros nueve meses.

Coincidió con el nacimiento de la niña que Dios les envió, el malestar y desbarajuste del Erario en los últimos días de Lerdo. Faltaron las quincenas, fué preciso apelar á los amigos, á los agiotistas, al empeño, y Rosa, en tan críticas circunstancias se confesó que había hecho un soberano disparate en casarse con pobre, cuando pudo, como otra amiga suya, atrapar un marido millonario. Las tormentas conyugales fueron entonces de lo más terrible. Las gracias y bellezas de la niña, no halagaban á Rosa, que deseaba ser madre, pero de hijas bien vestidas. No pudiendo lucir á la desgraciada criatura, la culpaba del duro encierro en que vivía para cuidarla y atenderla. Poco á poco, fué siendo menos asidua y solicita con su hija; abandonó tal cuidado al marido, y despechada, sin paciencia para esperar tiempos mejores, ni resignación para avenirse con la pobreza, solo hallaba fugaz esparcimiento en la lectura de novelas y en la conversación con sus amigas y sus primas.

Los parientes benévolos de antaño pudieron haberla auxiliado en sus penurias, pero Juan, decía: «Mientras encuentre yo lo necesario para comer, no recibiré limosna de ninguno.» Así es que cuando Rosa recibía algún dinero, era sin que Juan se enterase de la dádiva. Más ¿cómo emplear aquellos cuantos pesos en vestidos y gorras, si Juan estaba al tanto de los exíguos fondos que tenía? Algunas compras pasaron como obsequios y regalos, pero aun bajo esta forma repugnaban á Juan. «No quiero, solía decir á su mujer, que te vistas de ajeno. Yo quisiera tenerte tan lujosa como una reina; pero ya que no puedo, confórmate con andar decente y limpiar cual cuadra á la mujer de un triste empleado.» Rosa decía para sus adentros. «Tan pobre y tan orgulloso: ¡como todos!.....» Esta misma altivez y el despego á propósito extremado conque trataba Juan á los parientes ricos de su esposa, le concitaron malas voluntades entre ellos. No pasaba día sin que por tierna compasión dijeran á Rosa: ¡Qué mal hiciste en casarte! ¡Mejor estabas en tu casa! Sobre todo, con ese talle, con esos pies, con esa cara, pudistes lograr mejor marido. No por que el tuyo sea malo; ¡nada de eso! pero hija, es tan infeliz!

Y poco á poco estas palabras compasivas, el desnivel entre lo soñado y lo real, la continua contemplación de la opulencia ajena y las lecturas romanescas á que con tanto ahinco se entregaba, produjeron en Rosa un disgusto profundo de la vida y hasta cierto rencor ó antipatía al misérrimo Juan, responsable y autor de su desdicha. Rosa procuraba pasar fuera de la casa las más horas posibles, vivir la vida fastuosa y prestada á que la acostumbraron desde niña, hablar de bailes y de escándalos y hasta—¿por qué nó?—escuchar sin malicia los galanteos de algún cortejo aristocrático.

Al cabo de seis meses transcurridos de esta suerte, sucedió lo que había de suceder: que Rosa dió un mal paso con su primo.

Juan no cayó del séptimo cielo como Luzbel. Conservaba aún los rescoldos de la amorosa hoguera que antes le inflamó, pero no estimaba ni podía estimar á Rosa. La había creído frívola, disipada, presuntuosa y vana; pero nunca perversa y criminal. Y Rosa—hagámosle justicia plena—no delinquió por hacer daño ni por gozar el adulterio, sino por vanidad y aturdimiento. Juan, tranquilo en su cólera, abandonó el hogar profanado y salió con su hija de la ciudad. ¿A qué vengarse? El tiempo y sólo el tiempo, ese justiciero inexorable, venga los delitos de leso corazón.

Huía de México, como se huye de las ciudades apestadas. No quería sufrir las risas de unos y las conmiseraciones de otros. Sobre todo, quería educar á su hija, que contaba á la sazón dos años, lejos de la formidable tentación. La vanidad es una lepra contagiosa—decía para sí—¡tal vez hereditaria! Quiero que mi hija crezca en la atmósfera pura de los campos: las aves la enseñarán á ser buena madre. En los primeros días de ausencia, la niña despertaba diciendo con débil voz: ¡Mamá! ¡Mamá!

¡Cómo sufría al oirla el pobre Juan! Iba á abrazarla en su camita y mojando con lágrimas los rubios rizos y la tez sonrosada de la niña, le decía sollozando: ¡Pobrecita! ¡Somos huérfanos!

Al año de ésto, murió la madre de Rosita: Juan vivió con muchísimo trabajo, sirviendo de profesor en varios pueblos y ayudándose con la pintura y con la música. Diez meses antes del principio de esta historia, fué á radicarse en San Antonio, población principal del valle descrito en el capítulo anterior. Allá educaba á algunos chicos, pintaba imágenes piadosas que solía vender para las capillas de las haciendas y tocaba el órgano los domingos y fiestas de guardar.

Esto último le valió el sobrenombre de «Don Juan el organista.» Todos le querían por su mansedumbre, buen trato y fama de hombre docto. Mas lo que particularmente le hacía simpático, era el cariño inmenso que tenía á su hija.

Aquél hombre era padre y madre en una pieza. ¡Con qué minuciosa solicitud cuidaba y afendía á la pequeñuela! Era de ver cuando la alistaba y la vestía, con el primor que sólo tienen las mujeres; cuando le rezaba las oraciones de la noche y se estaba á la cabecera de la cama hasta que la chiquilla se dormía!

Rosita ganaba mucho en hermosura. Cuando cumplió cinco años—época en que principia esta historia—era el vivo retrato de la madre. Las vecinas se disputaban á la niña y la obsequiaban á menudo con vestidos nuevos y juguetes. Por modo que Rosita andaba siempre como una muñeca de porcelana. ¡Y á la verdad

que era muy cuca, muy discreta, muy linda y muy graciosa, para comérsela á besos!

Véamos ahora lo que Don Juan el organista fué á buscar en la vecina hacienda de la Cruz.

III.

—Adelante, amigo D Juan, pase Ud. Juan se quitó el sombrero respetuosamente y entró al despacho de la hacienda. Era una pieza bastante amplia con ventanas al campo y á un corral. Consistía su mueblaje en una mesa grande y tosca, colocada en el fondo, precisamente abajo de la estampa de Nuestra Señora de Guadalupe. La carpeta de la mesa era de color verde tirando á tápalo de viuda; pendiente de una de sus puntas campaneábase rueco trapo negro, puesto allí para limpiar las plumas; y encima, colocados con mucho orden, alzábanse los libros de cuentas presididos por el clásico tintero de cobre que aun usan los notarios de parroquia. Unas cuantas sillas con asiento de tule completaban el mueblaje, y ya tendidos ó apoyados en ellas, ya arrinconados ó subidos á los pretiles de las ventanas, había también vaquerillos, estribos, chaparreras, sillas de montar, espadas mohosas, acicates y carabinas. De todo aquello se escapaba un olor peculiarísimo á crines de caballo y cuero viejo.

D. Pedro Anzúrez, dueño de la hacienda, escribía en un gran libro y con pluma de ave, porque jamás había podido avenirse con las modernas. Desde el sitio en que de pie aguardaba Juan, podía verse la letra ancha y redonda de D. Pedro, pero Juan no atendía á los trazos y rasgos de la pluma: con el fieltro en la mano, esperaba á que le invitasen á sentarse.

—Descanse Ud. y no ande con cumplidos, dijo D. Pedro, interrumpiendo la escritura.

Y continuó tan serio y gravedoso como antes, añadiendo renglones á renglones y deteniéndose de cuando en cuando para hacer en voz baja algunas sumas. Cerró luego el librajo, forrado de cuero, puso la pluma en la copilla llena de municiones, y volviéndose á Juan, le dijo así:

—Amigo mío, aproxime la silla y hablemos..... Eso es! ¿no quiere Ud. un cigarrillo?

—Gracias, señor don Pedro, yo no fumo.

—El señor cura habrá informado á Ud. someramente de lo que yo pretendo.

—Con efecto, el padre me dijo anoche que tenía Ud. el propósito de emplearme en su casa como preceptor de los niños.

—Eso es. Ud. habrá observado que yo le tengo particular estimación, no sólo por el saber que todos sin excepción le conceden, sino por las virtudes cristianas, tan raras en los jóvenes de

hoy día, y que le hacen simpático á mis ojos. Ud. es laborioso, humilde, fiel observante de la ley de Dios, honrado á carta cabal y padre cariñoso como pocos. Vamos. ¡Me gusta Ud!. Desde que trabamos amistad con motivo de la fiesta del Carmen, cuando Ud. tocó el órgano en mi capilla, he comprendido que está Ud. fuera de su centro, y que hombre de educación tan esmerada, merece mejor suerte y el auxilio de todos los que piensan como yo, Con-que ¿no tiene Ud. reparo en admitir lo que le propongo? ¿Acepta Ud?

—Con el alma y la vida, Sr. D. Pedro.

—Pues vamos ahora á tratar del asunto mercantilmente. Ud. tendrá casa, comida y cincuenta pesos al mes. Por supuesto, vendrá Ud. con su hija. Mi esposa y mis dos hijas mayores quieren mucho á la niña, y tratarán á Ud. como á persona de la familia. Los deberes del preceptor son los siguientes: enseñar á mis dos chicos la aritmética, un poco de gramática, el francés y la teneduría de libros. ¿Convenidos?

—Sr. D. Pedro, Ud. me colma de favores. A duras penas logro conseguir en el pueblo la suma que Ud. me ofrece, y de ella salen el alquiler de la casa, el peso diario del gasto y el alumbrado, ¿cómo, pues, no admitir con regocijo, lo que Ud. me propone?

—Pues doblemos la hoja. La habitación de Ud. será la que ya conoce.....junto á la pieza del administrador. No es muy grande; consta de dos cuartos bastante amplios y bien ventilados. Además, Ud. tiene como suya toda la casa. Más que como empleado, como amigo. Conque ¿cuando puede Ud. instalarse?

—Mañana mismo, si Ud. quiere.

—No, mañana es domingo, y no está bien que se trabaje en la mudanza. Será el lunes.

Don Pedro se levantó de su sillón. Juan, confundido, se despidió, y así acabó, con regocijo de ambos, la entrevista.

IV.

No pintaré la vida que llevaba Juan en la hacienda de la Cruz. Trabajaba de nueve á doce con los niños, comía con la familia, y en las tardes se iba de paseo ó á leer en el banco del jardín. Poco á poco le fueron tomando cariño todos los de la casa; mas sin que tales muestras de afecto le envalentonaran ni le sacasen de quicio, como suele pasar á los que por soberbia creen merecerlo todo. Juan consideraba que era un pobre empleado de Don Pedro, y que, como tal, debía tratarle con respeto, lo mismo que á los demás de la familia. Y á la verdad que ni con linterna se hallarían personas más sencillas ni más buenas que la esposa y las hijas de Don Pedro. Ni una brizna de orgullo había en aquellas almas de incomparable mansedumbre. Juana, la hija mayor, era un poquito

cascarrabias. También era la que llevaba el peso de la casa y tenía que tratar con los criados. Pero sus impaciencias y corajes eran siempre tan momentáneos como el relámpago. Enriqueta tenía mayor dulzura de carácter. Y en cuanto á la señora, caritativa, franca, inteligente, merecía ser tan feliz como lo era.

Juan agradecía á Don Pedro y su familia más que la distinción con que le trataban, el cariño que habían manifestado á Rosita.

Enriqueta particularmente, era la más tierna con la niña. Parecía una madre; pero una madre doblemente augusta: madre y virgen. Muchas veces, Juan intentó poner prudentemente coto á tales mimos, temeroso, tal vez con fundamento, de que la niña se mal acostumbrase y ensoberbeciera. Mas ¿qué padre no ve con alborozo la dicha de su hija? Lo que pasó fué que, gradualmente, aquellas solicitudes de Enriqueta, aquel tierno cuidado, despertaron en Juan un blando amor, escondido primero bajo el disfraz de la gratitud, pero después tan grande, tan profundo y tan violento, como oculto, callado y reprimido. El trato continuo, el diario roce de aquellas almas buenas y amorosas, daban pábulo á la pasión intensa del desgraciado preceptor. Pero Juan conocía perfectamente lo irrealizable que era su ideal. Estaba allí en humilde condición, acogido, es verdad, con mucho aprecio; mas distante de la mujer á quien amaba, como lo están los lagos de los soles. ¿Sabía, acaso, cuáles eran los propósitos de sus padres? Habíanla instruído y educado con esmero, no para compañera de un pobre hombre que nada podría darla, fuera del amor, sino para mujer de un hombre colocado en digna y superior categoría. Si la hablara de amor, sería como el hombre á quien hospedan por bondad en una casa, y aprovechando la ocasión más favorable, se roba alguna joya. No; Juan no lo haría seguramente. Corresponder de tal manera á los favores que Don Pedro le había hecho, hubiera sido falta de nobleza. Mil veces, sin embargo, el amor, que es gran sofista, le decía en voz muy baja: «¿Por qué no?»

V

Bien comprendía Juan la imposibilidad de que su amor permaneciera oculto mucho tiempo; pero medroso y convencido de su propia desgracia, alejaba adrede el día de la inevitable confesión. A solas, en la obscuridad de su alcoba ó en el silencio del jardín, imaginaba fácil y hacedero lo que después le parecía imposible. Mas como siempre nos inclinamos á creer aquello que nos agrada, poco á poco, la idea de que sus sueños no eran de todo punto irrealizables, como al principio sospechó, fué ganando terreno en su entendimiento. Parecían favorecer esta transformación moral, las continuas solicitudes de Enriqueta, cada vez más tierna y bondadosa

con Rosita y más amable con el pobre Juan. Este interpretaba tales muestras de cariño como prendas de amor, y hasta llegó á creer —¡tan fácil es dar oído á la presuntuosa vanidad!—que Enriqueta le amaba y que tarde ó temprano realizaría sus ilusiones. ¿Con qué contaba Juan para subir á ese cielo entrevisto en sus alucinaciones y sus éxtasis? Con el gran cómplice de los enamorados y soñadores: con lo inesperado.

Lo peor para Juan era el trato íntimo que tenía con Enriqueta. Vivía en su atmósfera y sentía su amor sin poseerlo, como se embriagan los bodegueros con el olor del vino que no beben. Cada día Juan encontraba un nuevo encanto en la mujer amada. Era como si asistiese al tocador de su alma y viera caer uno á uno todos los velos que la cubrieran. Además, nada hay tan invenciblemente seductor como una mujer hermosa en el abandono de la vida íntima. Juan miraba á Enriqueta cuando salía de la alcoba, con las mejillas calientes aún por el largo contacto de la almohada. Y la veía también con el cabello suelto ó recostada en las rodillas de la madre. Y cada actitud, cada movimiento, cada ademán, le descubrían nuevas bellezas. E igual era el crecimiento de su admiración en cuanto atañe á la hermosura moral de Enriqueta. Todas esas virtudes que buscan la obscuridad para brillar y que nunca adivinan los profanos; todos esos atractivos irresistibles que la mujer oculta, avara, á los extraños y de que sólo goza la familia, aumentaban la estimación de Juan y su cariño. Tenían, además, aquellas dos vidas un punto de coincidencia: Rosita. Enriqueta prodigaba á la niña todas las ternezas y cuidados de una madre joven; de una madre que fuera á la vez como la hermana mayor de su hija. Cierta vez la niña enfermó. Fué necesario llamar á un doctor de México, cuyo viaje fué costeado por Don Pedro. Enriqueta no abandonó un solo momento á la enfermita.

La veló varias noches, y al ver á Juan desfallecido de dolor, le decía cariñosa:

—No desespere usted, La salvaremos. Ya le he rogado á nuestra madre de la Luz que *nos* la deje. Venga usted á rezar conmigo la novena.

La niña sanó; pero el mísero Juan había empeorado. Precisamente el día en que el médico la dió de alta, Juan fué al comedor de la hacienda. Habían servido ya la sopa cuando Don Pedro dijo en alta voz:

—Hoy es un día doblemente fausto. Rosita entra en plena convalescencia y llega Carlos á la hacienda.

Luego, inclinándose al oído de Juan, agregó:

—Amigo mío, para usted no tenemos secretos porque es ya de la familia: Carlos es el novio de Enriqueta.

VI

Cómo! Enriqueta tenía novio! He aquí que lo inesperado, ese gran cómplice en quien Juan confiaba, se volvía en contra suya. Y cuando!..... Cuándo después de aquella enfermedad de la niña, durante la cual Enriqueta había dividido con él las zozobras y los cuidados, era más viva y más intensa su pasión.

Juan creyó morirse de congoja y al volver á su pieza y ver á su hija que le tendía los escuálidos bracitos, exclamó como en aquellos instantes supremos que siguieron al abandono de su esposa:—¡Ay, pobre hija, ya no tienes madre!—Con efecto, ¿no era Enriqueta la madre de Rosita? Pues también le iba á dejar huérfana, como la otra, á irse con un hombre á quien Juan no conocía aún, pero que odiaba. ¿Quién era aquel Carlos? Probablemente un rico..... los pobres ponen siempre en defecto á los que odian. ¡Buen mozo! Juan no lo era y comprendía instintivamente que el triunfo de su rival era debido á las cualidades de que él carecía. Inteligente..... No, inteligente no—murmuró Juan.

Poco á poco, la luz se fué haciendo en el cerebro del desgraciado preceptor. Y comenzó á explicarse claramente cuántos ademanes, acciones y palabras de Enriqueta interpretó favorablemente á su pasión. Era aquello un deshielo de ilusiones. El sol calentaba con sus rayos la estatua de nieve, y la figura deshacíase. Juan decía para sí:

«Qué nécio fuí! Yo tenía un tesoro de miradas, sonrisas y palabras; ésto es, diamantes, perlas, y oro. Y ahora un extranjero viene á mí, se acerca y me dice con tono imperioso:— Devuélveme cuanto posees. Nada de eso es tuyo. Todo es mío. ¿Recuerdas el rubor que tiñó su rostro, cuando, delante de tí, le preguntaron si amaba á alguien? Tu imaginaste que ese rubor era la sombra de tu alma, y no era más que el calor de la mía. Una tarde la hallaste sola en el jardín y echó á correr para que no la vieras. — Me huye, porque sabe mi cariño—dijiste para tus adentros—¡Pobre loco! Te esquivaba para ocultar la carta que yo le escribí y que ella leerá con los labios. Y esas miradas húmedas de amor que clavaba en tu rostro algunas noches iban dirigidas á mí. Hasta al acariciar la cabecita de tu hija, pensaba en los niños que tendríamos, y por lo tanto, en mí también. Cuantos recuerdos tienes son robados. Devuélveme tus joyas una á una.»

Y cada vez se iba quedando más pobre y más desnudo. Hasta que al fin sus piernas flaquearon y cayó desfallecido en el suelo.

Juan no murió de pena porque la muerte no se apiada nunca de los infelices. En la noche de aquel terrible día llegó Carlos á la hacienda; Juan no quiso bajar al comedor, pero desde su pieza, sentado á la cabecera de la cama en donde dormía su hija convaleciente, escuchaba el ruido de los platos y las alegres risas de los comen-

sales. ¿Cómo sería Carlos? La curiosidad impulsaba á Juan á salir callandito é ir á espiar por el agujero de la llave. Pero la repugnancia que el novio de Enriqueta le inspiraba y el caimiento de su ánimo, le detuvieron. A poco rato cesó el ruido, Juan oyó los pasos del recién llegado que atravesaba el patio tarareando una mazurca; la conversación de los criados que limpiaban la vajilla en la cocina y luego..... pisadas de mujer que se acercaban. Entonces recordó. Enriqueta tenía costumbre de ir todas las noches y antes de acostarse á ver á su enfermita y curarla bien. ¡Iba á entrar á la alcoba! Juan no tuvo tiempo más que para ocultar la cabeza entre sus brazos, tendido en la cama y fingir que dormía. ¿Para qué verla? Sobre todo el llanto puede sofocarse mientras no se habla; pero las palabras abren, al salir, la cárcel de las lágrimas, y éstas se escapan.

Enriqueta entró de puntillas, y, viendo á Juan con extrañeza titubeó algunos momentos antes de acercarse á la cama. Por fin se aproximó. Con mucho tiento y procurando hacer el menor ruido posible, cubrió bien á la niña con sus colchas. Después se inclinó para besar en las mejillas y en la frente á su enfermita. Juan oyó el ruido de los besos y sintió la punta de los senos de Enriqueta rozando uno de sus brazos. Tenía los ojos apretadamente cerrados y se mordía los labios. Cuando el ruido de las pisadas de Enriqueta se fué perdiendo poco á poco en el sonoro pasadizo, Juan se soltó á llorar.

VII

¿Para qué referir uno á uno sus padecimientos? Tres meses después de aquella noche horrible, Enriqueta se casaba en la capilla de la hacienda. Y—¡cosa extraña!—Juan, que no había tocado el órgano en mucho tiempo, iba á tocarlo durante la ceremonia religiosa. La víspera de aquel día solemne, D. Pedro dijo al infortunado preceptor:

—Mañana, amigo mío, es día de fiesta para la familia. Carlos es buen muchacho y hará la felicidad de Enriqueta. A no ser por esta consideración, le aseguro á Ud. que estaríamos muy tristes... Ya Ud. lo vé..... ¡Enriqueta es la alegría de la casa y se nos vá! Pero hay que renunciar al egoismo y ver por la ventura de los nuestros. Estas separaciones son necesarias en la vida. Yo quiero que la boda sea solemne. Verá Ud. amigo mío, verá Ud. qué canastilla de boda le ha preparado á la muchacha su mamá. Ya pierdo la cabeza y me aturdo con tantos preparativos. Casamos á Enriqueta en la capilla, para ahorrarnos los compromisos que habríamos tenido en México; pero fué necesario, sin embargo, invitar á los parientes más cercanos y á los amigos íntimos. Y ya habrá Ud. notado el barullo de la casa. No hay un rincón vacío. Pero á todo esto, olvidaba decir á Ud. lo más urgente. Quiero, amigo D. Juan, que

mañana nos toque Ud. el órgano. Ya sé que hace Ud. maravillas. El órgano de la capilla es malejo; pero he mandado que lo afinen. Conque ¿puedo confiar en su bondad?

Juan aceptó. Había pensado no pasar el día en la casa; irse con cualquier pretexto al pueblo, al monte, á un lugar en que estuviera solo. Pero fué necesario que apurase el cáliz. ¡Convenido! Iba á tocar el órgano en el matrimonio de su amada. ¡Qué amarga ironía!

Pasó la víspera encerrado en su cuarto. ¡Qué día aquél! Al pasar por una de las salas para ir al escritorio de D. Pedro, que le mandó llamar, Juan vió sobre la mesa la canastilla de boda de Enriqueta. Casualmente, la mamá estaba cerca y quiso enseñar á Juan los primores que guardaba aquella delicada cesta de filigrana. Y Juan vió todo: los pañuelos de finísima batista, el collar de perlas, los encajes de Bruselas, las camisas transparentes y bordadas, que parecían tejidas por los ángeles.

Por fin amaneció el día de la boda; Juan, que no había podido pegar los ojos en toda la noche, fué á la capilla, aun obscura y silenciosa. Ayudó á encender los cirios y á arreglar las bancas. Después, concluída la tarea, se subió al coro; Rosita le acompañó. La pobre niña estaba triste. Enriqueta la había olvidado por un novio y por los preparativos de su matrimonio. Además, con esa perspicacia de las niñas que han sufrido, Rosita adivinaba que su padre sufría.

Desde el coro podía mirarse la capilla de un extremo á otro. Poco á poco se fué llenando de invitados. Por la ventana que daba al patio, se veía la doble hilera de los peones de la hacienda formadas en compactos batallones. A las siete, los novios acompañados de los padrinos, entraron á la capilla. ¡Qué hermosa estaba Enriqueta! Parecía un ángel vestido de sus propias alas. Se arrodillaron en las gradas del altar; salió el señor cura de la sacristía, precedido de la dorada cruz y los ciriales, llenó el presbiterio la aromática nube del incienso y comenzó la ceremonia. Juan tocó primero una marcha de triunfo. Habríase dicho que las notas salían de los angostos tubos del órgano, á caballo, tocando las trompetas y moviendo cadenciosamente las banderas. Era una armonía solemne, casi guerrera, un arco de triunfo hecho con sonidos, bajo el cual pasaban los arrogantes desposados. De cuando en cuando, una melodía tímida y quejumbrosa, se deslizaba como un hilo negro en aquella tela de notas áureas. Parecía la voz de un esclavo, uncido al carro del vencedor. En esa melodía fugitiva y doliente se revelaba la aflicción de Juan, semejante á un enorme depósito de agua del que sólo se escapa un ténue chorro. Después, las ondas armoniosas se encresparon, como el bíblico lago de Tiberiades. El tema principal saltaba en la superficie temblorosa, como la barca de los pescado-

res sacudida por el oleaje. A veces una ola lo cubría y durante breves instantes quedaba sepultado é invisible. Pero luego, venciendo la tormenta, aparecía de nuevo airoso, joven y gallardo, como un guerrero que penetra, espada en mano; por entre los escuadrones enemigos, y sale chorreando sangre, pero vivo.

Aquel extraño acompañamiento era una improvisación, Juan, tocaba traduciendo sus dolores; era el único autor de esa armonía semejante á una fuga de espíritus en pena, encarcelados antes en los tubos. Al salir disparados con violencia, por los cañones de metal, las notas se retorcían y se quejaban. En ese instante, el sacerdote de cabello cano unía las manos blancas de los novios.

Después la tempestad se serenó. Cristo apareció de pie sobre las olas del furioso lago, cuyas movibles ondas se aquietaron. Una tristeza inmensa, una melancolía infinita sucedió á la tormenta. Y entonces la melodía se fué suavizando: era un mar, pero un mar tranquilo, un mar de lágrimas. Sobre esa tersa superficie, flotaba el alma dolorida de Juan. El pobre músico pensaba en sus ilusiones muertas, en sus locos sueños y lloraba muy quedo, como el niño que, temeroso de que lo reprendan, oculta su cabecita en un rincón. En la ternura melódica se unían los sollozos, las canciones monótonas de los esclavos y el tristísimo son del «alabado.» Veía con la imaginación á Enriqueta, tal como estaba la primera noche que él pasó en la hacienda, allí, en esa misma capilla, hoy tan resplandeciente y adornada. La veía rezando el rosario, envuelta por un rebozo azul obscuro. Bien se acordaba: cuando todos salieron paso á paso, Enriqueta, que era la última en levantarse, se acercó al cuadro de la Virgen de la Luz, colgado en uno de los muros y tocó con sus labios las sonrosadas plantas de la imagen. ¡Cuánto la había querido el pobre Juan! ¡Se acabó! ¿A qué vivir? Allí está la lujosa y elegante al lado de su novio que sonreía de felicidad. Y cada vez la melodía era más triste. En el momento de la elevación, las campanas sonaron y se oyó el gorjear de muchos pájaros asomados en las ojivas. Era el paje á quien obligan á cantar y que, resuelto, tira el laúd, diciendo: «¡ya no quiero!» Mas, á poco, la música azotada por la mano colérica del amo, volvió sonar más melancólica que antes. Hasta que al fin, cuando la misa concluía, las notas conjuradas y rabiosas, estallaron de nuevo en una inmensa explosión de cólera. Y en medio de esa confusión, en el tumulto de aquel escape de armonías mutiladas y notas heridas, se oyó un grito. El aire continuó vibrando por breves momentos. Parecía un gigante que refunfuñaba. Y luego, el coro quedó silencioso, mudo el órgano, y en vez de melodías ó himnos triunfales, se oyeron los sollozos de una niña.

Era Rosita que lloraba sin consuelo abrazada al cadáver de su padre.

DAME DE CŒUR.

Allá, bajo los altos árboles del Panteón Francés, duerme, la pobrecita de cabellos rubios, á quien yo quise durante una semana..... ¡todo un siglo!..... y se casó con otro.

Muchas veces, cuando, cansado y aburrido del bullicio, escojo para mis paseos vespertinos las calles pintorescas del Panteón, encuentro la delicada urna de mármol en que reposa la que nunca volverá. Ayer me sorprendió la noche en esos sitios. Comenzaba á llover y un aire helado movía las flores del Camposanto. Buscando á toda prisa la salida, dí con la tumba de la muertecita. Detúveme un instante, y al mirar las losas humedecidas por la lluvia, dije con profundísima tristeza:

—¡Pobrecita! ¡Qué frío tendrá en el mármol de su lecho!

Rosa-Thé era, en efecto, tan friolenta como una criolla de la Habana. ¡Cuántas veces me apresuré á echar sobre sus hombros blancos y desnudos, á la salida de algún baile, la capota de pieles! ¡Cuántas veces la ví en un rincón del canapé, escondiendo los brazos, entumecida, bajar los pliegues de un abrigo de lana! ¡Y ahora, allí está, bajo la lápida de mármol que la lluvia moja sin cesar! ¡Pobrecita!

Cuando Rosa-Thé se casó, creyeron sus padres que iba á ser muy dichosa. Yo nunca lo creí, pero reservaba mis opiniones, temeroso de que lo achacaran al despecho. La verdad es que cuando Rosa-Thé se casó, yo había dejado de quererla, por lo menos con la viveza de los primeros días. Sin embargo, nunca nos hace mucha gracia el casamiento de una antigua novia. Es como si nos sacaran una muela.

Sobre todo, lo que aumentaba mi disgusto, era el convencimiento profundo de que iba á ser desgraciada. Me ponía como furia al escuchar las profecías risueñas de su familia. ¡Cómo! ¿Qué iba á ser Pedro un buen marido? Pero, ¿no saben estas gentes—decía yo para mí—que Pedro juega? Atribuyen á la funesta ociosidad

res sacudida por el oleaje. A veces una ola lo cubría y durante breves instantes quedaba sepultado é invisible. Pero luego, venciendo la tormenta, aparecía de nuevo airoso, joven y gallardo, como un guerrero que penetra, espada en mano; por entre los escuadrones enemigos, y sale chorreando sangre, pero vivo.

Aquel extraño acompañamiento era una improvisación, Juan, tocaba traduciendo sus dolores; era el único autor de esa armonía semejante á una fuga de espíritus en pena, encarcelados antes en los tubos. Al salir disparados con violencia, por los cañones de metal, las notas se retorcían y se quejaban. En ese instante, el sacerdote de cabello cano unía las manos blancas de los novios.

Después la tempestad se serenó. Cristo apareció de pie sobre las olas del furioso lago, cuyas movibles ondas se aquietaron. Una tristeza inmensa, una melancolía infinita sucedió á la tormenta. Y entonces la melodía se fué suavizando: era un mar, pero un mar tranquilo, un mar de lágrimas. Sobre esa tersa superficie, flotaba el alma dolorida de Juan. El pobre músico pensaba en sus ilusiones muertas, en sus locos sueños y lloraba muy quedo, como el niño que, temeroso de que lo reprendan, oculta su cabecita en un rincón. En la ternura melódica se unían los sollozos, las canciones monótonas de los esclavos y el tristísimo son del «alabado.» Veía con la imaginación á Enriqueta, tal como estaba la primera noche que él pasó en la hacienda, allí, en esa misma capilla, hoy tan resplandeciente y adornada. La veía rezando el rosario, envuelta por un rebozo azul obscuro. Bien se acordaba: cuando todos salieron paso á paso, Enriqueta, que era la última en levantarse, se acercó al cuadro de la Virgen de la Luz, colgado en uno de los muros y tocó con sus labios las sonrosadas plantas de la imagen. ¡Cuánto la había querido el pobre Juan! ¡Se acabó! ¿A qué vivir? Allí está la lujosa y elegante al lado de su novio que sonreía de felicidad. Y cada vez la melodía era más triste. En el momento de la elevación, las campanas sonaron y se oyó el gorjear de muchos pájaros asomados en las ojivas. Era el paje á quien obligan á cantar y que, resuelto, tira el laúd, diciendo: «¡ya no quiero!» Mas, á poco, la música azotada por la mano colérica del amo, volvió sonar más melancólica que antes. Hasta que al fin, cuando la misa concluía, las notas conjuradas y rabiosas, estallaron de nuevo en una inmensa explosión de cólera. Y en medio de esa confusión, en el tumulto de aquel escape de armonías mutiladas y notas heridas, se oyó un grito. El aire continuó vibrando por breves momentos. Parecía un gigante que refunfuñaba. Y luego, el coro quedó silencioso, mudo el órgano, y en vez de melodías ó himnos triunfales, se oyeron los sollozos de una niña.

Era Rosita que lloraba sin consuelo abrazada al cadáver de su padre.

DAME DE CŒUR.

Allá, bajo los altos árboles del Panteón Francés, duerme, la pobrecita de cabellos rubios, á quien yo quise durante una semana..... ¡todo un siglo!..... y se casó con otro.

Muchas veces, cuando, cansado y aburrido del bullicio, escojo para mis paseos vespertinos las calles pintorescas del Panteón, encuentro la delicada urna de mármol en que reposa la que nunca volverá. Ayer me sorprendió la noche en esos sitios. Comenzaba á llover y un aire helado movía las flores del Camposanto. Buscando á toda prisa la salida, dí con la tumba de la muertecita. Detúveme un instante, y al mirar las losas humedecidas por la lluvia, dije con profundísima tristeza:

—¡Pobrecita! ¡Qué frío tendrá en el mármol de su lecho!

Rosa-Thé era, en efecto, tan friolenta como una criolla de la Habana. ¡Cuántas veces me apresuré á echar sobre sus hombros blancos y desnudos, á la salida de algún baile, la capota de pieles! ¡Cuántas veces la ví en un rincón del canapé, escondiendo los brazos, entumecida, bajar los pliegues de un abrigo de lana! ¡Y ahora, allí está, bajo la lápida de mármol que la lluvia moja sin cesar! ¡Pobrecita!

Cuando Rosa-Thé se casó, creyeron sus padres que iba á ser muy dichosa. Yo nunca lo creí, pero reservaba mis opiniones, temeroso de que lo achacaran al despecho. La verdad es que cuando Rosa-Thé se casó, yo había dejado de quererla, por lo menos con la viveza de los primeros días. Sin embargo, nunca nos hace mucha gracia el casamiento de una antigua novia. Es como si nos sacaran una muela.

Sobre todo, lo que aumentaba mi disgusto, era el convencimiento profundo de que iba á ser desgraciada. Me ponía como furia al escuchar las profecías risueñas de su familia. ¡Cómo! ¿Qué iba á ser Pedro un buen marido? Pero, ¿no saben estas gentes—decía yo para mí—que Pedro juega? Atribuyen á la funesta ociosidad

tan serio vicio; creen que una vez casado va á enmendarse..... pero los jugadores no se enmiendan.

Y—en descargo de mi conciencia, lo diré—yo habría visto, si no con alegría, con resignación á lo menos, el casamiento de Rosa-Thé con un buen chico. Pero lo contrario de un pozo es una torre; lo contrario de un puente un acueducto; lo contrario de un buen marido, eso era Pedro. No porque le faltasen prendas personales, ni salud, ni dinero, ni cariño á la pobre Rosa-Thé, pero sí porque aquel pícaro vicio había de seguirlo eternamente como un acreedor á quien nunca acaba de pagársele.

Rosa-Thé no sabía que Pedro jugaba. En los primeros meses de matrimonio, fué, con efecto, lo más sumiso y obsequioso que puede apetecerse para la vida quieta del hogar. Pero ¡ay! á poco tiempo la pícara costumbre le arrastró al tapete verde. Comenzaron entonces los pretextos para pasar las noches fuera de la casa, la acritud de carácter, los ahogos y las súbitas desapariciones del dinero. Cierta vez, Rosa se preparaba para asistir á un baile. Pedro estaba ya de frac, esperando en el gabinete á su señora. Mas como estaba embebida aún en su *toilette*, tárdase y todavía muy largo rato, Pedro entornó la puerta del tocador y dijo á Rosa:

—Mira, mientras acabas de peinarte, voy á fumar al aire libre. Dentro de media hora volveré. Eran las nueve y media. En punto de las diez Rosa estaba dispuesta para el baile. Sentóse en un silloncito y esperó. Sonó el cuarto, la media, los tres cuartos y Pedro nó volvía. Entonces comenzó á entrar en cuidado. ¿Qué le habría sucedido? A cada instante se asomaba al balcón, estrujando los guantes y el pañuelo. Le habría atropellado un coche?—¡anda tan embobado!—decía Rosa. ¿Habrá tenido riña con alguno? Nadie está libre de enemigos! Sobre todo, ¡hay tantos malhechores en la calle! Y adelantando los sucesos con la impaciente imaginación, se figuraba ver entrar á su marido en angarillas con una pierna rota ó muerto acaso. Y cada vez era más aguda su congoja, tanto que al dar las once, mandó á un mozo á que fuera á buscarle por las calles, y luego á otro, en seguida á tres, hasta que el camarista y el lacayo, el cochero, el portero y cuantos hombres había en la servidumbre, se emplearon en buscarle por calles y cafés sin dejar punto de reunión por registrar, ni detuvieron un instante sus pesquisas.

Llegaban los sirvientes fatigados y sin noticia alguna de su amo; salían después con nuevas órdenes y siempre regresaban lo mismo que se iban. Por fin, pasada ya la media noche, Rosa ordenó que se pusiera el coche. Iba á buscar á Pedro. A todo escape, los caballos partieron del zaguán. Llamó Rosa á la puerta de muchas casas; apeábase el lacayo presuroso, y después de conferenciar con los porteros, subía luego al pescante, y el carruaje se lanzaba de nuevo por las calles con la mayor velocidad posible. A cosa de la una, pasó Rosa por una calle y vió abiertos é iluminados los balcones de una casa. Aquello debía de ser un club ó cosa así. ¿Estaría Pedro en ese lugar? Paróse el coche, y el lacayo, sin necesidad de llamar, porque estaba entornada la puerta, entró en el patio; subió las escaleras y, á poco rato, volvió á bajarlas más aprisa todavía. Llegó á la portezuela del carruaje, por la que asomaba el semblante lívido de Rosa, y dijo, con la satisfacción del que trae una noticia largamente esperada.

—El amo está arriba: está jugando..... Dice que no puede venir..... que irá luego á la casa.

Y, efectivamente, á las seis de la mañana, Pedro se presentó en las habitaciones de la señora. La infeliz había pasado la noche en claro, sentada allí en aquel sillón, viendo, con la mirada fija de una loca, las manecillas del reloj que giraban al rededor de la muestra, vestida aún con su traje de baile, con flores en el cabello y en el pecho. Cada vez que sonaban pasos en la calle, Rosa-Thé se asomaba al balcón. Pero eran los pasos del gendarme ó de algún ebrio que volvía tambaleando á su casa. Y las estrellas fueron brillando menos y los gallos cantando más. De rato en rato, Rosa escuchaba el ruido de un carruaje: era el de alguna de sus amigas que volvía del baile. Poco á poco, la luz, primero tímida y blanquizca, se fué diseminando en todo el cielo. Pasó una diligencia por la esquina y se oyeron las campanas de la Profesa llamando á misa. Rosa no quiso entonces permanecer más tiempo en el balcón. ¿Qué dirían los que la vieran? Además, sus dientes chocaban unos con otros, y un desagradable escalofrío culebreaba en su cuerpo. Rosa, tan débil, tan cobarde y tan friolenta, había pasado una buena parte de la madrugada en el balcón, y, lo que es peor, en traje de baile, con los hombros y la garganta descubierta.

Tan poseída de dolor estaba, que no observó la ligereza de su traje. Sólo cuando la luz, entrando brusca por las puertas emparejadas del balcón, fué á retratarla en el espejo del armario, Rosa se vió ataviada para la fiesta y cubierta de flores, como una virgen á quien llevan á enterrar. Entonces, acurrucada en el sillón y cubiertos los hombros por un tápalo, soltó á llorar. ¡Había pensado en divertirse tanto en aquel baile! Porque Rosa era al fin y al cabo una chiquilla. ¡Se había puesto tan linda, no para cautivar á los demás, sino para que Pedro la llevase con orgullo! Y en lugar de la fiesta, las congojas, la angustia, y luego..... luego la certidumbre horrible de que su esposo, sin tener piedad de sus dolores, la dejaba á las puertas de una casa de juego, *donde probablemente se arruinaba*. Rosa lloraba como una niña y poco á poco iba arrancando de sus cabellos aquellas flores que tan primorosa-

mente la adornaban. Y así pasó todavía una hora, oyendo el ruído de las escobas y las conversaciones de los barrenderos que barrian la calle.

Por fin, conoció los pasos de Pedro. ¡Sí, era él! secó sus lágrimas precipitadamente, tuvo vergüenza de haber llorado, la cólera venció en su ánimo al dolor, y se dispuso á reñir, á desahogarse, á increpar con justicia á su marido. Pero..... ¡en vano! La vista de Pedro la desarmó; venía lívido, derrengado, con los ojos de un hombre que ha perdido la razón, deshecho el lazo de la corbata blanca y erizado el pelo del sombrero. Apenas pudo hablar.

—Tienes razón..... soy un miserable ..... He perdido todo..... tus coches, tus alhajas ..... mis caballos..... ¡nada tenemos! ¡Te he arruinado! ¡Te he arruinado! ¡Soy un canalla!

La cólera de Rosa-Thé se disipó como las sombras cuando viene el alba. Ante aquella desgracia inmensa, quiso recuperar su sangre fría. ¡Era tan buena! Una ternura inmensa reemplazó las frases duras con que se proponía recibir á su marido. Y abrazando su cuello, acercando la cabeza descompuesta de Pedro á su seno, le atrajo á sí y lloraron juntos, largo rato, mientras la luz, indiferente á todo, saltaba alborozada y se veía en los espejos, en los muebles y vidrieras.

Rosa aceptó la pobreza con mucho valor. Tuvieron que buscar una casa humilde, quitar el coche, despedir á casi todos los criados, reemplazar el raso de los muebles con cretona é indiana, vivir, en suma, como la familia de un pobre empleado que gana ochenta pesos cada mes. Pero Rosa ponía tal arte en todo, economizaba tanto con su vigilancia y su trabajo, era tan decidora y tan alegre, que Pedro sentía menos el terrible peso de la pobreza. Al principio, Pedro, avergonzado de sí mismo y orgulloso de su mujer, se dedicó con alma y vida á trabajar. Y Rosa estaba más contenta que antes, porque ya no se iba por las noches y porque siempre le veía á su lado.

Sin embargo, no fué muy duradera esta ventura. Pedro volvió á juntarse con ciertos amigos que le arrastraron nuevamente al juego. Ya no podía apostar grandes cantidades como antes; pero sí dos, cinco ó diez pesos. Primero se excusaba así mismo, diciendo en su conciencia:—No hago mal. Ahora que nada tengo, es cuando debo jugar. Es preciso que busque á toda costa el medio de sacar á mi mujer de la situación precaria en que vivimos. El juego me debe toda mi fortuna. Voy por ella.

Y comenzó de nuevo á fingir ocupaciones perentorias, y á pasar buena parte de las noches fuera de su casa. No tardó Rosa en descubrir la verdad.—Las exiguas cantidades que ganaba Pedro—y eran antes suficientes para cubrir su reducido presupuesto, no lo fueron después. Convencida de que aquél vicio era incurable y radical en su marido, cayó en el más profundo abatimiento. ¿A qué luchar? Sin atender á sus consejos, ni oir sus súplicas, ni apreciar sus cuidados y trabajos, Pedro la abandonaba por los naipes.

Una terrible consunción se fué apoderando de ella. Ya no reía, ya no cantaba, perdió los colores frescos de su cutis, el brillo de sus ojos, la gracia de sus desembarazados movimientos, y se fué adelgazando poco á á poco. Al cabo de algunos meses cayó en cama.

Los médicos dijeron que no atinaban con la cura de su mal; y con efecto, el único capaz de aliviarla era el marido. Este, instintivamente comprendiendo que era la causa de la enfermedad, se enmendó en esos días, y buscando dinero á premio, pidiendo prestado á sus amigos, se allegó los recursos necesarios para atender á la enfermita. Le llevaba á los mejores médicos y compraba todas las medicinas, por caras que fuesen. Un doctor dió en el clavo, al parecer (ahorro á mis lectores la descripción minuciosa de la enfermedad) y dijo: "esto se cura nada más con tales y cuales medicinas."

Las compró Pedro y con efecto, Rosa-Thé se mejoraba visiblemente. ¿Por qué empeoró después? He aquí lo que ni Pedro ni el doctor se explicaban. Las medicinas eran infalibles y habían surtido un efecto maravilloso. ¿De qué provenía, pues, la recaida? Sólo yo lo sé y voy á contarlo. Rosita me lo dijo la noche en que murió, mientras yo la velaba, porque habíamos vuelto á ser buenos amigos:

—No quiero aliviarme, me decía. Tú sabes todo, las tristezas y las angustias que he pasado, la invencible fuerza de ese vicio que detesto y que domina á Pedro, mi amor á éste y mi despego de la vida. ¡Estoy tan contenta así, enfermita! Pedro no juega, pasa los días á la cabecera de mi cama, y cuando estoy mala y cierro los ojos, fingiendo que duermo, oigo que solloza y siento la humedad de sus lágrimas en mi mano. Ahora me quiere, ahora no me abandona, ahora me cuida con las tiernas solicitudes de una madre. Si me alivio, volverá á escaparse, volverá á buscar, lejos de mí, las emociones del juego. Ya no le tendré á mi lado, ni sentiré sus labios en mi frente. Se irá, como se ha ido tantas veces, dejándome muy triste y solitaria. Si me muero, tal vez el recuerdo de la pobre víctima, le aparte del camino porque va. No, no quiero aliviarme. Quiero estar enfermita mucho tiempo. Por eso, cuando me trae la medicina, recurro á algún pretexto para quedarme sóla, y derramo el elixir en el suelo.....!

Allá, bajo los altos árboles del Panteón Francés, duerme la pobrecita de cabellos rubios á quien yo quise durante una semana... ¡todo un siglo!..... y se casó con otro.

RIP-RIP.

Este cuento yo no lo ví; pero creo que lo soñé.

¡Qué cosas ven los ojos cuando están cerrados! Parece imposible que tengamos tanta gente y tantas cosas dentro..... porque, cuando los párpados caen, la mirada, como una señora que cierra su balcón, entra á ver lo que hay en su casa. Pues bien, esta casa mía, esta casa de la señora mirada que yo tengo, ó que me tiene, es un palacio, es una quinta, es una ciudad, es un mundo, es el universo..... pero un universo en el que siempre están presentes el presente, el pasado y el futuro. A juzgar por lo que miro cuando duermo, pienso para mí, y hasta para ustedes, mis lectores:—¡Jesús! ¡qué de cosas han de ver los ciegos! Esos que siempre están dormidos ¿qué verán? El amor es ciego, según cuentan. Y el amor es el único que ve á Dios.

¿De quién es la leyenda de *Rip-Rip?* Entiendo que la recogió Washington Irving, para darle forma literaria en alguno de sus libros. Sé que hay una ópera cómica con el propio título y con el mismo argumento. Pero no he leído el cuento del novelador é historiador norteamericano, ni he oído la ópera..... pero he visto á Rip-Rip.

Si no fuera pecaminosa la suposición, diría yo que Rip-Rip ha de haber sido hijo del monje Alfeo. Este monje era alemán, cachazudo, flemático y hasta presumo que algo sordo; pasó cien años, sin sentirlos, oyendo el canto de un pájaro. Rip-Rip fué más yankee, menos aficionado á músicas y más bebedor de wiskey: durmió durante muchos años.

Rip-Rip, el que yo ví, se durmió, no sé por qué, en alguna caverna en la que entró..... quién sabe para qué.

Pero no durmió tanto como el Rip-Rip de la leyenda. Creo que durmió diez años..... tal vez cinco..... acaso uno..... en fin su sueño fué bastante corto: durmió mal. Pero el caso es que envejeció dormido, porque eso pasa á los que sueñan mucho. Y como Rip-Rip no tenía reloj, y como aunque lo hubiese tenido no le habría dado cuerda cada veinticuatro horas; como no se habían inventado aún los calendarios, y como en los bosques no hay espejos, Rip-Rip no pudo darse cuenta de las horas, los días ó los meses que habían pasado mientras él dormía, ni enterarse de que era ya un anciano. Sucede casi siempre: mucho tiempo antes de que uno sepa que es viejo, los demás lo saben y lo dicen.

Rip-Rip, todavía algo soñoliento y sintiendo vergüenza por haber pasado toda una noche fuera de su casa—él que era esposo creyente y practicante—se dijo, no sin sobresalto:—¡Vamos al hogar!

¡Y allá va Rip-Rip con su barba muy cana (que él creía muy rubia) cruzando á duras penas aquellas veredas casi inaccesibles. Las piernas flaquearon; pero él decía:—¡Es efecto del sueño! ¡Y no, era efecto de la vejez, que no es suma de años, sino suma de sueños!

Caminando, caminando, pensaba Rip-Rip:—¡Pobre mujercita mía! ¡Qué alarmada estará: Yo no me explico lo que ha pasado. Debo de estar enfermo..... muy enfermo. Salí al amanecer..... está ahora amaneciendo..... de modo que el día y la noche los pasé fuera de casa. Pero ¿qué hice? Yo no voy á la taberna: yo no bebo..... Sin duda me sorprendió la enfermedad en el monte y caí sin sentido en esa gruta..... Ella me habrá buscado por todas partes..... ¿Cómo nó, si me quiere tanto y es tan buena? No ha de haber dormido..... Estará llorando..... ¡Y venir sola, en la noche, por estos vericuetos! Aunque sola..... no, no ha de haber venido sola. En el pueblo me quieren bien, tengo muchos amigos..... principalmente Juan el del molino. De seguro que, viendo la aflicción de ella, todos la habrán ayudado á buscarme... Juan principalmente. Pero ¿y la chiquita? ¿y mi hija? ¿La traerán? ¿A tales horas? ¿Con este frío? Bien puede ser, porque ella me quiere tanto y quiere tanto á su hija y quiere tanto á los dos, que no dejaría por nadie sola á ella, ni dejaría por nadie de buscarme. ¡Qué imprudencia! ¿Le hará daño?..... En fin, lo primero es que ella..... pero, ¿cuál es ella?.....

Y Rip-Rip andaba y andaba..... y no podía correr.

Llegó, por fin, al pueblo, que era casi el mismo... pero que no era el mismo. La torre de la parroquia le pareció como más blanca; la casa del Alcalde, como más alta; la tienda principal, como con otra puerta; y las gentes que veía, como con otras caras. ¿Estaría aún medio dormido? ¿Seguiría enfermo?

Al primer amigo á quien halló fué al señor Cura. Era él: con su paraguas verde; con su sombrero alto, que era lo más alto de todo el vecindario; con su Breviario siempre cerrado; con su leviton que siempre era sotana.

—Señor Cura, buenos días.

—Perdona, hijo.

—No tuve yo la culpa, señor Cura..... no me he embriagado..... no he hecho nada malo..... La pobrecita de mi mujer.....

—Te dije ya que perdonaras. Y anda ve á otra parte, porque aquí sobran limosneros.

¿Limosneros? ¿Por qué le hablaba así el Cura? Jamás había pedido limosna. No daba para el culto, porque no tenía dinero. No asistía á los sermones de cuaresma, porque trabajaba en todo tiempo, de la noche á la mañana. Pero iba á la misa de siete todos los días de fiesta, y confesaba y comulgaba cada año. No había razón para que el cura lo tratase con desprecio. ¡No la había!

Y lo dejó ir sin decirle nada, porque sentía tentaciones de pegarle..... y era el cura.

Con paso aligerado por la ira siguió Rip-Rip su camino. Afortunadamente la casa estaba muy cerca..... Ya veía la luz de sus ventanas..... Y como la puerta estaba más lejos que las ventanas, acercóse á la primera de éstas para llamar, para decirle á Luz:—¡Aquí estoy! ¡Ya no te apures!

No hubo necesidad de que llamara. La ventana estaba abierta: Luz cosía tranquilamente, y, en el momento en que Rip-Rip llegó, Juan—Juan el del molino—la besaba en los labios.

—¿Vuelves pronto, hijito?

Rip-Rip sintió que todo era rojo en torno suyo. ¡Miserable!..... ¡Miserable!..... Temblando como un ebrio ó como un viejo entró en la casa: Quería matar: pero estaba tan débil, que al llegar á la sala en que hablaban ellos, cayó al suelo. No podía levantarse, no podía hablar; pero sí podía tener los ojos abiertos, muy abiertos para ver como palidecían de espanto la esposa adúltera y el amigo traidor.

Y los dos palidecieron. ¡Un grito de ella—el mismo grito que el pobre Rip había oído cuando un ladrón entró en la casa!—y luego los brazos de Juan que lo enlazaban, pero no para ahogarlo, sino piadosos, caritativos, para alzarlo del suelo.

Rip-Rip hubiera dado su vida, su alma también por poder decir una palabra, una blasfemia.

—No está borracho, Luz; es un enfermo.

Y Luz, aunque con miedo todavía, se aproximó al desconocido vagabundo.

—¡Pobre viejo! ¿Qué tendrá? Tal vez venía á pedir limosna y se cayó desfallecido de hambre.

—Pero si algo le damos, podría hacerle daño. Lo llevaré primero á mi cama.

—No, á tu cama no, que está muy sucio el infeliz. Llamaré al mozo, y entre tú y él lo llevarán á la botica.

La niña entró en esos momentos.

—¡Mamá, mamá!

—No te asustes, mi vida, si es un hombre.

—¡Qué feo, mamá! ¡Qué miedo! Es como el *coco!*

Y Rip oía.

Veía también; pero no estaba seguro de que veía. Esa salita era la misma..... la de él. En ese sillón de cuero y otate se sentaba por las noches cuando volvía cansado, después de haber vendido el trigo de su tierrita en el molino de que Juan era administrador. Esas cortinas de la ventana eran su lujo. Las compró á costa de muchos ahorros y de muchos sacrificios. Aquél era Juan, aquélla, Luz..... pero no eran los mismos. ¡Y la chiquita no era la chiquita!

¿Se había muerto? ¿Estaría loco? ¡Pero él sentía que estaba vivo! Escuchaba..... veía..... como se oye y se ve en las pesadillas. ... Lo llevaron á la botica en hombros, y allí lo dejaron, porque la niña se asustaba de él. Luz fué con Juan..... y á nadie le extrañó que fuera del brazo y que ella abandonara, casi moribundo, á su marido. ¡No podía moverse, no podía gritar, decir: ¡Soy Rip!

Por fin, lo dijo, después de muchas horas, tal vez de muchos años, ó quizá de muchos siglos. Pero no lo conocieron, no lo quisieron conocer.

—¡Desgraciado! ¡es un loco! dijo el boticario.

—Hay que llevárselo al señor alcalde, porque puede ser furioso —dijo otro.

—Sí, es verdad, lo amarraremos si resiste.

Y ya iban á liarlo; pero el dolor y la cólera habían devuelto á Rip sus fuerzas. Como rabioso can acometió á sus verdugos, consiguió desasirse de sus brazos, y echó á correr. Iba á su casa ..... iba á matar! Pero la gente lo seguía, lo acorralaba. Era aquello una cacería y era él la fiera,

El instinto de la propia conservación se sobrepuso á todo. Lo primero era salir del pueblo, ganar el monte, esconderse y volver más tarde, con la noche, á vengarse, á hacer justicia.

Logró por fin burlar á sus perseguidores. ¡Allá va Rip como lobo hambriento! ¡Allá va por lo más intrincado de la selva! Tenía sed..... la sed que han de sentir los incendios. Y se fué derecho al manantial..... á beber, á hundirse en el agua y golpearla con los brazos..... acaso, acaso á ahogarse. Acercóse al arroyo, y allí, á la superficie, salió la muerte á recibirlo, ¡Sí; porque era la muerte en figura de hombre, la imagen de aquel decrépito que se asomaba en el cristal de la onda! Sin duda venía por él ese lívido espectro. No era de carne y hueso, ciertamente; no era un hombre, porque se movía á la vez que Rip, y esos movimientos no agitaban el agua. No era un cadáver, porque sus manos y sus brazos se torcían y retorcían. ¡Y no era Rip, no era él! Era como uno de sus

abuelos que se le aparecían para llevarlo con el padre muerto.—Pero ¿y mi sombra?—pensaba Rip.—¿Por qué no se retrata mi cuerpo en ese espejo? ¿Por qué veo y grito, y el eco de esa montaña no repite mi voz sino otra voz desconocida?

¡Y allá fué Rip á buscarse en el seno de las ondas! Y el viejo, seguramente, se lo llevó con el padre muerto, porque Rip no ha vuelto!

***

¿Verdad que este es un sueño extravagante?

Yo veía á Rip muy pobre, lo veía rico, lo miraba joven, lo miraba viejo; á ratos en una choza de leñador, á veces en una casa cuyas ventanas lucían cortinas blancas; ya sentado en aquel sillón de otate y cuero; ya en un sofá de ébano y raso..... no era un hombre, eran muchos hombres..... tal vez todos los hombres. No me explico cómo Rip no pudo hablar; ni cómo su mujer y su amigo no lo conocieron, á pesar de que estaba tan viejo; ni por qué antes se escapó de los que se proponían atarlo como á loco; ni sé cuántos años estuvo dormido ó aletargado en esa gruta.

¿Cuánto tiempo durmió? ¿Cuánto tiempo se necesita para que los seres que amamos y que nos aman nos olviden? ¿Olvidar es delito? ¿Los que olvidan son malos? Ya véis qué buenos fueron Luz y Juan cuando socorrieron al pobre Rip que se moría; la niña se asustó; pero no podemos culparla: no se acordaba de su padre. todos eran inocentes, todos eran buenos..... y sin embargo, todo esto da mucha tristeza.

Hizo muy bien Jesús el Nazareno en no resucitar más que á un solo hombre, y eso á un hombre que no tenía mujer, que no tenía hijas y que acababa de morir. Es bueno echar mucha tierra sobre los cadáveres.

CUENTO TRISTE.

¿Por qué me pides versos? Hace ya tiempo que mi pobre imaginación, como una flor cortada demasiado temprano, quedó en los rizos negros de una espesa cabellera, tan tenebrosa como la noche y como mi alma. ¿Por qué me pides versos? Tú sabes bien que del laúd sin cuerdas no brotan armonías y que del nido abandonado ya no brotan gorjeos. Vino el invierno y desnudó los árboles; se helaron las aguas del río donde bañabas tu pie breve y aquella casa, oculta entre los fresnos, ha oído frases de amor que no pronunciaron nuestros labios y risas que no alegraban nuestras almas. Parece que un amor inmenso nos separa.

Yo he corrido tras el amor y tras la gloria, como van los niños tras la coqueta mariposa que se burla de la persecución y de sus gritos.

Todas las rosas que encontré tenían espinas, y todos los corazones olvido.

El libro de mi vida tiene una sola página de felicidad, y esa es la tuya.

No me pidas versos. Mi alma es como esos pájaros viejos que no saben cantar y pierden sus plumas una á una, cuando sopla el cierzo de Diciembre.

Hubo un momento en que creí que el amor era absoluto y único. No hay más que un amor en mi alma, como no hay más que un sol en el cielo—decía entonces. Después supe, estudiando astronomía, que los soles son muchos.

Toqué á la puerta de muchos corazones y no me abrieron, porque dentro no había nadie.

Yo vuelvo ya de todos los países azules en que florecen las naranjas de color de oro. Estoy enfermo y triste. No creo más que en Dios, en mis padres y en tí. No me pidas versos.

Preciso es, sin embargo, que te hable y te cuente una por una mis tristezas. Por eso voy á escribirte, para que leas mis pobres

cartas junto á la ventana, y pienses en el ausente que jamás ha de volver. Las golondrinas vuelven después de larga ausencia, y se refugian en las ramas del pino. La brújula señala siempre el Norte. Mi corazón te busca á tí.

¿De qué quieres que te hable? Deja afuera la obscuridad y haz que iluminen tu alma las claridades del amor. Somos dos islas separadas por el mar; pero los vientos llevan á tí mis palabras y yo adivino las tuyas. Cuando la tarde caiga y las estrellas comiencen á brillar en el espacio, abre tú los pliegos cerrados que te envío, y escucha las ardientes frases de pasión que lleva el aire á tus oídos. Figúrate que estamos solos en el bosque, que olvidé todo el daño que me has hecho, y que en el fondo del *coupé* capitoneado te hablo de mis ambiciones y de mis sueños. Oyeme, como escuchas el canto de las aves, el rumor de las aguas, el susurro de la brisa. Hablemos ambos de las cosas frívolas, esto es, de las cosas serias. La tarde va á morir: el viento mueve apenas sus alas como un pájaro cansado; los caballos que tiran del carruaje, corren hacia la casa en busca de descanso; la sombra va cayendo lentamente..... aprovechemos los instantes.

***

Hace muy pocos días paseaba yo por el parque, pensando en tí. La tarde estaba nublada y mi corazón triste.

¡Cómo han cambiado las cosas! Los carruajes que van hoy al paseo no son los mismos que tú y yo veíamos. Veo caras nuevas tras de los cristales y no encuentro las que antes distinguía. ¿Te acuerdas de aquella que encontrábamos siempre en *trois quart* á la entrada del paseo? Pues voy á referirte su novela. Amaba mucho; las ilusiones cantaban en su alma como una bandada de ruiseñores; se casó y la engañaron. Todavía recuerdo la impaciencia con que contaba los días que faltaban para su matrimonio. La noche que recibió el traje de novia creyó volverse loca de contento. Yo la miré en la iglesia al día siguiente, coronada de blancos azahares, trémula de emoción y con los ojos henchidos de lágrimas. ¿Quién nos hubiera dicho que aquel matrimonio era un entierro? Se amaban mucho los dos, ó por lo menos, lo decían así. Iban á realizar sus ilusiones; la riqueza les preparó un palacio espléndido y los que de pie en la playa la miramos partir en barca de oro, dijimos: Dios la lleva con felicidad!

Unos meses después, encontré á su marido en un café.

—¿Y Blanca?

—¡Está algo mala!

Era verdad, Blanca estaba mala; Blanca se moría. Enrique la dejaba por ir en pos de los placeres fáciles, y Blanca, sola en su

pequeña alcoba, pasaba las noches sin dormir, mirando como se persiguen y se juntan las agujas en la muestra del reloj. Una noche Enrique no volvió. Al día siguiente, Blanca estaba más pálida: parecía de cera.

Hubiérase creído que la luz del alba, que Blanca vió aparecer muchas veces desde su balcón, le había teñido el rostro con sus colores de azucena.

¿Por qué no viene?—Preguntaba sondeando con los ojos la obscuridad profunda de la calle.

Y graznaban las lechuzas, y el aire frío de la madrugada le hería el rostro, y Enrique no volvía. De repente suenan pasos en las baldosas. Blanca se inclina sobre el barandal para ver si venía. ¡Esperanza frustrada! Era un borracho que regresaba á su casa, tropezando con los faroles y las puertas.

Así pasaron días, semanas, meses: Blanca cada día estaba peor. Los médicos no atinaban la cura de su enfermedad. ¿Acaso hay médicos de almas?

Una noche, Blanca le dijo á Enrique:

«No te vayas. Creo que voy á morirme. No me dejes.»

Enrique se rió de sus temores y fué al círculo donde le esperaban sus amigos. ¿Quién se muere á los veinte años?

Blanca le vió partir con tristeza. Se puso después frente á un espejo, alizó sus cabellos y comenzó á prender entre sus rizos diminutos botones de azahar.

Dos grandes círculos morados rodeaban sus ojos. Llamó en seguida á su camarera, se puso el traje blanco que le había servido para el día del matrimonio y se acostó. Al amanecer, cuando Enrique volvió á su casa, vió abiertos los balcones de su alcoba; cuatro cirios ardían en torno de la cama. Blanca estaba muerta.

—¿Ya lo ves? La vida mundana, tan brillante por fuera, es como los sepulcros blanqueados de que nos habla el Evangelio. La riqueza oculta con su manto de arlequín muchas miserias.

Cierra tus oídos á las palabras del eterno tentador. No ambiciones el oro que es tan frío como el corazón de una coqueta. Sé buena, reza mucho y ama poco.

EL MUSICO DE LA MURGA.

Ci-gît le bruit du vent. Aquí yace el susurro del viento. ¿No os parece elocuente este epitafio, ideado por Antipater para la tumba de Orfeo? Lo que pasa alzando apenas un rumor muy leve y se extingue, cual si otro más recio soplo lo apagara; lo que sienten al estremecerse las eréctiles hojas, lo que riza las ondas, cuando tiemblan, cogidas de repentino calosfrío; el brillo efímero de la luciérnaga azulina; el beso rápido de Psíquis, eso es lo semejante á ciertos espíritus fugaces que sólo producen una vibración, un centelleo, un estremecimiento, un calosfrío y mueren como si se evaporaran.

¿Conocéis de Juventino Rosas algo más que unos cuantos valses elegantes y melancólicos y bellos como la dama, ya herida de muerte, en cuyas manos, casi diáfanas, puso la poesía un ramo de camelias inmortales? Un schottisch..... una polka,..... una danza..... otro wals..... ¡rumor del viento! Algunos tienen nombres tristes como presentimientos; «SOBRE LAS OLAS»..... ahí flota descolorido y coronado de ranúnculos el cadáver de Ofelia. «MORIR SOÑANDO»..... ¡anhelo de los que han vivido padeciendo! Y observad que envuelve casi toda esa música bailable cierta neblina tenue de tristeza. Parece escrita para rondas de Willis. Al compás de la mazurka danzan las mozas en un claro del bosque; están alegres, ríen y cantan; pero el músico está triste.

Ya se está el baile arreglando,
Y el gaitero ¿dónde está?
—Está á su madre enterrando
Pero en seguida vendrá,
—¿Y vendrá?—¿Pues qué ha de hacer?
Cumpliendo con su deber
Vedle con su gaita; pero
¡Cómo traerá el corazón
El gaitero,
El gaitero de Gijón!
La niña más habladora

—¡Aprisa, le dice, aprisa!—
Y el gaitero sopla y llora
Poniendo cara de risa.

***

Algunas noches, en los grandes bailes, fatigado de la fiesta, huyendo de las conversaciones privadas y de los amigos impertinentes, me he puesto á pensar en esos pobres músicos que,

Como ganan sus manos
El pan para sus hermanos,
En gracia del panadero
Tocan con resignación
Como tocaba el gaitero,
El gaitero de Gijón.

Federico Gamboa en sus *Impresiones* y *Recuerdos* nos pinta con colores muy vivos á aquel Teófilo Pomar que componía danzas y las tocaba, primero en algunos salones; luego en los bailes de trueno. Ese Pomar tuvo también su momento efímero de dicha, «una luna de miel—dice Gamboa—encantadora por lo rápido y lo intensa. El cuarto de un hotel convertido en un rincón del cielo; en la ventana, pájaros y flores; en la mesa de trabajo, el papel rayado, la pluma lista; el piano abierto, en espera de las caricias de su dueño; sobre el velador, la comida traída á hurtadillas de la fonda más próxima, con un solo vaso, para aumentar los pretextos de besarse; y en las paredes, en los muebles, en todas partes, ella, la mujer amada que ríe de nuestras locuras y las comparte y nos arrulla y nos enloquece.....» Luego «en la ventana, el pájaro muerto, las flores marchitas; en la mesa de trabajo, la pluma rota, las papeletas del Montepío; el piano ausente, dejando un hueco inmenso; en una silla, ella, la mujer amada, que llora nuestros dolores y los comparte y nos martiriza.» Para vivir, continuaba Pomar tocando danzas. Entraba ceñudo al baile de trueno, «cual si bruscamente lo hubiesen despertado de algún dulce sueño, y se llegaba al piano con tan visibles muestras de mal humor que cualquiera habría temido una armonía ingrata, un arpegio discordante, y en su lugar, brotaban tibias, delicadas, voluptuosas, las danzas, que estaban haciéndole célebre, sus danzas, pensadas y compuestas por él, las que le daban de comer y lo premiaban á él solo, de tanta prosa, de tanta amargura. Y entonces, se abstraía por completo, no respondía á nadie; noche hubo en que improvisara una danza, así, en medio de los gritos destemplados, con la excitación de la desvelada y

del desencanto interno, cuando la aurora sonreía desde la azotea y las lámparas de petróleo se apagaban amarillentas y tétricas.»

.....

«En cuanto concluía, los concurrentes lo rodeaban disputándoselo, lo mareaban á amabilidades, á invitaciones; todos querían darle un cigarro, una copa, las buenas noches. Las mujeres se le colgaban de los brazos, lo arrastraban á los gabinetes donde la manzanilla ó una cena fría aguardaban á los consumidores, y él agradecía, rehusaba á los más, complacía á los menos.

—Gracias, de veras gracias; lo que quiero es descansar un instante.....

Y se quedaba sólo, apoyado sobre los barandales del corredor desierto; á un paso de esa ficticia y ruidosa alegría de las orgías: habituado á éstas, á las riñas que traen, á las ilusiones que se llevan. Allí fumaba cigarrillo tras cigarrillo hasta que la gente se impacientaba, quería bailar.....

—¡Pomar! ¡Que venga Pomar!.....»

***

Otro músico á quien traté de cerca, el de levitón café y sombrero alto como de pizarra mojada, era celoso..... y tenía razón. ¡Cuán largas eran para él esas noches de baile que tan breves son para los enamorados venturosos! Pensaba en su casa pobre tan distante de aquel palacio; en su casa de barrio, con ventana baja y casera celestina; en la mujer guapa, joven todavía, cansada de miserias y sin hijos; en el galanteador fornido y mocetón que la vió, con ojos encandilados, una mañana en la parroquia; é imaginándose infamias y vergüenzas, sintiendo como que le corrían por todo el cuerpo incontables patitas de alfileres, le parecía oir una risa fresca, chorreante, cual si brotara de jugosa carne de sandía, y otra sardónica, burlona, que le quemaba el oído como latigazo. Tocaba entonces con frenesí, con furia, y el arco del violín, torciéndose y retorciéndose sobre las cuerdas, fingía un estoque rasgando en epiléptico y continuo mete y saca las entrañas de víctima invisible. No es, señora, huraño moralista el que os ve de reojo cuando pasais bailando cerca de él y oye las frases de pasión que os dirige el galán; no es un beato ese que al veros querría cubrir con su mirada la desnudez de vuestros hombros: es un pobre músico ya viejo casado con una mujer todavía joven!.....

***

Mas, entre los violinistas de murga que he conocido, ninguno de ideas más sugestivas ni de existencia más infeliz que el de los

ojos azules desteñidos; el que vistiendo siempre ropa ajena, flaco y largo, proyectaba en las alfombras la sombra de un paraguas cerrado y puesto á escurrir junto á la puerta.

Este era artista, como Juventino Rosas. Era el espectro de un artista rico, que existió antes que él, pero que era de su familia. Hay vástagos que son aparecidos, antecesores resucitados. Tenía los labios siempre secos, y en los labios sed de gloria, sed de besos, sed de vino.

Aun me parece verle, como cuando le conocí. Toca malagueñas en el cuarto de un estudiante. Y con notas pinta. ¿No lo véis?

¡Qué guapa es la cantadora! ¡Qué provocativo el movimiento de sus caderas! ¡Qué negro su pelo! ¡Qué breve su pie! ¡Y qué torneado el mórbido tobillo! ¡Con qué sandunga y qué malicia canta! ¡Esos ojos sólo salen de noche, porque están prohibidos! Cuando miran es que desnudan la navaja. Los brazos en jarras, parecen decir al majo que los quiere:—¡Ven á tomarlos!

¡Y aquél gitano viejo que está allí de codos sobre la mesa! Con los ojos encandilados, la boca entreabierta y las piernas extendidas, ese tio está calentándose junto al fogón de una petenera retozona. Está gozando un minuto de muchacho. Se ve brillar la manzanilla en las cañas de cristal; se oyen los acompasados palmoteos, y la atmósfera se llena de un humo que lleva alcohol y en el alcohol alegría. Por allí cayó una navaja; por allá se alza un pandero; y en aquel rincón tronó el sonoro beso que la de mantilla blanca, la de la rosa colorada en el cabello, dió á su guapo torero. En la calle, Fígaro deja caer al suelo su bacía de cobre; y rasguea la guitarra, mientras Rosina se levanta de puntillas y entreabre la puerta del balcón.

Después toca algo muy apacible y melancólico: es el ruiseñor que cantaba en el granado mientras Julieta acariciaba á Romeo en el camarín. Amad,—nos dice—todavía hay mucha sombra para que brillen mucho las estrellas y despidan los ojos más amor. Una esquisita dulzura se exhala de sus notas; siéntese el contacto suave de la escala de seda; se ve la luna, como bañándose desnuda en las murmurantes y azules ondas del pequeño lago; se oye el rumor de los besos todavía tímidos, como que acaban de encontrarse y conocerse; el susurro de las hojas curiosas que formando corrillos cuchichean; el aleteo de algunos pájaros que no pueden dormir porque están enamorados y quieren ya que amanezca. El calosfrío del alba, escarapela voluptuosamente nuestro cuerpo y roza nuestras mejillas encendidas la cabellera húmeda y perfumada de Julieta. Es la madrugada. No véis cómo el amante baja ya de la gótica ventana y cómo brilla el rayo de la luna en el terciopelo granate de su jubón y en el áureo joyel de su sombrero? Huye y desaparece por entre el bosque de castaños; ciérranse las vidrieras de co-

lores y esas notas transparentes y frágiles, esas notas que brillan como lágrimas y que suenan como una esquila de cristal herida por la barita de alguna hada, se pierden y se extinguen poco á poco en la obscuridad, al amanecer..... El ruiseñor ya no canta; pero el cristal solloza todavía.

***

El improvisaba todo eso, y al oírlo, volvía yo la vista atrás en el camino de la vida; habría querido volver á ser niño; volver á sentarme en las rodillas de mi madre, besar las canas del anciano que nunca, nunca muere en mi espíritu; oír la campana que llamó á la misa el día de mi primera comunión; ver las torres blancas de la iglesia; creer, hallar quien me consolara como me consolaban cuando aún no sufría..... ¡y allá va la pelinegra Liseta! ¡allá va la hermanita que no ha vuelto! en aquel ruedo bailan las muchachas con los mozos; en aquella mesa y á la luz de pobre lámpara, sueña versos el poeta; ¡allá va el abuelito! ¡allá la novia con quien creíamos haber aprendido á besar..... y no sabíamos! allá va todo lo que se fué como se van las notas .....!

***

El artista que tan maravillosamente evocaba esas memorias y revivía esos sentimientos, solía decirnos al concluir de tocar alguna de sus improvisaciones.

—Esto en que pongo alma ni siquiera lo escribo ..... no lo compran. Oísteis las malagueñas: esas sí me producen, allá donde las toco, aplausos y un puñado de monedas. El editor quiere música que se baile, música para que la estropeen y la pisen. Y yo necesito dinero para mí y para mis vicios. Me repugnan esos vicios, no porque lo son, sino por envilecidos, por canallas. Quisiera dignificarlos, ennoblecerlos, vestirlos de oro, en la copa, en el cuerpo de la mujer, en el albur. Quitármelos no; porque ¿qué me quedaría?..... Cuando me doy asco, pienso en matarme. Pero hay en mí cierto indefinible temor á la otra vida que se quedó en mi alma, como grano de incienso no quemado en la cazoleta del incensario. ¿Quién lo puso allí?..... De niño fuí monago. Vestí la sotanilla roja. Aprendí á cantar cantando letanías. Ayudé misas. Y todavía envuelven mi espíritu nubes de incienso; todavía percibo, en horas de nostalgia, el olor á cedro de la sacristía; me acuerdo del Cristo que me veía como un padre muy triste desde la reja del coro..... ¡á mí que nunca tuve padre!..... ¡Y no puedo matarme! ..... ¡El *requiem* es muy pavoroso! Suenan sus notas como el aire, por las noches, en una catedral á obscuras y desierta.

Compongo, pues, para vivir, música alegre, valses voluptuosos

cuyas introducciones son muy tristes. Los toco en bailes y festines. Pero vosotros no sabeis cómo se me rasga el alma cuando los oigo y cuando los toco y cuando pienso en ellos. Vosotros no sabeis lo que se sufre tocando con hambre y sed ante los que comen y beben. Yo compuse ese wals: yo hice esas elegancias, esas coqueterías aladas; yo aproximo esos cuerpos, yo confundo esos alientos; yo debiera presidir, de pie sobre un tonel sombreado por la parra, el baile alegre; yo debiera ordenar con tirso de oro, como joven Baco, los amorosos giros de la danza; ¡y los codos de mi levita están rotos, y veo pasar cuellos desnudos ceñidos por collares de brillantes! El wals es mío, pero eso, que es mi wals animado, eso no es mío. Me dan para que atice las concupiscencias de ellos, champagne y más champagne. Quieren que vea todo á través de una gasa color de oro, para que, olvidado de mí, esparza alegría. Me enseñan....casi me obligan á embriagarme..... y á desear, ¡ah, sí! á desear mucho! Vivo mirando muy de cerca el esplendor de la opulencia y oyendo las promesas y las mentiras de los sueños.....

Despierto. ..... reflexiono..... la vela amarillenta alumbra mi rostro cadavérico. ¿Qué soy? El Galeoto de esos próceres ¡Pobre música mía, para todos risueña. provocativa, voluptuosa, para mí triste, infamada, prostituída! ¡Cómplice de adulterios! ¡Cortesana de bajezas! ¡No saliste de mi alma para eso! ¡Eras mi blancura..... eras mi pendón, eras mi hija! Señores, digo entonces como Triboulet, vosotros sois piadosos; sois muy buenos, ¿qué habéis hecho de mi hija? ¡es lo único que tengo! ¿En dónde la escondeis?

Por eso, despechado, busco los que llamais «paraísos artificiales» En ellos el wals se anima para mí. Ya no escancio las copas. Soy el rey.

***

Algunos años hace murió en un hospital, como Juventino Rosas, aquel espectro largo, hoffmanesco, que parecía la sombra de un paraguas cerrado. Muchas veces he pisado después su música en los bailes. Ahora que lo recuerdo, siento pena, como si hubiera maltratado á un niño sin darme cuenta de lo que hacía..... como si hubiera hollado frescos pétalos de alma!

UN 14 DE JULIO.

(HISTÓRICO).

Voy á referiros una breve y triste historia, y voy á referirla porque hoy habrá muchos semblantes risueños en las calles y es bueno que los alegres, los felices, se acuerden de que hay algunos, muchos desgraciados. Es un episodio del 14 de Julio, pero no del 14 de Julio de 1789, sino del 14 de Julio de 1890. Y la heroína es una paisana nuestra, una hermosa y desventurada mexicana. ¡Ah! De ella hablaron mucho los diarios de París hace dos años; más que de Mme. Iturbe y de sus trajes, más que de la señorita Escandón y de su boda. Arsénio Houssaye, ese anciano coronado de rosas, le dedicó una página brillante, una aureola de oro como esas que circundan las sienes de las mártires. La piedad la amó un momento, un momento nada más, porque la piedad tiene siempre muchísimo que hacer. Y ahora que miro esas banderas, esas flámulas, esos gallardetes, símbolos de noble regocijo, pienso en la pobre mexicanita que pasó en París el 14 de Julio de 1890.

Estaba casada con un francés que vino á nuestra tierra cuando la malhadada intervención. Aquí tuvo seis hijos..... ya sabéis que la pobreza es muy fecunda! Vivían penosamente, y el marido, esperanzado en hallar protección más amplia en su país, regresó á Francia con su mujer y su media docena de criaturas. El era pintor, decoraba, hacía cuadritos de flores y de frutas para comedores, iluminaba retratos y tenía buena voluntad para admitir cualquier trabajo honesto. Pero hé aquí lo que no hallaba. ¡Es tan grande París! ¡Hay en sus calles tanto ruido! ¡Es tan difícil percibir allí la voz de un hombre!

Altivo, orgulloso como era, jamás se habría resignado á pordiosear. La miseria, enamorada sempiterna del orgullo, vino á acompañarle.

Una noche, agotados ya todos sus recursos, dijo:

—Es preciso morir.

Le oyó el más pequeñuelo de sus hijos, y preguntó entonces á la madre:

—Mamá, ¿qué cosa es morir?

—Morir, hijito, es irse al cielo.

—¿Y cómo será el cielo? ¿como el mar?

—No; el cielo es un jardín en donde hay muchas flores y muchas frutas y muchos juguetes para los niños.

—Sí; pero no serán para mí. También aquí hay todo eso y nada es mío.

—En el cielo cogen los niños que no son traviesos cuanto quieren.

—¡Mamá, vamos al cielo!

La muchachita, que escuchaba atenta, terció entonces en la plática:

—Pero el viaje ha de ser largo, muy largo..... ¡De aquí al cielo.....!

—No, mucho más cómodo y más rápido que el de México á Francia. Se duerme uno y cuando despierta está en el cielo.

—¿Y allá hay fiestas como la de mañana, con fuegos artificiales y con músicas?

—Todo el año.

—Pues iremos.

Y aquellas criaturas, para quienes la tierra era tan dura, se alborotaron con la idea de ir al cielo.

¡Morir! ¡Qué hermosa palabra! Sonaba en sus oídos como suena, cantando, en los de algunos hombres.

—Pero no nos iremos todavía—dijo otro de los niños. Mañana es el 14 de Julio. Quiero ver los fuegos.

Padre y madre cruzaron una mirada suplicante.

—¡Esperaremos!

Casi habían olvidado ya su hambre, con la esperanza de ir al cielo y se durmieron soñando en rehiletes de estrellas y en juguetería de porcelana blanca, atendidas por angeles. Sólo la más chiquita, que no había entendido, dijo con voz desfalleciente:

—Mamá! papá!.....

Los dos esposos se miraban sin hablar. ¿Cómo esperar á mañana?

—Yo puedo todavía, vendiendo lo último, juntar un franco. ¡Pedro, quiere Juanito ver los fuegos!

Y aguardaron..¡.—Sería blasfemia escribir: esperaron.—El padre tenía una tablita de flores pintadas, que no había podido vender. Iba á regalársela á la buena señora del estanquillo. ¡Tal vez le diera algo!

Muy temprano fué. Ya cantaba la fiesta su himno triunfal en plazas y bulevares.

A poco, abríase de nuevo la puerta del tabuco, y el pintor entraba de regreso.

—¿Qué te dieron?

Aquél, vencido, sin desplegar los labios, dejó caer en el suelo unas cuantas estampas.

Eso..... para que los niños se diviertan. ¿No recordais la historia de Schiavone? Aquel pintor veneciano también tenía mujer, seis hijos y hambre. También era soberbio. Y pintó no sé qué para los padres de la Santa Croce; fué á entregar su trabajo y los padres le dieron como recompensa un ramillete de rosas. También dejó caer las flores sobre la desnuda tarima, y la blanca Giacinta, su mujer, fué deshojando en los platos vacíos, y cuando ya no hubo más pétalos, dijo al esposo y á los hijos:

—Venid; ya está la cena.

Un instante después moría de hambre.

La mexicana sí había reunido ya algo más de un franco para pasar el día 14. Todos juntos salieron á la calle, para que los niños pasearan. ¡Qué alegría! ¡qué esplendor!

Los muchachitos, débiles y enfermos, al pasar por frente á los aparadores decían:

—Mamá, ¿qué hay en el cielo pollo asado?

—¿Y jamón?

—¿Y pasteles?

La muchacha más grande, la de catorce años, veía con tristeza los escaparates de las tiendas de modas. Era hermosa, y se iba sin que el mundo lo hubiera conocido. Tal vez la pobrecita no creía en el cielo; pero en la muerte hospedadora sí. No engañaron sus oídos las músicas de viento; no engañaron sus ojos los fuegos artificiales; no engañaron su imaginación las promesas de cielo. Sí, el cohete sube, también resplandeciente quiere llegar á las estrellas..... pero en el aire se apaga. Lo cierto es la armazón, es el esqueleto del «castillo» que un momento fulguró. Y lo cierto es la noche densamente negra.

Ella fué la primera que dijo:

—¿Ya nos vamos?

Y los niños más chicos, en coro repitieron:

—Sí, papacito, vámonos al cielo.

En el camino compraron un pan. Tenían más hambre, mucha hambre. En su tabuco devoraron aquel pan. El padre no: no pudo. La madre no: no quiso.

Pero en ese pan habíase empleado hasta el último céntimo. Y para dormir bien, para dormir como ellos querían, el carbón era indispensable.

—¡Ah, no hay cuidado! dijo la mayor. La portera me fía.

Y salió. Y lo trajo.

No hubo necesidad de que apagaran la vela. También ella se apagó. Ardía el carbón, y su fulgor dantesco semejaba un boquete del infierno asomando en la sombra. ¿Quién llora? ¿Quién solloza? ¿Quién se queja? ¿Quién se retuerce? ¿Quién sofoca blasfemias? ¿Quién se ahoga?

La asfixia se lleva primero al niñito de pecho, amordaza después á los más débiles; amarra á los padres para que presencien impotentes la agonía de sus hijos; y en medio de este horror y de esta espantosa lucha muda, rasga el silencio la voz de la hija mayor:

—¡Ya no! ¡Ya no! ¡Ya no quiero morir! ¡Padre, perdóname!

Al día siguiente, un vecino rompió la puerta: adentro estaban los cadáveres. Los sacan al aire, hacen esfuerzos inauditos..... ¡Todo inútil!

¿Verdad que ese cuadro debió de ser horrible? La vida inventó un castigo, inventó un suplicio que no había soñado el Dante: ¡la madre estaba viva!

¡Ah! ¡éste sí que excede á todos los tormentos! Ugolino devora á sus hijos; pero los lleva dentro de sí. Y Ugolino muere. Aquella madre no la quiso la muerte.

.....

.....

¿En dónde está? ¿No se ha aplacado Dios? ¿No ha permitido que muera? ¡Santo cielo! Cuando asisto á las fiestas de este día, cuando miro reir y juguetear en la *kermesse* á tantos niños bien vestidos, pienso en las inocentes criaturas que, hambrientas y asfixiadas, perecieron há dos años, y digo á las almas buenas:

—¡Una caridad, por amor de Dios!

.....Señor, ¿en dónde está la pobre mexicana? Si vive aún, dale la muerte de limosna!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL VESTIDO BLANCO.

Mayo, ramillete de lilas húmedas que Primavera prende á su corpiño; Mayo, el de los tibios, indecisos sueños de la pubertad; Mayo, clarín de plata, que tocas diana á los poetas perezosos; Mayo, el que rebosa tantas flores como las barcas de Myssira: tus ojos claros se cierran en éxtasis voluptuoso y se escapa de tus labios el prometedor ¡hasta mañana! cual mariposa azul de entre los pétalos de un lirio.

Hace poco, salía de la capilla, tapizada toda de rosas blancas, y entreteníame en ver la vocinglera turba de las niñas que con albos trajes, velos cándidos y botones de azahar en el tocado habían ido á ofrecer ramos fragantes á María. Mayo y María son dos nombres que se hermanan, que suavizan la palabra; dos sonrisas que se reconocen y se aman. No sé qué hilo de la Virgen une á los dos. Uno es como el eco del otro. Mayo es el pomo y María es la esencia.

Las niñas ricas subían joviales á sus coches; las niñeras vestían de gala; santo orgullo expresaban en sus ojos, aun llorosos las mamás. Acababan de recibir la confirmación de la maternidad.

En uno de aquellos grupos distinguí á mi amigo Adrián; salí á su encuentro; besé á la chicuela que todavía no sabe hablar sino con sus padres y con sus muñecas, sentí ese fresco calor de inocencia, de *edredon*, de brazos maternales, que esparcen las criaturas sanas, bellas y felices; y cuando la palomita de alas tímidas, cerradas, se fué con la mamá y el aya, ruborizada la niña y de veras, por la primera vez, Adrián y yo, incansables andariegos, nos alejamos de las calles henchidas de gente dominguera, para ir á la calzada que sombrean los árboles y que buscan los enamorados al caer la tarde y los amigos de la soledad al medio día.

Adrián es un místico; pero no es, en rigor, un creyente. Lámpara robada al santuario, su flámula oscila, rebelde al aire libre;

mas el aceite que la alimenta es el mismo que la hacía brillar, á modo de pupila extática, cuando, ya dormida la oración, velaba ella en el templo. Todavía busca esa llama la mirada de las monjas que rezaban maitines en el coro bajo; todavía siente con deleite el frío del alba, entrando por las ojivas; todavía la espanta el cuerpo negro de la lechuza, ansiosa de sorberla.

Como esa, hay muchas almas, en las que han quedado las creencias trasfiguradas en espectros, que perturban el sueño con quejidos, sólo perceptibles para ellas, ó en espíritus luminosos pero mudos; almas tristes, como isla en medio del océano, que miran con envidia á la ola sumisa y á la ola resueltamente rebelde; almas cuyos ideales semejan estalactitas de una gruta obscura, bajo cuyas bóvedas muje el viento nocturno; almas que se ven vivir, cual si tuvieran siempre delante algún espejo, y á ocasiones, medrosas, apocadas, ó por alto sentido estético y moral, cierran los ojos para no mirarse; almas en cuyo hueco más hondo, atisba siempre vigilante y duro juez; almas que no sintiéndose dueñas de sí mismas, sino esclavos de potencias superiores é ignotas, claman en la sombra: ¿en dónde está, cuál es mi amo?

Adrián, sujeto á todas las influencias, buenas y malas, pétalo en el remolino humano; susceptible de entusiasmos y desfallecimientos, tenía aquella mañana el espíritu en una nube de incienso. Había vuelto á la edad en que nadie le llamaba «papá» y él decía: Padre! Pero como en él proyecta la alegría inseparable sombra de tristeza; como le acompaña siempre «el pobre niño vestido de negro que se asemeja como un hermano,» hablóme así de su reciente júbilo:

—Tú no sabes cuánta melancolía produce un vestido blanco, cuando ya se ha vivido mucho para sí ó para los otros. Esta mañana, al ver junto á la camita de mi niña el traje inmaculado que iba á vestir para ofrecerle, por primera vez, hermosas flores á la Virgen; al tocar ese velo sutilísimo que parece deshacerse como la niebla, si queremos asirla, sentí la vanidad del padre cuya hija comienza á dar los primeros pasos, á balbucear las primeras oraciones, y que, ataviada con primor, feliz porque de nada carece y todo ignora, camina al templo, ya conscientemente y como blanca molécula integrante de la comunión cristiana. La besé con más besos dentro de cada uno que otras veces. Sonreí, reí al verla mirándose y admirándose en el espejo, como si preguntara ¿esa soy yo? Me encantaba la torpeza natural con que soltó á andar en su recamarita, cuidando de que el roce no ajara su vestido y levantando éste con la mano para que no lo tocase ni la alfombra. Ya en el coche, la acomodamos en su asiento como á una princesa pequeñuela de cuento de hadas que va á casarse con el rey azul. Parecía una hostia viva, y es, en verdad, la hostia de mi alma.

En el templo, la ceremonia no es solemne, es tierna. Solemne, la imposición de órdenes sacerdotales; solemne, la toma de hábito; solemne, el oficio de difuntos, solemne, la pompa del culto católico en los grandes días de la iglesia; tierna, vívida, pura, esta angélica procesión de almas intactas que lleva flores á la Virgen.

Los cirios se me figuraban cuerpecitos de niños que se fueron adelgazando, murieron y se salvaron; cuerpecitos cuya alma casta resplandece, en forma de llama, fija en las niñas blancas que van á poner las primeras hojas de su nido en el ara de María. La Madre de Dios parece como más madre rodeada por todas esas virginidades, ignorantes aún de que lo son; por todas esas inocencias que lo invocan. Las niñas sienten como que han crecido.

A la mía se la llevaron con las más pequeñas. Se la llevaron sin que ella resistiera. Se la llevaron..... ¿sabes tú lo que esa frase significa? Antes y desde hace poco, sólo en casa andaba sola..... en casa, esto es, en mis dominios. Desde aquel momento ya se iba con otras, sin echarnos de menos á la mamá y á mí; ya no nos pertenecía tanto como la víspera; ya no eran nuestras manos su apoyo único; ya su voluntad, acurrucada antes, entreabría las alas. Del coro infantil se alzó el canto balbuciente, parecido á una letanía de amor, oída desde lejos. La ví á ella bajar con algún trabajo de la banca y dirigirse paso á paso, todavía vacilante, con su ramo de flores, á las gradas del altar. Alzándome sobre las puntas de los pies, procuraba no perderla de vista, con miedo de que cayera, temeroso de que llorara; y no cayó ni lloró, ni volvió la vista á vernos; la acariciaban, la sonreían, preguntábanla su nombre, y esas sonrisas, oreaban mi espíritu, como hálitos de cariños desconocidos á los que nunca volveré á encontrar.

Se iba; pero se iba con la Virgen, con el ideal del amor, con el ideal del dolor vestido de esperanza. A ella, á María, sí se la dejaba sin temores, porque estaba cierto de que iba á devolvérmela, y si no á mí, á la madre, porque madre fué ella. Algo como agua lustral caía de mi ser. Sí, vuelca, hija, tu canastillo de botones blancos en las gradas del altar: díle á la Virgen que ponga, por vela, una ala de angel en la barca de tu vida; pídele la pureza que es la santa ignorancia del placer doloroso..... mas qué ¿vas á pedirla, si sabes nada más pedir juguetes y la palabra vida no cristaliza todavía en tu entendimiento, ni, preguntona, ha salido de tus labios?

Después, la ví volver. Los azahares temblaban en sus rizos rubios: parecía una novia. Llevaba de la mano á otra niña, más bajita de estatura: parecía una mamá.

Estas dos palabras: novia..... mamá..... dichas interiormente, despertaron en los ecos profundos de mi espíritu no se qué rumores pavorosos. Hay otro vestido blanco, tal como éste de

ofrecer flores, acaso más lujoso, más rico en nubes de encaje, traje de resonante y larga cauda. Hay otros azahares que no brincan de gusto en las móviles cabecitas de las niñas, sino que están quietos y rígidos en la cabellera de la desposada. Ese vestido aguardará en el canapé, cuando llegue una mañana triste del mañana.

Ahora, ese vestido blanco, esos azahares yo se los dí, son míos, porque ella es mía. Pero..... el otro, los otros, serán de alguien á quien no conozco, de alguien que vendrá, con más poder que yo, á arrancármela, porque la humanidad se perpetúa por ineludible ley de ingratitud. Y entonces, esa barca no volverá á la orilla en donde estoy, tras una breve travesía en el lago quieto; se perderá en el alta mar de la vida, sin que puedan ampararla, sin que, á nado, me sea posible darle alcance. ¿Cómo, en qué tono, brotará entonces de esos labios la palabra VIDA? En esa mar surge la bruma; allí lo Desconocido humano dice en voz alta su recóndito secreto; allí sólo cuando el dolor exasperado grita, el padre oye..... el pobre padre que desde lejos adivina y calla.

Cuando se siente esa angustia moral, vuélvese el espíritu á la Virgen, diciéndole: abre los ojos para que haya luz. Te lleva flores: como tú tienes tantas, guarda, las que te ofrece, para ella.—Y yo no sé si porque la luz de los cirios inflama los ojos, se nos saltan algunas lágrimas que el calor ó el orgullo varonil evaporan.

¿Verdad que el vestido blanco es sugestivo? Ser novia..... ser mamá... pedir deveras á la Virgen..... saber lo que es la vida..... ¡ya el traje blanco se vistió de luto!

Y hay otro traje blanco..... ¡ah, no, jamás,..... no hay otro traje blanco!

Mi amigo, el místico á lo Verlaine y á lo Rod, había dado el último sorbo del ópalo verde que da el sueño y la muerte.

CRÓNICA DE MIL COLORES.

I

Hubo una vez una jovencita en un pueblo, tan bonita que daba gusto verla! La belleza de la mozuela traía locas á la madre y á la abuela; la abuela desempeñaba el destino de ama de llaves en el castillo de Saint-Loup.

La muchacha no era más ni menos sencilla que sus compañeras; lo que sucedía era que desde un viaje, que hizo á París con su abuela se había aprovechado tanto, que imitando el «chic» de las parisienses, pasaba por la más graciosa é interesante de su pueblo.

¿Qué pasó con este viaje á la capital del mundo civilizado?

Nada digno de referirse. La abuela lo había emprendido para ir á recoger un legado de algunos centenares de escudos, que se disiparon como el humo en la compra de golosinas y adornos para uso de la nietecita, que había querido ensayar sus dientes de pequeñuela en el gran arte de engullir herencias.

II

A los trece años, nuestra heroína ya no era una niña; tenía el talle fino y bien formado, el seno blanco, los ojos grandes y negros, y las manos blancas y pequeñitas.

Era coqueta,
Maliciosa,
Provocativa,
Voluntariosa,
Vanidosa,
Glotona,
Caprichosa,
Curiosa,
E hipócrita:

Reunía, en suma, todas las cualidades que son necesarias á una joven hecha ya y derecha.

En el estío, para precaverse del aire que raja el cutis, y del sol que lo quema, tenía la costumbre de usar un pequeño paño de sol, de lana.

En invierno usaba el mismo paño de sol, comprendiendo con su naciente coquetería que le estaba muy bien.

A la costumbre de usar ese tocado un poco extravagante debía el sobrenombre con que era conocida, más bien que á su semejanza con la Caperucita encarnada, que el malvado lobo se encontró tan confiada, como tierna y suculenta.

III

Un día, su madre, que había hecho cocer galletas, le dijo:

«Vé á ver al castillo cómo está tu abuelita, pues me han asegurado que está enferma, y le entregas de mi parte esta galleta y este botecito de mantequilla.»

La jovencita, que no deseaba, ni tenía otra ilusión que la de correr á través de los campos y sembrados, tomó el botecito de mantequilla en la mano derecha, puso la galleta bajo su brazo izquierdo, y se lanzó al campo ligera como una mariposa que ensaya sus nacientes alas.

Tenía quince años, edad dichosa en que el alma se entrega al amor como la flor á los rayos del sol, y no sabía conjugar el verbo amar tal como nos lo enseñan los gramáticos.

Pero en cambio tenía en los dedos de la mano, sin haberlo aprendido, el arte tan complicado de la teneduría de libros por partida doble, según los métodos antiguos y modernos.

El Debe y el Haber no tenían dificultades ocultas para ella.

Capital!
Interés!
En Caja!

eran las solas palabras que contenía su diccionario.

Interin que sus pequeñas compañeras decían: Yo te amo! á todo lo que respira, al pájaro que pasa y al enamorado que se detiene, ella decía: Si, como lo espero, á los veinte años he puesto en caja un millón, los intereses capitalizados me darán bien pronto dos; y cuando tenga tres, pensaré en que soy jóven.

Ved el secreto de esta anomalía:

Las buenas hadas que presidieron el nacimiento de nuestra heroína, habían llevado el colmo de sus favores hasta privarla de ese órgano de lujo, que se llama corazón y que es la causa primitiva de todos los males y todas las penas humanas.

IV

En una de sus correrías, la Caperucita color de rosa, se encon-

tró una mañana al hijo único del viejo barón de Saint Loup, en compañía de su preceptor.

Las miradas de ambos jóvenes se cruzaron como un doble fuego de artillería.

La aldeanita no bajó la vista ante este encuentro. Por el contrario miró fijamente al caballero Avenant de Sain-Loup y le sonrió enseñando sus hermosos dientes:

«Buenos días, monseñor!»

El joven se ruborizó como hubiera debido hacerlo la aldeanita, y balbutió un:

«¡Buenos días, señorita,» apenas perceptible.

El caballero Avenat tenía veinte años ya cumplidos, una figura simpática, ojos azules como el azul del cielo y cabellos rubios como los de Apolo; pero su inteligencia no correspondía á las cualidades antes dichas; era un poco simplón por no decir una palabra algo más dura á propósito de tan amable caballero.

—¡Hé aquí un guapo mozo, díjose á sí misma la Caperucita color de rosa, después del primer encuentro. Pronto lo engulliré y haré que me ame hasta el delirio, ó más bien haré que se case conmigo, lo que viene á ser lo mismo.

Ya lo tengo guardado aquí y acá, añadió ella tocándose la frente y el lugar en que los demás tienen el corazón; día vendrá en que llegué á ser la mujer del hijo de mi señor.

A pesar de la revolución que cree torpemente haber abolido para siempre los títulos y señoríos, el hombre que habita el castillo ó la mejor casa de campo de una aldea, es siempre el señor á los ojos de los paisanos, que se creerían deshonrados si no pudieran dar este nombre á alguien, aunque fuese este alguien un pillo enriquecido en el presidio ó un boticario retirado.

V

Dos montañas no se encuentran, dice la sabiduría de las naciones, pero dos jóvenes sí se encuentran; sobre todo, cuando no tienen más deseo que el de encontrarse.

La Caperucita color de rosa siguió encontrándose varias veces, en el camino, á Avenaut, por casualidad algo prevista y arreglada de antemano.

El jovencito se ruborizaba aún, pero se ruborizaba menos; pronto dejó de ruborizarse; llegó á articular palabras casi inteligibles. después frases muy claras. En fin, un día, día tres veces dichoso, se atrevió á tomar la mano de la aldeanita y llevarla con galantería á sus labios.

Desde ese momento las citas se sucedieron sin interrupción, y la astuta muchachuela, queriendo precipitar el desenlace que había

soñado, preparó su red con maquiavelismo digno del difunto Lovelace, que jamás ha existido.

VI

Partió, pués, para el castillo con su galleta y su botecito de mantequilla.

Interin consideró que su madre podía verla, siguió el camino real con paso menudito, tal como una persona razonable debe andar sobre el piso cuidado por el señor prefecto; pero al primer recodo del camino cambió bruscamente el rumbo y á todo correr tomó por una vereda que conducía directamente al parque del castillo de Saint-Loup, lugar en donde estaba segura de encontrar al caballero Avenant. Había apenas comenzado su loca carrera, cuando de repente se encontró frente á frente con el viejo de Saint-Loup, que volvía de caza.

—A dónde vais tan de prisa hermosa niña? le dijo tomándole las dos manos.

—Voy al castillo, señor barón, voy entregar esta galleta y este botecito de mantequilla á mi abuelita, respondió la Caperucita color de rosa, bajando los ojos con mucha humildad y candidez.

—Si vas al castillo iremos juntos, pequeñuela; é incontinente trató de darla un beso.

—Imposible, dijo la aldeanita, salvándose con la ligereza de una cervatilla espantada; yo no voy por el mismo camino que el señor barón.

—Qué importa eso, tu camino será el mío.

—¿De veras? pues el mío no será el vuestro; mi madre me ha recomendado mucho que evite la compañía de los hombres, y sobre todo la de los lobos.

—Cruel niña, según eso, tú no quieres amarme.

—¿Que no os amo, señor barón? todo lo contrario, os estimo y os venero.

—¿Quién diablos te pide tu veneración? exclamó el barón enojado, ¿acaso soy yo un vejancón de ciento y siete años? Ah! si quisieras escucharme un rato..... nada más que un rato, yo haría por agradarte.

—¿De veras?

—A fe de gentil hombre! Haz la prueba inmediatamente.

—Pues bien, llevad mi galleta y mi botecito al castillo. Depositadlo en el despacho, de donde yo lo tomaré y os quedaré reconocida.

Te los llevaré y más tarde te diré como entiendo yo el reconocimiento. ¿Cuándo te volveré yo á ver, mascarita?

—Probablemente mañana temprano..... porque ya es bastante

tarde, y tendré que quedarme en el castillo con mi abuelita. Hasta otra vista, señor barón; y volvió á emprender su carrera.

—Ah! si tú quisieras, si tu quisieras..... gentil caperucita color de rosa, díjole de nuevo el viejo barón de Saint-Loup corriendo y cojeando tras de ella.

—Sí, sí, está bueno, ya conozco vuestro refrán, me lo habeis dicho más de una vez.

—«Te amaré mucho.»

La aldeanita seguia corriendo.

—«Te haré rica.»

La aldeanita seguia corriendo.

—«Te haré feliz»

La aldeanita seguia corriendo.

—Te haré baronesa de Saint Loup.»

La aldeanita se detuvo de repente.

«¡Baronesa!» ¿ha dicho baronesa? se preguntaba á sí misma, haciéndose todo oídos para volverlo á oir, pero inútilmente, porque el pobre señor de Saint Loup, no pudiendo más con la carrera, cayó rodando sobre el césped.

Bah! Bah! se dijo ella; pues, no soy buena tonta de preocuparme con las declaraciones de este viejo loco! Casándome con su hijo llegaré también á ser baronesa, y mi marido será joven, hermoso y tonto, tres grandes cualidades para un marido! Vete, vete, viejo feo, no has de ser tú quien se engulla á la chicuela; la chicuela, por el contrario, será quien se engulla á tu lobezno, que en verdad es guapo mozo.

VII

Al cabo de un cuarto de hora de carrera la aldeanita llegó y se entró furtivamente en el parque del castillo de Saint Loup.

—¿Qué sucedé? díjole al joven Avenant, á quien encontró sentado sobre un banco de granito musgoso, con semblante triste y abatido, ¿qué os ha acontecido, mi hermoso caballero?

—La más grande de las desgracias.

—Os comprendo: habeis hablado de nuestro casamiento al barón y ha rehusado dar su consentimiento.

—Es la verdad.

—Me lo esperaba. Pero es igual, Avenant habeis dado una prueba de valor; y estoy contenta de vos en prueba de ello, venidme á besar en ambas mejillas como recompensa.

El joven obedeció con los ojos bajos.

Ahora, sentaos á mi lado, y hablemos seriamente, pero antes de todo dadme vuestro pañuelo, para que enjugue el sudor que corre por vuestra frente. Pobre niño! aún no os acostumbrais á las luchas de la vida! Mirad cómo vuestros hermosos ojos están rojos. Habeis llorado, y vuestros rubios cabellos están pegados á las sienes, como si hubierais tomado un baño. Angel querido, no tembleis así: ¿acaso no estoy cerca de vos para defender nuestra felicidad? añadió ella tomando un tonito protector y volviéndose á poner el paño de sol, que se había quitado para que Avenant, pudiese con más facilidad besarla.

—Ahora volveos al castillo, y arreglad vuestras maletas de viaje.

—¿Para qué? dijo Avenant, mirando á la Caperucita color de rosa, con aire sorprendido.

—¿Cómo para qué? No habeis, pues, comprendido inocente niño, que como consecuencia de vuestra necia confesión el señor barón va á mandar espiaros?

—¡Es muy posible!

—Y ya no nos volveremos á ver

—¡Cielos!

—Y que si nos sorprende juntos, os encerrará en vuestro cuarto.

—Es muy probable!

—Y vuestra Caperucita color de rosa morirá de pesar lejos de su amado.

—¡Jesús María!

—Tranquilizaos, le dijo ella riendo á carcajadas, ya he encontrado remedio á nuestros males. Esta tarde os robo; es decir vos me robais y partimos para Paris: allá encontraremos dinero en el bolsillo de los agiotistas, de personas de quienes diremos mucho malo después de que nos hayan servido; yo sé perfectamente como se hace todo ésto. Vos firmareis libranzas con fechas imaginarias, pagaderas al año, Vamos, miedocillo, consolaos y sonreidme, que os vea vuestros lindos dientes más blancos que la leche de mi hermosa vaca negra.

—Pero cómo pagaré dentro de un año!

—¿Es menester deciroslo? No sereis mayor de edad dentro de seis meses?

—Sí,

Pues bien, vendereis vuestros sembrados.

—Son de mi papá.....

—O vuestras hermosas granjas.

—Son también de papá.

—O vuestros lindos bosques

—Son también de papá.

—O vuestro gran castillo

—Es de papá.

—Según eso todo es de vuestro papá? dijo la Caperucita color de rosa, levantándose súbitamente.

—Sí. Mi madre era pobre, toda nuestra fortuna pertenece á pa-

pá: pero mis dientes, mis cabellos, mis ojos y mi sonrisa que tanto amais me pertenecen.

—Esto sólo me faltaba, reflexionó la joven, fracasó mi negocio.

—Sin embargo, tranquilizaos, dijo Avenant, que con todo y su inocencia había notado el desconsuelo de su amada; he encontrado un medio infalible de conciliarlo todo, y de que al fin y al cabo me conceda mi padre la razón.

—Veamos ese medio, dijo la pequeñuela, creyendo por un instante que Avenant era menos imbécil de lo que se había imaginado.

—Partiremos juntos é inmediatamente como lo deseais: nos amaremos con ternura, trabajaremos para poder vivir. Nos casaremos cuando las leyes quieran permitírnoslo, y cuando ya tengamos media docena de chiquitos, ellos irán á arrojarse á los piés de su abuelito, que nos perdonará, tan pronto como sepa lo mucho que hemos sufrido.

- ¿Ese es vuestro proyecto? Y créis señor, que sea yo una muchacha capaz de desviar á un joven de sus deberes? os equivocais, adios—y volvióle la espalda al pobre Avenant, que se quedó lelo y aturdido con tan inesperada fuga.

E iba diciendo la Caperucita color de rosa: el barón es viejo y feo, pero rico y me adora. Pues..... en lugar del lobezno engulliréme al lobo. Es más duro, es cierto, pero al fin tengo buenos dientes.....

La joven apresuró el paso, por que la noche comenzaba ya á sombrear la tierra; no se distinguía más que una que otra luz en el castillo, y los grandes álamos movidos por el viento, parecía que saludaban á su paso á la futura propietaria del dominio.

VIII.

Después de poner en punta sus huesos de setenta y dos años, el barón exclamo:

"Por el blasón de mis padres que me ahorquen, ni más ni menos como á un villano, si no estoy yo perdidamente enamorado de esa deliciosa Caperucita color de rosa, y si se la dejo al bonachón de mi hijo que aun no está en edad de poder apreciar bocado tan sasabroso ¡Y qué! yo que tengo algo de Richelieu en el ojo derecho y algo de Lauzun en la nariz izquierda, no lograré al cabo triunfar de una aldeanita? Eso lo veremos, por la sangre azul que circula en mis venas! Las revoluciones habrán podido abolir los privilegios; pero no bastardear las razas! Yo soy lo que eran mis abuelos; valgo lo que mis antepasados. Mi tatarabuelo «messiere le Loup» se engulló á Caperucita. Yo engulliré á la mía. La de mi tatarabuelo era encarnada, la mía será color de rosa; que al fin el color no importa nada. De lo que se trata es de hacer una jugarreta,

una jugarreta á mi manera, una jugarreta á estilo de la «regencia.»

Y el barón se puso á escarbar los recuerdos de su juventud.

"A fe mía, díjose, después de haber reflexionado maduramente, que las viejas astucias son siempre las mejores, por la sencilla razón de que ya han servido muchas veces—Esta noche me introduciré en la habitación de mi ama de llaves, alejaré con cualquier pretexto á la anciana, y cuando la Caperucita llegue, veremos!

IX.

Entre tanto que el viejo barón absorto en sus sus ideas anacreónticas volvía al castillo ligero, como un joven de quince años, la Caperucita color de rosa tocaba á la puerta de su abuela.

.....Toc, toc!.....

—"Quién es"

—"Soy vuestra nieta"

La buena abuela, que estaba acostada porque se hallaba enferma le grita desde la cama:

—"Tira del cordoncillo de la tranca y la puerta se abrirá."

La joven tiró del cordoncillo y la puerta se abrió.

Al entrar se echó en brazos de su abuela, se la comió á besos, y le contó yo no sé qué enredo.

Lo único que sí puedo decir, es, que la anciana se vistió á toda prisa, y siguió á su nieta sin vacilar hasta detrás del patio, donde fué encerrada con tres vueltas de llave, por la cruel niña, sin tener piedad de su edad venerable, ni respeto á su sagrado título de abuela.

"Si no se me ha olvidado la historia de la Caperucita encarnada de quien desciendo directamente, iba reflexionando la aldeanita mientras llegaba al cuarto de su abuela, cuarto que hacía veces también de comedor y sala, el lobo vendrá á querer engañar á la anciana, y se encontrará ya todo arreglado. Le disgustará?

—"No lo creo.

—"Entre tanto, arreglemos la mesa; se goza mejor de la conversación cenando."

Apenas había puesto el mantel sobre una mesa vieja y coja, cuando tocaron á la puerta.

Toc, toc!

"Quién es?

El barón de Sait-Loup, que quería entrar por astucia á un lugar al que podía presentarse como señor y dueño, respondió:

—"Vuestra nietecita me encargó que os entregase una galleta y un botecito de mantequilla que os envía su mamá."

La Caperucita color de rosa le respondió engruesando la voz:

—"Tirad del cordoncillo de la tranca y la puerta se abrirá."

El viejo barón tiró del cordoncillo y la puerta se abrió.

La joven, al verlo entrar, lanzó una larga y sonora carcajada.

—"Sentaos, señor barón, y cenemos mientras viene mi abuelita, que fué al bosque vecino para ver si las crías de cabras marchan bien."

El barón se sentó.

Y la cena fué alegre.

Y la muchacha no se engulló al lobo. la primera noche; pero fina como el ámbar, no le permitió tampoco engullir nada.

Sin embargo, no llegó su severidad hasta el grado de desesperarlo; le concedió un poquito, muy poquito lo bastante para hacerse desear más.

X.

Al día siguiente, el viejo barón instaló á la Caperucita en una linda casa situada á dos tiros de arcabuz del castillo, en donde vive como una princesa de las "Mil y una noches."

Se ha engullido ya las granjas, los bosques y los prados; aun no se engulle la baronía, pero llegará á conseguirlo, por medio de este paso lento y seguro que de nadie es conocido, mas que de la mujer y la tortuga

El barón la acaricia desde la mano hasta el codo, pero cuando le acontece querer pasar de ese punto; ella le repele con la punta de su abanico, diciéndole con graciosa sonrisa:

—"Deseo ser baronesa de Saint-Loup!"

Veinte veces por hora y cien por día, el barón oye resonar á su oído, como un toque fúnebre, estas eternas palabras.

—"Deseo ser baronesa de Saint-Loup!

Al fin llega el día en que más enamorado y repelido que nunca cae el barón á sus piés y exclama:

—Dentro de ocho días sereis baronesa de Saint-Loup.

XI.

Las más hábiles costureras de Paris fueron llamadas para arreglar los vestidos de la señorita que bien pronto será señora.

Todo el pueblo entra en movimiento.

Solo el caballero Avenant falta á la fiesta.

La astuta aldeanita, juzgando que un día ú otro, ese joven podría servir de obstáculo á su ambición, ha logrado que su padre lo envié á viajar para ver mundo y completar su educación. A estas horas, se encuentra en Palestina, lugar en que sus abuelos se cubrieron de gloria, allá por el año de 1160.

XII.

El día señalado para que se efectuasen estas felices bodas, desde el amanecer, la futura baronesa ya vestida, con corsé y de guantes, está lista para la ceremonia y envía á avisar al Sr. Alcalde y al Sr. Cura.

A medio día vienen á anunciarle que todos están dispuestos y que sólo al novio esperan.

Corre ella al cuarto del barón, toca y nadie le contesta. Entra... nada.—Le llama..... nada.—Corre más muerta que viva, hacia el lecho del barón, descorre violentamente las cortinas..... y ve!—Al viejo señor de Saint-Loup que dejó de existir súbitamente.

"Vaya, vaya, murmura en voz baja sin pestañear siquiera; esto es lo que se llama nadar, nadar y á la orilla ahogar, felizmente me queda por engullir el muchachuelo!" E incontinente, en el mismo cuarto del difunto, escribe la siguiente carta:

"Mi querido Avenant:

"Venid, vuestro querido padre ha muerto, y vuestra Caperuci-"ta color de rosa, que os ama con ternura, os espera para conduci-"ros al altar."

XIII.

Avenant regresa por la posta; llega con bigotes grandes y engomados, más fuerte que cuando partió á la Palestina, pero ni siquiera con la mitad de la astucia de una joven de diez y seis años.

—"Querido Avenant, le dice ella al verlo, arrojándose á su cuello, cómo os he llorado! pero ya que estais aquí olvidemos todo.

—Ah! Caperucita color de rosa, qué voz tan dulce!

—Es para que te agrade, hermoso mío.

—Qué brazos tan hermosos son los tuyos!

—Es para abrazarte mejor.

—¡Qué grandes son tus ojos!

—Es para verte mejor, cielito mío.

—¡Qué blancos y menudos son tus dientes .. .. ..

—Es para morderte mejor, hermoso mío.

Y Tanto lo mordió y con tan buenos modos que al fin llegó á ser baronesa de Saint-Loup.

MORALEJA.

El autor de quien tomo esta leyenda agrega para concluir:

Si no os habeis burlado de mi cuento, queridos y honrados lectores debeis convenir conmigo en que los tiempos, las jóvenes y los hombres han cambiado mucho! Hoy ya no es un lobo quien se engulle á la chicuela; la chicuela es quien se engulle al lobo.

HISTORIA DE UN PESO FALSO.

¡Parecía bueno! ¡Limpio, muy cepilladito, con su águila, á guisa de alfiler de corbata, y caminando siempre por el lado de la sombra, para dejar al sol la otra acera! No tenía mala cara el muy bellaco y el que sólo de vista lo hubiera conocido no habría vacilado en fiarle cuatro pesetas. Pero..... crean Udes. en las canas blancas y en la plata que brilla! Aquel peso era un peso teñido: su cabello era castaño, de cobre, y él por coquetería, porque le dijeran «es Ud. muy Luis XVI» se lo había enpolvado.

Por supuesto, era de padres desconocidos. ¡Estos pobrecitos pesos siempre son expósitos! A mí me inspiran mucha lástima y de buen grado los recogería; pero mi casa, es decir, la casa de ellos, el bolsillo de mi chaleco, está vacío, desamueblado, lleno de aire y por eso no puedo recibirlos. Cuando alguno me cae, procuro colocarlo en una cantina, en una tienda, en la contaduría del teatro; pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso.

No pasó lo mismo, sin embargo, con aquel de la buena facha, de la sonrisa bonachona y del águila que parecía de verdad. Yo no sé en donde me lo dieron; pero sí estoy cierto de cual es la casa de comercio en donde tuve la fortuna de colocarlo, gracias al buen corazón y á la mala vista del respetable comerciante cuyo nombre callo por no ofender la cristiana modestia de tan excelente sujeto y por aquello de que hasta la mano izquierda debe ignorar el bien que hizo la derecha.

Ello es que, como un beneficio no se pierde nunca, y como Dios recompensa á los caritativos, el generoso padre putativo de mi peso falso no tardó mucho en hallar á otro caballero que consintiera en hacerse cargo de la criatura. Cuentan las malas lenguas que

este rasgo filantrópico no fué del todo puro; parece que el nuevo protector de mi peso (y téngase entendido que el comerciante á quien yo encomendé la crianza y educación del pobre expósito, era un cantinero) no se dió cuenta exacta de que iba á hacer una obra de misericordia, en razón de que repetidas libaciones habían obscurecido un tanto cuanto su vista y entorpecido su tacto. Pero, sea porque aquel hombre poseía un noble corazón, sea por que el cognac predispone á la benevolencia, el caso es que mi hombre recibió el peso falso, no con los brazos abiertos, pero sí tendiéndole la diestra. Dió un billete de á cinco duros, devolvióle cuatro el cantinero, y entre esos cuatro, como amigo pobre en compañía de ricos, iba mi peso.

Pero ¡vean Uds. como los pobres somos buenos y como Dios nos ha adornado con la virtud de los perros: la fidelidad! Los cuatro capitalistas, los cuatro pesos de plata, los aristócratas siguieron de parranda. ¡Es indudable que la aristocracia está muy corrompida! Este se quedó en una cantina; ese, en la Concordia, aquél en la contaduría del teatro..... ¡Solo el peso falso, el pobretón, el de la clase media, el que no era centavo ni tampoco persona decente, siguió acompañando á su generoso protector como Cordelia acompañó al rey Lear. En la Concordia fué donde lo conocieron; allí le echaron en cara su pobreza y no le quisieron fiar ni servir nada. La última moneda buena se escapó entonces con el mozo, (no es nuevo que una señorita bien nacida se fugue con algún pinche de cocina) y allí quedó el pobre peso, el que no tenía ni un real, pero sí un corazón que no estaba todavía metalizado, acompañando al amparador de su orfandad, en la tristeza, en el abandono, en la miseria!..... ¡Lo mismo que Cordelia al lado del rey Lear!

¡Deveras enternecen estos pesos falsos! Mientras los llamados buenos, los de alta alcurnia, los nacidos en la opulenta casa de Moneda, llevan mala vida y van pasando de mano en mano como los periodistas venales, como los políticos tránsfugas, como las mujeres coquetas; mientras estos viciosos impenitentes trasnochan en las fondas, compran la virtud de las doncellas y desdeñan al menesteroso para irse con los ricos: el peso falso busca al pobre, y no lo abandona á pesar del mal trato que éste le da siempre; no sale; se está en su casa encerradito; no compra nada; y espera, como solo premio de virtudes tan excelsas, el martirio; la ingratitud del hombre; ser aprehendido, en fin de cuentas, por el gendarme sin entrañas ó morir clavado en la madera de algún mostrador como murió San Dimas en la cruz. ¡Pobres pesos falsos! A mí me parten el alma cuando los veo en manos de otros.

El de mi cuento, sin embargo, había empezado bien su vida. ¡Dios lo protegía por guapo, sí, por bueno, á pesar de que no cre-

yera el escéptico mesero de la Concordia en tal bondad; por sencillo por inocente, por honrado A mí no me robó nada; al cantinero tampoco, y al caballero que le sacó de la cantina, en donde no estaba á gusto por que los pesos falsos son muy sobrios, le recompensó la buena obra; dándole una hermosa ilusión; la ilusión de que contaba con un peso todavía.

Y no sólo hizo eso..... ¡ya verán ustedes todo lo que hizo!

El caballero se quedó en la fonda meditabundo y triste, ante la taza de te, la copa de Burdeos, ya sin Burdeos, y el mesero que estaba parado enfrente de él como un signo de interrogación. Aquella situación no podía prolongarse. Cuando está álguien á solas con una inocente moneda falsa, se avergüenza como si estuviera con una mujer perdida; quiere que no lo vean, pasar de incógnito, que ningún amigo lo sorprenda ..... Por que serán muy buenas las monedas falsas..... ¡pero la gente no lo quiere creer!

Yo mismo, en las primeras líneas de este cuento, cuando aun no había encontrado un padre putativo para el peso falso, lo llamé bellaco. ¡Tan imperioso es el poder del vulgo!

Todavía al caballero, en un momento de mal humor que no disculpo en él, pero que en mí habría disculpado, luego que quitaron los manteles de la mesa, golpeó el peso contra el mármol como diciéndole; ¡A ver, malvado, si deveras no tienes corazón!—¡Y vaya si tenía corazón! lo que no tenía el infeliz era dinero! .....

El caballero quedó meditabundo por largo rato. ¿Quién le había dado aquél peso? Los recuerdos andaban todavía por su memoria, como indecisos, como distraídos, como soñolientos. Pero no cabía duda: el peso era falso! Y lo que es peor, era el último!

Su dueño, entonces, se puso á hacer, no para uso propio, todo un tratado de moral.

—La verdad es—se decía—que yo soy un badulaque. Esta tarde recibí en la oficina un billete de á veinte. Me parece estarlo viendo ..... *Londres-México* ..... el águila ..... Don Benito Juárez..... y una cara de perro. ¿A dónde está el billete?

En los zarzales de la vida deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana; el hombre su virtud!

Y lo malo es que mi mujer esperaba esos veinte. Yo iba á darle quince..... pero ¿de dónde cojo ahora esos quince?

El caballero volvió á arrojar con ira el peso falso sobre el mármol de la mesa. ¡Por poco no se le rompió al infortunado el águila, el alfiler de la corbata! La única ventaja con que cuentan los pesos falsos es la de que no podemos estrellarlos contra una esquina.

¡A la calle La Esmeralda, que ya no bailasobre tapiz oriental ni toca donairosamente su pandero; la pobre Esmeralda que está ahora empleada en la esquina de Plateros y que, como los antiguos *serenos*, dá las horas, mostró á nuestro héroe su reloj iluminado: eran las doce de la noche.

A tal hora, no hay dinero en la calle. ¡Y era preciso volver á casa!

—Le daré á mi mujer el peso falso para el desayuno, y mañana..... veremos! Pero no! Ella los suena en el buró y así es seguro que no me escapo de la riña. ¡Maldita suerte.....!

El pobre peso sufría en silencio los insultos y araños de su padre putativo, escondido en lo más obscuro del bolsillo. Solo, tristemente solo!

El caballero pasó frente á un garito. ¿Entraría? Puede ser que estuviera en él algún amigo. Además, allí lo conocían..... hasta le cobraban de cuando en cuando sus quincenas..... Cuando menos podrían abrirle crédito por cinco duros..... Volvió la vista atrás y entró de prisa como quien se arroja á la alberca.

El amigo cajero no estaba de guardia aquella noche; pero probablemente volvería á la una. El caballero se paró junto á la mesa de la ruleta. No sé qué encanto tiene esa bolita de marfil que corre, brinca, rie y dá ó quita dinero; pero ¡es tan chiquitina! ¡es tan mona! ¡Se parece á Luisa Theo! Los pesos en columnas, se apercibían á la batalla formada en los casilleros del tapete verde. ¡Y estaba cierto nuestro hombre de que iba á salir el 32! ¡Lo había visto! ¿Pondría el peso falso.....? La verdad es que aquello no era muy correcto..... Pero, al cabo, en esa casa lo conocían ..... y.....¡cómo habían de sospechar!

Con la mano algo trémula, abrió la cartera como buscando algún billete de banco, (que, por supuesto no estaba en casa) volvió á cerrarla, sacó el peso, y resueltamente, con ademán de gran señor, lo puso al 32. El corazón le saltaba más que la bola de marfil en la ruleta. Pero, vean ustedes lo que son las cosas! Los buenos mozos tienen mucho adelantado..... Hay hombres que llegan á ministros extranjeros, á ricos, á poetas, á sabios, nada más porque son buenos mozos. Y el peso aquel—ya lo había dicho—era todo un buen mozo ..... un buen mozo bien vestido.

—¡TREINTA Y DOS COLORADO!

La bola de marfil y el corazón del jugador se pararon, como el reloj cuya rueda se rompe. ¡Había ganado! Pero..... ¿ y si lo conocían.....? ¡No á él.....al otro.....al falso!

Nuestro amigo (porque ya debe de ser amigo nuestro este hijo mimado de la dicha) tuvo un rasgo de genio. Recogió su peso desdeñosamente y dijo al que regenteaba la ruleta:

—Quiero en papel los otros treinta y cinco.

¡No lo habían tocado!.....No lo habían conocido.... ! Pagó el *monte*. Uno de veinte..... ¡uno de diez..... y otro color de cho-

colate, con la figura de una mujer en camisón y que está descansando de leer, separada por estas dos palabras: *Cinco pesos*, del retrato de una muchacha muy linda, á quien el mal gusto del grabador le puso un águila y una víbora en el pecho. El de á diez y el color de chocolate eran para la señora que suena los pesos en la tapa del buró. El de á veinte, el de Juárez el patriótico, era para nuestro amigo..... era el que al día siguiente se convertiría en copas, en costilla á la milanesa, y, por remate, en un triste y desconsolado peso falso!

¡Qué afortunados son los pesos falsos y los hombres pícaros!

Los que estaban alrededor del tapete verde hacían lado al dichoso *punto* para que entrase en el ruedo y se sentara. Pero, dicho sea en honra de nuestro buen amigo, él fué prudente, tuvo fuerza de ánimo, y volvió la espalda á la traidora mesa. Volvería, sí, volvería á dejar en ella su futura quincena: ó propiamente hablando, el futuro imperfecto de su quincena, pero lo que es en aquella noche se entregaba á las delicias y los pellizcos del hogar.

Cuando se sintió en la calle con su honrado, su generoso peso falso, que había sido tan bueno; y con el retrato de Juárez, con el busto de un perro, y con el grabado que representa á una señora en camisón, rebosaba alegría nuestro querido amigo. Ya era tan bueno como el peso falso, aquel honrado é inteligente caballero. Habría prestado un duro á cualquier amigo pobre; habría repartido algunos reales entre los pordioseros; caminando aprisa, aprisa por las calles, pensaba en su pobrecita mujer, que es tan buena persona y que lo estaría esperando....., para que le diera el gasto.

Puis, l'epoux volage
Rentrant au logis,
Pour paraître sage
Prend des airs coupts.
Il pense á sa femme
—Seule dans son lit—
Et de chez madame
Un galan s'enfuit.....!
Voici l'aube vermeille.
Etc.

Esto cantan en una opereta que se estrenó en París á fines del mes pasado y que se llama *El Huevo rojo*; pero esto no lo tarareaba siquiera nuestro predilecto amigo, porque no lo sabía.

Al torcer una esquina, tropezó con cierto muchachito que voceaba periódicos y á quien llamaban el *inglés*. Y parecía inglés, en verdad, porque era muy blanco, muy rubio y hasta habría sido bonito con no ser tan pobre. Por supuesto, no conocía á su padre.....era uno de tantos pesos falsos humanos, de esos que circulan subrepticiamente por el mundo y que ninguno sabe en dónde fueron acuñados. Pero á la madre, ¡si la conocía! Los demás decían que era mala. Él creía que era buena. Le pegaba. ¡Ese sería su modo de acariciar! También cuando no se come, es imposible estar de buen humor. Y muchas veces aquella desgraciada no comía. Sobre todo, era la madre; lo que no se tiene más que una vez! lo que siempre vive poco; la madre que, aunque sea mala, es buena á ratos, aquella en cuya boca no suena el *tú* como un insulto... la madre, en suma..... ¡nada más la madre! Y como aquel niño tenía en las venas sangre buena—sangre colorida con vino, sangre empobrecida en las noches de orgía, pero sangre, en fin, de hombres que pensaron y sintieron hace muchos años—amaba mucho á la mamá.....y á la hermanita á la que vendía billetes...á esa que llamaban la *francesa*.

La madre, para él, era muy buena; pero le pegaba, cuando no podía llevarle el pobre una peseta. Y aquella noche—¡la del peso falso!—estaba el chiquitín, con el *Nacional*, con el *Tiempo de mañana*, pero sin un centavo en el bolsillo de su desgarrado pantalón. ¡No compraba periódicos la gente! Y no se atrevía á volver á su accesoria, no por miedo á los golpes, sino por no afligir á la mamá.

Tan pálido, tan triste lo vió el afortunado jugador, que quiso, realmente quiso, darle una limosna. Tal vez le habría comprado todos los periódicos, porque así son los jugadores cuando ganan. Pero dar cinco pesos á un perillán de esa ralea era demasiado. Y el jugador había recibido los treinta y cinco en billetes. No le quedaba mas que el peso falso.

Ocurriósele entonces una travesura: hacer bobo al muchacho.

—Toma, *inglés* para tus *hojas* con catalán, anda! Emborráchate.

¡Y allá fué el peso falso!

Y no, el muchacho no creyó que lo habrían engañado. Tenía aquel señor tan buena cara como el peso falso. ¡Qué bueno era! Si hubiera recibido esa moneda para devolver siete reales y medio, cobrando el *Nacional* ó el *Tiempo de mañana*, la habría sonado en las losas del zaguán, cuyo umbral le servía casi de lecho; habría preguntado si era bueno ó no al abarrotero que aun tenía abierta su tienda. Pero ¡de limosna! ¡Brillaba tanto en la noche! ¡Brillaba tanto para su alma hambrienta de dar algo á la mamá y á la hermanita! ¡Qué buen señor... Habría ganado un premio en la lotería!...sería muy rico! Quién sabe.....

¡Qué buen señor era el del peso falso!

Le había dicho:—Anda, vé y emborráchate!—... Pero así dicen todos.

Recogió el arrapiezo los periódicos, y corriendo como si hubie-

ra comido, como si tuviera fuerzas, fué hasta muy lejos, hasta la puerta de su casa. No le abrieron. La viejecita (la llamo viejecita, aunque aporreara á ese muchacho, porque, al cabo era infeliz, era padre, era madre) se había dormido cansada de aguardar al *inglesito*. Pero ¿qué le importaba á él dormir en la calle? ¡Si lo mismo pasaba muchas noches! ¡Y al día siguiente no lo azotarían..! Llegaba rico.....! con un peso!

¡Ay, cuántas, cuántas cosas tiene adentro un peso para el pobre!

Allí, en el zaguán, encogido como un gatito blanco, se quedó el muchacho dormido. Dormido, sí; pero apretando con los dedos de la mano derecha, que es la más segura, aquel sol, aquella águila, aquel sueño! Durmió mal, no por la dureza del colchón de piedra, no por el frío, no por el aire, porque á eso estaba acostumbrado, pero sí porque estaba muy alegre y tenía mucho miedo de que aquel pájaro de plata se volara. ¿Creerán ustedes que ese muchacho jamás había tenido un peso suyo? Pues así hay muchísimos.

Además, el *inglesito* quería soñar despierto, hablar en voz alta con sus ilusiones.

Primero, el desayuno... Bueno, un real para los tres! Pero los pesos tienen muchos centavos, y hacía tiempo que el *inglesito* tenía ganas de tomar un tamal con su *champurrado*. Bueno: real y tlaco. Quedaba muchó, mucho dinero..... No, él no diría que tenía un peso..... Aunque le daban tentaciones muy fuertes de enseñarlo, de lucirlo, de pasearlo, de sonárselo, como si fuera una sonaja, á la hermanita, de que lo viera la mamá y pensara: «Ya puedo descansar, porque mi hijo me mantiene.» Pero en viéndolo, en tomándolo, la mamá compraría un real de tequila. Y el muchacho tenía un proyecto atrevido: gastar un real, que iba á ser de tequila, en un billete. Y, sobre todo, recordaba el granuja que debían unos tlacos en la panadería, otros en la tienda..... y no era imposible que la mamá los pagara si él le diera el peso. ¡Reales menos!

No! Era más urgente comprar manta para que la hermanita se hiciera una camisa. ¡La pobrecilla se quejaba tantísimo del frío... Decididamente, á la mamá cuatro reales, un tostón.....y los otros cuatro reales para él, es decir, para el *tamal*, para el billete, para la manta.....y quién sabe para cuántas cosas más! ¡Puede ser que alcanzara hasta para ir al Circo!

¿Y si ganaba $ 300 en la lotería con ese real? ¡Trescientos pesos! ¡No se han de acabar nunca! Esos tendría el señor que le dió el peso.

....

Vino la luz, es decir, ya estaba para llegar, cuando el muchacho

se puso en pie. Barrían la calle... Pasaron unas burras con los botes de hojalata, en que de las haciendas próximas viene la leche... Luego pasaron vacas... En Santa Teresa llamaban á misa...—¡Jaletinas!—gritó una voz áspera.

El rapazuelo no quiso todavía entrar á su casa. Necesitaba cambiar el peso. Llegaría tarde, á las seis, á las siete; pero con un tostón para la madre, con manta, con un bizcocho para la francesita y con un tamal en el estómago. Iba á esperar á que abrieran cierto tendajo, en el que vendían todo lo más hermoso, todo lo más útil, todo lo más apetecible para él: velas, indianas, santos de barro, madejas de seda, cohetes, soldaditos de plomo, caramelos, pan, estampas, títeres..... ¡Cuanto se necesitaba para vivir! Y precisamente en la puerta se sentaba una mujer detrás de la olla de tamales.

Fué paso á paso, porque todavía era muy temprano. Ya había aclarado. Pasó por San Juan de Letrán. De la pensión de caballos salía una hermosa yegua con albardón de cuero amarillo y llevada de la brida por el mozo de su dueño, alemán probablemente. Frente á la imprenta del «Monitor» y casi echados en las baldosas de la acera, hombres y chiquelos doblaban los periódicos todavía húmedos. Muchos de esos chicos eran amigos de él, y el primer impulso que sintió fué el de ir á hablarles, enseñarles el peso..... Pero, ¿y si se lo quitaban? El cojo, sobre todo, el cojo era algo malo!

De modo que el pillín siguió de largo.

Ya el tendajo estaba abierto. Y lo primero, por de contado, fué el tamal... y no fué uno, fueron dos: ¡al fin estaba rico! Y tras los tamales, un bizcocho de harina y huevo, un rico bollo que sabía á gloria. Querían cobrarle adelantado; pero él enseñó el peso con majestuosa dignidad.

—Ahora que compre manta, cambiaré. Y pidió dos varas de manta; compró un granadero de barro que valía cuartilla y al que tuvo la desdicha de perder en su más temprana edad, porque al cogerlo, con la mano convulsa de emoción, se le cayó al suelo; le envolvieron la manta en un papel de estraza, y él, con orgullo, con el ademán de un soberano, arrojó por el aire el limpio peso, que al caer en el zinc del mostrador, dió un grito de franqueza, uno de esos gritos que se escapan en los melodramas, al traidor, al asesino, al verdadero delincuente. El español había oído... y atrapó al chiquitín por el pescuezo.

—¡Ladroncillo! ¡Ladrón...! ¡Vas á pagármelas!

....

¿Qué pasó? El muñeco roto, hecho pedazos, en el suelo... la india que gritaba... el gachupín estrujando al pobre chico... la madre, la hermanita, la *francesita* allá muy lejos... más lejos todavía las ilusiones... ¡y el gendarme muy cerca!

Una comisaría...un herido...un borracho...gentes que le vieron mala cara...hombres que lo acusaron de haber robado pañuelos; ¡á él que se secaba las lágrimas con la camisa! Y luego la Correccional...el jorobadito que lo enseñó á hacer malas cosas...y afuera la madre, que murió en el hospital, de diarrea alcohólica...y la hermanita, la francesa, á quien porque no vendía muchos billetes, la compraron, y á poco, la pobrecilla se murió.

¡Señor! Tú que trocaste el agua en vino: tú que hiciste santo al ladrón Dimas; ¿por qué no te dignaste convertir en bueno el peso falso de ese niño? ¿Por qué en manos del jugador fué peso bueno, y en manos del desvalido fué un delito? Tú no eres como la esperanza, como el amor, como la vida, peso falso. Tú eres bueno. Te llamas caridad. Tú que cegaste á Saulo en el camino de Damasco, ¿por qué no cegaste al español de aquella tienda?

Crónicas y Fantasías

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CRÓNICAS KALEIDOSCÓPICAS.

Allí va la griseta de ojos azules y cabello rubio; allí va, defendiéndose del viento, de la menuda lluvia y del amor. Ya dió el toque de oraciones. Los carruajes vuelven de la calzada á todo escape. Algunos jinetes, envueltos en sus mangas de hule blanco, galopan, persiguiendo con los ojos el rostro pálido ó moreno de la novia, cuya pequeña mano asoma en la portezuela del «trois quarts».

La griseta de ojos azules y cabello rubio aprieta el paso. Teme las impertinencias de los transeuntes y cierra los ojos cada vez que un relámpago rasga el obscuro seno de las nubes. Es la firma del diablo en el recibo de las almas.

Un momento..... ya se va á parar en la boca calle. Vuelve la vista en derredor para librarse de los coches y caballos y levanta su enagüilla escocesa. ¡Qué pequeño es su pie y qué restirada está su media! ¡Aprisa! ¡Aprisa! Los tacones de la rubia griseta martillean las baldosas. Si es honradita ¿por qué sale sola? Bien pudo acompañarse de otra amiga empleada en el mismo almacén. Mas, Rosa Clara,—así se llama—es orgullosa. Sus compañeras de taller visten muy mal, son feas y tienen novios artesanos. Ella pica más alto. Es hija de un oficial francés y de una señora que tuvo casa propia en otro tiempo. Con lo poco que gana y con los rasos, cintas, flores y plumas que desperdicia su ama la modista, sabe ataviarse primorosamente. Su novio—un poeta que admira á Grilo y á Selgas—dice que Rosa viste con la primavera del año pasado.

¡Aprisa! ¡Aprisa!—¿Permite Ud., que la acompañe?

—No, señor!—Y cada vez la rubia grisetita, la Mimi de un Murger sin editor, martillea más vivamente las baldosas. Llueve mucho.

***

Ved á aquel pobre viejo. No lleva paraguas. Perdió el último, empeñado en la casa de Bustillo. Sin embargo, es preciso que salga. Hace un año que va todas las noches al empeño. En su casa

no hay vela todavía y los dos niños lloran mucho porque tienen miedo al vecino que se murió dos noches antes. ¡Pobre hombre! De seguro le dá una pulmonía. Sus zapatos dan entrada al agua por cuatro ó cinco partes. Su levita no es gruesa: la lleva abotonada hasta el cuello porque no tiene chaleco. Su chistera—regalo de un amigo generoso—refleja la luz de los focos eléctricos como un espejo.

Y allí vá, desafiando la tormenta, con un gran envoltorio bajo el brazo. Lleva al empeño las colchas de su cama. Tendrá frío en la noche, es verdad; pero ¿qué importa? Con que los niños coman y no lloren, quedará satisfecho. Además: ¿para qué necesita colchas? Con poner la levita y los pantalones encima de la sábana, queda todo arreglado. Si viviera su mujer sería otra cosa; pero Dios se llevó á la pobrecita.

¡Vamos! ¡vamos! Un rayo cae y mata á cierto caballero que va muy bien arrellanado en su landó. El pobre viejo se santigua y sigue caminando: es inmortal.

***

La morenita de ojos negros que vive en aquel balconcito bajo, levanta á cada instante la cortina. ¿Por qué no viene su novio? ¿Porque llueve? ¡Bonito pretexto! Para la lluvia se inventaron los paraguas!

Tiene en las manos una novela del Sr. Pérez Escrich! ¡Pobre Sr. Pérez Escrich! Va á quedar deshojado! Cada cinco minutos la morena arranca una hoja del libro y la estruja entre sus manos. Compadezco al infeliz amigo que le prestó esa obra maestra de la literatura contemporánea! Y el caso es que el amante no aparece. La mamá llama á gritos á la niña: el chocolate está en el comedor. Pero la niña con un humor que ya..... ya..... pasa de la alcoba al balcón y del balcón á la alcoba, desgarrando á mordidas el pañuelo.

Precisamente aquella triste noche se había puesto bonita, muy bonita. Yo la veo, cuando alza la cortina; tiene una rosa blanca en el cabello y su vestido de percal almidonado, recorta admirablemente bien las graciosas curvas de su cuerpo. Si usted quisiera ¡oh impaciente señorita! yo iría con mucho gusto á consolarla. Pero usted obstinada, espera al novio que no viene y que seguramente no vendrá. Es muy tarde: no pasan por la calle más que los coches simones que regresan á la carrocería y el gendarme que se pasea tranquilamente. Ya se ha acostado la mamá. El reloj de San Diego dá las doce. Usted no quiere creerlo, señorita; pero, oiga usted las doce campanadas más agudas, que suenan en la propia sala de su casa. Parece que le dicen: «ya no esperes.» ¿Vé aquel carruaje aristocrático que viene por la esquina de la calle? Es el de una familia que fué al teatro. Ya acabó la función. Pero usted, lejos de renunciar á su esperanza, dice para sí: «Tal vez el muy infame fué á la ópera. Pero vendrá fingiendo que ha tenido mil quehaceres. No quiero hablar con él: me basta con la cólera que he hecho. Le aguardaré detras de la cortina, y si se acerca, si toca la vidriera, si me llama, podré saborear mi venganza. No quiero hablarle; quiero ver si viene».

Y pasan el tendero de la esquina, el joven que tararea la última ária de la ópera, el músico con la trompeta pistón debajo del brazo. Y dá la una. Usted, que no me escucha, cierra de golpe y con peligro de romper los vidrios, los maderos del balcón. Estoy seguro de que al verse en el espejo, mientras dejaba las horquillas y las flores en el pulido mármol de su tocador, ha dicho usted, sintiendo impulsos de llorar: «Y sin embargo: soy bonita..... soy bonita!»

***

El poeta, acurrucado en el caliente lecho, lee las odas de Horacio. El ruído de la lluvia es el mejor acompañamiento de los versos. Si los duendes tuvieran una orquesta, así sería. Luego, cierra el libro,—y algún tiempo después—cierra los ojos.

Los sueños, esos niños juguetones comienzan á dibujar figuras fantásticas en su imaginación. Está en Oriente. Un mago amigo, le ha dado el supremo poder. Mujeres de blancura incomparable agitan el aire del camarín con gigantescos abanicos de pluma. Él, reclinado en mullidos almohadones, respira los más ricos perfumes. Una orquesta invisible puebla de armonías la atmósfera, y cuando cesa la divina música se oye el rumor acompasado de la lluvia en los techos y minaretes. Llueven perlas. Con extender la mano y recibir durante media hora las gotas de aquella lluvia prodigiosa, el más desarrapado pordiosero se trocaría en fastuoso potentado. Pero el poeta no extiende la mano ó tiene frío.

Cuando despierta y vé las paredes desmanteladas de su alcoba, la mecha que humea, el zapato que entreabre los lábios sonriendo, á los pies de la cama, y el libro descuadernado en que leía las aventuras sorprendentes de un visir, honda tristeza se apodera de su espíritu. Oye el ruido acompasado de la lluvia; pero ya no son perlas las que bajan del cielo, sino lágrimas.

¡Efímera tristeza! ¡Que amanezca, que gorjeen las golondrinas en los alambres del telégrafo, que llegue con su traje de mañana la mujer á quien ama inmensamente, y veréis cómo dice entre caricias: ¿Para qué quiero más oro que el de tus rizos, largos y sedosos, ni más perlas ¡oh Magda! que tus dientes?

⁂

¡Vaya usted á escribir con esta noche una crónica alegre y retozona! Yo pienso en la vecina que aguarda á su novio, en el poeta que construye castillos en el aire, en la griseta que va camino de su casa, y en el pobre señor cuyos pobrecitos hijos mueren de hambre y miedo.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que estas noches lluviosas me regocijaban. Tenía una novia—¡cuántos años hace!—y la novia vivía en una casita baja cerca de la estación de Buenavista. Noche á noche, hablábamos los dos por la ventana. Sin embargo, yo era tímido, muy tímido..... ¡ya supondrán ustedes cuántos años hace de esto! Jamás me había atrevido á besarle más que la extremidad color de rosa de sus dedos! Eso sí; en mis epístolas morales, le enviaba muchas caricias, muchos besos. Mas todo era llegar, verla á mi lado, oir su voz que casi era un gorjeo y sentirme perplejo como el hombre á quién le cae el premio gordo de la Habana y no sabe en qué emplear sus cien mil pesos.

Sólo en aquella noche me atreví. ¡También los ojos de mi niña brillaban entonces como dos no me olvides que fueran al mismo tiempo dos luciérnagas! Nunca he visto dos ojos tan azules ni tan resplandecientes como aquellos!

Húmeda noche, tras caliente día.....
Rosa aguarda febril.....
¡Cuánta virtud sobre la tierra habría
Si no fuera el Abril!

Y precisamente se llamaba Rosa. Largo rato estuvimos platicando. ¿De qué? Sábelo Dios! Cuando me hablaba, oía su voz como una música divina. Y mientras conversábamos en voz baja, una lluvia menuda y muy tupida comenzó á caer sin que yo lo advirtiera—¿Por qué no abres tu paraguas?—dijo Rosa—Y yo lo abrí.

Poco á poco los transeuntes fueron escaseando. La lluvia arreciaba y nadie se atrevía á salir de la casa. Vacilé dos minutos, sentí miedo, pero con súbito valor, cubriéndome muy bien con el paraguas, besé los labios húmedos y rojos de mi novia. ¡Qué bien cubre el paraguas! ¡Qué bien cubre!

¡Cuántas noches después de aquella memorable anhelé que lloviera como entonces! ¡Cuántas abrí el paraguas de repente sin que callese la más leve gota!

Pero ¿se llamaba Rosa? No..... María.....¡Tampoco! Creo que Luisa. Lo único que afirmo con certeza es que me iba á suicidar por ella.....

LA VIDA EN MÉXICO.

Nunca pensé que las monedas de níquel, tan humildes y pobrecitas como son, trajesen alarmados á los gobernantes, á los economistas, á los escritores y á las amas de casa. Las monedas de níquel, generalmente hablando, son honradas. No visitan las casas de juego, ni brincan como duendes familiares, en las rodillas de una hermosa. Las monedas de níquel no han corrompido nunca la virtud de una mujer. Muy al contrario, son modestas, trabajadoras, recatadas. Su habitación es el bolsillo de las costureras honestas, que se conforman con hacer vestidos para otras, y con desvestirse una vez al día, y eso á obscuras. Como sus dueñas, andan mal vestidas; por eso el mundo, tan pagado de apariencias, las mira con desdén y compasión. Los gomosos las alojan en el sitio peor; esto es, en los bolsillos de sus pantalones. La cartera de piel de Rusia y broches de oro, es para los billetes de Banco, para las cartas de las novias y para los boletos de empeño; los bolsillos del chaleco son para las monedas más formales: ¿á dónde, pues, iría á abrigarse el níquel, sin las holgadas bolsas del pantalón, que vienen siendo como el cuarto del portero ó como la escalera de servicio? De esa vivienda, que nada tiene de lujosa y pulcra, pasan á las manos de algún granuja cerillero, de un mendigo, ó de un empleado de Ramón Guzmán. Algunas, y éstas son las dadas á la vida alegre, prefieren acompañar en su abandono á los mozos de café. Con las señoras, no es menos ingrato su destino. Las hacendosas suelen llevarlas en los bolsillos de su delantal, mientras se ocupan en las haciendas de la casa. Para esas púdicas monedas son los bochornos de la cocina, el áspero contacto de las manos que trabajan, los ladrillos del brasero, y los arañós del canasto. Son decentes; nacieron en la Cámara de Diputados; conocen á Carbajal y á Pancho Bulnes; su cuna se meció en un departamento del Palacio, y, para recibir las aguas del bautismo, atravesaron la suntuosa escalera de la Escuela de Minas; pero las monedas de níquel pertenecen á la

clase de las mujeres honradas pero pobres, como la «Biblioteca» de mi más querido amigo el Sr. D. Manuel Gutiérrez Nájera. Las monedas de níquel pertenecen á una familia distinguida; pero han venido á menos y tienen que codearse, en el cesto de las compras, con rábanos, zanahorias y lechugas. Viven, por así decirlo, en casa de vecindad. No van á bailes, ni frecuentan los salones del «Jockey Club,» ni juegan al poker con Rafael David, ni apuestan á *Colonche* contra *Halcon*, ni salen en tren expreso á recibir al marqués de San Basilio.

Necesitan juntarse cinco cuando menos, para comprar el derecho de sentarse todas en un mismo asiento, y asistir á la representación de la Mascotte. Son muy pobres, muy desvalidas, muy humildes, y á pesar de esto, los señores periodistas se empeñan en quitarles el crédito..... el crédito, la fortuna de los pobres. No haré causa común con esos desalmados, deshonrando á personas tan apreciables y tan pobres. Yo recibo con el bolsillo abierto á esas desventuradas criaturas. ¿Las desprecian? ¿Tienen que sufrir los malos modos y el arisco ceño de abarroteros, pinches y conductores de tranvía? Pues bien, aquí estoy yo. No me casaré con ninguna de ellas porque mi amor á las mujeres pobres no llega hasta el matrimonio, pero aquí estoy para consolarlas con caricias y para decirles que creo en su virtud. También me gustan las costureras honraditas, cuando á las oraciones salen del taller, y las sigo, sin alcanzarlas, porque aprietan el paso y se escabullen. Muchos dicen que las monedas de níquel ya no corren: ésto es falso. Corren tanto como las costureras de que hablaba; por eso hay muchos que no logran darles caza.

Ayer mismo tuve la dicha de encontrarme á solas con una de esas moneditas calumniadas. Era sábado, es decir, el día en que se llega al fin de la semana y al fondo del bolsillo. Sabe Dios cuántos días habría pasado la infeliz en la incómoda bolsa de mi pantalón. Al sacarla sentí vergüenza, porque al fin era una señora. La miré con ternura, me disculpé lo mejor que pude de mi falta de galantería y la puse con muchos miramientos en la carpeta verde de la mesa. ¡Pobre moneda! Tenía una corona de laurel, como Dante Alighieri. Estaba intacta. En el anverso llevaba las armas del amor: un arco y un carcax; y en el reverso una V muy graciosa, que, probablemente, estaba puesta allí para advertirnos que era virgen. La moneda se percató, sin duda, de mi encogimiento y observando la turbación de mi conciencia, quiso alentarme con palabras generosas. Las monedas hablan, y tan recio que las oyen los sordos.

—Duque Job,—me dijo con una voz muy apacible, aunque no muy argentina, por desgracia—¡duque Job, tú eres de esas almas buenas que me reciben sin descuento. Tu nobleza me infunde respeto, pero tu nombre de bautismo me inspira confianza.

Eres un poco frívolo, es verdad; pero todavía no te has pervertido, porque es difícil pervertirse siendo pobre. Me tuvistes olvidada algunos días, mientras te fué posible contemplar el noble rostro de D. Pedro Romero de Terreros, los tipos nacionales tan admirablemente dibujados por el Banco de Londrés y las águilas color de chocolate que Mamelsdorff nos trajo del Japón. Me dejaste por los pesos de plata, y hasta por las pesetas delgaduchas, feas y viejas, tan manoseadas y traídas, que ya no tienen cara, porque se les ha caído de vergüenza. Si hubieras tenido onzas, por ellas me habrías dejado en abandono. Afortunadamente no las tenías, porque del mismo modo pagan tu cariño las monedas de oro y las mujeres rubias. Pero tú, duque Job, no eres malo en el fondo; leo en tu alma y adivino los remordimientos que te acosan. La experiencia te alecciona muy bien y—ya lo ves—D. Pedro Romero de Terreros es voluble como la pluma en el viento; los indios y los asnos que representan el Banco de Londres huyeron, ruborizados, de tus brazos; las águilas color de chocolate volvieron al Japón con Mamelsdorff, sólo yo te guardé fidelidad; vuelve, pues, hijo pródigo; las queridas de un día te abandonaron; yo, tu mujer legítima, aquí estoy!

Al escuchar estas palabras; sentí que brotaba llanto de mis ojos, ¡Qué alma de moneda! ¡Y había estado durante muchos días en el bolsillo de mis pantalones!

La moneda, sin inmutarse prosiguió:

—Como sé, duque Job, que no eres malo, quiero iniciarte en mis secretos y hacerte mis confidencias. ¿Piensas tú que no sufro? En el mundo de las monedas, como en el vuestro, hay sus categorías, sus distinciones y sus clases. La aristocracia, son las rubias, las de oro. Los pesos, son los banqueros, los *parvenus*, como dirías en francés para no decirlo en galicismo. Las pesetas componen la clase media.

Yo estoy algo más abajo todavía, pertenezco á la clase pobre decente; soy, como si dijéramos, la hija de un general que sirvió al imperio y dejó á su familia en la miseria. Procuro vestirme lo mejor posible para no inspirar lástima, pero los hombres no estiman mis sacrificios y se van tras el esplendor de una onza de oro. A mí podrían obtenerme con esfuerzo pequeñísimo y yo tal vez les habría dado la felicidad; pero no quieren. La onza les seduce, les atrae; es una azafranada que provoca la fiebre del deseo: quieren á toda costa poseerla; pero ella, que para cautivarles, empleó todos los ardides de la coquetería, les paga con esquiveces y desprecios.

Es la mujer sin corazón: es Coral Perla. Algunos llegan hasta su alcoba con las manos ensangrentadas; porque el oro es vampiro: bebe sangre «¿Qué quieres?» le preguntan. Y ella, siempre impasible, siempre fría, responde á todos:—«Por el trabajo podrías tal vez llegar á mí; pero el trabajo es un camino largo, más largo á veces que la vida. Cuando llegaras á obtenerme estarías ya viejo y

enfermo. Si tienes prisa de buscar mi amor, escoge el crimen. La sangre no me asusta, porque resbala por mi pulida superficie sin mancharme»—Y el hombre desatentado é impaciente, ahoga su conciencia, como se mata á un perro que ladra, y por el torpe amor de aquella rubia, no retrocede ante ningún linaje de bajezas ni de crímenes. Los más no logran obtenerla: se quedan en el presidio ó en la vergüenza. Algunos llegan; pero éstos, lejos de hallar la calma apetecida sienten que se exacerba su pasión, que no logran jamás satisfacerla y, como Salomón en medio del serrallo, piden otra mujer..... otra onza de oro!

Desengáñate, Job, cada moneda tiene por dentro lágrimas y sangre, como aquellas que, según cuenta la leyenda, rompió Francisco de Paula ante Luis XI. ¿Ves aquella que parece tan pura, tan hermosa? Pues apartó de la virtud á una mujer. Le bastó verla para que olvidase los ejemplos benditos de la madre, el amor del esposo y la honra de los niños inocentes que dormían, abrazados en su cuna. El marido murió de pena y de vergüenza; la madre pide limosna en la cancela de una iglesia; los hijos, que han crecido ya y son hombres, van con la frente baja y siempre solos, como andaban los leprosos; pero la pecadora obtuvo la onza y la perdió á una sota en los albures. Y sin embargo, la azafranada cínica é infame, que se goza en el llanto de las madres, provoca el crimen y lleva á sus amantes á la cárcel; es más querida, más buscada y más famosa que yo, la casta, la púdica, la virgen!

¿A quién pervierto? ¿á quién corrompo? ¿á quién insulto? ¿quién se ha suicidado por mi amor? Puede ser que álguien me robe; ¿pero á quién ahorcan por cinco centavos? Cuando Fausto sedujo á Margarita, no llevaba monedas de níquel en el bolsillo, primeramente, porque el diablo no ha acuñado nunca más que oro, y luego porque D. Pancho Landero no fué nunca ministro en Alemania. A mí, generalmente, se me adquiere por medio del trabajo

Tú me pagaste con algunas líneas de tu pésima letra que es la condenación de los cajistas. Dílo ahora con franqueza: ¿te he ayudado para engañar á una mujer? ¿Me has visto en el tapete verde de las casas de juego? ¿Puse acaso en tus manos una copa de ajenjo? Yo soy una torta de pan para el menesteroso que no come en la Concordia; una vela de sebo, para que no se asusten los muchachos; una limosna para el pordiosero; un jabón para las manos que picotea la aguja ó quema el sol: en los labios del niño me llamo caramelo, y en el corpiño de la mujer me llamo flor. Conmigo no puedes entrar en el teatro, pero puedes ir al cielo. Como no peso, no detengo á ninguno en la tierra. Es verdad que reunida á muchas otras constituyo una fuerza, capaz de comprarlo todo, hasta el amor. Pero entonces me olvidan, me abandonan y me cambian por plata, por billetes y por oro. Vuelvo á mi vida trashumante, á mi existencia de penurias y privaciones. Para mí son los bolsillos rotos, los canastos de verdura, la frialdad de los ladrillos, el horror de las noches sin vela y de las camas sin colchones. Vivo entre criadas y tenderos. Tengo todos los nombres bajos y plebeyos. Yo me llamo frijol, arroz, garbanzo..... ¡qué horror! hasta me llamo ajo y cebolla! Para las otras son el raso, los chalecos de Sarre, los cajones de palo-santo, los teatros, los bailes y las fiestas. Se llaman encajes, perlas y diamantes. Los poetas, que encarecen prolijamente la humildad y que desdeñan las pompas vanas de la tierra, hablan en sus versos de la voz argentina y los cabellos de oro. ¿Cuándo les has oído pronunciar mi nombre? ¿Cuándo han dicho que sus amadas tienen voz de níquel y cabellos de á centavo? Tú mismo, Duque Job, me tuviste olvidada..... y en qué sitio!

Sin embargo, yo pude darte la felicidad, como la dí, en cierta ocasión, á un dueño ingrato. Conmigo y una moneda de á centavo, entró al tranvía. Iba en él una chica muy guapa, muy aseada y muy honesta, que también, como yo, era de níquel; quiero decir, que era muy pobre y muy honrada. Las mujeres de níquel son las mujeres para el matrimonio. Mi amigo estaba desesperado de la vida. Las rubias le habían costado mucho oro, y las morenas muchos billetes del Banco Mercantil. Unas no le quisieron, porque tenían mucho dinero; y otras porque no tenían nada y querían tener mucho. Y él, con tenaz capricho, se aferraba en buscar la madre de sus hijos en los palcos del teatro, mientras la Thé representaba la escena de las cosquillas en la «Jolie Parfumeuse.» Quería que su novia fuese á la calzada, aun cuando fuese en coche ajeno. Y tal vez se habría casado, para ser infeliz toda su vida, con alguna de aquellas casquivanas que todo lo posponen á un sombrero, á un par de guantes ó á un billete de teatro. Pero quiso el destino que aquel día no me tuviese más que á mí en la bolsa. Comenzaba á llover y ambos subimos al tranvía. A tener más dinero, habría tomado un coche. Por lo tanto, yo sola fuí la causa del encuentro. Mi joven dueño comenzó á examinar las perfecciones físicas de su vecina; se gustaron, y ocho meses después, mi amigo se casó con la de níquel que es honrada á carta cabal, bonita, trabajadora: en fin de cuentas, lo que se llama una hormiguita de la casa. Y es feliz, muy feliz: ¡todo por mí!

Cierta noche, íbamos, Duque Job, solos y juntos, por calles apartadas y desiertas. Volvías de un baile y eran las cuatro de la madrugada. En los portales, una mendiga flaca y haraposa, tendió su mano para pedirte una limosna.

Tú no miraste su semblante, porque llevabas la memoria llena con los encantos de Enriqueta. Si hubieras detenido tus miradas en aquella mujer, joven y esbelta, habrías podido contemplar sus grandes ojos, rodeados por círculos azules, la pequeñez y gracia

de sus manos y el color ambarino de sus rizos. La voz de aquella desdichada pordiosera sonó apenas, como el canto de un pajarito moribundo. Tú la escuchaste; pero soplaba un aire frío y no quisiste desabotonar tu gabán para sacarme de la bolsa. Y la niña quedó sola y enferma, en medio del silencio de la noche. Veía con tristeza inmensa los luceros, como si deseara volar á hacerles compañía. Pasó un hombre que salía ganancioso de la timba, y acercándose á la mendiga, dijo á media voz:

¿Quiéres los luceros? Pues yo haré que bajen á prenderse en tus orejas.

Y el hambre, el frío y el abandono aconsejaron mal á la cuitada que compró aquella noche un pedazo de pan por un botón de azahar. Después, el vicio, como una tierra pegajosa, la detuvo. Tú la viste con menosprecio y la acusaste en nombre de la moral. Y sin embargo, si no hubieras tenido frío y egoísmo aquella noche, si me hubieras sacado de la bolsa, la pordiosera no se habría perdido. Yo pude darte el cielo, y no quisiste.

Y ya lo ves: en pago de mis bienes, me tuvistes olvidada hasta que las demás monedas te dejaron. En pago de mi honradez y mi virtud, los periodistas me quitaron la honra. Dicen que he enriquecido á muchos: mírame bien, y dí si tengo cara de haber enriquecido nunca á nadie?

Yo abolí la esclavitud, dejando en libertad á esos negros de cobre que padecían en el mercado. Ahora, Ramón Guzmán no quiere admitirme en los ferrocarriles del Distrito, si no me fian de *mancomun é insolidum*, otras dos moneditas de á centavo. ¡Así paga este mundo la virtud!

***

Lo moneda calló. Imprimí un casto beso en su corona de laurel y me dispuse á escribir. «La vida en México.» Por desgracia, ya era tarde. No podía hablar de Jorge Carmona, ni del baile que prepara el Jockey Club, ni de las fiestas más ó menos campestres de San Angel. La moneda me había quitado el tiempo. ¿Qué iba á hacer con ella? ¿A darla á un cerillero para fomentar la vagancia? No; la guardé con profundísimo respecto y la traje, envuelta en papel de seda, á la redacción. Aquí estará expuesta todo el día de hoy. Los que deseen oir su voz, pueden acercarse á cualquiera hora. Por desgracia las monedas de níquel hablan bajo.

EL SECRETO.

Tengo en el más oculto cajón de mi bufete, entre la pequeña ánfora que guarda las hojas, marchitas ya, de un heliotropo, y la cubierta en que he encerrado cuidadosamente mi abono á la ópera cómica, una carta que sólo yo he leído todavía, y que recomendando el secreto más profundo, voy á poner ahora ante los ojos de los que con más ó menos curiosidad leen mis artículos. Confieso que me considero incapaz de enseñar esta carta á algún amigo; temería, sin ir descaminado en mis temores, cometer un delito inexcusable, al romper el sigilo que se me encomienda; la voz de mi conciencia asustadiza, tal vez y sin tal vez, no me dejará concluir la lectura de esas líneas; romper así el secreto, es una falta; revelar á un amigo las confidencias que otro nos ha hecho, es, á no dudar, un crímen no previsto suficientemente por el Código; y yo, que me precio de reservado, que soy incapaz de revelar á nadie los secretos más ó menos graves que se me confían, he decidido hundir en el misterio más completo la misteriosa carta de que hablaba. He aquí la causa por qué la publico.

A primera vista, esta decisión podrá aparecer como una paradoja; pero examinándola escrupulosa y detenidamente, cualquiera verá claro como la luz del día, la lógica profunda y la verdad que encierra. Entre publicar una carta, y leerla á un amigo, existe una enorme diferencia. El amigo, es un ser perfectamente limitado, con personalidad propia, con dos ojos escrutadores, que se fijan impertinentemente en nuestro rostro, y con dos labios casi siempre en movimiento, y ansiosos, cuando no, de desplegarse para dejar salida á algún secreto. Se ha menester un desenfado soberano para decir frente á frente á aquél amigo, cosas que confiamos únicamente á la almohada. Aquella mirada nos hiela y nos inmoviliza como un día de invierno; á cada paso sospechamos, quizá sin fundamento, que una sonrisa de incredulidad mueve esos labios; tememos parecer ridículos ó vanos, y la confesión, ya próxima á escaparse, se abriga

de sus manos y el color ambarino de sus rizos. La voz de aquella desdichada pordiosera sonó apenas, como el canto de un pajarito moribundo. Tú la escuchaste; pero soplaba un aire frío y no quisiste desabotonar tu gabán para sacarme de la bolsa. Y la niña quedó sola y enferma, en medio del silencio de la noche. Veía con tristeza inmensa los luceros, como si deseara volar á hacerles compañía. Pasó un hombre que salía ganancioso de la timba, y acercándose á la mendiga, dijo á media voz:

¿Quiéres los luceros? Pues yo haré que bajen á prenderse en tus orejas.

Y el hambre, el frío y el abandono aconsejaron mal á la cuitada que compró aquella noche un pedazo de pan por un botón de azahar. Después, el vicio, como una tierra pegajosa, la detuvo. Tú la viste con menosprecio y la acusaste en nombre de la moral. Y sin embargo, si no hubieras tenido frío y egoísmo aquella noche, si me hubieras sacado de la bolsa, la pordiosera no se habría perdido. Yo pude darte el cielo, y no quisiste.

Y ya lo ves: en pago de mis bienes, me tuvistes olvidada hasta que las demás monedas te dejaron. En pago de mi honradez y mi virtud, los periodistas me quitaron la honra. Dicen que he enriquecido á muchos: mírame bien, y dí si tengo cara de haber enriquecido nunca á nadie?

Yo abolí la esclavitud, dejando en libertad á esos negros de cobre que padecían en el mercado. Ahora, Ramón Guzmán no quiere admitirme en los ferrocarriles del Distrito, si no me fian de *mancomun é insolidum*, otras dos moneditas de á centavo. ¡Así paga este mundo la virtud!

***

Lo moneda calló. Imprimí un casto beso en su corona de laurel y me dispuse á escribir. «La vida en México.» Por desgracia, ya era tarde. No podía hablar de Jorge Carmona, ni del baile que prepara el Jockey Club, ni de las fiestas más ó menos campestres de San Angel. La moneda me había quitado el tiempo. ¿Qué iba á hacer con ella? ¿A darla á un cerillero para fomentar la vagancia? No; la guardé con profundísimo respecto y la traje, envuelta en papel de seda, á la redacción. Aquí estará expuesta todo el día de hoy. Los que deseen oir su voz, pueden acercarse á cualquiera hora. Por desgracia las monedas de níquel hablan bajo.

EL SECRETO.

Tengo en el más oculto cajón de mi bufete, entre la pequeña ánfora que guarda las hojas, marchitas ya, de un heliotropo, y la cubierta en que he encerrado cuidadosamente mi abono á la ópera cómica, una carta que sólo yo he leído todavía, y que recomendando el secreto más profundo, voy á poner ahora ante los ojos de los que con más ó menos curiosidad leen mis artículos. Confieso que me considero incapaz de enseñar esta carta á algún amigo; temería, sin ir descaminado en mis temores, cometer un delito inexcusable, al romper el sigilo que se me encomienda; la voz de mi conciencia asustadiza, tal vez y sin tal vez, no me dejará concluir la lectura de esas líneas; romper así el secreto, es una falta; revelar á un amigo las confidencias que otro nos ha hecho, es, á no dudar, un crímen no previsto suficientemente por el Código; y yo, que me precio de reservado, que soy incapaz de revelar á nadie los secretos más ó menos graves que se me confían, he decidido hundir en el misterio más completo la misteriosa carta de que hablaba. He aquí la causa por qué la publico.

A primera vista, esta decisión podrá aparecer como una paradoja; pero examinándola escrupulosa y detenidamente, cualquiera verá claro como la luz del día, la lógica profunda y la verdad que encierra. Entre publicar una carta, y leerla á un amigo, existe una enorme diferencia. El amigo, es un ser perfectamente limitado, con personalidad propia, con dos ojos escrutadores, que se fijan impertinentemente en nuestro rostro, y con dos labios casi siempre en movimiento, y ansiosos, cuando no, de desplegarse para dejar salida á algún secreto. Se ha menester un desenfado soberano para decir frente á frente á aquél amigo, cosas que confiamos únicamente á la almohada. Aquella mirada nos hiela y nos inmoviliza como un día de invierno; á cada paso sospechamos, quizá sin fundamento, que una sonrisa de incredulidad mueve esos labios; tememos parecer ridículos ó vanos, y la confesión, ya próxima á escaparse, se abriga

avergonzada en nuestro pecho. ¡Pero con el público ya es otra cosa! El público es un ser perfectamente fantástico; un manequí que nosotros mismos componemos y cuya naturaleza cambia y se transforma, como el termómetro, como el corazón de una coqueta. Hechura nuestra, posee nuestras propias debilidades y nuestras mismísimas flaquezas. Es un cierto todo que no es nada, y una especie de nada que lo es todo. Como el iris, ostenta todos los colores. Las veletas le han dado su movilidad y la sombra su misterio. Como no tiene cara, es imposible que se ruborice. Es el confidente forzado de todos los poetas románticos, y el perenne delincuente sentenciado á oir cosas que nada le importan. San Agustín le reveló los secretos de su vida, y Sócrates le abrió de par en par el arcano de su muerte. ¡Pobre público! Si pudiera hablar, ¡cuánto diría! El escuchó las jeremiadas de Lamartine y escudriñó los secretos de su vida. El abraza todas las edades, todos los círculos, todas las ideas. El público es usted, caballero, cuando al levantarse por las mañanas y mientras humea en la taza el chocolate, recorre las columnas del periódico. El público es también la dama cuyos ojos, negros ó azules, rasgados ó pequeños, se fijan indolentemente en estas líneas. Y lo que yo, por ejemplo, no diría jamás al viejo amigo; lo que no murmuraría al oído de usted, señora, mientras recorremos los salones al compás de un vértigo de Strauss, ni cuando en amistoso *tête á tête* hablamos, usted, tejiendo á luz de tibia veladora, y yo siguiendo con los ojos los caprichosos dibujos de la alfombra, le digo aquí sin inquietarme en lo más mínimo, sin que el temor anude mi garganta, sin que mis yertas manos se estremezcan como al soplo del cierzo de Diciembre. Y esto es tan cierto, que si yo leyera la carta que tengo en estos instantes en mi mano, á un amigo, á un confidente, á un compañero, no vacilaría en echarse por esos mundos de Dios á investigar quién la había escrito, mientras que publicándola en un diario, como la publico, nadie, absolutamente nadie, se atreverá á dudar que es una epístola absolutamente imaginaria.

He aquí la carta:

Caballero:

Justa extrañeza motivarán en su ánimo estas líneas. Yo no tengo la honra de contarme en el número de sus amigos; nos movemos en círculos diversos; usted es joven, yo soy viejo; usted concurre al teatro, yo me encuentro en casa por las noches; jamás hemos hablado largamente, y nuestras relaciones sociales sólo tienen el carácter de mera cortesía.

¿El que usted me salude en el paseo, me autoriza acaso para hacerle una confidencia pidiéndole un consejo? Lo ignoro, caballero;

pero en ciertas ocasiones de la vida, en ciertas ocasiones en que el sufrimiento alza nuestra reserva acostumbrada, como el vapor levanta la cubierta de un caldero de agua hirviendo, se pasan por alto las conveniencias sociales, y cayendo en el riesgo inminente del ridículo, revélase al que más confianza nos inspira, aquella pena tan largamente cobijada. Además, soy un tanto excéntrico. Me propuse ayer aconsejarme del primer conocido que encontrara, y al dejar los umbrales de mi casa crucé con usted mi primer saludo. Tenga usted, pues, la paciencia de escucharme.

Caballero, yo tengo una hija. No le hago á usted el agravio de imaginar que le es desconocida. Me han dicho los amigos que es muy bella, y el parlanchín espejo debe habérselo dicho muchas veces. Sus trajes cortados por la mano de Valeria, son envidia de damas y polluelas; todas las tardes debe usted mirarla en su carruaje tirado por dos *two miles* americanos, y aun, si no me engaño, creo que han valsado ustedes juntos, y no hace mucho tiempo por más señas. Es mi hija única. Su pobre madre murió dejándola en edad ternísima. Desde entonces mi cariño es doble; la quiero por ella y por mí. ¡Se le parece tanto! Los mismos ojos, la misma boca, idéntica manera de reirse. Comprendo, caballero, que estos detalles deben interesarle á usted muy poco ó nada; pero al dar comienzo á esta carta hice un llamamiento á su paciencia; y andando el tiempo, cuando tenga usted una hija como la mía, comprenderá que mis impertinencias de padre son bien excusables.

Yo soy un hombre montado á la antigua, como hoy se dice. Tengo en olor de herejía á los socialistas, y mis nervios se crispan cuando pienso en las doctrinas anárquicas de la Comuna. Será por mis cortos alcances, cúlpese en buena hora el raquitismo de mi inteligencia; pero ello es que entre el sectario de un sistema social que aspirá á arrebatarme mis haciendas, y el bandido que exponiendo su existencia acecha en la encrucijada de un camino, sólo encuentro la grave diferencia de que el primero es un ladrón cobarde, mientras que el otro es un ladrón bizarro. Dados estos datos, usted no extrañará que crea tener una propiedad innegable en mi hija. Parece, sin embargo, que la mayor parte de los amantes profesan el principio de Prudhome: la propiedad es el robo. Creí, durante largos años, que mi hija era mía, absolutamente mía, y hoy me desayuno con que el primer venido, un Juan Pérez, que se me entra por la ventana, tiene sobre ella más derechos y más poder que yo, su padre. ¿Usted comprende esto, caballero? Evidentemente, si hago traer de Arabia una yegua *pur-sang*, si la mantengo en mis caballerizas, la curo cuando enferma, y gasto mi dinero en mejorarla, tengo el justísimo derecho de tener por loco al que con desenfado y con donaire venga á exigirme que le dé esa yegua. Nada más justo, ciertamente. Pero en cambio, tengo una hija á quien educo

á fuerza de vigilias y desvelos; he pasado las noches á la cabecera de su lecho, cuando devorada por la fiebre retorcía sus delicadas manecitas; es la sangre de mi sangre, el alma de mi alma. ¿Sufría de niña? yo era el que iba á enjugar aquellas lágrimas: ¿gozaba? mi corazón de padre se henchía de regocijo incomparable; mi vida, mis trabajos y mis afanes, no tenían más término ni más objeto que su dicha; y cuando tras el largo discurrir del día, al volver á mi hogar, en esa hora en que todo se recoge en el silencio, la miraba dormida como un ángel en su cuna, yo decía para mis adentros: esa niña hoy es como una planta tiernecita, que yo cuido y encubro con mis manos; no sabe, no conoce las zozobras y afanes que me cuesta, vive con la vida apacible de la infancia; pero mañana, cuando crezca, aprenderá sentada en mis rodillas los consejos que pueda darle mi experiencia, me amará con el corazón y con el entendimiento; será buena, casta, obediente, mi orgullo, mi vanidad, mi gloria; luego, . . . luego, se casará, sí; ¿por qué no ha de casarse? yo tendré un hijo más, que realice sus sueños juveniles, que la ame con toda su alma, que la haga dichosa. . . . ¡vamos, si hasta á veces me regocijaba con la esperanza de tener un nieto! Creo, caballero, que estos sueños de oro, eran sobrado justos en un padre. Pero he aquí que yo contaba sin la huéspeda, y que mientras abría las puertas de mi casa á todos aquellos cuya posición y cuya conducta no inspiraban en mi ánimo temores, mientras que con la linterna de Diógenes entre las manos buscaba al novio que había deseado yo para mi hija, el amor, ese rapaz travieso como dicen ustedes los poetas, se me descolgó sigilosamente por la ventana, de suerte, que al levantarme cierto día, ajeno á todo sobresalto, me encontré ni más ni menos con la agradable nueva de que *mi hija*, caballero, tenía un novio.

¿Quién era este novio? Doy á vd. mi palabra de que si el amante consabido fuera por lo menos aceptable, ninguna objeción, ningún obstáculo habría opuesto por cierto á sus amores. ¡Pero un hombre sin profesión ni hábitos de trabajo, un *faineant* que pasa la vida en engomarse los bigotes; un hambriento que anda al husmo de ricas herederas; un calavera cuyas proezas dignas de un poema, estriban en haberse embriagado en las cantinas, á costa de los otros por supuesto, y en haber cortejado á tres mujeres con el propósito únicamente de engañarlas; un hombre que es un cero social, un zángano del mundo, ¿sería acaso á propósito para hacer la felicidad de una familia? Tanto valdría afirmar que dos y dos son cinco, que el sol no alumbra, que la virtud es vicio. Esto es, pues, un caso, señor mío, en que el padre tiene el derecho y el deber de impedir que su hija caiga en el abismo. Los códigos deben revestir al padre de una autoridad ilimitada. Y sin embargo, parece que en este drama de familia, el padre, el pobre padre, es un comparsa. He recurrido á la persuasión; hice valer las armas del cariño; supliqué, rogué; más todo en vano. Y cuando, con dolor profundo en el espíritu, intenté recurrir á la energía y desplegar mi autoridad de padre, y así alcanzar por fuerza lo que ni la persuasión, ni el dolor, ni el cariño habían logrado, he aquí que me encuentro con que el poder paternal es una burla, que hay alguien que posee más derechos que yo sobre mi hija, y que tras la cabeza del amante que me intenta robar á pleno día, asoma el gobernador ó la justicia que viene á autorizar tamaño robo. ¿Con qué derecho se mezcla un sér extraño en mi familia? ¿Por qué la venia del gobernador viene á hacer inútil mi consentimiento? Dado que mi oposición pecara de tenaz é impertinente, ¿no tengo yo el derecho de mandar, como señor único, en mi hija, hasta que la edad de emancipación forzosa llegue para ella? El estado debe lavarse las manos en casos como este. Desde el momento en que hace contrapeso á la autoridad del padre, el poder incomprensible del gobernador, el desórden y la rebelión sientan sus reales en el hogar doméstico. ¿Qué, las noches de vigilia transcurridas con el pensamiento fijo en el porvenir de aquella hija, las aflicciones y desvelos que su educación haya costado, todas esas luchas, todos esos trabajos, ¿no dan acaso al padre el derecho indisputable de prohibir á su hija que se pierda? ¿Y qué sabe el gobernador de todo esto? Puede parecerle justo y hacedero el matrimonio; encontrará ridículos y vanos los inconvenientes ú obstáculos que se le opongan; tachará de estúpida la oposición paterna; pero, ¿qué sabe él de las causas secretas que pueden motivar la decisión del padre? ¿qué sabe si el carácter de la hija y la conducta de su pretendiente, presagian tristísimo porvenir á su consorcio? ¿Ha vivido acaso, con la sola idea de examinar el libro de aquella alma, hoja por hoja? ¿Ha sondeado aquél corazón de mujer, adivinando lo que nada más los perspicaces ojos de un padre han comprendido? Pues si no lo sabe, si no puede saberlo, ¿con qué derecho se mezcla en este asunto?

Yo no soy abogado, caballero, conozco poco la ciencia del Derecho, se me ocultan todos los grandes sistemas de jurisprudencia, pero á fe de hombre honrado, que por más vueltas que doy á la cuestión, no logro comprenderla.

¿Quién arma al padre contra el malvado que viene á separarle de su hija?

Yo no soy egoista: doy mi hija al que haya obtenido su cariño, siempre que traiga en cambio la moneda del amor y de la honra. Pero si la autoridad se conjura en contra mía, ¿qué hago, caballero? ¿Abro la puerta á la hija ingrata que quiere abandonarme, ó espero á que el gobernador venga á arrancármela?

Y.

***

Hasta aquí la carta. Diez días hace que la tengo en el cajón de mi bufete, sin poder acertar á contestarla. Porque, en efecto, cuando los lazos del amor se rompen, ¿qué otros sujetarán en el hogar á la hija que quiere abandonarlo? ¿Lo sabe alguno por ahí? Espero la respuesta.

ARTÍCULO DE INVIERNO.

Qui Tisonne, grisonne.

Ustedes perdonarán que por ahora salga mi artículo tan á la buena de Dios: ¡ya se ve! con un frío de no sé cuántos grados ¿qué entusiasmo no se hiela? Me he encerrado en mi pequeño gabinete como una ostra en su concha; bueno: cierro con cuidado todas las puertas y balcones, impidiendo que el crudo vientecillo que sopla allá en las calles penetre por las junturas; ¡excelente! me arropo en los pliegues de una amorosa bata de invierno, capaz de hacer morir de envidia al mismo Méry; tengo un habano entre los labios, á guisa de calefactor económico, hundo mis pies en las sabrosas pieles y con toda delicia me arrellano en los cojines de mi sillón de estudio; sin embargo, estoy hecho un carámbano, materialmente un carámbano; apenas me atrevo á adelantar la mano para coger la pluma, envidio á los que ya duermen bajo espesas colchas, y quisiera encontrarme en Cafrería..... —¿eh?..... ¿quién dijo que era alusión á la Cámara de diputados?—tengo frío, muchísimo frío; pero, ¿qué voy á hacer? es absolutamente indispensable que yo escriba: ¡ea! ¡manos á la obra! vengan papel, pluma y tintero, estoy dispuesto á emborronar cuartillas, mientras el cierzo silba por las calles y las vidrieras de mi ventana crujen y rechinan, como si algún coloso hincara en ellas la rodilla.

Lo van ustedes á dudar; pero en Dios y en mi ánima protesto que hablo muy de veras, formalmente; y después de todo ¿por qué no han de creer ustedes que yo vivo alegre..... ¡qué digo alegre! muy alegre, en el invierno? Veo como caen una por una las hojas, ya amarillas de los árboles; escucho un monótono chasquido al cruzar en mis paseos vespertinos alguna avenida silenciosa; azota mi rostro el soplo de Noviembre, como la hoja delgada y penetrante de un puñal de Toledo, y lejos de abrigarme en el fondo de un carruaje, lejos de renunciar á aquellas vespertinas correrías, digo para mis adentros: ¡ave invierno! ¡bendito tú que llegas con el azul profundo de tu cielo y la calma y silencio de tus noches; bendito

tú que traes las largas y sabrosas pláticas con que entretiene las veladas del hogar el buen anciano, mientras las castañas saltan en la lumbre y las heladas ráfagas azotan los árboles altísimos del parque!

¡Ave, invierno! yo no tengo parque en que pueda susurrar el viento, ni paso las veladas junto al fuego amoroso del hogar, pero yo te saludo, y me deleito pensando en esas fiestas de familia, cuando recorro las calles y las plazas diciendo, como el buen Campoamor diría al ver por los resquicios de las puertas el fuego del hogar de algún amigo:

¡Los que duermen allí no tienen frío!

***

¡El frío! Denme ustedes algo más imaginario que éste tan decantado personaje. Yo sólo creo en el frío cuando veo cruzar por calles y plazuelas á esos infelices que, sin más abrigo que su humilde saco de verano, cubieta la cabeza por un hongo vergonzante, tiritando, á un paso ya de helarse, parecen ir diciendo como el filósofo Blas:

¡Omnia mecum porto!

¡Pobrecillos! ¡No tener un abrigo en el invierno, equivale á no tener una creencia en la vejez!

***

Siempre he creído que el fuego es lo que menos calienta en el invierno. Prueba al canto.

Conozco á un solterón, hombre ya de cincuenta navidades, rico como Rotschild, egoísta como Diógenes y sibarita como Lord Palbroke. Es rico, he dicho; tiene una casa soberbia; diez carruajes perfectamente confortables; una servidumbre espléndida y una mesa que haría honor á Lúculo. Nadie al verle recostado en los muelles almohadones de su cómoda berlina tirada por *two miles* americanos; cubierto por una hopalanda contra la cual nada podría el hielo mismo de Siberia; nadie, digo, podrá pensar que aquél hombre es desgraciado, perfectamente desgraciado; nadie podrá pensar que aquél soberbio Creso padece de una enfermedad terrible: ¡el frío!

Nada más cierto, sin embargo; nuestro hombre, nuestro banquero, nuestro millonario, tiene frío. Y es lo peor que ni la chimenea noruega, ni las pieles asiáticas que tiene en su palacio son bastantes á combatir aquella nieve eterna. Se encierra en su casa; busca el suave calor de las estufas; abriga sus entumecidos miembros con las pieles rusas traídas por él de San Petersburgo; impide con la espesa *portière* y el luengo cortinaje que alguna ráfaga de viento penetre por las junturas de las puertas; se cree ya salvo; se hunde en los almohadones de un canapé de invierno; pero está sólo, enteramente sólo; las mujeres mercenarias le hastian, sus amigos le explotan; no hay un sólo corazón que lata como el suyo; no hay una sóla mano que enjugue sus lágrimas si llora; si muere, nadie vendrá á consolarle en su agonía, nadie irá á rezar en su sepulcro: ¿la juventud? ¡ya ha pasado! ¿el amor? ¡imposible! ¿las riquezas? ¿qué valen? ¿el recuerdo? ¡es el remordimiento! ¿la muerte? ¡héla que llega.....! los leños de la chimenea crujen como si también llorasen; tiemblan los cristales; las salas están desiertas y sombrías..... ¡qué soledad! ¡qué tristeza! ¡qué horrible frío!

***

Mi buen amigo:

Sé que me quieres y por eso te escribo, robando para ello algún instante á la santa felicidad de mi existencia. ¡Soy tan dichoso! ¿Te acuerdas de mi Lupe? ¡Es tan buena, tan sencilla! ¡Yo la quiero tan á la buena de Dios, como tú dices! ¡Es tan bello el angelito que Dios nos ha dado! ¡Si lo vieras! Tiene la cabecita rubia y los ojos negros, brillantes, húmedos, como los de Lupe: ¡alma de mi alma! Cuando yo le miro dormido en su cuna, con las manos plegadas sobre el pecho; cuando caliento sus entumecidos piesecitos con mis besos, me parece que no hay felicidad..... ¡qué ha de haber! como la mía, y lloro, sí, no me avergüenzo de decirlo, lloro y abrazo á Lupe, mi otro angel, y salto como un niño..... ¡vamos! ¡si creo que voy á volverme loco de contento!

Vente con nosotros; te esperamos: deja tus monótonos paseos, los cafés, los bailes, los teatros; ven á olvidar tu escepticismo concentrado, tu eterno *spleen*, tus desengaños, ya verás cómo envidias..... sí, porque la envidia es á veces muy justa y hasta santa. Mira: te dispondrémos la alcoba en una pieza tapizada de azul, como á tí te gusta; pondrémos algunos tiestos con flores en la ventana, un sillón cómodo y mullido junto al caliente lecho, y en la mesita de noche algunos libros, como *Papá, mamá y el niño*, por ejemplo: ese es el libro que solemos leer nosotros por las noches..... ¡no te asustes! he tenido la precaución de arrancarle cuidadosamente algunas páginas. Ya verás si soy dichoso, cuando en estas largas noches de invierno vuelvo desde temprano á mi casita, y mientras Lupe, con su bata blanca y su rosa, blanca tambien, en el cabello,

toca algún wals de esos que te hacen cosquillas en los pies, yo leo perezosamente algún buen libro, mirando con el rabo del ojo á mi mujercita, que aquí para *inter nos*, es un libro más digno de ser leído ciertamente, que todos los volúmenes que tú aglomeras en tu biblioteca.

No somos ricos, bien lo sabes; pero cuando después de trabajar durante el día vuelvo á mi hogar, y Lupe con nuestro angelito entre los brazos sale á recibirme, soy tan feliz, me juzgo tan dichoso, que..... ¡vas á dudarlo! no me cambiaría por el más opulento millonario. ¿Qué riquezas hay que puedan compararse á la santa paz de mi alma? Si estás triste, si estás decepcionado, vente á pasar algunos días con nosotros: somos tan felices, que quisiéramos salir por esas calles diciéndolo á voz en cuello, para que todos participasen de nuestra dicha!

CARLOS.

***

Ya lo ve Ud., lector, mi amigo Carlos, sin estufas, ni abrigos, ni carrozas, disfruta de un calor del que no goza el más encopetado millonario. ¡El alma! ¡hé ahí la chimenea que debe conservarse bien provista para las largas noches del invierno!

Car l'hiver ce n'est pas la bise et la frovidure
Et les chemins deserts qu'hier nous avons vus;
C'est le cœur sans rayons, c'est l'ame san verdure,
C'est ce que je serais quand vous n'y serez plus!

***

Tengo para mí que el recuerdo es un calefactor en que debe pensarse muy de veras cuando el furor industrial, siempre creciente, agota las hullieras y las minas de carbón de piedra. Yo de mí sé decir que encuentro en el arenal de mi memoria, así las nieves y el hielo de los polos, como el fuego del Africa y del Asia. Por eso, cuando hundo mi cabeza en la caliente almohada, me arrojo en mis colchas y espero las blandas caricias del sueño, miéntras miro cómo se descompone y se transforma el humo que asciende en espiral de mi cigarro, evoco si siento un estremecimiento de frío, alguna memoria, y me caliento á su fantástica sombra. ¿Lo dudais?

Tengo un amigo, entrado ya en años, pero joven de espíritu, poeta si lo hay, aunque en su vida,—¡y cuidado si es larga!—ha tenido la ocurrencia de ensartar un verso; padre de dos mocetones

bigotudos y robustos como dos sargentos, y para fin y postre, comerciante. Ello es, empero, que ni la nieve de los números, ni los afanes de la vida práctica, han sido bastantes á aniquilar el poético entusiasmo de mi amigo, que todavía, bajo la escarcha de su cabello cano, siente hervir la generosa hoguera de la juventud.

Pocas noches hace departiamos los dos amigablemente, sentados ambos en torno de una mesita de *papier-maché*, cargada, por más señas, con dos tasas chinas de transparente porcelana, una soberbia cafetera llena de delicioso moka, dos tarros de cristal con licor de la Cartuja, una caja, abierta, de codiciables puros, frescos todavía por las húmedas brisas de la mar. Hablábamos del frío, y mi amigo, con su voz cascada, narróme, si no me es infiel la memoria, lo siguiente:

—Tenía, allá en mis mocedades, una novia, bella como una figura del Ticiano, rubia como las espigas de trigo, y tan sencilla que, á no decírselo yo, no habría sabido sino hasta Dios sabe cuándo, que era hermosa. ¡Pobre Clara! Ella me quería como quiere una mujer á los quince años. ¡Yo la amaba con el fuego de mis veinte mayos, y aún al recordarlo parece que la amo todavía! Una tarde salimos, como de costumbre, por el campo, ella apoyada en mi brazo y yo confuso y trémulo como un niño que espera la sentencia de algún infantil é inocente pecadillo. Sin sentirlo, ella y yo nos alejamos de su madre que atrás venía poco á poco internándonos en lo más intrincado del follaje. Yo sentía que su brazo temblaba junto al mío: miraba cómo el rubor teñía con un tinte rosado su semblante..... De pronto, Clara se desprende de mi brazo, y lanzando una alegre carcajada, corre como una cervatilla por el campo: yo la sigo; ya la alcanzo; tiendo los brazos, estrecho su cintura, vuelve ella la cara, miro un pequeño racimo de uva entre sus labios, quiero quitárselo, ella lo defiende, y sin quererlo, casi sin pensar en ello, se unen nuestros labios, laten nuestros pechos, y un beso, el más santo, el más puro, el más sublime, suena de pronto entre aquella soledad y aquel silencio.

¡Dígame Ud., lector, si no producen un calor cariñoso estos recuerdos!

***

¡Invierno, invierno; dicen que eres tú la imagen de la vejez! Hoy eres entonces el retrato de la humanidad..... ¡Todos somos viejos!

HUMORADAS DOMINICALES.

Junio 20 de 1886.

Tomábamos juntos la ambarina cerveza Strasburgo, cuando pasó en su rápido coupé.

—¿La conoces?—me dijo Luis dejando el vaso.

—Sí,—le contesté—es madame Vénus. No sé su verdadero nombre, ignoro su condición y procedencia; mas ¿qué importa? para mí viene siempre del Olimpo.

—O del infierno. Esas uñas delicadamente sonrosadas se encajan como garfios en la carne; esos brazos aprietan hasta sofocar; esa boca devora fresas y fortunas.

—¡Imposible!

—Huye de ella: es la epidemia. Los deseos que despierta son mortales como el cólera. Es una forma bella de la muerte. ¿Quieres saber su historia? Vas á oírla.

***

No se sabe á punto fijo en qué parte nació. Es una mujer internacional. Cuando alguno de sus amantes le pregunta si es belga ó nació en Francia, ella contesta: «¿Para qué averiguarlo? Sólo sé que me concibieron mis padres en un momento de admiración.» Y en efecto, Madame Vénus, como tú la llamas, es divinamente hermosa. La única pureza que tiene es la pureza de las líneas. Un artista podría encontrar su boca algo incorrecta y su nariz un tanto cuanto canalla; pero esas imperfecciones la hermosean. Posee la serenidad de las estatuas y el gracioso mohín de las grisetas. Los griegos admiradores de la desesperante perfección, no la habrían venerado como diosa: los parisienses, sí.

Sin duda alguna, esa mujer no puede haber nacido de una familia honesta de trabajadores. Procede de una selección mejor. La madre sería tal vez vulgar y pobre; el padre, no. De éste ha heredado la distinción y la elegancia; de aquella los instintos bellacos y la avidez de prostituta. Podría jurarse que nació de contrabando.

Mas ¿á qué remontarse á los comienzos de su vida? Las fuentes del Nilo son ignotas. Nadie puede decir á ciencia cierta cuál es el microbio que produce el cólera asiático. Confórmate con verla tal como es: por otra parte, sería preciso hacer un gran esfuerzo de imaginación para figurarse cómo era cuando niña. Yo le niego hasta el candor supremo de la infancia. Hay mujeres que nacen de treinta años.

¿Los ha cumplido Madame Vénus? La edad de las estatuas no puede determinarse á primera vista con absoluta precisión. Y Madame Vénus es una escultura de carne. No busques en ella más que la hermosura plástica; cuando va al templo para exhibir su traje ó aprovecharse de la puerta de la sacristía, oye que el ángel de la guarda llama á su alma, y dice¡ Ausente! ¿Para qué habría servido el alma á Madame Vénus? El alma no se viste de raso, ni tiene hombros desnudos que enseñar; el alma es como esas costureritas honradas á quienes nadie conoce: el alma es cursi. Puedes decir que el alma sirve para amar; pero Madame Vénus no ha amado nunca. El amor da á todas las caídas la gracia de los gladiadores romanos. Caer amando es caer de rodillas. Madame Vénus cae como la mano gruesa del ladrón sobre un puñado de monedas. Mejor dicho, Madame Vénus no ha caído nunca. Nació acostada y en el suelo.

El único amor que siente es el amor inmenso á su hermosura. Por eso la perfuma, la reviste de encajes y de sedas, y le da como ofrenda joyas y oro. Si pudiera ponerse de rodillas, sin que su propia imagen mudase de actitud en el espejo, se arrodillaría ante sí misma. Ella es la diosa, el sacerdote y el creyente. Si amara, apostataría.

¿Qué es el mundo para ella? un vasto campo en el que puede pedirse la bolsa ó la vida amartillando la mirada, como lo hacen los bandoleros en el bosque amartillando la pistola. Madame Vénus tiene el oficio más prosaico: el de ladrona. Roba en primer lugar á su marido, á quien no da nada en cambio de la modista, el palco y el carruaje. Y también roba á todos sus amantes el corazón, la honra y la fortuna. Casó con un banquero, como el ladrón entra de preferencia en una casa rica, buscando objetos más valiosos que apropiarse.

Hurta para su cuerpo, así como otros roban un pedazo de pan para sus hijos que se mueren de hambre. Ama mucho sus brazos mórbidos, sus hombros, su garganta torneada: es el amante de su propia hermosura. Y ávida siempre registra con la mirada los bolsillos y saca las monedas con los dientes.

Ha tenido tantos amantes como trajes: uno, azul; otro, Pablo;

éste, crema; aquel, Arturo. Pero estudia la lista de los *mil y tres*. ¡Ninguno pobre! Yo la perdonaría, si hubiera amado á un cochero!

Sus cartas de amor están escritas en papel Wattman ..... rayado para cuentas. Vé la moneda de oro que brilla en el fondo del estanque, y se lanza á cojerla con la habilidad del buzo. Así ha bajado á muchos corazones. Logrado su deseo, deja al amante. Esto es, sale del estanque y se enjuga con una toalla.

No, no es Madame Vénus; es Madama Vampiro. ¿Has visto alguna vez cómo chupan los niños las naranjas, pegando los labios á un pequeño agujerito, y las dejan enjutas como la vejiga llena de aire que se taladra con un alfiler? Pues eso hace con las fortunas Madame Vénus: Pega los lábios á la nuca del caudal, y le sorbe hasta la última gota del oro.

Cierta vez penetré en su tocador. Mientras la diosa rapaz aparecía, entretúveme en ver y registrar el guarda-ropa y los estuches de las jóyas. Y me pareció oír que las piedras preciosas murmuraban:

Coro de diamantes.—Somos las piedras insolentes y criminales. Somos el carbón aristocrático. Somos la calumnia de la gota de agua. Somos el rocío de la mujer. Para nosotros, sólo para nosotros, es la hermosura de Madame Vénus. Y corremos, saltamos y brillamos en ese cuerpo de alabastro como traviesos duendes. Sólo es nuestra.

Los aretes de perlas.—Nosotros oímos las quejas amantes que han llegado á sus oídos. Cuando el amante es pobre, contestamos: «vuelva usted, la señora no está en casa.»

El collar.—Yo rodeo su garganta escultural. Soy una libranza falsificada.

Dos brillantes.—Somos dos lágrimas de una mujer honesta y bella, que espera en vano á su marido.

Un anillo.—Yo fuí robado por un hijo á su propia madre.

Un rubí.—No hagáis ruido. ¡Soy una gota de sangre!

Y aquel coro infernal era absolutamente verdadero. Madame Vénus roba: su belleza tiene trescientas hipotecas. Y sin embargo, ¡he visto ahorcar á muchos ladrones y prender á muchas cortesanas!

Algunas veces, cuando la caza escasea en tiempo malo, Madame Vénus recurre á medios más ruínes que los habituales. Roba entonces con cincuenta y dos cómplices, entre los que figuran cuatro reyes, cuatro caballeros y cuatro damas. Y con dos ganzúas tan formidables como delicadas: los pies. Observa la mesilla de palisandro en que juegan al pókhart. Madame Vénus está impasible; es la ladrona augusta. Las cartas, obedeciendo las leyes de una sábia combinación, la favorecen. El jugador quisiera huir, mas de improviso siente el contacto de un pie tímido que comienza á atreverse. Y á medida que las distancias se estrechan y los pies se hablan entre sí de muchas cosas, las pérdidas aumentan. Hay opresiones de ese pie aleteante que cuestan un billete de mil pesos. Y cuando acaba la sesión, queda pobre, arruinada una familia. Los reyes vuelven con su manto de púrpura á la inamovilidad del trono. Los caballos ya no caracolean sobre onzas de oro, y los pequeños pies de Madame Vénus se apartan de los botines derrotados. ¡Han ganado la batalla!

¡Huye de ella! No viene del Olimpo como tú crees; viene del Ganges. Es una fuerza destructora. Disuelve los corazones en su copa de oro, como Cleopatra disolvió una perla. Acabo de presentarla á tus ojos de cuerpo entero. Mas no conoces todavía los pormenores de los dramas en que ha figurado como protagonista. Voy á referirte algunos para librarte del contagio. Apura tu cerveza de Strasburgo y pide otras dos botellas. Pero aguarda..... Tengo que dejarte. Han dado ya las seis en el reloj de la sala de mi novia. Mañana ú otro día hablaremos largamente de Madame Vénus y sus aventuras. Sin embargo, no olvides, entre tanto, mis consejos. Amárrate como Ulises al mástil del navío, para no ceder á la tentación de las sirenas. Si no encuentras un mástil, amárrate á tu bastón de cerezo. Lo dicho: Madame Vénus es ladrona.

Pero,—á decir verdad—huelgan todos mis consejos. Madame Vénus huye de las carteras deshabilitadas. No meterá la mano en los bolsillos de tu chaleco: ¡no es ratera!

Julio 10 de 1887.

Casi cuantas noticias llegan del interior de la República se refieren á inundaciones y extragos causados por el exceso de las lluvias. La niña que oye el ruído de la lluvia, mientras borda unas pantuflas para el padre; el pensador que escribe en el silencio de su gabinete; el trasnochado paseante á quien la lluvia empapa hasta los huesos, piensan á veces en las pobres víctimas á quienes ha dejado sin casa y sin hogar la ira desapiadada de las nubes.

¿Qué es una tromba? El abismo de arriba que nos sorbe: el vampiro negro que muerde la nuca de una aldea y chupa hasta la postrera gota de su sangre. Aquí, en las calles, en los sitios públicos, en las casas tan sólidas y firmes, la tromba inspira poco ó ningún miedo. Las nubes son para nosotros la cortina de sol que pone el cielo para templar la atmósfera del mundo. En ocasiones nos enfadan y molestan, y suelen hacernos travesuras de mal género; rociarnos la cara con sus jeringas invisibles; escupirnos, como esos

charlatanes que al hablar se aproximan á nosotros y nos mojan el rostro de saliva; sobre todo, las nubes nos obligan á comprar paraguas y, lo que es peor todavía, á salir con él. Pero, en resumen, las nubes son atentas, serviciales; las maldecimos cuando impiden un paseo, cuando interrumpen una visita, cuando nos manchan un sombrero nuevo; mas no tenemos frases elocuentes para alabar la prontitud y eficacia con que suavizan la temperatura, riegan las calles y ahogan las calenturas perniciosas. La prueba es que cuando la estación de lluvias se retarda, todos vemos con odio el azul transparente de los cielos, parecido en lo claro y brillante á la pupila de una mujer sin corazón. Queremos que las lágrimas lo empañen, y desde la enhiesta espiga que el sol quema, hasta la niña rubia que se muere de calor, cuanto vive en la naturaleza es una inmensa inspiración al agua. Para sentir el hondo miedo que producen las nubes, es necesario haberlas contemplado desde el puente de un barco ó desde el campanario de una aldea acurrucada al pie de la montaña. Recuerdo haber oído de los labios vulgares de un labriego el relato de una terrible inundación.

La mañana de aquel terrible día—contaba con acento dolorido—fué húmeda y brumosa. A lo lejos se oía el resuello colosal del río. Desde las ocho comenzó á llover: una lluvia que parecía brincar en los tejados como si fuera de cabezas de alfiler, nos tenía confinados en la casa. Yo vivía en el molino con mi esposa, mi padre y mis dos hijos. Mi padre, enfermo y en edad muy avanzada, no podía trabajar, y apenas, en los días de primavera, daba unos pasos en el campo. Lo demás del año lo pasaba tendido en un sitial que por las tardes acercaba á la ventana. Por fortuna, yo estaba fuerte aún, sano, robusto y á fuerza de trabajar en el molino que tenía en arrendamiento, ganaba lo bastante para el sustento y vestido de los míos. El primogénito comenzaba á ayudarme en el trabajo, como que tenía ya más de doce años. María, la pequeñuela, con ser tan chica como era, servía de mucho á la mamá en las haciendas y faenas de la casa. Y como no me espanta la labor, por penosa que sea, y como amaba locamente á mi familia, bien puedo asegurar que era feliz.

La mañana de que hablo no salió ninguno de la casa. Era esta de tablones de madera, pero bien ajustados y pulidos para que el aire no lograse entrar. Por miedo de que los niños enfermasen—porque daña y enferma la humedad—la hicimos alta. Recuerdo aún con cuánto gozo la veía, cuando, al volver de mis constantes excursiones á los pueblos cercanos, donde vendía á buen precio las harinas, divisaba el esbelto cono de su techo, las paredes pintadas de encarnado y la airosa escalera puesta al frente.

Pero..... con mis recuerdos y memorias prolongo la narración y la distraigo de su objeto! Como decía, esa triste mañana no salimos. Fué necesario prender luz para almorzar, porque la bruma

era muy densa y apenas nos veíamos los semblantes. Santiago—mi hijo—y yo pasamos largas horas en escribir, á la luz escasa de un mechero, las cuentas del molino, que, por ser día de fiesta, abandonamos. Apenas nos sentamos en la mesa, cuando el agua arreció. No era entonces ya la lluvia helada y menudita que chisporroteaba en el tejado. Caían chorros del cielo, y á la vez parecía que el aire espeso se iba trocando en una lámina de plomo. Margarita—mi esposa—estaba triste y asustada. Rogando á Dios que conjurase la tormenta, prendió el cirio bendito que el cura le regaló el día de Pascua. De cuando en cuando, sus amados lábios se entreabrían rezando el *Magnificat*. Mi padre, por enfermo, no comió: dormía en la pieza contigua sin que los rezos ni el chubasco le inquietasen. María—mi querubín de negros ojos—no quiso separarse ni un momento del lado de la madre. La víspera había comprado una muñeca en la feria del pueblo, y la arrullaba suavemente entre sus brazos.

Al caer la tarde, la lluvia era verdaderamente torrencial.

Santiago se atrevió á salir fuera de la casa para medir el peligro cara á cara. Al volver, me dijo algunas palabras en voz baja.

El río empezaba á desbordarse. Con efecto, á poco rato el agua que inundaba la campiña subía dos gradas en la escalera de la casa. Era preciso huir; mas, ¿de qué modo? El pueblo estaba lejos, y además no podíamos marchar á la intemperie, llevando en hombros á mi anciano padre. Más cuerdo era esperar, confiando en Dios. De codos en el pretil de la ventana, sintiendo el frío penetrante de la lluvia, pasé una hora. María estaba dormida en su camita, abrazando la muñeca. El río, como un titán colérico, se revolvía en su cauce, sacando á fuera un medio brazo, medio cuerpo, y rugiendo como una fiera encadenada. El clamor sordo del abismo llegaba á mis oídos como un toque de muerte. La niebla nos había ocultado en la mañana la crecida del río; pero, en aquél instante era imposible ya cerrar los ojos á la inminencia del peligro. Relinchaban los caballos en las caballerizas y los bueyes mugían en el establo. Vislumbres movedizos de acero indicaban la marcha de la inundación. Margarita, azorada, lanzó un grito.

—No te asustes—le dije;—el agua ya no puede subir más.

—No hay peligro ninguno, madre mía,—agregaba Santiago;—la casa es sólida y resistirá.

Pero, entre tanto, crecía el clamor inmenso de las aguas y aumentaba el espanto de las bestias en los corrales y caballerizas.

De repente, un estruendo formidable sacudió la campiña. El agua corría con la violencia de una fiera que rompe los barrotes de su jaula.

Oímos el crugir de la madera desquebrajada, y caballos y bueyes derribando las puertas, echaron á correr por la llanura. El grueso

de las aguas en el río, arrastraba cuerpos de animales y troncos descuajados y peñascos.

Ya era preciso huír; pero ¿por dónde? La inundación subía y era imposible atravesar el llano á pie. Y subía más minuto por minuto, siendo ya como un mar que se incorpora. Entonces, con martillos y tenazas, rompimos los tablones de madera.

Mi padre, mi mujer, mi hija María, todos pedían misericordia, pero sus gritos se ahogaban en el tumulto de las aguas. A fuerza de trabajos, espoleados por el instinto de la conservación, logramos improvisar en corto espacio, una imperfecta balsa de madera.

Mi padre entró primero, luego mi esposa con María en los brazos, en seguida Santiago y al último yo. Y la balsa pequeña y mal unida, comenzó á caminar sobre las aguas. Y sin decir una palabra sola, nos acercamos los unos á los otros, como si así quisiéramos impedir que la muerte nos separase. Yo contemplaba el río y decía en mi interior:—¡Infame! ¡infame!—En sus riberas, fértiles y amenas, hablé por primera vez con Margarita. Entonces sus rumores cadenciosos acompañaban mis conversaciones. Pero en aquél minuto de pavor, era el vil asesino que se erguía para hundirme en el pecho un puñal!

Aumentaba la fuerza de las aguas. A cada instante creíamos ver la luz de un bote ó la hoguera encendida en la azotea de alguna casa. ¿Nos acercábamos al pueblo ó nos alejábamos de él? ¡Imposible saberlo! La obscuridad era absoluta. Y así pasamos cuatro ó cinco horas esperando el socorro que no venía por parte alguna. Poco á poco el río se iba apoderando de nosotros. La corriente de las aguas nos arrastraba á él sin que hubiera camino de evitarlo. Y de improviso un recio tronco chocó con nuestra balsa y todos nos hundimos en el agua.....!

El mismo choque me arrojó fuera del río á los terrenos inundados. Allí pude nadar con mi hija en hombros. Pero, ¿y mi padre? ¿y Margarita? ¿y Santiago? ¡Todos arrebatados por la avenida! Todos perdidos sin remedio! ¡Infame! ¡Infame! No sé cuantas horas duró mi brega con el abismo. Amaneció. Gentes del pueblo me recogieron con mi hija en un bote de pescadores. Estábamos en salvo; pero ¡ay! mi padre, mi mujer y mi Santiago dormían bajo el sudario de las aguas. Mi casa y mi molino desplomados, sepultaron con ellos mi fortuna. Sólo María salvó de aquél desastre la muñeca que el día anterior había comprado.

CRÓNICA COLOR DE BITTER.

No tiembles ya; las aves azoradas, que volaban en todas direcciones, han vuelto á pararse en las cornisas de las casas y en las cruces de las torres; los árboles no sacuden más sus cabelleras trágicas, y el dormido titán que habita las entrañas de la tierra, yace descoyuntado, inerme y mudo, como el demente cuando pasan sus accesos. Acerca á tus delgados labios que el temor amarillea, la taza en que hierve el té, casi tan rubio como tus cabellos. Reposa tu cabeza sobre mi hombro y deja que se coloreen tus mejillas con los matices escarlatas de los mirtos. ¿No ves? El sol arroja, como siempre, su menuda lluvia de oro, y las amedrentadas golondrinas vuelven á travesear en la cabeza calva de San Pedro y en las túnicas de piedra que visten los Profetas en sus nichos. La bomba azul que cuelga del pulido artesonado y que guarda tu sueño por las noches, vacila cada vez más lentamente como la rapazuela juguetona que se queja dormida en el columpio. El reloj que contó nuestros minutos de pasión ha detenido sus agujas negras en la hora del terror; pero mi mano moverá de nuevo el péndulo y verás cómo torna á caminar, á manera del infeliz hebreo que no dió de beber á Jesucristo. Vuelva la sangre á circular por tus venas como ya ha vuelto el movimiento de la vida á las calles henchidas de carruajes y de gente. No tiembles más: descansa aquí, sobre mi pecho, mientras acerco á tus labios pálidos la taza, como si diera su tisana á un niño enfermo. ¿No quieres que pongamos en el te unas gotas de cognac? Ya nada tienes que temer: habla, sonríe; no danzan ya las copas en la mesa, ni el cordón de la campana azota las paredes. Ha concluido el terremoto, y la materia, eternamente esclava, no se mueve con bruscas rebeldías; solo tu corazón late violentamente junto al mío. La muerte que pasó sobre nosotros cerniendo sus grandes alas de lechuza, está muy lejos. La luz se está riendo de nosotros.

El pastel que dejaste mordido sobre el plato blanco; la diminuta

copa de Chartreuse, que no tuviste tiempo de apurar; mi cigarro encendido, y el coqueto escarpín color de rosa, que abandonó sobre la alfombra tu pie impaciente, nos observan con burla socarrona. Afuera, bulle nuevamente el caudaloso río de la vida.

Los coches pasan, y los caballos que momentos antes se detenían, abriéndose de manos, vuelven á galopar hiriendo con sus cascos las achatadas piedras de la calle. Los balcones se abren y en ellos aparecen caras aflijidas, rostros pálidos y cuerpos temblorosos de pavor. Poco á poco, la sangre vuelve á colorear esas mejillas y la sonrisa juguetona, que había huido como una mariposa cuando mira la sombra de la mano que va á caer sobre sus alas, vuelve otra vez moviendo sus élythros ruidosos, y entorna los delgados labios de carmín. Tus nervios se aquietan; tu manecita blanca tiembla menos, y el ondular agitado de tu seno ya se va sosegando poco á poco. Toma el té. Los duendes malos que habitan como topos en las profundas minas llenas de carbón, nos tuvieron envidia, y celosos de mí, quisieran espantarnos correteando por las betuminosas galerías, á donde nunca llega el rayo mágico del sol. El aire comprimido, no encontrando el respiradero de los volcanes, quiso abrirse paso bruscamente, como el viento que sale por los cañones de algun órgano. El gigante, en cuyo pecho enorme descansa el globo, se despertó al oír los gritos de los duendes, y esperezándose en su lecho de granito, sacudió la tierra. Las torres se bambolearon como si fueran á caerse; los árboles se mecieron, sin que el aire soplara agitando sus copas, y tú, convulsa de pavor, dejaste caer la leve cucharilla con que desmenuzabas el azúcar en la taza, y el azul no me olvides que arranqué á mi ojal para ponerlo entre tus labios.

No tengas miedo ya. El enorme gigante duerme y los duendes revoltosos apenas se atreven á asomar sus cabecitas en los obscuros socavones de las minas. La luz se está riendo de nosotros. Toma el té.

***

¡Si hubieras podido contemplar el espectáculo que presentaba la ciudad en ese instante! La mueca trágica y el guiño cómico se miraban confundidos, como en los dramas de Shakespeare. Los dependientes saltaban el mostrador de las tiendas é iban á arrodillarse en medio de la calle. Los jugadores se asomaban á las puertas de Iturbide con los tacos en las manos. Un escribano bajó las escaleras de su casa en mangas de camisa. Aquella acartonada lady yankee se tendió boca abajo sobre el piso. Todos interrogaban los edificios oscilantes con miradas de pavor, como el náufrago, sacudido por las olas, interroga el obscuro seno de los mares.

Los rieles del tranway, movidos por el terremoto, se agitaban espejeando como dos víboras de plata. Y de las puertas cuyas mamparas se columpiaban tristemente, salían como en tumulto hombres en bata, damas cubiertas apenas por el ligero peinador, niños trémulos, é iban á arrodillarse en medio del arroyo, con las manos cruzadas sobre el pecho, clavados los ojos en el cielo.

El sol indiferente derramaba su luz cruda sobre esta escena desgarradora. Las aves, sintiendo que los edificios vacilaban, salían de las cornisas y tejados agitando sus alas con espanto. En ese instante los ateos creían en Dios.

La madre corría á la cama donde descansaba el pequeñuelo, para llevarlo por la calle. Los prudentes se colocaban en los quicios de las puertas. Los que no decían ¡Jesús! proferían lo más enérgico de las interjecciones españolas. Mientras las torres de la Catedral se dirigían sendos saludos, inclinando sus enormes sombreros de campana, un ratero hacía cosecha de relojes en la plaza.

En los salones de las fondas, quedaban los sombreros y bastones, huesos á medio roer, y botellas volcadas en el suelo. La grasa se cuajaba en los platos y el vino se evaporaba en las copas. Algunos salieron á la calle con la servilleta puesta, y otros levantaban al cielo sus manos armadas de tenedores. Ninguno, sin embargo, atendía en esos momentos á los cómicos episodios ni á las figuras caricaturescas. Las caras tenían todas la expresión adusta que da Echegaray á los rostros de sus personajes en el tercer acto de sus dramas. El monstruo eternamente esclavo, se desencadenaba, y las cosas adquirían extraño espíritu. La Catedral se asemejaba á un hipopótamo fabuloso que fuera á triturar con su pezuña de granito las copas de los fresnos y el gran zócalo de piedra. Las fachadas hacían muecas de clown, y las cruces en lo alto de las torres, parecían gimnastas en trapecio.

En aquellos segundos de congoja, las ideas pasaron por los cerebros con una rapidez de cinco mil leguas por hora. Un panorama de cataclismos, desarrollándose al girar, como la tela de un transparente, presentó sus cuadros torcidos, sus figuras chuecas y sus escenas de desplome, á la imaginación de aquella muchedumbre. Lisboa, la Martinica, Ischia y Chio, pasaron en tropel por la memoria de algunos. Yo ví bailar en el espacio azul la esbelta cúpula de Santa Teresa, como si algún gigante de buen humor hubiera lanzado al viento su montera; me pareció que las columnas del teatro avanzaban sobre mí á paso de carga; sentí sobre mi cabeza las herraduras del caballo que monta Carlos IV, y en un momento de pavor, creí que la estátua de Colón jugaba á la pelota con el mundo. El viento movía los anchos pliegues de los hábitos que visten los frailes en el monumento de Colón y las guedejas pétreas de sus barbas. La robusta matrona que representa la ciudad de México, me llamaba con

movimientos de sirena. San Agustín, en el bajo relieve de la biblioteca, sufría un vértigo, y el angel que corona la torre de Jesús agitaba sus alas, como águila que va á tender el vuelo. ¡Oh cuántas ideas caben en dos minutos treinta y tres segundos! Las casas se desmoronaban ante mis ojos, como castillos de barajas; las piedras caían mezcladas con cabezas, y apenas si quedaban algunos paredones oscilando, como ebrios en la puerta de una taberna. Caídas las fachadas, se miraba el interior de algunas casas: desmelenados y aturdidos bajaban los vecinos por las ruinosas escaleras, cuyas gradas se movían como pedales de piano; en una alcoba alzaba desde la cuna sus bracitos flacos un pobre niño abandonado; las grandes vigas se columpiaban un momento en el espacio, y caían á plomo aplastando cabezas y desquebrajándose; remolinos de polvo se levantaban ocultando todo, y un inmenso clamor, compuesto de imprecaciones y plegarias, subía al cielo.

De repente pasó la borrachera, los santos de piedra se recogieron en sus nichos, cesó el can-can de las torres, y se fueron desvaneciendo en el espacio los cuadros que dibujaba la imaginación. ¿Cuántos minutos habían transcurrido? Un segundo ó un siglo. El tiempo no se mide con los cronómetros. Es un viejo enfermo que de improviso corre como un mozo.

En aquellos instantes de terror, los minutos fueron horas, días, años, como lo son para los tomadores de opio. Las ideas se atropellaban en los cerebros, como los espectadores al salir de un teatro que se incendia. Medimos el tiempo como lo mide el pasajero en el puente de un barco que va á hundirse. Por una delicadeza de las leyes naturales, en ese instante se detuvieron los relojes.

***

Pero ha pasado ya la pesadilla, despertamos y volvemos en torno la mirada. Las cosas todas están en sus puestos. La tierra no se mueve, los armarios están tranquilos. No tenemos ceñido el cuerpo por las víboras, ni chupa nuestra sangre, mordiéndonos la nuca, algún vampiro. Los buhos y las lechuzas que danzaban sobre nuestras cabezas, han desaparecido yendo á esconderse en los viejos campanarios.

Los transeuntes se saludan en las calles, como si volvieran de un largo viaje. Comienza á borrarse de los rostros la amarillez del miedo, y respiran con más desembarazo los pulmones. Los que han tenido más terror, experimentan las agradables emociones del convalesciente que vuelve á la vida. Las rosas parecen más frescas y más bellas las mujeres. Se ve el cielo más azul, y se acaricia la cabeza del niño que todavía solloza en un rincón. De cuando en cuando, sin embargo, se alza la cabeza para mirar si no se mueven los candiles y si el cordón de la campanilla se está quieto. Las cuarteaduras de la pared inspiran miedo.

Por la noche, las jóvenes acercan sus catres á la cama de la madre, y despiertan á cada instante sobresaltadas, creyendo que repite el terremoto. El botiquín de la casa, abierto de par en par, muestra los desechos paquetes de tila y las rugadas hojas de naranjo. Los padres refieren con espeluznantes detalles, el terremoto que derribó la cúpula de Santa Teresa. Los chiquitines se duermen en las rodillas de la madre, y los novios amartelados de las niñas, hablan poco de amor. Al día siguiente, están muy concurridas las iglesias. Se oye misa con gran devoción, y al salir del templo, los novios aprovechándose del tumulto, se aprietan la mano furtivamente. En la noche, el amante cobra con usura el beso que no pudo recibir la víspera.

***

Toma el té. Ya ha pasado el terremoto. Estamos juntos y te amo. La muerte no acobarda mas que á los enamorados que están ausentes. Si ha de venir, que nos mate á los dos de un mismo golpe. La muerte que yo temo es la que llega con sigilo y con cautela, arrastrándose por la alfombra de la alcoba. Si tú me sobrevives, te irás alejando de mi recuerdo como el barco se aleja de la playa. La pena del amor es el olvido. Nuevas flores brotarán en los jardines para que los enamorados trencen sus guirnaldas, y otras aves despertarán con el golpe de sus alitas en los vidrios, á Romeo dormido en los brazos de Julieta. El dolor no es eterno. Las fuentes se agotan y los claveles se marchitan y el amor se apaga.

Por eso querría morir con todos los séres que amo, y hacer junto con ellos el duro viaje por lo desconocido y por lo eterno.

Pero la tierra no vacila ya; tu corazón late más sosegado, y la lámpara azul de tu alcoba, no se columpia como la Sara del poeta. Ven conmigo; acabemos de comer. . . . . .

CRÓNICA COLOR DE MUERTOS.

I

LA ENFERMITA.

Calle abajo, calle abajo, por uno de esos barrios que los carruajes atraviesan rumbo á Peralvillo, hay una casa pobre, sin cortinas de sol en los balcones, ni visillos de encaje en las vidrieras, deslavazada y carcomida por las aguas llovedizas que despintaron sus paredes blancas, torcieron con su peso las canales, y hasta llenaron de hongos y de moho la cornisa granujienta de las ventanas. Yo, que transito poco ó nada por aquellos barrios, fijaba la mirada con curiosidad en cada uno de sus accidentes y detalles. El carruaje en que iba, caminaba poco á poco, y conforme avanzábamos, me iba entristeciendo gravemente. Siempre que salgo rumbo á Peralvillo, me parece que voy á que me entierren. Distraído, fije los ojos en el balcón de la casita que he pintado. Una palma bendita se cruzaba entre los barrotes del barandal, y haciendo oficios de cortina, trepaba por el muro y se retorcía en la varilla de hierro una modesta enredadera, cuajada de hojas verdes y de azules campanillas. Abajo, en un tiesto de porcelana, erguía la cabecita verde, redonda y bien peinada, el albahaca. Todo aquello respiraba pobreza, pero pobreza limpia: todo parecía arreglado primorosamente por manos sin guante, pero lavadas con jabón de almendra. Yo tendí la mirada al interior, y cerca del balcón, sentada en una gran silla de ruedas, entre dos almohadones blancos, puestos los breves piés en un pequeño taburete, estaba una mujer, casi una niña, flaca, pálida, de cutis transparente como las hojas delgadas de la porcelana china, de ojos negros, profundamente negros, circuidos por las tristes violetas del insomnio. Bastaba verla para comprenderlo: estaba tísica. Sus manos parecían de cera; respiraba con pena, trabajosamente, recargando su cabeza, que ya no tenía fuerza para erguirse, en la almohada que le servía de respaldo, y viendo con sus ojos agrandados por la fiebre

esa vistosa muchedumbre que caminaba en son de fiesta á las carreras, agitando la sombrilla de raso ó el abanico de marfil ó la caña de las indias ó el cerezo.

Los carruajes pasaban con el ruido armonioso de los muelles nuevos; el landó, abriendo su góndola forrada de azul raso, descubría la seda resplandeciente de los trajes y la blancura de las epidérmis; el faeton iba saltando como un venado fugitivo, y el mailcoach, coronado de sombreros blancos y sombrillas rojas, con las damas coquetamente escalonadas en el pescante y en el techo, corría pesadamente, como un viejo soltero enamorado tras la griseta de ojos picarescos. Y parecía que de las piedras salían voces, que un vago estrépito de fiesta se formaba en los aires, confundiendo las carcajadas argentinas de los jóvenes, el rodar de los coches en el empedrado, el chasquido del látigo que se retuerce como una víbora en los aires, el son confuso de las palabras y el trote de los caballos fatigados. Esto es: vida que pasa, se arremolina, bulle, hierve; bocas que sonríen, ojos que besan con la mirada, plumas, sedas, encajes blancos y pestañas negras; el rumor de la fiesta desgranando su collar de sonoras perlas, en los verdosos vidrios de esa humilde casa donde se iba extinguiendo una existencia joven é íbanse apagando dos pupilas negras, como se extingue una bujía lamiendo con su llama el arandela, y como se desvanecen y apagan los blancos y fríos luceros de la madrugada.

El sol parece enrojecer la seda de las sombrillas y la sangre de las venas: quizá ya no le veas mañana, pobre niña! Toda esa muchedumbre canta, ríe: tú ya no tienes fuerzas para llorar, y ves ese mudable panorama, como vería las curvas y los arabescos de la danza el alma que penase en los calados de una cerradura. Ya te vas alejando de la vida, como una blanca neblina que el sol de la mañana no calienta. Otras ostentarán su belleza en los almohadones del carruaje, en las tribunas del *turf* y en los palcos del teatro; á tí te vestirán de blanco, pondrán la amarilla palma entre tus manos, y la llama oscilante de los cirios amarillos perderá sus reflejos en los rígidos pliegues de tu traje y en los blancos azahares, adorno de tu negra cabellera.

Tú te ases á la vida, como agarra el pequeñito enfermo los barrotes de su cama para que no le arrojen á la tina llena de agua fría. Tú, pobre niña, casi no has vivido. ¿Qué sabes de las fiestas en que choca el cristal de las delgadas copas y se murmuran las palabras amorosas? Tú has vivido sola y pobre, como la flor roja que crece en la granosa hoquedad de un muro viejo ó en el cañón de una canal torcida. No envidias, sin embargo, á los que pasan. Ya no tienes fuerza ni para desear!

II

LA INSOLENTE.

El landó en que Cecilia se encaminaba á las carreras, era un landó en forma de góndola, con barniz azul obscuro y forro blanco. Los grandes casquillos de las riendas brillaban como si fuesen de oro, y los rasos, nuevos y lustrosos, giraban deslumbrando las miradas con espejeos de barniz nuevo. Daba grima pensar que aquellas ruedas iban rozando los guijarros angulosos, las duras piedras y la arena lodosa de las avenidas. Cecilia se reclinaba en los mullidos almohadones, con el regodeo y deleite de una mujer que antes de sentir el contacto de la seda, sintió los araños de la jerga. Iba contenta: se conocía que acababa de comer trufas. Si una chuparrosa hubiera cometido la torpeza de confundir sus labios con las ramas de un mirto, habría sorbido en esa ánfora escarlata la última gota de champagne.

Cecilia entornaba los párpados para no sentir la cruda reverberación del sol. La sombrilla roja arrojaba sobre su cara picaresca y su vestido lila, un reflejo de incendio. El anca de los caballos, herida por la luz, parecía de bronce florentino. Los curiosos al verla, preguntaban ¿quién será? Y un amigo filósofo, haciendo memoria de cierta frase gráfica, decía:

—Una duquesa ó una prostituta.

III

LAS NUBES Y BEJARANO.

Las nubes, como una gran legión de monstruos negros, escalaban el cielo. Los pálidos luceros, que empezaban apenas á brillar, se estremecían de miedo ante el avance mudo de la sombra. Pronto la espesa y lenta marea obscura, cubriría con su manto de betún esas lucientes arenitas de oro. Abajo, en las angostas calles alumbradas por la hiperbórea luz eléctrica, bullía la muchedumbre y pasaban á escape los carruajes. Los artesanos esperando una paga extraordinaria, se alineaban frente á la casa de Chauveau. Un venerable anciano de cabellos blancos acechaba á las modistas espiando por el aparador de Mme. Dronot.

¡Cómo se afanan las pobrecitas costureras, encorvando sus cuerpos sobre la mesa llena de ricas telas y de plumas! Mañana es fiesta; aguardan las señoras en el silencio de su tocador, y aun no terminan la tarea. La aguja penetra, como el puñal de un duende, en la seda y el raso. La paja florentina de los sombreros va cubriéndose de plumas y de encajes. El manequí, parado en medio del taller, aguarda inmóvil.

Las nubes, como una gran manada de hipopótamos, avanzan lentamente en el espacio. ¿Lloverá? Bejarano pensativo clava los ojos en el firmamento obscuro.

IV

EL SALON.

Los gomosos han notado que la luz eléctrica pone más de relieve las partes calvas y las superficies desteñidas de una levita. Las mujeres sospechan que los átomos de polvo de arroz ó crema oriza aumentan de volumen cuando el rayo, desprendido de los grandes focos, viene á herirles. Toda mujer pintada debe abstenerse cuerdamente de pasar por las calles que ilumina el foco eléctrico. A esa luz byroniana los poros del cutis se hacen más visibles y los ungüentos de Coudray dan á los rostros cierto parecido con los de las bailarinas que aparecen en "Roberto el Diablo." Los trajes, en cambio, lucen mejor. Una falda azul parece la ola de un río alemán iluminado por la luna. La seda adquiere tintes y espejeos maravillosos. Los encajes parecen alas de libélula, y las plumas de ganso plumas de faisán.

Cuando los jóvenes del día tengamos nietos—el caso es muy remoto—les referiremos en las veladas de invierno, cómo fué un tiempo en que las ciudades se iluminaban con el gas. Ellos nos oirán como oiamos nosotros á nuestros abuelos cuando nos contaban cómo era el alumbrado de la ciudad en la época de los virreyes. A la luz de los grandes focos eléctricos, la ciudad se anima, el gas amarillea bajo el cristal, y las sombras de los transeuntes se prolongan como el cuerpo elástico de esos gigantes que sirven de solaz á los chicuelos en toda comedia de espectáculo. En medio de esa luz polar, se dirige la turba de paseantes al salón. Allí el espectáculo cambia. También esparce en él la luz eléctrica sus rayos ultra-violetas; pero la animación, el ruido, el movimiento, son mayores. Los hombres giran como los caballos de un hipódromo, y las señoras, sen-

tadas en los asientos de bejuco, miran pasar aquella monótona caravana. Entre esta masa humana hay algunas parejas que se aislan: son las que han empezado el duo de amor.

Para éstas, la ola viviente que se encrespa más y más, no importa nada; la música está muda y la luz ciega: ¿en donde hay armonía que valga tanto como la voz de una mujer querida, ni luz que iguale el resplandor de una mirada?

Los papás refunfuñan entre dos bostezos. Las que buscan novio se adornan con los trajes más vistosos y *boyantes*, empenachan su cabeza con los adornos más extravagantes, y se colocan como en mostrador, bajo algún foco eléctrico. Los hombres pasan indiferentes. Los gomosos entablan sus instructivas conferencias sobre el modo mejor de culotear las boquillas. Los abogados hablan de sus pleitos, y Bejarano anota en su libro de caja la armonía de los pesos descendiendo en cascada sobre el cofre fuerte.

V

EL HOMBRE DE NOVIEMBRE.

Bejarano, en estos días, ha sido uno de los temas de la conversación general, como los mil y un sombreros y los trajes de oro. Es uno de los platillos del día. Algunos hincan en él sus dientes ó le encajan el tenedor. Como Thiers era el hombre de Septiembre, Bejarano es el hombre de Noviembre. Los escribientes de juzgado, tinterillos y ayudantes de notario, se creen heridos en su dignidad cada vez que se permite al hábil empresario que establezca sus salones de concierto. Los que estudiaron con él primer curso de matemáticas, creyéndose, modestamente, superiores al joven ex-regidor, protestan enérgicamente contra el favoritismo de que goza. Todos los que no tienen un peso en el bolsillo para entrar en el salón, increpan á Bejarano, como increpaba Camoens á Portugal; *¡Ingrato salón, no poseerás mi grasa!* En esta gran conjuración de levitas grasosas y chisteras calvas, se jura el exterminio de Bejarano. ¡Caigan los tiranos! Se bendicen los puñales y se mandan amolar por el amolador de la esquina. ¡Abajo el monopolio!

Bejarano se cura poco de estas grandes indignaciones. Dispone con elegancia y gusto el salón, abre sus puertas, y las mujeres elegantes, las que quieren serlo y las que no lo son, inundan sus pintorescas avenidas.

Lo que debe causar cierta extrañeza á los amables extranjeros

que visitan el paseo, es el silencio casi absoluto que guardamos todos. No se forman grupos ni se entablan conversaciones mas que en el círculo diplomático. Los hombres pasan ante la triple hilera de asientos ocupados por mujeres bonitas y mujeres feas, como pasa un pachá por el bazar de Trebizonda. Las mujeres ven desfilar á los hombres con la mirada inflexible y fría del mayordomo que cuenta las ovejas del rebaño.

Los alemanes toman cerveza en la cantina. Las botellas forman murallas, torres y castillos en las mesas. Los alemanes comienzan á embriagarse en la centésima botella, esto es, á los cincuenta pesos. Los gomosos se embriagan con un vaso de agua tibia. Los poetas enamorados, que creen muchísimas estupideces, miran pasar á las damas recordando con envidia á aquel *Don Juan* de Campoamor,

> De quien cuentan que un día,
> Para aliviar sus penas,
> Mandó hacer de las rubias que quería
> Un gran manto de rizos que tendía
> Sobre un colchón de bucles de morenas.

VI

LOS MUERTOS.

En Noviembre — dice Emilio Zolá — deben visitarse los cementerios. Es el mes de las tristezas. Sin embargo, ¡qué poética tristeza la que causa en el alma un cementerio! Los rosales extienden sus largas flores de blancura láctea y rojo obscuro. Sus raíces se afianzan en las paredes de los ataudes, y toman allí, para darla á las flores, la palidez de los pechos virginales, la roja sangre de los pechos heridos. Una rosa blanca es la eflorescencia de una virgen muerta á los quince años. Una rosa encarnada es la última gota de la sangre de un soldado muerto en la pelea.

¡Oh flores de los cementerios! ¡flores vivas! ¡vosotras guardais algo de los seres muertos!

En los pueblos, los ciruelos y los duraznos crecen donairosamente por detrás de la parroquia, como formando la guardia de honor del camposanto. El ama del cura, con su cesta en la mano, va á recoger ciruelas y duraznos para la comida. El viejo sacerdote llama á aquellas frutas el "traje de terciopelo del buen Dios."

Yo conozco uno de esos cementerios de aldea, cercados de altos

árboles frutales. El cura se desayuna sentado en la piedra de un sepulcro y arrojando migas de pan á las inquietas avecillas. ¡Una pequeña orgía sobre los huesos de los muertos! El cementerio está de fiesta. La yerba crece enhiesta y dura; las fresas, encarnadas como los labios de mi novia, extiende en aquel rincón su mantel roio; el viento que viene desde la llanura huele á trigo y á maíz recién cortados. A medio día, zumban las abejas, como prendidas en un rayo de sol; los gusanos trepadores se encaraman por la corteza de los árboles; las hormigas salen correteando de sus agujeros para beber luz y calor á campo raso. Los muertos deben tener calor. Aquello entonces, no es un cementerio; es una porción de la vida universal, en donde las almas de los muertos transmigran á los verdosos troncos de los árboles; es el prolongado beso de lo que fué ayer y lo que será mañana. Las flores son la sonrisa de los niños. Los frutos son los pensamientos de los hombres.

A nadie estaba prohibida la entrada al camposanto. Los duraznos pertenecían al señor cura; pero las flores eran de todos. Los niños iban allí todas las mañanas á formar ramilletes. A veces, á hurtadillas del sacristán, solían subir por el tronco del durazno y llenar las bolsas con sus frutas.

En otras ocasiones, la yerba crecía tanto que ocultaba las groseras cruces de madera negra. Entonces el asno en que el señor cura cabalgaba, cuando iba á decir misa en los pueblos comarcanos, era el que entraba á pastar en el silencioso cementerio. Los feligreses acusaban al asno de que mordía el alma de los muertos.

Marta, la nieta del alcalde, había plantado un rosal sobre la tumba de su novio. Marta iba al camposanto todos los sábados al anochecer y cortaba una rosa del rosal, para prenderla en su corpiño. Durante todo el domingo, Marta aspiraba el perfume de su amor perdido. Cuando bajaba los ojos para verse el pecho, se imaginaba mirar el alma de su prometido que le sonreía.

***

Ah! yo paseo con delicia por el camposanto, cuando el cielo está azul y las flores se abren en la tierra! Entonces, desnuda la cabeza recorro las calles olvidado de mis penas, como quien anda por una ciudad santa en donde todo es amor y perdón. Bajo la azul limpidez del horizonte, el cementerio extiende sus hileras de sepulcros blancos. Grandes masas de follaje dejan apenas ver las cruces de mármol de los mausoleos. La primavera es propicia para los desiertos campos en donde reposan nuestros bien amados. Parece como que extiende una alfombra de césped á los pies de las jóvenes viudas que van á visitar en su último hogar al esposo de su alma. La luz de

Abril blanquea los mármoles. De lejos el cementerio parece un inmenso ramillete de verdura, sembrado á trechos de enormes rosas blancas. Las tumbas son como las flores marmóreas de la yerba y del follaje.

***

Camino lentamente por las sombrías avenidas en medio de silencio profundísimo, respirando el acre y penetrante olor de los sembrados. Las ráfagas de aire que menean las hojas de los sauces y tocan mis mejillas, son el aliento perfumado de una mujer invisible. Todo un pueblo duerme silencioso á los pies del distraído transeunte. De los arbustos, de las aguas, de las hendeduras de las tumbas se escapa una respiración regular y acompasada, como la de un niño que, tendido indolentemente sobre el césped, duerme con quietud al medio día.

Largo tiempo pasé en muda contemplación. Abajo, hervía la ciudad. Allí solo se oía el grito de un pájaro, el zumbido de algún insecto, el súbito chasquido de una rama. Después, el profundo silencio, esa noche de los sonidos. Entonces me parecía percibir más claramente el aliento pesado de las tumbas. Solo algun vecino distraído, algún honrado hortera atravesaba en pantuflos y con las manos por detrás, las quietas avenidas.

***

Noviembre, Noviembre, mes de las hojas marchitas y de las ráfagas heladas, tú eres el mes de las tristezas, el mes de los muertos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA FIESTA DE LA VIRGEN.

(EN LOS CAMPOS.)

Todavía me parece estar mirando aquella casa de paredes blancas y de enormes patios que dió hospedaje á mis ensueños y á mis amarguras. Todavía me parece estar mirando la fuente rodeada de naranjos, el viejo asiento de piedra en que descansábamos al anochecer, mientras entraban los ganados al establo y se encendían los astros en el cielo; y el frondoso fresno que sombreaba la puerta de la casa, como un gigante guardia-palatino.

Yo recobraba allí mis fuerzas extinguidas en esa lucha diaria con las ideas y las pasiones. Me escondía en aquella bendita heredad, lejos de esta enorme caldera humana en donde bullimos con la hinchazón de las burbujas, y aquietaba mi ánimo. De los campos en donde el buey araba y el ancho zurco abríase, subía hasta mí ese olor sano de la Naturaleza que vigoriza y fortifica el cuerpo. De las personas en cuya intimidad vivía, brotaba ese perfume delicioso de las almas buenas, que da calor y vida á nuestro espíritu. Recogido en aquella calma augusta de los campos, yo decía á la Naturaleza como Lacordaire al Creador:

—¡Oh madre, eterna madre, yo voy á vos..... abridme!

***

El invierno entumecía las aves en sus nidos y transformaba en cristales duros el agua helada de las fuentes. Los pobres labradores tiritaban, y el cielo resplandecía con todas sus hermosas claridades, como una plancha de acero azul bruñido. Los carros atravesaban la calzada rechinando. Mis oídos se abrían á todos esos rumores sordos de los campos, á esos vagos ruidos del viento que brama entre los viejos encinares y besa murmurando el tallo de las rosas, como Hércules á los piés de Onfalia. Oía el balido de la oveja y el piafar del potro, la voz del buey que muge y la campana de la ermita, dando, al obscurecer, las oraciones.

También la madre Naturaleza reconstruía sus fuerzas como yo.

Los granos caían en el surco y las ideas arraigaban en mi entendimiento. El hielo de los campos y la austeridad huraña de mi espíritu, no eran mas que disfraces pasajeros: la simiente se multiplicaba bajo de la tierra, y las doradas ilusiones sacudían sus alas entumecidas en mi alma, como salen del tamarindo hospedador las aves que pasaron la noche entre sus ramas!

***

El frío nos obligaba á buscar la atmósfera caliente de las habitaciones y á galopar por las mañanas en el valle. La noche nos veía reunidos en la capilla, angosta y larga, á través de cuya ventana se miraba el cintilante resplandor de las estrellas que ardían sin producir calor, como aguzadas puntas de diamante. A veces las estrellas se apagaban:—¡diríase que la sombra de Dios pasaba por el cielo!

La capilla estaba comunmente casi á obscuras. Una lámpara de aceite ardía nada más junto á la imágen de la Virgen. Era el alma de fuego que oraba por los espíritus de hielo. En la sombra se perfilaban los confesionarios con la reja abierta para recibir á los pecadores. En un lienzo de la pared se destacaba el cuadro de la Virgen de la Luz. Al concluir la oración, las jóvenes se ponían de puntillas para tocar sus plantas con los labios.

***

Ningún recuerdo, sin embargo, vive con tanta vida en mi memoria, como el de ese claro y sereno día de la *Purísima*. En la noche anterior, se había ocupado la familia en disponer el santo altar. Yo había ayudado á colocar los cirios y á poner las flores de papel en los jarrones de yeso. En el jardín no había mas que una sola flor —y esa no la hallé en mis pesquisas.—Solo una mujer puede encontrar las flores dentro de la nieve!

¡Ay! aquella sencilla ocupación regocijaba mi ánimo. Me parecía que me iba aproximando á los días apacibles de mi infancia, esto es, que iba llegando al cielo. Respiré con delicia el místico olor del incienso—ese divino olor de castidad!—En la mesa tallada de la sacristía brillaba limpio y lustroso, el copón de oro. Al acostarme aquella noche, pensé oir ese vago rumor de alas que arrulló mi sueño la víspera de mi primera comunión!

***

En la tarde del siguiente día se verificó la procesión en el cercano pueblo. Yo jamás había visto procesiones. Vine al mundo cuando los cirios que un poeta vió en manos de los monjes en el coro —y que simbolizaban la fe—estaban casi todos apagados. Ver una procesión me alborotaba, pues, como la gran contemplación del Océano.

Las leyes de Reforma tenían ya tantos años como yo; pero en los pueblos nadie sabe leyes. El alcalde, representante del Estado en esa pobre aldea, era tal vez el único que conocía las cortapisas impuestas á los cultos religiosos. Por eso, bastón en mano, salía de su palacio—un caserón con dos corrales llenos de gallinas—y, al hallarme, con cierta rigidez homérica me preguntaba:—¿Por dónde viene la procesión?—Yo le indicaba el rumbo que había tomado al salir de la parroquia. Entonces él, torciendo por la calle opuesta, me decía:—Voy por aquí. Yo no quiero saber que hay procesión. No puedo permitir esta infracción escandalosa de las leyes!

***

Reventaban los petardos y los cohetes subían culebreando por la atmósfera. Todos los balcones y ventanas se veían llenos de mujeres y de niños. Las sobrecamas y las carpetas de las mesas servían, por aquella vez, de colgaduras. En la parroquia repicaban las campanas.

Por fin, la procesión desembocó. Ya olía el aire á incienso. Por delante marchaban los niños de coro, con sobrepellices lavados y zapatos nuevos. Luego, de dos en dos marchaban los devotos, cirios en mano. Aquellas buenas gentes formaban como la guardia de honor de la Virgen, que iba en andas. Atrás, entre una doble hilera de gente arrodillada, bajo el pobre palio, iba el guardián con su ornamento azul, enorme lujo de los días solemnes, llevando entre sus manos las custodia santa!

Al desfilar la procesión reventaban con multiplicada fuerza los petardos, la campanilla dejaba oír su timbre de oro, y una lluvia de flores silvestres descendía de los balcones.—¡Oh santa sencillez! ¡Oh santo amor!

***

¿Por qué arrancar á los humildes y á los pobres el pan que los nutre y el bastón que los sostiene, la esperanza? ¿Quién dará entonces fuerza á esos cuerpos miserables que se encorvan sobre el terruño? ¿Qué premio esperarán esos desheredados de la tierra, que llegaron tarde á la cabecera del padre moribundo, y no obtuvieron de su herencia más que los dolores? No les quiteis, por Dios, la mano que los levanta en sus caídas, el soplo que vivifica sus espíritus, el ala que puede levantarlos hasta el cielo. ¡Son tan pobres!

—¿Crees en Dios?—preguntaba á un marino un gran poeta.

—¿A quién, si no, oraría cuando la tempestad hincha los mares y relampaguea en el cielo?

La fe es la mano que está tendida siempre, el bolsillo que nunca se vacía, el corazón que eternamente late. ¡Cuántos odios agitarían sus cuerpos de culebra en el obscuro fondo de esas almas tan mal queridas por la tierra, si la Virgen no sonriera en el altar, y si Cristo no abriese sus exangües brazos en la cruz! ¡La Virgen es la madre de todos los huérfanos!

***

La fiesta terminaba ya en el pueblo. Los fuegos de artificio abrían sus flores rojas en el obscuro lienzo de la noche. Las estrellas cintilaban en el cielo, tan frías y tan brillantes como en la noche de Navidad. Nosotros regresábamos contentos en el *breack*, abriendo nuestros oídos á los rumores majestuosos de la noche, y nuestros corazones á las voces del cielo. Ya distinguíamos los fuegos y las luces de la hacienda, la última rueda de cohetes se había apagado ya en la obscuridad. Los luceros brillaban siempre en el espacio!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO EN INVIERNO.

—

La Navidad, con voz aguardentosa, llama á la dócil puerta del estómago. Los aparadores ostentan detrás de los cristales, empañados por el frío, todas las obras maestras de la glotonería. El severo jamón, con gravedad de hombre político, se pavonea orgulloso al lado de los eternos salchichones, envueltos en su funda plateada, como los ricos egoistas y los tabacos de la Habana. El pavo, atravesado por un puñal luciente, abre su pico inmóvil, pidiendo misericordia. Los chorizos se juntan, atados como galeotes, y formando collares pantagruélicos, excitan los apetitos más rehacios. El gas alumbra con su luz descocada é insolente, las pilastras y torres de lustrosas latas, anchas y angostas, oblongas y cuadradas, todas resplandecientes como el acero bruñido y reflejando la llama tranquila de los quemadores. Por entre las marañas y guedejas de heno mal peinado, cuelgan cuerpos de azúcar y ángeles de caramelo. Las cajas de galletas, abiertas con malicia, dejan ver sus hileras color de oro. Pendientes de las ramas puestas en el aparador, figurando árboles, danzan alegremente las pequeñas canastas de nervioso mimbre, ó de cabellos argentinos. Adentro, tras el gran mostrador siempre ocupado, los dependientes, con la chaqueta negra abotonada, se multiplican destapando botes, abriendo cajas y cortando quesos. Sobre aquel círculo inmenso, forrado de latón, descansa un queso suizo, respirando glotonería por cada uno de sus mil ojuelos. Las botellas, escalonadas como batallones de prusianos, con sus cascos plateados y amarillos preparan el ataque en pelotones. Allí descubro el Chateau-Larose, carmíneo, como las ardientes mejillas de la Srita. P···, el Jonhanisberg, fluido y transparente; el finchado Oporto, que da la petulancia, y el verdoso Rhin, que da el amor. ¡Paso á los coraceros! El Champagne, aparatoso y fátuo, como buen francés, lleno de condecoraciones y dorados, cautiva los ojos con su lujo aristocrático. Las bodegas del Marne se han vaciado para

llenar esos escaparates. Ahí están las botellas alemanas, con sus cuellos de caballos de carrera, largos y flacos, hechos para uso de las grullas y de los berlineses; las botellas francesas, coquetas y relucientes, con trajes de amazona y sombrerillos de lofóforos; los grandes vinos españoles, los grandes señores de los vinos, altivos y severos, como nobles castellanos delante de su rey; las cosechas de Andalucía, los líquidos transparentes, que tienen un átomo de sol en cada gota; los tarros de Cognac, los barriles de Burdeos, con la bronceada espita abierta y derramando el generoso líquido en las botellas de verdinegro vidrio; el Ajenjo, color de océano, y la Chartreuse, color de ámbar; toda la interminable descendencia de la uva, toda la tumultuosa variedad de vinos, asecha al comprador, parapetada en los escaparates; y las botellas, altas y chaparras, gruesas y delgadas, adustas y coquetas, airosas y desgarbadas, provocan y llaman á los glotones transeuntes, con el descaro de una turba de loretas, tirando de la levita al extranjero que pasa á media noche por los boulevares.

La mar, la eterna esclava, envía diariamente á nuestras fondas, gruesas de ostras y cargamento de pescado. El huachinango, abierto por mitad, muestra su blancura láctea y su carne de camelia. El pámpano se sonroja detrás de las vidrieras. Los caracoles se juntan al camarón rojizo. Y junto á estos criollos de la mar, asoman siempre altivos los pescados extranjeros, el Salmón, la Langosta, el Makerel, el Maquereau, el Calamar y la Lamprea, en promíscuo ayuntamiento con el jamón endiablado y con el jamón en pasta, el Turkey y el Chicken, el Beef-Touque y el Paté de foie-gras, las aceitunas, los pickles, las anchoas.

Los pasteleros no se dan un punto de descanso. El horno, constantemente encendido, tuesta con sus besos de fuego, la obediente masa. Una dorada y apetitosa costra rodea las grandes empanadas, rellenas de jamón ó sardinas. La viuda Genin encarcela en los aparadores de cristales, grandes ejércitos de pasteles, todavía calientes, y cada vez que levanta su cubierta, sube de aquella masa un humo tenue, que acaricia los olfatos *lerdistas* de los parroquianos. Messer vende bombones á carretadas. Zepeda vacía sus bodegas para abastecer á los clientes. Acabo de ver, en pie, junto á un aparador, á un pobre viejo, que tiritando de frío, con las manos ocultas en los bolsillos del pantalón, prendido con un alfiler el cuello del raído saco, y calado el grasiento sombrero hasta los ojos, contemplaba con tristeza mezclada de codicia, la sana rubicundez de los jamones y la blancura aristocrática de los pescados. ¡Pobre viejo! Estaba cenando mentalmente. Sus ojos, resplandecientes de glotonería, hubieran devorado hasta las velas de esperma que danzaban en el aparador, pendientes de las ramas. ¡Bien se conoce que esta noche es Noche Buena!

***

¿En dónde iré á tomar la sopa de almendra? Las nueve noches de posadas han transcurrido para mí monótonas y tristes. He visto muchos cohetes en el aire, muchos canastos cargados de provisiones, en las calles, muchos balcones iluminados y muchas sombras bailando tras de las persianas. Pero los profanos estamos excluidos de esas fiestas de familia. Las casas más hospitalarias han tapiado sus puertas, prohibiéndonos la entrada. No ha habido más remedio que ir á refugiarse en algún teatro, pensando en la ópera bufa que llegará dentro de pocos días, ó esperar á que suene la media noche, bostezando, en los billares desiertos de Iturbide.

Unos cuantos americanos juegan muy gravemente al pokart en aquella mesa. Tres hombres políticos discurren en la cantina acaloradamente, en *tête à tête* con tres vasos de ajenjo. Un viejo de barba blanca, algo amarillenta cerca de la boca, por la vecindad del cigarro apura á pequeños sorbos su café, leyendo atentamente algún periódico. El salón está escasamente concurrido. La doble hilera de luces, escondidas en bombillas blancas, se extiende con la gravedad de todas las líneas rectas, hasta el fondo. El forro verde de las mesas alineadas, toma un tinte obscuro por la débil claridad de los reverberos, que están á media luz. En la gran mesa, dos veteranos del billar juegan una guerra de piña. Las bolas blancas corretean dispersas, y poco á poco van cayendo en las buchacas. Los dos jugadores permanecen mudos; solo se escucha el golpe seco de los tacos y el choque opacamente sonoro del marfil. Estoy seguro que va apostada en este juego una gruesa cantidad. El que ahora tira, con su chaqueta gris, su sombrero de alas anchas, su pantalón bombacho y el interminable bejuco de oro, que se enreda formando arabescos en los botones de su chaleco, tiene todo el tipo de un jugador de oficio. El otro tiene cara más bonachona: apostaría á que pierde.

En dos mesas se juega carambola. Un grupo de curiosos ó desocupados, observa á aquellos estudiantes, que vienen á estudiar la geometría en el tapete verde del billar. Lo demás del salón está desierto. Un ochentón embozado hasta las cejas y cubierta la nariz por una gran bufanda de cuadros blancos y aplomados, ronca patriarcalmente junto al polvoroso mármol de una mesa. Por las puertas á medio abrir, que comunican con el pórtico, se ven pasar sombras chinescas, cuyas líneas percíbense claramente cuando la luz del salón frontero á los billares, las alumbra. En el salón del hotel, un hombre grueso, sentado junto á la mesa redonda, lee un periódico. El sofá y los sillones de bejuco abren en vano sus brazos africanos. La lámpara de gas está á medio encender, y un pasajero aficionado, cuya figura no puede distinguirse desde aquí, toca al piano la invocación de Bertramo en *Roberto el Diablo*.

En los corredores del hotel reina la misma soledad, la misma sombra. Las persianas están todas corridas, y apenas si por entre los intersticios de alguna se escapan los vergonzantes rayos de una luz. Los extranjeros que viven en aquellas habitaciones deben aburrirse soberanamente.

Yo no soy extranjero, y sin embargo, me aburro tan soberanamente como ellos. La luz eléctrica proyecta su claridad hiperbórea como el sol polar, y yo tirito de frío, como debió tiritar Northeskiold.

> Car l'hiver ce n'est pas la bise et la froidure
> Et les maisons deserts qu'hier nous avons vu;
> C'est le cœur sans rayons, c'est l'ame sans verdure,
> C'est ce que je serais cuand vous n'y serez plus!

***

Es necesario saborear á pequeños sorbos los últimos días del año que se va. He aquí que vuelve San Silvestre, y tocando con el nudoso bordón á nuestra puerta, exige el recibo legalmente estampillado de los trescientos sesenta y cinco días que hemos gastado. Hé-le ahí, pobre viejo á quien el calendario, como una casa de vecindad toda alquilada, no ha podido dar más que la obscura y última bohardilla! ¡Héle ahí! San Silvestre: calienta tus entumecidos miembros junto á la chimenea; toma un vaso de ron, y luego, vete!

Yo de mí sé decir que no acompañaré con un suspiro el fúnebre Corbillard del año muerto. Puede en buena hora escurrirse con los años que le precedieron en el amplio almacén de accesorios, en donde el gran maquinista guarda las viejas lunas y los rayos enmohecidos! Sus doce meses me aparecen ahora con un vestido gris, liso y monótono. Como Fervacques, veo con tristeza que no corre una sola cuenta roja en el rosario de esos días color de plomo. Al revés de esos años juveniles que brillan en mi vida como esos clavos de oro sembrados en el muro que miró Bossuet, éste aparece grave, huraño y seco, bien oculto en los pliegues de una levita larga y ancha! ¡Ni una aventura galante! ¡Ni un día que se presente en mis recuerdos con la escala de seda que colgaba de los balcones altos de Julieta! ¿Será culpa del año? ¿Seré yo culpable? Con la edad ha venido la prudencia..... relativa, señoras, relativa.

Como un viajero que vuelve de los países más extraños y escucha indiferente ó distraído las narraciones más fantásticas, me siento á orillas del camino y asisto, espectador impasible, á la comedia humana, que desarrolla ante mi vista sus mil decoraciones, brillan-

tes, nuevas y diversas en la superficie, pero iguales, eternamente iguales en el fondo. Los amores y los duelos, los suicidios y los crímenes, los que se arruinan y los que se enamoran, no me conmueven ya: ¡he visto tantos! ¡Ay! ¡esas emociones que se llevaron enredadas en su traje los años juveniles, son las que echo de menos! Aquellos años exhalan todavía un débil perfume, que me suele subir á la cabeza. Los caducos encajes de punto de Ginebra, que duermen con el sueño de los justos en el baúl de rosa de mi abuela, huelen todavía á bergamota, el perfume aristocrático de aquellos tiempos. El listón color de cielo, esos renglones diminutos y torcidos, la máscara deshilachada, el roto encaje, las flores amarillas y el retrato en su estuche de terciopelo, que guardo en el cajón de los recuerdos, huelen aún á juventud.

***

Dieron las once en ese nido de lechuzas que se llama el campanario, y me dispuse á recorrer las calles. La perspectiva altamente romántica de quedarme en casa, esperando el primer aleteo de los fantasmas que vagan por la atmósfera al sonar la media noche, me aterraba. Ya había dispuesto mi paletot de invierno para salir á recorrer las calles, espiando por los vidrios de cada balcón iluminado esas tranquilas fiestas de familia que pasan como un soplo de calor por todo el cuerpo. Las iglesias, siempre abiertas para los menesterosos, me convidaban á pasar la noche, oyendo las tres misas del gallo. La doble hilera de puntos luminosos que rodea las bóvedas de San Bernardo, estaba ya encendida. Los cirios del altar alzaban, pidiendo luz, sus pábilos negruzcos. En el coro—un coro que me hace temblar de miedo, pensando en su desplome no remoto—había ya algunas luces encendidas, y el organista, todavía cubierto por un deshilvanado *cachenèz*, preludiaba, casi dormido, algunas notas, que salían desentonadas y agrias, por los estrechos tubos, como si el aire de la noche las hubiera acatarrado. Los músicos iban llegado paulatinamente envueltos en sus capas y asomando por lo bajo la herradura de un violín, el agujero angosto de los clarinetes ó el dorado brillante de los bronces; los atriles, maltrechos y empolvados, salían de sus escondrijos, produciendo ese choque de madera apolillada que se escucha en los coros de las iglesias y en las bodegas de los teatros. Paquetes azules de velas esteáricas, con su etiqueta blanca coronada por una estrella de oro, yacían despedazados en el suelo. Sobre uno de los atriles extendíase el papel de música amarilleado por los años, y contigua, en un candelero grasiento de latón, la vela, blanca como una novia en la mañana de la boda, iluminaba con su luz de virgen los garabatos

retorcidos de las notas. Los músicos, templando sus respectivos instrumentos; los quejidos del órgano enojado por aquel despertar á media noche, y el bullicio de monaguillos y sochantres producían una churrigueresca mezcla de sonidos que bramaban de ira al verse juntos, y que subían á esconderse en las cornisas, ceñudos y desapacibles, como viejos sargentos de cuartel á quienes una falsa alarma hace abandonar de madrugada sus jergones. Abajo, en la nave recta de la iglesia, había poquísimos devotos. Las bancas, color de caoba, formadas en dos batallones, frente por frente del altar mayor, severas y desnudas, estaban en espera del obscuro merino de las viejas y de la seda crujiente de las jóvenes. Unicamente la devota anciana que debía pedir una limosna para el culto, en la cerrada reja de las bancas, rezongando entre dientes una oración cualquiera, iba arrimando trabajosamente la mesilla sobre la que brillaba, limpia y tersa, una grande charola de Cristoffle. Dos sacristanes mocetones sacudían el púlpito, cuya lámpara de gas estaba ya encendida.

Algúnos mozos entraban con gran estrépito en el templo, trayendo á cuestas reclinatorios y sillones.

De cuando en cuando oía el rumor aristocrático de un coche que se detenía en la puerta; luego el sonido metálico de una moneda cayendo sobre la gran charola de Cristoffle: volvía la cara y encontrábanse mis ojos con algunas de las reinas sin corona de nuestros paseos y nuestros teatros, que ludiendo la falda de su traje contra el correcto pavimento entarimado, entraba majestuosamente é iba á arrodillarse en el bordado reclinatorio, que un lacayo obediente le ponía. Junto á mí estaba una anciana dormitando.

En la sacristía notábase mayor bullicio y movimiento. Los inmensos cajones de madera, que se incrustan en cómodas enormes de nogal, abiertos como un baúl en día de viaje, dejaban ver el oro resplandeciente de pálios y casullas, la nítida blancura de las sobrepellices, y las jorobas tétricas de los bonetes. Unos cuantos chiquillos retozaban, apoyándose mútuamente en los cirios gruesos que llevaban en las manos. El capellán, todavía de sotana y de manteo, paseaba agitadamente registrando los cajones, en tanto que uno de los sacristanes, con su chaqueta gris y su amplio pantalón, ya roto de las rodillas, alistaba sobre la mesa el ornamento. Las vinajeras á medio llenar, permanecían sobre una de las cómodas.

***

¡Oh noche "azul y fría" de Navidad, como te apellidaba Baudelaire! Con cuánto afán te aguardan en sus camitas bien calientes esos pobres niños, á quienes regocijas de antemano con el alegre

son de tus panderos. Tú eres para ellos—¡pobres seres que todavía conversan con el cielo!—el sueño de muchas noches y la esperanza de los largos días. El niño Noël desciende por las veredas azules del espacio, cortando esas margaritas de oro refulgente que nosotros llamamos estrellas. Viene poco á poco, cargando la pesada maleta donde trae los juguetes y los regalos infantiles, el pastel sabroso y la muñeca de lustrosa porcelana. El pobre niño tiene frío: ha dejado la ardiente zona en donde el sol destrenza su coruscante cabellera y entra en la helada atmósfera en donde boga, como el cadáver de la exangüe Ofelia, ese astro muerto que se llama luna. Abotona bien su capotillo de pieles y ajusta á su pequeño pie los grandes suecos. Los hilos de la escarcha caen del cielo y prenden en el capotillo del rapaz sus delgadas cabezas de alfileres. Ya viene el niño Noël; ya está muy cerca. El árbol de Navidad espera su llegada para encender las luces de la esperma. Bebé coloca en la chimenea sus botincitos y se duerme.

Cuando la luz penetra por las rendijas de la puerta, salta Bebé de su camita y corre á ver lo que Noël dejó en su diminutas botas. Pero ¡ay! el raso turco no guarda ahora más que un billete perfumado. Dice así:

"Bebé:

Has sido muy travieso, y muy desaplicado; no me esperes."

Los ojos de Bebé se llenan de lágrimas—¡dos violetas cuajadas de rocío!—Toma el billete, y mirando á la aya con tristeza, dice en voz muy baja:

—No es absolutamente necesario que enseñes esta carta á mi mamá.

CRÓNICAS COLOR DE ROSA.

Febrero 5 de 1882.

.....Gaiffer! No creuse point plus bas, tu trouverais l'enfer.—*Victor Hugo.*

No, yo no haré esta vez mi crónica color de rosa. He perdido mi capital de buen humor, y estoy enfermo. Voy á escribir la crónica color de sombra; negra como los ojos que yo adoro y como las trenzas de Graziella.

La música es una amante dócil y obediente que se somete á todos los caprichos, como la odalisca que para complacer á su señor le ciñe el cuello con el collar divino de sus brazos, ó guarda su reposo en actitud discreta, refrescando la atmósfera con su abanico. Llega á nosotros de puntillas, para no despertarnos si dormimos; toca á nuestra puerta y nos pregunta:—«¿qué sentimientos quieres que despierte en tí?» Por eso ayer reímos con la misma armonía con que hoy lloramos. La música no se impone, no domina: es el lenguaje que se acomoda á todas las pasiones; la lengua del león, que á fuerza de acariciar lamiendo el pie de su señor, hace una llaga. En una misma nota, piensa Fausto, solloza Margarita y ríe Mephisto.

Si hubiera estado alegre, habría reído como un loco, ante las cabriolas salvajes de Boulotte y los furores cómicos de Barba Azul. Pero estaba triste, profundamente triste, y mientras brotaban, alharaquientas, de la orquesta, las canciones báquicas y las canciones offenbáquicas, yo pensaba, no en los grotescos personajes que veía en el escenario, sino en la triste, en la vaga, en la romántica leyenda de Barba Azul.

Barba Azul es uno de los personajes con quienes trabamos amistades desde niños. Su figura torva y pavorosa, está en el primer libro que leemos. Viene á nosotros con las heroinas y los héroes de esas leyendas sobrenaturales que se refieren á los niños por la noche, para

son de tus panderos. Tú eres para ellos—¡pobres seres que todavía conversan con el cielo!—el sueño de muchas noches y la esperanza de los largos días. El niño Noël desciende por las veredas azules del espacio, cortando esas margaritas de oro refulgente que nosotros llamamos estrellas. Viene poco á poco, cargando la pesada maleta donde trae los juguetes y los regalos infantiles, el pastel sabroso y la muñeca de lustrosa porcelana. El pobre niño tiene frío: ha dejado la ardiente zona en donde el sol destrenza su coruscante cabellera y entra en la helada atmósfera en donde boga, como el cadáver de la exangüe Ofelia, ese astro muerto que se llama luna. Abotona bien su capotillo de pieles y ajusta á su pequeño pie los grandes suecos. Los hilos de la escarcha caen del cielo y prenden en el capotillo del rapaz sus delgadas cabezas de alfileres. Ya viene el niño Noël; ya está muy cerca. El árbol de Navidad espera su llegada para encender las luces de la esperma. Bebé coloca en la chimenea sus botincitos y se duerme.

Cuando la luz penetra por las rendijas de la puerta, salta Bebé de su camita y corre á ver lo que Noël dejó en su diminutas botas. Pero ¡ay! el raso turco no guarda ahora más que un billete perfumado. Dice así:

"Bebé:

Has sido muy travieso, y muy desaplicado; no me esperes."

Los ojos de Bebé se llenan de lágrimas—¡dos violetas cuajadas de rocío!—Toma el billete, y mirando á la aya con tristeza, dice en voz muy baja:

—No es absolutamente necesario que enseñes esta carta á mi mamá.

CRÓNICAS COLOR DE ROSA.

Febrero 5 de 1882.

.....Gaiffer! No creuse point plus bas, tu trouverais l'enfer.—*Victor Hugo.*

No, yo no haré esta vez mi crónica color de rosa. He perdido mi capital de buen humor, y estoy enfermo. Voy á escribir la crónica color de sombra; negra como los ojos que yo adoro y como las trenzas de Graziella.

La música es una amante dócil y obediente que se somete á todos los caprichos, como la odalisca que para complacer á su señor le ciñe el cuello con el collar divino de sus brazos, ó guarda su reposo en actitud discreta, refrescando la atmósfera con su abanico. Llega á nosotros de puntillas, para no despertarnos si dormimos; toca á nuestra puerta y nos pregunta:—«¿qué sentimientos quieres que despierte en tí?» Por eso ayer reímos con la misma armonía con que hoy lloramos. La música no se impone, no domina: es el lenguaje que se acomoda á todas las pasiones; la lengua del león, que á fuerza de acariciar lamiendo el pie de su señor, hace una llaga. En una misma nota, piensa Fausto, solloza Margarita y ríe Mephisto.

Si hubiera estado alegre, habría reído como un loco, ante las cabriolas salvajes de Boulotte y los furores cómicos de Barba Azul. Pero estaba triste, profundamente triste, y mientras brotaban, alharaquientas, de la orquesta, las canciones báquicas y las canciones offenbáquicas, yo pensaba, no en los grotescos personajes que veía en el escenario, sino en la triste, en la vaga, en la romántica leyenda de Barba Azul.

Barba Azul es uno de los personajes con quienes trabamos amistades desde niños. Su figura torva y pavorosa, está en el primer libro que leemos. Viene á nosotros con las heroinas y los héroes de esas leyendas sobrenaturales que se refieren á los niños por la noche, para

que la audición de lo maravilloso los consuele de haber venido al mundo. Viene con Aladino, el mozo apuesto cuya lámpara maravillosa se asemeja á la antorcha de la fe; con Alí-Baba, el arquetipo de los bandoleros; con esa pobre, esa humilde, esa infeliz caperucita roja, á quien el ogro aprieta entre sus brazos musculosos; con todos los dioses y semidioses de ese olimpo que se extiende entre la selva donde Macbeth vió á las brujas, y las brumas opalinas del Brocken. Barba Azul, como Judas, recibe las primicias de nuestro odio.

Los niños de hoy leen poco esas leyendas. Los cuentos de hadas se han modificado como las magias. La vara de marfil se ha convertido en una caña imantada, y Morgana, el hada extraordinaria, ha aprendido matemáticas. Los niños de hoy que reciben una educación más acertada, leen la historia de Robiusón, ese poema de la voluntad, y recorren los países inexplorados con los héroes de Julio Verne. Ya no viajan por el país azul de los sueños; su caballo no tiene alas; está movido por vapor.

Yo, sin embargo, pienso con delicia en esos cuentos que escuché de niño, y cuyo simbolismo comprendí más tarde. La leyenda es la forma popular del pensamiento en la Edad Media. Esos sencillos cuentos que entretenían nuestros ocios, de niños, entretuvieron y consolaron á todo un pueblo. El vasallo, el siervo y el esclavo se consolaban de las congojas y asperezas de la realidad con el dorado mundo de los sueños. Vivía durmiendo. Todos le rechazaban; él encorvado sobre la gleba, sufría solo, y cuando sonaba la última hora del trabajo, iba á cerrar los ojos á su choza, para no ver los seres y las cosas, y viajar por el mundo de las quimeras y de las idealidades. Así nació la mística leyenda de oro. Los pobres, los humildes, los menesterosos, se consolaban con la contemplación de esos santos que llegaron al cielo con las plantas desangradas, miserables y desnudos. La Iglesia los alentaba y les decía: «el camino del cielo es un camino de dolores.» Esa esperanza inmensa fué como el alimento de su alma. El ala del sueño los llevaba á Dios. La leyenda les daba á comer su cuerpo y á beber su sangre.

Los cuentos de hadas nacen, cuando hombres y mujeres dejan el comunismo grosero de la villa y empieza á determinarse la santa idea de la familia. La villa era como el *ergastulum* de los antiguos: una mezcla promiscua de hombres y mujeres. Su moral era idéntica á la moral de los patriarcas, que creían cometer pecado uniéndose en matrimonio con una extranjera, y no permitían más que el consorcio entre parientes. Los *Penitenciarios* de aquel tiempo, en los que se refieren por menor los pecados vulgares, conservan el recuerdo de estas épocas. La idea de la familia no nació hasta que el hombre, como el ave, pudo hacer un nido. Entonces murió la hembra y apareció radiante la mujer.

Ya está sola; ya tiene una cabaña hecha de tablones mal unidos, por cuyas rendijas se cuela silvando el viento de invierno; ya tiene hogar, ya tiene un banco, un lecho y un cofre.

Trois pas du coté du banc,
Trois pas du coté du lit,
Trois pas du coté du coffre,
Et troit pas Revenez ici. (1)

En ese hogar naciente y miserable, nace la leyenda. En los rincones, está el duende familiar. Encima de la cama revolotean las hadas por la noche. El esclavo que vive en la indigencia, busca con la imaginación un mundo de servidores obedientes. Las hadas eran trabajadoras; todavía se dice: *cose como una hada*. Mientras la mujer hila en su tosco huso, los duendes y las hadas vuelan en su torno. ¿Quiénes eran las hadas? Unas reinas de Galia, que no quisieron reconocer á Jesucristo, y que están condenadas á vivir mientras el mundo exista. ¡Triste pena! Antes eran enormes; hoy son diminutas, como la reina Mab, cuya carroza regia está hecha en una cáscara de nuez. Las *kowriggwans*—hadas enanas—son las reinas de ese brumoso mundo sobrenatural.

Seguid la filiación de esos maravillosos cuentos de hadas. Cada uno nace de un dolor y de una lágrima. El dolor ha creado el arte en todas sus manifestaciones y sus formas. Seguid el curso de los ríos, y llegaréis al Océano. Seguid la historia de la leyenda, y llegaréis al corazón del pueblo. Ese ogro que devora á los pequeños, no es más que el símbolo popular de las terribles Hambres que asolaron, como un viento de muerte, en la Edad Media. Esos diamantes que adornan como estalactitas la corona de Aladino, son las cristalizadas lágrimas del pueblo. Sueña el ciego que ve y el pobre que posee. Ansia de amor sobrecoge sus almas, y crean ese admirable cuento de la *Hermosa durmiente* que les aguarda en el silencio de los bosques. Miran en torno suyo y ven á la mujer afeada por el trabajo y la miseria; entonces, para redimirla, para purificarla, inventan esa fábula doliente de una hermosa oculta bajo la forma de una bestia. Todos persiguen con la vista las curvas que dibuja en el espacio, el *Pájaro azul*, esto es, el ideal. Todos repiten como un coro aquella exclamación de Rückert: alas! alas! Allí está el ahogado dolor de la aldeana, á quien dice el corazón: debes ser bella para agradar á tu señor; y á quien responde el ondulante espejo del arroyo: tú eres fea! Ahí está la congoja del vasallo que riega de sudores y llanto el terruño, pero que tiene un alma, ¡alma que sueña con las erguidas castellanas de vistosos trajes, que atraviesan en su caballo blanco la llanura!

(1) *El maestro de baile.*—(Canción del Siglo XII).

Es el antiguo idilio del Oriente; la rosa que se enamora del ruiseñor; la cosa inmóvil enamorada de la cosa alada. Pero aquí la rosa no tiene espléndido matiz: está desnuda de hojas, y el ruiseñor es un ave cobarde de rapiña. Ahí está escrita la eterna aspiración al ideal. La imaginación, macerada por el ayuno, es la que crea mejor palacios fabulosos.

Los hambrientos son los autores del mundo sobrenatural. Toda esa riqueza, todas esas pedrerías que abundan en las leyendas y en los cuentos, fueron creadas por un pueblo que carecía de pan y carecía de amor: forman la historia de su aspiración. Por eso vemos cómo en la leyenda, la esclava ama tanto que llega á ser amada; y el Monstruo se enamora de tal suerte, que se vuelve hermoso.

Esas leyendas marcan también las injusticias y las ignominias. La compasión popular desciende como un rocío sobre el dolor. Ahí está la madrastra que golpea á la niña Cenicienta, y la garrida castellana presa en las redes del feroz Barón. Todo lo que sufre y todo lo que llora tiene cabida en esas narraciones. Los animales, en los cuentos de hadas, tiene alma también como nosotros. Leed el cuento de «Piel de Asno.» Creeríase escrito por Michelet. La redención sublime del amor alcanza á todos. La leyenda es la historia de la Edad Media contada por la mujer.

***

La historia de Barba Azul es una de las formas del matrimonio en la Edad Media: el matrimonio del señor feudal con la vasalla. La antigüedad de esta leyenda se remonta al siglo XIV. En los siglos anteriores, la vasalla no tenía entrada á la alcoba de su señor por la puerta del matrimonio. La mujer de la nobleza era la digna hembra del señor feudal. Tenía su corte de amantes, como Leonor de Guyenna, y usaba en su tocado dos cuernos. Las hijas de Felipe el Hermoso son las personificaciones del carácter de la mujer en aquel tiempo. Isabel hace que sus amantes asesinen al marido. Pero, al lado de estas euménides de la concupiscencia, aparece la plebeya que puede convertirse ya en señora del Barón. Dos leyendas ponen de relieve la resignación de la mujer y la crueldad del marido en estos matrimonios: *Grisélides y Barba Azul.* Las mujeres de la nobleza decían: "El amor entre marido y mujer es imposible." Grisélides, á todos los insultos y á todos los ultrajes contestaba: ¡te amo! Era el alma nueva que iba á purificar el mundo antiguo.

Barba Azul es el señor feudal, que pisotea todas las leyes y que piensa defenderse de Dios con sus mesnadas.

Las mujeres que mata no pueden ser iguales suyas; son invariablemente sus vasallas. Si fueran sus iguales, cada asesinato traería una venganza, y Barba Azul queda constantemente impune. No es un hombre; es un apetito. Su amor, digiere mil mujeres por año. Barba Azul es la forma lasciva del feudalismo.

Piensan algunos que esa leyenda es la historia de Gille de Retz juzgado por hechicero en el siglo XV y condenado á morir entre las llamas. En la torre de Gille de Retz se hallaron las osamentas de ciento cuarenta niños que él mató para satisfacer sus concupiscencias y operar sortilegios. Sin embargo, la leyenda de Barba Azul existía ya en aquellos tiempos. Para mí, no es la historia de un personaje determinado; es la cifra y compendio del feudalismo. Es el Don Juan Salvaje, el Don Juan por derecho de conquista.

Sería curioso delinear la historia de estos grandes devoradores de mujeres, explicando las diversas figuras populares y legendarias que han tomado, según el momento histórico en que se examinen.

D. Juan—dice Saint Victor—no es un libertino vulgar. Es la aspiración encarnada, el entusiasmo hecho hombre, el enamorado errante que busca por el mundo la querida sublime de sus sueños, y que pisa con planta desdeñosa los mil y tres escalones—*mille é tre*—de una escala de mujeres, para llegar á esa forma perfecta que le abre los brazos en el fondo de las nubes. El vicio ha profanado su cuerpo; pero un deseo celeste habita en su corazón. Una fuerza fatal le impele por ese camino de atentados y de seducciones. Engaña sin mentira: abandona sin traición, sin cobardía. Los corazones que desgarra esta ave de presa del amor, le dirían de buen grado lo que dice la cabeza cortada del Klephta al águila que la devora: "come ¡oh pájaro! nútrete con mi juventud, nútrete con mi bravura, que tu ala y tu garra crecerán." D. Juan es el deseo insaciable é impaciente, que ninguna copa llena, que ningun amor satisface, que teniendo muy alto su ideal, ha menester las alas del ángel para llegar á él, y que desesperado de alcanzarle, se revuelca en el fango, con los ojos clavados en su visión inaccesible.

Lovelace desdeñaba las conquistas fáciles y solo perseguía á las mujeres inaccesibles. El amor en Lovelace no es una pasión; es el instinto de la lucha, la necesidad de vencer. Su divisa es la del romano de Virgilio: "abatir á los soberbios."—Yo amo la oposición, dice en alguna parte. *I love opposition.* La resistencia lo exalta, el obstáculo lo excita, la seducción es para él una guerra que tiene su plan y sus reglas, y cuyas maniobras deben tender á la capitulación de la mujer, como la táctica del capitán á la derrota del enemigo. Así, cuando Clarisse Harlowe se le presenta tan impregnada de virtud como él de vicio, revestida de la estricta armadura del deber, provista de las armas que dan la vigilancia y la prudencia, resuelta á morir primero que caer, ¡con qué ímpetu tan ardoroso ataca á ese adversario digno de él! ¡Qué obsesión tan tenaz! ¡Qué

máquina de ardides y de astucias! Todas las bellezas del universo alineadas á su paso, no le arrancarían ni una mirada! Clarisse es para él la mujer única, la idea fija, el único ser que puede desearse! La pone cerco, conforme á la estrategia, como si pusiera cerco á una ciudad, con minas, contraminas y circunvalaciones infinitas. Mueve él solo para conquistarla, más estratagemas, más prestigios, que el infierno mismo para conquistar á San Antonio. Por malvado que sea, un hombre tan soberbio llega á cautivar la atención y el interés de todos. Se le admira, se le teme como á un tigre real, nacido para el ardid y la destrucción. Y tanto, que no parece ridículo cuando dice que se cree igual al César, y que solo por capricho limita sus conquistas al mundo femenino.—¡Maldito sea, exclama —si soy capaz de unirme á la primera princesa de la tierra, sabiendo, ó simplemente imaginándome que vaciló un momento entre un emperador y yo!

Octavio de Parisis, el D. Juan Parisiense, carece de esta épica soberbia. No es más que un voluptuoso indolente, cuyos deseos jamás tienen los arranques del amor. Su poeta le hizo demasiado irresistible; las más grandes conquistas le cuestan apenas unas cuantas escaramuzas; no tienen más que el trabajo de dejarse querer. Los corazones caen cocidos y guisados en la alforja de este cazador de alcoba. La pasión no acompaña á su fortuna, rápida como una sonrisa. Toma á las mujeres, las pierde, las recoge, las arroja con una ligereza implacable. No son en sus manos más que unos juguetes efímeros. El remordimiento cosquillea apenas su indiferente excepticismo, pero nunca lo muerde.

Octavio entierra á sus víctimas bajo la ceniza de sus tabacos, entre un suspiro y un epigrama. Arroja sus queridas pasadas al olvido, como los sultanes de la antigua Turquía arrojaban sus odaliscas al Bósforo. Estas víctimas, muertas en el campo del deshonor, le inspiran una lástima igual á la que siente el general triunfante por los soldados muertos en la lucha.

***

¿Será Barba Azul la forma de D. Juan en la Edad Media? No hay en él amor, no hay aspiración al ideal, no hay lucha ni combate; no hay más que deseos. Como ser organizado, es inferior al conejo y al cerdo de la India. Es, sin embargo, un ser rigurosamente histórico. Barba Azul es el castellano que usa de ese derecho odioso que los franceses llaman el derecho del señor, y los españoles el derecho de pernada. En esta historia, sin embargo hay otra cosa que estudiar. El castellano no recibe ya á la plebeya para deshonrarla simplemente: la hace su esposa y la mata en seguida. La

dignidad de la mujer sube una grada más. No es una cosa; es una víctima. A medida que la dignidad de la mujer vaya creciendo, las costumbres se irán suavizando. El mundo se ha perfeccionado por el amor. Después, Barba Azul no matará ya á sus mujeres. Hércules habrá caído á los pies de Onfalia. Caperucita amarra los brazos del ogro.

Todo el horror que inspiraba el feudalismo, solloza y llora en esa historia. Para ponerla en música, se necesitaría anotar el rumor de las cadenas y el chasquido de los látigos. Gaiffer, el castellano de una leyenda que creó Victor Hugo, manda cavar un foso al pie de su castillo.—¡Quiero saber sobre qué cimientos descansa mi fortaleza! dice el castellano. Los obreros trabajan ocho días: el foso es más profundo que los de Cataluña y de Guyenna. Al cabo de ese tiempo se descubre una roca y un cadáver. En la roca está escrito este nombre: Barrabás. Y cavan todavía: transcurre otra semana y aparece un esqueleto cuya mano descarnada aprieta aun unos cuantos dracmas de oro: ¡Júdas! Y cavan más: el tiempo pasa y se descubre un cuerpo disyecto en cuyo cráneo enorme está escrito con letras de fuego este letrero: ¡Caín! Y cavan más. El hacha no encuentra piedras ya: se llena el foso de retorcidas víboras de fuego, y una voz exclama:—Gaiffer: no caves más: has llegado á la puerta del infierno!

Ese es el castillo de Barba Azul. Ese es el feudalismo.

Febrero 26 de 1882.

Lo primero que se me ocurre al presenciar en nuestras calles el desfile de los carruajes y de los ginetes en la tarde de Carnaval, es hacerme á mí mismo esta pregunta. ¿Qué, para proteger á esos cuatro barrenderos de peluquería que han escondido sus harapos de trastienda bajo los pliegues de un raído dominó; para mirar los rostros enharinados de esos mozos de café que azotan el aire con las mangas enormes de pierrot, se han apostado los gendarmes con espada en mano, se ha puesto en movimiento la ciudad y ha caído sobre el lodoso pavimento de las calles ese lujo de riego que solo se permite el Municipio en días como éste? La multitud desciende por las grandes avenidas con el rumor de la marea que sube; los caballos caracolean; los coches pasan con el sonoro ruido de los muelles nuevos; y sube confusamente á los balcones, coronados de cabezas rubias, blancas, negras y parduzcas, ese rumor de fiesta en que se mezclan relinchos de corcel, giros de ruedas, gritos de vendedores, risas de pilluelos, el estruendo creciente de los pasos y las

voces cobrizas de los máscaras. Esto no es precisamente *le monde ou l'on sennui* de Pailleron, ni tampoco *le monde ou l'on s'amuse*, este es más bien *le monde ou l'on s'ettouffe*. El sol lanza sus resplandores metálicos á las fachadas blancas de las casas, y las héticas hojas de los árboles, como las manos de Mme. Privat, apenas se mueven. Yo no concibo qué placer puede encontrarse en este hervidero humano, que produce el olor corrompido de las carnes oliscadas. Los codos de los transeuntes, duros y angulosos, se encajan como cuñas en mi cuerpo; yo aspiro á convertirme en chimenea, y arrojo enormes bocanadas de humo, para formarme á modo de una atmósfera especial que me precava de ese imposible olor á podedumbre; siento el mareo y busco inconcientemente el agrio limón que debiera poner entre mis labios; los barrenderos de peluquería y los mozos de café, siguen paseando en sus carretelas destartaladas..... ¡pobres insensatos! ¡han creído de buena fe que se divierten!

¡Oh, si pudiera tender el vuelo á las copas redondas de los fresnos, acurrucarme en el deshilvanado y descosido manto de sus hojas, y, hecho tres dobleces, observar desde allí con los ojos de lechuza esta gran procesión de vanidades, vestidas con el traje del domingo! Advierto que en los fiacres y en los humildes alquilones reina alegría mayor que en los carruajes elegantes. Los niños se asoman por las portezuelas, chupando un morillo de transparente caramelo; la mamá, como una Céres de obrador, llena con su enagua almidonada y su vistoso traje de *moiré* todo el carruaje; y el padre con su levita nueva y su chistera que renovó la plancha ayer mañana, saca de cuando en cuando la cabeza, como diciendo con mal oculta satisfacción: todo esto es mío! De aquella arca de Noé salen exclamaciones de alegría, risas perladas y gritos infantiles de estupor.

Los coches elegantes son más serios. El señor va tan serio y tan grave como su lacayo. Los niños han aprendido á no reirse. Todos conservan posiciones rectilíneas é inflexibles. Los cuerpos parecen de cartón y los brazos de acero. Cuando saludan, creeríase que un titiritero oculto mueve las pitas de cáñamo y levanta las manos de cabritilla hasta que tocan el ala del sombrero. Las sonrisas se dibujan en las fisonomías femeniles con una precisión mecánica. Nunca los labios se abren ni más ni menos. Estas gentes van al paseo como el oficinista marcha á su oficina. El ruido del carruaje los arrulla: van durmiendo con los ojos abiertos.

Hay damas que suben á los asientos del landó, como Cleopatra al trono de marfil. Los maridos parecen figuras decorativas puestas allí para llenar el hueco. Repito la observación que he hecho muchas veces: en la espalda de muchas señoritas podría ponerse el rótulo que en el escaparate de las dulcerías suele ponerse á los rorros de porcelana:—Yo sé decir papá y mamá: valgo diez pesos.

Los movimientos de cabeza son acompasados, como las sonrisas y como los saludos. En ese coche rumia la última pierna de carnero un señor muy formal y muy obeso. Decididamente: su cochero es más distinguido. Algunas damas de la vida triste han alquilado coches de á dos pesos la hora. Llevan trajes de novia: ¿van de máscara? Aquel acatarrado personaje lleva las riendas y dirige el faeton: su lacayo tiene miedo de morir estrellado. El personaje llega al término de la calzada, é intenta inútilmente dar la vuelta. Los caballos se obstinan en seguir adelante. El personaje es obediente, por fortuna, y no quiere contrariar la voluntad de sus caballos. Sigue, pues, rumbo á Chapultepec. Allí entrará al Bosque y los caballos, forzosamente darán vuelta. ¡Dios le tenga de su mano! Yo me alejo diciendo interiormente aquellos versos de M. Voltaire.

Petits papillons d'un moment,
Misérables marionettes,
Que volez si rapidement
De Polichinelle au néant
Dites-moi donc ce que vous êtes!

***

Paso á paso me fuí alejando de aquel *tohu bohu* insensato. Había llegado á creer que estaba en el tiznado fondo de alguna olla enorme de puchero; veía pasar junto á mí opulentas coles y zanahorias escarlatas, y escuchaba sobre mi cabeza el tartajeo de la grasa hirviente. ¡Dios mío! Si algún gigante galopín hundiera su cuchara en esta masa.....! Paso á paso me voy, pues, alejando de las fiestas. ¿A qué ha venido esta compacta multitud? ¿Consistirá la diversión en sentir doce veces por minuto la presión de un zapato americano sobre el charol de nuestros botines? Los cuatro barrenderos de peluquería y los jóvenes mozos de café, pasan de nuevo. Diríase que esta muchedumbre viene al paseo las tardes de carnaval para decir: por aquí pasarían las máscaras si las hubiera.

Luego que yo me considero libre, como el M. Graindorge, de Taine, exclamó: ¡Señor, tú que salvaste á los hebreos del horno ardiente, y libertaste del áspid y del basilisco á tus elegidos: Señor, yo te doy gracias. No me hiciste mujer y por lo tanto, la única cola que me toca defender es el corto faldón de mi levita. Por una gracia particular de tu misericordia, soy bastante flaco y ningún codo pudo encajarse en mi cuerpo como en un cojín! Por un favor especialísimo de tu providencia, libre estoy de excrecencias molestas en el pie! Solo tres veces me han pisado, y eso en el dedo gordo que es el más resistente. Comí poco, y no temo morir de apoplegía. ¡Señor, Señor yo te doy gracias!

Apenas acaba mi oración mental, el faeton de las damas de la vi-

da triste pasó cerca de mí. Una mendiga sucia y haraposa me pidió una limosna. Yo le arrojé compadecido una moneda, que ella tomó con ansia, mirando cómo se alejaba el coche de las princesas de la almohada. Luego que el faeton se perdió en la noche, la mendiga, señalando con su huesosa mano, el sitio por donde el faeton desapareció, me dijo:

—Caballero: ¡Dios preserve á sus hijos de mis hijas!

***

La turba alegre de carnaval despertó en mí muy serias reflexiones. Las ideas pasaban por mi cerebro como una negra procesión de entierro. Pocas noches hace, sentí un fenómeno parecido en la agonía de la ópera francesa: las fáciles melodías de «Le Jour et la Nuit» me entristecieron. No sentía dejar la costumbre de embrutecerme tres horas cada noche en el teatro, ni lamentaba el no ver más los preciosos Stradivarius de Mme. Vallot. No pensaba en la inmensa soledad de las noches que iban á seguirse; mas, mientras Méziéres cantaba con su voz nasal.

¡Les portugais sont toujours gais.
Q'il fasse beau, q'il fasse laid!

Yo, con honda tristeza, preguntaba: ¿Cómo morirán estas mujeres? Aquella era la última noche que las veíamos: esa turba de pájaros borrachos iba á alejarse para siempre de nosotros: volverán otras compañías de ópera bufa, pero Paola Marié y sus cortesanas, como las golondrinas de Gustavo de Becquer, no vendrán.

Y bien ¿cómo morirán esas mujeres?

¡Triste vida la de esos pobres cómicos á quienes aplaudimos ó silvamos por la noche, según lo quiere la voluble aguja de nuestro carácter tornadizo! Hay muchos dramas que se representan tras de la cortina; muchas batallas que se riñen entre bastidores; muchos cadáveres que se sepultan en la fosa común del escenario. Nosotros que nos dejamos seducir constantemente por las apariencias, poco nos curamos de ir á desentrañar esas verdades. Hacer reir es más difícil de lo que parece, sobre todo cuando se sienten impulsos de llorar.

Hace poco leía en los periódicos franceses los últimos momentos de Helene Petit. ¡Qué agonía tan amarga! ¡Qué obscura y triste muerte!

Helene era joven aún; tenía la edad de Julieta. Paola Marié, que era su amiga, me decía una noche mostrándome una de sus cartas: «Helene morirá joven; tiene una enfermedad incurable; vive enamorada.» ¡Ay! ¡es verdad! en esa vida trabajosa de las tablas, el amor

es un mortal enemigo. Allí, más que en ninguna otra parte, la frase de Chamfort es verdadera, y el amor no es mas que el cambio de dos caprichos y el contacto de dos epidermis. La realidad es una madre huraña que se venga implacable de los hijos que la abandonan, dándoles la muerte. Por eso Helene estaba enferma; por eso se moría. No supo plegar á tiempo su bagaje de quimeras, y ponerse á la cola de ese enorme mónstruo humano que cruza las estepas de la vida, con el contento de su vientre lleno, y la esperanza del profundo sueño.

La vida real es una jaula más ó menos estrecha, más ó menos dura, pero en la que siempre tenemos el pan que aplaca nuestra hambre desapoderada, y el agua que satisface nuestra sed.

Pero las aves y las almas viven tristes en esa clausura; el mejor día la puerta de la jaula queda entornada por algún descuido, y la pobre cautiva, si es el alma, vuela al ideal, si es el ave, vuela al bosque. Los bosques están llenos de cazadores, y el mundo ideal está habitado por los desengaños.

Helene, sin embargo, no murió de amor. Nosotros hemos abolido el romanticismo. Murió de pleuresía, como el tendero que ha salido sin capa de su casa, y á quien sorpende por la noche algún chubasco; como el apuntador que vive engarabatado como los carámbanos, en la húmeda concha de un teatro miserable; como se mueren todos los poetas, todos los artistas y todas las mujeres en el prosaico siglo XIX.

Helene ha sido la primera víctima del naturalismo escénico. El «Asommoir» había pasado ya de la centésima representación. El público, que muchas veces había confundido á Helene Petit con las actrices de vaudeville y ópera bufa, pudo exclamar al verla en el papel de Gervasia: ¡es una artista! Y era una artista, es cierto; había por fin hallado la expresión de su genio, como aquel músico de que habla en sus leyendas Henri Heine, y que pasó su vida estudiando diversos instrumentos sin provecho, hasta la víspera de su muerte en que acertó á tocar maravillosamente el clarinete.

También para Helene llegó la vieja muerte á la hora en que el reloj marcaba con su timbre de oro el rápido minuto de la gloria.

La haraposa petrolera entró al hotel de la graciosa comedianta, confundida con los empresarios que iban á comprarla y con los periodistas que iban á venderse. Helene no oyó sus pasos porque marchaba sobre coronas de laurel, como sobre una alfombra persa. Pegó sus labios de mármol á los labios rojos, y el alma huyó, como las golondrinas al áspero contacto del invierno.

Hay en el «Asommoir» una escena, cruda como la carne que sirven en las fondas: Gervasia riñe en el lavadero con Virginia. Pleito de lavanderas: cada una toma un cubo de agua hirviendo y se lo arroja á la otra. Luego luchan cuerpo á cuerpo; se desgarran el traje

con las uñas; brota sangre por los arañas que zebrean los hombros de cada luchadora..... y en seguida..... una cortina humana cubre lo demás. En cada representación del "Asommoir" cuidaba el director de escena de poner en el foro cubos de agua tibia. Por desgracia la última noche en que Helene salió á la escena, olvidó el *regisseur* esta preucación. Virginia tomó un cubo de agua fría y lo arrojó á las piernas de Gervasia. Dos semanas después, la actriz, enferma ya de una afección pulmonar, decia:—Doctor: ¿vd. no me ha visto nunca representar la agonía de Mimi? Pues voy á salir á escena: espere vd. un poco."

***

Pocas artistas mueren así, en plena juventud, al pie del cañón, cuando el laurel de la victoria más reciente está fresco y vivo aún en sus sienes. Las más, languidecen y decaen; tienen menguante; sienten caer la navie de los años en su cabellera y mueren poco á poco, paulatinamente, con los dientes que se caen y las canas que salen. El público las abandona. Entonces comienza para ellas, la vida trashumante de los viajes. Paola Marié está, por ejemplo, en el declive de su vida artística. Está á cinco años de la conjunción. París es á manera de una luz fuerte y cruda que deja ver todas las arrugas. Cuando la pata de gallo se dibuja en la sien, la artista deja su teatro y sube á la carreta cuyas bondades cantó Scarrón en el *Roman comique*. Las medianías artísticas viven con mayor regocijo en las ciudades de provincia. Allí, la actriz que en la *Renaissance* ó en los *Bufos* hacía el papel de Paquita, canta "Giroflé;" el actor que desempeña el papel de Carabinero en los "Brigantes." canta de primer tenor ó de primer barítono.

Así se forman todas las compañías trashumantes que van á recorrer las provincias, y América, con excepción de los Estados Unidos, es la gran provincia.

Nada hay más triste ni más amargo que este declive de la vida artística. Las grandes diosas parisienses mueren llenas de polvo y arrumbadas en el rincón telarañoso de un teatro, junto á las sillas desvencijadas, los telones desteñidos y los muebles rotos. Algunas se casan, como Hortensia Schneider. Siempre se encuentra un alemán para estas redenciones. Otras agonizan en el hospital, después de haber retorcido con su mano nerviosa la crin dorada de la fortuna: son las hijas pródigas. Su quiebra, casi siempre, es fraudulenta. La justicia remata sus trajes, cuyo soberbio lujo perdió á tantas mujeres; sus joyas que costaron tantas lágrimas como brillantes tienen; su techo, suntuosamente impúdico; el reloj que contó las horas del amor y que ya no señalará la hora de la muerte; el sillón cuyos mullidos almohadones guardan todavía la huella de su cuerpo voluptuoso; los mármoles, tan desnudos como ellas, y los bronces, tan obscuros como sus almas: todo cae bajo la vista inquisidora de la curiosidad nunca saciada, desde la taza de porcelana china que conserva los asientos terrosos del te, hasta los pliegues de la soberbia sábana de holanda. El cochero de la diosa arruinada compra los carruajes y los caballos, para establecer un sitio; las modistas rescatan los vestidos y los mismos amigos compran las alhajas que antes le habían dado, para adornar con ellas otros brazos y otros cuellos. ¡Triste suerte la de estas mujeres! Todo las abandona, hasta los muebles!

Pasaron ya los días en que las haciendas, los dominios, las casas de comercio, los talleres, colgaban de sus oídos en figura de pendientes, cosquilleaban su cuello bajo el color de finas esmeraldas ó se enredaban en sus brazos níveos, figurando soberbios aderezos. En aquel tiempo—*in diebus ille?*—un gran señor les regalaba su palacio y una sociedad anónima contribuía con los muebles. Si lo hubiera querido, sus amantes habrian cubierto de oro hasta los granos de cebada que comía su corcel en la caballeriza.

Hortensia Scheneider dió, durante el segundo Imperio un gran banquete. Al terminar la fiesta, cuatro negros llevaron al salón una tina de mármol sonrosado. Vaciáronse más de ochenta botellas de champagne, y la diosa de la opereta entró en aquel baño, digno de una Cleopatra parisiense.

Cinco minutos después, Hortensia salía del champagne, como Afrodita del Océano, y los alegres comensales escanciaban en sus copas el líquido, hirviente aún, de la marmórea tina.

Pero estos grandes apoteosis pasan; esas mujeres insaciables que digieren trescientos sesenta y cinco ricos cada doce meses, cuando el año no es bisiesto, tienen también su inevitable decadencia. Son los mónstruos de colmillos agudos expresamente creados para devorar á los imbéciles. Si con oro se pudiera forjar un rayo de sol, ellas lo habrían forjado en algun día lluvioso. Los banqueros dejaban en sus casas el reloj, la cartera, hasta el anillo mismo de las bodas. Pero una noche la ruina llama con sus dedos nudosos á la puerta. ¿Qué viento arrastró en su vuelo vertiginoso los banknotes? ¿En qué hoguera se consumieron las alhajas? Muchas onzas cayeron en los cofres, pero éstos, como el tonel de las Danaídes, no tuvieron jamás fondo. ¡Oh, si pudieran llenarse por sí solos, como el cofre de la princesa de Bagdad! Los caballos se van como si también fueran amantes. El telón, que figura un palacio, se levanta y queda la cabaña sucia y pobre.

La maternidad es el consuelo supremo de esta decadencia. Pero ¡cuán pocas de esas grandes princesas de la ruina tienen ese sagrado previlegio! Hoy está en boga, entre las grandes actrices de París, lo que podría llamarse la maternidad artificial. Margarita Ugalde,

la actriz que acaba de crear el papel de Manola en le *Jour et la Nuit* posee una gran muñeca á la que dá el nombre de hija. Sabe decir papá y mamá; puede ver todo con sus ojos de esmalte y nunca llora. No tiene el defecto que las niñas tienen: nunca crece. Cuando mamá quiere, duerme; cuando mamá quiere, despierta. Dice papá de igual manera á todos los amigos de la casa. Es obediente. Los goznes de su pequeño cuerpecito están limpios y nuevos. Nadie puede seducirla.

Cuando la Ugalde vuelve á su palacio, cargada de ramilletes y coronas, va á besar la frente fría de la muñeca. Y es que la mujer necesita ser madre, ó cuando menos, parecerlo. Pero en el mundo de los bastidores las niñas viven poco, ó, cuando viven, se escapan el mejor día con un corista. Por eso las princesas de la ruina jamás tienen una cabeza rubia y pequeñita que besar, cuando los aplausos se van alejando, como se aleja para el viajero que viene de Veracruz el ruido de las olas. El mundo las abandona y las arroja como se tira una camisa sucia; la miseria de formas angulosas, arrima su desvencijado y pobre asiento al mármol de la agonizante chimenea. Las mujeres que viven muy acompañadas, mueren solas.

***

La representación había acabado. La sala estaba casi á obscuras. En el pórtico se oía la voz sonora y brusca de Comelli dando las últimas órdenes. La compañía fué desfilando. ¡Adios y buena suerte! ¿Cómo terminarán estas mujeres?

LA ODISEA DE MADAME THÉO.

¡Escribir una biografía de Mme. Théo! ¿Y para qué? La biografía, como la nodriza de Julieta, es la mujer huraña que nos habla de torpes realidades, cuando el ala del sueño nos levanta. Para un artista, Mme. Théo no tiene biografía. Poco importa saber si nació en París el año de 55 y si la madre administraba el café cantante del Horloge. Para el artista que la admira en el teatro, Théo nació de la espuma como Afrodita, ó brotó del corazón de una campánula. A las estrellas no se les pregunta jamás la edad que tienen. La mariposa que revolotea sobre las flores, no sabe en dónde queda su crisálida.

Los biógrafos os dirán que sus maestros la enseñaron á cantar. Yo prefiero creer que la enseñaron las alondras. Los biógrafos os dirán que se casó á los diecisiete años con un sastre y que ha tenido ya seis hijos. Yo que, como Alfredo de Musset, busco la nieve de las altas cimas, no pisada por ninguno, prefiero suponer que esa hada alegre de cabellos rubios ha vivido en una urna de cristal de roca ó en el interior de una perla hueca. Para mí, Mme. Théo, no es la esposa del apreciable cortador empleado en la sastrería de Durantoy: para mí, Mme. Théo es Rosa Friquet, Clairette, y Marjolaine y Pomme d'Api. Su mundo reducido es el teatro; su cielo, el de las bambalinas; su edad, la de la rosa carmesí que se marchita en su corsé, y su marido de un minuto, el tenorcito con quien la casan invariablemente al terminar el espectáculo. No tenemos derecho para verla á la luz de la bomba deslustrada que alumbra los secretos de su tocador. Yo no sé si ha cantado en París ó en Bombay, en Nueva York ó en Yokohama. Dejadme verla desde mi butaca, y leer su curiosa biografía en las líneas azules de sus venas. ¡Bah! los idiotas que van á hojear los libros del notario y los registros de la parroquia, para hablar de Théo, nada saben de su vida. Preguntádsela á los duendes que habitan en un frasco de pomada, y á los amantes genios que para verla más de cerca viven á la sombra de sus pestañas.

la actriz que acaba de crear el papel de Manola en le *Jour et la Nuit* posee una gran muñeca á la que dá el nombre de hija. Sabe decir papá y mamá; puede ver todo con sus ojos de esmalte y nunca llora. No tiene el defecto que las niñas tienen: nunca crece. Cuando mamá quiere, duerme; cuando mamá quiere, despierta. Dice papá de igual manera á todos los amigos de la casa. Es obediente. Los goznes de su pequeño cuerpecito están limpios y nuevos. Nadie puede seducirla.

Cuando la Ugalde vuelve á su palacio, cargada de ramilletes y coronas, va á besar la frente fría de la muñeca. Y es que la mujer necesita ser madre, ó cuando menos, parecerlo. Pero en el mundo de los bastidores las niñas viven poco, ó, cuando viven, se escapan el mejor día con un corista. Por eso las princesas de la ruina jamás tienen una cabeza rubia y pequeñita que besar, cuando los aplausos se van alejando, como se aleja para el viajero que viene de Veracruz el ruido de las olas. El mundo las abandona y las arroja como se tira una camisa sucia; la miseria de formas angulosas, arrima su desvencijado y pobre asiento al mármol de la agonizante chimenea. Las mujeres que viven muy acompañadas, mueren solas.

***

La representación había acabado. La sala estaba casi á obscuras. En el pórtico se oía la voz sonora y brusca de Comelli dando las últimas órdenes. La compañía fué desfilando. ¡Adios y buena suerte! ¿Cómo terminarán estas mujeres?

LA ODISEA DE MADAME THÉO.

¡Escribir una biografía de Mme. Théo! ¿Y para qué? La biografía, como la nodriza de Julieta, es la mujer huraña que nos habla de torpes realidades, cuando el ala del sueño nos levanta. Para un artista, Mme. Théo no tiene biografía. Poco importa saber si nació en París el año de 55 y si la madre administraba el café cantante del Horloge. Para el artista que la admira en el teatro, Théo nació de la espuma como Afrodita, ó brotó del corazón de una campánula. A las estrellas no se les pregunta jamás la edad que tienen. La mariposa que revolotea sobre las flores, no sabe en dónde queda su crisálida.

Los biógrafos os dirán que sus maestros la enseñaron á cantar. Yo prefiero creer que la enseñaron las alondras. Los biógrafos os dirán que se casó á los diecisiete años con un sastre y que ha tenido ya seis hijos. Yo que, como Alfredo de Musset, busco la nieve de las altas cimas, no pisada por ninguno, prefiero suponer que esa hada alegre de cabellos rubios ha vivido en una urna de cristal de roca ó en el interior de una perla hueca. Para mí, Mme. Théo, no es la esposa del apreciable cortador empleado en la sastrería de Durantoy: para mí, Mme. Théo es Rosa Friquet, Clairette, y Marjolaine y Pomme d'Api. Su mundo reducido es el teatro; su cielo, el de las bambalinas; su edad, la de la rosa carmesí que se marchita en su corsé, y su marido de un minuto, el tenorcito con quien la casan invariablemente al terminar el espectáculo. No tenemos derecho para verla á la luz de la bomba deslustrada que alumbra los secretos de su tocador. Yo no sé si ha cantado en París ó en Bombay, en Nueva York ó en Yokohama. Dejadme verla desde mi butaca, y leer su curiosa biografía en las líneas azules de sus venas. ¡Bah! los idiotas que van á hojear los libros del notario y los registros de la parroquia, para hablar de Théo, nada saben de su vida. Preguntádsela á los duendes que habitan en un frasco de pomada, y á los amantes genios que para verla más de cerca viven á la sombra de sus pestañas.

El limbo es un país color de rosa que está á mucha distancia de la tierra. Allí no hay más que niños y flores; pero los niños aman y las rosas son de carne. En esa tierra venturosa no hay cámaras, ni gobierno, ni municipio. ¿Para que? La luna se encarga del alumbrado, por las noches, y los carruajes no atropellan á nadie, porque van por el aire tirados por palomas. A ningún transeunte le roban el reloj, porque no hay relojes. Los niños habitantes de ese cielo sin Dios, cuentan los segundos por los besos que dan á sus novias las rosas. Allí no hay queridas que engañen, ni maridos que maten, ni mujeres que voten. Allí hasta el vino es puro. Allí no iremos nunca ni M. Capoul ni yo.

Es un error creer que las niñas que mueren sin bautismo van al limbo: las niñas jamás mueren inocentes. Van al limbo los pequeñitos que se mueren porque sus padres no llamaron al Dr. Licéaga, los poetas que creen en amor, los soldados que dan su vida por el rey y los que van al teatro por oir el drama. Como la puerta es muy bajita, todos se hacen pequeños para entrar, y nadie es de la talla de D. Francisco Gómez del Palacio. Las estaciones se conocen nada más por el color; la Primavera es color de rosa; el Estío es color de oro; el Otoño, azul, y el Invierno, blanco. Las bibliotecas públicas no tienen más novelas que la "María" de Jorge Isaacs, "Pablo y Virginia," los "Cuentos de Carlos Dickens" y la "Magdalena" de Sardeau. Las aves viven juntamente con los niños, porque ninguno de ellos ha inventado la pólvora, y el agua de los ríos es tan azul como los ojos de ángeles y las hojitas de los «no me olvides.»

De cuando en cuando, Dios envía á ese mundo poblado de perfumes y sonrisas, una excelente compañía de ópera. Contratan al ruiseñor por diez mil duros cada mes; á la alondra por una suma semejante, y la nueva Naturaleza queda en el encargo de hacer las decoraciones y los trajes. El tenor y la tiple cantan con acompañamiento de aguas y de brisas, y el sol les paga con sus rayos de oro. Allí cantó Théo por la primera vez. Una mañana azul de Invierno, á la hora en que las aves están ebrias de luz, y las gardenias ostentan sus diademas de rocío, madre Naturaleza, satisfecha con el contento de sus criaturas, entró risueña á su laboratorio, en el que hay rayos de sol, cautivos en angostos cañutos de cristal de roca, y aromas de heliotropo embotellados. Madre Naturaleza tomó un poco de esa porcelana que imitan torpemente en Sèvres, y se puso á formar una estatuita, propia para regalo de año nuevo. Madre Naturaleza sabe mucho, más que todos los artistas de la tierra. Por eso logró hacer la muñeca más mona y más coqueta que los ojos humanos han mirado. Mojó un cabello de ángel en las húmedas hojas de la balsamina, y con ese pincel imperceptible le fué pintando labios y mejillas. Entretanto, el crisol en que estaba hirviendo el oro líquido, para proveer al sol de rayos nuevos, comenzó

á derramar sobre el horno, sin que madre Naturaleza lo mirara; hasta que algunos de sus hilos áureos cayeron en la cabeza de la muñequita. De esa manera se formaron sus opulentas trenzas rubias. En la boquita, que parecía una fresa abierta en dos, arrojó la gentil Naturaleza todo un pomo de esencia de heliotropo. La muñeca sabía decir papá y mamá. Decía "Papá" á todos, como si fuera hija de una corista. Pero madre Naturaleza no se conformó con esos rudimentos de elocuencia, y dió á la niña el peligroso don de la palabra.

Desgraciadamente, una vez terminada la muñeca, madre Naturaleza dijo para sus adentros:—¡Me he lucido! A mi edad y después de haber pasado por tantas pasiones volcánicas, no sentiría bien que comprase una casa de muñecas. Además, esta criatura no es una muñeca; es una mujercita hecha y derecha. Tengo que enviarla al mundo, so pena de que retoce en mi laboratorio y rompa los pomos de cristal en donde están almacenados los espíritus. Y es el caso, que siento deshacerme de esta joya. Nunca he hecho cosa más delicada y exquisita. Y si la mando al mundo me la rompen. Y si la llevo al cielo, no ha de querer San Pedro recibirla; porque así como en el mundo las damas necesitan ir prendidas con diamantes, para entrar en los bailes de la corte, así para obtener entrada al cielo es preciso llevar algunas lágrimas. Con esa cara de travesura y esa risa de colegiala, nadie llega al Paraíso.

¡Buena la hemos hecho!

Afortunadamente, por aquellos días, Diciembre estaba próximo á acabar, y los ángeles del limbo habían enviado una cartita atenta á la madre Naturaleza, suplicándole que les enviase su regalo de año nuevo. La hermosa matrona, que no se parece á Hélene de Leroux más que en la amplitud de su corsé, guardó en una caja de ébano forrada de raso blanco acolchonado, la muñeca que con tanto primor había construído. Para que no hablara ni cuchichease en el camino, le cerró la boca con un pastel de crema, y en tal guisa, por conducto de algún cochero de la diligencia, la envió al limbo. La muñeca no se movía ni hablaba: pero olía y la plática del postillón con el cochero no era por cierto nada edificante. De ese modo aprendió mil *cocheradas* que después repetía, sin entenderlas.

En la puerta del limbo no hay aduana; y además, como lo que iba dentro de la caja era una mujercita en todas formas, la envoltura tenía este rótulo elocuente: *Frágil*. No hubo, pues, tropiezo alguno, y la graciosa caja, envuelta en triple forro de papel, llegó intacta á su destino. Los niños la abrieron con grandes muestras de alegría, y la muñeca, ya cansada de ir tendida en el diminuto

colchón de terciopelo, saltó moviendo sus desnudos brazos y cantando una de las siete mil doce canciones que había aprendido en el conservatorio de la Naturaleza. Fué de ver el asombro de los chicuelos. Ya está dicho que al limbo no van nunca las mujeres; por lo tanto, contemplaban perplejos y asombrados aquella maravilla de hermosura, desconocida hasta aquel instante para ellos. Como tampoco han visto nunca el cielo, y saben por un niño que se murió en el tiempo de Perikles, que hay muchos dioses, lo primero que sospecharon fué que un Dios había venido á visitarles, y todos á una exclamaron: ¡Théo! (conviene á saber que en el limbo se habla el griego, gracias á la influencia del ilustrísimo señor obispo Montes de Oca).

Sin embargo, su error no duró mucho. Pronto se convencieron de que la coquetísima muñeca no era un dios; porque los dioses suelen tener cierta formalidad, impuesta por su oficio, y la muñeca comenzó por enseñar la lengua á todos y por pellizcarles amistosamente la nariz. Algunos socarrones que habían dejado el mundo á los cuarenta años y que habían ido al limbo, en gracia de estar suscritos al *Monitor*, comenzaron á decir á voz en cuello, que el obsequio de la madre Naturaleza era una mujer, ni más ni menos. ¡Una mujer! ¿Y qué es una mujer? Esta pregunta dejó de una pieza á los varones maliciosos de la población.

Una mujer, dijo alguno de ellos, es un hombre á quien Dios no le da barbas, porque no sabría estarse callado mientras lo rasuraran. Afortunadamente los santos padres ya no estaban en el limbo, que de haber estado, hubieran dicho cosas estupendas en contra de la mujer. Bien es verdad que los niños no se curaban mucho de los díceres y vitoreaban con entusiasmo á la muñeca, gritando en coro: ¡Théo! ¡Théo!

Esto pasaba el día de la Circuncisión. Naturalmente la algazara y ruído que metían los pequeñuelos, no asombraron á los ángeles, porque sabido es que la mañana de año nuevo es la más boruquienta y regocijada para los chiquitines de uno y otro mundo. Pero la dicha, hasta en el limbo, es fugitiva. A los dos días, ya había habido porrazos en la calle, y dos niños se habían cambiado sus tarjetas, y un antiguo abonado á las butacas laterales del teatro, que á fuerza de vejez se habían ido al limbo, amaneció ahorcado con una corbata en la rama más alta del árbol de Navidad.

¿Qué apostamos—dijo el arcángel encargado de cuidar el limbo —¿Qué apostamos á que la madre Naturaleza ha hecho alguna de las suyas?

Desazonado é impaciente, el ángel entró al limbo con una cara de despide huéspedes. ¡A tiempo! Los niños estaban ya escribiendo versos y disertando en el Ateneo sobre los dos hemisferios del globo terráqueo, ¡Una mujer en el limbo! ¡Y qué mujer! La más graciosa y pizpireta y retozona que se ha visto desde hace más de mil años á la fecha! Precisamente cuando el ángel llegó al limbo, Théo cantaba estas coplas que había oído al postillón de la diligencia y que ahora cantaben el acto primero de la "Marjolaine."

Pendant que vous dormiez encore
Ce matin, mon tendre mari,
Je me levais avec l'aurore
Et gagnais le sentier fleuri;
Le soleil paraissait à peine
Sur les côteaux tout empourprés,
Et bientôt je fus dans la plaine,
Pour me promener dan les blés. } *bis.*

Je marchais dans la solitude
Quand j'entendis un petit cri....
Je m'approchais.... s'était Gertrude
Qui jacassait avec Landry.
Leur plaisir devait être extrême,
Ils étaient toux deux fort troublés....
Ah! c'est bien gentil quand on s'aime
De se promener dans les blés. } *bis.*

Mais soudain, le garde champêtre
Parut et dit d'un ton brutal:
"Je ne vous ai pas pris en traître,
"Je dresse mon procés-verbal!..."
Tous les deux, pleurant à cœur fendre,
Le suivaient, de honte accablés....
Ah! c'est bien méchant de défendre
De se promener dans les blés. } *bis.*

El ángel no quiso oír ni una palabra más. Tomó á Théo del brazo, y sin atender la vocería de los inocentes, la sacó del limbo. Los niños pidieron amparo; pero Ricardo Ramírez no era ya juez de Distrito, y no pudieron obtenerlo. Y eran de ver sus desahogos, sus rabietas y la manera con que amenazaban al ángel, apretando los puños.

—¿Quieren ustedes al violinista Remeny?

—No queremos.

—¿Quieren que venga una compañía de ópera cómica á cantar el "Dominó Negro" y "Carlos VI?"

—No, tampoco.

Y los niños, desesperados clamoreaban sin descanso, mientras Théo, en brazos del ángel, subía y subía con dirección al cielo.

***

—Ahora ¿qué hago con esto?—dijo el ángel;—si la llevo al infierno va á aumentar la concurrencia. Si la llevo al Paraíso, trastorna á San Elías. Mejor será dejarla en una estrella: en Venus.

Venus es una estrella color de rosa como el cutis de Mlle. Derivis. Allí, los que se han amado mucho en esta tierra, van á seguir su interminable duo. Romeo vive en los cabellos de Julieta, perfumados de amor; y Paolo dormita entre los brazos de Francesca. Las afroditas atraviesan el mar, recostadas en un colchón de espuma, y Ofelia deshoja su guirnalda sobre el azul espejo de las aguas. Allí llegó Théo, después de recorrer en brazos del arcángel los obscuros desiertos neptunianos. Como el camino es largo, largo, había crecido Théo durante el viaje. El ángel, enamorado de sus dientes blancos, de sus pupilas habladoras y sus labios color de sangre, prolongó cuanto pudo su excursión.—¿Ya es aquí?—Preguntaba Théo impaciente—Y—No, no hemos llegado aún—le respondían. Y de ese modo atravesaron mil regiones en que la atmósfera está compuesta de pequeñas moléculas de oro y mundos de colores tan diversos como la cola del pavo real. De cuando en cuando, la pareja se detenía en alguna isla del infinito mar azul, y mientras Théo dormía, las estrellas bajaban é iban á pararse como palomas, en sus hombros. Saturno ciñó su dedo con el rico anillo que antes le rodeaba, y Júpiter hizo con sus fulmíneos rayos un hachero, para alumbrar su marcha en el espacio. Y—¿Ya llegamos?—preguntaba Théo—Y—Poco nos falta ya—le contestaban. Y es que el ángel hacía en esos momentos lo que el novio cuando al obscurecer de un día lluvioso encuentra por las calles á su amada. Le da el brazo, la cubre con su paraguas, y la lleva, torciendo calles y sorteando esquinas, por el camino más difícil y más largo, hasta la puerta misma de su casa. La novia finge que no comprende la superchería, y va oprimiendo el brazo de su amante y escuchando cómo llueven las gotas sobre la seda del paraguas, y cómo desgrana el amor sus collares de perlas. Pero, al cabo, la novia tiene que llegar á casa, como el ángel tenía que llegar á Venus. Y llegaron, y Théo, impaciente, saltó á la concha nácar que sirve de embarcación en esos mares, y el ángel quedó triste, como Pablo al seguir con la vista el barco en que iba Virginia.

¿Cuántos días, cuántos meses, cuántos años, pasó Théo en aquel planeta? El duende que me ha referido todos estos pormenores y detalles, no me supo decir la cifra exacta. De esto y de sus curiosas aventuras en la estrella del amor, hablaré con más datos cuando llegue el caso.

En Venus no hay más que un solo teatro: los Bufos. Y un solo músico: Offenbach. De allí bajaron á la tierra Hortensia Schneider y Judic. De allí también nos vino Mme. Théo. Pero ¿de qué manera? Es muy sencillo. Cuentan los duendes, que, hace pocos meses, los diarios del planeta, instruidos en los achaques astronómicos, anunciaron el paso de Venus por el disco del sol. La noticia era fidedigna. Solo de escucharla corrían gruesas gotas de sudor por el cuerpo de las hermosas afroditas. Figuraos que Venus es una tierra muy caliente de por sí, y que, á medida que se acerca al sol, aumenta la elevación de su temperatura. En esa estrella, Mlle. Blainville se habría convertido en una nubecilla de vapor.

Al solo anuncio de ese paso tremendo, Mme. Théo sintió que se liquidaba como la perla de Cleopatra. Vivía á sus anchas, es verdad; pero los horrores de ese insólito verano, no eran muy de su agrado que digamos. Afortunadamente los telegramas que del Banco Franco Egipcio recibían las afroditas, les indicaban un medio honesto de ponerse en salvo. Ramón Guzmán había intentado una de esas empresas colosales que harán época en los anales de la historia. Aprovechando los descubrimientos astronómicos del señor Zúñiga Miranda, Ramón Guzmán había resuelto utilizar el cometa para hacer viajes de recreo en el mundo de los astros.

No hacía falta el vapor, porque, según la ciencia, las colas de los cometas están compuestas de vapores. Para alumbrar el interior de los wagones contaba con la cabellera, que es gaseosa. Por modo que, en un abrir y cerrar de ojos, el cometa se transformó en un gran convoy, con carros de dormir, cocina, tocadores, salas de billar, y wagones de pockart para los aficionados. El cometa, además, debía servir para hacer viajes de la tierra al sol, con escalas en todos los planetas. Como era de esperar, el príncipe de Gales tomó un boleto para Mercurio, de ida y vuelta.

Mary Vallot y Mlle. Boisson, que habían nacido en Venus, supieron anticipadamente la noticia. Comunicáronla á Théo, y las tres juntas, burlando la vigilancia de las otras afroditas, tomaron el tren en la estación más próxima.

De esta manera peregrina é inaudita, vino al mundo la encantadora artista de opereta que hoy aplaudimos en el teatro Nacional. Los biógrafos dirán que no es así; pero los biógrafos sesudos se equivocan.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VIDA EN MÉXICO.

Marzo 18 de 1883.

Se escuchan ya, cercanos y pesados, los pasos de la Semana Santa. La multitud se refugia en los templos, como una bandada de polluelos bajo el ala de la madre. Los predicadores se esfuerzan por lograr sus últimas victorias, y cada tarde, al concluír la plática, aguardan pacientes en el confesonario á las ovejas descarriadas, para darles el perdón, ese rocío del cielo. Velos obscuros cubren los altares. Los cirios amarillos chispean solemnemente en torno de la imagen del Crucificado. Quitémonos, pues, ceremoniosamente los sombreros, y abramos paso á los últimos días de la cuaresma.

***

A riesgo de que los críticos hagan mofa de mí y se burlen, acaso con justicia, de mi egoismo, estoy poco dispuesto al arrepentimiento y reincido, á sabiendas, en el pecado. No sé escribir de otro modo.

Para hablar de los días solemnes, santificados por la tradición, no quiero recurrir á mis pobres libros ni á mis cortísimos saberes. La ciencia es fría como el mármol de un monumento sepulcral. Prefiero recorrer con la memoria el camino que dejo atrás, y hablar con el corazón. Todos tenemos en nuestro cofre de recuerdos una reliquia religiosa y en nuestro corazón una fibra que se estremece en la quietud solemne de los templos. Arrastrados sin tregua ni descanso por el rápido torbellino de la vida, hemos casi olvidado el camino que lleva al corazón. Hoy, venturosamente, las faenas diarias cesan y el ánima se esparce en el sosiego: busquemos, pues, esa vía dolorosa, ese camino.

***

Todavía me parece estar muy cerca de esos años felices en que yo le ayudaba la misa al señor cura, preparaba el misal con sus largos listones, y hasta solía lavar las vinajeras, cuidando de tomarme, sorbo á sorbo, el vino que en ocasiones les quedaba. Muchas cosas se olvidan en esta larga caminata que llamamos vida; pero el primer sacerdote que nos confesó y la primera novia que tuvimos, no se borran jamás de la memoria. Por eso cada vez que la Santa Semana llega y el velo cubre los altares, mientras suenan las carracas en las calles y reverbera el sol su roja lumbre, como dice Carpio, distraemos el pensamiento con la contemplación de hechos pasados, y vivimos en plena fe la vida paradisiaca de la infancia.

Una noche—era yo muy niño todavía,—lleváronme á la iglesia donde se conmemoraba con sermones y cuadros alegóricos el prendimiento de Jesús en el sagrado huerto. La iglesia estaba á obscuras, ó poco menos; la única parte iluminada era el altar, sin blandones ni imágenes, todo cubierto por una gran cortina obscura que el viento estremecía pausadamente. La llama roja de los cirios, oscilante como la lengüeta de una víbora, alumbraba una imagen de la Vírgen dolorosa—única que había quedado en el altar—quebrando sus resplandores en el áureo pomo del puñal que atravesaba el pecho de la santa Madre y resbalando por el lustroso terciopelo de su manto. En las mejillas de la Virgen corrían dos lagrimones de cristal. He dicho que corrían, y no retiro la palabra; porque, ora fuese á causa del fulgor oscilante de los cirios, ora por influjo de mi exaltada fantasía, la verdad es que yo veía correr aquellas lágrimas cual si brotasen de una fuente inagotable. Los piadosos feligreses rezaban agrupados en la nave, y al terminar cada misterio del Rosario, sonaba la severa voz del órgano acompañada del canto religioso.

Pero lo que atraía mi vista con más fuerza, era el cuadro dispuesto en una de las capillas laterales. En la solemne obscuridad del templo, esa capilla, toda colgada de terciopelo púrpura, con sus catorce cirios encendidos, se destacaba como un horno luminoso. Allí estaba una imagen del Señor, guardada para ocasiones semejantes. Vestía Jesús su túnica violeta, y de rodillas, apoyado en la peña de cartón, oraba al Padre. No podía vérsele el rostro, que tenía oculto en las sagradas manos, y solo se miraba su cabellera de color castaño y el nacimiento de las blancas sienes. En el ángulo opuesto, serios y ceñudos, se destacaban los soldados del pretor con sus lucientes picas y sus barbas negras. Aquellos hombres me inspiraban aversión y miedo: sin darme cuenta de ello, por instinto, yo me acerqué á mi madre, cubriéndome la mitad del cuerpo con sus ropas.

El señor cura comenzó su piadoso sermón, y el auditorio, recogido, no se atrevía á moverse para no perder una sola de esas frases inspiradas.

El señor cura, como era uso, había tomado por la tarde, en casa de mis padres, el chocolate de las cuatro; su voz, sin embargo, me infundió pavor. No, no era el mismo que solía darme tirones de oreja y hasta jugar conmigo á la raqueta. Era el austero pastor de almas, el viejo de cabellos plateados, narrando con acento conmovido la suprema tragedia del Calvario. Yo, de ordinario retozón é inquieto, no osaba murmurar una palabra ni moverme del sitio en que mi madre oraba. La voz del señor cura sonaba tristemente en mis oídos, como los dobles de la campana el día de Muertos. El drama augusto desenvolvía ante mí, en la obscuridad, sus desgarradores episodios. La noche que pesó con su negrura inmensa sobre la cabeza del Redentor, pesaba también sobre mí. Miraba á los apóstoles dormidos; y, á la distancia de un tiro de piedra, contemplaba á Jesucristo hablando con su Padre, que le oía desde los cielos, y pidiéndole que apartara de sus pálidos labios el amargo cáliz. No había estrellas en el cielo. ¿Qué estrellas habrían podido ver á un Dios sufriendo? El Nazareno comenzaba su martirio, y en el silencio augusto de ese bosque, lejos de los hombres que ya habían comenzado á abandonarle, sentía pavor, miedo y congoja. No le arredraba aquel suplicio horrendo ni aquella penosísima agonía; mas con los ojos del espíritu, con la infinita previsión divina, contemplaba la procesión interminable de los siglos. ¿A cuántos aprovecharía la redención? ¿Cuántos de aquellos hijos por quienes aceptaba el cáliz del martirio, iban á desconocerle y á negarle? Y el alma del Profeta se oprimía, y de su noble pecho, hinchado por los sollozos, salían quejas amarguísimas. De improviso, rompe la obscuridad nocturna súbito resplandor de hachones y linternas. Con grande vocerío, blasfemando, riendo á carcajadas, se acercan los durísimos soldados. Y llegan todos en tropel, le insultan, y uno de ellos pone la recia mano en el rostro divino del Maestro . . . .

En llegando á este punto, rompieron los sollozos su clausura ,y el devoto auditorio comenzó á llorar. La conmovida voz del señor cura narraba lentamente aquella escena desgarradora. Yo, de rodillas, clavaba con espanto la mirada en el doliente rostro de la Virgen.

***

He asistido después á muchos templos y he escuchado á los grandes oradores. ¿Por qué ninguno sabe conmoverme como aquel ignorante pastor de las almas? No era profundo teólogo ni polemista experto, ni elocuente, en el sentido humano de esta palabra. No

argumentaba con gran máquina de raciocinios, ni recurría á las armas de la filosofía batalladora. Era manso y humilde, recto de corazón y amplio de espíritu. No hablaba con el entendimiento; hablaba con el alma. Diré mejor, para expresar con claridad mi pensamiento: No hablaba él; dejaba hablar á Jesucristo.

De ese humilde predicador y de la azul mañana en que hice la primera comunión, jamás podrá olvidarse mi memoria. Cerrando los ojos para no mirar los seres y cosas que nos rodean, y explorando con la imaginación el campo del pasado, parece que la vida, como un inmenso panorama, va pasando ante nosotros en su infinita variedad de cuadros. Pasan los días lluviosos, obscurecidos por densas y apretadas nublazones; las noches en que retumba el trueno y los ríos desbordados salen de su cauce, las mañanas serenas en que el cielo está azul, la tierra fresca, y limpia el agua de las fuentes. Esas mañanas son las mañanas de la infancia. Las bocanadas de aire traen á nuestro olfato el sano olor de los trigales, y á nuestro oído el repique de las campanas que volteaban alegremente en la parroquia. La atmósfera está tan limpia y transparente que podría distinguirse el vuelo de los ángeles; la luz es virgen todavía; Dios está contento.

Así es la mañana de la primera comunión. Todavía, al recordarla, siento una vaga sensación de frescura: me parece que entro á un estanque rugado por el ala del cisne y que el agua fresca penetra por todos mis poros. Bien hacen al escoger para esta santa comunión una mañana de Abril, toda claridad, toda perfume. El invierno es la estación de los entierros; y la primavera es la estación de las resurrecciones. La primera comunión sería triste en Diciembre, se iría al templo por callejas cubiertas de hojas amarillas, entre árboles desnudos y fuentes heladas. No; Dios debe entrar al alma cuando la savia renueva las ramas, cuando el perfume sale de la flor y los pájaros salen de sus nidos. El ruiseñor, cantando por la noche, enseña á orar. La luz, entrando por los ojos, lava el alma.

Conservo aún la cinta de raso blanco que llevé anudada en el brazo. El tiempo la ha amarilleado un tanto cuanto: está como los encajes que guardan en su baúl nuestras abuelas y que sirvieron para su matrimonio.

La víspera de ese día inolvidable me acosté algo más tarde que de costumbre. Junto á mi cama estaba ya dispuesta la ropa que iba á vestir, nueva y lustrosa. Pasé la velada oyendo las máximas severas de un libro piadoso que leía mi padre. Una inmensa alegría llenaba mi alma. Antes de recogerme abrí la puerta de mi ventana y contemplé la noche: todas las estrellas me veían con sus pupilas de oro. Me arrodillé después ante la imagen de la Virgen; la Virgen, la santa Virgen me sonreía. Algo como un ligero movimiento de alas sonaba en torno mío. Esa noche pensé que eran las alas de

los ángeles. Ahora reflexiono que debió de ser la brisa moviendo las altas ramas de los árboles.

Dormí poco. A las cuatro de la madrugada me despertaron; comencé á vestirme rezando á media voz mis oraciones. Estaba alegre aún; pero mezclábase á mi alegría un vago temor. Casi puedo decir que tenía miedo. ¿Miedo de qué? Había hecho la confesión de mis pecados; la absolución había purificado mi espíritu, y no obstante, me parecía que no estaba aún suficientemente apercibido para aquel acto solemne.

Tan abstraído estaba, que no me detuve á admirar la ropa nueva, los pantalones con bolsas, el chaleco blanco, y la cinta que iba á anudarse coquetamente en torno de mi brazo. Tenía miedo. La calma de la noche me imponía. Mas apenas pude salir al corredor y contemplar el cielo, huyeron desvanecidos mis temores. Las estrellas no estaban ya doradas y lucientes como pocas horas antes. En ese instante parecían de plata. Los gallos cacareaban en el corral vecino. La luz, tímida y como algodonosa, comenzaba á subir por el Oriente. El agua tartamudeaba en su taza de piedra. Yo en aquella hora del alba, me creí virgen de pecado. La brisa rozaba con sus alas húmedas la corola de las flores. La naturaleza hablaba con Dios.

Poco á poco se fueron apagando los luceros; poco á poco la claridad invadió el cielo; ya se escuchaba más continuo y más sonoro el repique de las campanas; los luceros fueron quedando en el obscuro cofre de la noche, como diamantes engarzados en antigua plata: la franja de oro que precede al sol, apareció en los horizontes, y los pájaros que dormían aún dentro de sus pequeñas jaulas, comenzaron á cantar.

Yo no quería hablar, no quería oír. Cuidaba mi corazón y mi conciencia, como se cuida el vaso lleno de agua que se lleva en la mano, temiendo que se derrame sobre las alfombras. Con la apacible claridad del día, la calma entraba en mi espíritu. Los compañeros me aguardaban ya, y partimos á la iglesia. Ver me parece aún la nave; las flores que caían á nuestro paso desde las altas cornisas; creo oir la voz grave del órgano y el ruido de nuestros pasos en el suelo hueco. Llegamos hasta la escalinata del presbiterio, y allí nos pusimos de rodillas. Los niños de coro balanceaban sus dorados incensarios. Gotas de cera derretida caían en la arandela que defendía mi mano recortando el cirio blanco. Se oía la alegre voz de las campanas, y nuestros corazones infantiles también, como las campanas repicaban.

***

¡Oh, santa iglesia que escondiste mis primeras alegrías, humilde templo sin áureos candelabros ni ornamentos realzados con brillantes! Tú me viste en tarde obscura y nebulosa mucho tiempo después de aquella azul mañana, entrar en busca de santo amor y de consuelo. Las hojas de rosa no caían, como menuda lluvia, sobre mi cabeza. El órgano estaba mudo, y mi memoria no encontraba ya oraciónes. En el desnudo altar se alzaba la santa imagen del Crucificado. Mis pasos resonaron en la bóveda tristemente; las campanas doblaban en la torre, y mi corazón doblaba también, como las campanas! ¡Oh, santa iglesia que escondiste mis primeras alegrías! Cuando mi pobre espíritu zozobra como la barca débil de los pescadores en el revuelto mar de Tiberiades, yo te evoco y te miro reflejada en el cristal opaco del recuerdo. ¡Tú eres la calma, tú eres la verdad, tú eres la vida!

Mayo 6 de 1883.

Si queréis dudar de la Primavera, id esta tarde al árido calichal de Peralvillo. Ni un árbol desmedrado ofrece su hospedadora sombra á los pájaros, ni un breve hilo de agua refresca las arenas incandescentes. Aquel es el terreno de la desolación; el sitio en donde, por haberse cometido algún horrible crímen, sembraron sal en signo de tristeza; la tierra estéril é infecunda, cuyo polvo blanco se formó con los huesos de Caín. Ahondad un poco y encontraréis el cadáver de Judas.

Para creer en la hermosa Primavera estando en esos páramos ardientes, es necesario convertir los ojos á las tribunas y ver las bocas mujeriles que se entreabren. La luz del hipódromo no favorece ciertamente al rostro. La reverberación de los rayos solares comunica á todos los semblantes un color de horno, y el polvo, prendiéndose en los rizos negros, y en los bucles rubios, quita una parte de su gracia á los tocados. La mujer que es hermosa, á tal hora y en tal sitio, puede enorgullecerse, y con razón, de sus encantos

Para luchar con este polvo pegajoso que no respeta condición ni edad, las señoras debieran escoger telas ligeras de color muy claro. El sol y el polvo son los crudos enemigos con quienes combatimos sin descanso.

Yo pensaba el domingo, en cierto biombo que había en casa de mis abuelos, con pinturas alegóricas, tan malas y desatinadas como todas las que se deben al pincel de los grandes artistas que vivían de pintar biombos. En cada una de las mamparas se distingue un jinete en algún potro de largas zancas y pescuezo flaco, á un bizarro caballero vestido á usanza cortesana, con la tizona á un lado y el sombrero de pluma hundido hasta las cejas. Cada uno de esos personajes, dispuestó como para entrar á un torneo, tenía un rótulo abajo, que decía así, sobre poco más ó menos: *El alto y poderoso Señor D. X. de X. mantenedor del Elemento tal.* Los elementos eran la tierra, el aire, el agua, y el fuego.

Ya ahora no hay torneos ni justas en que se dispute la primacía de un elemento; los cuatro elementos que figuraban en el biombo, ya ni elementos son: yo, sin embargo, los recuerdo aún, y cuando el polvo cierra mis ojos en el hipódromo, digo para mí. . . . ¡Dios mio! ¡Si habrá también aquí mantenedores de los elementos; si estaremos presenciando una terrible competencia entre las fuerzas ciegas de la Naturaleza!

Ayer, tierra y aire se concertaban para molestarnos: hoy cae el agua, convirtiendo en un extenso lodazal los llanos,: solo falta el fuego, ya aparezca por bajo de la tierra, haciendo una explosión nihilista, ó llueva como en Sodoma ó en Gomorra! ¡Dios nos tenga de su mano!

—Te equivocas--me contestaba entonces un amigo—el fuego tomó ya parte en las carreras: revolotea con alas escarlatas en la atmósfera, á la hora en que, con la última gota de café en los labios, nos dirigimos al hipódromo; tiñe de encarnado las pequeñitas bocas de frambuesa y esconde sus agudos dardos en los ojos negros.

***

El regreso de las carreras es tan triste como animada y bulliciosa fué la ida. Enciéndense los faroles de los coches y el desfile empieza. Muchos regresan con semblante arisco; son los que perdieron. Otros piensan en el gomoso impertinente que despertó sus celos. Los más consideran, compungidos y contritos, la repentina estenuación de sus bolsillos. ¡Así es la vida! La vejez es el traje que se llenó de polvo en las carreras y que no vuelve ya á servir. Las ilusiones son las monedas que se perdieron. Todos regresan pensativos y cansados. Los más felices y dichosos se esconden en el fondo del carruaje para seguir la interrumpida siesta.

Así, tan triste y mudamente vuelven á su hogar las pobres gentes que acuden á los fuegos de artificio. Coppée ha descrito admirablemente esa tristeza de las fiestas que concluyen:

Quand sont finis le feu d'artifice et la fête,
Morne comme une armée après une defaite,
La foule se disperse: Avez-vous remarqué,
Comme est silencieux ce peuple fatigué?
Hors on vont tous, portant de lourds enfants qui geignant,
Tandis que'en infectant les lampions s'eteignant
On si entend que le rhytme inquietant des pas;
Le ciel est rouge; et c'est sinistre n'est-ce pas?
Ce fourmillement noir dans ces etroites rues
Qu'assombrit le regret des splendeurs disparues.

Observad el aspecto de las calles, cuando acaban los fuegos de artificios. Los pobres vuelven cargando á sus hijos ó estirando penosamente de la mano á los chicuelos soñolientos. No se oyen más que refunfuños y regaños. La madre piensa en los desgarrones de su vestido, y el pobre viejo que trabaja durante la semana para ganar el pan de su familia, considera el desequilibrio que produce en el presupuesto de la quincena, el despilfarro de unos cuantos reales. Momentos antes la tristeza no abatía su ánimo ni los traviesos chicuelos se dormían. El cielo no estaba tan obscuro. Enormes flores escarlatas se deshojaban en el aire y las bombas subían desgranando en el espacio su collar de notas triunfales. Ahora la noche parece más negra, porque los ojos guardan todavía el deslumbramiento de los artificios pirotécnicos. Ya es hora de volver á la casa, en donde aguarda la pobreza. Allí pavesea el velón de sebo puesto en un ladrillo. Ya no rasgan los ágiles cohetes el velo denso de la sombra; solo en lontananza, destacándose en medio de un círculo rojo, se levantan enhiestas las torres de la Catedral, como los escombros de un castillo incendiado.

***

Este espectáculo es uno de los más peregrinos y curiosos que ofrecen nuestras fiestas nacionales; y tal vez bastaría á reconciliarme con ellas, á no ser por la salva matinal que bruscamente me arrebata el sueño. Y hay otro cuadro aún que me interesa tanto como éste: el desfile de las tropas.

El sol quiebra sus flechas de oro en el latón de las carmañolas y en la punta de las bayonetas; suena el redoble del tambor, y los soldados marchan en compactos batallones, entre una doble fila de gallardetes y banderas.

«¡Música!—¡Qué aliento dan
Y qué esperanzas sin fin,
El *re-lin-tin* del clarín.
Del tambor el *ra-taplán.*
¡Ya aproximándose van!

¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan
¡Estas músicas que pasan!
¡Qué alegres son cuando vienen!

Los niños palmotean en los balcones y asoman sus cabecitas rubias para ver el desfile. Yo también contemplé con esa infantil curiosidad y esa ingenua admiración, los batallones que en este instante pasan por mi calle. Era muy niño y aun me acuerdo del regocijo con que al acostarme por la noche, el 15 de Septiembre, después de oir la salva y los repiques, pensaba en los soldados que podría contemplar al día siguiente, y en las dianas alegres que me despertarían al amanecer. ¡Cómo alegraban mi alma las músicas militares! En la noche, pegado el rostro á los cristales del balcón, aguardaba con impaciencia los disparos y repiques. A cada rato, volteaba para ver la muestra del reloj, que iba entonces muy lento, como camina ahora cuando estoy alegre.—¿No quieres acostarte!—me decían. Y yo, muerto de sueño, me obstinaba en permanecer junto al balcón, hasta que una llamarada lívida rasgaba el seno de la obscuridad, y temblaban estremecidas las vidrieras, al estruendo sonoro del cañón. Iba contando entonces los disparos, y cuando el último sonaba, me recogía en mi pequeña alcoba, saboreando con la imaginación los placeres que al día siguiente gozaría. Dormía, temeroso de que las salvas, dianas y repiques no me despertaran. Yo no quería perder una sola nota de las bandas militares, ni un solo sacudimiento de la artillería. Por modo que, apenas abría el alba sus azules ojos, ya estaba despierto en mi cama esperando con ansia el estampido de los cañones y la regocijada voz de las campanas. Recuerdo que á esa hora, estaba casi siempre paveseando la lámpara de aceite. De improviso el bronco estrépito se propagaba en las ondas de la atmósfera y rompía el clamoreo de las campanas. Yo, entonces, incorporándome en mi lecho, contaba los disparos uno á uno, como el avaro cuenta sus monedas. Las dianas militares se iban acercando y una inmensa alegría llenaba mi alma.

¡Cómo ha corrido el tiempo! Hoy me enfada y me enoja esa insensata salva que viene á despertarnos bruscamente; huyo lo más que puedo del bullicio y procuro no recorrer las calles en que las tropas van á desfilar! En aquel tiempo, estaba toda la mañana en el balcón y allí tomaba el desayuno, para no perder ni una sola de las maniobras militares. Y cuando la fiesta terminaba y volvía de los fuegos triste y pensativo, contaba los meses que faltaban para el Cinco de Mayo y me dormía pensando en los esplendores del ejército. ¡Ser soldado! vestir esos trajes tan llenos de colores y bordados, pasear con la espada desnuda al frente de un batallón, mirando cómo se coronan de mujeres los balcones. . . . ! ¡qué gran sueño!

***

Las mujeres y los niños aman á los soldados. Shakespeare dice en «Otelo,» que la coraza bruñida de un guerrero es el mejor espejo en que se mira una mujer. Yo me explico esto por una ley empírica que tengo establecida para mi uso particular y que llamo la «ley de los complementos.» Cada cual busca fuera de sí aquello que no tiene ni posee. Por eso las mujeres y los niños, seres débiles, buscan y aman al batallador, que es símbolo de la fuerza.

En mis primeros años, el soldado se me aparecía en su deslumbradora forma de parada. Yo le miraba bajo su aspecto escénico y teatral; como las damas ven á los tenores de ópera y á los galanes de comedia. En esos trajes cepillados, limpios y brillantes, no había para mí ninguna mancha de sangre. Eran ellos los grandes vencedores que corren el mundo conquistando naciones y mujeres. La visión dramática del soldado me vino más tarde; no en una de estas fiestas en que la pólvora sirve para espantar á los gorriones y enardecer la sangre de los comerciantes, sino en las tortuosas y retorcidas calles de una aldea, diezmada por la guerra civil. Muchas veces me complazco en hacer mentalmente el parangón de estas dos visiones, tan disímbolas, y en comparar el entusiasmo con que oía las músicas y las dianas militares desde mi cama, que era casi cuna, con el terror y la compasión que sentí años adelante en esa pobre y miserable aldea. También entonces pasaron los soldados junto á mi ventana; pero no sonaban los clarines ni redoblaban los tambores. Iban todos silenciosos, procurando apagar el ruido de sus pasos, por entre la negrura inmensa de la noche. Se oía el pesado movimiento de cañones y cureñas; y despertados bruscamente por el paso de este ejército en campaña, asomábanse los vecinos á las puertas de sus casas. Algunos salían á medio vestir, con la palmatoria de barro en una mano y el nudoso garrote en la otra. ¡Adonde iban los soldados? La madre se estremecía pensando en su hijo que estaba con los pronunciados y que iba tal vez á morir aquella misma noche. ¡Qué frías brillaban las estrellas en el cielo!

Los soldados pasaron dejando como una estela de tristeza. Volvieron á cerrarse las ventanas; se apagaron las luces y el pesado rodar de los cañones se fué desvaneciendo en el espacio. Entonces yo pensé en aquellos héroes de parada que tanto me habían entusiasmado cuando niño y cuya gloria deseaba compartir. Ya no iban vestidos de gala, bajo lluvia de flores, ni entre músicas alegres: iban tristes y mustios, casi muertos de fatiga, con los pies desangrados, en medio de la noche triste y negra. ¡Pobres soldados! Avanzaban, avanzaban en la obscuridad, pensando acaso en una madre de cabe-

llos blancos que tal vez no verán más, en una novia que les aguarda vanamente ó en los hijos que van á quedar desamparados, y que mendigarán en los caminos reales.

A poco, oí un lejano tiroteo, que se fué aproximando lentamente. Luego, dominando el estruendo nutrido de la fusilería, sonaba la voz ronca del cañón; de ese mismo cañón cuyos disparos escuchaba lleno de alegría en nuestras fiestas nacionales. Incorporándome en el lecho, pensaba en esos infelices, que momentos antes, había visto pasar llenos de vida, y cuyos cuerpos iban á ser pasto de los buitres y de los lobos. Los vecinos del pueblo, llenos de terror, atrancaban las puertas de su casa. Las madres gemían; y tendiendo la vista por la abierta ventana, miré al cura que de rodillas, junto á su cama, oraba por los matadores y los muertos. Así pasaron cerca de tres horas. Poco antes del amanecer paró el fuego. Los pronunciados quedaban batidos; pero las tropas del Gobierno habían sufrido muchas pérdidas. Apenas empezó á clarear, llegaron al pueblo los carros de la ambulancia, llenos de heridos. Los muertos quedaban en el campo. De esos carros salían voces dolientes y quejidos agudísimos. Se improvisó un pequeño hospital en la casa del tendero más rico y allí vaciaron los heridos, como se vacía un canasto de verdura. Una hora después, era imposible pasar á cien varas de aquella casa, sin oír los quejidos y blasfemias de aquellos infelices tasajeados por la cuchilla de los cirujanos.

***

Por eso ahora, cuando miro el desfile de los batallones, y observo el entusiasmo con que aplauden los niños desde las ventanas, pienso también en esa horrible madrugada que vi morir á tantos combatientes, y pido al cielo que sigamos gastando la pólvora en salvas y nuestro dinero en fuegos de artificio.

Mayo 27 de 1883.

¡Abuelita, abuelita, la de cabellos blancos y anteojos de oro en caja de marfil! ¡abuelita, abuelita, bien hace Dios en no querer que salga Ud. de ese rincón pacífico y obscuro en que maulla el gato y lee Ud. vidas de santos; bien hace Dios en tenerla sujeta con un hilo de algodón á la mesilla donde una lámpara de aceite alumbra el gancho y los tejidos comenzados: ¡abuelita, abuelita, ya no hay frailes, ya no hay procesiones, ya no hay Corpus! Ya me parece ver cómo, al oír estas palabras, cae de sus manos la enorme bola

de hilo blanco y hasta el Año Cristiano, desencuadernado. El gato juega á la pelota con el hilo, y araña con su garra volteriana las páginas amarillas del devoto libro. Ud. no mira nada: abre los ojos espantados y murmura en voz baja: ¡Ya no hay Corpus!

Y es verdad: he recorrido las calles principales, que antes cubría el espeso toldo blanco y que ahora calienta el sol con dardos inflamados; he atravesado de una acera á otra, con grave riesgo de morir bajo las pezuñas de un caballo, y no he visto esos talares hábitos del fraile que antes formaban toda mi delicia, ni he escuchado el redoble marcial de los tambores que cerraban la marcha de la procesión. ¡Abuelita, abuelita, ya no hay Corpus!

Mientras Ud. leía «Vidas de Santos» el mundo cambió como se cambian los telones en el escenario. ¡Ah, si pudiera Ud. salir de su rincón, aunque el gato egoísta se enojara, y ver las calles cómo están ahora! . . . .—¡Ahí viene la procesión—exclamaría Ud. mirando una larga hilera de carruajes.—No, abuelita. En esos coches van unas señoras que Ud. no conocerá probablemente y que están esperando, como los santos padres en el limbo, á un hombre que les dé algunas monedas ¿No ve Ud. cómo sacan las caras por la portezuela? Dicen: «aquí vamos;» y allí van en efecto. Muchos ociosos apoyan los aparadores de cantinas y tercenas; muchos borrachos se embriagan á la vista de todos, para que nadie los crea hipócritas. . . . ¡Abuelita, abuelita, ya no hay Corpus!

Todavía recuerdo aquella fiesta religiosa á que asistimos en el pueblo. Ud. se había puesto su mantilla negra, que era el gran lujo de las solemnidades en que repican mucho las campanas. Yo me corté las uñas. Desde el alba abandoné mi catre, mi colchón y el sueño, para sufrir de grado esos tormentos á que Ud. con dolor me condenaba. ¡Y cuán presentes tengo aún esos suplicios! ¡El agua fría de aquella enorme palangana en que cabía holgadamente medio cuerpo; el almidón de la camisa limpia; el peine de carey para quitar la caspa, que me quitaba á mí las ganas de peinarme; los botines nuevos, y sobre todo, aquella esponja dura que me dejaba el cutis relumbroso y colorado, como la bola mingo del billar!

En ese inolvidable día de Corpus, estrené aquel reloj con tapa de oro que me dió Ud. por ser día de mi santo. Yo no sé que se oía más: el *tic tac* del reloj ó los latidos de mi corazón. Esa emoción incomparable solo se siente dos ocasiones en la vida: el día en que oímos el aleteo de la impaciente mosca que se oculta tras la cerrada tapa del reloj, y la noche en que, aprovechando algún descuido, un poquito de sombra y mucho amor, besamos en la boca á la primera novia. ¡Ay abuelita! Yo he sentido ya esas dos enormes sensaciones. No volveré á gozar esas delicias, hasta que escuche el rezo de las letanías en torno de mi lecho funerario. Ese es el último ruido que emociona.

Aquel reloj me acompañó en la procesión del Corpus. Grandes enramadas cubrían las calles del villorrio y por debajo de ellas íbamos marchando, vela en mano. Me acuerdo que, inclinando un poco el cirio, dibujé, con la cera derretida que goteaba, una vía láctea en los faldones del señor alcalde. Las casullas resplandecían, heridas por el sol, como ascuas de oro. El incienso se enroscaba en el aire y los cohetes subían por el espacio azul. En todas las ventanas había cortinas y colgajos. Algunas se engalanaban con sobrecamas de viejo damasco rameado ó con la gran carpeta de una mesa redonda Todos los santos esculpidos ó pintados salían á los balcones para ver la procesión. Hasta los animales de la casa, el gato marrullero, el perrito lanudo, los canarios y los loros, tomaban parte en la solemnidad, para que la bendición de Dios les alcanzara. Unas mujeres caminaban en la procesión con el perro en brazos y la jaula colgada de la mano. Otros se contentaban con sacar los animales á las puertas de la casa y levantarlos por lo alto cuando pasaban las imágenes milagrosas. De cuando en cuando maullaban los gatos, prorrumpían los perros en agudos ladridos y los gallos cacareaban.

Los niños iban siempre por delante: atrás, iban las andas con los santos. Recuerdo aún que por no dar la espalda á la Custodia, caminaban las imágenes para atrás.

Cerrando la procesión, bajo el palio azul bordado de oro y sostenido por varillas gruesas de latón dorado, iba el cura con gran capa pluvial, apoyando contra su pecho la custodia en cuyo centro se veía la hostia blanca. Un rumor de oraciones rodeaba el palio, que pasaba por sobre la muchedumbre arrodillada Se oía el son argentino de las cadenas de los incensarios, que describiendo medio círculo en el aire, relampagueaban, dejando como estela blanca un largo rastro de humo perfumado. La procesión duró más de una hora. Yo saqué ochenta veces el reloj.

Por la tarde asistimos á la iglesia, que olía mucho á incienso y á rosas de Castilla. Los niños cantaban en el coro los ofrecimientos del Rosario. Yo me dormí en la banca. El ruido monótono de las *Ave Marías* rezadas en común, me arrullaba. Poco á poco la tarde fué cayendo y el aire fresco del crepúsculo me despertó. Todos los cirios ardían ya: me arrodillé. Las ruedas de campanas que había en el altar mayor, giraron, aturdiendo con su cascada de repiques. El señor cura, vuelto al pueblo, le bendecía con la custodia. En ese instante muchos pájaros cantaron. Por aquel entonces, creía yo que era éste un hossana de las aves al Creador. Más tarde supe, que los sacristanes tenían las jaulas ya dispuestas, y á la hora precisa, las sacaban por las ventanas de la cúpula.

Las claridades mortecinas del crepúsculo, quebraban sus cristales fríos en las ventanas cuando salíamos de la iglesia: había caído ya la noche. El órgano cantaba aún, llenando con su voz la angosta nave. Entre el cancel y la puerta había mucha sombra. Allí los novios al pasar se apretaban la mano! . . . . . .

MEMORIAS DE UN PARAGUAS.

Junio 3 de 1883.

Nací en una fábrica francesa, de más padres, padrinos y patrones que el hijo que achacaban á Quevedo. Mis hermanos eran tantos y tan idénticos á mí en color y forma, que hasta no separarme de sus filas y vivir solitario, como hoy vivo, no adquirí la conciencia de mi individualidad. Antes, en mi concepto, no era un todo ni una unidad distinta de las otras: me sucedía lo que á ciertos gallegos que usaban medias de un color igual y no podían ponerse en pie, cuando se acostaban juntos, porque no sabían cuáles eran sus piernas. Más tarde, ya instruido por los viajes, extrañé que no ocurriera un fenómeno semejante á los chinos, de quienes dice Guillermo Prieto con mucho gracia, que vienen al mundo por millares, como los alfileres, siendo tan difícil distinguir á un chino de otro chino, como un alfiler de otro alfiler. Por aquel tiempo no meditaba en tales sutilezas, y si ahora caigo en la cuenta de que debí haber sido en esos días tan panteista como el judío Spinoza, es porque vine á manos de un letrado, cuyos trabajos me dejaban ocios suficientes para esparcir mi alma en el estudio.

Ignoro si me pusieron algún nombre; aunque tengo entendido que la mayoría de mis congéneres no disfruta de este envidiable privilegio, reservado exclusivamente para los machos y las hembras racionales. Tampoco me bautizaron, ni había para qué, dado el húmedo oficio á que me destinaban. Solo supe que era uno de los novecientos mil quinientos veintitrés millones que habían salido á luz en aquel año. Por lo tanto, carecí desde niño, de los solícitos cuidados de la familia. Ustedes, los que tienen padre y madre, hermanos, tíos, sobrinos y parientes, no pueden colegir cuánta amargura encierra este abandono lastimoso. Nada más los hijos de las mujeres malas pueden comprenderme. Suponed que os han hecho á pedacitos, agregando los brazos á los hombros y los menudos dientes á la encía; imaginad que cada uno de los miembros que componen vuestro cuerpo es obra de un artífice distinto, y tendréis una idea, vaga y remota, de los suplicios á que estuve condenado. Para colmo de males, nací sensible y blando de carácter. Es muy cierto que tengo el alma dura y que mis brazos son de acero bien templado;

pero, en cambio, es de seda mi epidermis y tan delgada, tenue y transparente, que puede verse el cielo á través de ella. Además, soy tan frágil como las mujeres. Si me abren bruscamente rindo el alma.

A poco de nacido, en vez de atarme con pañales ricos, me redujeron á la más ínfima expresión para meterme dentro de una funda, en la que estaba tan estrecho y tan molesto como suelen estar los pasajeros en los wagones de Ramón Guzmán. Esa envoltura me daba cierto parecido con los muchachos elegantes y con las flautas; pero esta consideración no disminuía mis sufrimientos. Solo Dios sabe lo que yo sufrí dentro del tubo, sacando nada más pies y cabeza entre congojas y opresiones indecibles. Los verdugos me condenaron á la sombra, encerrándome duramente en una caja con noventa y nueve hermanos míos. Nada volví á saber de mí, envuelto como estaba en la obscuridad más impenetrable, si no es que me llevaban y traían, ya en hombros, ya en carretas, ya en wagones, ya, por último, en barcos de vapor. Una tarde, por fin, miré la luz, en los almacenes de una gran casa de comercio. No podía quejarme. Mi nueva instalación era magnífica. Grandes salones llenos de graderías y corredores, guardaban en vistosa muchedumbre un número incalculable de mercancías: tapetes de finísimo tejido, colgados de los altos barandales; hules brillantes de distintos dibujos y colores cubriendo una gran parte de los muros; grandes rollos de alfombras, en forma de pirámides y torres; y en vidrieras, aparadores y anaqueles, multitud de paraguas y sombrillas, preciosas cajas policromas, encerrando corbatas, guantes finos, medias de seda, cintas y pañuelos. Solo para contar, enumerándolas, todas aquellas lindas chucherías, tendría yo que escribir grandes volúmenes. Los mismos dependientes ignoraban la extensión é importancia de los almacenes, y eso que, sin paratse á descansar, ya subían por las escaleras de caracol para bajar cargando gruesos fardos, ya desenrollaban sobre el enorme mostrador los hules, las alfombras y los paños ó abrían las cajas de cartón henchidas de sedas, blondas, lino, cabritilla, juguetes de transparente porcelana y botes de cristal, guardadores de esencias y perfumes.

A mí me colocaron, con mucho miramiento y atención, en uno de los estantes más lujosos. La pícara distinción de castas y de clases, que trae tan preocupados á los pobres, existe entre los paraguas y sombrillas. Hay paraguas de algodón y paraguas de seda, como hay hombres que se visten en los Sepulcros de Santo Domingo, y caballeros cuyo traje está cortado por la tijera diestra de Chauveau. En cuanto á las sombrillas, es todavía mayor la diferencia: hay feas y bonitas, ricas, pobres, de condición mediana, blancas, negras, de mil colores, de mil formas y tamaños. Yo desde luego conocí que había nacido en buena cuna y que la suerte me asignaba un puesto entre la aristocracia paragüil. Esta feliz observación,

lisonjeó grandemente mi amor propio. Tuve lástima de aquellos paraguas pobres y raquíticos, que irían, probablemente á manos de algún cura, escribiente, tendero ó pensionista. La suerte me reservaba otros halagos: el roce de la cabritilla, el contacto del raso, la vivienda en alcobas elegantes y en armarios de rosa, el bullicio de las reuniones elegantes y el esplendor de los espectáculos teatrales. Después pude advertir con desconsuelo que la lluvia cae de la misma suerte para todos; que los pobres cuidan con más esmero su paraguas, y que el destino de los muebles elegantes es vivir menos tiempo y peor tratados que los otros.

En aquel tiempo no filosofaba como ahora: me aturdía el ir y venir de los carruajes, la animación de compradores y empleados; pensé que era muy superior á los paraguas de algodón y á los paraguas blancos con forro verde; repasé con orgullo mis títulos de nobleza, y no previ, contento y satisfecho, los decaimientos inevitables de la suerte. Muchas veces me llevaron al mostrador y otras tantas me despreciaron. Esto prueba que no era yo el mejor ni el más lujoso. Por fin, un caballero, de buen porte, después de abrirme y de transparentarme con cuidado, se resignó á pagar seis pesos fuertes por mi graciosa y linda personita. Apenas salí del almacén, dieron principio mis suplicios y congojas. El caballero aquel tenía y tiene la costumbre de remolinear su bastón ó su paraguas, con gran susto de los transeuntes distraídos. Yo comencé á sentir, á poco rato, los síntomas espantosos del mareo. Se me iba la cabeza, giraban á mis ojos los objetos, y Dios sabe cuál habría sido el fin del vértigo, si un fuerte golpe, recibido en la mitad del cráneo, no hubiera terminado mis congojas. El golpe fué recio; yo creí que los sesos se me deshacían; pero, con todo, preferí ese tormento momentáneo al suplicio interminable de la rueda. Sucedió lo que había de suceder; quedé con la cabeza desportillada, y no era ciertamente para menos el trastazo que dí contra la esquina. Mi dueño, sin lamentar ese desperfecto, entró en la peluquería de Micoló. Allí estaban reunidos muchos jóvenes, amigos todos de mi atarantado propietario.

Me dejaron caer sobre un periódico, cuyo contenido pude tranquilamente recorrer. ¡La prensa! Yo me había formado una idea muy distinta de su influjo. El periódico, leído de un extremo á otro, en la peluquería de Micoló, me descorazonó completamente. Era inútil buscar noticias frescas, ni crímenes dramáticos y originales. Los periódicos, conforme al color político que tienen, alaban ó censuran la conducta del Gobierno; llenan sus columnas con recortes de publicaciones extranjeras, y andan á la greña por diferencias nimias ó ridículas. En cuanto á noticias, poco hay que decir. La gacetilla se surte con los chismes de provincia ó con las eternas deprecaciones al Ayuntamiento. Sabemos, por ejemplo, que ya no gruñen los cerdos frente á las casas consistoriales de Ciudad Victoria,

que plantaron media docena de eucaliptus en el atrio de tal ó cual parroquia, que pasó á mejor vida el hijo de un boticario en Piedras Negras; que faltan losas en las calles de San Luis y que empapelaron de nuevo la oficina telegráfica de Amecameca. Todo eso será muy digno de mención; pero no tiene mucha gracia que digamos. Las ocurrencias de la población tienen la misma insignificancia y monotonía. Los revisteros de teatro encomian el garbo y elegancia de la Srita. Moriones; se registran las defunciones, que no andan, por cierto, muy escasas; se habla del hedor espantoso de los mingitorios, de los perros rabiosos, de los gendarmes que se duermen, y para fin y postre, se publica un boletín del Observatorio Meteorológico, anunciando lo que ya todos saben, que el calor es mucho y que ha llovido dentro y fuera de garitas. Mejor sería anunciar que va á llover, para que aquellos que carecen de barómetro, sepan á qué atenerse y arreglen convenientemente sus asuntos.

Dicho está: La prensa no me entretiene ni me enseña. Para saber las novedades, hay que oír á los asiduos y elegantes concurrentes de la peluquería de Micoló. Yo abrí bien mis oídos, deseoso de la agradable comidilla del escándalo. Pero las novedades escasean grandemente, por lo visto. Un empresario desgraciado, á quien llaman, si bien recuerdo, Déffossez, ha puesto pies en polvorosa, faltando á sus compromisos con el público. Las tertulias semanarias del Sr. Martuscelli se han suspendido por el mal tiempo. Algunos miembros del Jockey Club se proponen traer en comandita caballos de carrera para la temporada de Otoño, con lo cual demuestran que, siendo muy devotos del *sport*, andan poco sobrados de dinero ó no quieren gastarlo en lances hípicos. Las calenturas perniciosas y las fiebres, traen inquieta y desazonada á la población, exceptuando á los boticarios y á los médicos cuya fortuna crece en épocas de exterminio y de epidemia. En los teatros nada ocurre que sea digno de contarse y una gran parte de la aristocracia emigra á las poblaciones comarcanas, más ricas en oxígeno y frescura.

No hay remedio. He caído en una ciudad que se fastidia y voy á aburrirme soberanamente. No hay remedio.

***

A tal punto llegaba de mis reflexiones, cuando el dueño que me había deparado mi destino, ciñéndome la cintura con su mano, salió de la peluquería. No tardé mucho tiempo en recibir nuevos descalabros, ni en sentir, por primera vez, la humedad de la lluvia. Los paraguas, no vemos el cielo sino cubierto y obscurecido por las nubes. Para otros es el espectáculo hermosísimo del firmamento estrellado. Para nosotros, el terrible cuadro de las nubes que surcan los relámpagos. Poco á poco, una tristeza inmensa é infinita se fué apoderando de mí. Eché de menos la antigua monotonía de mi existencia; la calma de los baúles y anaqueles; el bullicio de la tienda y el abrigo caliente de mi funda. La lluvia penetraba mi epidermis helándome con su húmedo contacto. Fuí á una visita; pero me dejaron en el patio, junto á un paraguas algo entrado en años, y un par de chanclos sucios y caducos. ¡Cuántas noches he pasado después en ese sitio, oyendo cómo golpean los caballos con sus duros cascos, las losas del pavimento y derramando lágrimas de pena, junto al caliente cuarto del portero! Es verdad que he asistido algunas ocasiones al teatro, beneficio de que no habría disfrutado en Europa; porque allí los paraguas y bastones, proscritos de las reuniones elegantes, quedan siempre en el guardarropa ó en la puerta. Pero ¿qué valen estas diversiones, comparadas con los tormentos que padezco? He oído una zarzuela cuyo título es: «Mantos y Capas;» pero ni la zarzuela me enamora ni estoy de humor para narraros su argumento. Un paraguas, que pertenece á un periodista y que concurre habitualmente al teatro desde que estuvo en México la Sontang, me ha dicho que no es nueva esta zarzuela y que tampoco son desconocidos los artistas. Para mí todo es igual, y sin embargo, soy el único que no escucha, como quien oye llover, los versos de las zarzuelas españolas.

En el teatro he trabado amistades con otros individuos de mi raza, y entre ellos con un gran paraguas blanco, cuyo dueño, según parece, está en San Angel. Muchas veces, arrinconado en el comedor de alguna casa, ó tendido en el suelo y puesto en cruz, he hecho las siguientes reflexiones: ¡Ah! ¡Si yo fuera de algodón, humilde y pobre como aquellos paraguas que solía mirar con menosprecio! Por lo menos, no me tratarían con tanto desenfado, abriéndome y cerrándome sin piedad. Saldría poco: de la oficina á la casa y de la casa á la oficina. La solícita esposa de mi dueño, me guardaría con mucho esmero y mucho mimo en la parte más honda del armario. Cuidarían de que el aire me orease, enjugando las gotas de la lluvia, antes de enrollarme, como hoy lo hacen torciendo impíamente mis varillas. No asistiría á teatros ni á tertulias; pero ¿de qué me sirve oír zarzuelas malas ó quedarme á la puerta de las casas en unión de las botas y los chanclos? No, la felicidad, no está en el oro. Yo valgo siete pesos; soy de seda; mi puño es elegante y bien labrado; pero á pesar de la opulencia que me cerca, sufro como los pobres y más que ellos? No, la felicidad no consiste en la riqueza: preguntadlo á esas damas cuyo lujo os maravilla, y que á solas, en el silencio del hogar, lloran el abandono del esposo Los pobres cuidan más de sus paraguas y aman más á sus mujeres. Si yo fuera paraguas de algodón!

¡O si á lo menos, pudiera convertirme en un coqueto parasol de

lino, como esos que distingo algunas veces cuando voy de parranda por los campos! Entonces vería el cielo siempre azul, en vez de hallarle triste y entoldado por negras y apretadas nublazones. ¡Con qué ansia suspiro interiormente por la apacible vida de los campos! El parasol no mancha su vestido con el pegajoso lodo de las calles. El parasol, recibe las caricias de la luz y aspira los perfumes de las flores. El parasol lleva una vida higiénica; no se moja, no va á los bailes, no trasnocha. Muy de mañana, sale por el campo bajo el calado toldo de los árboles, entretenido en observar atentamente el caprichoso vuelo de los pájaros, la majestad altiva de los bueyes ó el galope sonoro del caballo. El parasol no vive en esta atmósfera cargada de perniciosas, de bronquitis y de tifos. El parasol recorre alegremente el pintoresco lomerío de Tacubaya, los floridos jardines de Mixcoac ó los agrestes vericuetos de San Angel. En esos sitios veranea actualmente una gran parte de la aristocracia. Y el parasol concurre, blanco y limpio, á las alegres giras matinales; ve cómo travesea la blanca espuma en el colmado tarro de la leche, descansa con molicie sobre el césped y admira el panorama del Cabrío. Hoy en el campo las flores han perdido su dominio, cediéndolo dócilmente á la mujer. Las violetas murmuran enfadadas, recatándose tras el verde de las hojas, como se esconden las sultanas tras el velo, las rosas están rojas de coraje; los lirios viven pálidos de envidia, y el color amarillo de la bilis, tiñe los pétalos de las margaritas. Nadie piensa en las flores y todos ven á las mujeres. Ved cómo salen, jugueteando, de las casas, desprovistas de encajes y de blondas. El rebozo, pegado á sus cuerpos como si todo fuera labios, las ciñe dibujando sus contornos y descendiendo airosamente por la espalda. Una sonrisa retozona abre sus bocas, más escarlatas y jugosas que los mirtos. Van en bandadas, como las golondrinas, riendo del grave concejal que descansa tranquilamente en la botica, del cura que va leyendo su breviario, de los enamorados que las siguen y de los sustos y travesuras que proyectan. Bajan al portalón del paradero; se sientan en los bancos, y allí aguardan la bulliciosa entrada de los trenes. Las casadas esperan á sus maridos; las solteras á sus novios. Llega el wagón y bajan los pasajeros muy cargados de bolsas, y de cajas, y de líos.

Uno lleva el capote de hule que sacó en la mañana por miedo del chubasco respectivo; otro, los cucuruchos de golosinas para el niño; éste, los libros que han de leerse por las noches en las gratas veladas de familia; aquel una botella de vino para la esposa enferma, ó un tablero de ajedrez.

Los enamorados que, despreciando sus quehaceres, han venido, asoman la cara por el ventanillo, buscando con los ojos otros ojos, negros ó azules, grandes ó pequeños, que correspondan con amor á sus miradas. Muchos, apenas llegan cuando vuelven, y por ver nada más breves instantes á la mujer habitadora de sus sueños, hacen tres horas largas de camino. En la discreta obscuridad de la estación, suelen cambiarse algunas cartas bien dobladas, algunas flores ya marchitas, algunas almas que se ligan para siempre. De improviso, la campanilla suena y el tren parte. Hasta mañana. Los amantes se esfuerzan en seguir con la mirada, un vestido de muselina blanca que se borra, la estación que se aleja, el caserío que se desvanece poco á poco en el opaco fondo del crepúsculo. Un grupo de muchachas atrevidas, que, paseando, habían avanzado por la vía, se dispersa en tumulto halaraquiento para dejar el paso á los wagones.

Más allá corren otras, temerosas del pacífico toro que las mira con sus ojos muy grandes y serenos. El tren huye: los enamorados alimentan sus ilusiones y sus sueños con la lectura de una carta pequeñita; y el boletero, triste y aburrido, cuenta en la plataforma sus billetes. En la estación se quedan, cuchicheando, las amigas. Algunas, pensativas, trazan en la arena con la vara elegante de sus sombrillas, un nombre, ó una cifra ó una flor. Los casados que se aman vuelven al hogar, contándose el empleo de aquellas horas, pasadas en la ciudad y en los negocios. Van muy juntos, del brazo; la mamá refiere las travesuras de los niños, sus agudezas y donaires, mientras ellos saborean las golosinas ó corren tras la elástica pelota.

¡Cómo se envidian esos goces inefables! Cuando la noche cierre, acabe la velada, y llegue la hora del amor y del descanso, la mujer apoyará, cansada, su cabeza, en el hombro que guarda siempre su perfume; los niños estarán dormidos en la cuna y las estrellas muy despiertas en el cielo!

***

Parasol, parasol: tú puedes admirar esos cuadros idílicos y castos. Tú vives la honesta vida de los campos. Yo estoy lleno de lodo y derramando gruesas lágrimas en los rincones salitrosos de los patios. Sin embargo, también he conseguido cobijar aventuras amorosas. Una tarde, llevábame consigo un jóven que es amigo de mi dueño. Comenzaba á llover y pasaban, apresurando el paso, cerca de nosotros, las costureras que salían de su obrador. Nada hay más voluptuoso ni sonoro que el martilleo de los tacones femeniles en el embanquetado de las calles. Parece que van diciendo:—¡Sigue! ¡Sigue! Sin embargo, el apuesto jóven con quien iba, no pensaba en seguir á las grisetas, ni acometer empresas amorosas. Ya habrán adivinado ustedes al leer esto, que no estaba mi compañero enamorado. De repente, al volver una esquina, encontramos á una mu-

chacha linda y pizpireta que corría temerosa del chubasco. Verla mi amigo y ofrecerme, todo fué uno. Rehusar un paraguas ofrecido con tanta cortesía, hubiera sido falta imperdonable; pero dejar, expuesto á la intemperie, á tan galán y apuesto caballero, era también crueldad é ingratitud. La jóven se decidió á aceptar el brazo de mi amigo. Un poeta lo ha dicho:

«La humedad y el calor
Siempre son en la ardiente primavera
Cómplices del amor.»

Yo miraba el rubor de la muchacha y la creciente turbación del compañero. Poco á poco su conversación se fué animando. Vivía lejos y era preciso que atravesáramos muchas calles para llegar hasta la puerta de su casa. La niña menudeaba sus pasos, muy aprisa, para acortar la caminata; y el amante, dejando descubierto su sombrero, procuraba abrigarla y defenderla de la lluvia. Esta iba arreciando por instantes. Parecía que en cada átomo del aire venía montada una gota de agua. Yo aseguro que la muchacha no quería apoyarse en el brazo de su compañero ni acortar la distancia que mediaba entre sus cuerpos. Pero ¿qué hacer en trance tan horrible? Primero apoyó la mano y luego la muñeca y luego el brazo; hasta que fueron caminando muy juntitos, como Pablo y Virginia en la montaña. Muchas veces el aire desalmado empujaba los rizos de la niña hasta la misma boca de su amante. Los dos temblaban como las hojas de los árboles. Hubo un instante en que, para evitar la inminente colisión de dos paraguas, ambos á un propio tiempo se inclinaron hasta tocar mejilla con mejilla. Ella iba encendida como grana; pero riendo para espantar el miedo y la congoja. Una señora anciana, viéndolos pasar, dijo en voz alta al viejo que la cubría con su paraguas:

—¡Qué satisfechos van los casaditos!

Ella sintió que se escapaba de sus labios una sonrisa llena de rubor. ¡Casados! ¡Recien casados! ¿Por qué no? Y la amorosa confesión que había detenido en muchas ocasiones el respeto, la timidez ó el mismo amor, salió, por fin, temblando y balbuciente, de los ardientes labios de mi amigo.

***

Ya tú ves, parasol, si justamente me enorgullezco de mis buenas obras. Esas memorias, lisonjeras y risueñas, son las que me distraen en mi abandono. ¿Cuál será mi destino? Apenas llevo una semana de ejercicio y ya estoy viejo. Pronto pasaré al hospital con los in-

válidos, ó caeré en manos de los criados, yendo enfermo y caduco á los mercados. Después de pavonearme por las calles, cubriendo gorritos de paja y sombreros de seda, voy á cubrir canastos de verdura. Ya verás si hay razón para que llore en los rincones salitrosos de los patios.

Junio 10 de 1883.

¡Cuán caprichosa en sus mudanzas y coincidencias es la suerte! En la propia semana y en el mismo día, abriérouse, hace poco, las mohosas cancelas de una iglesia y las puertas profanas de un billar. El templo había servido en muchos años para guardar las pacas de algodón almacenadas por un rico comerciante; y el billar, hoy cubierto de vistosísimos tapices, fué, en lo antiguo, parte privilegiada de un gran templo y del adusto monasterio franciscano. Sería una empresa poética y curiosa la de narrar la historia de esos grandes edificios—hoy caídos bajo la azada del obrero ó transformados por las necesidades de la época—reconstruyendo con estricto respeto á la verdad, el orden interior de los conventos y los pormenores de la vida monástica. En España ha habido un muy ameno y agradable historiador de los conventos: Balaguer. Bien recuerdo con cuánta complacencia leía yo sus brillantes descripciones y las extrañas y románticas leyendas que con tanto primor sabe contar: ya eran los funerales de Carlos V en Yuste; ya los misterios y austeridades de aquel huraño Juan Guarín á quien Satanás se apareció en forma de penitente anacoreta, ya los amores espeluznantes de Rancé ó la rústica historia de la Virgen del Cántaro. En cada roca de Monserrate, en cada piedra de Poblet, en cada ermita del desierto de las Palmas y en cada hoja de los huertos del Parral, ocúltase una historia de penitencias y amoríos, la tradición de crudelísimas venganzas y de arrepentimientos sobrehumanos. La obra de Balaguer abunda en narraciones exquisitas; pero es vaga, incompleta, poco minuciosa, en cuanto atañe á la historia real de los conventos, á su fundación, á sus desarrollos y progresos, á la importancia ingente de cada uno en la historia de la civilización española, al examen de sus tesoros artísticos y al inventario de sus grandiosísimas riquezas. Yo no pensaba ni hacía tales objeciones, cuando leí los dos volúmenes de D. Víctor Balaguer: bastábame alimentar mi fantasía con los cuentos de aparecidos y fantasmas, soñando con la favorita del rey moro, con la negruzca torre de la Renegada ó con las penitencias de S. Bruno. Sin embargo, ya entonces como ahora, echaba de menos la existencia de un libro como éste en donde se narrase, por menor, la his-

toria de los conventos mexicanos, recogiendo las tradiciones de cada uno y estudiando sus galerías y sus archivos.

Hay un libro, es verdad, escrito con muy buenas intenciones y que encierra detalles curiosísimos acerca de nuestros monasterios más famosos; pero es tan incompleto y está escrito en estilo tan pobre y tan vulgar, que el lector, descorazonado y aburrido, no halla encanto ninguno en su lectura. Yo confieso que los conventos mexicanos no dan al historiador ni al novelista, campos tan amplios, ricos y fecundos como los monasterios españoles; pero ¡cuántas preciosidades y rarezas podrían entresacar los eruditos de entre tantos balduques empolvados! ¡cuántas leyendas y piadosas tradiciones hallaría el poeta en la mohosa chapa de una celda, en las rejas obscuras de los locutorios y en la calada sillería del coro! Un viajero decía, resumiendo en una forma pictórica sus recuerdos:

—El Oriente es un palacio; Francia, un castillo; Italia, un jardín; y España, un claustro.

Y lo que este viajero decía de España, pudo aplicarse, en cierto modo, á México. Durante la época virreinal y en los primeros años de nuestra existencia independiente, la historia de sayal y de cogulla, habitaba en el fondo de una celda; no obstante esto, son pocos los que han sacado algún provecho de los ricos archivos conventuales. Riva Palacio sí conoce una gran parte de los papeles de la Inquisición. Yo tengo en mi poder una comedia manuscrita, de autor anónimo, hallada por el Sr. Riva Palacio en los mismos archivos de la Inquisición. Esta comedia, cuyo título es: «Al fin se canta la Gloria,» fué prohibida en 1618, y es notable, porque siendo anterior al «Tan largo me lo fiais» de Tirso, tiene en embrión la propia idea, y su protagonista se asemeja grandemente al tipo legendario de Don Juan. ¡Cuántos documentos tan peregrinos y curiosos como éste se hallan dispersos en las bibliotecas particulares ó comidos de polilla en los estantes del Gobierno! Los conventos no existen, los datos para escribir su historia se han perdido en gran parte; las leyendas se desvanecen y se borran; ningún historiador, ningún novelista, ningún poeta, ataja el paso de esa triste bandada de gorriones que anidaba en las hornacinas de los claustros y que se esfuma lentamente en el espacio! Los eruditos capaces de allegar todos los datos, proporcionando los materiales de la obra, se ocupan en empresas diferentes: Chavero traduce en buen español lo que escribieron en mal francés los libretistas de «Carmen,» Riva Palacio lee la «Biblioteca Internacional,» dejando que sus versos tan hermosos, tan rubios y tan blancos mueran de frío como los niños vagabundos, en el umbral de una puerta; Pimentel llevá á cabo con mucha ciencia y mucho tino, el ardúa empresa de historiar nuestra literatura; y García Icazbalceta, sentado en la poltrona presidencial de la Academia, vende azúcar. Solo Pancho Sosa, con incansable laboriosidad da

sepultura á los difuntos. Todos ellos podrían desenterrar los manuscritos empolvados y escribir la historia verídica y circunstanciada de los conventos.

Pero ¿quién recogería las leyendas y las piadosas tradiciones? Cual más, cual menos, todos ellos carecen de esa fe zahorí que descubre tesoros de ternura en la sencilla narración de los amores místicos; en la historia de aquella monja recoleta á cuyas manos bajaban á comer las golondrinas; en la devota vida de aquel fraile que confesó á un cadáver, y, desde ese día, no volvió á cubrirse la cabeza; en el relato de esas penitencias que ahora juzgamos falsas é imposibles. Icazbalceta es creyente; pero siendo tan erudito como es, no posee el sentimiento del color y de la línea. Es un ateo de la forma. El único capaz de recoger esas piadosas tradiciones y de engarzarlas en el oro puro de su estilo, es Chucho Cuevas. Su fantasía, como ciertas aves, se complace en vivir bajo las bóvedas austeras de los claustros en la calada aguja de la torre, junto á la lámpara que arde en la capilla del Sacramento. Tiene el ascetismo de la idea y la brillantez del colorido; la unción del creyente y el entusiasmo del poeta. En la poética vida de Sor Juana, escrita con muchísima elegancia, ha trazado ya á grandes rasgos el cuadro de la vida monacal. Pero Cuevas se ha detenido, como muchos, á escuchar las canciones de esa ave que escuchó ensimismado el monje Alfeo; ó ha torcido su senda por el pagano laberinto del teatro. ¡Cuánto más le valdría resucitar, en una forma poética y brillante, la vida de esos frailes y esas monjas que ahora se presentan á mis ojos con la fría rigidez de las estatuas yacentes! Ya no se oye en el silencio de la media noche, el son de la campana que congregaba á las capuchinas en el coro; ya no cruzan los frailes, cirio en mano, los claustros de San Fernando, ni la joven novicia deja sus trenzas y sus joyas y sus flores en las gradas del altar; todo ese mundo cuyas postrimerías apenas alcanzamos, se desvanece en el obscuro lienzo de los siglos, y baja por la pendiente del olvido, como una larga procesión nocturna, cada vez más distante de nosotros, de la que solo se percibe ya el rojo llamear de los hachones, el murmullo confuso de los rezos y las pisadas de los descalzos penitentes. Nadie recoge las últimas palabras de ese agonizante, ni encierra en un piadoso relicario sus recuerdos. La polilla es la única lectora de esos dramas que duermen olvidados bajo las telarañas de un archivo. Los poetas, esos eternos enamorados de las cosas que mueren y de las cosas que nacen, son los únicos que podrían volver los ojos á los claustros, y preguntar á sus ruinosos paredones el secreto de muchas vidas y de muchas almas. Pero los poetas también se van, como los frailes. Son los que componen el batallón de los desertores. No van en funeraria procesión ni cirio en mano, por largos y tenebrosos pasadizos: son los tripulantes de una góndola de marfil con velas de rosa:

la góndola se desliza sobre el agua y se pierde también, como la parda hilera de los monjes; solo se oye el golpear de los remos y el crujir de los tablones: las violas y las almas van dormidas.

***

Para sentir la honda tristeza que produce el aspecto de un claustro abandonado, hay que ver los conventos pobres y lejanos. Sin embargo, en plena ciudad y en plena vida, he encontrado un crucero conventual, tan austero, tan triste y tan sombrío cmo era cuando los frailes le habitaban. Hay en la calle de la Independencia, frente á Gante, cierta casa que ocupa una extensión considerable de terreno y llega hasta el jardín de San Francisco. Para dar luz á la escalera y al pequeño patio, no hicieron los propietarios más que echar á tierra la parte superior del muro principal, convirtiendo la fachada en algo que pudiera llamarse un arco boca arriba. Desde la calle se ven las escaleras por donde suben y bajan los vecinos y en cuyos barandales tienden la miserable y sucia ropa. Subid por curiosidad esa escalera, internaos por el obscuro pasadizo en que termina, y os hallaréis de pronto en el centro de un claustro franciscano. Nada ha cambiado allí: grandes cruces azules que parecen teñidas con añil, se destacan en la pared; las puertas de las celdas son muy viejas; hay horneras vacías en cada claustro, como si las imágenes devotas que antes las ocupaban, hubieran ido á coro con los frailes; entra apenas la luz por las remotas claraboyas, y hasta cree percibirse ese olor de madera apolillada y cuero viejo que se percibe en las sacristías y en los conventos. Es un convento sin frailes. El dueño ha hecho de cada celda una vivienda más ó menos incómoda y obscura. La celda precisamente en que yo entré, ayudó por extraña casualidad á mi ilusión. Vivía en ella un francés que ha visitado muchas tierras y guarda como reliquias de sus viajes un número muy grande de ídolos aztecas, de vasijas antiguas, piedras raras, armas, y calaveras y esqueletos. Este museo no está á la vista: guárdalo el propietario en grandes cajas y en estantes cubiertos con un velo. Lo que sí está á la vista, recordando la vida monacal, son grandes lienzos con pinturas místicas que fueron propiedad de otros conventos. Cuando salí de aquella celda, obscurecía. No he visto vecindario más pacífico que el de aquella casa. Los claustros estaban solitarios y cerradas las puertas de las celdas. Si en aquellos momentos y á las inciertas claridades del crepúsculo hubiera distinguido junto á mí la luenga barba y el adusto continente de los trapenses que actualmente están en México, confieso que habría corrido como un niño hasta no dar con la escalera y con la puerta.

Aquella casa es la única que conserva todavía el aspecto del convento. En los demás edificios y en las otras fábricas, exceptuando los templos protestantes, quedan muy pocos rastros de lo que hubo en otro tiempo. Yo no sé, por ejemplo, qué había en el sitio que ocupan hoy los nuevos billares. Pertenecía, tal vez, á la capilla de los Servitas ó formaba parte del camposanto. La construcción de San Francisco era por todo extremo sólida y resistente; ved si no el trabajo y dinero que ha costado á los dueños del billar destruir las paredes y tender los arcos. Llegué á creer que aquella obra era interminable, y que si el diablo no la concluía, como acabó la catedral de Strasburgo, tal vez ni nuestros nietos disfrutarían de tan ameno sitio de recreo. Por fortuna no fué así: se allanaron los obstáculos, se vencieron las dificultades, y el lujoso billar abrió sus puertas, no muy preciosas y elegantes todavía, pero bastantes para dar entrada á una turba festiva y halaraquienta. El mejor gusto dirigió la colocación de los muebles y tapices; y las mesas, de finísimas maderas, llenas de incrustaciones y labrados, son lujosas y verdaderas obras de arte. ¡Cuán distantes están estos billares de aquellos en que jugaron nuestros padres! En los pueblos se encuentran aún algunas mesas de aquella época, anchas, enormes, de barandas pétreas, pesadas como las viejas construcciones españolas. Esas mesas me recuerdan, por una extraña asociación de ideas, el colegio de las Vizcainas. Me parece que están hundidas ó van á hundirse, enterrando sus patas en el suelo. Las bolas tenían dimensiones colosales. Los fabricantes de esas grandes bolas, pudieron imitar á aquel famoso constructor de pianos que, para dar al público una idea de la importancia de su comercio, y de las grandes cantidades de marfil que empleaba en los teclados puso un rótulo que decía como sigue:

Juan Zepeda consume dos elefantes por semana. En los billares de otro tiempo se consumían también dos elefantes. Hoy jugamos con bolas tan pequeñitas y esbeltas como Luisa Théo; que obedecen los caprichos de nuestra voluntad y van corriendo sobre el paño verde á manera de duendes enjaulados que buscan la salida de su cárcel. Yo encuentro mucha gracia y mucha belleza en las ebúrneas bolas del billar. Recuerdan los hombros blancos y torneados, de una muchacha de veinte años. La bola roja es la que buscan y persiguen las otras dos. Por eso está ruborizada. Anda de prisa como las costureras honraditas, cuando vuelven á su casa á la hora en que se encienden los faroles. Y las bolas rivales van tras ella, dándose á veces golpes y encontrones.

En la guerra de piña, el drama es diferente. Las treinta bolas, juntas y compactas, aguardan la acometida del contrario. El enemigo es uno, pero inmortal, como la muerte. Acaso, acaso sea la muerte misma. Al primer golpe, las bolas se desagregan y dividen, huyendo en diferentes direcciones. Unas se pegan á la baranda, como mujeres miedosas que oyendo pasos en la alcoba obscura, bus-

can el apoyo de la pared, para defender sú espalda. Otras, más arrojadas y bizarras, esperan en el centro de la mesa. Algunas, inocentes é inexpertas, van á ponerse junto á las buchacas. Estas son las primeras que caen. La bola roja, teñida con la sangre de sus víctimas ó marcada con grandes líneas negras, no pára ni descansa un solo instante. Y las pequeñas bolas de marfiil, bruscamente impelidas por el monstruo, van á perderse en la obscuridad de las buchacas. Huyen, combaten, se refugian en los rincones más obscuros; pero de nada sirven sus astucias: son treinta esclavas circasianas encerradas en una jaula con el sátiro.

En vano ocultan, unas tras otras, sus desnudos cuerpos, como si las hubieran sorprendido al salir del baño. El sátiro las besa, las posee y las arroja al agujero obscuro que no se llena ni se sacia nunca. De aquella tumba no saldrán jamás los fuegos fatuos ni los espíritus en pena. El marfil no es espiritista. Van cayendo las bolas una á una, y solo se oye el golpe seco de los cuerpos cuando llegan al fondo de la tumba. Nada más peregrino y más feroz que el último combate. De aquellas treinta vírgenes hermosas que corretearon esquivando al sátiro, han muerto veintinueve y queda una. ¿Cómo logró salvarse? Agazapándose, huyendo como una liebre, sorteando las asechanzas del tirano y saltando más ágil que una corza de dos años, por encima de los abismos y barrancas. Pero sus compañeras han caído una tras otra y ya solo ella queda en el estadío. Es fuerza que sucumba. El monstruo brinca, y disparado como un dardo, va á su encuentro. Pero la virgen se defiende, pugna, brega y logra prolongar su resistencia por medio de asechanzas y de ardides. Este combate, cuerpo á cuerpo, es formidable. A veces, cediendo á la fuerza, la virgen va á caer en la buchaca. Pero se agarra con las manos y los pies á los obscuros labios del precipicio y de nuevo se empeña en el combate. Esta es la Lucrecia de las bolas. Tarquino, enardecido por la resistencia, y por la agitación de la carrera, golpea las barandas, como un león los barrotes de su jaula. A veces, ciego y desatentado, se precipita en el abismo. Pero la muerte es inmortal. La bola virgen no encuentra parapetos que la escuden ni astucias que la salven. El monstruo la aprieta formidablemente entre sus brazos y la empuja al abierto precipicio. La guerra de piña es como algunas tragedias de Shakespeare: un solo personaje queda vivo.

Cuando la bola vencedora queda dueña del campo, me parece una imagen perfecta de la muerte. Todos, llegando á cierta edad, decimos como los aventureros de la «Leyenda de los siglos:»

En partant du golfe d'Outrante
Nous etions trente;
Mais en arrivant á Cadiz
Nous etions dix.

Partimos de la adolescencia en turba bulliciosa, como niños que en la mañana del domingo, se van á perseguir las mariposas. Éramos muchos; todos jóvenes, todos entusiastas, todos ambiciosos. Después, la vida nos dispersó en diversas rutas. Y cuando la vejez llama con los nudillos á la puerta y volvemos la vista á lo pasado, ya no queda ninguno, ó quedan pocos de aquellos bulliciosos compañeros.

Uno, murió, el primero, peleando contra los enemigos de la patria; otro, bajó á la tumba, cuando la vida murmuraba á sus oídos, ciñéndole amorosamente con los brazos, la frase de Julieta á su Romeo: «No te vayas, no es tiempo todavía;» ese, quedó tendido bajo un árbol, en el sitio del duelo, atravesado por la espada del contrario; aquel halló la muerte en unas cuantas gotas de fría lluvia, caídas sobre otras gotas de sudor, al salir impaciente de algún baile; ese otro puso fin á su existencia; todos han emprendido el viaje eterno, y la muerte, reclinada en el sauce de la tumba, canta para ellos las melancólicas estrofas de Espronceda:

Soy la virgen misteriosa
De los últimos amores
Y ofrezco un lecho de flores
Sin espinas ni dolor;
Y amante doy mi cariño,
Sin vanidad ni falsía;
No doy placer ni alegría,
Pero es eterno mi amor.

Cuando nos vemos solos y buscamos inútilmente con los ojos á los alegres compañeros de otros días, oímos las pisadas de la muerte que nos busca y nos acorrala poco á poco. Ya no queda más que una bola en el billar. La humedad del sepulcro entumece anticipadamente nuestros miembros, y la edad nos empuja hacia la fosa. Algunos, los estoicos, aguardan sosegados y tranquilos!

La tumba es al lecho igual;
Pero bien sabido ten,
Que en éste se duerme mal
Y en la otra se duerme bien.

***

Esa lucha del hombre con la muerte y de la última bola del billar con el mingo que la persigue y que la empuja, es parecida á la lucha de «Carmen» con su amante, cuando éste, desnudando su navaja, la cerca y le cierra el paso hasta matarla. ¿No recordáis con qué extremado arte representaba Capoul esta escena? Parecía una

fiera girando en torno de su víctima, antes de hincar las garras en su carne y de sorber su sangre por la nuca. Capoul es ciertamente quien mejor ha representado ese papel. Tournié era más brusco, más violento, más feroz; pero también menos artista y elegante.

La «Carmen,» traducida hábilmente al español por Alfredo Chavero, ha sido la novedad de esta semana; no perdonó la empresa gasto alguno para montarla con mucha propiedad y mucho lujo. La decoración del primer acto y la plaza de toros en que se desenlaza la tragedia están pintadas con muchísima fortuna. Como corrida de toros, «Carmen» ha sido un éxito completo. Los trajes son muy vistosos y muy propios, especialmente los uniformes militares y los que lucen los toreros. La Srita. Moriones posee la ciencia de vestirse bien y de terciar con mucho garbo su mantilla. Hay, pues, que ir al teatro aun cuando no sea más que por verla, por oir la deliciosa música de Bizet y por presenciar el vistoso desfile de la cuadrilla. Los soldados parten la plaza; los alcaldes, de vara alta, van á ocupar sus palcos presidiendo la fiesta: salen los picadores á caballo, y capas, banderillas y ayudantes, llenan el redondel todavía limpio. Las mulas que han de arrastrar al toro muerto repican sus sonoros cascabeles. Los caballos caracolean en torno de la plaza, y los espectadores echan al aire sus sombreros y pañuelos. El cuadro no puede ser más animado ni vistoso. Francamente, por los cuarenta y un centavos y dos tercios que cuesta cada función de abono, no puede exigirse nada más.

«Carmen,» en español, continúa siendo una obra esencialmente francesa. La misma España de toreros y bandidos, con trajes más lujosos y más propios; pero con la misma falsedad de caracteres y de observación; la misma España de Dumás y de Gautier; el mismo torero cantando andantes italianos; los mismos trabucos y la misma promiscua confusión de capitanes y tenientes, de majas, de bandoleros y de gente honrada. Yo no concibo ese cuadro español en el que no hay un solo personaje generoso. La tensión dramática es muy grande; el carácter de Carmen sorprende, aunque no encanta, por su energía salvaje y por la fuerza indómita de sus instintos; pero aquellos gitanos y esas majas son figuras de Goya animadas por un espíritu artificial. Esa es la España de exportación y nada más; los muñecos de trapo representando indios salvajes, charros y aguadores, que llevan los extranjeros á sus casas, para decir á sus amigos: «¡Así es México!» El único personaje noble y generoso que hay en «Carmen» es Micaela. Pero Micaela nada tiene tampoco de española. Es una pastora de ópera cómica, una niña romántica que pregunta á las margaritas si su amante la quiere, es Gretchen, ó Cordelia, ó la Caperucita Roja ó Cendrillón.

Cuando oigo hablar á «Carmen» en español, le digo: «no me engañas, yo te conozco bien, eres francesa,» como al pasar por el nuevo templo del Corazón de Jesús lo reconozco á pesar del *flux* de cuadros que le han puesto, y exclamo para mis adentros: ¡Santa Inés!

(A Marietta.)

Julio 22 de 1883.

Me preguntabas, entornando sabiamente tus párpados de satín color de rosa, el significado de esta palabra exótica: *flirtation*. Eres curiosa, y como el diccionario es indiscreto, no lo han puesto tus padres en la pequeña biblioteca que posees. En este caso, sin embargo, te hubiera sido enteramente inútil. La palabra es novísima y ha entrado á nuestra lengua por la frontera de Inglaterra. Si tú quieres, empleando los omnímodos poderes que yo mismo me he otorgado, le daremos su carta de ciudadanía y su barniz de legalidad, llamándola simplemente: *flirtación*. Al fin y al cabo, ni yo pretendo entrar en la Academia, ni tú me has de reñir con iracundia por inocentes pecadillos de lenguaje.

La flirtación es muy difícil de explicar. No puedo recurrir para esta empresa al sabio método objetivo; primero, porque no se flirta entre nosotros, y después, porque tienes aún muy pocos años para que yo te entere, sin peligro, de ciertos vicios más ó menos solapados. Tú me has oído ese vocablo típico y lo has hallado en no pocas revistas europeas. La extrañeza del término excita vivamente tu curiosidad, y desearías profundizar en poco tiempo su sentido recóndito y oculto. Voy, pues, á procurar, en breves líneas, satisfacer en parte tus antojos.

Alguien ha dicho, no sé si con razón ó neciamente, que la amistad entre mujer y hombre no ha existido; debe de ser calumniosa esta aserción, porque ya tú lo ves—somos amigos, y no te he dicho aún lo que hasta el mismo espejo inanimado te dice siempre que lo consultas: «eres bella.» Yo sí creo que las amistades de ese género son algo desabridas y muy sosas: pueden compararse al agua de Seltz tomada á pasto. Por experiencia propia te lo digo: es muy difícil estar junto á una mujer, jóven y hermosa, sin decirle, bajo distintas formas, que la amamos. Tenemos la pasión á flor de cutis: el más leve contacto es suficiente para que salga y hable sin reparo. ¡Vamos! con decirte que yo conozco á un caballero que tiene necesidad de contenerse para no requebrar á su suegra! ¡Este es el colmo! Nuestro amor no está hecho de una pieza, ni permanece quieto en su lugar. Nos retoza en el cuerpo; culebrea por nuestras venas; y se asoma á las niñas de los ojos, como esas niñas perezosas y mundanas que se pasan los días en el balcón. Puedes llamarle en cual-

quier día y á la hora que te plazca: siempre estaré listo y alerta, como debían estar los mozos del hotel. Somos politeistas en materia de cariño y cada corazón pudiera compararse á esas iglesias que tienen varias capillas y muchísimos altares, cada uno con su imagen respectiva. Los más serios solemos tener un altar mayor; pero aun la santa misma que ocupa el sitio preferente, á veces tiene que ceder el sitio á otras, como los santos de quita y pon, que ocupan el altar mayor de una parroquia, según la fiesta que señala el calendario. ¡Qué quieres! Como dicen los franceses, esto es más fuerte que nosotros.

La conversación, pues, ó se encierra en los límites de la frialdad, más absoluta, ó merodea por las floridas quiebras del amor. Pero eso sí, luego que la conversación llega á ese punto y se enteran los padres ó tutores del carácter que ha tomado, intervienen con celo y vigilancia, para evitar hasta la sombra de un conflicto. Entonces tienen que ocurrir los novios á lo que llaman los españoles «pelar la pava.» El nombre es muy prosaico y muy grosero; pero bastante significativo. Y además, si la frase es española, el hecho á que se aplica es universal. Los amores de Romeo y Julieta, no eran más que amores de balcón.

Pelar la pava, con capa ó sin ella, es un placer corriente y, en el fondo, bastante inocentón. Disfrutan de él los habitantes de los pueblos chicos: en las grandes ciudades ya va siendo imposible. Dentro de algunos años, los únicos que podrán pelar la pava con las muchachas bonitas, son los ángeles. Las casas van subiendo que da miedo, las mismas torres nos parecen bajas de estatura, y el gas, la gasolina y la luz eléctrica, disipando la encubridora sombra de las calles, quitan todo el encanto y la ternura á esos pueriles diálogos de amor. En los cortijos y poblaciones cortas, sí se pela la pava todavía. Allí hay ventanas bajas y candilejos moribundos que, por una rareza incomprensible, dan más sombra que luz. Los novios se dicen mil ternezas, entre las ocho y nueve de la noche, mientras el padre juega á la malilla con el cura. En México no se disfruta de ese placer más que en los barrios y en esa faja privilegiada que se extiende desde el Jardín de San Fernando hasta San Cosme.

La flirtación, cuyo significado me preguntas, no se parece á las inocentes conversaciones de los novios, ni equivalen á lo que llamamos pelar la pava. Primeramente, no se flirta del balcón á la calle. Para flirtar se necesita el palco de un teatro, el canapé de un gabinete de confianza ó la rústica banca de un jardín. Es necesario estar cómodo, bien vestido; la flirtación es un vicio elegante como la sportmanía en el hombre y como la morfina en la mujer. No es absolutamente indispensable que la mujer con quien se flirta sea muy bella; pero sí se requiere que tenga alguna inteligencia y mucho mundo. Casi, puede asegurarse que una mujer no logra flirtar bien

hasta que no se casa y hace un viaje. Las jóvenes de veinte años tienen la preocupación del novio y la preocupación de los listones. Piensan mucho en vestirse y en casarse. Esto quita á la flirtación una parte considerable de su gracia. El hombre que flirta no es jamás un novio, ni mucho menos un aspirante á marido. Si lo fuera, sería tan amartelado y tan cargado como todos los novios de la tierra. El hombre que flirta, se mantiene siempre en los límites de la admiración estética y del amor respetuoso. Cuando á mucho se atreve, besa la extremidad de un guante ó la sedosa punta de los bucles. Pero jamás pasa de allí: el hombre que flirta es un amante de etiqueta que no se quita nunca el frac, que habla siempre de usted y que no pasa de la sala.

Dudo que me comprendas, porque estas medias tintas amorosas no pueden explicarse fácilmente. ¿Sabes tú á qué huele el agua y de qué color es el aire? Pues la flirtación es como el agua y como el aire. Flirtar es querer á una mujer y decírselo en formas elegantes, sin pedirle su corazón ni sus favores. Pero en esto también me explico mal, porque el hombre que flirta no quiere ni desea: gusta de la mujer y nada más. La flirtación es un platonismo encanallado.

La mujer puede amar al hombre con quien flirta; pero nunca se lo dice. Es más aún: desde el momento en que el amor germina en ella, la flirtación pierde su novedad y su belleza. La verdadera y genuina, nada tiene que ver con el amor. Es un placer de epidermis, un juego de raqueta, en que las palabras hacen veces de volantes, un amor que es todo superficie y á cuyo fondo no pueden descender los corazones, porque están huecos. El hombre y la mujer se asoman al barranco sin sentir vértigos; andan por las cornisas del amor, como los gatos van por los tejados sin caerse. Cambian miradas y requiebros y ternezas; pero apenas se separan, olvidan las palabras y los besos mentales. Flirtar es bordar flores con la mirada y con los labios. Es un medio que han inventado las mujeres que no aman, para hacerse la ilusión de que están engañando á sus maridos.

Lo que más se asemeja á la flirtación es el *marivandage* de los franceses. Pero el *marivandage* es una flirtación de chaquira; un bordado minucioso; uno de esos globitos calados que fabrican los chinos y que van unos embutidos dentro de otros. En el *marivandage* se habla de amor descaradamente, rebuscando las frases, redondeándolas con el único fin de parecer discreto é ingenioso. Es el lenguaje vestido de pasión. Para que una mujer se dedique con buen éxito á pintar estos arabescos en el aire, es necesario que haya leído muchos versos y que conozca todos los repliegues del idioma. El *marivandage* equivale á los versos con consonantes forzados. Ya ha pasado de moda; su tiempo fué el de las preciosas ridículas del Hotel Rambouillet. Es un amor de caramelo que empalaga.

La flirtación es más sobria y más original. ¿Has visto á esos gastrónomos que padecen del estómago y no pudiendo saborear sus manjares predilectos, se conforman con verlos en la mesa? Yo conocí á un obispo que iba al Tívoli, y hacía que sirvieran á sus lacayos un opíparo banquete para verlos comer. Pues así son los flirtadores. Conocen los peligros del amor, saben que daña, como las frutas verdes, y se conforman con disfrutarlo desde lejos. Es la pasión de los saciados y los hartos.

La flirtación, pura y sin mezcla, no puede existir más que en su patria: en Inglaterra. En los países latinos degenera inmediatamente en el amor ó en el deseo. Los ingleses son precavidos y pastosos. Aquí, los cañones se disparan solos, y las botellas de Champagne despiden espontáneamente sus tapones. Aquí el amor es una vela que pavesea sobre la tapa de un barril de pólvora. Sin embargo, ya en México se flirta: observa algunos palcos del teatro y algunos rincones del salón del baile. Tenemos tres ó cuatro señoras y señoritas norteamericanas que nos inician en los misterios de la flirtación. Debo advertirte, sin embargo, que la flirtación yankee es mucho más gruesa y burda que la inglesa. Está pintada con pluma de ave.

Por desgracia tú no podrás hacer estas observaciones fácilmente. No concurres á las fiestas del mundo internacional, y tienes el buen juicio de no asistir á las representaciones de la «Guerra Santa.» Yo te hablaré en una de mis próximas revistas de ese mundo internacional que no conoces y que empieza á formarse en México. Habría querido, por ejemplo, que asistieras al baile del 14 de Julio.

***

Quien no haya visto la alegría que reina en estas fiestas, nada sabe de regocijos ni entusiasmos. El francés despilfarra en una noche el capital de alegría que nosotros gastamos en un año. Deja el comercio, olvida los negocios, adorna con banderolas y cortinas los balcones de su casa; canta, bebe, rie, va al baile decidido á moverse como se mueven las girándulas, y almacena recuerdos en su memoria, para gozar con ellos en las horas largas del trabajo.

Nosotros paseamos las cuadrillas, moviéndonos acompasadamente con grandes pausas y profundas reverencias. Esta es la cuadrilla diplomática, la cuadrilla de las espinas dorsales inflexibles y de las pérfidas sonrisas. Los hombres parecen figuras decorativas, y las mujeres andan con la solemnidad de un buque de guerra. Las manos se tocan apenas y los pies siguen siempre la línea recta, como los ferrocarriles. Generalmente bailan las cuadrillas todos los hombres que no deberían bailar nada, las matronas que conocieron el

Parián, y los hombres políticos que, por lo común, nunca han bailado. Bailada así, parece una danza de camposanto.

Nosotros concurrimos á los bailes como vamos á los entierros: graves, cejijuntos, dispuestos á tener un duelo si alguien tiene la inadvertencia de colocar su pie sobre el nuestro; los franceses van resueltos á descubrir el fondo de la copa y á bailar con la primer mujer que encuentran disponible, sea vieja ó moza, fea ó bonita . . . ¡nada importa! La alegría rebosa en ellos y les sale por ojos, boca, oídos y nariz. Parece que hablan con las manos.

Sin estos bailes que interrumpen de cuando en cuando la monotonía de nuestra vida, no sabría qué hacer. Los teatros no ofrecen ancho campo á las revistas ni á los juicios críticos. El que se crea con fuerzas suficientes para escribir un juicio crítico de la «Venus Negra», es de seguro el hombre más espiritual que calienta el sol. Yo hubiera preferido escribir como D. Leandro Fernández de Moratín, una oda «al capitán que mandó hacer un plantío de árboles en Valencia» ó una anacreóntica á «Lesbia tocando el arpa,» ó un soneto «á la risa de Cloris.» Pero, indudablemente, aunque me pongan un puñal al pecho, no hablaré de la «Venus Negra» ni de los «Sobrinos del Capitán Grant.» Es una empresa que no acometo. Hércules limpió las caballerizas del rey Augías; pero no hizo el juicio crítico de la «Venus Negra.»

Algunas noches hace, mientras los recomendables actores del teatro Arbeu luchaban con las dificultades de esa obra magna de su repertorio, proponía á mi devota consideración este problema: ¿podré amar alguna vez á una Venus Negra? Un habitante de Mozambique habría dicho precisamente lo contrario: ¿amaré alguna vez á una Venus Blanca? El criterio con que se aprecia la belleza, cambia según los climas y regiones. Lo que es verdad aquí, no es verdad en el centro del Africa. Lo que es bello en China, es horrible en Europa. Los negros dicen que el diablo es blanco.

Si un conquistador africano entrara triunfante en la ciudad de Roma, mandaría que untasen de betún las grandes estatuas. Los ojos de ese hombre no son, pues, iguales á los míos; su cerebro está conformado de una manera distinta: no es mi semejante.

Pero el criterio se modifica y se transforma. Hay flores que transplantadas cambian de color. Hay cerebros que no piensan lo mismo en el Ecuador que en el estrecho de Behring: Un negro arrebatado de Hokanga y puesto en el Boulevard de los Italianos, reforma su criterio con el tiempo. Si lo ponen en Londres, acaba por enamorarse de una rubia muy rubia, ó de una albina. No he visto sapos que miren el sol; pero sí he visto negros enamorados de mujeres blancas.

Ahora bien, ¿ocurriría lo mismo con nosotros si nos aprisionaran en el centro de Africa? ¿Llegaríamos á apreciar la hermosura em-

betunada, como aprecian los negros la hermosura rubia? Verdad es que nosotros ocupamos un lugar más alto en la escala ascendente de la humanidad. Nuestra raza es la eflorescencia de la tierra. Tenemos datos para presumir que nuestro criterio vale más que el de los negros. Pero bien miradas las cosas, ellos dirán lo mismo que nosotros. Aurelien Scholl decía con sobradísima justicia, que el más insignificante diputado no trocaría su importancia por la de un jefe de tribu, como el jefe de tribu, á su vez, se negaría á cambiar su posición por la de un diputado.

Hace pocos días que he comprado una esfera terrestre con ánimo de abarcar bajo mis dedos todos los puntos del globo en que la humanidad se agita. El instrumento geográfico campea sobre su zócalo, en medio de mi despacho, ostentando el fondo azul, donde se destacan los festoneados continentes y las islas marcadas por puntos casi imperceptibles.

Arriba se ve la pequeña Europa, la extendida Asia y el busto de América. En la otra mitad la dilatada Africa, la Australia y la América, desde la cintura hasta los pies. Este último es el mayor de los continentes: divide el mar en dos partes, y recorre el planeta casi de uno á otro polo. Y sin embargo, este gran continente es el último que ha sido descubierto. Parece, por razón natural, que América debía haber sido la destinada á descubrir á Europa. . . ¡y ha sucedido lo contrario! En esto, como en otras muchas cosas, lo más pequeño se ha llevado la palma.

Desde que la esfera me pertenece y tengo la totalidad de la tierra en mi gabinete, mis ideas se modifican. Mido el mar equinoccial, desde Sumatra hasta Guayaquil, y me pregunto qué papel representaría el más opulento y altivo personaje de Europa si le colocaran en uno de aquellos bajíos, y en qué vendría á parar el orgullo nobiliario de algunas gentes, siendo abandonadas en un témpano, en un *ice-berg* al Norte del mar de Baffin. Me imagino en la tierra de la Desolación á los ricos banqueros de las ciudades más comerciales de Europa, buscando mariscos con que saciar su apetito, y concluyendo por devorarse mutuamente.

En aquellas latitudes, los personajes más robustos y orondos adelgazarían, hasta el punto de no tener más que la piel sobre los huesos; y los que acostumbran pagar al sastre cantidades anuales de dos mil pesos, se consolarían allí fácilmente con una mezquina piel de carnero.

***

Dejemos que el orgullo de los hombres les haga presumir que son iguales á los dioses, y resignémonos á escribir revistas insensatas. Quizá el domingo entrante podamos conversar algo menos monótono y cansado. En ocho días puede cambiar la faz del mundo. Por ahora los teatros están mudos, los salones desiertos y las velas apagadas. El piano duerme bajo su funda de lienzo, y las bugías vírgenes lucen su traje de novia en los dorados candelabros. Los guantes, aprisionados en su caja de ébano, suelen sacar un dedo de cuando en cuando, como si preguntaran: ¿no servimos para nada? El *carnet* de marfil reposa en el escenario, con su delgado lápiz color de rosa pendiente de un listón azul de cielo. Todo calla. Solo se escucha el agudo silbato del escenógrafo, que enseña al público los telones del «Siglo que viene.»

Parece que nos hemos puesto todos un gorro de dormir.

Ha llegado la hora del reposo. Nuestros párpados se cierran: leemos un número de la *Revue des deux mondes* y nos dormimos. ¡Buenas noches!

Tú me dices ¡oh rubia amiga! que estás triste y yo no puedo referirte nada que disipe las sombras del fastidio. Afortunadamente esa tristeza pasa pronto. No se puede confiar ni en el dolor. El niño llora en su cuna porque no pueden descolgarle un lucero que titila en el espacio. Pero un momento después ríe y retoza olvidando sus lágrimas. El hombre es un niño que tiene necesidad de rasurarse. El corazón es un piano que suena según la mano que lo toca.

Déjale abierto y el dolor tocará en él sonatas fúnebres, romanzas elegiacas y misereres; pero que llegue una mozuela de ojos negros, azules ó castaños y verás cómo brincan las notas acariciadas por su mano de princesa, y cómo las severas armonías se truecan en una mazurka de Chapí ó en una galopa de Offenbach. Tú estás en la hora de las sonatas serias y de la música solemne. Deja que vuelva la alegría como esas aves que regresan á sus nidos cuando pasa el invierno.

Agosto 12 de 1883.

Confieso mi crimen: después de leer cincuenta páginas de Michelet, he asistido puntual á tres corridas. He asistido tres veces á ese sangriento drama que termina invariablemente, como las tragedias clásicas, con la muerte del protagonista. Perteneciendo á una sociedad protectora de los animales, he visto tropezar los caballos con sus propias entrañas, salpicando de sangre á los jinetes. Confieso mi delito: he ido á los toros.

Lo primero que se experimenta al encaramarse trabajosamente por las tendidas gradas de la plaza, es un secreto movimiento de terror. Aquella muchedumbre que vocifera, gesticula, patea, ahulla, formando una especie de gran concierto norteamericano, impone hondísimo respeto. Parece que el tendido va á desquebrajarse y que

la apiñada masa humana va á caer entre gritos y lamentos. Los hombres beben cerveza y las señoras mueven sus abanicos precipitadamente. Nadie se está quedo: algunos montan en la valla y retozan, haciendo gala de su fuerza. Los más se ponen en pie para ayudar con sus consejos al torero. Todos toman una parte activa en la diversión. Todos son entendidos en la tauromaquia; saben cuándo se debe retirar la pica y cuál es el momento oportuno para poner las banderillas. De repente suena una gran tormenta de silbidos. Luego, aquella multitud ruge y se indigna contra el primer espada que no logra matar á la fiera, y hasta contra el toro que, lleno de heridas y desgarrones, no acomete. Sale el verdugo, el *cachetero*. Un gran chubasco de injurias é improperios acoge á este personaje vergonzante, que desempeña los papeles de traidor. El toro, herido en la nuca, arroja un ahullido desgarrador, vuelve los grandes ojos en torno de la plaza y muere entre los sones de la música, como Otelo.

La tragedia del toreo, esa tragedia de capa y espada, tiene tres actos invariablemente: la pica, las banderillas y la muerte; la exposición, la trama y el desenlace. La música preludia la marcha de los toreros en «Carmen» y aparece la cuadrilla. Picadores, chulos, banderilleros, espadas, se dispersan y colocan en sus respectivos sitios. Los picadores, firmes en los estribos, se acercan á la puerta del toril embrazando su pica fuertemente. Los capeadores y banderilleros mariposean por todas partes, agitando sus capas verdes, azules ó color de rosa. El primer espada se mantiene distante del redondel, dirigiendo esa lucha que debe terminar con un horrible duelo. El sol dora las lentejuelas de los trajes, vibrantes y vivas como las luciérnagas. Deslumbran los vestidos, acariciados por la luz, como el vientre lustroso de los peces. Entre un hormigueo confuso de oro y plata el ojo deslumbrado percibe vagamente cuerpos varoniles y rostros cuyo cutis tiene el color obscuro del cuero cordobés. Estos actores no usan pinturas ni cosméticos. Su *cold cream* es la sangre. Los chulos, con sus capas bajo el brazo, avanzan sosegadamente, luciendo sus arreos de Fígaro y su traje donairoso: la media roja que sube del zapato bajo, el calzón ajustado, el chaleco y la chaqueta de colores vivos, con tantos bordados, agujetas, franjas, lentejuelas, filigranas, plata y oro, que apenas puede percibirse la chillante tela; los picadores, con su pantalón de búfalo, revestido de hierro interiormente, y su chaqueta tan llena de bordados metálicos, que pesa más que una coraza, y puede, si es preciso, amortiguar los golpes y cornadas. Los chulos forman la tropa ligera de estas luchas; los picadores son los hoplithas. Reciben sin moverse el primer empuje del enemigo, sin poder escapar ni perseguirlo.

El gran capitán de este pequeño ejército, es el primer espada. Es un hombre alto y nervudo, de piernas ágiles y puño vigoroso. Su rostro no se demuda cuando la fiera le acomete y, sin espanto ni congoja tiende la estocada. Como Pedro Romero, á quien Goya pintó en su tauromaquia, podría matar el toro sentado, con grilletes en los pies y sin otra muleta que el sombrero. Clava las banderillas á caballo y salta por encima del toro, cuando le arremete. Parece que una Compañía de Seguros le ha garantizado la vida por el período de cien años y que en esta confianza puede lanzarse á las más peligrosas aventuras. Cada vez que emprende alguna hazaña, los espectadores le animan con sus gritos entusiastas, y las señoras se cubren la cara con el abanico.

***

La concurrencia que asiste á las sangrientas lides no puede ser mayor. Para apreciarla, hay que detener el caballo ó el carruaje á la salida de la plaza. Los pobres que por amor á la tauromaquia, han resistido durante largas horas las caricias del sol, se alejan en tumulto mostrando sus camisas desgarradas, sus guiñapos polvosos y sus sombreros de petate. Algunos se permiten el lujo oriental de emprender su camino en carretones. Van como los antiguos comediantes, apiñados y de pie, brincando en cada piedra del camino, y con peligro de quebrarse las costillas en un probable vuelco. ¡Pobres gentes! Solo el amor de los toros puede hacer llevadero este suplicio. Los más marchan á pie, cansados y molidos, pero contentos por haber visto una corrida. Se alejan formando enormes caravanas, con la canción en los labios y la vistosa banderilla en el sombrero; se diría que esos gritos lanzados en la plaza, ese espectáculo terrible en que se juega la vida, han desahogado sus instintos malos, dando escape á los arranques de esa bestia, que la educación suele domar, pero que se halla siempre en el fondo pecaminoso de todo hombre.

La concurrencia elegante empieza su desfile. Ahí van los jinetes, escarnio del calor, haciendo caracolear sus potros jerezanos entre los ómnibus repletos y la compacta muchedumbre. No se oye más que el chasquido de los látigos, el ruido de las portezuelas que se cierran y el rodar de los carruajes. Pesadas diligencias van saltando en las quiebras del camino, envueltas en una nube de polvo, como los héroes de la Iliada. Coches antiguos, de esos que servían para ir á Puebla, cuando se empleaban tres jornadas en el viaje, van tirados por cuatro rocinantes flacos que, como los pobres inválidos del Montepío, están pidiendo á voces el descanso. No hay vehículo alguno que no esté representado en este gran desfile. Algunos de ellos se quedarán á la mitad del camino. Los caballos se arman,

los ejes se rompen y las ruedas se desgranan. Quién pide por amor de Dios un puesto humilde en el pescante de algún coche, quién se encarama al toldo de una diligencia, quien se resigna á emprender su caminata á pie hasta Chapultepec, envidiando al famoso Pulgarcito cuyas botas salvaban siete leguas. Los muchachos desharrapados y halaraquientos se asen á la tablita de los coches. El polvo del camino, colocándose en gruesas nubes por las portezuelas, me hace creer que voy atravesando alguna calle de Atenas, la ciudad más polvosa de la tierra. El sol no vierte ya sus cucharadas de plomo derretido, pero el calor es sofocante. A la luz opalina del crepúsculo distingo los carruajes elegantes, que huyen á todo correr por las calzadas, el landó majestuoso y aristócrata, el faetón de carrera, el *boggy* elegante y el *trois quarts* ligero.

La tarde va muriendo. El viento se recoge y se sosiega en brazos de la noche, como un niño travieso que fatigado de correr y de triscar por la montaña, se duerme en el regazo de la madre. La sombra baja lentamente, y la pesada arquería del acueducto oculta en la obscuridad sus columnas musgosas y sus negruzcas piedras. A lo lejos, se miran los faroles encendidos y la mezquina claridad de las calles. Ya se perfilan las estatuas del Paseo y queda atrás el Castillo con sus paredes blancas y sus enanas torres. Ya solo queda en mi imaginación el cuadro de las peripecias trágicas ocurridas en el sangriento redondel, y en mi cabeza el vago aturdimiento que dejan las reuniones bulliciosas, las jornadas largas y las fiestas nacionales.

***

Por fortuna, en las corridas á que yo asistí no me tocó mirar tragedia tan horrible como la de Felícitos Mejía. Celebraba su beneficio hace ocho días y enebriado por los aplausos de la plebe, queriendo exceder en menosprecio de la vida, y en arrojo á todos sus compañeros, intentó clavar las banderillas con la boca. El toro le ensartó desgarrándole, con sus astas, las entrañas.

No ha sido esta la única desgracia de la semana. Una furiosa tempestad descargó el jueves, ocasionando tres ó cuatro muertos. Un rayo arrebató á la torre de San Juan su cruz de hierro, que lanzada con fuerza incontrastable fué á clavarse junto á la fragua de un herrero. Ya el día anterior había caído un rayo en la casa que forma esquina de Vergara. ¿Tendremos que batirnos con el cielo y soportar las tempestades en la atmósfera después de haberlas soportado en el teatro? Todavía ahora veo los cielos entoldados y escucho el estallido de los truenos.

Esta crónica se debe leer con pararrayos. Mientras escribo retozan las enormes nubes tempestuosas, asaltando en tumulto el firmamento.

He abierto la ventana para mirar los rayos cara á cara. El cielo, tan azul ha pocas horas, se ha puesto pardo, casi negro, como si los ángeles se hubieran vestido de luto. Las golondrinas, rastreando el suelo, parece que solicitan esconderse en las entrañas protectoras de la tierra. No véis aquellas nubecitas blancas, que limitando un diminuto lago azul, tiemblan en el confín del horizonte? Las sorprendieron, al salir del baño, esos negros gigantes abisinios, que vienen del Oriente: por eso agrupan sus cuerpos blancos y entumecidos como si quisieran ocultarse unas tras otras. A poco, los monstruos llegan y las devoran.

Ya no hay lagos azules, ni nubecillas blancas en el cielo. Algunos nimbus huyen con estrépito, como carros de guerra en la confusión de la derrota. Despéñanse las montañas de la atmósfera; combaten brazo á brazo los Hércules deformes, y las delgadas claridades que rasgan la obscuridad de cuando en cuando, son como el brillo de las espadas gigantescas que se chocan.

Asistimos á una batalla de africanos. Aquellos, aguardan en solemne actitud, la acometida del ejército enemigo. Este, avanza violento, atropellando cuanto encuentra al paso. ¿No esucháis el rodar de las cureñas y el galope de los caballos? Ya vienen; ya se acerca el tiroteo. Torres enormes, sostenidas por elefantes de espantosas proporciones, avanzan por la atmósfera; y de las claraboyas de esas torres brotan dardos fulmíneos, despedidos por colosales arcos de ébano. Hasta los mismos montes del espacio cobran vida, arráncanse de cuajo, y animados de fuerza incontrastable se precipitan, como alud sombrío, sobre el ejército contrario. A ratos, centellean los bruñidos petos y los cascos; escúchase el resoplido atronador de los monstruosos elefantes; rompen los tigres sus recias cárceles de hierro para lanzarse sobre el enemigo, y sus ojos como de sangre luminosa, alumbran el espacio. Montañas, fieras y gigantes se atropellan; enarcan los elefantes sus espaldas; caen desplomadas las enhiestas torres; revientan los peñascos; los muros de granito negro se desgranan, y bregan los guerreros cuerpo á cuerpo enroscándose como víboras, en el aire.

De improviso, júntanse todos y reunidos avanzan sobre la tierra. Las montañas aguardan impasibles; pero los árboles, «sobrecogidos de pavor, se mueven, como si pugnaran por desenraizarse de la tierra para huir.» Todos quisieran sacudir en un momento la invencible fatalidad de su destino: los peces piden alas y las aves envidian á los topos que pueden esconderse en tenebrosas oquedades. Las olas aspiran á ser montes y diríase que el cielo quiere cambiar de sitio con la tierra.

Solo Magda permanece impasible en su balcón. Gruesas gotas

comienzan á caer: pero ella, absorta en la contemplación del infinito, deja que mojen sus cabellos negros. Y Magda tiene miedo. A cada relámpago, su alma se persigna. No quisiera mirar; pero se obstinan sus pupilas en seguir clavadas en el cielo. En la mujer, la curiosidad domina el miedo. Tal le pareee que las nubes tempestuosas vienen directamente á su balcón y que los sagitarios del espacio la escogen para blanco de sus tiros. Pero no aparta la mirada ni se esconde. Convirtiendo los ojos á la calle, podría mirar á los transeuntes azorados que buscan un refugio ó un abrigo. Aquella costurera corre y corre, como si la tempestad quisiera darla un beso. Ese gomoso pobre, á juzgar por la traza, parece que lleva alas en los pies; su sombrero de copa alta, presintiendo el chubasco, tiene el pelo erizado. Pero Magda no advierte nada; ve las nubes y se pregunta con deliciosa candidez: ¿para qué serán las tempestades?

Si yo pudiera estar donde ella está, satisfaciendo sus curiosidades le diría:

—Tempestad y pasión son dos trastornos parecidos. El cielo siempre azul y la mujer siempre inocente, cansarían. Es preciso que brote el rayo de las nubes y el amor de la mujer. Y el amor, como el rayo, da la muerte. ¿Crees tú que estas tormentas pavorosas no traen más que la muerte y el espanto? Pues te engañas. La tempestad deja en el seno de la tierra el nitro que las plantas necesitan, y absorbe las impurezas de la atmósfera, convirtiendo el oxígeno en ozono. El rayo da la muerte y da la vida. Es el fuego que purifica y que devora. Y el amor ¿no es así? También tiene tinieblas que entoldan el horizonte de la vida y centellas que matan; pero también es necesario para la perpetuidad de las especies, también crea, también purifica. El rayo nace del choque de dos electricidades contrarias, como el amor de los dos sexos en contacto. Los dos alumbran, los dos queman, los dos matan; pero los dos son necesarios á la vida.

***

Pero ni Magda me oye ni se aparta su vista de las nubes. También anoche tuvo un miedo horrible. Soñó que estaba en medio de un diluvio. Pero el agua no descendía de las nubes: brotaba de la tierra é iba subiendo, subiendo en láminas compactas, tan obscuras que apenas podían distinguirse en las tinieblas de la noche. Magda, azorada, se asía á los barandales del balcón, que era muy alto. Desde allí contemplaba la horrible escena. El rumor que escuchó primero, había cesado. La invasión del océano ascendente se verificaba con lentitud y en medio del silencio. Primero, la capa negra se tendió sobre las calles, sin arrugas ni pliegues. Sobre esa tersa obscuridad, como puntos luminosos, repartidos en hilera, los reverberos

del gas brillaban tristemente. El monstruo negro se incorporó otro poco, y los faroles más altos parecieron, por su proximidad al agua, linternas de invisibles góndolas inmóviles. Entre cada movimiento del agua mediaba el espacio de algunos minutos. Nada se oía: el seno de aquel obscuro mar cerraba el paso á todo rumor y á toda luz. Subió el agua otro poco y los faroles se perdieron, apagándose, como luciérnagas arrojadas á un estanque. Entonces la tiniebla fué absoluta. La noche descendía del cielo y brotaba de la tierra. Magda iba á ser aplastada entre esas dos enormes láminas de una prensa negra, como un ratón entre la puerta y la pared. El mar subía con menos lentitud. Ya se miraban en la capa tenebrosa algunos pliegues, que eran las oleadas silenciosas. Magda sintió que el agua le bañaba los pies y, loca de terror, se encaramó sobre los barandales del balcón. Pero el agua subía, y entonces ella, agarrando con ambas manos una canal delgada de hojalata, quedó suspensa en el vacío. La canal se iba doblando poco á poco. Un momento más y se quebraba. Ella, haciendo un supremo esfuerzo, logró subir á la cornisa, en donde se agrupaban, maullando y deteniéndose con las uñas, muchos gatos. Estaba defendiendo su vida instante por instante. ¡Todo inútil! El agua continuaba subiendo é iba ya á devorarla. Los gatos se quejaban como niños, y arañaban la cara de Magda. En ese momento, algo muy blanco, flotó sobre la densa obscuridad del agua. Era una vela. ¿Quién puso aquella barca milagrosa sobre el agua? Lo urgente era entrar en ella. Magda, tendiendo con angustia las dos manos, logró detenerla. Pero los gatos, más ágiles y elásticos que ella, habían entrado ya, no dejando lugar para otro cuerpo. Entonces comenzó una lucha horrible. Magda combatía con aquellos demonios que maullaban y describían rombos terribles en el aire, encajándole sus agudas uñas en el cuello. Por fin, logró vencer. Cupo, como una cuña, entre los cuerpo sblandos de los rabiosos animales, que frotándose entre sí, despedían chispas de fuego. La barca siguió flotando sobre el agua. Pero ¿adonde iba? El agua continuaba su marcha ascendente. ¡Si pudieran llegar al cielo, ó cuando menos á una estrella! Así pasaron muchas horas de congoja. De improviso, Magda sintió que la barca se hundía. Todo estaba perdido. Lanzó un grito y se arrojó á las aguas, que estaban tan frías, como si fueran de nieve líquida. Se resignó á morir; pero, arrojado por las velas, su cuerpo fué á chocar con la cruz de piedra que coronaba una altísima torre, ya sumergida en el océano. Aquella cruz era el único punto firme que las aguas no habían tragado aún. Magda se puso de pie en ella. Apenas cabían las plantas de sus pies en los angostos brazos de la cruz.

Pero Magda, por una maravilla de equilibrio, se conservaba firme y sin moverse. Así pasó una hora. Las aguas ya no subían: comenzaban á bajar. Magda no moriría ahogada: pero como era imposible que se mantuviera en esa posición durante muchas horas,

caería por fin, rompiéndose la cabeza con las piedras. Mientras el agua cerraba herméticamente la ciudad, como una tapa, podría permanecer sobre la cruz. Mas luego que el vacío se fuera ahondando, en torno de ella, el vértigo se apoderaría de su cerebro, precipitándola al abismo. ¿En dónde estaba? A enorme altura, incuestionablemente. Esa cruz era el único punto respetado por las aguas. Poco á poco se fueron descubriendo las torres, las chimeneas y los tejados. Las agujas de los templos perforaban el manto de las aguas. El abismo crecía de arriba para abajo. El océano se retiraba dejándola sola, á doscientas varas de la tierra. Y por una rareza, que Magda no podía explicarse, á medida que las pérfidas ondas descendían, se iban iluminando las claraboyas de las casas, las ventanas, los balcones, hasta que aparecieron por fin los reverberos y los faroles movedizos de los coches. ¿Qué. . . ? ¿No había perecido la ciudad? ¿Ella sola iba á ser la víctima? ¿Por qué no hizo lo que todos y se dejó tragar por aquella agua que no ahogaba y por aquella boca sin colmillos? Un vapor de oro subía de la ciudad, rodeándola como si fuera una neblina hecha con hilos de cabellos rubios.

La vida bullía abajo, y esa vida en que iba á precipitarse fatalmente, era para ella el seno de la muerte. ¡Qué agudas le parecían las cúpulas y qué afiladas las cornisas! ¡Y gritaba, gritaba; pero no podían oirla. Unicamente las lechuzas, de ojos amarillos, comenzaron á revolotear en torno de ella. De pronto un cuervo de torcido pico y semejante al ave Rock que habita el Himalaya, le arrancó las pupilas á mordidas. No pudo ya ver nada: sus piernas flaquearon, dobló el cuerpo y cayó de cabeza sobre una aguja de granito.

***

Y entretanto que Magda, contemplando el cielo, recordaba su sueño de la víspera, la tempestad había pasado. El cielo estaba azul, como si lo hubiesen tejido los ángeles con pétalos de no me olvides y con los ojos de las rubias que se han muerto. Las golondrinas cuchicheaban alegremente en los alambres del telégrafo. Magda cerró el balcón y yo también.

Agosto 26 de 1883.

No sé si lo que voy á referir es un hecho real, ó si el café, cuya rica esencia había tomado, lo dibujó en el cristal de mi imaginación. La distancia que separa un suceso de un sueño, es insignificante: la diferencia estriba únicamente en que el suceso puede verse á todas horas y el sueño se percibe nada más en medio de las sombras y con los ojos cerrados.

El caso es que ayer noche erraba meditabundo por las calles, cuyo aspecto cuando la luz eléctrica se apaga, es el de un ataúd negro y sin tapa. Sin objeto determinado ni prefijo derrotero iba á merced de mi capricho, pensando en muchas cosas que han pasado y en otras que todavía no han sucedido, esto es, viviendo por la raíz y por la copa, por el recuerdo y por la previsión, pero no en el presente ni en el medio. Ya casi todos los cafés habían cerrado sus puertas. Nada más los billares permanecían iluminados, siendo como son el último refugio de trasnochados y noctámbulos. En la Concordia, algunos mozos regaban y barrían el suelo, mientras contaban otros las propinas de la noche: arriba, en dos cerrados gabinetes, brillaba aún la luz del gas y se oían retazos de palabras, ruido de vajilla y hasta bostezos de cansancio y de fastidio. A tales horas no se encuentra en las calles ánima viviente, á no ser el gendarme que ronca en el portal de alguna tienda ó el cochero que va dormido en el pescante, dejando á las flacas mulas el cuidado de conducirle á la carrocería. El rumor de los pasos crece en fuerza, como si algunos duendes fueran remedando á los transeuntes, por debajo de la acera. Todo calla y entre la sombra obscura de la noche, á ras del suelo, se distingue la hilera de esas linternillas que los gendarmes ponen en las bocacalles, sin que ninguno sepa á punto fijo para qué. Tan profundo silencio y soledad tan grande, entristecen al menos melancólico. De ningún edificio, casa ó fonda, salen rayos de luz ni ruido humano. Parece que están ciega la luz y muertos los sonidos, ó que, entretanto reinan las tinieblas, la vida, como el sol, se ha ido á otra parte.

Quien se obstina en pasear á tales horas, ó aguarda el codiciado instante de una cita, ó no encuentra su casa porque el vino se ha encaprichado en escondérsela, ó está á dos pasos de volverse loco. Yo, que no me encontraba, á la sazón, en ninguna de estas circunstancias, encomendé mi alma al inspector de policía, mi cuerpo á los hermanos Gayosso y apretando el paso, volví tranquilamente á mi vivienda.

—Pues señor, dirá tal vez algún meticuloso, si nada extraño, sorprendente ni sobrenatural le pasó á usted ¿á qué sacarnos de nuestras casas respectivas para dar un paseo por esas calles? Hubiera comenzado su leyenda en el sitio que requiere el argumento y habríase ahorrado gasto de papel, sin merma de la paciencia con que le escuchamos.

Y es verdad: mis lectores, habituados á que les trate con llaneza y desparpajo, pudieron suponer que les llevaba á una casa de juego, á una tertulia, al cubil de los monederos falsos ó á la reja en que ansiosa me esperaba una chica, tan tierna como guapa. Siento mucho haber defraudado sus esperanzas; pero ni soy concurrente de las timbas, ni tengo la honra de contar entre mis amigos á ningún mo-

nedero falso, ni hay quien me espere, á la madrugada, en el balcón. El preámbulo anterior sirve únicamente para disponer el ánimo de mis lectores á la audición de lo maravilloso. Es como si, tratando de contarles un cuento de aparecidos y fantasmas, apagase la vela previamente. Por lo demás, quien crea en conciencia que es inútil, puede hacer lo que yo: no volver á leerlo.

Digo, pues, que regresé á mi casa: abrí la puerta, iluminé mis pasos con un fósforo y dí con mis pobres huesos en la cama. Un cuepo extraño se interpuso entre mi espalda y el colchón, produciendo, al quedar aplastado entre mis costillas, un rumor semejante al que producen la lija y el papel de vidrio cuando alguno los pisa ó los estruja. Al propio tiempo sentí en la piel el impaciente corretear de unas patas fibrosas y menudas que se prendían como alfileres en mi cuerpo. Me incorporé más que de prisa, encendí la vela, y á su tímida luz, pude mirar sobre la blanca sábana el repugnante cuerpo de una de esas cucarachas ó bacterias que rondan al rededor de los focos eléctricos. ¿Cómo había entrado hasta mi cuarto! En mi cama no hay ninguna luz, ni eléctrica, ni de gas, ni de petróleo. ¿Con qué pretexto se instaló bajo mis colchas, para darme un bromazo tan solemne? La insolente, más muerta que viva, se estaba queda en el colchón, patas arriba, moviendo sus tentáculos delgados, en la postrera convulsión de la agonía. No tuvevalor para cogerla con los dedos, y valiéndome de un bastón que tiene ya dos años de servicio, la arrojé del lugar que había usurpado. La bacteria cayó dentro de un pantuflo, rompiéndose dos piernas cuando menos. No obstante esto, cobrando fuerza nueva con el golpe, como Anteo la adquiría al tocar la tierra, y animada por un espíritu diabólico, lanzóse contra mí violentamente, en tal manera, que á no esquivar la cara tan á tiempo, me habría encajado sus minúsculas patas en los ojos. No pudo contenerse, y disparada como piedra que parte de la honda, fué á estrellarse de nuevo en la pared. Pero el monstruo infernal, tenía probablemente duro el casco y rehacia la vida; cayó al suelo; fuese arrastrando, herido y tambaleando, por la alfombra; mas cuando iba á aplastarlo con el pie, saltando de improviso, evitó el golpe, dejándome burlado é iracundo. Había que exterminarlo ó perecer en el combate: defendíase con bríos inusitados, girando al rededor de mi cabeza y queriendo por fuerza entrarse adentro de mi boca. Una vez llegué á sentir el áspero contacto de sus alas en el sensible cutis de mis labios. En la brega, rompí los vidrios del balcón, la veladora y hasta la palangana del lavabo. Aquella cucaracha era espartana. Por fortuna, un tajo dado á tiempo y con esfuerzo redoblado, la tendió á mis pies, ya exánime, postrada y moribunda. Pude entonces aplastarla bajo la suela de mi bota, mas no quise: la enormidad de su delito, el encono de su defensa y los vidrios que yo había roto por su culpa, requerían un castigo más terrible. En la hoguera, quemada á fuego lento, así perecería la muy infame.

Toméla, pues, con unas pinzas, la aproximé á la llama de la vela, y entretenido on observar los esfuerzos titánicos que hacía por escaparse de entre la tenaza, pude sentir las delicias y espasmos que sentía, según cuentan, Torquemada, presenciando los autos de fe ó asistiendo á la sala del tormento.—«¡Descastada!—decía yo como si pudiera comprenderme.—¡Ahora vas á pagar los vidrios rotos!» —La cucaracha se tostaba y retostaba, poniendo unos ojos que solo para vistos. Las piernas que, semejando hilos de estambre, le quedaban, á poco se convirtieron en cenizas. Sus duras alas se partieron, estallando en pedazos, como las negras uñas del demonio. Nada más los ojos, pequeñitos y casi imperceptibles, resistían á la combustión y hasta se agrandaban, al parecer, con el contacto de la llama. Llegó un momento en que la cucaracha fué toda ojos. De improviso, sin escapar á la presión de la tenaza, ni caer, hecha polvo, en la palmatoria de metal, fuese alargando, alargando á modo de esos grandes anteojos cuyos tubos se embuten unos dentro de otros. Era la ballena saliendo de Jonás: hubiérase creído que el padre Fischer salía de la cucaracha, salía, salía y no acababa de salir. Lo más extraño y peregrino era que aquellas alas extendidas y alargadas, parecían las dos piernas de un pantalón negro, tan angosto como el que usan hoy nuestros gomosos. Continuaron creciendo y se trocó su parte superior en un par de faldones, con sus bolsas, cosidos y ribetes. ¡Qué más!—y aquí lo espeto en una frase para no prolongar mi narración—de aquel monstruo carbonizado entre las pinzas, salió un perfecto caballero, con corbata, reloj, sombrero y todo. No volvía de mi asombro; los músculos del brazo se aflojaron, dejé caer las pinzas que detenían por el tacón á tan extraño personaje, y éste, poniéndose de pie en un periquete, sin trazas de la más ligera quemadura, después de hacerme tres ó cuatro caravanas que ni Spencer Saint Jhon haría con tanta gracia, me dirigió la palabra en estos términos.

—Tenga usted la bondad de no alarmarse. Comprendo que mi presentación ha sido brusca. . . .

—Hombre, sobre todo, eso de haberse metido en mi cama. . . !

—Mil perdones: estaba cansadísimo. Imagínese usted: tengo amores con cinco focos eléctricos y no descanso. Hoy, por ejemplo, anduve de parranda. Tomé bastante jugo de eucaliptus, y ahí tiene usted que el pícaro licor me trastornó un tantico la cabeza. Quise volver á casa, pero, desatinado perdí el rumbo y me he colado, sin saber cómo ni cuando, en la propia recámara de usted. Le suplico, por consiguiente, que me excuse. Ya sabe usted lo que es el vino. . . . usted se habrá embriagado muchas veces. . . .

—No señor.

—Pues, hombre, á mí las hembras y el alcohol me traen sin juicio. Aquí donde usted me ve, yo era un hombre de arraigo, sin brizna de hechicero ni de mago. Estuve empleado en varias oficinas; pero, al caer D. Sebastián, quedé cesante, y aguza que te aguzas el ingenio, estudiando la cábala y la alquimia, llegué á adquirir conocimientos tan profundos, que le doy quince y falta al más pintado. Por desgracia, para todo se ha menester un poco de oro. Con unos cuantos sacos de ese horrible metal que trae revuelto el mundo, yo habría sido un lucero, un faisán, un lepidóptero, ¡vamos! lo más gentil, hermoso, bueno y grande que puede imaginar la fantasía. Pero ¡qué quiere usted! un mago pobre tiene que conformarse con su suerte. He sido perro, gato, burro, perico de una cómica, gorrión, en fin, todo lo que hay que ser en las escalas inferiores de la vida. Pero amigo, los gatos están dados á los perros; los pericos suelen vivir muy bien cuidados, pero andan, por lo común, con gente mala, y yo, en achaques de moral, no cejo un paso; los burros, á pesar de su mansedumbre y su bondad, no tienen vida con esos desalmados tiranuelos que les rasgan la carne á latigazos; y en cuanto á los falderos y mastines, nada le diga á usted, porque hasta entre ellos hay, no obstante la democracia y la igualdad, sus castas, sus privilegios y sus feudos; de manera que mientras unos viven regalados, comiendo sopas en leche y terrones de azúcar, otros sudan el quilo por hallarse un mal hueso que roer, vagan sin domicilio fijo, por las calles, y expiran sin que nadie les ayude á bien morir, envenenados por los pícaros gendarmes. ¡Y luego quieren que no estén rabiosos! Nada; no hay vida más perra que la del perro callejero! Ya ni huesos hay, porque todos los aprovechan en las fondas, y cuando les conceden su retiro, los almacenan en canastos y cajones para sacar de ellos yo no sé qué terrífica mixtura, que sirve para hermosear á las mujeres. Hoy por hoy, solo existe una verdadera canongía; ser caballo de carrera. Pero, viejo, los animales pobrecitos no aspiramos á empleos tan lucrativos. Y hasta para eso es conveniente haber nacido allende el mar. Los extranjeros nos lo quitan todo. Yo, y eso tirando mucho de la cuerda, habría logrado ser caballo de tiro, con residencia fija en algún sitio de mala muerte. Por lo tanto, he preferido ser algo que vuele, y cambiar cada cinco meses de figura, aunque, según ha dicho Campoamor:

.... El cambiar de destino
Solo es cambiar de dolor.

—Pero, señor mio, le dije ya repuesto de mi asombro—la forma en que usted andaba ha pocas horas, no es de las más graciosas y gallardas.

—¡Cá! ¡Patrañas! ¿También usted participa de la insensata repugnancia con que el vulgo nos ve? Yo no niego que los coleópteros de mi traza, andamos mal vestidos. Pero ¿qué significan el traje y los femeniles atavíos, para un hombre de corazón é inteligencia? ¿Piensa usted que Homero andaba mejor de ropa? Poetas muy insignes y doctores muy famosos van por esas calles en tal figura, que da grima verles. A nosotros no nos viste Sarre, ni nos perfuma Micoló; pero tenemos mucho corazón y somos muy amigos de las luces. ¡Que nacemos en un pantano. . . . ! Bueno ¿y qué? Sixto V nació en una zahurda. Ni la humildad de la cuna, ni la pobreza en el vestir, estorban el crecimiento intelectual, ni embarazan el desarrollo del espíritu, Hay cucarachas apreciabilísimas como hay pensionistas del Erario, más honradas, inteligentes y virtuosas que las damitas de la aristocracia. Nos calumnian, nos befan y maltratan sin motivo, sobre todo, nadie comprende las excelencias de nuestra condición. ¿Quiere usted transformarse por algunos momentos en coleóptero? ¿Qué es usted?

—Periodista.

—Y ¿qué papeles son los que miro dispersos en la mesa?

—Las primeras cuartillas de «La Vida en México.»

—¡Periodista! ¡y escribe usted «La Vida en México! ¡y no me lo ha dicho todavía! ¿Qué colaborador más entendido y diligente que un coleóptero de mi casta! Venga usted.

Azorado, sentí que mi volumen disminuía y que mi levita engrosaba como si una callosidad de cuerpo entero la rodease. Me hice pequeñito, tan pequeño que pude sin dificultad entrar en el cielo y hasta meterme por el ojo de una aguja. Sentí que no pesaba ni un adarme, como acontece comunmente á mi chaleco los días catorce y último del mes. Y después. . . . ¡nada, que volé! sí señor, volé tranquilamente por los aires, hendiendo aquella atmósfera nocturna, como un pez que nadara en el Mar Negro ó en el océano de la Reina de las tintas. Por desgracia, no podiamos subir á grande altura, ni competir con los campaneros ó las águilas. Pero estábamos libres de caer en esas trampas de venados y de zorros, abiertas por el ilustre Ayuntamiento en muchas de nuestras calles principales. Extintos ya los focos de la luz, no corría el peligro de que mi compañero se descalabrase, dejándome en penoso desamparo.

—¿A dónde quieres ir? me dijo á media voz, pegándome los bigotes al oído.

—A donde tú me lleves, contesté. ¡Pues no me tuteaba ya el muy insolente! Y volando, volando recorrimos las calles principales, que estaban tan desiertas y tan mudas como las de un extenso camposanto. ¿A dónde se puede ir á tales horas? De buen grado habría ido á tomar alguna cosa para alentarme y calentar mi sangre; pero pasada ya la media noche, el único café que permanece abierto, es el café terrible del Barómetro, y ni aun transformado en cucaracha

se puede entrar en esa taberna escandalosa. Además, el temor muy racional de que acabasen con nosotros á porrazos, me detenía á cierta distancia de las gentes. En esto comenzó á clarear el día. ¡Santos benditos! Estábamos muy lejos de mi casa y no era posible que regresáramos á ella, antes de que la luz nos descubriese. ¡Fuerte apuro! Como yo tenía la conciencia de que mi *yo* permanecía inmutable y de que era siempre el Duque Job, pensé que todos iban á reconocerme. Esto mismo les pasa á todos los mozuelos que salen disfrazados por primera vez. No se atreven á hablar, por miedo de que les miren y conozcan. ¡Y cuidado que no sería ligera la broma con que me hablasen luego los amigos. Además ¿han visto ustedes nunca coleópteros de nuestra casta á plena luz? ¡No señor! Estos desconocidos animales, cuya existencia ni siquiera sospechábamos antes de que la luz eléctrica viniese, salen de noche y nada más ¡Y qué penosa fué mi compunción, cuando pasando por encima de Palacio, ví centenares de bacterias muertas! También mi compañero no las tenía todas consigo. Detuvímonos, pues, en las hojas de un eucaliptus. Allí hemos pasado todo el día. A cada rato la hoja angosta y larga, en que estábamos parados, se inclinaba y mecía como la canal de que estuvo pendiente Claudio Frollo. Ví pasar á los oficinistas que se dirigían al ministerio, á las damas que iban á misa, á las niñeras y á los ministros sin cartera que van á leer el *Monitor* en las bancas de la Plaza, aguardando á que pase un usurero. Por fin, llegó el anochecer.

—¡A casa! ¡á casa!—exclamé ya molido y con deseos vehementes de sacudir aquella deforme envoltura.

—¡Pues no faltaba más! Ahora comienza lo verdaderamente entretenido. La breve lluvia que ha rociado nuestras alas, nos permite volar con más soltura y ligereza. La humedad es indispensable para nosotros: por eso observarás como caemos al pie de los focos de la luz eléctrica. El calor evapora el agua y nos quita la fuerza. Entonces, la infame luz nos menosprecia y morimos postrados á sus plantas. Mientras mis alas tengan humedad y dinero tus bolsillos, seremos adorados. Pero la luz absorbe el agua y la mujer la plata. Entonces la cucaracha va arrastrándose, baldada, enferma y pobre, hasta que muere; y el hombre, con el vestido y los botines rotos, va á tocar á la puerta del manicomio.

Y diciendo y volando llegamos al balcón de una casita, cuyo número sé, aunque no lo digo. Adentro, una muchacha que ustedes conocen. .... ¡apuesto á que saben ya quién es!—se preparaba para asistir á una tertulia. ¿Iría al Casino? ¿al Club? Sus brazos blancos se alzaban como las asas de una ánfora. Su pelo suelto bajaba hasta besarle la cintura. Y entretanto, el espejo no le quitaba la mirada, los alfileres se disputaban á estocadas el honor de prender sus blondos rizos, y cada flor, con su delgada vocecita, le decía cariñosa: «¿No me quieres? Yo moriré contenta en tu tocado.»

Y luego, abandonando aquel balcón, espiamos por los cristales del Casino, los grandes preparativos de la fiesta. Las notas se estaban vistiendo en el aire, y como entran los cómicos al teatro, antes de que comience la función, se metían á la caja del violín, al tubo de la flauta, y los agujeros del clarinete. En ese instante busqué la invitación en el bolsillo de mi frac, y ni frac ni boletos encontré.

—¡A casa! ¡á casa!

Mas, de paso, nos detuvimos donde yo me sé. Marietta, arrodillada en el muelle cojín de su reclinatorio, oraba antes de entregarse al sueño. ¡Y rezaba por mí! Perdiendo el tino, quise beber las claridades de sus ojos, y me rompí el bautismo en los cristales. ¡Así pasan las glorias de este mundo!

CRÓNICAS DESHILVANADAS.

Abril 6 de 1884.

Los cirios resplandecen; el incienso sube enroscándose, como una columna salomónica; los niños de coro se agrupan con sus vistosas túnicas rojas entre las negras sotanas de los sacerdotes; el órgano acompaña con su voz severa el canto de los chantres, y abajo, en el espacio holgado de la nave, bulle la devota muchedumbre, clavando los ojos en el tabernáculo y batiendo las palmas verde y oro. El obispo, vestido de pontifical, con su gran mitra ornada de pedrería, el báculo de oro macizo y la capa pluvial que deslumbra los ojos, reflejando la llama de los cirios, avanza precedido de los jóvenes seminaristas que, compungidos, con los ojos bajos, cruzan los brazos sobre el blanco sobrepelliz encañonado, y miran, al andar, la reluciente hebilla del zapato bajo. Junto al obispo, sosteniendo las puntas de su manto, van dos altas dignidades del Cabildo; atrás, de dos en dos, con severo ademán caminan los canónigos. Ya sube la comitiva por la pequeña gradería del presbiterio. El turiferario, vestido con su túnica violácea, se arrodilla en el último escalón, irguiendo su torre de plata. El obispo se sienta bajo el dosel de púrpura, en el regio sillón que ostenta, bordadas en el terciopelo y esculpidas en la madera, las armas de la Iglesia: dos grandes llaves coronadas por la tiara.

La procesión comienza á organizarse; se oye el rumor enorme de las palmas agitadas que orean la atmósfera con sus verdes abanicos. La inmensa nave verdea con la infinita profusión de ramos; quiere acercarse el pueblo junto á la crugía para que caiga sobre las cabezas el rocío bendito, y los que ya no pueden acercarse, levantan sus palmas, que crujen y se doblan, y el obispo, elevando la voz sonoramente, toma el hisopo, pronuncia la fórmula sagrada y rocía las cabezas de los fieles. «¡Hossana, hossana al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!»

La procesión desfila majestuosamente. «Hijos de Sion, regocijaos: Jerusalem, mostrad vuestra alegría. He aquí vuestro Rey que viene hacia vosotros; hele aquí, Rey justo y bueno, viene pobre, montado sobre una asna.»

«¡Salvadnos, Señor! ¡Señor, Señor, miraduos favorablemente! ¡Bendito sea el que viene en vuestro nombre!»

«El Señor es el verdadero Dios, que ha hecho lucir sobre nosotros una nueva luz.» Haced este día grande y solemne y conducid á la víctima hasta el pie del altar.

«Algunos de los fariseos dijeron á Jesús: Haced, Maestro, callar á vuestros discípulos.»

«Mas Jesús respondía: En verdad os lo digo, si ellos callasen, las piedras hablarían.»

«Y cuando Jesús estuvo cerca de Jerusalem, se detuvo mirando la ciudad y lloró diciendo: ¡oh Jerusalem si á lo menos supieseis en este día que se os da lo que puede asegurar la paz! ¡Empero no, ahora se oculta todo á vuestros ojos.»

La procesión sigue avanzando: el sacerdote que representa á Jesucristo, sale de la iglesia con una cruz y dos ciriales. Cierran las puertas y él llama por tres veces con el mango de la cruz: «¡Abríos, abríos, puertas eternas, para que entre el Rey de la Gloria!»

«¿Cuál es ese Rey de la Gloria?»

«¡Es el Señor Fuerte y Poderoso, el Señor terrible, invencible en los combates! ¡Abríos, abríos, puertas eternas! ¡Abríos para que entre el Rey de la Gloria!»

Tres veces se repite el diálogo severo, á la tercera vez la pesada puerta de madera vieja, con salientes y clavos de metal, voltea sobre sus gozues y entra el séquito:

«¡Hossana, hossana al hijo de David! ¡Vos, Señor, haceis proclamar vuestras glorias por boca de los niños, aun por aquellos que maman todavía el seno de sus madres!»

La augusta solemnidad del canto llano se pierde en las altas bóvedas; las notas graves abren sus pesadas alas, y comienza frente al altar, cubierto por un velo, la lectura de la Pasión. La tragedia cruenta lleva el pavor á todos los espíritus. Los fieles leen con devoto continente sus devocionarios. De cuando en cuando el coro mezcla sus voces turbulentas y las notas metálicas de la orquesta á la severa voz del sacerdote y de los diáconos. Esa es la tumultuosa voz del pueblo. El cronista extiende los brazos y con voz pausada dice: «¡Y Jesús, dando un grito, rindió el alma!» Todos se arrodillan, y la escarpada cumbre del Calvario aparece á los ojos de la muchedumbre. Parece que se escucha el ruido seco de la Cruz cayendo en el hoyo abierto en roca dura.

Cuando la misa acaba, los piadosos cristianos se retiran, agitando las palmas ya benditas. Solo queda en el severo altar la Cruz cubierta por un velo.

***

¡Oh santa palma, bendita palma que velaste á la cabecera de mi cama! Mi buen padre te llevó cuando eras verde aún, á la devota procesión del día solemne. Después te desmenuzaron en pequeños fragmentos. El más grande se enredó en los barrotes del balcón para que nos librara de los rayos. El más pequeño fué á adornar la blanca fuente de agua bendita que coronaba mi cuna. Allí tus verdes y delgadas hojas comenzaron á amarillear. Mi santa madre, en las mañanas, humedecía la extremidad de tus humíldes ramas en la fuente y rociaba mi sien de niño con el agua bendita y perfumada.

Tú apartabas de mí los espíritus malignos y congregabas á mi alrededor los ángeles guardianes. Una noche, tus hojas aparecieron todavía más amarillas. Yo estaba próximo á morir. La ciencia humana me había ya desamparado: mis ojos se apagaban lentamente; con los párpados entornados, miraba, atónito, la congoja de mis padres y la luz oscilante de los blancos cirios. Solo mi madre, fuerte con su fe, te humedecía en el agua de la santa fuente y te acercaba á mis delgados labios, secos por la fiebre. Tú me diste la vida, ¡oh santa palma!

Cuando muera, el sacerdote que rece las oraciones de los agonizantes cerca de mi lecho, te arrancará de la cabecera para bendecirme. Cuando me lleven á enterrar y mi cuerpo descanse en el ataúd, te pondrán con el Crucifijo entre mis manos. ¡Bendita seas, oh santa palma!

***

En estos días de la Santa Semana, mil recuerdos se agolpan en la memoria. Cada paseo, cada ceremonia, trae para mí el perfume de los días felices, como la paloma del arca llevó á Noé el ramo de oliva.

El Viernes de Dolores es el día que las madres escogen generalmente para la primera comunión de sus hijos. En las naciones católicas de Europa, los niños no comulgan hasta los catorce ó quince años; aquí las madres, asustadas por su precocidad, les llevan cuando apenas comienza á clarear en sus entendimientos la luz de la razón, y procuran, como ellas dicen con una frase gráfica, que Dios entre en los corazones antes que el diablo. Los primitivos cristianos daban la comunión á los recien nacidos, después de bautizarles. Esta costumbre era muy tierna y conmovedora. ¿Por qué las almas

de los pequeñuelos, que son las más puras, no han de vivir en comunión con Dios?

Entre nosotros, la primera comunión tiene un carácter muy solemne. La época del año escogida para esta fiesta contribuye, y no poco, á su esplendor. La tierra recibe el beso del sol, las flores reciben el perfume, el nido recibe las aves, y los corazones reciben á Dios. Para que pase Dios y llegue hasta las almas de los pequeñitos, la tierra se ha puesto un vestido de flores todo nuevo, y la orquesta del bosque ha aprendido mejores armonías; los ángeles destapan á toda prisa los botes de esencias que tienen almacenados en el paraiso, y por las noches dejan caer algunas gotas en los cálices; el cielo resplandece muy azul; diríase que está más cerca de nosotros; la tierra, antes llana y lisa como una sábana de nieve, estalla en explosión de flores y de hojas: parece que intentó subir, de un solo brinco, á juntarse con las estrellas, y jadeante, destrenzada su obscura cabellera, cayó luego. Cada clavel es el beso mental que da la tierra al sol. Los cuchicheos de las ondas son las murmuraciones detrás del abanico. La onda es fría, y al ver los espasmos voluptuosos de la gran morena, refunfuña entre dientes: ¡Descarada! Aplicando el oído, escucharéis la respiración de la hermosa durmiente que sueña con su rubio enamorado. Su seno se hincha lleno de fecundidad. La luz, como una mirada magnética, penetra por todos sus poros. La blanca virgen se convierte en madre.

En estos días de resurrecciόu comulgan por primera vez los pequeñitos. No comprenden aún la enérgica hermosura de estos instantes. Para comprenderla, es preciso haber amado á una mujer. Pero sienten el blando influjo de la Primavera, como la savia siente el sol, sin verlo. Una serenidad de alba se apodera de sus espíritus. Van al confesonario, escondido en una capilla obscura de la parroquia, como van las ovejas, triscando y balando, á la orilla del río. El cura, de cabellos blancos y bordón nudoso, perdona á éste las uvas que robó del emparrado ajeno; á ese, los caramelos saboreados á hurtadillas; á aquel, el arañazo, que por disputar una canica, dió á su hermano. Las almas de esos niños están limpias; pero también lo está el coqueto saloncito en que Juana recibe á su novio, y, sin embargo, cuando éste va á llegar, la enamorada quita hasta el último átomo de polvo, hasta la brizna de paja, hasta la pluma apenas perceptible que, cuando volvía de la calle, se desprendió de su gorrito; abre el balcón, arregla las cortinas, pone un ramo de flores en el piano y una gota de esencia en el cojín. Y esto que Juana suele hacer en su salita, hace el cura en el alma de los niños. No quita ya pecados: pone flores. No lava sus conciencias: las perfuma.

Algunas veces, el sacerdote suele hallarse con niños viciosos, de mala índole, perversos. Hay arrapiezos de nueve años que fuman, juegan, roban y blasfeman. Pero estos no son niños, son enanos.

Comunmente son producto de la ciudad. La madre no puede cuidar de ellos porque su tocado, las visitas y el teatro, absorben todo su tiempo. El padre lo es únicamente en el sentido brutal de esta palabra. El niño, pues, vive entregado á las niñeras y á los lacayos. El estiércol de las caballerizas les contagia. El hollín de la cocina ensucia su alma. Ese niño es un hombre que todavía no llega á los labios de una mujer; pero que ya sabe subir encima de las sillas.

No quiero hablaros de esas pobres criaturas. Me refiero al niño cuyos únicos é inocentes pecadillos son todos contra el quinto mandamiento. La idea de la propiedad no nace con nosotros, ni entra por sí sola en nuestro entendimiento. Nos la clavan. De chiquillos tenemos invencible propensión á apropiarnos aquello que nos gusta ó nos conviene. Por eso el niño que por primera vez se acerca al tribunal de la Penitencia, se acusa siempre de haber robado alguna cosa. El que menos, ha sido un buen *pickpocket* de los árboles.

***

La noche anterior al día en que van á comulgar, es la noche más solemne para ellos. Solo hay otra tan grande en la vida: la noche que precede al día de las bodas. La buena madre acuesta al niño muy temprano, para que no se impaciente, para que no dispute con sus hermanitos, para que no peque. Antes de acostarlo le enjuagan bien la boca con agua perfumada, le ponen de rodillas en el colchón, y hacen que rece más que de ordinario. Generalmente la madre inventa al último una de esas oraciones que solo saben inventar las madres, y que tienen más elocuencia, mucha más elocuencia que todos los devocionarios reunidos. El niño se duerme entre gozoso y asustado. No puede aún determinar en toda su grandeza la idea del sacramento que se dispone á recibir, pero sabe que Dios entrará en su alma.

Además, se considera ya hombrecito. Hasta le causa extrañeza que no haya crecido en pocas horas su estatura. Y entre sueños siente la tibia respiración de su ángel guardián, y ve el cirio que ha de llevar á la iglesia, la cinta que le pondrán en el brazo izquierdo y las flores con que cubrirán la mesa del comedor, para que tome, cuando vuelva, el chocolate.

La madre está hondamente enternecida. La enorgullece el pensamiento de que su hijo va á recibir á Dios; pero tiembla pensando en lo porvenir. Esa primera comunión es la vida que empieza para el niño. Y la madre medita: ¿será bueno? ¿le arrancarán en las escuelas y en el mundo las ideas religiosas que le inculco? ¡Madre santa! ¡que sea muy bueno! ¡que te ame! Si no, llévatelo mañana, ¡que se muera!

***

¡Oh recuerdos de la primera comunión! El templo está muy luminoso y muy alegre. El aire todo huele á flores. Los niños, bien lavados, bien peinados, con sus vestiditos nuevos, y sus velas de cera, oyen la misa. Los pájaros cantan en las ventanas, suena la música en el coro. Cuando llega el momento de la comunión, se oye el rumor de una gran parvada de gorriones. Las cabecitas rubias se aproximan al altar. Algunos comulgan de pie, porque la barandilla es demasiado altá para ellos. En seguida van todos á arrodillarse frente á la santa imagen de la Virgen. El padre les dirige una pequeña arenga. Las madres lloran junto á las columnas.

Y mientras las agudas campanillas repican en el alto presbiterio y gorjean muchas aves en la cúpula, yo medito: ¿á dónde van las débiles barquillas que se alejan ahora de la playa? La vela latina de raso blanco, hinchada por la brisa más suave, las lleva como un ángel misterioso de quien solo se mira una ala nívea. El cielo está muy azul y sopla la brisa más blanda. Allí van esas niñas sonrientes, como una bandada de golondrinas blancas; allí van los alegres pequeñitos, entretenidos en admirarar sus guantes de cabritilla. Todos piensan en la casa que les espera con aspecto de fiesta; en el comedor cuya mesa está cubierta de amapolas y de rosas, en los besos y abrazos de la madre, en los juguetes que habrá comprado su papá. Los niños se creen hombres y las niñas mujeres, cuando están más distantes de la humanidad, cuando son ángeles.

Tal vez mañana, esto es, dentro de quince ó veinte años, dos de esos rubios chiquitines cuyas únicas manchas son de cera blanca, cruzarán sus floretes en el bosque por disputarse el corazón de aquella ó esta niña. ¡La vida. . . . ! ¡qué obscura es! ¡Con razón las madres oprimen á sus hijos contra el pecho, y no quieren dejarles sin amparo en este mundo, en esta sombra, en esta selva! Hay muchos abismos que tapa el follaje; muchas fieras que habitan las cavernas; muchos bandidos que se ocultan tras los árboles! Pero la vida, como una ola que se encrespa, les arrebatará de aquellos brazos. Las madres se van y el hombre queda solo. ¡Cuántos, mañana, cuando la vergüenza tiña su rostro, ó el dolor se enrosque en sus almas, exclamarán desesperados: ¡madre! ¡madre! ¿por qué no me llevaste á la tumba? ¿por qué no duermo contigo en tu sepulcro, como dormía de niño, cuando el miedo me acosaba, en tu lecho caliente y amoroso?

***

¡Guardad, oh niños, el lazo azul y blanco que llevásteis el día de la primera comunión! Guardad ¡oh adolescentes! el dorado ramo que os puso vuestro padre en la mano para asistir á la procesión de las palmas. Con qué alborozo alzan y columpian esos ramos los impacientes escolares, que en las solemnes fiestas religiosas dejan las paredes desnudas del colegio por el terciopelo de la catedral, y los libros ajados y polvosos por el misal de estampas policromas! Allí están los catecúmenos, vestidos de blanco y desfilando, con el cántico en los labios, ante el anillo de oro del obispo. Allí están los vasos de oro llenos de agua y las casullas y dalmáticas vistosas. En esos cálices se bebe el vino sagrado del ideal, el licor fortificante de la fe.

Algunos, en las zarzas de la vida han dejado sus creencias místicas. Si asisten á las panatheneas de los cristianos, solo atienden á su parte decorativa y pintoresca. Sin embargo, éstos mismos se conmueven en las suntuosas ceremonias de la Iglesia. La voz del órgano les habla de un ausente á quien amaron. La religión es para ellos, como esas hadas que la superstición del pueblo cree mirar arrastrando la blanca vestidura en la seca hojarasca de los bosques. Y cuando piensan, contristados, en su infancia, en la madre que les enseñó el catecismo, en el anciano de cabello cano que les dió la primera comunión, á manera de un viático sagrado que se da á los que empiezan el camino, el soplo de una fe remota orea sus almas, como el aroma que arrebata el céfiro á las flores para llevarlo á los lugares secos en donde solo medran tristes cardos.

La religión ya no es entonces la madre tierna y joven que nos sienta en sus rodillas. Su rostro tiene la serenidad inalterable y la belleza trágica de los cadáveres. Es la madre tendida entre cuatro cirios. Todavía no la llevan á enterrar; y todavía, para sus hijos, está hermosa. ¿Oís? En lo recóndito del pecho, lloran desconsolados unos pobres pequeñitos. A la luz oscilante de los cirios, vemos sus trajes negros, sus ojeras y sus lágrimas. Son los ideales huérfanos.

UN BAILE EN CHAPULTEPEC.

—¿Cómo? ¿Una fiesta campestre, al aire libre, en pleno invierno? ¿Una fiesta que ha de empezar cuando el sol dore todavía las crestas de los árboles, y concluir á la hora en que el alba envuelve sus formas blancas en flotante gasa azul? ¡Una fiesta nocturna en el mes de Enero y en un bosque.....!—Así exclamará Ud. al leer mi carta ¡oh hermosa Miss Catherine, la de ojos azules que siempre tiene frío; la de rizos que siempre tienen sol! Así exclamará Ud. en su brumoso Londres, en la «Babilonia negra,» que dice Víctor Hugo. Y la noticia de esta fiesta le causará la misma impresión de frío que se experimenta al leer el primer capítulo del «René,» é imaginarse á la infeliz criaturita, que cubierta de nieve, parecería un ángel de azúcar candi.

Piedad y compasión ha de sentir mi rubia amiga cuando lea esta carta. Pensará en esa joven española de quien se habla en las «Orientales» y que murió al salir de un baile.

Mais hélas! Il fallait quand l'aube était venue
Partir, attendre au seuil le manteau de satin,
C'est alors que souvent la danseuse ingénue
Sentit en frisonnant sur son épanle nue
Glisser le soufle du matin!

Unas gotas de lluvia sobre otras gotas de sudor, «esa es la muerte!—decía Teófilo Gauthier. La muerte espera en la puerta de los palacios á la joven que sale de madrugada y pone sus labios azules en el hombro desnudo, antes de que la gentil bailadora haya abotonado bien su abrigo, ó la toca al pasar por la escalera de mármol, ú oprime su zapatilla de raso blanco en el estribo del cupé. «No llevéis á vuestra hija al baile, decía Víctor Hugo, ¡he visto morir tantas!» Y eso, hablando de los salones bien calientes, de las mujeres que van entre almohadones y cubiertas de pieles! Pero un baile en invierno, á campo raso..... ¡qué impiedad!

Y nuestro baile, Catherine, nuestro baile en invierno, nuestro baile en el bosque, ha sido el «Sueño de una noche de verano,» las bodas de Oberon y de Titánia, ó las nupcias del Príncipe de Atenas! Vos, que también habeis leído á vuestro Shakespeare, ¿os acordáis de su *Midssummer night's dream?* Era aquella una noche extraordinaria de amores y misterios, «la noche del año en que con mayor actividad germina la madre Naturaleza, la víspera de la alborada en que debían cumplirse peculiares y caprichosos ritos, como encender piras propiciatorias, cortar las ramas del sagrado olivo y las del mirto: noche en que se aguardaban apariciones amorosas y en la que hadas, espíritus y trasgos vagaban por el aire libremente para favorecer á galanes emprendedores y á doncellas enamoradas!» Eso fué nuestra fiesta de Chapultepec: el «Sueño de una noche de verano!»

La organizó la confederación mercantil y el comercio de México en obsequio del Sr. Presidente de la República, y entre los festejos que en honor suyo se han celebrado últimamente, éste, sin duda, fué el más suntuoso y elegante. Desde luego el lugar era propicio. ¿Hay algo más bello que nuestro bosque de Chapultepec, parecido á una selva sagrada dispuesta acaso por la naturaleza para servir de refugio á las divinidades aztecas? El castillo lo corona en señal de dominio, como la feudal morada del conquistador. Pero en los troncos de los árboles seculares deben vivir ocultos los dioses desconocidos. Esos árboles son como héroes de Homero. Están viejos; conocieron á Esquilo, vieron las luchas de los semidioses con los hombres, acompañaron á Hércules en sus empresas, son los titanes que intentaron escalar el cielo y que están enraizados en castigo de su osadía. Aquel bosque tiene la majestad de un canto del *Ramayana*. En él si puede bien decirse contemplando la luna que se eleva: «este es el templo y esa es la Hostia.» El heno que cuelga de las ramas, da á los ahuehuetes gigantescos el aspecto de ancianos y enormes patriarcas. La Biblia habla en esa gran basilica.

¿De dónde ha venido ese bosque? Porque los bosques andan, los bosques caminan, los bosques viajan, como dice Valmiki. Suben al monte, como los sacerdotes suben en coro al presbiterio, ó bajan al río. Y el camino porque ha venido este bosque, no se ve. Está en medio del valle, en ese espacioso valle de México en el que cabe tanto cielo. Está aislado é imponente como pastor gigante que cuida un rebaño de ovejitas blancas. Está muy lejos de sus hermanos, como si de improviso hubiera brotado de las entrañas de la tierra. Parece que medita en cosas idas. Dijérase que espía á la ciudad, como el padre que ve á su hija bailar y la observa y vigila desde lejos. Porque creían que había saltado de algún punto distante y caído en el valle, le llamaban los indios *chapulín*, chapultepec. Pero !qué salto! Brincó acaso desde cima muy alta, y tal fué la caída,

que rocas y árboles se enterraron en el suelo. Tal vez el cerro y los árboles que vemos, son más grandes: tal vez no sacan afuera más que medio cuerpo. Y ya no puede huir; allí está preso. Ha envejecido, está muy cano. Tiene su nieve como los volcanes, y esa nieve es el heno. Ha sufrido, y por eso quéjase en las noches, cuando el aire pasa por sus colosales liras de ébano. Ha visto caer al pie de sus árboles á niños mártires, asesinados por balas enemigas. Por eso los árboles, cuando el viento despierta en ellos la ira, se agitan como si dijeran:—¡también nosotros tenemos brazos y clavas de Hércules para luchar con los contrarios!

Hoy el bosque está contento, risueño, delante de su viejo abuelo el Popocatepetl, y de su abuela «la mujer dormida.» ¡Dormido! ¿Por qué? ¡Acaso muerta! Tal vez el Popocatepetl es el viudo de cabellos blancos que cuida el sepulcro de la mujer que amó.

El Bosque está contento y está ufano. Tiene arriba á una hada, «á la buena amiga de los niños y los pobres.» ¿Carmen, qué? Carmen Sylva, creo. Mi memoria es casa inhospitalaria para nombres. Pero recuerdo haber leído en Pierre Loti una página que empieza así:

«En el transcurso de mi vida errante, acontecióme cierta vez detenerme en un castillo encantado, en el castillo de una hada.»

«El toque lejano del cuerno de caza, cuando suena en el bosque, tiene el poder de evocar en mi alma ese recuerdo.»

«Y es que el castillo de la hada está situado en la mitad de un bosque muy profundo, cuyos ámbitos puebla, casi á la continua, el son de las cornetas militares que se hablan y responden desde lejos.»

«Esa hada, cuya voz es una música, cuya mirada es una bondad, cuya sonrisa es una dádiva de dicha, además de hada, es una reina. Para los políticos, su majestad la reina de Rumania. Para los poetas, Su Majestad Carmen Sylva.»

«¿Verdad que tengo razón de equivocarme? Un bosque muy hermoso; no muy lejos; el son de las trompetas militares; en el bosque un castillo y en el castillo una hada buena. ¿No es nuestro Bosque de Chapultepec? Y esa Bondad que pasa sonriendo, ¿no es Carmen? ¡Sí, sí es Carmen Sylva!»

«Desde que el Bosque la guarda avaro, aparece más risueño. Suenan en él clarines militares; pero también las violas de la danza. Y el follaje es más espeso y más tupido, como si los árboles—¡buenos viejos!—quisieran impedir, con un abrigo de hojas verdes y armiño blanco bien cerrado, que el aire dañe á la buena amiga de los niños y los pobres.»

Nunca el severo Bosque fué más bueno para con nosotros que la noche del sábado! Tal vez haría frío en la ciudad; pero los ancianos árboles, formando una guardia palatina de gigantes, no le

permitían la entrada. La fiesta comenzó desde las cuatro de la tarde: de modo que á ella fueron invitados el Señor Sol y la Señora Luna. Al Sol—¡varón al fin!—se le impusieron ciertas restricciones. El papel del Sol, su deber, su encargo, su empleo, su comisión, consistía únicamente en alumbrar el Valle; en esparcir lentejuelas de oro en el follaje; en besar la nieve de los volcanes, para que la nieve se ruborizara como una mejilla de virgen; en pintar el telón de fondo y los bastidores del escenario! ¡Y qué escenario! En Chapultepec la tarde dura más porque no quiere irse. También la tarde quiere ver el Valle, y cuando se va, no es que se va, no es que se duerme; no es que cierre los ojos azules tras las pestañas rubias, es que se desvanece de placer. No comprendo cómo los muertos que están en el cementerio de Dolores (cuyos árboles se divisan desde los corredores de Chapultepec), no se levanten para gozar de este crepúsculo. La resurrección debe ser una mentira. ¡Qué indolentes! ¡qué flojos son los muertos! ¿Cómo han de sacudir la pereza para levantarse cuando suene la trompeta del ángel exterminador, si no se alzan de sus tumbas cuando la luz dice, dáme el último beso, ¡ya me voy!

Imaginaos, Catherine, el crepúsculo más bello: Una tarde que no cae, sino que se deja caer: delante del Bosque una amplia calzada, una vía romana, llena de carruajes con los faroles encendidos, no porque sea tiempo ya de que se enciendan, sino porque los faroles son los ojos de los coches, y hasta á los coches les brillan los ojos de placer. Todos esos negritos de ojos vivos corriendo hácia el Bosque. Ya en éste está la noche, como que la noche es una señora muy de su casa, muy honrada, y el Bosque en su casa. Los negritos suben atropellándose por la rampa, hasta el castillo que se ha puesto un collar, un *toisón* de luces. ¿Atropellándose.....? Eso quisieran los impacientes! Pero ahí están los gendarmes para impedir que se atropellen, y muy en orden, muy sujetos á la consigna van subiendo. El Sol ya hizo lo que pudo; ya pintó las decoraciones; ya enseñó al valle de México escotado; ya dijo á M. Coquelín:—¡esta es mi tierra!—ya salpicó de oro las alfombras de hojas, y ya se va porque no lo dejaron entrar al baile de la tarde. La noche viene, como una hermosa enlutada, luciendo su mejores alhajas. Después vendrá la blanca Luna, la casta Diana, pero ahora no es oportuno todavía, porque la Luna es la que roba alhajas á la noche, la que le arranca, pálida de envidia, todas sus estrellas. Los organizadores de la fiesta con toda la aquiescencia de todas las fuerzas naturales, ordenaron al Invierno que se quedara en casa para que no atrapara un constipado, y se propusieron maravillarnos con el espectáculo del más riente panorama, iluminado por el Sol; con el espectáculo de la noche, cubierta de brillantes, y con el de la Luna á quien se citó para más tarde.

El Bosque es un anciano venerable. En la cabeza del Bosque está un canastillo de flores: el jardín. Sobre las flores, miriadas de luciérnagas: las luces. Abajo habrá hechiceras, brujas, marmitas, palos de escoba: arriba hay hadas.

Vos, Miss Catherine, sabéis de matrimonios desiguales, de viejos muy viejos que se casan con jóvenes muy jóvenes. Pero no sabéis de un matrimonio que sólo en México se ha realizado *par dévant M. le Maire*, del matrimonio del invierno con la primavera. Venid á Chapultepec. En el Bosque los árboles ostentan toda su fronda, pero esto no es raro. Esos árboles están muy viejos, y sería una crueldad despojarles de sus hopalandas de follaje. Inspiran respeto y merecen toda consideración. Pero arriba, en los corredores del castillo, aquí donde es el baile, hay una multitud de flores; y de flores acabadas de nacer, no flores de la primavera pasada, flores pollitas que todavía se ruborizan cuando álguien las ve, como las rosas; flores que todavía se ponen pálidas cuando su novio las toca, como las azucenas; flores que todavía no tienen experiencia y dan el alma al primero que se acerca á ellas, porque su alma es el perfume.

Desde la escalera que conduce á los corredores del Castillo, empieza á notarse este derroche, esta inundación de flores. El mármol de los peldaños está blanco de cólera porque no lo dejan ser visto. Las flores están contentas porque tienen muchos espejos en que verse; y las flores al cabo son mujeres. Grecas, frisas, columnas, bóvedas, lienzos, medallones, frescos, paisajes de incontables flores, ofrece á la vista esta mansión de hadas. Y las traviesas, manchan el *peluche* rojo de los pedestales con su humedad de rocío; se enroscan en las armaduras de las estatuas; se queman, como deslumbradas mariposas, en las bujías de los candelabros; llueven, desprendiéndose del artesonado.

Pétalos de rosa blanca, pétalos de gardenia, pétalos de lirio, plumas de paloma, ¡esa es nuestra nieve!

Yo ví por los salones á M. Coquelín, el incomparable actor, maravillado de que en México la Primavera dé recepciones en Invierno. También es que en México las mujeres son muy hermosas y muy buenas..... y por eso las flores no se van.

¡Cuántas mariposas entre aquellas flores..... porque la mujer es mariposa cuando baila. El jardín recordaba aquellos tradicionales jardines de Versalles en los que tan á gusto vivió el amor. Tenía bastante sombra para que brillaran bien los ojos, y bastante luz para que los trajes lucieran. El tocador era un hermoso santuario de la coquetería. Allí las flores habían dejado su alma en los botes de perfumes, la pelucilla de sus pétalos, en las polveras de cristal. El marfil de los peines y cepillos brillaba sobre el raso azul de las cajas acolchonadas. No entraban las señoras al tocador para ata-

viarse, sino para que los espejos les dijeran lo que ya antes les habían dicho los galanes: —¡sois muy bellas!

El comedor oficial era una obra maestra de buen gusto. Y en dos extensas galerías estaba la mesa, de trescientos cubiertos. para uso de los que no somos ministros ni representantes de naciones extranjeras. La mejor sociedad de México asistió á la fiesta: los nombres que más brillan y los nombres que más suenan figurarán en las listas que publiquen las cronicas de salón. Yo no me atrevo á acometer este trabajo de entomologista. Escribir el nombre de una mujer y el color del traje que llevaba, es clavar una mariposa traspasada por un alfiler, en el cartón. ¡No, mariposas, volad libres y gallardas: no he de clavaros impíamente en esta hoja!

De la fiesta de Chapultepec sólo quiero fijar en esta carta su aspecto pintoresco y casi mágico: los árboles, llenos de globos multicolores, parecidos á pájaros de luz que se hubieran posado en cada rama; la música, retozona y bulliciosa, cantando siempre, sin respetar el sueño de los viejos árboles que cabeceaban en el Bosque; los cabellos rubios, vistos á través de una copa de Champagne; los labios rojos humedecidos por el Borgoña..... y en lo espeso del arbolado, los focos eléctricos, como lunas viejas, como lunas que cayeron del cielo y se quedaron enredadas en las hebras de heno! Esto es, Miss Catherine, lo que quiero hacer pasar á vuestros ojos. Y luego, el cuadro del bosque iluminado por la luna, el cielo sin nubes, la atmósfera color de plata virgen, los secreteos de las hojas y las maledicencias del agua que se burla de todos en la fuente!

Que cenamos opíparamente, que bailamos mucho, que había mujeres encantadoras y elegantes trajes, eso os dirán por menor otros cronistas. Yo no escribo, Miss Catherine, despierto del «Sueño en una noche de verano.»

EL CRUCIFIJO.

De todos los misterios que forman la teología cristiana, el más desgarrador, el más patético, el que de más poderosa suerte nos conmueve, es, sin género de duda, el misterio sublime del Calvario. Yo siento que mis fuerzas se debilitan y extenúan, que mi ánimo se postra y desfallece, siempre que con esta pluma, indigna por ser mía, quiero enarrar aquel maravilloso cuadro: mi corazón se sobrecoge de mudo asombro, de pavor nunca sentido, de soberano espanto, como si tibias gotas de la divina sangre le cayeran; convierto las pupilas, anubladas por el llanto, á la sublime imagen del Crucificado, evoco aquella cima escarpadísima del Gólgota, herida por los rayos del sol de Palestina y por los rayos más ardientes todavía de la esperanza mesiánica; miro alzarse las tres cruces; allí Dimas, allá el mal ladrón, en medio Jesucristo, pálido con la palidez exangüe de la muerte, chorreando sangre por las heridas rudamente abiertas, coronado de espinas, caliente lágrima brotando de los ojos como el perdón brotaba de sus labios. ¡Ah! ¡Yo lo miro como si hubiera presenciado aquel suplicio, como si el rayo del remordimiento lo hubiera grabado eternamente en mi conciencia, y ante aquel espectáculo pavorosamente sublime exclamo como Jerónimo en su celda: «Ciega mi entendimiento, Señor, si así lo quieres, pero dilata mi entendimiento para que pueda amarte!» Y es que mejor que orgullosa inteligencia, se ha menester respeto amorosísimo para poder hablar de esta agonía: que la torpe y rebelde razón humana nunca será bastante á comprenderla, mientras, soliviado de la dura carga de sus pasiones y enardecido por el amor divino, siento á maravilla todos los dolores, todas las angustias de este Viernes Santo. Por eso en todos los desfallecimientos del espíritu, en todos los cansancios del entendimiento, cuando la ráfaga de la realidad sopla mi frente desvaneciendo el polvillo dorado de los sueños; en medio de estas estrecheces, de estas mezquindades, de estas angustias de la vida diaria, sediento de beber la luz clarísima que despiden las creencias religiosas, no voy á hundirme en las revueltas bibliotecas, ni á buscar fe en las disputas escolásticas de los siglos medios, ni á ar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

viarse, sino para que los espejos les dijeran lo que ya antes les habían dicho los galanes: —¡sois muy bellas!

El comedor oficial era una obra maestra de buen gusto. Y en dos extensas galerías estaba la mesa, de trescientos cubiertos. para uso de los que no somos ministros ni representantes de naciones extranjeras. La mejor sociedad de México asistió á la fiesta: los nombres que más brillan y los nombres que más suenan figurarán en las listas que publiquen las cronicas de salón. Yo no me atrevo á acometer este trabajo de entomologista. Escribir el nombre de una mujer y el color del traje que llevaba, es clavar una mariposa traspasada por un alfiler, en el cartón. ¡No, mariposas, volad libres y gallardas: no he de clavaros impíamente en esta hoja!

De la fiesta de Chapultepec sólo quiero fijar en esta carta su aspecto pintoresco y casi mágico: los árboles, llenos de globos multicolores, parecidos á pájaros de luz que se hubieran posado en cada rama; la música, retozona y bulliciosa, cantando siempre, sin respetar el sueño de los viejos árboles que cabeceaban en el Bosque; los cabellos rubios, vistos á través de una copa de Champagne; los labios rojos humedecidos por el Borgoña..... y en lo espeso del arbolado, los focos eléctricos, como lunas viejas, como lunas que cayeron del cielo y se quedaron enredadas en las hebras de heno! Esto es, Miss Catherine, lo que quiero hacer pasar á vuestros ojos. Y luego, el cuadro del bosque iluminado por la luna, el cielo sin nubes, la atmósfera color de plata virgen, los secreteos de las hojas y las maledicencias del agua que se burla de todos en la fuente!

Que cenamos opíparamente, que bailamos mucho, que había mujeres encantadoras y elegantes trajes, eso os dirán por menor otros cronistas. Yo no escribo, Miss Catherine, despierto del «Sueño en una noche de verano.»

EL CRUCIFIJO.

De todos los misterios que forman la teología cristiana, el más desgarrador, el más patético, el que de más poderosa suerte nos conmueve, es, sin género de duda, el misterio sublime del Calvario. Yo siento que mis fuerzas se debilitan y extenúan, que mi ánimo se postra y desfallece, siempre que con esta pluma, indigna por ser mía, quiero enarrar aquel maravilloso cuadro: mi corazón se sobrecoge de mudo asombro, de pavor nunca sentido, de soberano espanto, como si tibias gotas de la divina sangre le cayeran; convierto las pupilas, anubladas por el llanto, á la sublime imagen del Crucificado, evoco aquella cima escarpadísima del Gólgota, herida por los rayos del sol de Palestina y por los rayos más ardientes todavía de la esperanza mesiánica; miro alzarse las tres cruces; allí Dimas, allá el mal ladrón, en medio Jesucristo, pálido con la palidez exangüe de la muerte, chorreando sangre por las heridas rudamente abiertas, coronado de espinas, caliente lágrima brotando de los ojos como el perdón brotaba de sus labios. ¡Ah! ¡Yo lo miro como si hubiera presenciado aquel suplicio, como si el rayo del remordimiento lo hubiera grabado eternamente en mi conciencia, y ante aquel espectáculo pavorosamente sublime exclamo como Jerónimo en su celda: «Ciega mi entendimiento, Señor, si así lo quieres, pero dilata mi entendimiento para que pueda amarte!» Y es que mejor que orgullosa inteligencia, se ha menester respeto amorosísimo para poder hablar de esta agonía: que la torpe y rebelde razón humana nunca será bastante á comprenderla, mientras, soliviado de la dura carga de sus pasiones y enardecido por el amor divino, siento á maravilla todos los dolores, todas las angustias de este Viernes Santo. Por eso en todos los desfallecimientos del espíritu, en todos los cansancios del entendimiento, cuando la ráfaga de la realidad sopla mi frente desvaneciendo el polvillo dorado de los sueños; en medio de estas estrecheces, de estas mezquindades, de estas angustias de la vida diaria, sediento de beber la luz clarísima que despiden las creencias religiosas, no voy á hundirme en las revueltas bibliotecas, ni á buscar fe en las disputas escolásticas de los siglos medios, ni á ar-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

güir sobre la naturaleza del Verbo con los filósofos antiguos; no; basta poner mi razón en religioso recogimiento, absorberme en la contemplación del Crucifijo, y perdido en el éxtasis de la divina hermosura, dejar que mi pensamiento recorra á su sabor esas esferas en que se cree, se ama, se espera, se contempla, y en que mi espíritu, á manera de la mariposa de Abril, toma allí alas para volver á su patria: lo infinito.

Compreudo que el alma, purificada por las maceraciones y la penitencia, libre de la herrumbre del pecado, quieta con el apacible sosiego de los que esperan firmemente, llegue á enamorarse de la pasión de Cristo, como se enamoró Santa Teresa, como se enamoró San Juan, como se enamoró Francisco de Asís: porque, evidentemente, si Jehová es la fe y el Mesías es la esperanza, Jesús es el amor; amor tan fuerte, que basta llevar una vida pasada en éxtasis y en efusiones inefables; en tal manera, que sin este amor tierna y ardentísimamente sentido, yo no concibo la vida claustral, mientras que, con su ayuda, todos los padecimientos, todos los terrores, de que puebla las celdas nuestra fantasía, huyen y se desvanecen, dejándonos adivinar la calma, no interrumpida jamás, de esa existencia pasada al son del órgano, en el coro, escuchando el clamoreo de las campanas, esas aves gigantescas de las torres; el murmullo de la oración que se alza al cielo, los cánticos religiosos, semejantes á los arrobamientos melodiosos de los querubines y que ruedan por las naves, dilátanse en la bóveda, suben y se pierden en la cúpula, por cuyos cristales de colores se recoge la claridad del día, la cieruen, la suavizan y la esparcen, se filtran las doradas hebras de luz, solas, bajando, como las miradas del Señor, sobre la Iglesia.

Yo me figuro cuando leo las páginas hondamente tristes, pero también hondamente consoladoras de la vida de Raucé, ver á este viril batallador en las porfías reñidas del espíritu; á este mundano que de improviso trueca el afeite y los arreos de la corte por el sayal y las sandalias del cartujo hundido allá en el fondo de su celda, en las altas horas de la noche, cuando todo parece recogerse y las urnas de todos los espíritus se abren, á la escasa luz que esparce pobre mechón de aceite colocado sobre ruinosa mesa de madera, sentado en humilde sillón de cuero, fijar las miradas en el viejo pergamino que le pone en comunicación con algún gran defensor del monaquismo; ya me lo figuro y creo mirar cómo de súbito aquella faz se enrojece, se animan aquellos ojos con fuego inusitado; aquellos dedos estrujan y comprimen las cuentas de larguísimo rosario; busca la boca trémula el pequeño Crucifijo, bésalo, mas el enjambre de tentadores deseos que revolotean en torno del cartujo, esas mundanas fantasmas que van tras él, le siguen y le aguijonean; esos recuerdos impuros, todo en aquelarre de visiones que vienen á atormentarlo hasta en el claustro, lejos de huir, se afianza cada vez más

á su memoria, golpea las paredes del cerebro, con ímpetu más vigoroso aún, le acosa, le cerca, le atenacea, le martiriza, le asesina; ¡ah! y entonces, el cartujo se levanta, abre la herrada puerta de su celda, cálase la capucha, huye á todo correr por los desiertos claustros, mal alumbrados por agonizantes lamparillas que de trecho en trecho cuelgan, no le hiela el frío, no le detiene el viento, corre, corre, creyérase que era un fraile desprendido de los frescos colosales trazados en el claustro . . . . Llega, por fin, al coro; el órgano está mudo, vacíos están los cincelados y altísimos asientos; abajo, la nave de la iglesia cubierta por obscuridad profunda; pero, al frente, el altar alumbrado por la luz de la lámpara, y encima del altar, el Cristo, destacándose el cuerpo de marmórea blancura sobre la cruz de ébano, hermoso con la hermosura pálida del sufrimiento, los brazos abiertos, chorreando sangre por la abierta llaga, los labios separados como si los moviese el soplo de la oración, y las pupilas clavadas con efusión amorosísima en el cielo. El monje hinca sus huesosas rodillas en el mármol, afiánzase á los barrotes de hierro que limitan el coro, ve al Cristo largo rato, reza, golpea con su cabeza el pavimento, se absorbe en mística meditación, y cuando se levanta, ya el enjambre tentador se ha disipado, la gracia ha descendido como rocío celeste sobre su alma, pierde su rostro el rudo fruncimiento, y con tranquilo paso emprende el camino de su celda, mientras las notas duermen en el órgano y el Cristo continúa inmóvil sobre su cruz de ébano.

Con razón aquel Raucé, tan combatido por las tentaciones, presa tantas veces de la fiebre devoradora de los recuerdos mundanos, exclamaba: «Tu pasión, Señor, ha sido mi amparo, mi guía, mi escudo, mi guardián y mi defensa. Tu imagen ¡oh Crucificado! ha sido más poderosa para sostenerme que todas las lucubraciones de los sabios; porque Tú eres amor, y mi alma está sedienta de ternezas; porque Tú eres perdón, y yo he menester, Jesus, que me perdones.» Clavad los ojos en el Crucifijo: ahí está la clave de esa vida monástica que no comprendemos; ahí está el secreto de esas abnegaciones, de esos sacrificios, de esas vidas que corren paralelas con la muerte, de esas muertes que más bien se asemejan á un comienzo de vida; si os maravillan los martirios de los primitivos cristianos, clavad también los ojos en el Cristo, que ahí está el secreto de su valor y de su fuerza. El ha sido el sostén de los mártires, la fe de los apóstoles, la esperanza de los buenos, el amor de las vírgenes, la inspiración de los artistas: Beato Angélico, aquel pintor maravilloso en cuya frente se condensaron las últimas espiritualidades de la Edad Media, iba á besar sus llagas antes de tomar el pincel entre los dedos: Teresa de Jesús le veía desprenderse del madero, atravesar el templo, é ir como prometido esposo á visitarla: clavadas las pupilas en su Sagrado Cuerpo han muerto todos esos san-

tos que componen la Legión de honor de la Iglesia católica; San Pablo le invocaba para que diese fuego á su palabra, y en el sangriento estadío del circo romano, en esa orgía de sangre que salpicó para siempre el rostro de los Césares, entre los gritos de los lictores, las vociferaciones de la muchedumbre, el estruendo de la música, Él también era quien infundía valor á aquellos mártires, que se acercaban con la sonrisa en los labios, cual si vinieran á festín sabrosísimo; Él quien acudía á su socorro, cuando les veía empeñados en la pelea cruenta, humeando la sangre, destrozados los miembros por las fieras, enredando su cuerpo con el de los tigres de Hircania, retorciéndose con dolores infinitos, en el estertor de una agonía epiléptica; Él quien les daba vigor para sufrir la muerte en medio de un pueblo que palmotea, que aulla, que prorrumpe en gritos de júbilo, que hincha su pecho y dilata su nariz para aspirar ese punzante olor de sangre fresca: Él, pobre Nazareno, hijo de los judíos, de los esclavos, de esa raza agobiada por la persecución de los gentiles; hijo de un obscuro, de un pobre, de un humilde carpintero de Judea; visto con menosprecio por el profundo Tácito, ridiculizado por Apuleyo, en sus apólogos, hecho objeto de mofa y de escarnio por los sacerdotes; Él, que á pesar de todos estos grandes paganos, arrancó al dios Pan el caramillo con que llenaba de melodías los bosques, echó por tierra en un momento, pero en un momento supremo, los dioses que inspiraron el arte de Virgilio, que dieron valor á Escipión en las llanuras de Cartago y fuerza á Mario en los campos púnicos; Él, advenedizo de la religión, desconocido rey de la conciencia, que para nada se sirvió de las armas y derrotó ejércitos con sus ideas, que riñó batallas crudelísimas con su palabra, y que, proscrito, perseguido, puesto en un patíbulo afrentoso, vió estrellarse á sus plantas, como una ola de espuma, la carcajada clásica de Luciano.

Cristo, Tú eres el bien, Tú eres la verdad, Tú eres el amor, Tú eres la vida. Mentira que tu religión es la religión de los opresores, porque es la religión de los oprimidos; mentira que con tu sangre se pueda ungir la tiranía; mentira que tus brazos no estén abiertos para los que corren una vida de dolores. Tú eres amor, y el amor es fecundísimo de suyo; por eso vamos en tu seguimiento como van las ovejas tras el pastor que las encamina y las defiende; que tu auxilio todo es hacedero, todo es llano, porque en Tí están juntos todos los saberes y unidas entre sí todas las cosas; nuestro amor á Tí es una sed que nada aplaca, una hambre sin hartura; líbértanos del cautiverio de la culpa; pon en olvido nuestras faltas, no desencadenes tus furores contra estos menospreciables gusanillos que se han alzado en rebeldía, sectarios que combaten y vilipendian tu doctrina en nombre de no sé qué religión de misericordia, cuando el catolicismo es la verdadera religión del amor y la misericordia; en nombre de la libertad, de la igualdad y la fraternidad humanas, cuando Tú fuiste el más augusto mártir de esta idea en aquella espantosa tragedia que, con miedo del sol y temblor de la tierra en todos sus miembros, se representó en el Gólgota; en nombre de los hambrientos, cuando tu religión es, Señor, la religión de los pobres, de los menesterosos, de los proletarios, de todos aquellos que padecen hambre.

Los venideros no creerán—decía el marqués de Valdegamas—que se ha levantado un día en el horizonte del mundo en que esta religión divina, toda de misericordia y de amor, ha sido entregada á la execración de las gentes por bárbaras y hambrientas muchedumbres, necesitadas de amor y de misericordia. Los venideros no creerán en los insensatos furores de aquellos que, siendo pobres, se han levantado en tumulto contra la única religión que tiene entrañas para los menesterosos, que estando desheredados han puesto su boca, sus manos y sus pies en la religión santa que les ofrece un reino por herencia; que no teniendo padre, se han aliado en rebeldía contra su único padre que está en los cielos y les dice:

«No podéis subir hasta donde está mi gloria. Yo, que soy el Señor de los prodigios, haré el mayor de los prodigios por vosotros, y tendré toda mi gloria donde vosotros estéis. ¿No tenéis conciencia para conocerme? Creed en Mí, y tendréis más ciencia que los que más me conocen. ¿No tenéis ni ingenio ni letras para convertir á Mí la muchedumbre de las gentes? Desead que todas las almas se conviertan á Mí, y Yo os daré las palmas de la predicación y del apostolado. ¿No tenéis agua para los que tienen sed, ni pan para los que tienen hambre? No importa; pedidme á Mí que los sedientos beban y los hambrientos coman, y el pan que aplaque su hambre y el agua que temple su sed, os serán imputados en el cielo. ¿Estáis cargados de tolerancias y de días, y os faltan fuerzas para las buenas obras? Desead obrarlas, y tened por cierto que ya las habéis obrado. Envidiáis á los que tuvieron la gran dicha de padecer por Mí el martirio? Desead padecerlo, y tened por cierto que vuestra será la gloria de los mártires. ¿No podéis ser misericordiosos? Sed pacientes, y tened por cierto que seréis tan grandes ante Mí por vuestra paciencia, como los otros por su misericordia. ¿No podéis levantar á Mí vuestras manos, cargadas de hierros y puestas en prisiones? Levantad vuestra voz, y vuestra plegaria será escrita en el cielo, como si hubiérais levantado á Mí juntamente la voz y las manos.

«¿Sois mudos? No importa, levantad vuestro espíritu á Mí, que yo oigo la voz de los espíritus. ¿No sabéis qué cosa pedirme? No importa, porque Yo sé lo que os conviene. ¿No sabéis por ventura amar? Pues si sabéis amar, lo sabéis todo, porque me sabéis á Mí, y lo tenéis todo porque me tenéis á Mí, que soy habitante de los corazones que me aman. ¿No recordáis cuando anduve por el mundo? Hubo entonces una mujer adúltera, que era ludibrio de las gen-

tes; sus manos estaban vacías de buenas obras, su alma abrumada de pecados; no entendía cosa de plegarias ni de oraciones; pero Yo la miré y se enamoró de Mí; y se puso calladamente á mis pies; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas, y lloró tanto, que los cielos mismos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino ella sola; nada me pedía sino á Mí; y con esto solo, su corazón contrito y humillado se revistió de resplandeciente y más angélica hermosura; y con esto solo, si hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y de mis serafines, porque me enamoré de ella y la hice mía, y santifiqué con mi presencia el corazón conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel famosísimo ladrón, en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamás ni más culpable ni menos menesteroso que él? Pero al rendir su espíritu lo puso en mis manos, como yo puse el mío en las manos de mi Padre, y así como mi Padre lo recibió, yo le recibí. El océano de su amor había pasado por la cumbre de mis culpas.

«Yo soy Aquel que antes de dejarme ver de los reyes, me dejé ver de los pastores; que antes de llamar á Mí á los abastecidos, llamé á los necesitados. Yo soy Aquel que andando por el mundo dí salud á los dolientes, lumbre á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy Aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy Aquel que puesto entre los pobres y los ricos, los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, entre los arrogantes y los sabios, llamé con tierna voz á unos pobres ignorantes y humildes pescadores, y me hice todo suyo, y les lavé los pies, y les dí mi Cuerpo por manjar y mi Sangre por bebida: que tanta fué mi querencia.

«Nada amé tanto como la pobreza y vuestro amor después de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros. A uno de vosotros que á ningún príncipe del mundo, dí la gobernación de mi iglesia sacratísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabía, sino lo que amaba. No le examiné de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de rey y tomé la de siervo. Una mujer fué mi madre, un establo mi aposento, un pesebre mi cuna; pasé mi infancia en desnudez y en obediencia, viví atribulado; comí el pan de la caridad; no tuve un día de reposo; llenáronme de vituperios y afrentas; mis profetas me llamaron *varón de dolores;* escogí por trono una cruz, descansé en un sepulcro ajeno: al entregar mi espíritu á mi Padre, os llamé á todos á Mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved cómo tengo la cruz, para recibiros á todos entre ambos brazos tendidos.»

DOLOROSA.

¿En qué linfa serena, en qué onda transparente empaparé, Señora, el pensamiento mío, para que pueda comprender tus excelencias? ¿Cómo domar la incurable torpeza de esta palabra, flaca y miserable, que se arrastra como escamosa sierpe por la tierra, sin tener alas para alzar el vuelo? ¡Ay! bien lo sabes: soy menesteroso y pobre; nada puedo por mí; vivo penosa vida de congojas, y los huracanados vientos del espíritu han desquiciado mi inteligencia, que solo debió ser bruñido espejo que reflejara tu celeste imágen. ¿En qué lengua, Señora, y con qué voces podré hablarte, si no hay en mí cosa ninguna virgen de pecado, y he abierto mi alma á todas las pasiones? Fuérame dado remontar el curso de los años, volver á la apacible edad de la inocencia, y entonces, desatando mi entusiasmo, mi lengua cantaría tus alabanzas.

Mas encuéntrome ahora como el niño descarriado que sale al clarear el alba de la quieta heredad donde duermen sus padres, y discurriendo desatinadamente por los campos, correteando tras la gallarda mariposa que se aleja y se aleja como el ideal; inquiriendo la breñosa espesura de los bosques para coger los nidos de las aves, y abrevando su ardiente sed con la agua del arroyo, tomada con la palma de la mano, no advierte el raudo vuelo de las horas, no medita en las amantes inquietudes de sus padres, y cuando el hambre le hace cobrar de nuevo la memoria, y quiere volver á la heredad, piensa que está muy lejos de la casa, en lo más intrincado de la selva, donde no se percibe otro ruido que no sea el del agua corriendo blandamente y el del aire que agita las nerviosas ramas; y recorre el boscoso laberinto, y busca la salida, y no la encuentra; y cada vez el sol despide de su carcax más vivos rayos; y cada vez el bosque angosta más sus fúnebres callejas; ya los piés desangrados brotan sangre, y los hinchados ojos brotan lágrimas; ya el pequeñuelo cuerpo no resiste la fatiga, y á cada paso que el rapaz avanza, aguijoneado por el miedo, piérdese más en vez de hallar camino; el sol le abruma, las espinas destrozan su calzado, las erizas ramas de los árboles desgarran su vestido en mil pedazos: camina el sol, las auras

tes; sus manos estaban vacías de buenas obras, su alma abrumada de pecados; no entendía cosa de plegarias ni de oraciones; pero Yo la miré y se enamoró de Mí; y se puso calladamente á mis pies; y allí puesta se convirtieron sus ojos en fuentes de lágrimas, y lloró tanto, que los cielos mismos admiraron su dolor. Nada me ofrecía sino ella sola; nada me pedía sino á Mí; y con esto solo, su corazón contrito y humillado se revistió de resplandeciente y más angélica hermosura; y con esto solo, si hubieran podido envidiarla, la hubieran envidiado todos los coros de mis ángeles y de mis serafines, porque me enamoré de ella y la hice mía, y santifiqué con mi presencia el corazón conturbado de la arrepentida pecadora. ¿No soy el que llevé conmigo al Paraíso el alma de aquel famosísimo ladrón, en la sangrienta tragedia del Calvario? ¿Quién fué jamás ni más culpable ni menos menesteroso que él? Pero al rendir su espíritu lo puso en mis manos, como yo puse el mío en las manos de mi Padre, y así como mi Padre lo recibió, yo le recibí. El océano de su amor había pasado por la cumbre de mis culpas.

«Yo soy Aquel que antes de dejarme ver de los reyes, me dejé ver de los pastores; que antes de llamar á Mí á los abastecidos, llamé á los necesitados. Yo soy Aquel que andando por el mundo dí salud á los dolientes, lumbre á los ciegos, limpieza á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos. Yo soy Aquel que, para dar de beber á los sedientos, hice brotar las aguas de las rocas, y para dar de comer á los hambrientos envié el maná y multipliqué los panes. Yo soy Aquel que puesto entre los pobres y los ricos, los ignorantes y los sabios, entre los arrogantes y los humildes, pasé sin decir nada junto á los ricos, entre los arrogantes y los sabios, llamé con tierna voz á unos pobres ignorantes y humildes pescadores, y me hice todo suyo, y les lavé los pies, y les dí mi Cuerpo por manjar y mi Sangre por bebida: que tanta fué mi querencia.

«Nada amé tanto como la pobreza y vuestro amor después de la gloria de mi Padre. Siendo Soberano Señor de todas las cosas me despojé de todas ellas para ser uno de vosotros. A uno de vosotros que á ningún príncipe del mundo, dí la gobernación de mi iglesia sacratísima; y para conferirle aquella suma potestad, no le pregunté lo que tenía ni lo que sabía, sino lo que amaba. No le examiné de doctor, sino de amante. Yo mismo dejé mi vestidura de rey y tomé la de siervo. Una mujer fué mi madre, un establo mi aposento, un pesebre mi cuna; pasé mi infancia en desnudez y en obediencia, viví atribulado; comí el pan de la caridad; no tuve un día de reposo; llenáronme de vituperios y afrentas; mis profetas me llamaron *varón de dolores;* escogí por trono una cruz, descansé en un sepulcro ajeno: al entregar mi espíritu á mi Padre, os llamé á todos á Mí. Y desde entonces no me canso de llamaros: ved cómo tengo la cruz, para recibiros á todos entre ambos brazos tendidos.»

DOLOROSA.

¿En qué linfa serena, en qué onda transparente empaparé, Señora, el pensamiento mío, para que pueda comprender tus excelencias? ¿Cómo domar la incurable torpeza de esta palabra, flaca y miserable, que se arrastra como escamosa sierpe por la tierra, sin tener alas para alzar el vuelo? ¡Ay! bien lo sabes: soy menesteroso y pobre; nada puedo por mí; vivo penosa vida de congojas, y los huracanados vientos del espíritu han desquiciado mi inteligencia, que solo debió ser bruñido espejo que reflejara tu celeste imágen. ¿En qué lengua, Señora, y con qué voces podré hablarte, si no hay en mí cosa ninguna virgen de pecado, y he abierto mi alma á todas las pasiones? Fuérame dado remontar el curso de los años, volver á la apacible edad de la inocencia, y entonces, desatando mi entusiasmo, mi lengua cantaría tus alabanzas.

Mas encuéntrome ahora como el niño descarriado que sale al clarear el alba de la quieta heredad donde duermen sus padres, y discurriendo desatinadamente por los campos, correteando tras la gallarda mariposa que se aleja y se aleja como el ideal; inquiriendo la breñosa espesura de los bosques para coger los nidos de las aves, y abrevando su ardiente sed con la agua del arroyo, tomada con la palma de la mano, no advierte el raudo vuelo de las horas, no medita en las amantes inquietudes de sus padres, y cuando el hambre le hace cobrar de nuevo la memoria, y quiere volver á la heredad, piensa que está muy lejos de la casa, en lo más intrincado de la selva, donde no se percibe otro ruido que no sea el del agua corriendo blandamente y el del aire que agita las nerviosas ramas; y recorre el boscoso laberinto, y busca la salida, y no la encuentra; y cada vez el sol despide de su carcax más vivos rayos; y cada vez el bosque angosta más sus fúnebres callejas; ya los piés desangrados brotan sangre, y los hinchados ojos brotan lágrimas; ya el pequeñuelo cuerpo no resiste la fatiga, y á cada paso que el rapaz avanza, aguijoneado por el miedo, piérdese más en vez de hallar camino; el sol le abruma, las espinas destrozan su calzado, las erizas ramas de los árboles desgarran su vestido en mil pedazos: camina el sol, las auras

de la tarde refrescan la atmósfera y comienza á caer menuda lluvia; el niño corre, corre: y declina la tarde, las aves vuelven piando á sus nidos que están ocultos en la fronda; cada pino guarda un coro de pájaros cantores que se despiden de la luz, traspasan poco á poco el ópalo del cielo las agujas doradas de las estrellas; la sombra comienza á subir como una marea obscura por la vertiente de los montes, y el niño, despavorido, sin aliento, sigue su correría vertiginosa, apenas se detiene para tomar resuello, sigue, sigue; el viento sopla, las encinas tienen solemnes diálogos entre sí; los sauces sacuden sus cabelleras trágicas; vanse apagando todos los rumores, cierra la noche cada vez más densa, se horadan más y ahondan las quiebras y aberturas del camino, todos los seres mudos y eternamente encadenados que avara guarda la Naturaleza, el tronco descuajado, el pino enhiesto, la oquedad rugosa de la encina, y la peña gigante de granito, se animan con la monstruosa vida de la sombra; cruje la rama, chasca la hojarasca, el árbol tiende brazos musculosos, y aguarda el peñón inmoble, como atleta fatigado; el niño oye esas voces solemnes de las cosas, esquiva el brazo de los cedros, sortea los abismos, huye, corre, á cada paso cree mirar, brillando como carbunclos en lo negruzco de las hojas, las pupilas sanguinolentas de los lobos; trotan, galopan en su memoria los horribles cuentos que su vieja nodriza le narraba, y ya sin fuerzas para seguir su caminata, ni para estremecer el aire con sus gritos, ni para derramar mares de llanto, cae por fin desfallecido, como un cuerpo muerto, mientras el viento se retuerce entre los cedros y las nubes escalan el espacio.

Yo también, como el niño descarriado, seguí sendas torcidas y me perdí en la soledad del bosque: yo también, como aquel, sentí fatiga, miedo, vi caer la noche, cerrarse el manto de la sombra y aparecer las fieras alimañas, que medran á favor de las tinieblas; yo también, desmayado, caí en tierra, con el cuerpo inerme, difunta ya la voluntad, y no fuí, cual debiera, pasto de los lobos, porque Tú me amparaste, ¡oh gran Señora! Ha pasado la noche; un leñador piadoso que se apiada del abandono en que fallezco, parte conmigo el pan de la mañana, enjuga mis lágrimas, ata con dura venda mis pies que sangran todavía, me echa sobre sus hombros y me lleva á la quieta heredad donde mis padres llorarán seguramente.

El cielo está más puro y transparente; los endriagos y seres demoniacos que trazaban su rombo tétrico en la noche, no mueven ya las alas de murciélago.

Dios ha visto la tierra, y su mirada, que es luz y calor, pinta de azul el infinito espacio, de blanco las nubes, y de color de rosa los espíritus; el agua tartamudea como una niña en su cuna, y se alza de los trigales y las sementeras el rumor confortante de la vida: ya vamos llegando á la heredad; allí está el pueblo con su parroquia

parda coronada por un ángel de bronce que, extendidas las alas, fija la planta inmóvil en el campanario: allá está el camposanto, con sus tapias verdosa y agrietadas: los muertos cuyas almas no han subido aún al cielo y penan bajo la cruz de tosco palo, cuentan su tristeza al ciprés para que éste la cuente á las aves, las aves á la luz, la luz al cielo: ya alcanzo á columbrar los muros de mi casa, ya escucho el cacareo de las gallinas y el relinchar de los caballos en el patio; miro el polvo dorado que circunda como auréola celestial el círculo negruzco de la era; distingo el viejo fresno que sombrea la puerta, y miro abajo el banco de piedra donde mi padre reposa blandamente por las tardes, y cuenta las cabezas del ganado; pero ¡ay! que también ahora siento miedo, y se acongoja mi corazón y se enturbian mis ojos: veo el rostro huraño de mi padre, á quien causé dolor tan grande con mi ausencia; escucho las palabras duras y agrias con que habrá de reconvenirme y reprenderme; temo su ira, y llena mi alma de mortal espanto, espío por la ventana, penetro de puntillas á la casa, enderezo mis pasos á la habitación donde mi madre llora, me arrojo sollozando á sus brazos, oculto el rostro entre los pliegues de su traje, y lloro allí, hasta que el sueño, el hambre y la fatiga cierran mis párpados y dan fin á mis congojas.

Heme aquí que regreso, ¡oh Santa Madre! ¡seca tu llanto, abre tus brazos y perdona!

***

Cuando la carraca voltea graznando en la torre del templo, y el sol de Viernes Santo caldea la arena enardecida, entro en la iglesia llena de frescura y calma, aspiro el sosiego inmenso de las naves, y buscando consuelo á mis tristezas, fijo la mirada, no en el altar que resplandece como el antiguo tabernáculo judío, con los enormes candelabros de oro, donde la luz se quiebra traspasando las nubes del incienso, sino en la capilla humilde y perfumada, en el severo altar, tendido todo de luctuosos paños, donde se alza la imagen de María. Hasta la luz parece respetar los supremos dolores de la Madre, y deteniéndose en la cornisa de la bóveda, lanza apenas un tímido fulgor que llega tenuemente hasta la imagen, culebrea por los pliegues de la túnica, é ilumina las lágrimas augustas que en silencio discurren por su rostro. Jamás la antigüedad pudo crear figura tan doliente y tan hermosa: los antiguos, que no veían más que por los ojos de la carne, crearon esa Venus hermosísima, rodeada de pichones y palomas, que pasea en su carroza de marfil por las ondas azules del espacio, ó visita en su concha de lustroso nacar el seno turbulento de las aguas. Pero Venus era, en verdad, la suprema hermosura que sonríe, la belleza que encanta, la mujer en la asombrosa plenitud de sus encantos físicos. En torno suyo se con-

gregaban sacerdotizas halagüeñas, que iban al templo llevadas por sus esclavos en literas, cubiertas de brazaletes y de joyas, circuídas de perfumadores, cuya altiva estatura revelaba un origen extranjero, salpicados los rizos de oro en polvo, que hacía resaltar más sus ojos negros, y reuniendo en su rostro soberanamente las facciones marmóreas de la mujer germana y el fuego divino de las orientales. La imagen más casta que pudo crear la antigüedad es la imagen de Diana, escondiendo en los bosques su hermosura. Venus es la pasión, y Diana el sueño. Antes del Cristianismo eran las vírgenes como el viviente símbolo de la prolífica naturaleza: nada más: lo mismo Nari, que es la virgen india; Isis, la egipcia; Astaroth, la hebraica; Astarté, la siria; Afrodita-Anadyómene, la griega; Vesta, la romana; Luonnoter, que es la virgen de Finlandia; Herta, adorada por los escandinavos y germanos; Dea, la diosa de los galos; Ina, la virgen madre de Oceanía; y la blanda Iza, virgen japonesa. Todas, con formas varias y diversos nombres, son la madre universal, la matriz de oro, el germen de las cosas, la brillante y eterna imagen de la Naturaleza.

Esas eran las vírgenes y diosas de los abastecidos y felices: la escultura de aquellos tiempos no sabía expresar la angustia, ni la tristeza, ni el abatimiento, ni el dolor. Los ojos de las estatuas son eternamente ciegos: no tienen luz, vista, ni lágrimas. La elocuencia de Venus reside toda en sus labios y habla por los abiertos poros de su cutis. El cuerpo escultural se baña en la dorada luz de los espacios: adentro no resplandece el resplandor interno de las almas. Es un vaso precioso que no encierra esencia alguna, un mar sereno que no guarda perlas, un cielo azul sin astros, un cuerpo blanco sin espíritu. Venus no es madre; crea por una fatalidad de su organismo: como la luz, alumbra; como el sol, calienta; como el gua, corre; como la nube, se deshace en lluvia; pero esa maternidad que comunica al hijo, no nada más la sangre de sus venas, sino la savia de su vida y el alma de su alma, no le era conocida, ni aun siquiera sospechada. Los poetas no pusieron jamás en boca de la diosa una sola palabra de ternura: era quieta, impasible, imperturbable, como la gran Naturaleza muda. El dolor no tenía entonces una madre, y los desheredados eran huérfanos. Las diosas, como los honores, como la riqueza, como los placeres, pertenecían á los abastecidos. El pobre de aquellos tiempos estaba solo en la tierra, solo en el sepulcro, solo en el cielo. Los dioses, no conociendo el dolor, tampoco conocían la caridad.

Yo me figuro á los desheredados de aquel tiempo en la forma de esa fuente de la Samaritana, que está en las catacumbas de Roma. Abajo de una escalera regular, tallada en roca dura, hay una fuente límpida, incrustada como un diamante sin facetas, en un cerco de piedra blanca y fría. Esta agua, cuya sosegada superficie no rugó

jamás el aire, es de tal modo transparente y quieta, que parece mejor trozo compacto de cristal de roca. Diríase que está soñando con el cielo. ¡Oh triste y dulce ninfa, asentada á las puertas del Erebo! Regaste con tus lágrimas amigos despojos; mas tu llanto se extendió poco á poco en la urna pétrea y hoy parece solo una ancha gota del Letheo! Ser viviente alguno se mueve en esas ondas; el día no se mira jamás en ese espejo; nunca calienta el sol aquellas aguas con sus rayos amorosos, ni la hierba se inclina sobre su imperturbable superficie; ni una flor la corona, ni una estrella le envía sus titilantes resplandores. Los gusanos dolientes que buscan esa capa de cristal para abrevar su sed, marchan á ciegas sin que rumor alguno les indique su camino; se abrazan en la sombra sin reconocerse, porque la fuente no refleja nunca ni la menor partícula de luz, y siendo inmortal, tiene también la espantosa quietud de los cadáveres.

Así, así era la humanidad en la época gentílica. Aquella ánfora delicada no guardaba esencia alguna; aquellos ojos no veían; aquel cuerpo de Venus no encerraba el alma. Medid la distancia enorme que separa á Venus de María; pues bien, esa distancia es la que media entre la religión pagana y la doctrina predicada por Jesús. No; el gentilismo no puede crear ese admirable tipo de mujer á quien rendimos nuestra devota reverencia; el gentilismo no comprendía más que la belleza grosera que hiere directamente los sentidos, no esa hermosura augusta del espíritu, que es como la transparencia de una luz en la pared delgada del jarron chinesco. La materia no tiene aquí su apotéosis: el alma, el alma solo, esparce su perfume delicado y derrama su luz esplendorosa: Considerad, si lo quereis, la condición humana de María. Es pobre, para que todos los agobiados y menesterosos miren en ella á la doliente Madre; es Virgen, para que puedan impetrar su amparo las doncellas más castas y sencillas; es Madre, para oír las plegarias de los que piden arrodillados por sus hijos; sufre mucho, para que puedan los humanos que padecen contarle confiadamente sus congojas y pedirle el consuelo sacrosanto que solo saben dar los que han sufrido y han llorado. Esta exaltación del dolor, es una idea cristiana que apenas pudo columbrar el mundo antiguo. Para éste, los dioses debían ser seres perfectos, no sujetos á las miserias de la carne ni á los suplicios de la vida; por eso los pintaba en el pleno equilibrio de sus facultades, y en el completo desarrollo de sus formas, conformes en todo al ideal de hermosura física y bienandanza material que concebían. Su epidermis es blanca y sonrosada; su cuerpo armonioso; la salud colorea su rostro con graciosos tintes; el uno puede soportar en sus fornidos hombros todo el peso de la tierra; el otro puede discurrir un día entero por los campos, sin cansancio ni fatiga; ésta, es cifra y compendio de la belleza plástica; aquella posee

los secretos todos de la ciencia; ninguna diosa, empero, es madre, en el sentido moral de esta palabra.

Por manera que, de la santa doctrina de Jesús, que destruía y que echaba por tierra aquellos vanos ídolos, surge una civilización distinta y separada, en la que ya la mujer tiene otro empleo. Se inicia la predicación del Cristianismo, y al momento levántanse y agrúpanse las mujeres como si formaran un solo pueblo; toman parte en la vida de Jesús, le siguen y le acompañan en sus viajes, oyen sus palabras, y suben luego con el Hombre Dios hasta la dura cima del Calvario. Muerto Jesús, se adhieren á sus discípulos y apóstoles; forman cuerpo en la asamblea, profetizan, bautizan,[1] propagan con entusiasmo el Evangelio. San Pablo recomienda á Timoteo con encarecimiento á las mujeres que le ayudaron en la santa empresa. La Iglesia honra y ampara á algunas cuyo nombre era desconocido antes del Cristianismo; las viudas propiamente tales.[2] ¿Quién es la hermosa joven que ínterin defendían los Tertulianos el pretorio y los Sinforianos en el circo la santa causa de Jesús, va y toma asiento junto de ellos en la cárcel obscura de los mártires? Esa mujer no pertenece ya á la misma estirpe ni á la misma raza que esa sensual y muelle esclava de Asia, ó aquella cortesana impúdica de Grecia. Va á las fieras con guirnaldas y rosas y risas de contento, como iban las romanas al festín. Aquellos seres que la antigüedad declaró inhábiles para atestiguar un testamento, son testigos aquí, no de obra humana, sino de la obra santa de Jesús. Perpetua y Felícitas[3] son condenadas sanguinariamente á luchar con un toro indómito y furioso: una de ellas acaba de dar á luz al hijo de su vida, y la otra está criando aún; mas nada importa; desnudas y envueltas en una red, las llevan á la arena; la muchedumbre aulla en las vistosas graderías, y el sol reverbera en el palenque, regado de azafrán, de minio y polvo de oro; las fieras rugen de hambre y de coraje, en competencia con los brutales asistentes que quieren olfatear la sangre fresca y ver los miembros despedazados de los mártires; sin embargo, aquella tumultuosa multitud no ha perdido tan por completo el corazón y se estremece á la vista de aquellas madres jóvenes de cuyo seno fluían aún gotas de leche; y conmovido exige á gritos que les devuelvan sus vestidos; transládanlas por ende, á la barrera, y momentos después, Perpetua entra de nuevo, ya cubierta por una túnica flotante que azuza á la bestia: empieza, pues, la pugna dolorosa, embiste el toro y revuelca á Perpetua ensangrentada; que poseída de valor supremo, se levanta, no para huir ni para defenderse, sino para poner arreglo en su vestido desgarrado y para anudar sus ya deshechas trenzas; y en tal arreo, porque sentaba mal que

1 Epístola de San Pablo. *Passim.*
2 San Pablo. Epístola á Timoteo, capítulo 6.
3 Actas de los mártires. Ruinart.

el mártir en su día de triunfo tuviera cubierto el rostro como en día de luto,[4] toma á su compañera de la mano, y abrazadas, esperan ambas la acometida de la fiera, que no tarda en acometerlas y acabarlas; ¡ejemplo edificante que demuestra cuánto se equivocaba San Jerónimo al asegurar que «las mujeres igualaron á los hombres en el tiempo de los mártires;» cosa falsa, porque lo fueron, y con mucho, superiores, puesto que, sujetas como nosotros todos á las miserias y flaquezas de la carne, sufrían todavía más por la insolencia con que atentaban los verdugos á sus cualidades morales, á su pudor precioso y soberano; por manera que muchas ocasiones el procónsul, buscando suplicios raros y desconocidos, conmutaba la pena de muerte que caía sobre una virgen, por la de ser expuesta desvestida en una plaza pública, juntamente con las rameras; y un implacable juez, viendo que los suplicios más horribles no bastaban á arrancar una queja del cuerpo magullado de la virgen, enviaba á traer un soldado ebrio para entregársela, y decía: «puesto que tienes alma solamente, habré de martirizarla á mi sabor; á falta de flaquezas, quédante virtudes:» crimen espantoso que hace temblar de horror hasta las piedras, más compasivas que el corazón de los perseguidores.

No hay cuadro más sublime y admirable que el que ofrece esa cohorte de mujeres cristianas, en parangón con las matronas corrompidas: hubo una cortesana que se hacía llevar en lujosísima litera, cuyo precio pudo apenas pagar una generación, y Paula atravesó la Palestina en un asno;[5] una patricia consagraba á Venus quinientos esclavos para el culto de la prostitución[6] y una virgen. Melania, mantiene á cinco mil propagadores de la fe;[7] las descendientes de Popea van seguidas por recuas de borricas,[8] cuando viajan para bañarse en su espumosa leche, y la nieta de Fabio, Fabiola, se presenta en Roma llevando pobres á cuestas, cubiertos de lepra y extenuados por el hambre, para acogerlos en el hospital que había fundado. Melania se disfraza de esclava para llevar víveres á los cristianos prisioneros; Paula vende todo para darlo á los pobres, y pide prestado para poder prestar: «Ten cuidado, le escribe San Jerónimo—Jesucristo ha dicho que la que tenga dos vestidos dé uno ¡y tú das tres!»—¿Qué importa—responde ella—que me vea reducida á mendigar, ó que pida prestado? Mi familia, sin duda, pagará mi crédito y me dará un pedazo de pan; mas si rechazo al pobre y muere de hambre, ¿quién será responsable de su muerte? ¡Finalmente, María la egipcia, María la cortesana, tuvo un arrepentimiento tal,

4 Actas de los mártires. Ruinart.
5 San Jerónimo.—Vida de Saula.
6 Strabón, t. 8o. Fleury, Historia Eclesiástica, Lib. I.
7 Fleury, Hist. Eccles.
8 Plinio, lib. II, 41.

que desgarró su traje y fué corriendo á sepultarse en el desierto, y durante treinta años vivió sola, y desnuda, y alimentándose con hierbas que pastaba en vez de cogerlas; paseando bajo un sol ardiente su cuerpo ennegrecido, y sus largos y canos cabellos que la cubrían como mortaja.[9]

¿Quién alentaba á esas mujeres en las penalidades, y en el martirio y en la muerte? El amor á Jesús y el amor á esa Madre sacratísima, que fué casta como el albor de la mañana, y que miró morir á su divino Hijo en el patíbulo afrentoso de la Cruz. El sufrimiento las acercaba, como una ala inmensa, á esa Mujer exaltada sobre todas las demás; y en el paroxismo de sus dolores la veían, no rodeada de ángeles en la bienaventuranza, sino en la cumbre arisca de ese monte Gólgotha, herido por el sol de Mediodía; al pie de la desnuda Cruz donde expiraba el Mártir; contemplando sus ojos extraviados por el dolor; el cuerpo donde se podían contar todos los huesos; las llagas, duramente abiertas que brotaban sangre; las manos y los pies taladrados por los clavos, las hebras de la rubia cabellera pegadas por los coágulos de sangre á las divinas sienes; la boca que se abría, no para demandar misericordia ni para proferir queja ninguna, sino para hacer al Padre, que está en los cielos, una súplica por esos desapiadados martirizadores; para perdonar á los verdugos, para encomendarle á ella, que sufría como jamás mujer alguna habrá sufrido, el amparo de esta doliente humanidad, que aun era huérfana, y desde aquel momento tuvo madre.

¡Ay, es verdad, oh Santa Madre! Todos te hemos ofendido, todos pusimos en tí manos sacrílegas; tu corazón fué traspasado muchas veces, y los puñales fueron esgrimidos por nosotros; pero el caudal de tu misericordia no se agota, y corre juntamente con tus lágrimas; tú sabes perdonar y á tí acudimos, acongojado el corazón, y sin fuerzas ya para seguir luchando; abre tus brazos para recibirnos; caiga sobre nosotros una gota siquiera de tu llanto, que ésta será bastante á redimirnos, y escuchemos de nuevo aquella voz suprema que decía entre los desfallecimientos de la muerte: ¡Madre, he ahí á tu hijo: hijo, he ahí á tu Madre!

9 Legouvé.—«Historia Moral de las Mujeres.»

Notas de Viaje

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otras muchas cosas, se exagera. Los que más escandalizan en Veracruz son los mexicanos. A fuer de pasajeros y desconocidos, permítense éstos toda clase de libertinajes. Sucede allí lo mismo que en París, donde los extranjeros son los que dan principalmente la función (¡Vaya otro galicismo y de buen calibre!). Sería tal vez porque los veracruzanos no quisieron competir en desvergüenza con nosotros; pero el hecho es que durante mi permanencia en el puerto no observé más desórdenes y orgías, que los desórdenes y orgías de mis paisanos; ni ví más princesas rusas, que las ya conocidas en la capital, y en la calle de Lamparillos, de la Habana.

Cierta noche tomé una carretela para pasear por lo que llaman «Extramuros.» No supe lo que cuesta aquel vehículo, porque lo pagó mi buen amigo el jóven y distinguido poeta Luchichí. Largo rato estuvimos conversando de versos y proyectos literarios, hasta llegar á una especie de infecto portalón, frontero á la laguna de los Cocos. A los acordes de una mala murga, danzaban en promiscua algarabía, negros, mulatas, marineros, cargadores, princesas de petate, y tres ó cuatro gomositos mexicanos. Una tranvía llega hasta aquellos sitios y hace viajes hasta las altas horas de la noche. El cuadro no puede ser más repugnante. Huele mal, se toma en la cantina una cerveza detestable, y los danzones atarantan y marean. Lo que me extraña es que no haya nunca en esos bailes, en los del «Recreo» y en otros menos groseros algún muerto ó herido. La policía no interviene; todos beben; suele haber pleitos en que se oyen lindezas y piropos como no se oyen en ninguna parte; veces hay en que se arrojan los cacharros á la cara; mas, desahogada así la ira de un modo verdaderamente inofensivo, todos quedan tan amigos como antes y se van de bracero á la cantina. Por menos palabrotas se acuchillan y se desuellan nuestros *léperos*.

Satisfecha mi curiosidad y vistas de cerca las costumbres populares, salimos del infecto portalón, en el que apenas permanecimos un momento. Las noches en Veracruz son deliciosas. Refresca la atmósfera y puede pasearse sin temor á una apoplegía fulminante. Por supuesto, no hay carruajes cerrados ni es posible que los haya. La carretela es el solo vehículo aceptable. Luchichí, que es un jóven muy simpático, me iba recitando versos de Salvador Díaz Mirón: tal se rocía un pañuelo con esencia para pasar los muladares y pantanos. Salvador es el poeta por excelencia de Veracruz; más aún, es uno de los poetas más inspirados de la República. Con ansia espero algunos de sus versos, para hablar de él con la extensión y detenimiento que merece.

***

De regreso, pasamos frente á algunas iglesias. ¿Hay iglesias en Veracruz? Yo había visto la catedral por fuera; pero imaginaba que era á modo de la soberbia biblioteca que tiene cierto pedante amigo mio: una serie de cartones figurando lomos de volúmenes empastados: nada más. No he visto sotanas negras en las calles, ni oído llamar á misa. Los templos están en Veracruz para cubrir el expediente. La Catedral legítima es la Aduana.

Sigue, cochero; pasa la Alameda: ya es tiempo de tenderse y descansar. Llego á casa, abro el balcón, y me preparo á dormir con el tranquilo sueño de los justos. A cada quince minutos dan la hora los serenos, no con gritos ni con pitazos, sino á palos. Doce garrotazos indican las doce de la noche. Esta manera de dar la hora, tiene mucho parecido con las palizas.

Fatigado, me recuesto en el catre, sin colchón. Una sábana basta para cubrirse, y aun presumo que sobra. Lo interesante es el mosquitero. Una vez adentro de esa torre cuadrada de cortinas blancas, cree uno estar en el sepulcro de Doña Inés, ó en medio de una pieza montada de azúcar candi. Ustedes sabrán que yo duermo con puro; por lo tanto, pensé que no saldría de Veracruz sin causar un incendio. Lo único que me consolaba era la proximidad del mar. ¡El mar! ¡El mar! ¡Ya hablaremos de él mañana! Ahora los ojos se me cierran; baja el sueño, y comienzan á cruzar por mi fantasía los zopilotes y los hombres en camisa, que forman el claro obscuro de Veracruz.

III

PASEOS EN BOTE.

Es necesario tener una imaginación muy mezquina para no figurarse el mar tal como es. Puede perfectamente comparársele á una de esas personas á quienes saludamos sin saber su nombre, seguros de haberlas visto en otra parte. El mar es un antiguo conocido. Le hemos visto en los lienzos de la Academia, en las decoraciones del teatro, en los grabados de los periódicos europeos, en todas partes. Es una inmensidad de vasos de agua.

Lo único que sorprende es su color. Los que no lo conocen piensan que es azul como lo que llamamos cielo. Y, en efecto, la franja que recorta el horizonte es de un azul muy tenue y apacible: diríase que es un cielo desteñido. Pero el agua más próxima á nosotros,

la que impele el bote en que vamos, ó se quiebra á nuestros pies, no tiene la transparencia ni el color que le atribuimos. Es aceitosa y de un verde obscuro como el vidrio malo. En esas ondas no pueda haber más sirenas que las voraces tintoreras. Hablando con exacta propiedad, el mar no tiene color propio. Cambia y muda como el corazón de una coqueta. Según la hora, varía su aspecto. Ya se azulea, se tornasola ó se ennegrece; ya se ruboriza como la mejilla recien besada de una virgen; ya corre en anchas cintas plateadas ó se dora como si el sol tendiera sobre él agua las rubias hebras de su cabellera. Por de contado, el mar no es uno en todas partes. El Atlántico no es igual al Pacífico, ni el Pacífico al Mediterráneo. En alta mar el agua se ve distinta que en el Golfo. Las ondas de éste son muy turbias y espesas, exceptuando los sitios en que la corriente equinoccial introduce las aguas límpidas del mar Caribe. Además, contemplando desde el muelle, el mar se ve canalla y traficante. Hay que mirarlo á solas, frente á frente, sin barcas noruegas que lo afeen, ni mozos de cordel cuyas imprecaciones destempladas atajen el sereno vuelo del espíritu. Ya no es entonces el esclavo nubio que trae y lleva mercancías, sino el titán cuyos gigantes brazos rodean el cuerpo de la tierra. Allí está Dios.

***

Casi todos, no experimentan al mirar el Golfo la sensación intensa que aguardaban. Parece, al pronto, que se está frente á una decoración de teatro. Pero internaos en ligero bote por la móvil llanura; que se pierda de vista el pobre muelle con sus linternas verdes ó encarnadas; que escuchéis el arrullo de las olas en la solemne inmensidad, y, entonces sentiréis, asombrados y suspensos, un repentino crecimiento de alma.

Sin cepillar mis ropas de camino, en horas avanzadas de la noche, salté á la barca de un humilde marinero. Iba á salir la luna, pero reinaba aún la obscuridad. En lontananza se veían fijas y tristes, las lucecillas de unos cuantos buques. ¡Qué negro y qué tranquilo estaba el mar! Era algo como el cuerpo de la sombra, tendido boca abajo sobre el suelo. «¡Aguarda!—me decían los compañeros —descansemos, y luego que amanezca iremos á espaciarnos en el mar.» Pero la onda tranquila me llamaba, como llama la novia al tardo amante que vacila en subir por la escala de seda. Ansia infinita de hender el agua y poseerla con los ojos, espoleaba mi espíritu. Sin detenerme bajé la escalinata y entré al bote. Poco á poco la tierra, con sus casas y sus ventanas débilmente iluminadas, se fué esfumando en lontananza. Pasamos junto á los grandes barcos, cuyos cuerpos enormes adquieren á tal hora un aspecto fantástico

y extraño. Diríase que un ejército de endriagos y de monstruos fabulosos espiaba el momento favorable para lanzarse sobre la ciudad. Breve rato después, solo veíamos á lo lejos el faro giratorio de Ulúa, con sus luces de múltiples cambiantes.

Los remeros bogaban poco á poco, por temor á las boyas y á los bajos. La mar estaba quieta. ¡Con qué ahinco me hubiera hundido en sus serenas ondas para sentir más cerca sus abrazos! El hombre, descontento de su suerte, quisiera ser águila en la cumbre de los montes, y ágil pez en los mares. Los dos abismos le atraen con invencible fuerza: son como dos amigos que le llaman. Arriba están la luz y el armonioso coro de los astros: abajo, la fantasía finge y desea mucha frescura, mucho silencio y mucha sombra.

¡Sueño vano! La mar es un incesante laboratorio en que la vida se prepara y se renueva. El gran trabajo no se pára nunca, y el combate terrible por la vida se empeña hasta en los abismos del océano. Monstruos deformes habitan los palacios submarinos, que las amables fábulas de Grecia poblaban de sirenas y de dioses. El voraz tiburón sale á flor de agua, husmeando la carne fresca del atrevido nadador. Y pocas playas son tan funestas y peligrosas como las playas de Veracruz. El tiburón acecha, siempre alerta, y devora al incauto que menosprecia su poder. Es el huraño rondador, nunca saciado; el tigre de las aguas frías y verdes.

***

Interin deslizábase la barca, la luna, como un disco de plata bruñido, se fué alzando de las aguas.

> La luna, como hostia santa,
> Lentamente se levanta
> De entre las ondas del mar.

Nada más grandioso que este espectáculo. Yo creo que contemplándolo en las risueñas playas del Mediterráneo, fingió la fantasía helénica la fábula de Venus Afrodita surgiendo majestuosamente de la espuma. La concha negra de la noche se entreabre, y aparece la reina del espacio castamente desnuda, como Diana. El ritmo de las olas es más suave; una inmensa quietud penetra hasta los húmedos abismos; corren los monstruos á ocultarse de la luz, y la brisa que sopla es como el aliento de una mujer invisible pasando sobre el cuerpo del amante dormido. Las olas dejan de ser negras; se quitan su vestido de luto, y ciñen la coraza de plata que ceñían las amazonas. Y parece que corren ó galopan para acercarse á la luna y asir la fimbria de su túnica brillante. Pero la luna, esquiva, va

ascendiendo. Parece que el cielo es un océano que confina con el otro: surge de éste la luna, y luego boga por la tersa superficie del más alto. Ya no es plateada sino de oro. Las aguas se contentan con retratarla; y ella, pródiga de luz, enriquece las olas con sus rayos. El mar parece un gigantesco estanque en el que bullen todos los metales en fusión. Se cree que el agua está á la temperatura de la plata fundida, y la mano no se atreve á tocarla. Pero no; el mar es en aquellos instantes un hervidero congelado.

¡Qué rumor tan solemne el de las ondas! Aun cuando esté dormido y sosegado, el mar revela su fuerza: es Hércules hilando con el huso á las plantas de Onfalia. Los navíos se dibujan en el lienzo opalino del fondo, sobre el tinte metálico del mar; la luz aisla los cordajes y los mástiles, como una áurea tijera recortando papel negro; y á lo lejos la superficie azul sin límite visible, cierra el cuadro con una línea incomparable.

Bajo la luz serena de la luna
Como el oro en fusión, el mar riela,
Resplandor que la luz del claro día
Con la molicie de la noche mezcla,
La vasta playa misterioso alumbra
Y en el azul del cielo sin estrellas
Vagan las blancas nubes como estatuas
De diosas colosales y siniestras,
Talladas por la mano del acaso
En las entrañas de brillante piedra.

***

Yo he visto el mar cuando la luna brota, y cuando el sol, como un guerrero fatigado, va en busca de frescura y de silencio. Pero la puesta del sol no debe contemplarse en Veracruz. Allí hasta el sol es calavera y va á pasar la noche en la ciudad. Describiendo una curva soberana, cae tras los edificios apiñados, como un globo enorme de goma roja, cuyo gas se va escapando lentamente.

A esa hora el agua adquiere tintes muy apacibles y risueños. Se diría que debajo de las ondas hay una inmensa gestación de rosas. Pero á esa hora también tiene el océano un rival poderoso, que es el cielo. Los que habéis visto nada más el firmamento urbano de las calles, no podéis figuraros cómo impone y asombra en plena mar. Las casas y los árboles le estorban: como las mujeres hermosas, necesita un espejo en que mirarse cuando se adorna con luceros y con nubes. Está en su tocador. Aquellos nimbus son los encages blancos que han de bajar hasta la enorme cauda desde el anillo escultural de la cintura. Esas nubes forman la enagua de seda color de rosa: ese pedazo azul es su corpiño de terciopelo. Una mano invisible entreabre los cofres de ébano incrustados de marfil, y aparecen, sobre cojines de raso pálido, los collares de estrellas que van á titilar en torno de su cuello. Ya el sol se oculta, envuelto en su lujosa clámide escarlata. Es el sultán que se despide del harém. Libre y soberbia la noche, se prepara á los festines.

El mar es el espejo que le sirve para ataviarse: espejo negro, porque también retrata sus pupilas.

En la mañana y en las primeras horas de la tarde, ni el mar ni el cielo tienen ese carácter majestuoso. En cambio, su extensión parece más ilimitada todavía. Sobre el azul del cielo se perfilan los navíos, como dibujados con tinta de China. Las oleadas, al romperse en los bajos, forman un blanco giste, y—vistas á distancia—borreguean, brincando como un rebaño juguetón.

Tranquila está la mar: un pececillo
Agítase en las ondas:
Calienta el sol su cabecita de oro
Y alegre el agua bate con su cola.
Entretanto, anhelante la gaviota
Rápida sobre el pez cae desde el viento,
Y en el pico la presa palpitante,
Alegre se remonta hasta los cielos!

Nada más donairoso ni gallardo que las velas latinas. Observad con qué altivéz cruzan continuamente la bahía. Son aves que no tienen más que una ala, y carecen de cuerpo. Las grandes embarcaciones modernas tienen la hermosura de las reinas; las velas latinas poseen la gracia de los efebos.

***

¡Cuán absorto y ensimismado pasaría las horas en la muda contemplación del océano! El mar enseña y alecciona, dilata los horizontes del espíritu, y da alas poderosas á la inspiración. Los poetas menores cantan la tierra con sus bosques y montañas; los grandes poetas son los enamorados de la mar. Sin ella, Victor Hugo habría sido incompleto. Viendo cómo azotaba los peñascos, escribió los «Castigos.» Cada estrofa de ese pequeño libro, es una ola, El conjunto es como una tempestad.

En sus primeras obras, Víctor Hugo travesea como un duende juguetón, ora en los camarines orientales, ora en los jardines de Versalles ó en las cornisas de las catedrales góticas. Vuela como las golondrinas y canta como los ruiseñores. Es el paje tocando la guzla morisca, en las rodillas de una reina enamorada. Pero que el viento

de la adversidad le arroje á las abruptas rocas de la playa: entonces volará como las águilas y cantará como los huracanes. Solo sobre un peñasco formidable, batido constantemente por las olas, pudo escribirse la «Leyenda de los Siglos.» Leed los «Trabajadores de la Mar:» es á manera de esas cuevas muy profundas en donde interna el océano tumultuoso sus recias oleadas de agua verde. Desde entonces el genio del poeta tendrá sus tempestades y sus calmas, sus «Castigos» y sus «Contemplaciones.» Pero de la obra toda oiréis brotar el murmullo grandioso de los mares. Ya no es el lago quieto en que nadan los cisnes de alas blancas. Las guirnaldas de flores que entreteje están hechas con flores submarinas. Los bancos en que descansa son bancos de perlas; y los bosques por donde pasea son bosques de coral. Su poesía traga y devora como los abismos. Las flechas de su aljaba juvenil se truecan en tridentes y en arpones. ¡Imposible engañarse un solo instante! Ese poeta vuelve de la mar, como Dante volvía de los infiernos.

¡Ah! No es posible concebir cuadro más vasto, ni espectáculo alguno más grandioso. Mil veces, con sed inapagable de infinito, trepé á la cumbre arisca de los montes;

Mas nada ¡oh sacro mar! ¡nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno!

He sentido cómo encorvas tu gigantesco dorso bajo la quilla de mi bote, tal como potro dócil y sumiso que se inclina para que lo monte su señor. Te he visto palpitar como el pecho de una virgen cuando aguarda en la alcoba al joven desposado. Y ansia infinita de mirarte embravecido acongoja mi alma. Quiero sentir cómo te revuelves en tu lecho, y verte en los instantes de tu cólera. Dido llorando en una peña es melancólica; Medea, iracunda, es tan hermosa como tú. Deja, pues, tu pesada somnolencia. Te azoto con mi remo, como clava el jinete sus espuelas en el vientre de su caballo corredor. Levántate furioso á contestarme, para que sienta en los desnudos brazos y en la cara, los verdes espumarajos de tu rabia. Embraza, al fin, tu escudo coruscante, y vibra con tus manos de Titán la clava de los Hércules marinos. Estamos solos. Una mujer que no te conocía viene á mi lado trémula de espanto. Te ve dormido y tiembla pusilánime. Va á reirse de tí cuando volvamos. Alzate, pues, y muestra tu fiereza: alza, para que pueda defenderla. ¡Alza, Goliath borracho: estamos solos!

Pero el mar es la mar en este instante. Hay algo femenino en su dulzura. Sabe que bastaría una simple ola para arrojarnos al abismo negro, y desprecia riendo mis insultos.—Amad—nos dice—esta es la hora sagrada en que los ángeles se cubren «los ojos con las manos.» Barca ninguna cruza la bahía. Las estrellas se están burlando

de vosotros. ¿No véis cómo la playa se ha perdido? Pues amad recostados en mi espalda, hasta que llegue el alba delatora. La noche se abre como un negro túnel, propicio al impaciente enamorado. Esa franja de plata que ciñe el Oriente, como si fuera una diadema, indica que la luna va á salir. Amad, no soy el ogro que devora. Mis olas arrullarán vuestro sueño, Os llevo en brazos, como la nodriza que calienta á dos niños en su seno.—

Y la luna brotó, ya no robusta y majestuosa como la vimos la primera noche, sino en forma de un arco pequeñito.—Boga—dijimos, y el ligero bote se deslizó sobre las ondas argentadas, ceñido por el encage de la espuma. Súbita calma apaciguó mis sentimientos. Como Heine, quise arrojar al seno de las aguas los espectros que me persiguen y atormentan, aligerar mi espíritu del lastre de dolores con que va navegando por la tierra.

Queda bajo las aguas,
Queda por siempre allí, sueño implacable
Que mi pecho otras noches
Con tus fingidas dichas flagelaste.

Queda en el fondo obscuro de la mar, tú, sombra tetra que vienes á sentarte pensativa junto á la cabecera de mi lecho. Baja al abismo, amigo desleal que arteramente me enterraste la daga por la espalda. Húndete en esas ondas misteriosas, pobre niña que lloras por mi causa y aun esperas de codos en el puente al novio que jamás ha de volver porque no es digno de que tú le ames. ¡Una bala de hierro! ¡Duras cuerdas para amarrar este cadáver insepulto y arrojarlo después al océano! Es el de una mujer joven y hermosa. ¡Pronto! Que baje rauda al negro abismo. Todavía flota su cabello, ¡Pronto! ¡pronto! Que baje, mar, á tus obscuras cuevas y que no salga nunca de tu seno.

***

La luna, como una góndola de oro, seguía surcando el firmamento. Aligerado ya de mis remordimientos y dolores, me recosté en el fondo de la barca. Entonces creí ver, rumbo al Oriente, una luz como de alba celestial. Por allí aparecía una larga procesión de efebos tiernos, con palmas murmurantes en las manos y túnicas de lino inmaculado. Iban andando poco á poco sobre el agua, como sobre una lámina de acero. Bajaban del cielo por un pórtico de luz, y como el cielo se junta con el mar; no había necesidad de puente alguno para que descendieran al océano. Un hombre de barba nazarena presidía la nevada procesión. E iba tranquilamente sobre el agua,

como Jesús en el lago de Tiberiades. Y todos los efebos eran rubios y traían destrenzado su cabello, largo y sedoso como el de las mujeres circasianas.

A su aspecto, los monstruos de la mar y los endriagos del ensueño se disipan. Ya nada mueve el seno de las ondas, ni agita mi conciencia: todo calla. Mi compañera se ha dormido en mis rodillas. Boga, remero, boga todavía.

IV

VIAJE AL REDEDOR DE LAS VERACRUZANAS.

Ayer hablamos del mar. Hablemos hoy de la mujer. «Pérfida como las ondas»—decía Shakespeare. Hermosa como ellas, digo yo.

Desventuradamente carezco de los datos necesarios. Mi condición de viajero, la premura del tiempo y la continua fiesta en que vivimos durante nuestra permanencia en Veracruz, me impidieron formar un juicio exacto acerca de las hermosísimas costeñas. Ignoro muchos nombres y se confunden en mi memoria las fisonomías. Todavía el wals no acaba, y entreveo como apariciones fugitivas, mujeres de belleza singular ricamente prendidas y ataviadas. ¿Quiénes son? Para mí, forman un grupo tan hermoso, tan desconocido y tan compacto, como ese grupo de soles al que llaman los astrónomos Vía Láctea. Juzgo imposible individualizar tales bellezas, resígnome á forzada discreción, y de nuevo, mirando el bello cuadro, copiado en el cristal de mi memoria, admiro á las hermosas de la costa, como admiraban los pastores de Caldea á los astros, sin conocer sus parajes ni sus nombres.

Inútil fué que recurriera, en busca de pormenores minuciosos, á los discretos periódicos de Veracruz. Ninguno trata circunstanciadamente de las fiestas, ni nombra á las señoritas que asistieron. ¿No habrá flores en el puerto? Michelet dice que «en los terrenos próximos al mar las plantas son raquíticas, enteca y enfermizas. Revelan en su aspecto la vecindad del gran tirano y la opresión de su aliento. Si no las detuviesen las raíces, correrían. Encórvanse afligidas hacia el suelo, vuelven la espalda al enemigo; se diría que están prontas á huir desmelenadas y en derrota.« Sin duda esto acontece en Veracruz. Por dicha nuestra, estamos á una altura respetable, y quedan todavía cerca de México jardines tan amenos y rientes como los de San Angel y Mixcoac. Apercibidme, pues, un breve cesto, tejido con los mimbres más sutiles, y llenadlo de flores olorosas. Que apoye el heliotropo sus moradas volutas en los nevados pétalos del nardo; que el «no me olvides» acurruque su cuerpo

azul en el seno purpúreo de una rosa, como Eros juguetón se acurrucaba en el regazo de Afrodita; que la azalia, coqueta y presumida, luzca su aristocrática hermosura: las flores, como ayer fuimos nosotros, van mañana temprano á Veracruz.

***

Muchos poetas, en bellísimas estrofas, han celebrado la hermosura de las veracruzanas. Sin embargo, para que prevalezca en este artículo la fría verdad, no siempre cortesana, debo decir que las mujeres de Jalapa disfrutan de una fama todavía mayor. Yo, por desgracia, no puedo establecer comparaciones. Tenía ya la maleta preparada para ir á Jalapa con Cerdán, que es un amigo tan galante como espléndido; pero el hombre propone y Dios dispone. Un motín sin valor ni trascendencia, más parecido á riña de mercado que á movimiento popular, hizo que inopinadamente regresara pronto á morir, no por la libertad de Grecia, como Byron, sino por las monedas de á centavo. No hay mal que por bien no venga, dice el adagio: tal vez yo, que salí sano y salvo de las cumbres vertiginosas de Maltrata, y de los senos ávidos del mar, habría caído en ese abismo que llaman las mujeres corazón, ó en el océano de unos ojos negros. Para tales naufragios, no hay botes salvavidas: el más feliz, á fuerza de nadar llega á la isla inhospitalaria del olvido.

Ya admiraré á las bellas jalapeñas, cuando Dios, Agustín Cerdán y mi suerte menguada lo permitan. Por ahora, no hay más diosa que la mujer veracruzana, y Mercedes Ascorve es su profeta.

Haré, no obstante, algunas salvedades. En Veracruz no abunda la frescura del color, ni la morvidez de los contornos. Podría decirse á las veracruzanas lo que decía cierto poeta malo á un tal Belaunzarán, de antigua fama:

«¡Belaunzarán, Belaunzarán,
Se te sale la casa
Por el zaguán!»

A las mujeres veracruzanas se les sale la cara y casi todo el cuerpo por los ojos. En esas pupilas se nada, y se nada sin llegar nunca al párpado. Echad la sonda, no hallaréis el fondo. ¡Cuántos y cuántos pobrecitos habrán caído en ese abismo negro! Y el que cae una vez, no sale nunca. Si sois prudentes, no os asoméis jamás á tales ojos: el abismo atrae, la cabeza se pierde, y—de improviso—se precipita el hombre desde lo alto, como Safo desde la roca de Léucades. Precavido, siempre que estuve en Veracruz con una dama,

supliqué á mis amigos de confianza que me detuvieran por los faldones de mi frac.

Hay ojos negros que no dicen nada. Cuando mucho, preguntan si hace frío. A estos inofensivos sordomudos, puede acercarse el más medroso y pusilánime. No importa que sean grandes: en todo caso, servirán para que el novio ó el marido se haga la barba sin necesidad de espejo. Yo conozco unos ojos muy hermosos, que no saben leer ni escribir. Al pronto, engañan: pudiera compararlos á ciertos personajes muy grandotes que suele uno encontrar en la calle de Plateros. Involuntariamente se les cede la acera diciendo interiormente: «ese caballero debe de ser gobernador de algún Estado, ó Ministro de México en Berlín, ó jefe de una zona militar.» Y resulta que el ampuloso personaje no pertenece á la política, ni al ejército, ni tiene un cuarto. Así, ni más ni menos, son los ojos de que hablo. La ventana es muy grande y muy bonita; la pieza está profundamente obscura; ¿qué habrá adentro? Algún sabio que medita, un cadáver sin cirios ni blandones, ó una mujer hermosa recostada y dormida en el diváu. Encienda usted un fósforo. No hay nadie.

Muy otras son las húmedas pupilas que he admirado en Veracruz. Como la mar, jamás están calladas ni tranquilas. Se preguntan y se responden, hablan solas, piden la lumbre y bailan el can can. Son pupilas poliglotas: franceses, yankees y alemanes las comprenden. Bien es verdad que en este bajo mundo solo hay tres idiomas universales: el de los ojos, el de el dinero y el de los palos. Por una precaución de la Providencia, en Veracruz no hay muchos ojos claros. En las pupilas azules se ve el fondo: en las negras, no. Guardan avaras los cadáveres de almas, pequeñitos como esos insectos cuyas grandas ciudades ó repúblicas perecen bajo una gota de rocío. ¡Qué descastados y perversos son! La mirada sale rápida de su obscuro seno, como una flecha despedida por un arco de ébano. Los hay también como el color del Golfo, ojos oceánicos, ojos de sirena, ojos que están siempre preguntando por dónde está la puerta del infierno. En esos ojos debe de haber tiburones microscópicos. Y todos, sin distinción de colores, gritan ¡fuego! piden el inmediato auxilio de las bombas: si no llegan á tiempo los socorros, se incendia hasta el depósito de pólvora.

Estas armas de fuego que las veracruzanas llevan sin expreso permiso del alcalde, no constituyen su único encanto. Dije algo más arriba, que no abundaban en el puerto ni las encarnaciones vigorosas ni los tonos frescos. Con efecto, para unos ojos habituados á admirar la hermosura robusta que han inmortalizado los pintores flamencos, la belleza de las veracruzanas es una disonancia. Ni sus formas son amplias, ni la leche y la rosa compiten en sus cutis: no puede darse nada más distinto de las mujeres que pintaba Rubens. Esta no es ciertamente la hermosura que ataviamos con los arreos

de una sultana y ponemos bajo la sombra de la higuera sobre un tapiz pérsico; es la belleza de la hamaca: huele á coco. Un inglés ó un alemán creería que las señoritas de Veracruz están siempre desveladas. Más que de mármol blanco ó alabastro, parecen figuras de terracota. Si fuera lícito compararlas con los libros diría, que están impresas en papel de lino. Hay más vida y hay más amor en esas epidermis de calentura. Yo creo que el agua se evapora al caer en ellas.

Tampoco tienen las veracruzanas líneas esculturales ni correctas. Su belleza está compuesta de una serie de anillos, como la belleza de las culebras; y de una serie de ondulaciones, como la belleza de las olas. Algunos creen con mucho fundamento, que son primas hermanas de las palmas. Buscad todo lo que ondula y todo lo que se cimbra; lo más elástico y lo más flexible; lo que se escurre entre los dedos como un pez, y lo que salta como el chupamirto; todo lo que hierve, y todo lo que culebrea; la forma curva de las sirenas y el caprichoso enroscamiento de las boas; reunid esas líneas de arabesco ó de friso de la Alhambra, esas agilidades de goma elástica, y esas graciosas esbelteces de bambú; juntadlo, y conoceréis los elementos con que formó la naturaleza á las costeñas. Un amigo decía que su epidermis no es de carne ni de yesca. Yo digo que está tejida con relámpagos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DEL "LIBRO DE MIS VIAJES."

CUERNAVACA.

«¿Por qué has creado el infierno, Allah? ¿No habían creado ya Chamd?»—exclaman los afghaneses. Yo, imitando á los indígenas de aquella abrasadora comarca, modifico la frase y digo en buen cristiano:—¿Por qué has creado el infierno, Dios mío? ¿no habías creado Cuernavaca?

Bien sé que puede sudarse más en otras partes; bien sé que el inmenso desierto extendido, como un arco de círculo, entre las islas del Cabo Verde y la gran muralla de la China, el Este y el Norte del Sahara, el pie del Himalaya, el valle del Sagrado Ganges y las estepas sin fin del Atapanistan y la Bukaria, son los hornos de la tierra.

Sé tambien que sin salir de México podría sufrir la temperatura de Iguala y los chorros de plomo derretido que vierte el sol de Texas. Pero mi carne es flaca, y yo no quiero enflaquecerla más. Para mis pecados pobretones y vulgares, con un infierno como Cuernavaca, basta.

No me arrepiento, sin embargo, de haber venido á este *Sudatorium* con honores de ciudad. Abro el balcón y admiro extasiado el horizonte incomparable de nuestra tierra caliente.

Cuando se baja á Cuernavaca por la rápida cuesta de Huitzilac, este cielo cuyas últimas líneas color de ópalo van á perderse en las montañas donde empieza la gran Sierra del Sur, produce en el ánimo una sensación parecida á la que causa la contemplación del mar en la hora del alba. Hay algo de Mediterráneo en ese azul fiuído.

Es el mar como le soñamos antes de conocerlo, el mar de los dioses griegos, el mar de Anfitrite. En esas ondas se ocultan las sirenas que oyó Ulises. Si de súbito surgiera en esa quieta superficie una vela latina, sin duda nos parecería un hecho tan común y natural como la aparición de una ave ó de una nube.

La inmensidad es una como Dios. Ya la admiremos en el mar, ya en el desierto, ya en el cielo, produce siempre en nuestro espíritu el mismo sentimiento de dilatación. Por eso, desde el rústico hasta el sabio, todos comparan al desierto con un mar, y ven el cielo como un océano superior, surcado por la góndola de plata.» Este sentimiento no lo determina el color, sino la extensión.

El horizonte que tengo ahora ante mis ojos, puede parecerse al mar que inventa la fantasía; al mar que canta en los versos de Homero; al mar que pintan con vago colorido los pintores *transparentistas*. Pero el mar verdadero no es así. El azul que le damos solo puede encontrarse en ciertas aguas, y en la cinta donde confinan con el cielo. El mar es verde acá, negruzco allí, gris en aquellas vastas lontananzas, aceitoso, pesado y duro en todas partes. Es grave, adusto: es el Titán, insomne, agobiado por un inmenso remordimiento.

En las ondas de azul purísimo, de ópalo fiuído y de ámbar en fusión, que tengo ahora sobre mi cabeza, deben de navegar los ángeles en góndolas de pluma. Si no fuera un absurdo, diría que la mirada siente, al perderse en esas olas de luz, la sensación de bienestar que dan al cuerpo los baños orientales.

***

Cuernavaca es la reina de este infierno que se llama la tierra caliente: es Proserpina. Se ha detenido al borde del inmenso caldero como la joven que, encontrando hirviente el agua de su baño, encoge la pierna que iba ya á sumergir en la ancha tina de alabastro. El vapor del agua en ebullición, se cuaja en su rostro. Es la sultana á quien sumiso esclavo núbio, abanica con plumas de faisán. El esclavo núbio que mueve el abanico de Cuernavaca, es Huitzilac.

Allí está el monte obscuro, coronado de pinos silvestres, pensativo y triste como el esclavo que ama sin esperanza á la mórbida reina del harem. Sus celos se llaman tempestades. Junta las nubes negras, las enreda en las torcidas ramas de sus árboles, las agrupa en terribles escuadrones, y con impulso formidable las arroja sobre el valle. Pero, á poco, su cólera se extingue: el pino enhiesto que pugnó en vano por desenraizarse y correr á la llanura, yace en tierra: los rabiosos alaridos del titán desahogaron su pecho: triste y dócil, sigue el núbio agitando su abanico, mientras duerme en silencio la sultana.

Un pino se alza en la cumbre
De un monte del Norte helado,
Sueña. La nieve y el hielo
Lo envuelven con su sudario.
Sueña con una palmera
Que en el Oriente lejano
Se alza solitaria y triste
Sobre un peñón abrasado.

***

Apartando la vista del frío norte, partamos «de cara al sol,» como el Byron de Núñez de Arce. Antes de examinar la población, miremos á vuelo de pájaro los campos amenísimos que la rodean. Podéis subir á la torre de la vieja iglesia de franciscanos ó al mirador del antiguo palacio de Cortés. Desde la torre tended la vista hacia el Poniente. Bajo tupidos bosques de guayabos se oculta el caserío desparramado de San Antonio. No pueden verse las casitas. Diríase que están desnudas y que se ocultan pudorosas detrás de los árboles. Solo la iglesia empina su torre por encima de los guayabos, como para mirar si el cazador que sorprendió en su blanca desnudez á las traviesas campesinas, se ha alejado.

Podeis poner la escena de un idilio en ese pintoresco pueblecito. Lo habitarán, sin duda, sucias indias; mas no penseis en los senos colgantes de esas hijas enfermas, de una raza degradada; ni en el rapaz canijo que toma sol, revuelto con los cerdos, en la puerta de su casucha; poblad de labradoras ideales ese lugar poético y tranquilo; allí puede bailar Rosaura al son de alegre tamboril; allí los novios se esconderán tras de la puerta claveteada, mientras el cura pasa, camino de la choza miserable en donde está la viejecita enferma.

Cuando esos árboles estén en fruto, un aroma embriagador se esparcirá en la atmósfera. En ese lugarcillo es sin duda

Donde en lechos y arriates opulentos,
Que recuerdan las fábulas idalias,
Asoman con rubor los pensamientos,
Se esponjan de placer las tristes dalias.

Allí se exclama con Virgilio: *Ofortunatus nimium sua si bona norint agricolas!*

El paisaje que se descubre desde el palacio de Cortés, exige en el artista que se proponga describirlo, el colorido, lleno de sol, de Eugenio Fromentín. Los campos de caña ostentan su verde claro, intenso, deslumbrante, en los últimos planos del paisaje. Parecen

tersos, sin arrugas y sin pliegues, como si gigantes invisibles se entretuvieran en restirarlos durante la noche. En primer término, bosquecillos de plátanos mueven sus largas hojas.....¡los ceñidores de la rubia Eva! Al Noreste los cerros se aproximan á la ciudad, y al Sur la vista se pierde en la extensión de los campos sembrados, cuyo término apenas se columbra. Los severos bueyes, *las grandes víctimas del Clytumno*, no aparecen en la llanura. Ningún tropiezo encuentra la mirada en el cuadro tranquilo que recorre. Las cimas de las montañas remotas parecen de lapizlázuli. Una cinta de singular y armónico colorido une la tierra y el cielo, por gradación casi insensible de colores.

Inconscientemente, ante el grandioso cuadro que ilumina una luz fuerte, intensa como la que alumbra los paisajes de Claudio Lorena, se recuerdan las grandes perspectivas de la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, las montañas de la Apulla, la isla de Caprea y la costa de Pausílypo. El espíritu encuentra el parecido, sin poder precisar en donde está. Un vapor violeta rodea las colinas distantes. El verde claro de aquellos grandes llanos, bebe luz.

¡Cuán grandioso es el espectáculo de la puesta del sol en este sitio! Indecible sentimiento de inquietud se apodera del espíritu. En los montes boscosos, el crepúsculo es trágico. Los árboles cobran vida y voz humanas. Las montañas se calan sus capuchas colosales. El venado huye, y en las ondas del viento suenan las voces y las escobas de las brujas.

Aquí, el crepúsculo es la muerte, sin dolores, de una niña cuya alma se va al cielo. La naturaleza no se ennegrece, se duerme. Dulce melancolía nos rodea con sus gasas, y pensando en la celeridad de la existencia, recordamos el *Carpe diem* de Horacio; el *Te spectem suprema mihicum venerit hora* de Tibulo, y el admirable *Invalidasque tibi tendes*, ken! *non, tua, palmas* de Virgilio.

La muerte en este sitio y á tal hora, debe parecernos menos dura. Así murió Sócrates, contemplando la inmensidad del océano en cuyas ondas los rayos del sol poniente iluminaban la popa dorada de la tehoría que regresaba de la isla de Delos, en tanto que bajaban los rebaños de las cimas del Taygetes y el Citceron nadaba en un mar de oro.

¡Cuántas veces pasaría pensativo Hernán Cortés por este mirador de paredes desnudas y anchos arcos! Sentado aquí, podía admirar en todo su esplendor la tierra prometida á su codicia. Y cuando fatigado de ambiciones se entregaba en los brazos del amor, ¿qué sitio más hermoso para desatar voluptuosomente las trenzas negras de la joven india, mientras el valle duerme, el sol se oculta y llena el aire de sonidos metálicos el coro de las chicharras invisibles? La campana que da el toque de oraciones apenas suena.

Las ondas sonoras pasan muy arriba, y el sonido, enervado por el calor y la pereza, cae á plomo. La luna brota, y su claridad amarillenta se difunde en el aire. Blancas nubes simulan en las crestas de los montes diademas de nieve y en el zenit rebaños gigantescos. En una noche como esta, escribió acaso Heine estos versos henchidos de paz y de creencia:

De Jesucristo la imágen
Aparece ante mi vista,
De blanca túnica suelta
Va con majestad vestida.
Es grande como un gigante.
Y silencioso camina
Sobre la fecunda tierra
Y sobre la mar tranquila.
Toca su cabeza al cielo,
Con las manos extendidas
Bendice tierras y mares,
Y cual corazón que brilla,
Dentro de su pecho lleva
El sol que el mundo ilumina:
Y este corazón ardiente,
Hogar de amor y de vida,
Derrama de sus fulgores
La luz brillante y purísima
Sobre la fecunda tierra
Y sobre la mar tranquila.

TOLUCA.

Toluca no es precisamente hermosa. No la abraza el mar enamorado, ni los bosques bajan ó ascienden para verla; no la vigilan de cerca esos eunucos etiopes que se llaman montes, ni la abanican, mientras duerme, las esclavas montañas; ninguna gran sombra histórica la habita; ninguna catedral yergue sus torres macizas, ó lanza, á guisa de flechas, sus agujas góticas, en el centro de la plaza. Sobre Cuautla planea, como águila, Morelos; en Puebla, dominando la suntuosa basílica, á su vez dominadora de templos corpulentos que componen su guardia palatina, álzase el Cerro de Guadalupe, porta-estandarte del glorioso pabellón, teñido en púrpura por el sol de Mayo y heraldo de la victoria el 2 de Abril; Querétaro, la triste, la enlutada, semeja el féretro de Maximiliano, ajusticiado

por la República; en Cuernavaca, la naturaleza canta un himno; la cascada de San Antonio entona un salmo, y el aire que viene despedido por los obscuros árboles del Huitzilac, y todavía caliente como la mejilla del siervo recién abofeteada por el amo, habla en voz baja de aventuras y empresas de Cortés, de los sueños románticos del pálido Archiduque, y de las tristezas agoreras, funestas agoreras, de la altiva Carlota; en las *olas altas* de Mazatlán surge la figura gallardísima de aquel aventurero que se llamó Raousset de Boulbón; Tampico parece la amada de los peces, la del hermoso río, la de las náyades desnudas, Guadalajara es andaluza, tiene ojos negros y mantilla blanca, y navaja en la liga para herir á los enemigos de la libertad; Mérida, la opulenta señora del henequén, la ricahembra, tiene su estruendoso, alegre carnaval, como Venecia, y sus grandes poetas como la antigua Florencia; Tlaxcala es una tumba; Guanajuato una mina, la caverna deslumbradora de Aladino; San Luis trabaja con buen humor y primorosamente viste los domingos; Chilpancingo es montaña, la cúspide inaccesible de Guerrero; Monterrey y San Cristóbal son vigías, centinelas avanzados; en Morelia palpita el corazón de la insurgencia; es Veracruz como la gran ventana abierta por donde asoma una linda mujer mirando á Europa, mientras cantan las mandolinas, hierve el Borgoña en las copas, y se oye el ruído de los chorros de oro; Jalapa es jardín; Oaxaca, nido de condores: Toluca es simpática.

¡Y con qué irresistible simpatía! Coquetea la traviesa y ríe de sus enamorados. Su risa de muchacha, cortejada por brillantes legiones de donceles, es la que vemos hecha espuma al pasar por el Monte de las Cruces, la que escuchamos cuando salta el agua en la selvosa cumbre, como nietezuela que retoza en las rodillas del abuelo. Tenemos que llegar á ella subiendo, primero, cual si trepando por el tronco y las ramas de frondoso cedro nos encaramáramos hasta el balcón de la garrida castellana; y, en llegando á la *cima* hay que bajar, así como se arrodilla el trovador ante la dama del alcázar escalado. El prólogo del viaje es tan hermoso como el prólogo de todos los amores. Figura incienso el humo de la locomotora; vestido de novia, cuajado de encajes, la espuma frufruante de las aguas; el cedro, candelabro gigantesco; y catedral, dispuesta para nuestras núpcias, la montaña. Vamos á Toluca aprisa, como se va, cuando mucho se ama, á la casa de la novia. Llegamos, y desde luego nos hechiza el aspecto de la ciudad. No es monumental, no es arcáica; es joven. Tiene la frescura, la sonriente mocedad de una muchacha que sabe ataviarse y vestirse con muselina, con percal, con listones vistosos, con claveles en el pelo. No se la ve rica; se la ve muy bonita. Ningún convento la ensombrece; ninguna iglesia pesada la magulla; toda ella está flamante y nuevecita.

Otras ciudades recuerdan la dominación española, el virreinato:

se ve en ellas más adusta la piedra; más gravedosa la torre; más torvo el muro, apenas alegrado, á trechos, por el azulejo: Toluca es alegre. No podemos llamarla rústica ó campesina. Ostenta flores, pero en el prendido, como doncella hermosa que va al teatro. Gusto europeo y moderno revelan sus construcciones, todas limpias, todas elegantes.

¡Parece imposible que en casas tan alegres vivan personas tan retraídas! ¡Parece imposible que esos zaguanes de labrado cedro, se abran sólo cuando llaman á misa en los templos! Esos balcones de cincelados barandales, están continuamente como tiestos sin flores.

Se compadece el carácter esquivo y huraño con los tristes caserones de fábrica española. Por el zaguán casi negro y claveteado que rechina gruñendo, cuando la mohosa y larga llave gira en la cerradura; por el zaguán ancho y alto en el que suenan los golpes del aldabón, como los toques que daba el convidado de piedra á la puerta de Don Juan, puede salir la dueña quintañona, el hidalgo embozado, el libro de misa forrado en pergamino, el manojo de llaves tomadas de orín, y la camándula. Pero de estas casas que traen á la memoria á algunas de las ciudades italianas; de estas que no han oído la *queda* ni visto pasar la ronda, ha de salirse para el teatro, para el baile, con vestido de raso y antifaz de terciopelo. Parece, al verlas tan cerradas, que cuelga de sus barandales, no una escala sino un escapulario.

En las poblaciones que podríamos llamar solariegas no resalta el contraste entre las fachadas de las casas y las costumbres de sus moradores tanto como en Toluca. Hay balcones que parecen hechos para estar cerrados, y otros para estar abiertos. El corredor en Toluca es como una terraza florentina. Hasta las macetas, que son por lo común de barro obscuro, allí se acicalan, se visten de fiesta y se pintan.

Hace frío, es verdad; pero esto da á Toluca nuevo encanto: el placer voluptuoso de abrochar la capota de pieles á una bella adorada cuando sale del baile. Se piensa, al sentir ese frío, en las castañas que brincan, en la Noche Buena que viene, en el villancico, y en la cama que espera como buena esposa. Y ese frío calienta las mejillas de las toluqueñas, á juzgar por el fresco, encendido color que las hermosea. Pero ¿por qué las impide salir á la calle á la hora en que los luceros asoman para verlas, y no cuando, con húmeda gasa de plata, viene el alba, y está tan fría la campana que llama á misa? ¿Por qué el tápalo y el manto? ¿Por qué tan lindos claveles en el tiesto y no en las negras cabelleras? ¿Son celosos los maridos? ¿Son los tutores como el de Rosina?

¡Canta, Fígaro! Entona la serenata, ¡oh bizarro Almaviva!

JALAPA.

I.

Me gusta llegar de noche á una ciudad desconocida para mí; tomar, luego que llego al paradero del ferrocarril, el tranvía ó el coche que han de llevarme hasta mi alojamiento; encerrarme en el cuarto; tenderme en la cama á buena hora, y descansar allí del viaje, libre de importunos, con la botella, de viejo O'Porto en el buró, un buen libro junto á la botella y abierta la aromosa caja de tabacos. En las capitales, en los grandes centros de población, difícil, si no imposible, es tal sosiego: la calle nos llama, el bullicio nos provoca, cedemos á las tentaciones de la luz, y echamos á andar sin rumbo fijo, como revolotean algunas aves marinas en torno de los faros. En esas ciudades la vida nocturna es intensa, atrae, fascina, tiene hechizos irresistibles de mujer: no así en los pueblos pequeños que se recogen temprano y cuyos faroles de aceite cabecean, soñolientos, desde las ocho de la noche.

A Jalapa llegué bastante después del obscurecer; de modo que pude entregarme á la voluptuosidad de adivinarla y de sentirla antes de verla; á ese placer delicado que tanto se parece al de estar, á obscuras, cerca de una hermosa que duerme. Para los que buscan lo exquisito en el sentimiento, nada más atractivo que el misterio. —El placer aumenta en razón directa del trabajo que nos cuesta disfrutarlo, y por lo mismo nos parece más bella la mujer que se recata, y más precioso favor el que nos concede, cuando permite que nuestra mano le alce el velo. La sombra de las capillas, la más espesa todavía de los viejos confesionarios, la celosía cerrada, el tenebroso pasadizo en donde suenan besos de meninas y de pajes; la tortuosa calleja iluminada por el candil de algún retablo, dan á los inimitables «Cuentos de España é Italia,» narrados por Alfredo de Musset, secreto y prestigioso encanto.

Viajando, solemos sufrir grandes desengaños, sobre todo si hemos leído antes lo que otros escribieron acerca de los parajes que vamos á conocer. En esos libros aparecen el lugar, el campo, el paisaje, la marina, la ciudad, el pueblo, el villorrio, el monumento artístico, no tales como son, sino tal como los *sintió* el temperamento del viajero. Así, por ejemplo, el último libro de Paul Bourget, titulado con tanto acierto «Sensaciones de Italia,» no es, propiamente, una descripción de las ciudades que recorre el viajador, sino la colección de hojas sueltas en que fué fijando algunos de los estados de su alma. No serán así los frescos de Perugino, los del Pintirruchio, no será así Volterra, ni Orvieto, ni la Umbría; no

despertará en todos las mismas ideas, hermosamente tristes, que despertó en Bourget la contemplación de Asís; pero así vió él frescos, pinturas, catedrales y paisajes. La belleza que percibimos es un triángulo cuyas tres líneas componentes son: el objeto mismo, el que lo mira y el instante en que lo mira.

Antes de conocer á Jalapa tal como es, quise volver á verla como la había soñado, como la había visto descrita en prosa y verso; y, arropada en la cama, trasegaba en los desvanes de mi atestada memoria, ya gozoso con el hallazgo de un bonito verso, ya ufano si descubría entre montones de periódicos, atados con groseros balduques, algún artículo de Altamirano, ya tarareando alguna romanza ó villancico de Juan Peza, ó haciendo poderíos por reconstruir lindas estrofas de Roa Bárcena, tramadas por él con esplendentes hilos de damasco y descosidas en mi recuerdo por el tiempo, que manosea y desgarra todo. ¿Son de Roa estos versos?

Dé cuanto he visto no hay cosa
Que así me halague y sonría,
Como mi ciudad natía,
Como Jalapa la hermosa?

¿Describió esta hermosa tierra en aquella adorable poesía, tan cándidos como vellón de cordero que sale del baño, titulada: *La Primera Comunión?* En los repliegues de la memoria se me ocultan, riendo de mi torpeza, los traviesos recuerdos; y como no tengo libros á mano para hacer el recuento de los primores que he leído, inspirados por Jalapa, me resigno á dejar que corretee la turba juguetona, sin preguntar á cada chicuelín cómo se llama ni quienes son sus padres, ya que mis viejas, entumecidas piernas, no me permiten dar alcance á esos ágiles versos, siempre mozos. Recordando cree uno á veces estar á orillas de un lago: la onda llega retozona hasta tocar nuestros pies, y tal parece, por lo saltarina, aro de fino acero lanzado por la mano de una niña; mas, al intentar pararla, con sesgo inesperado burla nuestro intento, y huye, reidora, de las rocas. Una garza alza el cuello, y se chapuza antes de que nuestra escopeta haya disparado; los peces vestidos de seda y pedrerías, como príncipes de Oriente, hienden el agua, se aproximan airosos á la ribera, pero aunque lleguemos con júbilo á sentir el frescor de sus escamas, escurridizos se nos escapan de las manos.

En ocasiones, una palabra, un lugar, un color, un perfume, así como asusta el tiro de una arma de fuego á los pájaros que se hospedan en el árbol, hacen que bullan nuestras memorias y en bandadas se dispersen. No sabíamos que anidaban en la encina ó el haya de que salieron; las teníamos olvidadas, y casi al punto que

las vemos, desaparecen. Otras veces sucede que la memoria nos devuelve cuerpos de náufragos, ideas, sentimientos que creíamos perdidos para siempre en el oscuro piélago, y que de improviso reaparecen traídos por la marejada. No es posible hacer el inventario de lo que guarda ese caserón de la memoria, lleno de escondrijos, pasadizos, puertas de escape, cómodas con cajones de cien tretas, baúles de doble fondo, bodegas subterráneas, y tapancos polvosos velados por cortinajes de telarañas. Todos los días entran nuevos huéspedes á esa posada, y no sabemos—¡tántos son!—los números de los cuartos que ocupan, ni si en ellos están ó si han salido; pero es de notarse que jamás se ocultan ó pierden para siempre, y cuando menos lo esperábamos, abren las puertas de sus cuartos, salen á encontrarnos, ó de súbito saltan como esos muñecos de goma elástica que, en tres dobleces, guardan algunas cajas de cartón.

Así, mientras reposaba, aparecían, en mi memoria, como á modo de mamparas que, dando paso á la luz, se abren y cierran luego en el corredor de algún hotel, versos, retazos de oriental prosa, inspirados por Jalapa. Eran como caras de viejos conocidos, cuyos nombres recordaba con esfuerzo, si recordarlos podía. Algo de Don Pepe Esteva, algo de Roa, algo del Maestro Prieto, una pincelada esplendente de Nacho Altamirano, una serenata de Bablot, una cavatina de Peza; y, todo junto, la Jalapa de la poesía, la Jalapa que *sintieron* y me hicieron sentir artistas próceres. ¿Sería así, tan cuajada de flores, tan rica de color? ¿La envolvería la neblina como blanca mantilla de andaluza? Ella dormía con sosiego de madre joven, cuyos sanos y hermosos hijos ya están soñando con golosinas, besos y juguetes. La oía dormir y la esperaba. El alba iba á alumbrar su primera sonrisa.

Interin Jalapa despertaba, entregábame al placer de sentirme fuera de la ciudad gomosa, que con tenazas de pulpo nos aprieta. Esta sensación de alivio y descanso es la que experimentamos al salir de las estufas que chorrean sudor en el baño turco y recibir la ducha de agua tibia. Ya estoy lejos..... ¿Lejos de qué? ¡Tal vez de mí! Un muelle entorpecimiento de los sentidos, un sueño de todo el cuerpo, algo así como que se *hace el muerto* en el río de la vida, es lo que uno siente. Respiramos con libertad, el aire nos pesa menos; una desconocida que, por breves instantes, se parece á la dicha, nos sonríe. Ah! Mañana no repicará la campanilla del portón; mañana dará el alba cuando yo haya descansado; mañana veré algo hermoso, lo no visto aún..... que es lo único hermoso.

Precisamente, mientras venía el sueño mentiroso á hablar conmigo, hojeaba uno de los últimos libros de Guy de Maupassant: *Sur l'eau.* De los últimos..... sí..... ¡tal vez no escriba otros! Y en ese libro hallaba el análisis de mi propio estado de alma. Ya

hablaré, en estas «notas,» de ese libro que él escribió con todos sus nervios y que yo oí como si todos mis poros fueran oídos. Dice Maupassant:

«Siento la calma, el tibio y blando sosiego de una mañana primaveral en el Mediodía, y hasta me imagino que semanas, meses, años ha, dejé á las gentes que hablan y se agitan. Siento que me entra la embriaguez de estar solo; la embriaguez apacible del reposo que nada turbará, ni blanca esquela, ni mensaje azul, ni el timbre de mi puerta, ni el ladrido de mi perro. Ya no me llamarán ya no me invitarán, ya no me arrastrarán oprimiéndome con sonrisas, acosándome con cortesías. Estoy solo, verdaderamente solo, verdaderamente libre..... Quince días sin hablar, ¡qué alegría!

¡Oh, pobre Maupassant, que estabas solo! Ya

Tu alma es un castillo solitario
Que habitan los fantasmas. . . !

Pero ¡cómo palpita en esas breves líneas el *tedium vitæ*, el anhelo de aislarse, emanciparse y vivir uno para sí y para los suyos!

En el libro de Bourget, citado antes, y que tenía también en mi buró, se ve asímismo la tristeza, pero menos agudamente nerviosa que la de Maupassant, y más rayana en la pía resignación de Ernesto Renán. Los dos grandes artistas iban, uno á Italia, el otro al mar, á vivir solos. Los dos huían.

. . . . . .

Mató mi luz el sueño. ¿Cómo será Jalapa?

II.

En Jalapa la luz es perezosa. Tarda mucho en salir de sus colchas de nubes, y sin duda para no despertarla, para que ningún ruido turbe su reposo, las campanas no dan el toque de alba. Extraña este silencio de las torres, sobre todo cuando la víspera se ha amanecido en la tórrida Puebla. En Puebla no descansan las campanas. Parece que todas á la vez entonan la letanía, y ya una con penetrante retintín llama á misa, ya otra con grave entonación de abad convoca al coro; grita ésta, canta aquélla, gruñe la de más allá; y el aire se llena de rumores metálicos, que chocan como escudos de combatientes en la brega, que corren como carros de aurigas, que majan comolos mazos en el yunque. En Jalapa los pájaros son los que reciben al nuevo día. Despierta uno porque el sueño se despide, no porque un campanazo lo haga huir espantado.

Apenas hubo luz, salí á la calle. ¿Luz.....? Sí, pero como luz

de veladora vista al través de porcelana blanca y diáfana. La neblina, envolviendo la cara de la luz, asemejábala á esas majas que, por coquetería provocativa, se tapan el rostro con la mantilla, dejando sólo ver los ojos. Salía del baile esa luz toda cubierta de encajes.

No puedo decir que hiciera frío. Hacía frescor. Sentí al salir lo que se siente en un baño tibio cuando el agua empieza á enfriarse: la sensación voluptuosa que produce el calor cuando se va poco á poco, ó la boca amada cuando se desprende lentamente de la nuestra.

La neblina de Londres ha de ser bruma, turbia, como de color de remolino. La que se alza del lago, mi buena y triste conocida, es casi azul y tan delgadita que parece convaleciente. Cuando la besa el sol se le enrojecen los pómulos, como á las tísicas. Esta neblina de Jalapa es blanca, blanca; parece, de veras, el velo con que va cubierta la sultana, cuando en palanquín, vuelve del baño. Se adivina que detrás de ese velo hay un cuerpo hecho de rosas y húmedo todavía. Se sienten deseos de morder esa gasa para llegar al brazo.

De cerca no la sentimos, no la vemos. Es como la dicha! Pero, allí está, á pocos pasos, como la dicha también! En donde aparece más blanca y más hermosa es en el fondo de esas hondonadas que llaman calles en Jalapa: por ejemplo, en el camino que va al *Dique*. Se espesa, se agrupa para subir hasta la iglesia, cual numeroso coro de novicias.

Entre la niebla, siente uno que las ropas se le mojan; y, en la cara, como si con pulverizadores la rociaran. Pero, ¿llueve en realidad? Yo veía puntitas de aguja atravesar sesgadamente el aire; pero me fijaba en el agua quieta de la fuente, y ninguna gota la hería: tan sutiles son así las briznas de agua que salpica esa llovizna. Parecíame que estaba dentro de una gran pompa de jabón.

Y nada mejor que esa neblina me dió la imagen de las tristezas muy calladas. ¿No os ha ocurrido al hablar con un amigo, al leer algún libro, sentiros empapados en vapor de lágrimas? Y los ojos del amigo están pensativos; pero no lloran. El libro habla de flores, de poesías, tal vez de bailes. Pero no, no nos engañamos; se ha mojado en llanto nuestra alma..... sale vapor de lágrimas de esa boca, de ese libro!

Mirando, en mañana de niebla, esa bajada al *Dique*, releí la *Sinfonía en blanco mayor* de Theófilo Gautier. ¡Que deslumbrante blancura la de ese trozo pentélico! Pero, en verdad, ví defraudado mi propósito. No se compadecía con la niebla esa blancura. La celebrada por el apolíneo Theo es la mate, la humana, la marmórea, la que puede palparse; y esta de la neblina, es ténue, incorpórea, inmaterial. No la podía cantar el gran pagano, amador de

la forma; el artista supremo de quien paso, equivocadamente, por devoto ferventísimo. No: la poesía de Gautier es el paraíso de mis ojos; pero cuando cierro éstos para recordar, para soñar, para oir las voces de mi espíritu, busco á los poetas que han sufrido y han amado, y á los que hablarme saben de esperanzas.

La poesía de la niebla, ó es lamartiniana ó es fantástica, á manera de la de Uhland. En esas gasas de vapor se envuelve la imaginación muy á su gusto. Y como esa inmensa red de encaje vuela allá, con ella va la fantasía.

¿Véis como se confabulan esas nubes, de luengos trajes talares, en la cumbre del Cofre? Abajo, trepa, azuleando, el humo de la fogata prendida por el leñador que hace carbón. Arriba, las viejas nubes hacen niebla.

Vinieron ellas del Citlaltepetl que alza su pico de cisne olímpico para coger una estrella; vinieron de la nieve; trayendo á cuestas grandes témpanos, y diligentes hilanderas, tejen niebla.

El que era trozo informe de hielo, ya es carrete de hilo muy delgado, que ellas van desenredando. Caen las hebras sutilísimas, levántalas el aire, enróscanse en espiras, únense en guedejas, flotan en el aire, espumean, se condensan, se enmarañan; y los husos de las nubes siguen girando con rapidez vertiginosa, y la rueca no para, y se enreda la atmósfera en las mallas de esa impalpable, aerea, blonda, blanca.

¡Ah, viejos árboles de Pacho...! No gustan de viejos verdes las honestas nubes. Ya os pusieron canas! Va la niebla llegando como un soplo que apaga, pero que al apagar no hace lo negro, hace lo blanco.

¿Y vosotros, oh altos liquidámbares? El invierno os desvistió y tendeis los rugosos brazos desnudos, pidiendo hojas..... Ya van á envolveros en limpias sábanas de baño.

La niebla, todavía dispersa, corretea en sueltas bandadas. Todavía está en el campamento, vivaqueando, antes de formarse en batallones para la batalla. En las copas de los árboles parece corte de palomas. Y cuando la vemos en la cuenca, en la hondonada, en la barranca, pensamos en las lavanderas cuyos brazos están cuajados de lejía, ó en las que trepan ágiles y airosas por la loma, llevando en la cabeza los lebrillos que rebosan ropa blanca.

Luego la niebla cae y vence y cierra. Sentimos la humedad y abrimos el paraguas; pero el vapor de agua se nos sube á las barbas. Para esta lluvia chicuelina y brincadora no hay puerta cerrada, no hay rendija estrecha, no hay abrigo, no hay defensa.

Esa humedad que nunca llega á ser visible, que no mancha ni descascara la pared, que no enferma, que no huele, está en todas partes. La dejamos en la calle y la encontramos en la alcoba. Nos vestimos, y queda adentro del vestido. Nos metemos en la cama, y está escondida calentándose en las sábanas.

¿Para qué guarecernos en la casa? Quédese el gato apelotonado en el sillón. Nosotros á la calle. A la calle; á sentir ese beso fresco de mujer que sale del baño.

La blancura impalpable nos rodea. Abrid los ojos para no ver más que un color. Sentíos dentro de un pomo de polvo de arroz. ¿Que no véis nada? ¡Ah, entonces el arte no ha dicho aún á vuestros ojos: Abríos! Coppee sí puede ver, puesto que ha dicho:

Et partout on voi neiger
Des plumes de tourtourelles!

Estais arrebujados en la falda nívea de una novia. ¿Sabéis lo que flota en la atmósfera? Aroma de azahares. Hay nupcias en el aire.

Arriba de los tejados danzan bayaderas; ondulan túnicas de gasa; brilla una zapatilla de cristal cuando algún rayo de sol llega furtivo, culebreando, á asomar su pupila de oro por la rejita más abierta del encaje. Están celebrando con gran fiesta á la Santa preferida de la inmortalmente blanca Madame Recamier: á Santa Muselina.

Enfrente, en la azotea del palacio de la señora marquesa, un baile. Todas van peinadas de polvo. Las golas de los abates no tienen una sola mancha. Hay armiño en vez de alfombra. Y cuando el sol espía y huye para que no le atrapen, brilla el oro en el tisú lentejueleado de los caballeros.

Más allá, bajando, en esa planicie que apenas divisamos porque la cubre una tela que parece de vaho, marcha la caravana de los árabes. El aire agita sus alquiceles. Y en el lado opuesto al Norte, alean los mares de la niebla pálida, los de ondas frías, los de indecisos horizontes que ha pintado con espíritus de colores, con reflejos de nieve, el admirable Pierre Lotí.

En medio está el templo con su toga blanca. Tal parece Araón en la montaña. Y, más cerca de nosotros . . . ¿no miráis? ¿Quién es ese caballero enharinado que parece salir de los brazos de la hermosa panadera que tenía muchos escudos? Parecióme, al pronto, el Comendador, el convidado de piedra, pero al acercarme ví que no era.

Un pantalón . . . un frac . . . una barba aguzada . . . una nariz zorra . . . un ojo de águila . . . una calva de genio . . . ¡él mismo! ¡Lerdo!

La magia de la niebla habíame hecho olvidar, y despierto en el parque de Jalapa. No os he contado aún cómo es la linda perfumista que ama y sueña, abanicada por los liquidámbares. La neblina pasó ya por mi mano su jabón de coco para que escriba de Jalapa. Os hablaré de ella el jueves; y el domingo, desayuno en el Dique; almuerzo en el Molino.

PUEBLA.

También la catedral está de buen humor, y en las torres loquean las campanas. Adentro yo no sé lo que dirán los señores canónigos en el salón de los hermosos gobelinos; pero afuera, el repique vocea la buena y grata nueva, esparciendo alegría. Ya es la mañana del trabajo ó del paseo urbano; la mañana de la vida social, no la fresca del campo humedecida por el alba ni la caliente y modorra de la alcoba. El alto funcionario llama á su barbero; el empleado de poco sueldo y poca ropa, luciendo su lustroso traje negro —desmanchado la víspera—corre á la barbería. Esa señora, que ya dejó lavados y vestidos á los chicos, entra á misa. Esos muchachos que hoy no van á la escuela, se dispersan, como canicas de una caja volcada en el jardín. El cura se desayuna. El yankee almuerza. Estudiante, enciende el puro. Cantinero, prepara muchos saudwichs. Diputado á la Legislatura, ya es hora de que proteste gobernante nuevo.

En la Compañía - ¡cosa rara!—hay pocos devotos. Como repican tanto las campanas grandes, no se oye la voz temblorosa de las campanitas que llaman al divino sacrificio. Desbórdase la gente por las calles que están ahora con primor engalanadas. Cerró el comercio sus tiendas porque así lo quiso y no porque ninguno lo ordenara. Perdió un día de ventas, pero ganó un buen gobernador. Hay cortinas, hay flámulas, banderas, en todos los balcones. Los colores de Francia, los de España, los de Alemania, los de Italia, los de Suiza, los de Bélgica, forman espléndido cinturón á la ciudad. Las calles de Mercaderes, tan limpias, tan alegres y elegantes, parece que se abren paso con dificultad entre dos hileras de barcos empavesados. En la plaza, colgando de los árboles, faroles venecianos, forman arcos de triunfo para que pase por debajo de ellos, con altivez y brillo de victoria, tu mirada ¡oh Augusta! ¡Oh Hermosura!

Casi es imposible penetrar en el salón de la ley. Los soldados están donde es su sitio, abajo, de guardianes. Arriba aguardan los representantes del pueblo en sala abovedada que semeja galería de templo egipcio. Llega el gobernador: tipo militar; de veterano, pero no de viejo; varonil, pero no duro; valiente, pero no fanfarrón ni petulante. Su mirada es inteligente y recta; pasa sobre las cabezas como acero de general que da, á caballo, una señal de mando. Y no por eso es soberbia ni despótica: baja también y se detiene con cariño en el soldado raso, en el herido. Revela al jefe y al afectuoso camarada. Manda á tiempo.

El presidente de la Legislatura, joven y distinguido, lee un discurso bien pensado y bien escrito. El gobernador contesta en otro de alma honrada y de forma serena. Lo pronuncia con voz clara, vibrante; pero á veces se emociona y su voz tiembla, como la mano del sacerdote ferviente al ir á tocar el ara santa. Esa palabra tiene buen corazón.

Después protestan los insaculados, y la comitiva oficial dirígese á Palacio, hendiendo la compacta multitud. No es Palacio ese que tiene el Ejecutivo de Puebla. Es una gran vivienda. En el salón, decorado sin lujo, reciben los nuevos felicitaciones y oyen lo que dicen las esperanzas balbucientes. Noto sinceridad en aquellas, y trasluzco en éstas mucha fe en el porvenir. No tienen miedo; confían en el hombre que escogieron.

Luego se va al banquete y éste es en el Colegio del Estado, edificio que honra á América y también á sus fundadores los jesuitas. En el aula mayor, de tallada y solemne sillería; frente á lienzos descoloridos por el tiempo, que representan á obispos y á próceres benefactores de la institución; vacante la presidencia porque ya el teólogo amarillo y de corva nariz no está en la cátedra, tendieron sobre mesa muy larga los manteles blancos. ¡Cómo contrasta la «pieza montada,» esbelta y modernísima, con la madera, adusta y venerable, de la viuda sillería! ¿Qué dirán las almas de doctores y maestros si por acaso viven ocultas en los tallados y vetustos asientos, al oir los disparos del Champagne? Eso sí: brindis no oyeron. Muy cuerdamente los desterraron, como á poetas, como á perniciosos, quienes con tino y buen gusto dispusieron el festín.

Termina éste, y ciento cincuenta invitados se derraman conversando alegremente, por las amplias crujías, por corredores y salones, ó salen á recorrer las calles vestidas de fiesta.

En la noche, hay serenata. Sube el cohete vestido de máscara, con cerrado, estrecho dominó de luto, y cuando ya no podemos alcanzarle, quítase el antifaz, lanza un grito burlón, y para más mofarse de nosotros, el espléndido, el loco, el príncipe magnífico, sacude su escarcela y deja caer piedras preciosas, que no llegan á nuestras manos, ya tendidas y abiertas, porque se pierden juguetonas en el aire. Las estrellas, esas estrellas de Puebla que brillan tanto y que ven con tanto amor, miran enredarse en el cuello núbio de la Noche, sartas orientales de oro y de diamantes, de rubíes y de zafiros. ¡Y qué hermoso está el parque y cuán hermosas las que en él pasean! ¿Esas pupilas cayeron también de esas estrellas?

Poco á poco el silencio va cayendo y la sombra se va ahondando. Dijo bien el poeta: «Muy tristes, muy tristes son las músicas que se van!» La catedral se ha cubierto, de la cabeza á los pies,

con su velo de Madre Superiora. Habla de cuando en cuando; mas con voz pausada, lenta, grave. Alza un *oremus* ó gime el *Eheu fugaces*. Se ven luces dispersas: son las de las monjas vigilantes que rondan el silencioso dormitorio.

Volvamos al hotel. Allá espera la llama azul del ponche, que es la última que se apaga. Llevo un buen recuerdo más.

MORELIA.

No intento describir esta ciudad ni traer á cuento los innumerables recuerdos históricos que encierra. He titulado mi artículo «Morelia,» porque pensando en ella, viendo con la imaginación sus fértiles campiñas, su paseo de San Pedro, su humbrosa y melancólica calzada, sus viejos templos de fábrica española, sus amenos jardines y sus ruinosos monasterios, he empezado á escribirlo. Me parece estar en la loma de Santa María, coronada por lo que llaman y llamó la piedad cristiana de nuestros padres, el Calvario; en ese pueblecito, todo lleno de flores que se me figura un Mixcoac subido en hombros de indios á la cúspide del cerro. Desde allí es encantador el aspecto de Morelia: habrá otras ciudades más bellas; pero no conozco ninguna más simpática. Verla por primera vez desde ese punto ó desde la Loma del Zapote, y desear bajar para mirarla más de cerca, para refugiarse en sus nidos blancos, todo es uno. Se ve larga, como acostada y dormida en suave colina. Las torres de su catedral son muy esbeltas y pocos metros menos altas que las torres de la nuestra. Muchas otras torrecillas y cúpulas de capillitas, empínanse como asomadas á las espaciosas azoteas de las casas. No hay ningún río caudaloso en que Morelia pueda verse, porque no es coqueta ni presumida, sino humilde. Está acostada cuan larga es, á semejanza de una segadora rendida por el cansancio, y sólo las torres de su catedral son las que se alzan sobre las puntas de los pies, las que no duermen, para cuidarla, velando el sueño en que reposa, para espiar y ver de lejos si se acerca algún peligro. En todo el espacio que separa á Morelia de Santa María, falta la inmensa sombra, la sombra luminosa, porque el héroe hasta á su sombra comunica luz, del gran Morelos. En la ciudad está Ocampo: aquí, planea Morelos.

Y por cierto—dicho sea, al pasar—que ni Morelos ni Ocampo tienen todavía un monumento digno de su gloria en lo que fué Valladolid. Hay dos estatuas de Morelos en la ciudad. Una, la primitiva, ha mudado de sitios varias veces. Parece que los morelianos quieren despedirla y despacharla á México. Ha poco la dejaron cerca de la antigua garita por donde entraban las diligencias en aquel entonces. Ahora se viene á México por otro rumbo, y los morelianos, siempre corteses, la acompañaron hasta la plazoleta más próxima al paradero del ferrocarril. Allí se está. No es una estátua, es un muñeco puesto en el remate de una columna muy delgada y muy alta, como figura tallada en el puño de un bastón, extremadamente larga. Conocí á ese muñeco cuando tenía color de bronce; luego lo ví verde, ahora está blanco.

Otro Morelos hay en uno de los jardines de la plaza mayor; pero este Morelos es muy bajo de cuerpo, bastante gordo, y como tiene un papel en la mano izquierda y cierto aspecto de bondad candorosa, más bien parece un respetable miembro del Ayuntamiento leyendo su discurso de diez y seis de Septiembre.

El Ocampo que está en el centro del otro jardín, en uno de los costados de la Catedral, parece más buen hombre todavía que el cura de Tarácuaro. Está de frac, y así, frente al palacio, tiene el aspecto de un diputado á la legislatura y de estar aguardando á que se abran las puertas para entrar al baile. Su pantalón y su frac no hacen ni una arruga. Son de corte irreprochable. Por eso dice una muy inteligente amiga mía, que el autor de esa estátua erró la vocación: debió haber sido sastre.

Ahora, puesto que á la plaza hemos bajado, podemos discurrir por la ciudad. La Catedral es hermosa; la rodea un buen enverjado de hierro; y el interior del templo, de orden dórico, está dividido en tres naves majestuosas. ¡Hubiérais visto sus torres, como yo las ví, iluminadas por millares de candilejas, á guisa de festones luminosos enredados en ellas! En los costados de la Catedral hay dos jardines que bien quisiéramos en México, por frondosos, limpios y esmeradamente cultivados. También hubo en esos jardines, durante las noches de la fiesta, pintoresca iluminación veneciana; pero esta iluminación, dispuesta con el mayor arte, tenía un carácter que nos es más familiar: el de todas las iluminaciones patrióticas. Globos verdes y blancos y encarnados, prendidos en las ramas de los árboles, á manera de frutos fabulosos de algún nuevo jardín de las Hespérides; formando arcos aquí, guirnaldas acullá, y en conjunto, una gran bandera tricolor.

En el centro de estos dos estandartes deslumbrantes, erguíanse las torres del templo, todas vestidas de luz, pero de luz uniforme, color de oro pálido. Diríase que todos los cirios de los altares, de los candiles y del coro, habían salido á las cornisas para ver la fies-

ta. No se miraban sus cuerpos blancos, como si estuvieran ellos enterrados en la piedra y sólo sacaran afuera las curiosas é inquietas cabecitas. Tampoco á los ángeles que vemos en algunos lienzos místicos se les mira el cuerpo. Y allí estaban, en las cornisas, en las horneras, en los calados, en los frisos, muy juntos, muy unidos, muy despiertos, hablándose con esos parpadeos que parecen cuchicheos, sonrisas maliciosas de la luz; moviendo sus cabecitas de fuego, como se mueven las cabezas de los niños, con los ojos muy abiertos y muy sueltos los finos rizos rubios, en las gradas de algún teatrillo de Guignol.

Esas travesuras de la luz me recordaron otras semejantes que ví en el bosque de San Pedro.

El bosque de San Pedro es el paseo más hermoso de Morelia. Por eso mismo son muy pocos los que van á él. Mi erudito amigo D. Juan de la Torre calcula que hay en él veintidos mil árboles, Para formarse, pues, aproximada idea de él, debe tenerse en cuenta que los árboles de nuestra Alameda de México, en la actualidad, no llegan á dos mil. El bosque de San Pedro es majestuoso, imponente, hermosamente triste. Más que paseo, se me figura aquél un enorme monasterio de árboles. Tienen éstos, en ese sitio de meditación y de quietud, no sé qué aspecto cenobítico. Cuando el viento agita sus hojas, se escucha como colosal murmullo de oración, como un salmo cantado á media voz por innúmero de monjes en algún coro gigantesco, cuya sillería nos imaginamos que es de ébano. ¡Qué felices son los morelianos, puesto que tienen la soledad tan cerca de ellos! Todo en ese bosque, es intrincado, enmarañado; y todo en él está inculto. He pasado allí las últimas horas de la tarde, y llegué á creer que la noche no bajaba á aquel sitio agreste, sino que salía de él, como una hamadriada sale de la hendida encina para ir á la ciudad. Algunas de sus grandes calles, de sus grandes bóvedas, parecen túneles de hojas: en el fondo se vé un pequeño arco azul..... es la luz que se va, y antes de irse se asoma para ver quién queda adentro del bosque.

Aquí y allá se encuentra una que otra banca de piedra, no hechas para rozar la falda leve de una muchacha enamorada, sino la burda estameña de algún hábito monacal. Instintivamente se busca el convento que ha de estar no lejos, y se espera el encuentro con algún fraile pensativo que pasee, breviario en mano y camándula al cinto. Cae la noche y obsérvase entonces el efecto de luz que recordé al contemplar las torres iluminadas de la catedral: incontables luciérnagas culebrean, mariposean ó se fijan y mueren en la yerba. Nada más bonito que estos volantes *no me olvides*. En algunos trechos, parece el campo alfombrado con hojas de violeta que se transparentan iluminadas por abajo. Se diría que muchos duendes retozones, por pasatiempo, se ocupan en encender

átomos de aire y en apagarlos, apenas encendidos. Otras veces, están las luciérnagas paradas momentáneamente en las obscuras hojas, y tal creemos que nos ven las hojas. Y tiene algo de beso esa mirada que dura! Hay mucha sombra; no se ve nada; pero vemos luciérnagas, es decir, vemos el aire.

Así me figuro el limbo de que hablan los místicos: una atmósfera hecha de luciérnagas!

Saliendo del bosque de San Pedro, se entra á lo que llaman la calzada. Más de quinientos metros tiene esta calzada, que es una larga calle de fresnos. A ambos lados tiene hileras de bancos ó lunetas de piedras. Atrás de esas bancas y á poca distancia de ellas están las casas á donde van á veranear las familias acomodadas de Morelia.

Se respira con amplitud y fuerza en aquella frondosa nave. De cuando en cuando pasa el tranvía, y ese nos lleva, material y moralmente, á la ciudad. Menos nos habla de civilización y de cultura urbanas, la luz eléctrica con que alumbran la calzada, porque al cabo y al fin la luz eléctrica tiene mucho de fantástico. Los focos, suspendidos de los árboles, pueden hacernos creer que aquel lugar está alumbrado con las lunas viejas que envejecieron y fueron dadas de baja en el año.

En un extremo de la calzada está la plazuela de Villalongín: se llamaba antes «de las Animas,» y lleva ahora el nombre dicho antes, en memoria de un hecho insigne.—«Hubo un tiempo—dice el Sr. de la Torre—en que la iglesia de las Animas, después de cerrada al culto, se destinó á reclusión de señoras, y la esposa del insurgente Villalongín, perseguido por el gobierno español, fué encerrada en aquella, con la mira de obligar por este medio á su marido, á que depusiese las armas; el jefe Villalongín, lejos de desistir de sus patrióticos propósitos, acompañado de su asistente penetró un día á la ciudad, salvando los puestos militares y extrajo de la reclusión á su esposa, con gran sorpresa de los guardias y de la población entera.»

¡Cuántos otros serían capaces de ejecutar el propio acto de heroísmo, para dejar en reclusión á sus mujeres!

En esta plaza de Villalongín ó de las Animas, nos abocamos á la ciudad. Ya está allí la gran arteria de Morelia; se ven las luces de las tiendas, los escasos transeuntes; mas, sin medio de evitarlo, volvemos la vista atrás, buscando al monje que debe de acompañarnos. Allá, en el otro término de la calzada, está el santuario de Guadalupe, y aunque cerca de él se ve el lindo jardín azteca, modernísimo, elegante, trazado y hecho durante el Gobierno del Sr. Jiménez, no podemos sacudirnos la impresión monacal que llevamos encima. Por añadidura pasan al lado nuestro—voy con Ud., lector—hombres envueltos en anchas capas y que, ó son sacerdotes, ó lo fueron, ó van á serlo.

Todo en Morelia, y á pesar de la estátua de Ocampo, es clerical. Y allí sin duda el clero fué muy rico y aun conserva restos de su opulencia. Lo dicen los treinta templos—entre templos propiamente dichos y capillas—que existen todavía, amén de los extinguidos; lo dicen las ruinas de esos conventos tan grandes como las del Carmen; y las suntuosas fábricas levantadas allí por jesuitas ó por frailes. Lo que es ahora Escuela de Artes—y por cierto, hermosísimo edificio,—fué antaño colegio de jesuitas. Lo que es ahora palacio de Gobierno, fué Seminario, y en él se educó Ocampo. Y para no intricarnos ni hacer referencia á otros grandes conventos como el de San Francisco y muchos más, básteme citar las construcciones nuevas emprendidas recientemente por el clero: el soberbio Seminario y el Colegio de Guadalupe destinado á la enseñanza de las niñas.

Pero estas instituciones eclesiásticas, así como las civiles ú oficiales, merecen capítulo aparte.

El lector ha de estar cansado; y ¿cómo no, si yo que me quiero más y me oigo más que él á mí, lo estoy también?

Humoradas Dominicales

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡MUY BUEN VIAJE!

. . . . . .

Cortesmente os acompañamos, queridos enemigos nuestros, hasta el umbral de la casa. La cuadrilla, compuesta de doce respetables caballeros, que ha venido á robarnos y nos ha robado un año de existencia, amén de muchas ilusiones y de algunas verdades, se despide ahora, ó, lo que es lo mismo, cambia de nombres y de trajes para continuar cometiendo las mismas fechorías.

Esos doce señores tienen casi todos la propia estatura, pulgada más, pulgada menos. Solo uno, el travieso, el medio loco, es un poco más bajo. Cada cuatro años crece como si se empinara para ver quién es el mero presidente, pero en seguida recobra su habitual tamaño. Este chiquitín parece un cascabel.

Antes de que se alejen esas doce personas, que ya están con el sombrero en la mano, debemos saludarlas con respeto como se saluda generalmente á los ladrones. Véamoslas por última vez, pero no tales como son, porque á nadie es bueno ver tal como es, sino como las disfraza nuestra fantasía, como las pinta la memoria. No iguales, no uniformadas, no con sus treinta ó treinta y un casillas de tablero invariable, sino distintas, individualizadas como las vemos al través de los recuerdos.

¿Qué es Enero? Es un niño; pero no un niño recién nacido, sino un niño que ya come dulces, compra juguetes, pide dinero á su papá y empaña con su vaho el cristal de los aparadores. Le gustan todos los colores así como de joven le gustarán todas las bonitas. Salta como la pelota, corre como el aro, gira como el trompo. A veces es ya un verdadero general, la prueba es que maltrata á sus soldados. A ratos deja la espada por la prestidigitación, por la caja de suertes ó de escamoteos, y se convierte en hombre político; color de rosa es

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

su cutis, porque Enero no come pan como nosotros sino merengues, caramelos y cerezas.

Este mes no existía antes. Es francés. Hay quien opina que vino con su tambor flamante y su corneta de brillantísimo latón cuando vinieron los zuavos. Pero él lo niega. Asegura que llegó en un baúl de una cantatriz de ópera bufa. Poco á poco fué recibiendo su equipaje: las bolsas de dulces, las capitas de raso acolchonado, los muñecos que dicen *sí* como los diputados, las muñecas que cuestan mucho como las mujeres, los ferrocarriles de hojalata, las casitas de madera. Antes no había más que un niño de porcelana, el Niño Dios. Desde que vino el francesito Enero hay muchos rorros.

Tras de Bebé llega Cascabel.

Es el más rehilete que no cesa de moverse. Ya ese no es niño.... ¡qué ha de ser! Cierra el rector la puerta del colegio, apaga los faroles de los claustros, ronda las celdas con paso cauteloso, espía por los agujeros de las cerraduras: todos duermen. Tranquilo, pues, retírase á su cuarto. Pero apenas ha abierto el viejo rector su libro de pergamino, apenas se ha sentado en el sillón de cuero, cuando Febrero, que se fingió dormido, entorna la puerta de su celda, atraviesa de puntillas los pasadizos, y los corredores, baja las escaleras sin hacer ruido, como baja una bolita de azogue por el plano inclinado de un espejo.... Salta las tapias de la huerta.... ¡y allá va por la calle obscura rumbo al teatro! ¡Qué colegial! ¡Qué alegre y decidor es Cascabel! ¡Qué bien sabe arrancar una careta.... con los labios! ¡Y cómo duerme en Marzo el chiquitín desuelado!

¡Ah! Marzo es triste. Es el regaño después de la travesura. La mamá se pone seria. Cascabel le anda huyendo el cuerpo; pero al cabo la entrevista es inevitable. Inútil fué que Cascabel se quedara á fumar con una tía, inútil que llegara á su casa después de media noche: la señora espera. Y fué preciso oírla.

¿Cómo paga Febrero su estudiantil escapatoria? Pues como la pagan todos los hijos de padres católicos antes de cumplir los quince años, yendo hipócritamente compungidos á la sacristía de alguna iglesia en donde los aguarda el confesor de la mamá. Mes de Cuaresma.

La rosa se quita su corsé. La violeta abre los ojos. El agua no es lluvia aún, es rocío. El pájaro sale de la escuela. Y en la atmósfera azul, cantando *bras dessous bras dessus*, corren Abril y Mayo por los campos. Abril es hombre; mujer, Mayo. ¿Qué si se casaron? Creo que sí, pero no lo aseguro. En todo caso se casarían ayer: todavía se aman mucho. Muy lindo es el sombrerito que lleva ella. Muy elegante la corbata de él. Están contentos de la vida los dos novios. Y ni él conoce á ella ni ella á él.

En llegando al último día del mes risueño, comienza el año á entristecerse. Ya va de bajada. Junio y Julio no están tristes habitualmente, pero sí de mal humor. Riñen con sus mujeres, padecen reumas de cuando en cuando. ¿Veis á ese caballero de paletot de hule, sombrero hongo y de paraguas inglés que se dirige al teatro, al club ó á algún café en noche lluviosa? Ese caballero es Junio que se aburre en su casa. ¿Y aquel otro que va á la casa de una amiga? ¡Ese es Julio!

Agosto reconcilia á los esposos mal avenidos. Trae un niño rubio para ellos y.... para otros un puñado de oro. Por algún tiempo recobra el año su alegría; pero ya no es amor el que lo anima: es la ambición, es el deseo de gloria, es la lucha por conquistar el vellocino de oro.

¡Qué ruido hace Septiembre! Tambores, clarines, disparos de cañón.... ¡seré fuerte! ¡seré poderoso! ¡seré rey! ¡Es el hombre en plena virilidad corriendo en pos de la fortuna ó de la gloria! Pero á poco el delirio se apacigua: ¡allí está Octubre! El crepúsculo azul envuelve el alma, se siente uno cansado; se desea, no la muerte, pero sí el sueño. Después de todo, la gloria es vana. Mejor es la dicha del hogar. Mejor es llevar á los niños de paseo en esas tardes que comienzan á ser largas para que los papáes puedan ir á la calzada con sus hijos. Mejor proveerse de pieles para el invierno. Ya tenemos nuestra casa, nuestra mujer, nuestra familia; ¿para qué ir en busca de aventuras?

Pero la vida no perdona. El apuntador llama á otro personaje y éste se presenta: es Noviembre. Las campanas se estremecen cuando él llega. La naturaleza encógese aterida y la noche comienza á ser muy larga, como para acostumbrarnos á la muerte.

Noviembre es blanco, pero no como el traje de las novias; no como el azahar; como la cera. El nos enseña lo que Renan llama la última ciencia: la resignación al olvido.

Y ya en Diciembre todavía vivimos; pero no en nosotros sino en nuestros hijos. Es el mes niño y no el mes viejo como lo pintan los artistas que no saben verlo. Por eso Jesús quiso nacer en él, y por eso vemos cómo se alegran todos los niños en Diciembre. Es el mes de los cohetes y de las zampoñas, de los panderos y de los rabeles, el mes en que hasta el mismo Dios es niño.

Nosotros vemos jugar á nuestros hijos y vamos cerrando los ojos poco á poco.

Llega San Silvestre, reza las oraciones de los agonizantes, y mientras los niños dejan sus botincitos en la chimenea para ver qué deja en ellos el nuevo año, nosotros nos vamos por no estorbar y seguros de que nada trae ya para nosotros.

OBERTURA DE PRIMAVERA

Este, según cuentan los que saben de esas cosas, es el mes de las golondrinas. En él vuelven las muy egoístas, las que se van cuando tenemos frío; las que no cenan con nosotros en la Noche Buena; las que no quieren acompañarnos á visitar los sepulcros de nuestros muertecitos en Noviembre..... ¿Por qué he dicho muertecitos .....? ¡Ah, sí, ya entiendo: porque todos los seres queridos de nuestra alma que se han muerto, nos parecen niños, criaturas, hijos nuestros que se han ido.....y que ya nunca, nunca volverán! Y les decimos muertecitos para igualar el cariño, el amor que les tenemos, con el cariño, con el amor que sentimos por los más amados: por los hijos.

Ya vuelven las revoltosas golondrinas! Pero ¿de dónde vuelven? Dicen algunos que de Africa.....Yo no puedo creerlo. ¿Qué han de ir á hacer esas inocentes entre tanto negro? Tal las quiero, que no me resigno á suponerlas ingratas ni egoístas; no me imagino que se van para no acompañarnos en las tristezas del invierno: creo que se mueren en una azul tarde de Octubre, y que al venir la Primavera resucitan. ¿Morir no es dormir? ¿Nacer no es despertar? Y me confirma en esta opinión el observar que nunca vienen golondrinas nuevas. Como ustedes habrán observado, siempre son las mismas. Y hasta regresan á la misma casa, al mismo nido que antes ocupaban, y que, en su ausencia, no se alquila á nadie. Si se fueran de viaje, unas se quedarían allá, otras se casarían con algún pájaro rico de los Estados Unidos; naufragarían tal vez algunas; morirían otras ..... y nada de eso pasa! Las golondrinas que vienen siempre son las mismas.....y vestidas lo mismo como buenas hermanas.

Un sabio—para mí los grandes poetas son los sabios—dijo de no sé cuáles golondrinas:—¡Esas no volverán! A semejanza de Platón, Gustavo Adolfo Becquer desterró de la república de la atmósfera

á sus poetas, á las golondrinas. Pero el tirano Becquer se engañó: esas golondrinas, sentenciadas por él á ostracismo perpetuo, sí volvieron..... nada más que ya á él no lo encontraron. Las golondrinas vuelven, tan frescas y tan alegres como de costumbre. Los que ya no volvemos cuando nos vamos, somos nosotros. Y ¿cuándo nos vamos? Algunos creen que cuando nos morimos; cuando cerramos los ojos; cuando ya no hablamos. Pero no es así; entonces se va uno el último..... el capitán del barco que en caso de naufragio es el postrero en salir de la nave que se hunde. Pero ya antes hanse ido muchos.

Porque uno no es uno sino muchos. ¿Soy yo acaso el mismo que hace diez años? ¡Nó, ese ya se fué! No nos despedimos de nosotros mismos, porque somos de casa y nos tratamos con muchísima confianza. La ciencia misma prueba claramente que este cuerpo nuestro de hoy, no es nuestro cuerpo de ayer ni será nuestro cuerpo de mañana. Las moléculas viajan eternamente. ¡Quién sabe en dónde estarán las partículas que formaban mi mano derecha cuando escribí con ella, hace doce años, mi primer artículo!

El cuerpo, el yo material, es una casa de huéspedes.....un hotel. ¡Y el alma.....! ¡Oh, el alma, muda mucho más! Diríase que no paga la casa y que á menudo la despide el propietario. Primero vive en un templo; luego entra de interna en un colegio; después pone casa, para quitarla á poco; y así va de mudanza en mudanza, hasta que el cuerpo se fatiga, se echa en tierra, y el alma, lanzada por el último casero, se va á esconder en no sabemos qué lugar, sin dejar á nadie su dirección. ¿Es usted acaso, señora, la misma mujer que escribió la primera carta al primer novio, y que quiso morir cuando recibió la última de él? No, ¿verdad? La prueba es que esa quería morirse y usted vive. Esa era señorita y usted es señora. ¡Aquella pobre joven se murió!

La vida es una estación de ferrocarril en la que todos vamos á despedirnos diariamente de nosotros mismos. El yo de hoy le da en esa estación un abrazo muy estrecho al yo de ayer.....y se queda esperando al de mañana.

Por algunas horas está haciendo recuerdos del ausente; pero cuando llega el otro, sube para irse al wagón mismo en que éste vino, ¡y así siempre! ¿Qué es el pretérito en gramática? Es un epitafio. Es un *Hicjacet*. Casi siempre cuando decimos «dije,» lo que queremos decir es «ya no lo digo.» Arrepentirse es enterrar á un muerto, es vestirse de luto por uno mismo. Yo creí.....Yo esperé..... Yo amé..... ¿Qué significa todo esto? Que ya no existe el que creía; que ya no existe el que esperaba; que ya no vive al que amó. Ese yo es un intruso, es un entrometido. Es un deudo de álguien que murió y que desea, impíamente, hacerse pasar por el difunto. Es en resumen, un suplantador.

Todos morimos muchas veces. En una misma persona se muere el niño, se muere el joven, se muere el pensador, se muere el poeta, se muere á veces el hombre honrado.....y así hasta que se va el último tren. Por eso creo que se equivoca Becquer: las golondrinas vuelven siempre. Pero ya no nos encuentran. ¡Ya nos fuimos!

Las golondrinas que «aprendieron nuestros nombres,» como decía Becquer refiriéndose al nombre de él y al de su amada, regresan y se acuerdan de ellos; pero los nombres son los que han cambiado. Ellas se acuerdan.....y puede ser que nosotros no nos acordemos. La ventana no se ha movido; el beso suena siempre lo mismo; siempre es beso; el «yo te amo» tiene hoy las mismas sílabas que ayer; pero á la ventana asoma otra mujer; el beso va á posarse en otros labios, y el «yo te amo» va á esconderse en otro oído.

Las golondrinas vuelven y se visten de pardo porque están de medio luto.....por la mitad de nosotros que murió. Las que no vuelven son las otras golondrinas: los seres amados á quienes perdemos. Jesús resucitaba; pero Jesús ya se murió. Y cuando se piensa en estos ausentes—y se piensa en ellos siempre—dice uno hablando con ese eterno interlocutor nuestro—que ha de existir, porque si no existiera no tendríamos jamás con quien hablar—Señor, no resucites á los muertos que yo amo; pero resucita mi alma para que espere y crea volver á unirse á ellos. Resucita á los vivos que están muertos!—Y después en voz baja, se le dice también: ¡Y tampoco te lleves ¡oh Dios mío! á estas pequeñas golondrinas que anidan en nuestra casa, que alegran nuestro hogar, que purifican nuestra vida..... porque esas golondrinas sí no vuelven!

FLORES Y ENTIERROS

La Primavera sonríe, y como las hermosas coquetuelas, mata. Contrasta el azul del cielo, la limpidez de la atmósfera, la greguería de las aves, el olor de las flores recién abiertas con el color tétrico y el aspecto tristísimo de esos ataúdes que en las primeras horas de la mañana y á la hora voluptuosa de la siesta atraviesan la ciudad. ¿Por qué matas, Primavera? ¿También tú usas, en la liga, reluciente navaja, como las de esas andaluzas de mantilla blanca, negro cabello y clavel en el cabello, que danzan y que beben manzanilla en el barrio de Triana?

Los ataúdes negros suelen encontrarse con las parvadas de golondrinas blancas que van á ofrecer flores á la virgen. Parece que esas niñas llevan las alas plegadas, como los cisnes. Van riendo, van jugando, entran al templo como si entraran á su casa . . . y en verdad el templo es casa de ellas. Todas las palpitaciones de la vida que empieza, de la vida que retoza, de la vida que canta, se oyen, se ven en esas niñas que semejan lirios y que agrupadas forman como guirnaldas de gardenias. El cirio está hecho como para sus manos, la hostia como para su boca, la dicha como para ellas.

Pero ¡qué tristeza ver cómo se encuentran esas golondrinas blancas con los ataúdes negros? Pues que, ¿también se morirán esos querubines? También caerá la tapa negra sobre esas blancuras?

Detenido cerca del templo á donde acaban de entrar las pequeñas canéforas, miro pasar algunos cortejos fúnebres. El primero es suntuoso: queda mucho dinero en la tierra y se hunde mucha vanidad en el sepulcro. Hasta los caballos del carruaje empenachado fingen que van tristes. Parecen dolientes altos, corpulentos, gravedosos que abren la marcha con solemne paso. El séquito de wagones es muy

largo. ¡Cuántos amigos tienen los ricos cuando los entierran! Todos dispútanse el honor de acompañar el cadáver hasta el cementerio, porque la asistencia á funerales como esos, es una patente de buen tono, una manera de exhibirse como miembro, de número ó *snob*, de la alta sociedad, un pretexto para encontrarse con tal ó cual banquero y arreglar algún negocio. Estos entierros siempre van despacio, majestuosamente.

En cambio, ¡qué aprisa van los de los pobres! Podría creerse que hasta despúes de muertos esos infelices corren y corren tras del peso diario. Van á escape, como criados solícitos á quienes manda el amo á alguna parte. Las mulas del carro fúnebre quieren llegar pronto. El cochero va alegre, azotándolas á cada instante con el látigo, como el gomoso azota los caballos de su *buggy*. Ya la ciudad está ansiosa de que salga aprisa fuera de garitas esa basura humana. No despide esos cadáveres; los dispara. Los vecinos temen contagiarse, porque las enfermedades de que mueren los pobres siempre son contagiosas. Y por eso el carro vá á todo correr y cruza lo más temprano posible por las calles, cuando están menos frecuentadas, cuando todavía no se levantan las personas decentes, para que los transeuntes no renieguen del difunto.

También el muerto, si aun pudiera tener voluntad, querría ir aprisa. ¡Pronto fuera de la vida, pronto lejos del casero, pronto tapie la tierra esos ojos para que ya no lloren y vean lástimas!

Atrás va un wagón verde. En él—circunstancia que no observaréis nunca en los wagones de entierros elegantes—van mujeres. ¡Qué mal corazón tienen las mujeres de los muy pobres! Acompañan á sus esposos y á sus hijos hasta que los echan en la fosa!

A los verdaderos dolientes, á los que lloran de veras, se juntan otras personas de la vecindad, por buen corazón algunas y otras porque no conocen el Panteón de Dolores, porque desean ver desde su plataforma los volcanes y el castillo de Chapultepec. De manera que esos wagones verdes siempre van atestados. Y como para esos coches no hay cortinas blancas ni persianas, porque el duelo de los pobres es enteramente descarado, podemos ver á todos los que tristes ó curiosos van siguiendo al difunto y azuzándolo para que salga aprisa de la ciudad, antes de que lo atrape algún gendarme. Los pobres, aunque sean honrados, siempre tienen miedo, y con justicia, á los gendarmes.

Es un pasatiempo melancólico para las fantasías enfermas y las curiosidades pálidas, el de fingirse la figura, la vida, la familia, la casa del desconocido á quien llevan á enterrar. Se equivoca uno las más veces; pero como no lo sabe, como solo por rara coincidencia puede uno descubrir su error, queda el placer de imaginar que se ha adivinado. Cada soñador—se requiere ser soñador y un mucho vagabundo para disfrutar de esos placeres—da nombre, cuerpo y alma

distintos, según el temperamento que tenga, á los muertos desconocidos que ve pasar encajonados.

Pasa un carro fúnebre cubierto de rosas blancas. El cajón es largo. En él caben veinte años. El soñador romántico ve, en esas rosas, estériles madres que no pudieron dar á luz á sus risueños hijos los pequeñitos azahares. En el ataúd va durmiendo la hermosa novia que soñaba en vida. ¡Qué blanca y pálida ha de estar entre azules cojines! Iba á casarse; era blonda; fué á un baile, abotonó mal su capota al salir del salón cuando iba á amanecer; lloviznaba . . . y «unas gotas de lluvia sobre otras gotas de sudor, ¡eso es la muerte!»

El soñador pesimista mira pasar el propio carro y casi se alegra. Murió joven, antes de ser más desgraciada de lo que ya era. No dió la vida á seres infelices. Fué inútil, fué infecunda para el eterno dolor. Una criatura menos, la desaparición de una molécula de amargura humana. Habría emponzoñado la vida de uno ó muchos hombres; habría engendrado por egoísmo, por placer, seres desventurados. Hizo un menor mal, porque no vivió más. La humanidad está de plácemes.

Y tal vez ambos curiosos se equivocan. Acaso era la muerta una vieja solterona á quien la vanidad cubrió de rosas blancas.

Ataúdes tristísimos son los pequeños, esos que parecen juguetes, esos que son blancos, esos que parecen hechos para encerrar un corazón. En ellos van las que no pudieron ofrecer flores, porque las suyas no rompían sus botones aún, y van á dormir bajo las rosas que no llegaron á sus manecitas. ¡Qué angustia, qué congoja da pensar que esas criaturas débiles, medrosas, van á lo negro, á lo hondo de la tierra! Y se van á millares, como bandadas de pájaros; pero no se van como éstos, para arriba, por el aire, para la luz; sino que se filtran como interminable chorro de agua clara en la arena obscura y sedienta siempre. ¿Por qué, Señor, no truecas esos cuerpecitos en aromas que se evaporen?

¿Por qué no arden y se consumen y extinguen como los cirios? ¿Acaso entierran á las violetas? Quién sabe adónde se las lleva el viento; pero no les echan nunca encima paletadas de tierra. Las mariposas no mueren: se borran. Yo no he visto jamás la tumba de una alondra.

Deja la tumba para el hueso amarillo del anciano. Deja el lecho recóndito para el viajante que ha merecido descansar. Pero haz con los niños lo que haces con las mariposas, con las aves, con las flores, con todo eso que no va al sepulcro, que no aplastan con una lápida. Las palomas no tienen camposantos. Y mira á esas niñitas que ahora salen de la iglesia . . . ¿no parecen palomas? ¡Un columbario para ellas, algo que las convierta en un haz de plumas albas que pueda erguirse y conservarse en tiesto de alabastro!

***

Primavera, dicen que necesitas ponerte tu capote de hule y abrir tu paraguas, para no matar. Cuentan que tus primeras flores y tus primeros frutos envenenan. Las lluvias son las que te ablandan así, como el llanto hace piadoso al hombre. Igual á nosotros, necesitas sufrir para ser buena.

Sufre, pues, Primavera, y da tus primeras flores, no á los cementerios, sino á las manos de las niñas blancas para que se las lleven á la Virgen.

EL CRIMEN DE LA PROFESA.

Hay semanas color de sangre y la que acaba de pasar (¿acaban las semanas en sábado?) es una de ellas. Desde el lunes hasta el día de hoy sólo se ha hablado de puñales, cuchillos, cordeles para liar á la víctima de un odioso homicidio, reparto de alhajas robadas, hecho en la caverna de una antigua prostituta, quejidos de anciano agonizante, muerto á puntillazos, rostros pavoridos, sangre y estertor. Digna de tomarse en consideración es la circunstancia de que todos los presuntos reos de este crimen, habían estado ya en la cárcel, aunque por delitos relativamente mínimos. A excepción de Coleta, que nunca estuvo en la cárcel, sino en peores lugares, los acusados han sido todos huéspedes de lo que en Belén pudiera llamarse el cajón de la basura moral. Fueron á él por robos, por estafas, por homicidios perpetrados en riña, por delitos que infaman, pero que no tronchan la cabeza de un hombre. Y ahora han ganado un ascenso en su carrera, han subido, han trepado brutalmente á las gradas del cadalso. Ya están á la altura en que pueden ser vistos por toda la nación.

El crimen en sí es un crimen vulgar; homicidio por robo. No denuncia la bestialidad del Chalequero y de la Bejarano, quienes si se ayuntaran como macho y hembra engendrarían unos monstruos. No: se desprende del proceso que esos hombres querían beber copas de tequila, vasos de pulque; querían ir á la casa de juego; querían llevar dinero á prostitutas; y para alimentar esos vicios, no para satisfacer necesidades, se decidieron al robo, y éste los condujo fatalmente al cobarde asesinato.

Ninguna madre hambrienta, ninguna esposa en la indigencia les aguardaba en el hogar. Del lecho manchado en sangre, del lecho en que yacía el cadáver, á la cantina, á la sacristía de la tienda, al jergón de la perdida. Salieron del figón, pasaron por la pulquería, fueron al homicidio y regresaron á la cantina.

Entristece el alma pensando en las madres de esos desventurados. Ellas no les pedían nada: ellas vivían quién sabe cómo; pero sin esperar el auxilio de sus hijos que pernoctaban fuera de la casa ó lle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

vaban vida de Periquillos y de aventureros; ni amor filial, ni cariño conyugal, ni el ingente, apremiante deber de llevar pan á los hijos expirantes de hambre, intervinieron en este delito. La prostituta, el figón, el alcohol, el pulque, el coche de bandera amarilla, el empeño, la baraja, he aquí lo que se ve pasar en este proceso vulgarísimo. Ni siquiera la locura aparece excusando á los reos y pidiendo compasión para ellos. Todos son cuerdos. El único algo desequilibrado es Nevraumont. Pero este desequilibrio que se nota en la manera con que mira, en el modo con que acciona, parece un desequilibrio de *delirium tremens*. Treffel conserva suficiente sangre fría para alegar como abogado, y como abogado muy hábil. Es el médico de su deshonra, y procura aliviarla. La cara moral de Sousa, me parece una de esas caras empalidecidas por muchas noches de parranda. Me figuro sus ojos del color del tapete verde. Caballero, es vulgar, de los que riñen junto al puesto de enchiladas de una pulquería. Huele á *hojas con catalán*. Reyero es gris; Martínez, negro.

No conozco á ninguno de ellos; pero doy la impresión que de sus fisonomías internas me ha dejado la lectura del proceso. Los tres que van apareciendo como autores principales del delito, además de Martínez, que fué el brazo, el cuchillo, habían recibido buena educación y eran aptos para la lucha por la vida. Treffel sirvió como soldado á su nación; es vivo, sagaz, mañoso y de voluntad enérgica y emprendedora. Nevraumont tiene talento, virilidad y astucia. Sousa es listo. Pudieron medrar honradamente, poniendo en actividad sus aptitudes; pero el vicio pasó sobre estas cualidades su esponja empapada en alcohol, y las borró. Se quejan sin razón de la sociedad y de la suerte esas personas que desperdician sus elementos de trabajo, que llegan á no inspirar confianza y entonces piden protección y apoyo. Si con los ojos irritados por la embriaguez de la víspera; si en la puerta de la casa de la querida, al que conoce sus desórdenes y el desamparo en que dejan á sus familias, van á pedir ayuda generosa, ¿qué de extraño tiene el que la niegue? ¿Cómo ha de merecer trabajo ni socorro quien es capaz de robar y de ser cómplice en un homicidio, no por pasión, no por hambre, sino por vicioso? La sociedad suele ser injusta, pero casi siempre es previsora, y se defiende.

Lo que también aflije al leer esta causa, es la edad de algunos de los reos. ¡Qué triste primavera de la vida! ¡Por qué resbaladiza pendiente han ido rodando al abismo! ¡Ah, si los padres hablando, no fueran los abnegados encubridores de tantos crímenes ocultos . . . ! Primero el hurto doméstico, el platón de China que se perdió, el Diccionario que no parece, la quincena que en la calle le robaron al hijo, la cuenta del sastre que es preciso pagar, el reloj empeñado, la criada despedida porque entró á la recámara cuando el ropero estaba abierto y después vieron que faltaba en él un billete

de diez pesos; luego, la noche en que la madre espera ansiosa y llorando, en el balcón, al hijo que no viene; la madrugada en que baja á abrirle el zaguán y lo halla tambaleándose y tiene que subirlo casi en brazos; las náuseas del borracho al día siguiente, el cuidado para ocultarlo á los ojos de los criados; los amores con la portera en el tapanco de la pobre buhardа; y á fuera de la casa, como escenario de la depravación callejera, el billar, la cantina, la ventana abierta impúdicamente en algún callejón, la vivienda sucia adonde van como á resumidero el sueldo y la salud del aspirante á criminal, el jefe de la oficina que se queja de su vicioso subalterno, el zapatero que cobra, la riña con el gendarme y la primera entrada á la Comisaría.

¡Cuántos dramas encubren la sombra de la noche y el silencio de las madres!

Partiendo de la Comisaría, el descenso es más rápido. Se pide dinero prestado á los amigos del padre; se saca algo fiado en nombre suyo, en cualquiera casa de comercio; se va el escribiente fuera de la oficina porque el jefe lo echó; los robos domésticos dejan de ser domésticos; se pillea, se estafa, se vive con la querida hambrona que estimula y explota los hurtos de su amante; se contrae amistad con otros ladrones; se juega, se bebe, ya no en la cantina ni en la tienda, sino en el figón; se comparece ante un Juez Correccional . . . y el mejor día, quiero decir, la peor noche, se encuentra el joven en una relojería, frente á un cadáver, y se ve al mes siguiente en el banquillo de los asesinos.

Obsérvese el escenario en que se mueven los autores y cómplices del homicidio á que aludo. El fonducho de Reyero, la taberna de San Felipe, la cantina de la «India,» la tienda de Tacuba, las *carnitas*, el pulque, la casa de Coleta: todos se embriagan, todos pegan, todos huelen mal, ¡todo sucio! Ni un ápice de pasión; ni un grito verdadero de necesidad; ¡todo vicio!

Martínez mata con la inconsciencia y brutalidad de nuestros *lépe-ros*. Es la bestia humana. Caballero, que había proyectado el robo, deja la dirección de éste á Nevraumont, por el encogimiento con que el trigueño ve al blanco, y el respeto rencoroso con que á pesar suyo, ve el hombre del pueblo á aquel de clase superior á quien está habituado á obedecer. Sousa no entra porque es más débil. La virilidad de Nevramont le ha arrancado la dirección de lo que llamaban su *negocio*. Treffel y Nevramont son los que, compitiendo en astucia, habilidad y codicia, se disputan la mejor parte del robo. Martínez es el indio desconfiado, cabiloso y cruel que mata para que no lo roben los dos blancos.

Coleta espera las alhajas para ir á tomar un ponche á la cantina.

Ni emoción, ni pasión, ni novedad, ni destreza hay en este crimen vulgarísimo que sugiere tan tristes reflexiones.

DESPUES DEL CRIMEN.

Hablar todavía del crimen de la Profesa es una falta de educación. La copa de tequila que pidió Nevraumont; los zapatos que se propone hacer Sousa; la magnanimidad de Treffel que devolvió á la familia del que había robado las alhajas que no tuvo tiempo de vender; la demencia del infeliz Martínez y los sustos de la señorita Coleta que—según el juez—tuvo bastantes novios, han pasado á la historia y casi ya se borran de la memoria ingrata de los hombres. Para perpetuar tales hechos, para grabarlos en lámina de oro, se proponen Sousa y Nevraumont—al decir de la prensa—hacer una comedia. Este será otro crimen que perdonará también el público, por curiosidad. Lo que se ignora aún es si algún músico desocupado y de genio no comprendido convertirá en zarzuela esa comedia.

Ya que, después de la sentencia, no puede influir ninguna opinión en la suerte de los reos, puedo hablar con franqueza. De lo que han escrito y publicado los *reporters*, resulta que todos los asaltantes de la relojería eran hijos excelentes, ciudadanos ilustres, y personas instruidas. Todos hablan de la mamá y del cariño que le tienen. No las alimentaban, no las mantenían, estaban siempre lejos de ellas; pero ¡eso sí! ¡las querían mucho! Treffel no habla de la mamá; pero es patriota. El se batió en la guerra del 70 y 71. Tal vez merezca pertenecer á la Legión de Honor.

De pasada ese insigne y preclaro defensor de su patria, insulta á las autoridades mexicanas. Se le olvidó que Alsacia pertenecía justamente á Francia, cuando quiso refugiarse en la Legación de Alemania; pero cuando quiso halagar á los franceses, el alsaciano-alemán se hizo francés. Vió que sus paisanos no eran tan fácilmente corruptibles ni tan dóciles á la presión de la alabanza, y entonces injurió á los barcelonetas que son tan franceses como los alsacianos.

Tragediantes primero, y comediantes después, han sido los héroes de este famoso crimen de la Profesa.

¿Qué dicen ustedes de ese cinismo con que Nevraumont habló á un *reporter* del *Universal*, diciéndole que se había regocijado, al ser aprehendido en Túxpam, porque así se veía obligado á no salir de su patria? ¿Y qué de la dedicatoria puesta en el retrato que Martínez envió á su infeliz madre, á ella, que probablemente no sabrá leer, le habla de ósculos y emplea vocablos parecidos, casi para exhibirse como literato. Una lágrima de ese desventurado Martínez, que no sabe escribir, habría sido más elocuente que la verbosa dedicatoria escrita por Nevraumont.

Sousa es un ser débil, que desde luego reniega de sus compañeros y se propone hacer zapatos en la cárcel para que—ya cuenta con la próxima salida—cuando vuelva á tropezar con otros foragidos, decirse á sí mismo: *¡Zapatero á tus zapatos!* Este caballerete cifra la honradez en el calzado y por eso la tiene en los pies.

El más caballero, es Caballero. Será porque no habla; pero es el que resulta lógico en el proceso.

Con motivo también de este celebérrimo jurado, se suscita esta cuestión: ¿es más criminal el hombre culto como Nevraumont, que el hombre semisalvaje como Martínez?

Aquí voy á alegar algo en disculpa de los mismos á quienes he atacado, porque ya los sentenció el tribunal del pueblo, y mi voz nada puede influir en su provecho ni en su daño.

Es verdad que el hombre de cierto talento y de cierta instrucción puede medir la responsabilidad de sus actos, prever las consecuencias de ellos y darse anticipadamente cuenta exacta de los riesgos á que se expone. Es verdad que esas mismas dotes intelectuales que posee, le dan medios ó recursos para luchar por la existencia, agravando, por consiguiente, el delito que comete, cuando acude á recursos criminosos. Pero téngase presente el medio en que se mueven esos tipos del mundo intermedio, entre la clase acomodada y la plebe, entre la inteligencia cultivada y la bestialidad humana.

Ese medio saturado de alcohol y de perfumes, salidos del tocador de alguna prostituta, envenena, emponzoña, más que el de esa zahurda en que se revuelcan los cerdos de la criminalidad. Esos señoritos, que han heredado vicios de ricos, tienen necesidades artificiales que no sienten los hombres del pueblo como Martínez. El vicio les forma fatalmente una atmósfera que va enervándoles poco á poco. El salvaje, la bestia humana, mata cuando tiene hambre, cuando tiene sed, ó cuando tiene ganas de matar, cediendo á los impulsos de su temperamento. En él se reconcentra el egoísmo: no vive para la sociedad ni sabe si ésta existe ó no: por eso no legitima sus amores, ni cuida de sus hijos, ni busca al médico cuando se enferma. Pero en cambio, saciados sus bestiales apetitos, queda

harto. No tiene las necesidades complicadas y múltiples del que procede de una raza que ha ido paso á paso pervirtiéndose y degenerando; pero que fué, en algún tiempo, afortunada y próspera.

Por los cerebros de esos infelices, desmedrados vástagos de un árbol antes frondoso, ahora seco, anda la locura. Ya sus antepasados les dieron necesidades artificiales, pero siempre imperiosas, como es la de la morfina para la mujer acostumbrada á ella, y como es la del aguardiente para el ebrio. La satisfacción de esas necesidades se les impone fatalmente. Necesitan comprar un *jacquet*, como el indio necesita comprar una tortilla con chile verde ó un tamal; necesitan ir á las tandas, como su portero necesita una vela de cera para llevarla á la Villa; necesitan no parecer pobres, y como sus vicios les impiden ganar el dinero suficiente, como en la misma sangre de ellos va corriendo el veneno, apelan á medios criminales para satisfacer todas esas necesidades artificiales, que no por ser artificiales dejan de ser necesidades. Como el agua, buscan su nivel; quieren subir hasta la altura de donde bajaron; y ya está convertida en lodo la que fué agua limpia. Porque el lodo no sube; pero se acuerda de que fué agua.

Dan lástima estos hombres que ruedan en la escalera de la vida. Pero hasta su cinismo, como el de Nevraumont, es una manera, aunque torpe, de vestirse con elegancia moralmente. Treffel se viste de soldado; Nevraumont de hijo; Sousa de zapatero. Nada más Martínez se presenta desnudo para que le hagan la autopsia.

Y pidiendo perdón por haber hablado del proceso célebre—sabe Dios por qué—protestando olvidar hasta los nombres de los reos, quedo en espera de la compañía Roncoroni para ver crímenes en la escena y ensalzar á los criminales en la prensa.

EL SUICIDIO DE NEVRAUMONT.

La clase media tiene su espuma como el populacho; espuma grasosa y mal oliente que es preciso quitar con el cucharón de palo, como se quita la del puchero rebosante. La espuma del barrio, la hez que, removido el vaso de barro, sube en burbujas nauseabundas á la superficie, es más repugnante á la simple vista y al olfato que la espuma de la clase media; pero ésta contiene tantos gérmenes morbosos, tantos baccilos como aquella. Pasad á ciertas horas de la tarde—particularmente en sábado—por la puerta de alguna pulquería; espiad por las ventanas en la noche, el interior de los fígones: en esos sitios se aglomeran los fermentos de las enfermedades sociales. Si pudiéramos encerrarlos en tubos, en redomas, en matraces, como se encierran para que el hombre de ciencia los estudie, los gérmenes de la viruela y de la tísis, de la fiebre puerperal y de la escarlatina, veríamos en nuestro laboratorio de bacteorologia psico-fisiológica, los microbios, los corpúsculos de vida, las inverosimilitudes de veneno que producen el robo, el asesinato y el suicidio. En un aeroscopio recogeríamos los gérmenes que pueblan la atmósfera y aislados, fecundando con ellos un líquido alcalino, según el procedimiento de cultivo, observaríamos cómo se reproducen, cómo la bacteridia se multiplica en proporción geométrica, y cómo el microbio inoculado al abuelo, ya es legión en la sangre del nieto delincuente.

El gran trabajo de la educación consiste en esterilizar esa sangre viciada, en aplicar á la cañería que nos comunica con los miasmas del albañal, una bujía Chanberland.

La espuma de la clase media—clase tan mal estudiada por nuestros pensadores y de la que han visto los novelistas coterráneos la faz ridícula y la línea caricaturesca—no pulula en tabernas hediondas ni en fígones pringosos; comienza en los billares vergonzantes,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

codeándose con el cóime; se enturbia en las trastiendas; gasta levita y grasa en la levita; suele copiar oficios con mano temblorosa por el alcoholismo en alguna oficina pública; á menudo entra al empeño, las más veces con prendas ajenas, mañosamente hurtadas á la madre viuda ó al tío que no la pasa mal; compra billetes de la lotería; rifa alhajitas falsas; va á la casa de juego á poner á una carta ó á alguna combinación de la ruleta las monedas que saca al novio de la hermana; en el garito, la toma al vértigo; si gana, corre á la casa de tolerancia, al tívoli de mala fama, á la ventila del teatro; si pierde, baja á la calle con ojos buscones, encandilados por la fiebre, para asaltar al primer desconocido que pasa, mintiéndole honradas miserias para pedirle una peseta; y en esa pendiente, untada de jabón, va descendiendo hasta ser traficante de carne de familia y llave falsa de la propia casa; hasta el cubil de la mujer con quien entronca, hasta el delito, hasta el banquillo, hasta el presidio, hasta el cadalso.

De esa espuma nació Nevraumont: espuma de puchero en cuyo fondo hay lonjas de buena carne, gajos de pollo, hilachas de sustancias nutritivas; pero espuma, al fin, que burbujea en la superficie, apesta, y que es preciso quitar con la cuchara de palo para echarla al caño. A él le ví una vez en la prisión de Ulúa. Su mirada forjada por un herrero tosco, dura y mellada por la suerte, me siguió largo trecho, sin penetrarme, porque no era aguda, pero sí terca é insistente. Tenía el brillo obscuro de la brasa humeante. A través de esa obscuridad caliente, aunque á la vista fría; en el fondo de aquellas cuencas; en las lejanías de esa existencia torcida por el brazo del vicio, me parecía ver retratados rostros pálidos, figuras espectrales; los brazos blancos de la madre, ya empezando á amarillear, en el instante de suspender al cuello de su hijo el escapulario de la virgen del Carmen; la almohadilla forrada de verde, y claveteada de agujas cuyas puntas tantas veces hirieron las yemas de pobrecitos dedos muy trabajadores; el tápalo negro para ir á misa; el rosario colgado en el respaldo del catre; la silla que rompió el hijo—el que sabía mucho, el que tenía muchos amigos malos—al volver borracho á casa. . . un cuadro honesto de miseria arañado por el vicio que gatea. Atrás, más atrás, veía hombres de talento, hombres ricos, mujeres que asistían á bailes, jóvenes disipados, calaveras, que iban envenenando la sangre de la raza. Y frente á mí, el coeficiente de esas fuerzas, de esas aspiraciones nobles, de esos orgullos atávicos, de esos vicios crecidos que no pudo la mano femenina detener; la miseria irresignada que se rebeló y vestida ya con la infamante blusa azul del presidiario.

Ese infeliz había indudablemente leído algo, en desorden, sin reflexión y sin paciencia, novelas de aventuras, luego cuentos pornográficos, versos de Plaza, boletines de periódicos; ese hombre había oído distantes voces que, saliendo de las raíces de la familia, le hablaban de dinero y de placeres; ese infeliz, degenerado por el vicio, aborrecía el trabajo, y estaba, por lo mismo, fuera de la única ley de redención. En esos cerebros se cristaliza la idea de sociedad en una forma monstruosa. La sociedad les parece la enemiga, la que les retiene sin justicia las monedas que necesitan para embriagarse, para pagar mujerzuelas, para jugar, para ser ricos, para ser lo que fueron seres á ellos vinculados en las generaciones anteriores. Les queda el hipo de la riqueza, y su boca hambrienta muerde. Instintivamente huyen del trabajo como de una degradación. Prefieren perderse en la gran masa, en la gran podredumbre, en la canalla, como cerrando con su vida un círculo. Hombres de alas rotas, se arrastran sorbiendo por los poros del vientre las malas emanaciones de la tierra. Y al fin el líquido viscoso del pantano los pega á él, como prende una gota de goma las patas de una mosca. Dios no desaparece de esas conciencias; queda en ellas como cubierto con un vidrio grueso y verde. Al través de él míranle deforme ó como encubridor de la sociedad-fiera, ó como cómplice de ellos. Es un dios vuelto al revés; bueno, cuando el plan malvado se realiza sin obstáculo; malo, cuando el juez fulmina la sentencia. De nociones dispersas, de frases truncas, de plintos de ideas, se forman una religión para uso exclusivo de los criminales. El orgullo, como una copa de aceite, flota en la superficie del vaso nauseabundo. No son ellos comunmente el brazo del delito; pero sí la inteligencia cautelosa que lo coordina, y la lengua que azuza. No son el brazo, porque el ser degenerado es por naturaleza cobarde, no brutal; y tiene miedo al amigo, miedo á la madre, miedo al gendarme, miedo al juez, miedo á la muerte, miedo al infierno. Suponen que escondidos detrás de otro, no son vistos por nadie. Por eso buscan al irracional, al bruto, al macho. La naturaleza débil, pobre, enferma, gotea, como Lady Macbeth, su ponzoña, en la energía que ha de consumar el crimen.

En hombres así, cuando se les reduce al trabajo, cuando se les clava en el presidio, el suicidio es una consecuencia lógica, la última expresión de su cobardía, la única manera de evadirse que conciben. Carentes de tenacidad; repeliendo por naturaleza toda forma de trabajo; imaginando siempre que su nombre suena mucho, con vestigios de lecturas novelescas en la memoria, apelan al recurso teatral para morir. La religión y la superstición no les detienen, porque de toda religión y de toda ley social han suprimido la penalidad. La madre no les ataja, porque á la madre ya la han matado desde antes.

El criminal en bruto, raras veces se suicida. No razona su creencia ni la siente; pero es supersticioso. Y en algo sí cree, cree en el milagro; cree en la revolución que le va á abrir las puertas de la

cárcel; cree en el centinela que deja matar; cree en el clavo con que hace pacientemente un agujero en su mazmorra. Tiene miedo vago al infierno, porque el infierno es un pozo lleno de fuego. Quiere volver á abrazar á su madre, á «su vieja» á sus cachorros, porque ninguno de estos seres se avergüenza de él y han de llevarle el jarro de pulque, la canasta con frutas, el escapulario bendito. Para él, que se ha embriagado al son de la guitarra en los *velorios*, la *Capilla* no tiene el pavoroso aspecto que tiene para otros. Es el último velorio. Ya que no le ha sido posible quedarse en este mundo, robando y matando gente, se irá al cielo. Saborea con apetito la última comida, el último desayuno, el último cigarro. Puede ser que no lo maten. . . . puede ser que se fugue en el camino. . . . ¡se dan casos!

Y si lo fusilan, ¡al cabo había de morirse alguna vez! La vida del pobre es mala y arrastrada. También á su compadre lo mataron.....!

En Belén, en Ulúa, en el patio de la prisión, en el calabozo, se divierte. Está en su medio: sale de la canalla suelta y entra en la canalla enjaulada, pero siempre en la canalla. No hay en él instintos heredados, que, siquier á ratos, le hagan ver con repugnancia la podredumbre hambrienta de esos sitios. Tampoco siente ese odio invencible al trabajo. Este le es antipático, pero no aborrecible. Y él es el indio casi irracional, el ser impulsivo, el que muerde cuando le pegan muy recio, y solo gruñe cuando le apalean y azotan sistemadamente.

Para recurrir al suicidio se requiere ser, en los más casos, de la casta de criminales á que Nevraumont perteneció. Treffel no se matará: de raza más vigorosa y más apta, perseguirá tenaz y sigilosamente algún proyecto de evasión. Y más dúctil también, ajustará su vida al medio en que hoy está, procurando utilizarlo. Nevraumont había caído *come corpo morto cade*. Era la copa ya vacía. Una racha de viento la volcó, y la hez postrera, negada antes al fondo, fué á perderse en las salobres ondas del mar.

HECHICERA Y HECHIZADOR.

La galantería francesa acaba de cometer un acto de injusticia, condenando á Gabriela Bompard á veinte años de trabajos forzados. Eso es injusto, muy injusto; merecía que la ahorcaran.

Eyraud va á sufrir la pena de muerte. Y ese pobre hombre no ha sido más que una víctima de la desvergonzada mujerzuela, que por vestirse de pieles no hizo ascos á la piel humana. En resúmen, lo que hizo Eyraud fué comprar á la Gabriela un vestido de piel de Gouffé. que él va á pagar con su pellejo.

Yo disculpo á ese canalla que ni siquiera es un gran criminal. Lo considero incapaz de sentir el placer del crimen. Un hombre que mata porque le gusta la sangre, es más disculpable que el que mata porque le gusta el dinero. En Eyraud todo es bajo: sale del alcohol, del fango, de las enaguas sucias. Dobla el cuerpo de Gouffé, y lo mete, arrugado y hediondo en la maleta, de igual modo que dobla y guarda la camisa usada. Asesina por llevar un trapo á esa perdida y por beber algunas copas de cognac. No es hermosamente malvado; no es artista, no es inventor ni original como homicida. Se le debe pinchar, como á pingajo, con el gancho del trapero. Su cabeza estará mejor en el canasto de la basura que en el cesto de la guillotina.

Pero ese hombre enlodado; ese hombre cuyo ser moral sale del proceso, como salen de la atarjea los que limpian albañales; ese huérfano de la vergüenza, á quien mató al nacer, tiene una disculpa en su favor: amó á Gabriela.

Me horroriza haber estampado esta verdad asquerosa..... pero, es verdad..... Amó á Gabriela! La vendía, la entregaba, se prostituía con ella; pero la vendía para comprarla; la entregaba para que no se le fuera; se prostituía con ella para hacerse amar de esa

cárcel; cree en el centinela que deja matar; cree en el clavo con que hace pacientemente un agujero en su mazmorra. Tiene miedo vago al infierno, porque el infierno es un pozo lleno de fuego. Quiere volver á abrazar á su madre, á «su vieja» á sus cachorros, porque ninguno de estos seres se avergüenza de él y han de llevarle el jarro de pulque, la canasta con frutas, el escapulario bendito. Para él, que se ha embriagado al son de la guitarra en los *velorios*, la *Capilla* no tiene el pavoroso aspecto que tiene para otros. Es el último velorio. Ya que no le ha sido posible quedarse en este mundo, robando y matando gente, se irá al cielo. Saborea con apetito la última comida, el último desayuno, el último cigarro. Puede ser que no lo maten. . . . puede ser que se fugue en el camino. . . . ¡se dan casos!

Y si lo fusilan, ¡al cabo había de morirse alguna vez! La vida del pobre es mala y arrastrada. También á su compadre lo mataron.....!

En Belén, en Ulúa, en el patio de la prisión, en el calabozo, se divierte. Está en su medio: sale de la canalla suelta y entra en la canalla enjaulada, pero siempre en la canalla. No hay en él instintos heredados, que, siquier á ratos, le hagan ver con repugnancia la podredumbre hambrienta de esos sitios. Tampoco siente ese odio invencible al trabajo. Este le es antipático, pero no aborrecible. Y él es el indio casi irracional, el ser impulsivo, el que muerde cuando le pegan muy recio, y solo gruñe cuando le apalean y azotan sistemadamente.

Para recurrir al suicidio se requiere ser, en los más casos, de la casta de criminales á que Nevraumont perteneció. Treffel no se matará: de raza más vigorosa y más apta, perseguirá tenaz y sigilosamente algún proyecto de evasión. Y más dúctil también, ajustará su vida al medio en que hoy está, procurando utilizarlo. Nevraumont había caído *come corpo morto cade*. Era la copa ya vacía. Una racha de viento la volcó, y la hez postrera, negada antes al fondo, fué á perderse en las salobres ondas del mar.

HECHICERA Y HECHIZADOR.

La galantería francesa acaba de cometer un acto de injusticia, condenando á Gabriela Bompard á veinte años de trabajos forzados. Eso es injusto, muy injusto; merecía que la ahorcaran.

Eyraud va á sufrir la pena de muerte. Y ese pobre hombre no ha sido más que una víctima de la desvergonzada mujerzuela, que por vestirse de pieles no hizo ascos á la piel humana. En resúmen, lo que hizo Eyraud fué comprar á la Gabriela un vestido de piel de Gouffé. que él va á pagar con su pellejo.

Yo disculpo á ese canalla que ni siquiera es un gran criminal. Lo considero incapaz de sentir el placer del crimen. Un hombre que mata porque le gusta la sangre, es más disculpable que el que mata porque le gusta el dinero. En Eyraud todo es bajo: sale del alcohol, del fango, de las enaguas sucias. Dobla el cuerpo de Gouffé, y lo mete, arrugado y hediondo en la maleta, de igual modo que dobla y guarda la camisa usada. Asesina por llevar un trapo á esa perdida y por beber algunas copas de cognac. No es hermosamente malvado; no es artista, no es inventor ni original como homicida. Se le debe pinchar, como á pingajo, con el gancho del trapero. Su cabeza estará mejor en el canasto de la basura que en el cesto de la guillotina.

Pero ese hombre enlodado; ese hombre cuyo ser moral sale del proceso, como salen de la atarjea los que limpian albañales; ese huérfano de la vergüenza, á quien mató al nacer, tiene una disculpa en su favor: amó á Gabriela.

Me horroriza haber estampado esta verdad asquerosa..... pero, es verdad..... Amó á Gabriela! La vendía, la entregaba, se prostituía con ella; pero la vendía para comprarla; la entregaba para que no se le fuera; se prostituía con ella para hacerse amar de esa

prostituida. ¿Y esto es amor? A primera vista repugna llamarlo así. Es como si á un sapo lo llamáramos Romero. Pero es amor, es amor en el sentido bestial de la palabra. Así aman los cerdos en la piara. Poco importaba á Eyraud que esa mujer perteneciera á todos, con tal que entre esos todos estuviera él. Se habían confundido esos dos cuerpos en una misma inmundicia y tenían el color del mismo estercolero. Iban, no abrazados voluptuosamente como Paolo y Francesca, sino abrazados brutalmente, á veces como quien besa y á veces como quien muerde, por los círculos tabernosos de su infierno.

Ya había consentido él en que ella no tuviera vergüenza, con tal de que toda su desvergüenza fuera suya, á ratos. Ya habían celebrado un pacto para robar juntos y gastar lo robado en compañía. Pero con esta cláusula: Gabriela robaba para sí, y en circunstancias apretadas para él: Eyraud robaba siempre para ella, y á veces para él.

Repito que da asco llamar amor á este ayuntarse de dos enamorados impudores. Pero no hay otra palabra que exprese la invencible tendencia de un ser á otro ser.

Véamos ahora cuál de esos dos amores tuvo un minuto de ser amor, dentro del mismo fango. Cuando Eyraud mata á Gouffé obedece á su hembra, la complace, le lleva el puñado de monedas que le pide y le entrega su vida. Es un monstruo; pero es un monstruo que monstruosamente *quiere*..., me resisto siempre á decir amar.... Eyraud comete un homicidio por Gabriela. Gabriela no fué capaz siquiera de callar para salvar al hombre á quien había perdido. De ese bellaco hizo ella un asesino. Y cuando él no tenía ya nada que darle, tiró su cabeza al canasto, como se tira un sombrero viejo al cajón de la basura. No obró por celos; no por arrepentimiento, ni por venganza. Quiso exhibir su desfachatez y su descaro en el banquillo de la justicia, como antes lo había exhibido en la butaca del teatro.

¿Cómo ha de tener excusa esa mujer? Por mujer, le perdonan la vida los jurados. Y porque pertenece al sexo femenino, porque es hembra, la considero más culpable. No habría pedido la pena de muerte para ella, porque no la pido para nadie: pero sí habría demandado que se le impusiera, cuando menos, pena igual á la de Eyraud. Este fué su perro de presa; ella, la que le dijo: Sús! á él!

¿Cuándo fué mujer, verdaderamente mujer, esa Gabriela? Toda mujer agradece que la amen ó que la soliciten, á menos que odie á quien la solicita. Gabriela no odiaba á Gouffé. Lo cita, lo llama, lo ve llegar convulso de pasión, y en los momentos en que toda mujer es mujer, ella es hiena. Todo lo ha preparado, como haciendo un guiso. Ya está la salsa, y solo falta el pavo para torcerle el pescuezo. Lava ella sus brazos para que sea más corredizo el nudo.

En el momento oportuno, llama al mozo—á su amante—para que la ayude; y luego vuelve á lavarse, con absoluta naturalidad, como la mujer que vuelve de hacer en la cocina una *ommelette soufflé*. Ni siquiera es supersticiosa esa mujer, como lo son generalmente las mujeres; ni siquiera es cobarde. Duerme cerca del cadáver como cerca de un ébrio. Y luego ayuda á plegarlo en tres dobleces, lo ata y lía como si fuera almohada, hace con su cabeza lo que haría con una *capota* para hacerla caber en la sombrerera; cierra la maleta, y marcha al paradero del ferrocarril cantando coplas de la última opereta.

¿Esto es mujer? Cuando más me ha repugnado es cuando la he visto desde aquí sonreír y hacer la comedia en el jurado. ¡Engañando hasta el fin, para ser consecuente consigo misma! ¡Siempre novelera, siempre usando de embustes y trapacerías, siempre en busca de aplausos y miradas! ¿A qué apeló? A decir que había sido hipnotizada, y que durante la hipnosis Eyraud le sugirió la idea del crimen. Casi, casi, intenta presentarse como una víctima de la ciencia ó como una sensitiva.

Por supuesto que en este asunto hay un hipnotizado; pero el hipnotizado es Eyraud. Todos cual más, cual menos, estamos hipnotizados por alguno ó por algunos, y, sobre todo, por alguna ó por algunas. No es nuevo que hagamos muchas veces la voluntad ajena, ni necesito decirlo en griego para que lo crean; así como las cocineras no necesitan conocer la ley económica de la oferta y la demanda, para saber que cuando en el mercado hay muchos chícharos, los chícharos valen menos. Todo hombre enamorado es un fenómeno de hipnotismo. Todo hombre nace con la *sugestión* de conseguir dinero. Los honrados trabajan, y los pícaros roban. Y como Eyraud es un miserable, y como quería á Gabriela bestialmente, cuando ésta le pedía dinero, él lo robaba. Hubo un momento en que para robarlo necesitó matar, y asesinó.

¡Medrados quedaríamos con esta irresponsabilidad de los criminales, que, en defensa de la Bompard, ha proclamado la escuela de Nancy! Esa doctrina debe haber sido sugerida por algún criminal. Pero si un hombre sugiere á otro que cometa un crimen, la sociedad sugiere á los jueces que castiguen á ambos criminales.

En todo caso, como ya lo dije, si en este caso hay un hipnotizado, naturalmente hipnotizado, ese es Eyraud. El tiene una disculpa: amó á su modo, como el bruto. Su hembra nunca amó.

PUESTAS DE SOL

¿Habeis visto la puesta del sol en las últimas tardes? Necesitaría el colorido hermoso y caliente de Eugenio Fromentin para describirla. Necesitaría palabras color de fuego, palabras color de ámbar, palabras color de oro. Necesitaría que unas frases resplandecieran é irradiaran; y que ocultas en otras, como fronda murmurante, cantaran las ideas á semejanza de los pájaros á la caída de la tarde.

El sol, como los grandes trágicos, sabe morir de muchas maneras. Lo he visto caer al Océano . . . caer como un enorme escudo de oro arrojado por titán iracundo, desde la cúspide más alta. Lo he visto hundirse en esas mismas ondas con la augusta majestad de un Soberano. Expira, á veces, lánguido y despidiéndose de todos poco á poco, como un poeta enamorado y joven. Entonces el cielo es como un lago azul, y son las nubes como encajes blancos y como cendales amarillos que flotan sobre las olas adormidas. En otras tardes muere herido, desangrándose, en revuelto océano tinto en púrpura. A ocasiones se suicida, se echa al mar sin vacilación, en un instante. A ocasiones su agonía es lenta y tranquila. Suele morir contemplando amorosamente á la pálida luna que, vestida de blanco, sube por el cielo, y suele morir también como corrido, como escondiéndose en los montes, para no ver los gigantes negros que, con espada de relámpago, trepan, rugiendo, por Oriente. Son los titanes que van á robar el fuego del cielo: son sus enemigos!

Cuando le place, no permite que nadie lo vea expirar. Ciega al osado que clava en él la vista. Pero en estas tardes ha permitido que los mortales lo veamos; ha recogido sus rayos y los ha envuelto en una tela de goma opaca.

Miradlo: no parece que va á caer, sino que va á subir. Es un hermoso globo rojo cuyo hilo tiene algún niño príncipe en la terraza del castillo. Pero, de repente, el gas de ese globo comienza á escaparse . . . el globo se desinfla poco á poco y cae lentamente sobre los árboles del bosque. ¡Ya va á llegar! ¡Ya va á enredarse entre las hojas! ¡Ya se quedó prendido y apagado y roto en las ramas de aquel ahuehuete! Las estrellas, que son muy inocentes y que se entretienen muchísimo con los globos de goma, sobre todo cuando son tan grandes como el sol, asómanse, anhelantes, y con los ojos de pestañas rubias, muy abiertos . . . pero ¡ya se rompió el globo; ya no está!

***

Pasead á esas horas por la calzada de la Reforma, si no podeis alejaros más de la ciudad. ¿No habeis observado cómo las ciudades marchan rumbo á Occidente? Porque las ciudades andan, emigran y hasta salen á mudar de aires. Y México, como todas las ciudades, camina hacia el Oeste: observadlo en París. Ha dos mil años, París estaba en la vertiente Noroeste de la montaña de Santa Genoveva, en donde todavía se miran hoy las Thermas de Juliano. Y ha ido bajando, siguiendo la misma ruta que el sol sigue en el cielo; llegó por fin al bosque de Bologne, y ya se extiende paulatinamente rumbo á Saint-Cloud. Y lo mismo han hecho Londres y San Petersburgo, Berlín y Viena, Lieja y Turín, todas las grandes ciudades modernas, así como lo hicieron las antiguas. Si quereis un ejemplo de la antigüedad, ahí está Pompeya.

¿Por qué esta marcha hacia Occidente? De París podría decirse que sigue el curso del Sena; pero el Támesis de Londres sigue precisamente un curso inverso. Más justo parece lo que dice Flammarión; que las ciudades son atraídas por la luz. La vida sigue al astro rey, al que es su padre. El la ha enseñado á caminar en cierta dirección, y ella, obediente, lo acompaña á donde va. Rumbo á Oriente quédanse los pobres, los tristes, los esclavos del trabajo, los que no ven más nubes que de las grandes chimeneas. Los ricos, los felices, los desocupados, los favorecidos de la suerte, van camino de Occidente. Porque son ricos, tienen títulos de nobleza y pertenecen á la corte del sol; lo van siguiendo. Allá, al Poniente, están los hermosos paseos, los sitios de recreo. La vida y la civilización caminan como guiadas por el sol.

México parece como irse desprendiendo y alejando del lugar en donde lo dejaron los conquistadores. Va para allá en donde presume, y con justicia, que debió de haber sido su asiento. Y rumbo al Poniente, la flor parece más hermosa, como vestida de paseo; el agua salta en chorros límpidos, como diciendo al aire que se muere de calor: ¡toma, refréscate!—La calle es más amplia significando que

es el cauce para un río humano ya más caudaloso; atrás se quedan los callejones tortuosos, los que se hicieron para los retablos, para los asaltos nocturnos, los que parecen embozados, los construidos adrede para obligar á creer que los faroles de aceite ó las mechas alimentadas con grasa, alumbran de verdad: atrás se quedan esas casas que parecen prisiones, habitadas por enfermedades, las fachadas amarillentas de hictericia, las puertas verdinegras que dan entrada á obscuros pasadizos, las azoteas que todavía están armadas de canales por horror al agua, por horror á la limpieza, ó por fingir que tienen carabinas y mosquetes y amenazan con ellos á los indios enemigos: atrás se queda la accesoria que parece A, una tortillera sentada en cuclillas, y la vivienda chaparra de un solo balcón que parece olla; y allá, por donde el sol pasea en las tardes, las casas, aunque no sean ricas, están bien vestidas de percal y muselina, pero de muselinas y percales que respiran frescura; á sus azoteas sube el agua, para bajar presa en angostos tubos, á la tina del baño; en sus vidrieras hay persianas y en los barandales de sus balcones hay campánulas; el árbol, que cuando llega á viejo es viejo verde, se aproxima á esas muchachas, las corteja, y no piensa en buscar á las solteronas gordas y cacarizas del Oriente; la luz se despide más tarde de esas salas en donde prolonga su visita porque está muy á gusto y . . . ¡para allá la civilización, para allá va la luz, para allá va la vida!

¡Cómo brotan casas en esa Calzada de la Reforma! ¡Cómo va dejando la ciudad á los pobres, parecida á la dama elegante que percibe un olor y recoge su falda de seda y sale aprisa de la iglesia. La lechuga vive en la Merced, la flor en San Cosme: lo que en los barrios del Oriente es canasta, es cesto en los del Poniente. Pronto, sin duda, México se unirá á Tacubaya, que lo espera como una novia espera al novio, con prendido de flores y con una rosa en el corpiño. Ya no sólo van los carruajes elegantes, camino del Oeste: también se van las estatuas, se va el arte, como huyendo de la Academia de San Carlos, que está muy al Oriente . . . . . ; pero muy al Oriente!

Id á disfrutar de estas hermosas puestas de sol en la Reforma, ó id de mañana, cuando el calor no habla aún en voz alta. En la mañana los alemanes, los franceses, los yankees, son los que más frecuentan la Calzada. Allá va el comerciante en su caballo, haciendo provisión de oxígeno para no asfixiarse en la obscuridad del almacén.

Allá va el diplomático en su faeton ó en su *buggy* de ruedas coloradas. Allá va la amazona con su largo vestido negro ó gris y su lazo de seda azul en el sombrero . . . El noble perro de casa rica, con su collar y su cadena de luciente acero . . . Las que vuelven de la alberca, frescas, risueñas, con el pelo suelto . . . La Miss recien llegada, con su enorme ramo de botones de rosa sobre el pecho . . . Un viejo inglés leyendo en una banca su periódico . . . Y en medio de la calzada el carro que lleva un gran barril acostado,

porque se bebió á sí mismo y está ebrio, dando un baño de regadera á la reseca tierra.

Por las tardes, esa pequeña faja trazada por el café de Zepeda, parece como desprendida de parisiense boulevard. Los últimos rayos del sol, como tomando las últimas copas para irse á dormir de buen humor, se disputan los vasos, y pagan, convirtiendo en topacio la cerveza, en oro el cognac, el absinto en esmeralda, y la grosella, la más inocente de las bebidas, en rubor.

¿Por qué no bajan las señoras de sus coches? ¿Por qué algunos hombres van solos en los suyos? ¿Van á que los veamos? No queremos ¿No tienen amigos? ¿Quieren ir á solas con su vanidad? Si son poetas, soñadores, en busca de soledad y de silencio, que se vayan al bosque!

Y en los landós, en las duquesas, y victorias, pasa la hermosura envuelta en polvo de oro . . . Hasta que el globo rojo del sol queda enredado entre las ramas de los ahuehuetes, y las pupilas se apagan y los focos de luz eléctrica se encienden.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL CZAR ESTÁ PÁLIDO.

Aceptando por buena la antigua definición de tragedia, podríamos bien decir que la tragedia más perfecta es la que hoy se está representando en el mundo. El infortunio de los reyes es epidémico, igualmente que la *grippe*. Todo el antiguo régimen tose, estornuda y se queja de dolor en los huesos. Unos aseguran que el Papa ha muerto; otros dicen que vive, pero, en todo caso, ya se duda de la existencia real y positiva del Pontífice. Don Pedro del Brasil—el noble y generoso anciano que pensó haber vencido por amor—anda expulsado de la casa en que vivía y hospedándose en otras casas que se están cayendo. Se teme que muera la reina Victoria, y si creemos todavía que vive, es porque ya hace muchos años que lo están diciendo. Pero en realidad el vivo es Gladstone. El Czar de Rusia se pasea en coche, muy pálido, como el Miedo coronado. Cuentan que está loco. Un niño reina en España: por manera que allí la monarquía necesita encerrarse en la alcoba para que el aire no le dé. El más vigoroso de los reyes es el joven Guillermo, de Alemania. Pero Guillermo el rey, monta á caballo muy á menudo y del caballo puede uno caerse. En el trono de Austria aparece un padre infeliz que ya casi está muerto. En Portugal expira el soberano y su heredero llega con temor y susto, en medio de las complicaciones más enmarañadas. La democracia sube en Italia como invencible marea. En Oriente todo se pudre, todo se disuelve. Y como manadas de lobos hambrientos, ya vecinas, rugen, al rededor de los cadáveres disyectos, los nihilistas, los socialistas, los apóstoles frenéticos del desquite universal.

En pocos años ¡cuántos dramas en los regios alcázares! Reyes suicidas, reyes dementes, reyes prófugos; éste que rinde el último aliento en la flor de la juventud; ese que en una noche de luna se

echa al río; aquel que ciñe á sus sienes la corona en el postrer estertor de la agonía; un Werther que se arranca la vida por amor cuando iba á ser el soberano; un autócrata, un semidios asesinado; Hamlet paseando melancólico por la plataforma de Elsenor, viendo el fantasma de su padre muerto; brillo de puñales; desaparición brusca de personajes que se hunden; el festín de los reyes terminando entre carcajadas y entre besos, y una Borgia vestida de negro que abre de súbito la puerta y que les dice: «¡Todos estais envenenados!»

Muy melancólico y muy bello es el libro de Daudet los «Reyes en el Destierro.» Allí aparecen, enfermos unos, degradados otros, dignos pocos, tristes todos; esos viejos actores que representaron antes con aplauso una comedia que no gusta ya, la comedia del derecho divino. El galán joven, ya muy viejo y mal vestido, pide dinero prestado á sus antiguos compañeros. . . . . ó se los roba cuando puede. El *barba*, más precavido y más prudente, ahorró algunos cuartos y los presta en la plaza al doce y medio por ciento á la semana. La dama—¡pobre ex-hermosa!—vende hasta el anillo de oro que le dió su primero y tímido amante; hasta las coronas de plata que arrojó á sus pies el entusiasmo del público en noches inolvidables para ella. . . . ¡Y todos ellos representaron papeles de reyes y de príncipes; pero se cerró el teatro; ya están viejos. . . . . y ahora no gustan las comedias de capa y espada. . . . Canta la Theo y el público se va á la ópera bufa!

Podría escribirse sin embargo, un libro más trágico que el de Alfonso Daudet. En menos de un cuarto de siglo, desde que el archiduque de Austria muere en nuestro Cerro de las Campanas hasta que Don Pedro del Brasil sale desterrado de su reino, ¡qué terribles escenas en las cortes! ¡Ah! aquella «Gran Duquesa,» aquella desvergonzada que hacía reír, en París, á casi todos los soberanos europeos, mientras Bismarck gruñía en Berlín, aquella cínica y descocada bailarina, iba á pisotear muchas coronas! A poco, enloquece Carlota; Napoleón el último rinde su espada humildemente; su hijo perece en trágica aventura; múdase el Papa de Europa y llega para los reyes todos la hora de morir. ¿Por quién doblan esas campanas? Por vosotros.

Un gran poeta, un gran poeta como Shakespeare, podía simbolizar, en figura gigantesca, esta vejez, esta decrepitud, esta agonía de la reyedad. Pero ¡Qué digo! ya la simbolizó Shakespeare en el *¡Rey Lear!* Todos los reyes modernos están en el *¡Rey Lear!* Allá va abrumado de años, de fatigas, de experiencia, de dolores; en mitad de la noche, perdido en bosque espeso é intrincado; desnudo casi, con las carnes desgarradas por las zarzas; azotado por las violentas ráfagas del viento, por las rachas de la lluvia, por el granizo, por la nieve; allá va solo y encorvado, buscando para guarecerse la ca-

verna del lobo ó la madriguera del leopardo; allá va en busca de una Cordelia que no existe,-porque Cordelia era la fidelidad y la fidelidad murió de frío!

¡Cuánto más cautos y felices los que, como ese duque de Aosta que acaba de morir, cercado de cariños, supieron arrojar desdeñosamente la corona por el balcón de sus palacios! Amadeo, como el archiduque Maximiliano, pensó que iba en caballeresca aventura, á despertar á una princesa encantada. Pero Amadeo vió que lo habían engañado; que las leyendas son leyendas y que la fantástica princesa era una manola que abría ya la navaja para herirlo. . . . y entonces, con menosprecio y noblemente, tiró la corona para que la levantara el que quisiera.

Y es buen ejemplo el de Don Amadeo I de Saboya. El ex-emperador del Brasil escribía hace poco al cantante Stagno. *El reinado de usted ha durado más que el mío.* Y es verdad. La voz de un tenor dura hoy más que un imperio.

En Inglaterra la monarquía está muy vieja. En España está muy niña y los niños se mueren fácilmente. En Alemania puede morir de congestión. En Rusia va á morir de frío. . . . ya lo oísteis: ¡el Czar está muy pálido!

PERROLLAZ ESTÁ PÁLIDO.

Recuerdo haber escrito cierta vez un artículo titulado «El Czar está pálido.» Y no lo dije porque lo ví, sino porque el Sr. Lee-Kook que está, como Dios, en todas partes, lo había dicho.

Esa palidez preocupó mucho á las cancillerías europeas, de lo que infiero que la paz del viejo continente, depende de que el Czar esté muy colorado.

Ahora bien; la paz de las familias en las presentes circunstancias depende, á mi entender, de que el Sr. Perrollaz esté ó no pálido.

Hay quien crea que la rifa zoológica está subvencionada por Guatemala con el fin de que pase inadvertido el conflicto centroamericano. Y con efecto, nadie se preocupa de que haya salido el General Menéndez del poder y de este mundo. Lo que nos interesa es saber si mañana saldrá *pato*. Los animales siguen teniendo muchos partidarios.

El rey de los animales—dígolo sin mal fin— no es es el león, como habían convenido nuestros padres. No, señor, es Perrollaz. Este buen amigo mío, que ya no va pareciéndome tan bueno desde que se niega á confiarme sus secretos, es hoy por hoy el verdadero autócrata de México. Hemos tenido tres imperios; el de Iturbide, el de Maximiliano, el de Perrollaz. Y dos intervenciones funestas: la de los franceses y la de los animales. Su Majestad Perrollaz se apoya no en las bayonetas pero sí en el número: en los brutos. Y cuando quiere, vuela, y cuando quiere, nada; y cuando se le antoja anda en cuatro patas. El hace los peces que nadan en el aire y las aves que vuelan en las aguas.

Nosotros, fatigados al fin ¡gracias á Dios! de luchas y banderías políticas, hemos dado á nuestra actividad incurable empleo, más noble en las partidas zoológicas beligerantes. Ya no hay juaristas, ni

verna del lobo ó la madriguera del leopardo; allá va en busca de una Cordelia que no existe,-porque Cordelia era la fidelidad y la fidelidad murió de frío!

¡Cuánto más cautos y felices los que, como ese duque de Aosta que acaba de morir, cercado de cariños, supieron arrojar desdeñosamente la corona por el balcón de sus palacios! Amadeo, como el archiduque Maximiliano, pensó que iba en caballeresca aventura, á despertar á una princesa encantada. Pero Amadeo vió que lo habían engañado; que las leyendas son leyendas y que la fantástica princesa era una manola que abría ya la navaja para herirlo. . . . y entonces, con menosprecio y noblemente, tiró la corona para que la levantara el que quisiera.

Y es buen ejemplo el de Don Amadeo I de Saboya. El ex-emperador del Brasil escribía hace poco al cantante Stagno. *El reinado de usted ha durado más que el mío.* Y es verdad. La voz de un tenor dura hoy más que un imperio.

En Inglaterra la monarquía está muy vieja. En España está muy niña y los niños se mueren fácilmente. En Alemania puede morir de congestión. En Rusia va á morir de frío. . . . ya lo oísteis: ¡el Czar está muy pálido!

PERROLLAZ ESTÁ PÁLIDO.

Recuerdo haber escrito cierta vez un artículo titulado «El Czar está pálido.» Y no lo dije porque lo ví, sino porque el Sr. Lee-Kook que está, como Dios, en todas partes, lo había dicho.

Esa palidez preocupó mucho á las cancillerías europeas, de lo que infiero que la paz del viejo continente, depende de que el Czar esté muy colorado.

Ahora bien; la paz de las familias en las presentes circunstancias depende, á mi entender, de que el Sr. Perrollaz esté ó no pálido.

Hay quien crea que la rifa zoológica está subvencionada por Guatemala con el fin de que pase inadvertido el conflicto centroamericano. Y con efecto, nadie se preocupa de que haya salido el General Menéndez del poder y de este mundo. Lo que nos interesa es saber si mañana saldrá *pato*. Los animales siguen teniendo muchos partidarios.

El rey de los animales—dígolo sin mal fin— no es es el león, como habían convenido nuestros padres. No, señor, es Perrollaz. Este buen amigo mío, que ya no va pareciéndome tan bueno desde que se niega á confiarme sus secretos, es hoy por hoy el verdadero autócrata de México. Hemos tenido tres imperios; el de Iturbide, el de Maximiliano, el de Perrollaz. Y dos intervenciones funestas: la de los franceses y la de los animales. Su Majestad Perrollaz se apoya no en las bayonetas pero sí en el número: en los brutos. Y cuando quiere, vuela, y cuando quiere, nada; y cuando se le antoja anda en cuatro patas. El hace los peces que nadan en el aire y las aves que vuelan en las aguas.

Nosotros, fatigados al fin ¡gracias á Dios! de luchas y banderías políticas, hemos dado á nuestra actividad incurable empleo, más noble en las partidas zoológicas beligerantes. Ya no hay juaristas, ni

lerdistas ni imperialistas: ahora hay patistas, gatistas y perristas. No queremos que salga tal ó cual presidente, sino este ó ese animal. Hay personas que darían la vida por un pavo.

En esta revolución no corre sangre, no! Ya lo hemos dicho en prosa—creo que ya lo dije en verso—que el acero de las espadas se había convertido en rieles de ferrocarril. Y ustedes se convencerán de que eso es cierto, si observan lo delgaduchos y frágiles que están los *rails* de muchas líneas férreas. A esta innovación en el uso del acero, debía corresponder otra en el uso de la sangre. Hoy la sangre ya no se usa: lo que se usa es la plata, y ésta es la que está corriendo á mares en la guerra zoológica.

Ni la de tres años ha causado más estragos que ésta de tres meses. Conozco á un individuo muy honrado, muy bueno, muy patriota, muy partidario del conejo, que ha sacrificado su haber y el porvenir de su familia, á la causa de ese nobilísimo animal. Eso se llama ser leal, abnegado y útil á la patria.

Hay personas también que llevan setenta y nueve días de estar derramando su sangre, ó sea su plata, por sacar de la cárcel en que están encerrados con notoria injusticia, al sabio pato y á la inocentísima serpiente. La caja de madera que verán ustedes en la Plaza de San Juan, es la bastilla moderna, es la bastilla de los animales.

¿Que el Sr. Pérez está en prisión, después de averiguada su inocencia? . . . ¡Bueno, pues esté! al cabo es muy hombre. Lo que nos importa es que no esté encerrado el elefante, que es muy animal. Y los esfuerzos denodados de la prensa, los del pueblo, los de México entero, tienden á ese fin.

Antes se preguntaba:—¿Qué santo es mañana? — Ahora se pregunta:—¿Qué animal saldrá mañana?—Antes le llevaba uno á su familia un pavo asado envuelto en papeles. Ahora se le lleva á la misma respetable y numerosa enemiga de nuestro reposo, un papelito que dice pavo, y que no tiene pavo adentro. Pasa lo que con el acero, lo que con la sangre; todo cambia: hoy no comemos pavos, pero compramos sus retratos. Ninguna intervención ha sido tan efectiva como esta. Y conste que no me atrevo á llamarla intervención extranjera, porque se trata de animales y no quiero ofender á la Sociedad protectora de los mismos. Esta intervención no solo ha revolucionado la República, sino también los hogares.

Un condiscípulo mío, que jamás ha estado en ninguna escuela ni en ningún colegio, aunque sí frecuenta otros malos lugares, se divorció ayer de su señora, por incompatibilidad zoológica. A él le gusta el gallo y á ella el toro; naturalmente han tenido que sostener, por principios políticos, una lucha encarnizada. Y como salió toro, el señor se ha indignado.

Los padres están en guerra con sus hijos; el burro abre un abismo infranqueable entre los hermanos, como en la época de Caín y Abel; y hasta se ha dado el caso de que las suegras voten con los yernos á favor del gato.

Hemos tenido guerras internacionales y guerras civiles; hasta ahora tenemos, merced á la intervención de los animales, una guerra doméstica.

Y el Sr. Perrollaz es la causa de las causas, la que desconfiaron de encontrar Augusto Comte, Littré, Spencer y cien otros. Es el primer principio. Más atrevido que Hernán Cortés, conquistó á México con veinticinco animales. Se llevó él los tesoros de Cuahutemoc. Se ha encontrado la piedra filosofal en la cabeza de los mexicanos.

Nada de extraño tiene, en consecuencia, que todos lo persigan y lo busquen y lo admiren. El está en el secreto: sabe si al tercer día ha de resucitar el guajolote. Por la mañana — creo que á las siete en punto—escoge al animal que ha de hacernos animales á todos. Y en seguida . . . ¿qué sucede en seguida con el Sr. Perrollaz? Yo creo que desaparece, que se va al Paraíso en un carro de fuego como Elías, ó que se hunde por un escotillón como los personajes de las magias. Ví alguna vez en mi vida á Perrollaz. Pero creo que ya no volveré á verlo ni mucho menos á hablarle. Tal vez solo existe de siete á siete y media de la mañana y de seis á seis y cuarto de la tarde. Después se borra como si la humanidad fuera una pizarra, y él una cifra escrita en ella. Se encuentra á Saint-Saens, se encuentra á Eyraud, se encuentra á los que robaron á Brillanti, á los que robaron á Phillipp . . . no se encuentra á Perrollaz.

Cuando menos, debe de ser un troglodita, ó para hablar en cristiano, habitante de cavernas. Y hace bien. Si el Sr. Perrollaz tuviera forma corporal como nosotros y si pagara casa como nosotros, veríase en graves aprietos. No podría dormir, por temor de hablar en sueños revelando el nombre del animal que se propone encerrar al día siguiente. No podría contestar á su cocinera, sin inmutarse cuando ésta le preguntara si hacía costillas de carnero ó patas de puerco. ¡Borrego ó marrano! *¡That is the question!* Todos lo invitarían á comer, á tomar copas, con la esperanza de volverlo expansivo, hablador, agradecido. ¿Y amar . . . ? ¡Oh, qué difícil le sería amar!

—¡Una prueba! ¡Una sola prueba de cariño! ¿Es conejo ó es perro? He aquí el problema!

Hay, sin embargo, algunos mortales venturosos que han visto al Sr. Perrollaz, cuando no está oficiando. Y uno de ellos echó de ver que se había puesto pálido cuando álguien dijo:

—Hoy sale mariposa.

Y cuentan los testigos de la escena que, en efecto, el Sr. Perrollaz se puso pálido.

—¡A comprar mariposa!—se dijeron todos—¡y salió jaguar!

Aquí tienen ustedes por qué ya no creo ni en la mismísima palidez de Perrollaz.

Y conste que no lo llamo amigo mío, á pesar de que amigos hemos sido, y de que en mucho aprecio su talento. Desde el momento en que desconfía de mí, en que me oculta algo, aunque ese algo sea animal, y no me dice, en el seno de la amistad, lo que él sabe y á mí me interesa saber, ya no es mi amigo. Sin embargo, puede volver á serlo cuando guste.

EL CIELO ESTÁ MUY AZUL.

El cielo está implacablemente azul. Cuando sale uno del baño matinal, azotado por el chorro de agua fría que, á manera de látigo, nos azuza para que corramos, el calor aún tibio de la atmósfera, parece voluptuoso; la tersa limpidez de las capas superiores cautiva la mirada, y ese sol refulgente que parece salir de caza levantando nubes de polvo en su camino, semeja gallardo, altivo, triunfador. Ni una nube en las crestas de las montañas: los blancos rebaños que Eolo cuida, no aparecen. Ni franjas color de rosa ni cintas color de ambar en el horizonte. Todo azul.

Sin embargo, fijándonos un poco echamos de ver que ese azul está un tantico sucio. No se ha lavado todavía con agua fresca y para disimular el desaseo se ha puesto polvo de arroz en la cara. Es un azul deslabazado, que no ha dormido bien y conserva la fiebre del insomnio. Otras veces lo vemos profundo, intenso, enérgico. Ahora no: está desleído.

Como las almas, el cielo necesita la lucha para resplandecer. Si triunfa de las cerradas nublazones, de los negros nimbus, esplende. La calma prolongada le deja soñoliento, pálido. Alzo hoy los ojos para verle y se me figura que es un desierto. Ninguna caravana de árabes, envueltos en sus blancos alquiceles, cruza por esa extensión; no se presenta ningún camello amarillo y giboso en el horizonte; no se columbra al mercader que de Damasco viene con su mula cargada de telas color de escarlata, ni se presume que puede haber, en donde los montes lindan con el cielo, un oasis, una cisterna, un sitio húmedo y sombroso: no hay una sola nube en el espacio.

A medida que el día avanza, aumenta el calor. Cae sueño sobre la naturaleza. Las acacias que al soplo de la brisa ríen moviendo sus calados abanicos, están ahora inmóviles. El árbol no sacude

sus hojas, y parece pintado con lápiz verde sobre fondo azul pálido. Tiene la vegetación ese color brillante, mas sin vida, de los tibores japoneses. El agua anda despacio y sin tararear ninguna de sus canciones favoritas. La tierra está echada.

En otras ocasiones tal parece que la tierra se mueve y hace fiestas. Ora bebe agua, ora deja que el aire haga danzar la arena; ya hace cosquillas á las espigas, que se retuercen riendo; ya dice no sé qué palabras á las rosas, y las ruboriza. Pero bajo esta atmósfera pesada, ni el menor movimiento se percibe en ella. Camina el buey con mayor lentitud; no ladra el can; las ovejas salen á pastar con el cansancio y el desgano del oficinista que vuelve al interrumpido trabajo por la tarde; los pastores se tienden sobre la yerba con la cara hacia el suelo, y ni el gallo animoso cacarea. Es la siesta; pero la siesta sin esperanza. ¡Ni una sola nube!

No es piadoso este cielo. Es como esos espíritus monótona y egoistamente buenos, que viviendo vida contemplativa, no ejercitan la caridad. Prefiero el cielo apasionado, el iracundo, el que, como Don Juan, anda á estocadas con alguaciles y cuadrilleros de la Santa Hermandad, el que se emboza y desenvaina el rayo; ese cielo que tonante blasfema y que fecunda la naturaleza. Bueno es que la inmensidad azul tenga sus días de campo, sus días en que vista de muselina vaporosa, y sus noches de fiesta, en las que luzca sus alhajas. Pero ha de pasar también, para que sea completamente hermosa, por crisis de amor y celos; han de relampaguear sus ojos por la pasión encendidos. . . . . para eso, más feliz que diosas y mujeres, tiene pupilas color de cielo ó profundamente negras, á su antojo.

La tierra quemada y reseca tiene sed. El río corre furtivo y vergonzante, por lo hondo, para que no le vea ella y tenga que decirla: nada tengo. Y cuando miro la sedienta mazorca, delgaducha, amarilla, que se empina á modo de chicuela que no alcanza con sus manos el brocal del pozo, pienso en las criaturas indigentes que no tendrán acaso alimento mañana. Entonces ese cielo azul me parece de acero, frío, cruel.

La sequía destruye nuestras sementeras. El sol las asaetea. La tierra no tiene ya jugo que dar, y ha de sufrir lo que la madre cuando ve enjutos sus senos y mira hambriento al hijo. Parece desmayada la naturaleza. Hay agua para nosotros, agua para nuestro vino, agua para nuestro baño sibarítico, agua para la magnolia que se ostenta en jarrón de porcelana, pero no hay agua para el pan del pobre.

El especulador se regocija y acapara cereales. Para ese el hambre es una Celestina. Esa le lleva á las vírgenes, le corrompe á las esposas, le vende á vil precio los humildes muebles del obrero. Para ese la sequía es fecunda y pródiga. Come él hambre ajena.

¡Son hermosos los trigales cuando la lluvia los alienta á tiempo! Los segadores emprenden, cantando, su tarea, porque el buen trigo no se queja de que lo corten con la hoz: no le duele, y quiere convertirse en blanca harina. El trigo es apacible, manso, rubio. En sus campos se aman castamente Ruth y Booz. Es el oro en la edad de la inocencia. Es el oro que tiene blanca el alma. Tanto lo amó Jesús que quiso perpetuamente unirse á él. La hostia es suya.

Rebosa el granero; viene chirriando la carreta, abrumada por el peso de los haces; rodea la era un nimbo místico; la hoz brilla como la mirada de una joven que acaba de hacer alguna buena obra. . . . ¡qué alegría en los campos! ¡qué olor de cuerpo sano despide la naturaleza! El grave, noble buey, está contento de sí mismo.

Más tarde la blanca, leve harina, saldrá como purificada del molino para ir al horno, en donde, por amor al hombre, se convierte en alimento. Fué rubia, fué blanca; luego es buena. Salva al niño enfermito; sirve de apoyo al achacoso anciano. Es la contestación que manda Dios á los que le piden el pan de cada día.

Pero ahora, pensando en la sequía que aniquila el maíz, como por reflejo, esos trigales, esas ondulantes sábanas de oro, transformándose en mi imaginación, se me presentan en distinta forma. Veo el *petate* agujereado en donde duerme el indigente; veo la luz amarilla de la vela de sebo pegada á la tarima; y la transparente amarillez del niño hambriento, y hasta las flores tristes color de ocre, que los pobres les llevan á sus muertos.

Esas noticias pidiendo agua que nos transmite el telégrafo; esas cifras que, secas aparecen en las cotizaciones de la bolsa, señalan un hecho desconsolador: la sed está haciendo hambre. El maíz se pierde; la tortilla, ese único viático que recibe el indio para su caminata por la tierra, encarecerá dentro de poco; el frijol sube de precio, y la cazuela del peón ya no va llena al campo de labranza. . . . la caridad abre sus ojos asustados y se prepara á tender la mano suplicante.

Vuelvo la vista al cielo y está azul, muy azul, sin una nube. Todas las nubes se agruparon en los obscuros horizontes de la vida.

LOS NIÑOS TRISTES.

No hay un cansancio que tanto me conduela como el prematuro cansancio de la vida. Esos jóvenes pálidos que andan trabajosamente, arrastrándose á sí mismos, y de los que muchos podrían decir lo que Musset dijo de su enlutado é inseparable compañero, en la «Noche de Octubre:» «se parecía á mí como un hermano.» Esos, en cuyos ojos parece ya soñolienta la mirada; esos sonámbulos despiertos; esos monólogos transeuntes, avivan la curiosidad del psicólogo, ensombrecen las tristezas del poeta. ¿Qué llora en esas almas? ¿Qué callan esos taciturnos? ¿Qué buenos sentimientos muertos, como cirios recien apagados en un templo, despiden ese humo que les envuelve en una atmósfera opaca y que casi siempre huele mal?

Quisiera uno penetrar en esos espíritus, como se penetra en una gruta, ó sacudirlos para ver qué chispas, qué ayes, qué blasfemias salían de ellos.

Pero hay algo que causa dolor más hondo: el niño triste. El joven melancólico se cansó, pero ya anduvo. Por dura que la suerte haya sido para él, es seguro que en esa misma lucha han tenido empleo sus actividades y que ha logrado breves triunfos. Ese, conoció la esperanza. Ese, conquistó una efímera sonrisa, sonrisa de la vida, por desdeñosa que ésta con él fuera. Ese, amó acaso y creyó ser amado. Ese, ya supo que la madre le quería, que el amigo le amparaba. Tuvo la conciencia de su fuerza. Probablemente cometió alguna mala acción.

¡Pero el niño . . . ! Pues qué, ¿la risa no nace de sus labios, no se hizo para ellos? Pues qué, ¿no son sus voces las que han de repicar, á modo de argentinas campanitas?

Ellos no comprenden todavía el amor de los padres. Lo sienten como el calor de un nido nada más. Y muchos ni ese calorcito sienten, porque—esta monstruosidad existe—hay padres malos. Están como más desnudos de todo. Para luchar con las enfermedades apenas tienen fuerzas. Para vivir son impotentes, si no se les auxilia. Ningún daño han hecho, y ya han llorado.

El llanto del chiquitín dichoso es á manera de un aprendizaje dispuesto por la naturaleza para que se enseñen á desahogar el sufrimiento. Mas el llanto que no puede salir, ese que no tiene fuerzas; ese que se ve empalideciendo y apagando los ojos del niño pobre, enfermo, triste, es el que enternece más intensamente.

Cuando tiene uno hijos y puede darles lo que necesitan, lo supérfluo, teñirles de color de rosa la existencia, el encuentro con una de esas criaturas desvalidas nos desgarra el alma. Gastamos, derrochamos, y al salir de una juguetería, al entrar al circo no vemos esos ojos suplicantes de los niños tristes.

Para ellos sí son verdaderas fiestas estas de la patria. Ven el desfile de las tropas, agita la circulación de su sangre el estruendo de las músicas militares, deslumbra y hechiza sus miradas el esplendor de los cohetes, y no olvidan porque nada tienen que olvidar, no esperan porque la esperanza es desconocida para ellos; pero viven, vibran un instante. Acaban los fuegos artificiales, cesa el redoble de los tambores, y esos niños tristes vuelven á la sombra con el único amigo que Dios les ha deparado, con el sueño.

¿Verdad que hay miradas que piden limosna? Yo percibí una de esas en la noche del dieciseis, cuando llovían estrellas de púrpura y ondulantes víboras de oro culebreaban en el cielo. Era de una mujer, casi de un cadáver, que iba cargando á una criaturita como de seis meses. El cadáver de su marido se había quedado á obscuras en la casa. ¡No; no mentía! Era de carne aquel dolor. La niña apenas era de carne. Ya, tras largo contacto con los dolores humanos, se aprende por desdicha á conocerlos. Esa era madre. Iba, con su pedacito de vida entre los brazos, á buscar en las calles próximas á la plaza, en los sitios por donde pasa la alegria, una limosna para enterrar al muerto, y para la huérfana cuya única dicha consistía en no saber su orfandad y en estar próxima á la muerte. Dí una peseta á esa infeliz y me pasé de largo.

Pero, andando, andando, fuéronse como abriendo mis ideas, y sentí remordimiento. ¿Cómo acababa de gastar en fruslerías y en vanidades, dejaba á mi hija muy ufana, muy satisfecha de vivir, y le daba yo á esa mujer nada más veinticinco centavos? Desandé lo andado, quise encontrar á la huérfana y á la madre, darles lo que llevara en el bolsillo, hacer la felicidad una vez en mi vida, puesto que la felicidad algunas ocasiones se hace con diez, con cinco pesos; pero ya mi limosnera, mi acreedora, había desaparecido. Ese dolor se perdió en la muchedumbre de los dolores humanos; esa indigencia, en el mar de la miseria; y mi egoísmo quedó embebido en la reseca pie-

dra que no tocan las alas blancas de la caridad. Fuí malo, si, fuí criminal.

En mis pesquisas, al torcer una esquina, salióme al paso una chiquilla de once á doce años, vivaracha, rubia, de ojos grandes. Parecía hija de francés. Su mirada no pedía limosna, pero ella sí me la pidió. Se la negué. . . . me fué siguiendo, y. . . . . me repugna escribir lo que me propuso . . . . no lo escribo!

Esa es más huérfana que la otra, y más infortunada porque tiene más vida. ¡Santo cielo! Hay algo todavía más triste que ver á una niña huérfana y á una madre hambrienta!

A LOS AUSENTES.

En los primeros días del año es costumbre—y costumbre simpática por cierto—la de enviar tarjetas, cartas ú obsequios á las personas más queridas, á todos los amigos y hasta á los simples conocidos. El recuerdo envía un buen deseo más ó menos cariñoso, espontáneo ó interesado, sincero ó ficticio, á aquellos con quienes algún vínculo nos une. A los que bien se quiere, parece decírseles:—todavía vivimos; ¡todavía os queremos!—Se responde—¡Presente!—á la amistad que pasa lista.

Pero hay algunos seres bien amados cuyo paradero, cuya residencia ignoramos. Al paso que vivimos, vamos viendo más y más que este mundo es muy grande, no tanto por el espacio que ocupa, sino por la distancia que separa á unos de otros. Estamos lejos hasta de muchas gentes bien queridas que viven á pocas varas de nuestra casa. Cada año observa uno que ha tenido más dispersos en el batallón de los suyos: los muertos, los heridos, los que se quedaron rezagados por cansancio, los que se ignora á dónde fueron. La esposa de un amigo suele robarnos al amigo; el vicio—¡infame!—nos arrebata á otro; el trabajo, implacable, nos aparta, nos aísla de los nuestros; no podemos visitar, no podemos escribir; á unos, por ricos ellos, les huímos; á muchos, por indolencia ó tedio, les perdemos de vista; quién marchó á tierras extrañas y viaja sin que sepamos con certeza cuál es la ciudad, el punto en que se halla; quién se oculta deliberadamente á nuestro afecto por recónditas razones; pero siempre el alma, sagaz y adivinadora, siente, cuando no ha perdido esos cariños, volar en torno suyo los buenos deseos que no se expresan, las palabras dulcemente mudas, ese latir de corazones muy distantes pero nunca ausentes del nuestro, y que venciendo

el tiempo y el espacio se unen y forman el hogar caliente del espíritu.

A esos ausentes, más bien dicho, á esos lejanos me dirijo. Becquer dijo en un verso brumoso y como al despertar de un sueño:

> Solo sé que conozco á muchas gentes
> A quienes no conozco.

Pues bien, yo digo—y esta es mi gloria y es mi orgullo:—solo sé que tengo muchos amigos á quienes nunca he visto, que no me conocen y que jamás me conocerán. Lo último no es mi gloria ni mi orgullo: es mi desgracia, es mi tristeza.

En la vida literaria, tan llena de sinsabores, encuentra el espíritu dichas, alegrías inesperadas; y de ellas, la más intensa, la más viva, es la de saber que se ha despertado una simpatía en álguien, ó que se ha fijado en uno la mirada de alguno de esos genios próceres, á quienes jamás habríamos osado, sin previo llamamiento, aproximarnos. ¡Ah! se está muy á obscuras, se tiene mucho frío, se tiene mucho miedo; y de improviso se abre la ventana que da al sol, la ancha, la grande, y entra la luz, entra el calor, ¡entra la vida! ¡Eso, eso se siente cuando nos escribe, halagándonos, un gran poeta; cuando recibimos el libro que nos manda para nosotros, con su firma, con la sombra de su pensamiento en la primera página—un escritor admirado; cuando nos dice un ser desconocido:— No te conozco, pero quiero conocerte.

Eso, eso se siente. ¡No estoy solo! Fué mi nombre en el aire, como arrancada hoja de árbol, y no cayó en el mar ni en pozo entenebrido: ¡hubo una mano que la recogió! No se extinguió como el sonido, no se apagó como la luz; le abrigaron, le infundieron aliento, y vive aún! Pobre es el mío; pero sería blasfemo si se quejara de la suerte: sería ingrato si no amase á los que, apiadados de la desnudez en que le vieron, hanle ataviado con las regias galas de ellos.

Y, sin embargo—lealmente lo confieso—he sido ingrato. Ingrato con Llona el de la admirable *Odisea del alma*, el de la *Noche de dolor en la montaña*, el de los *Caballeros del Apocalipsis*, el que ha salpicado la púrpura de la poesía americana, como si hubiera deshecho el collar más rico de una reina, con deslumbradores diamantes, que llama él sonetos, el admirado por Víctor Hugo, el que sujeta á ritmo la palabra solemne de los bosques; he sido ingrato con Jorge Isaacs, á quien admira América, y más todavía, le ama: ingrato con Rafael Obligado, artista excelso, poeta altísimo; ingrato con Rafael Pombo, el que nunca morirá porque dió vida á la muerte en

elegía inolvidable; ingrato con Rubén Darío, el fastuoso, el príncipe, el magnífico, el de Venecia, el de Oriente, el de la luz; y con Calixto Oyuela, bien querido de la musa helénica; y con Ricardo Palma, el de los frisos en que retozan las figuras; y con Pérez Bonalde que ya se murió; y contigo, mi Julián del Casal, que me ennobleces llamándome tu hermano; contigo que te arrodillas junto á mí en la capillita de alabastro donde se oye la «sinfonía en blanco mayor» de Teófilo Gauthier; y contigo también Ismael Enrique Arciniegas, enamorado feliz de la belleza, maestro en refinamientos y elegancias; con Quesada, el de las deleitosas *Crónicas Potosinas*, el diplomático subamericano más conspicuo después de Zorrilla San Martín, porque éste es genio; con el maestro Miguel Antonio Caro; y. . . . ¡pasad, ya mudos, mis remordimientos! Fuera la procesión interminable para los ojos de mi vergüenza que se asoma á verla. Casi la enormidad de mi delito es su disculpa: con todos he sido ingrato.

Por eso, y aunque sea repugnante el egotismo, hablo hoy y en público de mí á esos ausentes tan admirados, tan queridos, para decirles: ingrato el escritor, no ingrato el hombre. Al escritor lo atan, lo prenden, lo sujetan, lo enclavan. El hombre siente inmenso cariño para los que son con él tan buenos, tan generosos y tan pródigos. Cada uno de esos magnates ha derramado felicidad en mi vida. Que esa felicidad y toda la mía vaya con ellos.

Hay también para quien está en diaria y continua comunicación con muchedumbre desconocida, amigas y amigos á quienes no puede enviar su recuerdo de año nuevo porque. . . . porque no sabe cómo se llaman. . . . porque no sabe en dónde están. Pero existen. . . . están en alguna parte. . . . yo lo siento, y eso es lo que me anima. El encuentro con una de esas simpatías que andaban en la sombra, me recuerda por lo hermoso, por lo vivificador, el encuentro de Dante con Beatriz. Entonces, hasta las lágrimas salen para ver ese cariño. Hay almas afines, separadas por el espacio ó por distancias morales, que suelen reconocerse, hablarse en un instante. Ese instante se llama claridad. De la momentánea conjunción de esos espíritus siempre nace algo inmortal. Y al despedirse las dos almas, se dan una cita misteriosa, tristemente bella. ¿Para cuándo? Tal vez para mañana. Siempre para siempre.

Si se descubre que ha vibrado algo nuestro en otro ser, que hemos traducido, sin saberlo, ajenos dolores, ajenas esperanzas; que durante un minuto fuimos el amigo de la desconocida ó el desconocido, que ya quedó nuestro recuerdo en álguien, aun cuando sea como queda un niño muerto en su cajoncito de raso, diríase que un baño de luna, pálidamente, nos rejuvenece. Sí; se alzan los sueños, á modo de hojas secas al parecer revividas por la ráfaga de aire que gimiendo las levanta; se cree, cerrando los ojos, en la bondad de la

vida; se espera en el siempre cariñoso y siempre remoto inesperable. Hay luz, aunque sea la silente claridad que cae de las estrellas, en el alma. Háy otras vidas deteniendo á la que por instinto, más que por cansancio, anhela irse. Ya somos más—dicen en casa—esto es, en el corazón. Y se trabaja con más ahinco, porque se trabaja para otros más. Se ausentarán de esa casa, de ese corazón, algunos, porque así es la existencia; pero sus cuerpos son los que se alejan; seguimos pensando en los que se fueron, y con la eterna, mentirosa esperanza de que vuelvan.

A esas simpatías tan buenas, envío flores.

AL MAESTRO[1]

NENIÆ

Quem virum aut heroa lyrâ, vel acri
Tibiâ sumes celebrare, Clio?
¿Quem Deum?

HORACIO.

Arrojo mi dolor á lo íntimo de mi alma; se cierran los ojos turbios de mi cuerpo, y quedan abiertos, fijos, deslumbrados, los que jamás húmedo soplo apagará: miro, Maestro, circuída tu frente por luz de soberano apotéosis, y de mis labios que no sintieron la frialdad de tu cadáver, surge el canto.

¿Por qué enlutada la solemne sede? ¡Volcad cestas de flores! Ayer, ciñendo á tus sienes lauros frescos, te miramos partir, y al padre Océano con instante súplica pedimos respeto para tí: hoy, hijo de Horacio, coronado de rosas y de pámpanos, entras augusto á la inmortalidad. ¡No paños luctuosos, no tocas de viudez, no plañideras! ¡Esa mesa es la mesa del festín! Ven, vate griego, levanta tú la crátera espumante, y oye el epitalamio que cantamos en tus supremas nupcias con la gloria.

No van á tu sepulcro las Choéphoras, portadoras de libaciones, ni Hermes, «habitador de lo profundo,» viene por tu alma. No preside Electra, sombría y pálida, el coro de las esclavas, cuyos cabellos caen, cual si lloraran, sobre las urnas funerales; ni te acompaña doliente séquito de Panatheneas, que nunca olvidan. Son tus ninfas, Maestro, las que, ufanas, van precediendo el carro de victoria en que te alzas. ¡Lémures y larvas, lívidos espectros que rondáis

. . . . . .

1 Elegía pronunciada en la velada fúnebre que el «Liceo Mexicano» celebró en honor del Maestro Altamirano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DIRECCIÓN GENERAL

en la noche, para vosotros está cerrado este recinto! ¡Muerte, hablamos al inmortal: aquí no tienes tú creyentes!

San Remo es la población riente y coquetuela que, entre Niza y Génova, parece una canasta de camelias caída y olvidada en el camino. Arriba del alegre caserío está la ermita de San Rómulo, surgiendo de entre un enorme ramillete de palmas. Y de esas palmas, obedeciendo á tradicional costumbre, cortan á millares las que ondulan y se cimbran gráciles en Roma el Domingo de Ramos. Luego, esas mismas flámulas de triunfo, reducidas á pavesa, van á fijarse el Miércoles de Ceniza en la frente de los católicos, advirtiéndoles que todo lo humano es efímero, todo es polvo, todo es nada.

No era el Maestro extraño en esa tierra: sin haberlo visto, conocíale aquel cielo, como conocía á Byron, antes de haberle contemplado, de pie sobre las ondas, el mar que llega voluptuoso á las costas de Grecia. Italia, *alma mater*, pudo al fin dar un beso largo y último á su hijo. Tampoco las palmas de San Remo le desconocían: eran para él «recuerdo vago de las florestas donde nació,» símbolo de sus triunfos, y se llamaban como una de las hijas de su corazón. Aquellas palmas se inclinaron, como arrodillándose, el día en que ese maestro entró á la eterna Jerusalem. Aquellas palmas, en triste Miércoles de Ceniza, vinieron, hechas pavesa, por el aire, á posarse enlutadas en las frentes nuestras.

Fué esa ascensión en día funesto: el trece. En el catorce de igual mes asesinaron al semidiós de Altamirano, al gran Guerrero. Puntual á la cita, y para no dejar vacío su asiento en el banquete conmemorativo, partió el Maestro y dijo á los inmortales: ¡Heme aquí!

También, señores,—y sigamos eslabonando la misteriosa cadena de la fatalidad cuyos extremos serán siempre invisibles—la fecha en que nos congregamos para cantar al Ausente, es una fecha sagrada.

Los latinos, en fiesta colectiva, celebraban á sus dioses Manes el veintiuno de Febrero. Al aniversario de la muerte llamaban *parentatio*; y esta solemnidad de hoy, entusiasta y no fúnebre, la *Feralia* ó la *Caristia*. Y eran los dioses Manes, almas de progenitores divinizadas por la muerte. «Dad á los Manes—dice Cicerón—lo que suyo es: son hombres que dejaron la existencia, y tenedles por seres ya divinos.» El Maestro es uno de nuestros primeros dioses Manes. Celebremos fervientes su *Caristia*.

Pero aquellos Antiguos, que serán siempre jóvenes para el artista, daban á la muerte una vida aterradora que nosotros no le damos. En el sepulcro encerraban cuerpo y alma. Preso en el fúnebre monumento, sentía el muerto hambre, sed, odio y amor. Agamenón en su tumba pedía venganza. Y esa tumba, en la *Orestia* de Esquilo, es un verdadero personaje con el cual conversan Electra, Orestes y el Coro.

Aquí no hay sepulcro; aquí no hay túmulo. De tu forma corpórea, Maestro excelso, nada queda. Acaso, á haber expirado entre nosotros, habría sido imposible para tí hurtarnos tu cadáver venerando: le reclamaba la tierra necesitada de savia, de calor, de energía. Era del barro mexicano, del que formó la figura épica de Morelos, y al acervo común habría calladamente reingresado. Tus hijos, creyendo en tí, y esperando el milagro, hubiéramos guardado, fieles y celosos, todo lo humano que en tí hubo. Pero moriste lejos de tu hogar; y nada tuyo, esto es, nada de tu *yo* palpable, á los extraños les dejaste. Nadie secuestra lo que nos pertenece, porque tal fué tu voluntad; el fuego te arrebató, cual á Rémulo, en su carro; y convertido en tenue, leve incienso, subiste al Sol ¡oh esclarecido hijo del Sol! Gracias, gracias de nuevo, buen Maestro!

Hay navidad en las montañas del Olimpo. Ya jamás, contendor hecho á lides que glorifica la epopeya, te miraremos braceando, nudo y sudoroso, en el mar de la existencia; ya nunca, nunca sentirán tus plantas las arenas quemantes del desierto humano; ya no la fatigosa labor diaria encorvará, al atardecer, tu espíritu; ya no, para los tuyos, buscarás con esfuerzo el pan y la esperanza; ya eres hermoso, ya eres todo luz, ya eres Inmortal. De tí no queda la materia torpe; y, límpida tu alma, entra radiante y vencedora á la región en donde cantan los ruidos, á la vida sin sombras y perpetuamente diáfana.

¡Salve, feliz amado de la Gloria! Ovidio, en la elegía tercera de sus *Tristes*, exclamaba: «Guardad en modesta urna mis cenizas y llevadlas á Roma. Así, después de muerto, no estaré en exilio.» Ese de cierto fué tu último voto, buen Maestro, y juramos cumplirlo. Pero en este instante estás aquí, reencarnas en nuestro pensamiento, y reverentes, pálidos, te presentamos el cáliz de la boda. Entona el himno.

Como Orestes en la esquiliana trilogía, yo te digo:

—Aquí estoy, y te llamo. Padre, escúchame.

MAÑANAS DE ABRIL Y MAYO.

En estas mañanas que parecen salir del horno, he releído un libro que para mí no es libro sino remordimiento, porque aún nada he dicho de él; y tan delicioso es el libro cuanto amigo mío el autor: las *Tradiciones y Leyendas Michoacanas* de Eduardo Ruiz. Y es el caso que con tal lectura mi ánimo se refresca, porque también el calor agovia los espíritus. He vuelto á gozar, en alma, de esa sensación de frescura que oreó mi pensamiento y mi cuerpo en el lago de Pátzcuaro. He recordado bonito.

No puedo comparar la sensación que en mí produce el recuerdo del lago, sino con la que me causa la poesía de Lamartine: es una sensación azul. ¿Por qué no atribuir color á las sensaciones, si el color es lo que pinta, lo que habla en voz más alta á los ojos, y, por los ojos, al espíritu? Y siento color de rosa cuando recuerdo mi primera mañana en la tierra caliente, la salida del sol contemplada desde el mirador del palacio de Cortés; siento color de plata cuando recuerdo mi noche de luna en el mar, y siento color azul, cuando vuelvo á ver en mi memoria el lago de Pátzcuaro. Y no, no era azul cuando lo ví. La mañana estaba fría y lluviosa. El chubasco arreció cuando salimos del hotel, y corriendo, resbalando aquí, escurriéndonos allá en la tierra húmeda, cubiertos por la manta de viaje, atravesábamos el campo como muchachos que salen á mojarse cuando llueve, y ríen, y cantan, no porque el aguacero les alegre, sino porque están alegres de vivir. Para llegar al barco tuvimos que pasar uno tras otro, por angostas vigas que ya casi flotaban en el agua. ¡Qué agradable es tener miedo no teniéndolo, y asustar á la compañera á quien se ama, empujándola para detenerla y jugando así á salvarla de riesgos que no hay!

Una vez dentro del barco, pusimos á secar nuestros abrigos

de camino, en la caldera. El sitio en que viajaban los pasajeros de primera clase, era la toldilla, porque no tenía aquel buquecito ya perdido, más camarote que el del capitán. Ibamos, por consiguiente, á la intemperie, con los pies metidos en el agua, que entraba por todas partes: apenas encontrábamos refugio junto al tosco y primitivo timón que manejaba y dirigía un más tosco y más primitivo timonel.

Lo apremiante era poner á salvo de la lluvia y de la inundación los canastos que contenían nuestras provisiones para el almuerzo; abrigar bien la gallina con las servilletas; envolver el pan en periódicos, como se envuelve en sus pañales á un muchacho; poner sobre todo esto los platos boca abajo, y no dejar afuera más que las puntas de los cuchillos, los dientes de los tenedores, como bayonetas ó marrazos de centinelas, y el cuello de las botellas que se empinaban para no sofocarse. Ya terminada esta faena laboriosa, pude volver los ojos á mirar el lago. Ibamos solos en el vapor. ¿Quiénes otros se hubieran atrevido á navegar por gusto en medio de tan recio temporal? La luz del sol, velada por densas nublazones que cubrían todo el cielo, parecía la luz de una veladora de porcelana blanca. El lago turbio, inquieto, formado como de nieve derretida; el sol triste, amarillo, como muy lejos, como enfermo, detrás del nublado; las crudas ráfagas de viento que amorataban nuestras caras; el aire sin aves; los horizontes sin montañas; todos blancos; la atmósfera sin ruidos, recordábanme las cristalinas descripciones que hace Pierre Loti de los mares de Islandia.

—¿Aclarará, capitán?

—Es bien difícil: muy mal día tendremos!

El capitán era un canadense, joven de no mal talante y ya algo versado en el español. Parecía de buena familia y regular instrucción. En el cuartito ó agujero del timonel, sentada en un banco de palo, pálida, con los ojos bajos, cosiendo maquinalmente y como perdida la imaginación en remotas tierras, iba la mujer del capitán, joven también, no fea, pero como enfriada, como nevada en su sangre por la pobreza y los afanes de la vida. Estaba recién casada . . . ¡qué luna de miel tan triste! Pasará los días en Ibarra esa mujer —pensaba yo—contemplando desde la ventana el lago, el cerro de Iguatzio que divide el lago, y las chalupas que lo surcan como hueca flechas de madera, sin oir más que el cacareo de los gallos en el corral ó el gruñido de los cerdos; no hablará con ninguno porque no conoce nuestro idioma; comerá sola en la desierta y desmantelada fonda, cerca del arriero que allí almuerza; y cuando caiga la tarde, cuando se enciendan las estrellas en el cielo, y escasas luminarias en las próximas islitas, irá á aguardar á su marido para cenar y dormir, hasta que los cascabeles de las mulas que llevan el guayín de Ibarra al paradero de los trenes, la despierten y le indi-

quen que es hora ya de levantarse. En la cena, por la noche, en los patios y corredores del hotel, verá pasajeros ufanos y felices; novios que hacen su viaje de bodas, y para ella no hay más que soledad, reclusión, silencio y pobreza, ó la monotonía de navegar contínuamente en aquel barco sucio y tiznado de hollín, que siempre se detiene en los mismos puntos para recoger balsas cargadas de madera y remolcarlas! Bajo aquel cielo gris, dentro de aquella atmósfera de vapor de agua, la mujer del capitán me parecía una palidez y un frío más.

Raras canoitas atravesaban el lago, que estaba muy alborotado. Pero ¡qué delgadas, qué angostas y qué esbeltas son estas canoitas que hienden, de verdad, el agua como flechas! Vistas de lejos, semejan pajaritos negros que se bañan volando. Ya de cerca, simulan anguilas largas. Se aproximan, y vemos que lo primero que nos pareció sombra de ala, es una diminuta embarcación en cuya caja oblonga apenas cabe la india, porque la india es flaca, ó el muchachito que lleva á vender al mercado los pescados blancos. Se creería que son palos de escobas montados por enanas brujas acuáticas. No navegan, andan estos pescadores. Y la embarcación forma como parte de ellos mismos. Vemos moverse las palitas de los remos, y pescador y chalupa se nos figuran un palmípedo que chapotea zabullido en el agua.

Otras canoas son más grandes y cuentan con varios remos. Pero la mayor, á cierta distancia, tiene el aspecto de una araña que anda á brincos sobre las ondas. Cuando el vapor silba, pensamos que se van asustar y que van á volar ó á zabullirse más todos esos animalitos. ¡Cómo respeta el oleaje esas débiles embarcaciones! En las primeras horas de aquella mañana el viento levantaba verdaderas olas. El lago, cansado de su eterna mansedumbre, se revolvía iracundo, molesto por la lluvia impertinente. Inclinado sobre el barandal de la toldilla, entreteníame en ver salir el agua hirviente por encima de la rueda del barco, como túnica de encaje hecha girones y estrujada. Esa es el agua colérica, la que echa espuma por la boca. La azotan; á golpes la traen á la caldera; la queman; le cierran el paso con leños carbonizados, y cuando al fin logra escapar, sale furiosa, con su vestido de blonda blanca destrozado por las brutales manos de sátiros infernales. Y se echa de cabeza al lago, para refrescarse, para bañarse, porque también hay agua en que se baña el agua.

Pues qué, ¿creeis que el agua es una misma? ¿No veis que hay una azul, y otra verde, y otra color de rosa, y otra color de oro, y otra plomiza, y otra blanca, y una que canta y otra que se queja, y una que salta al cielo como dardo de plata y otra que se echa en la tierra como un monstruo cansado? No sabemos distinguirlas; nuestra vista no es bastante perspicaz para apreciar sus diferencias;

pero cada gota de agua es distinta de las otras. Se juntan porque se aman, y son las únicas que realizan el ideal, para nosotros inasequible, del amor: fundirse uno en otro. ¿Veis una ola? Pues es el ejército de una nación de gotas que se echa encima de otra para conquistarla. El agua vive. Cuando llueve, el agua bebe; cuando besa las plantas y las flores de la orilla, el agua come; cuando se filtra en las entrañas de la tierra, el agua entra á trabajar en las labores de sus minas; cuando sube en nubes ténues de vapor, el agua manda á Dios su incienso místico. ¿Que es la neblina? Es su oración de la mañana! ¿Qué son las nubes? Son los titanes del agua que intentan escalar el cielo y caen despeñados, en castigo de su osadía. ¿Que es el arroyo? Es el agua campesina que apacienta rebaños. No veis las espumas triscadoras del arroyo? Pues es el hacendado que recorre majestuosamente sus dominios. Entrad en una gruta: ese es un claustro, ese es un monasterio para el agua eremita. Tomad las estalactitas: son las urnas cinerarias del agua muerta. Venid ahora á este lago: este es el lugar apartado, misterioso y tranquilo, en donde el agua pasa su luna de miel y duerme y mira el cielo!

***

Ahora que el cielo en las noches sólo alumbra con relámpagos nubes enfermas de las que no puede caer aún la lluvia, pienso con delicia en esa mañana húmeda, ya tan lejos de mi vida.

LA BANDERA.

La bandera no es un símbolo sin alma. La bandera vive. La ama de amor el buen soldado, y de amor que reune todos los amores. Cifra en ella el cariño á los ausentes ó ya muertos padres; á la novia que espera ó que tal vez olvida, á la casita cuyo pardo humillo se levanta en abrupto rincón de la montaña. La ama sin celos en los días de paz, porque, siendo muy suya, pertenece á todos, y mientras más la quieren otros, más se ufana. La ama sin celos en los días de guerra, porque la bandera no traiciona cual mujer: si el enemigo la arrebata, se la lleva destrozada, y no para quererla, no para rendirle culto, sino para ofenderla y pisotearla. Por eso la defiende como león herido, la escuda con su cuerpo, la levanta dejándose descubierto el noble pecho, y si le hiere el plomo y média entre vida y muerte un instante de tránsito, la pasa al camarada sin dolor de que otro la posea.

¡Oh baudera, bandera de mi patria, y cuán gallarda luces tu hermosura á la cabeza de apretados batallones! ¡Cómo saltan los corazones cuando avisan los ojos que tú pasas! ¡Cómo te sigue, con rumor de triunfante muchedumbre, la robusta armonía de trompas y clarines! Ya no somos nosotros, al mirarte los egoístas y enclavados en la propia existencia que antes éramos; nuestro ser se confunde en el océano de las vidas, nuestra alma en el *Alma Mater* inmortal! Moléculas, sentimos, y con júbilo, empuje de torbellino que nos alza; quédase abajo toda nuestra escoria, y asciende, purificado, leve y blanco, lo que no muere, lo que nunca morirá! Crecemos, al subir, en esa comunión, y el contacto de ajenos entusiasmos estimula y aviva el propio nuestro. La chispa se une á la chispa, y es la llama; la llama se prende á la llama, y es la antorcha; la antorcha abraza el haz de antorchas, y es la hoguera. Antes brillaban lejos unos de otros, como astros aventados al cielo en granos de oro, los ideales de ánimos distantes; pero llegan, y corren y se

buscan y se compenetran y se funden, como las claridades de la noche cuando forman la totalidad suprema de la luz. Por eso eres unión, paz, y armonia.

Surges, bandera de la patria, y ya más no pensamos en quejumbrosas penas de la vida; sin que nos demos cuenta exacta de ello, sentimos lo contingente de todo eso; de la cruz se desclavan nuestros brazos para tenderse á tí con toda el alma; la plenitud del ser encuentra oscura y estrechísima la corpórea prisión, y nos hincha las venas y se nos sale por los ojos en un vaho de lágrimas. ¡Cómo unificas y enardeces los espíritus! ¡Cómo hablas, bandera muda, y cómo cantas!

¿Cabe la envidia en donde está la bandera?

¿Por qué sentimos la increíble tristeza de ser jóvenes al ver á nuestros viejos veteranos? Ni una gota de nuestra sangre hay en tu púrpura! Uno de tus colores no nos pertenece. . . . . .

¡Ay, y sacrílego fuera todo anhelo de renovar las luchas épicas! ¡Y para que tú seas nuestra, toda nuestra, se ha menester que torne la desgracia y que te enlutes por los hijos ya sin vida!

¿Qué somos, oh bandera? ¿Qué hemos hecho? Tú no puedes saber lo que te amamos. De otros oíste el grito de combate. De nosotros, el verso. Otros fueron contigo á la pelea, al abismo, á la muerte; te sostuvieron herida; los envolviste cuando muertos. Cada palmo de tierra mexicana sepulta azañas y proezas.

Los árboles te dieron sus ramas y los hombres sus brazos y sus vidas. Caían estos cual las mieses que agavilla el sembrador. Y tú, para no perderlos, para vivir siempre unida á ellos, te empapaste en su sangre recogiendo la esencia de esos héroes. Son nuestros padres; son tus predilectos.

***

La bandera vive. La bandera ama. Cuando nos alejamos de la playa y el mar va poco á poco separándonos de ese pedazo de tierra que se llama patria, como que nos saluda la bandera, erguida en el torreón más alto de la fortaleza. Diríase que procura extenderse para mirarnos un instante más; que aun tiene la remota esperanza de que á ella volvamos. Luego . . . . luego desalentada y triste cae, abrazando el mástil que se queja. ¿No os parece una madre al despedirse de la hija que se casa, de la hija que pierde? Adivina que vamos á olvidarla mucho rato; que el amor encendido por ella en nuestro espíritu, brillará mientras dure la ausencia, como lámpara débil olvidada en la capilla. . . . A poco bracear en la corriente de la vida, el cansancio, el dolor, nos la recuerdan. Escuchamos los sones entusiásticos de un himno; pero ese himno no es el nuestro. Los demás se conmueven al oírle, les corre aprisa la san-

gre, cantan, gritan. Y nosotros sentimos una tristeza que nos sube de muy hondo, que nos coge todo, que nos enturbia la vista y no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos rostros? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

Estamos en el bullicio de un café. La más alegre música retoza, cosquilleándonos el cuerpo. Besa. Ríe. Bebe champagne. Y al pronto la música liviana nos hechiza. Es como encantadora de serpientes que adormecen las víboras del alma. Estamos muy contentos... sí..... es verdad..... pero contentos por manera extraña..... como estando contentos para fuera. El tedio cae, la noche avanza, salimos con inconfeso aburrimiento del café, y, al volver una esquina, oímos algo que nos pára la vida, que nos suspende el alma toda. ¿Qué es?... Un organillo: toca mal, pero muy mal, un «sonecito» de la tierra nuestra, uno de esos que acá escuchamos distraídos, cuando no molestos, como si oyéramos algún relato de nodriza vieja.

Y el sonecito aquel se nos va entrando, como si entrara por su casa, echa de adentro á todos los extraños; pone flores fragantes en los tiestos, y pájaros canores en las jaulas; adereza la mesa; escancia el té; siéntase al piano, y dulce, dulcemente, en lengua amada, nos da noticia de la tierra y del hogar, del amigo querido, de todo lo que ingratos olvidábamos..... Y entonces vuelve el ser á dilatarse, vuelve á latir el corazon con fuerza, vemos pasar ¡oh patria! tu bandera, y el llanto nos desahoga y nos consuela.

***

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo á los extranjeros que recorren nuestras calles en tal día como éste, preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieran ellos por primera vez. La bandera ondula y parece que les llama. Entre cien, mil y más, descubrirá la suya cada uno. Se tiene nada más una bandera, como se tiene una madre nada más.

Observad qué fácilmente se enlazan unas á otras. No han nacido para vivir odiándose. El aire mismo, el alma de lo voluble, las aproxima para que se abracen. ¿No están todos los colores en el iris, en ese lazo suelto de la eterna bandera?

Enlazáos, amantes pabellones que flotais en nuestra atmósfera. El aire y las miradas por igual conspiran á juntaros. Bebed luz; ¡mi cielo es rico!

Tú estas ahí, bandera de mi patria. Reinas hoy, y donde tú apareces, vienen las demás como opulentas damas de tu corte. Brilla! ¡Canta!

Nuestra bandera vive; nuestra bandera ama; nuestra bandera tiene alma.

LAS BOTITAS DE AÑO NUEVO.

Lámpara que me has acompañado durante largos años en las noches de tedio, y en las noches de trabajo; lámpara anciana de coña blanca y gafas verdes; enfermera callada y diligente; tú, la que no haces ni el menor ruido; veladora; oye el tic-tac monótono, incesante, de aquel cucú colgado en la pared; pronto va á abrirse la puertecilla de nogal, para dar paso al abierto pico, á los ojos rojizos y á la cresta del gallo que á medio día y á media noche da el alerta á las horas vigilantes. Lámpara, no consientas que te apaguen las vírgenes locas, porque HELE AHI QUE ESTA A LA PUERTA Y LLAMA.

Es el mismo; pero se llama de otro modo. Los años se parecen á los enfermos de los hospitales y á los presidiarios, en que sólo el número que llevan los singulariza. No tienen nombre, y ¡desdichado el que lo tiene! A ese, de seguro, la desgracia se lo dió. Porque habreis oído decir el «año de la peste,» el «año de la guerra,» el «año del hambre;» pero nunca el año de la dicha, el año del amor, el año de la gloria! Sólo el dolor suele llamar á los años: ¡hijos míos!

¡Cuántas noches de San Silvestre ¡oh buena lámpara! hemos pasado en esta muda espera! Ni tú ni yo creemos en los años nuevos: el tiempo no interrumpe su marcha ni un segundo..... continúa indivisible, como infinita línea recta que no sabemos de dónde arranca ni si termina en algún punto; pero, á pesar de ello, supersticioso sentimiento se apodera de nosotros en la última noche de Diciembre, como si ésta fuese en realidad la última noche de una vida. Ay! Lo sólo cierto es, que en cada una de esas noches nos encontramos más y más cercanos á la última noche sin orillas!

A tí, lámpara, nunca te he visto palidecer sino cuando clarea el día; tu luz, como el cariño de los buenos padres, siempre es la misma: te enturbió mi aliento; te dejó expirante mi descuido, como á los

gre, cantan, gritan. Y nosotros sentimos una tristeza que nos sube de muy hondo, que nos coge todo, que nos enturbia la vista y no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos rostros? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

Estamos en el bullicio de un café. La más alegre música retoza, cosquilleándonos el cuerpo. Besa. Ríe. Bebe champagne. Y al pronto la música liviana nos hechiza. Es como encantadora de serpientes que adormecen las víboras del alma. Estamos muy contentos... sí..... es verdad..... pero contentos por manera extraña..... como estando contentos para fuera. El tedio cae, la noche avanza, salimos con inconfeso aburrimiento del café, y, al volver una esquina, oímos algo que nos pára la vida, que nos suspende el alma toda. ¿Qué es?... Un organillo: toca mal, pero muy mal, un «sonecito» de la tierra nuestra, uno de esos que acá escuchamos distraídos, cuando no molestos, como si oyéramos algún relato de nodriza vieja.

Y el sonecito aquel se nos va entrando, como si entrara por su casa, echa de adentro á todos los extraños; pone flores fragantes en los tiestos, y pájaros canores en las jaulas; adereza la mesa; escancia el té; siéntase al piano, y dulce, dulcemente, en lengua amada, nos da noticia de la tierra y del hogar, del amigo querido, de todo lo que ingratos olvidábamos..... Y entonces vuelve el ser á dilatarse, vuelve á latir el corazon con fuerza, vemos pasar ¡oh patria! tu bandera, y el llanto nos desahoga y nos consuela.

***

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo á los extranjeros que recorren nuestras calles en tal día como éste, preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieran ellos por primera vez. La bandera ondula y parece que les llama. Entre cien, mil y más, descubrirá la suya cada uno. Se tiene nada más una bandera, como se tiene una madre nada más.

Observad qué fácilmente se enlazan unas á otras. No han nacido para vivir odiándose. El aire mismo, el alma de lo voluble, las aproxima para que se abracen. ¿No están todos los colores en el iris, en ese lazo suelto de la eterna bandera?

Enlazáos, amantes pabellones que flotais en nuestra atmósfera. El aire y las miradas por igual conspiran á juntaros. Bebed luz; ¡mi cielo es rico!

Tú estas ahí, bandera de mi patria. Reinas hoy, y donde tú apareces, vienen las demás como opulentas damas de tu corte. Brilla! ¡Canta!

Nuestra bandera vive; nuestra bandera ama; nuestra bandera tiene alma.

LAS BOTITAS DE AÑO NUEVO.

Lámpara que me has acompañado durante largos años en las noches de tedio, y en las noches de trabajo; lámpara anciana de coña blanca y gafas verdes; enfermera callada y diligente; tú, la que no haces ni el menor ruido; veladora; oye el tic-tac monótono, incesante, de aquel cucú colgado en la pared; pronto va á abrirse la puertecilla de nogal, para dar paso al abierto pico, á los ojos rojizos y á la cresta del gallo que á medio día y á media noche da el alerta á las horas vigilantes. Lámpara, no consientas que te apaguen las vírgenes locas, porque HELE AHI QUE ESTA A LA PUERTA Y LLAMA.

Es el mismo; pero se llama de otro modo. Los años se parecen á los enfermos de los hospitales y á los presidiarios, en que sólo el número que llevan los singulariza. No tienen nombre, y ¡desdichado el que lo tiene! A ese, de seguro, la desgracia se lo dió. Porque habreis oído decir el «año de la peste,» el «año de la guerra,» el «año del hambre;» pero nunca el año de la dicha, el año del amor, el año de la gloria! Sólo el dolor suele llamar á los años: ¡hijos míos!

¡Cuántas noches de San Silvestre ¡oh buena lámpara! hemos pasado en esta muda espera! Ni tú ni yo creemos en los años nuevos: el tiempo no interrumpe su marcha ni un segundo..... continúa indivisible, como infinita línea recta que no sabemos de dónde arranca ni si termina en algún punto; pero, á pesar de ello, supersticioso sentimiento se apodera de nosotros en la última noche de Diciembre, como si ésta fuese en realidad la última noche de una vida. Ay! Lo sólo cierto es, que en cada una de esas noches nos encontramos más y más cercanos á la última noche sin orillas!

A tí, lámpara, nunca te he visto palidecer sino cuando clarea el día; tu luz, como el cariño de los buenos padres, siempre es la misma: te enturbió mi aliento; te dejó expirante mi descuido, como á los

buenos padres les empaña la vida y les enferma el desamor ó el suspiro de los hijos; pero, jamás diste señales de cansancio, y ni esperaste ni temiste.

¡Mi hermana de la Caridad, Sor Marcelina, la hermana á quien Alfredo de Musset dijo expirante: «Dormir. . . . por fin voy á dormir!» Veladora de cofia blanca, viejecita: tú la que no me viste ni una sola vez en los festines, y siempre, siempre en todas las tristezas: tú, la que me acompañas en todo lo obscuro de la vida, en el estudio, en el trabajo, en las enfermedades, en las penas, y te quedas sola y apagada cuando voy al amor, á los placeres, al ruido: tú, la que haces brillar en el papel los enlutados signos de mi pensamiento, y sabes que, á menudo, son lágrimas las gotas que crédula benevolencia llama, á veces, diamantes: tú, á cuya luz ha nacido, lo único mío que acaso vivirá: lámpara buena, ¿qué nos trae el nuevo año?

Por devoción á religiosa y poética leyenda, los niños que tienen padres, y padres cariñosos, dejan esta noche sus zapatitos en la mesa que está junto á la cama, y dentro de esos zapatitos hallan, al siguiente día, la golosina y el juguete prometidos. Voy á escribir ¡oh lámpara! para que tú la leas antes que nadie, la historia de los breves zapatitos. Cendrillón, que se parece mucho á tí, me la contó.

PAPÁ-ENERO—el de la barba florida, como la del emperador Carlomagno—viene al mundo en cuanto San Silvestre se cala su capucha y hace la noche sobre la tierra. Buen cómico—el diablo sabe más por viejo que por diablo—no entra jamás en escena antes de tiempo; aguarda á que el reloj-apuntador dé las doce llamadas, é ínterin suenan éstas, conversa con el anciano San Silvestre, quien, á fuerza de haberse muerto tantas veces, ya muere tan sencilla y mansamente, como quien dice ¡BUENAS NOCHES! y se duerme.

—PAPÁ-ENERO—dice el Santo—¿por qué buscas, mimas y prefieres los zapatitos de los niños?

—Santo padre, no soy yo el que los busca; ellos tienen la boca siempre abierta y piden. . . . piden! Tanto los he tratado, tanto conozco sus secretos, que los amo. Cada zapato tiene su secreto. Unos son felices, huelen á taloncitos color de rosa, á medias de seda. Otros, han sufrido mucho.

En mi armario de ébano chapeado guardo muchos. Cada uno está para mí, lleno de recuerdos. Hay uno color de rosa que parece de carne. Está hecho para pisar flores, para que las alfombras lo acaricien, para que las manos de una camarera guapa lo desabotonen. ¡Y si supieras que, á pesar de su lujo, tiene en el alma un gran

vacío! Era de una mujer rica y muy bella. Por mirarlo habrían dado, los galanes de la época, años felices de sus mocedades. Por obtenerlo, prometió uno dar la vida. Y ese lo consiguió, porque era apuesto, joven y valiente. La hermosa enmorada, al fin rendida, dejó al salir del baile, en la diestra del doncel un guante perfumado. Y en el guante esta esquela:

¿Vendrás?. . . Inquieta en el jardín espero,
Quiero ser tuya con el alma toda. . . . . !
¡El lucero del alba es el lucero
Que alumbrará temblando nuestra boda!

Las rosas del jardín saben el secreto y cuchichean. En el bosquecillo de naranjos suspiran los olvidados azaharés. . . .

Al apuntar el día, la amada huyó del amado. Tal corría, que dejó en la arena del jardín, por no detenerse, la ruborizada zapatilla color de rosa. . . . ¡la zapatilla que durante dos minutos nada más oprimió el pié breve de la ninfa!

Desde entonces está vacía. . . . esperando siempre. El amante se la llevó como reliquia; pero de él huyó el amor, como antes había huido la gentil enamorada. Yo, que entiendo el idioma en que se expresa el escarpín de raso, sé que dice:

—Soy el que tú besaste con ternura. Soy el que espera en vano que lo llenes tú con un recuerdo. Sé que mi dueña te esperó muchas noches, muchos meses, muchos años, y que ahora está tendida sobre el desnudo mármol de la tumba, como yo sobre el mármol de la chimenea. ¡Ni ella ni yo tendremos año nuevo! Para tí anudaba mi señora sus cabellos rubios, mirándose en el espejo de Venecia. No podía venir á tí, porque su planta descalza, punzada por tos cardos del camino, habría manchado de sangre tus alfombras. Te esperó. Le habías prometido darle la vida y le diste unas horas. Con ansia aguardó que tú me ataras á su pie. Y ha muerto, y no se atreve la infeliz á entrar ne el cielo, porque se avergüenza de tener el pie desnudo. . . .

Este otro botincito—prosiguió PAPA-ENERO—este roto, de suela claveteada, es el de un niño que nunca tuvo juguetes porque su padre era muy rico y la madre era muy pobre. Anduvo mucho, lo agujerearon las piedras, lo cubrió el lodo, por todas partes le entraba el agua. El niño que lo llevaba era mendigo, pedía limosna para su mamá, y una vez pidió por amor de Dios á un desconocido que

era sn padre, y éste nada le dió porque era Noche Buena, soplaba aire muy frío, y no quiso desabotonarse su gaban. . . . Una última noche de Diciembre, el cielo echó más frío que nunca dentro de ese zapatito. Y esa vez fué la única en que el pobrecito pordiosero tuvo su regalo de año nuevo: aquella noche se murió.

Mira ahora, padre santo, todos los botincitos que me esperan. ¿Cómo no he de quererlos, si son tan pequeñuelos y graciosos? Hay entre ellos muchos que son pobres. Por ejemplo, la punta de aquel parece boca de negrito limpia-botas: por la rajadura que tiene ha de asomarse la carne de los dedos regordetes, como una encía muy colorada. Ese otro está cansado de tanto ir á la escuela, y sus resortes flojos dicen: ¡ya no vamos! El de más allá—¡glotonsísimo!—se ha comido los tacones. Pero todos esperan algo, pues aunque pobres, son dichosos, porque nadie es enteramente pobre ni enteramente desgraciado mientras tiene padres.

Los zapatitos de los niños ricos, esos tan cucos y tan monos, nada me preocupan, no les hago falta. ¡A esos les caen juguetes todo el año! Los que costaron mucho al pobre papá, por más que sean de los más baratos; los que se acaban muy pronto porque solo duran medio año; los que conocen á los remendones, esos son los que miro con cariño, los que llenaría de diamantes esta noche para que los padres compraran muchas canicas á sus hijos.

Sin embargo, también los otros, los de los ricos, me hunden en serias reflexiones. ¿A dónde irán esos pequeños pies que ahora están muy abrigados en las colchas? ¿De qué serán los zapatos que usen mañana?

Atiza el fuego de tu chimenea, mi viejo amigo San Silvestre: me da frío pensar en los niños descalzos!

No sabes cómo quiero á los muchachos! Y cómo río al oir lo que me dicen. ¿Sabes lo que me pidió ese chicuelo que apenas sabe hablar? ¡Me pidió una hermanita! Cada año me hacen más encargos. ¡Y cada año estoy más viejo!

Lámpara: ya asoma la erizа cresta del gallo en el cucú: Alumbra á mi fantasía para que deje sobre el mármol su zapatito de cristal. Es el de Cenicienta la trabajadora, humilde y pobre. Toma tú tu año nuevo; toma otro poco de mi vida. ¿No me das toda la tuya? Aun brillas; aun oigo alegres risas en mi hogar; aun canta algo en lo íntimo de mi alma. No es hora de dormir. Velemos todavía.

PRIMERA CUARESMA

DEL

DUQUE JOB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DOMINGO DE LA TENTACIÓN.

¿Recordais haber visto en nuestra Academia de Bellas Artes un cuadro que representa la tentación de Jesús? El demonio muestra al hijo de Dios varias bandejas llenas de frutas y de flores y sostenidas por las manos de unos ángeles, que no sé si son hombres ó mujeres, porque los ángeles no tienen sexo. Y parece decirle:—Si me obedeces, si te entregas á mí, te comerás todas esas uvas, todos esos melocotones, todas esas peras!—¿Recordáis haber visto el cuadro aquél? Pues bien, así no fué la tentación de Jesucristo.

Hay otro lienzo—¡vaya si es otro!—que tiene el mismo asunto. Es de Ary Scheffer, y recuerdo haberlo contemplado en un artículo maravilloso de Renan . . . . suprimid el adjetivo «maravilloso» por inútil y la frase no perderá nada de su fuerza: en un artículo de Renan. El demonio allí es hermoso—¡Por qué hemos de hacerlo feo, cuando Dios lo hizo bello? ¿por qué hemos de ponerle cuernos, si no somos sus mujeres? ¿por qué hemos de imaginarlo repugnante, si á todos, por desgracia, nos simpatiza tanto?—y en actitud gallarda, altivo ofrece á Jesús el señorío y dominio de la tierra. Dan ganas de decirle:—te estás equivocando; ese humilde esenio puede más que tú; ese es Dios.—Y dan ganas también de decir á Jesús:—aquí ya no eres Jehová, que eres Jesús; desengaña á ese truhan buen mozo y perdónalo, porque hace ya muchos años que sois enemigos!

La tentación, en ese cuadro, es seductora: ¡así han de ser las verdaderas tentaciones! La de la serpiente en el Paraíso fué muy tonta. ¿Qué ofrecía la serpiente? Lo que ofrece cualquiera india en cualquiera esquina: ¡una manzana! Por honra de Adán y por honor de Eva, puesto que somos, al fin, de su familia, quiero creer que esto de la manzana solo es símbolo y que la serpiente, en realidad, es ofreció otra cosa. Es más, quiero creer que no hubo tal serpien-

te, porque las serpientes no pueden haber sido hechas por Dios ni haber estado en el Paraíso; y las mujeres desde la primera hasta la última, fueron, son y serán, incapaces de entrar en conferencia con animales semejantes.

De por sí, la tentación es hermosa. Leed la «Tentación de San Antonio» escrita por Flaubert. ¿Cómo pudo resistir aquel Santo? Ya era cosa de decirle á Dios: —Siempre mejor no voy al cielo!— Pero, como era santo, no lo dijo, é hizo bien.

La tentación es bella, señoritas, y no solo despliega sus encantos para seducir á las que pueden perder á toda la humanidad, como Eva; no solo habla en la cima de una montaña; á cada paso, en cualquier mostrador, ya ofreciendo un sombrero, ya un vestido, ya una joya, habla al oído. En el poema de Goëthe, la tentación es un cofrecito con alhajas. Fausto, para vencer á Margarita, no necesitó la intervención del diablo que le acompañaba: bastábale el dinero que el mismo diablo le había dado. Esto, á mi juicio, constituye uno de los defectos de la heroina. Margarita no se enamora de Fausto por su bravura, como Desdémona de Otelo; ni por irresistible simpatía como Julieta de Romeo; ni por su genio, ni por su ciencia, ni por su belleza, sino por sus joyas. Fausto se vende al diablo y compra á Margarita. Y por eso ni Fausto ni Margarita son simpáticos. ¡No son simpáticos y por eso, tal vez, son tan humanos!

La tentación, desde los tiempos más antiguos, ha enamorado á la mujer con las ojeadas de la moneda de oro y con los rayos de las piedras preciosas. Júpiter, para poseer á Dánae, se convirtió en lluvia de oro. Los enemigos del alma son tres: no sé cuántos son los enemigos de la mujer, pero uno de ellos, señoras y señoritas, es el diamante.

Yo no tengo motivo alguno de disgusto con esta piedra, acaso porque no la conozco íntimamente, sino de vista nada más; pero cuando pienso en los males que ha causado, no puedo menos que condenarla. Ya Shakespeare había dicho: «El oro y los dones brillantes tienen una elocuencia muda que mueve el corazón de la mujer, muy más que los discursos más hermosos».

Para poseer honradamente ese pedazo de carbón ennoblecido por la luz, la mujer aspira á atrapar un marido rico. Los perjuicios que acasiona el caer en esta tentación, serán, señoras y señoritas, el tema de mi discurso.

***

Desde luego debemos entendernos respecto á la palabra marido. Un marido viejo no es un marido. Hablo, pues, de los jóvenes, y entre éstos aseguro que hay, en México, muy pocos ricos. Se puede conseguir un novio hijo de padres ricos, pero un novio que sea rico es muy difícil de obtener. Es necesario importarlo. Los pocos que hay tienen mucha demanda en el extranjero, y sus familias los exportan para casarlos en Europa con la depreciación necesaria. Los padres acaudalados les mantienen á sus hijos varios caballos, un cochero, diversos vicios, la ignorancia y alguna enfermedad. Estos hijos tienen muchas necesidades artificiales, lo que equivale á tener mucha familia, á ser pobres. Aquí el dinero se va acabando como se acaba el arbolado de los montes, porque cortan árboles para durmientes ó para leña, y nada siembran. La progresión descendente es esta: Bisabuelo, millonario; abuelo, rico; padre, acomodado; hijo, pobre; nieto, limosnero. No creáis, por consiguiente, que haya ricos. Esa es una voz que hacemos circular para que nos presten dinero en Berlín. Aquí hay algunos que fueron ricos, otros que van á ser ricos, pocos que parecen ricos; pero ricos no hay. Se trata de construir un ferrocarril, y lo construyen los ingleses ó los americanos; se trata de establecer una industria, y la establecen los españoles; se vende algo, y lo venden los franceses; pide el gobierno dinero prestado, y se lo prestan los alemanes. En México hay casas, hay haciendas, hay libranzas; pero no hay dinero. El dinero de México está en las minas. De allá lo sacaremos, en bajando, pero no tenemos todavía para comprar la escalera.

Llamaremos, pues, rico á un joven que tenga caballo, por la misma razón con que podríamos llamarle caballero. Este joven no sabe trabajar, porque nos ha quedado inveterada la hidalguía española y los hidalgos no trabajaban. Todo oficio, menos el de usurero, está aquí muy mal visto. En la misma clase media se siente invencible repugnancia á toda ocupación manual. Los pobres hacen versos; los ricos se hacen pantalones; pero hacer zapatos, hacer velas, hacer cerillos, es cosa de plebeyos y pecheros. De la nobleza, que nunca tuvimos, nos ha quedado la ociosidad. Investigad el origen de los mayores capitales mexicanos: es el agio ó el contrabando, con excepción de los que derivan de las minas ó del juego. No hay, pues, muchos ricos que puedan vanagloriarse de sus ascendientes. Pero, á pesar de eso, se consideran nobles, y como tales nobles, no trabajan. El pobre piensa hacer á su hijo abogado, ó médico, ó ingeniero; pero nunca sastre, ni panadero, ni boticario. Si

el muchacho no sirve para el estudio y en el examen lo reprueban, se hace literato.

El rico no piensa hacer nada de sus hijos. Antes hacían á uno mayorazgo, á otro militar y á otro sacerdote. Ahora á todos los dedican al vicio. No quieren que sigan una carrera, porque en las escuelas del Estado se corrompen. Entre la escuela y la cantina optan por la cantina. Prefieren que pierdan el honor en un garito, á que pierdan la creencia de que San Pascual Bailón anuncia con tres toques la hora de la muerte.

El joven rico, en consecuencia, es un hombre que se va á comer los huesos que dejó en el plato el padre, al levantarse de la mesa. Como no sabe hacer nada, su caudal se extingue. Por el instinto de la propia conservación, busca para esposa á una heredera. Y gracias á estos injertos, tenemos todavía familias acomodadas en México! Suele acaecer, no obstante, que uno de estos señores que tienen caballo y cuenta ilíquida en la sastrería, se case con una pobre. Este es el bizarro paladín, el joven príncipe, en que sueñan ustedes ¡oh hermosas dormidas! La mujer entonces entra á la misma categoría que ocupa el caballo: los padres de su esposo la mantienen. Ella es siempre la desdeñada. Tiene que tratar poco á su familia, porque ésta hace mala figura en la casa de su marido. Tiene que ser mala, porque forzosamente deseará que mueran sus suegros, para ser ella algo por sí misma. El marido juega, y sus padres que no supieron educarlo, le echan á ella en cara que no haya podido corregirlo. Siempre es la advenediza, la postiza en la casa, la agraciada, la favorecida. Suele tener brillantes en el cuello; pero tiene también muchas lágrimas en los ojos. No tiene; le dan. No vive; le prestan la vida y se la cobran diariamente.

¡Señoras que me oís, decid si esto no es cierto á todas las señoritas que me escuchan!

Se me preguntará si quiero que todos los matrimonios sean los de *¡une chaumière et ton cœur!* en francés, y los de «contigo pan y cebolla» en España. ¡No, tampoco! Los matrimonios los debe hacer el amor: á unos les hace bien y á otros les hace mal; pero él debe hacerlos. Os aconsejo, sin embargo, que no os caséis con un pobre de solemnidad. El amor come, el amor se viste. Los hambrientos y los desnudos se mueren. La miseria es una puerta muy grande, por ella entran el tedio, el deshonor, el crimen. Exigid á vuestros maridos mucho amor; pero también un poco de dinero. No crean ustedes: este es un personaje indispensable; es el apuntador, y si él no habla, se le puede olvidar á la esposa su papel.

Pero no busquéis, señoritas mías, una canastilla de boda, sino un esposo que sepa amaros y que pueda manteneros. No os unáis á un hombre que se crea superior en rango y casta á vosotras, ó cuya familia, al menos, piense así. Si sois ricas, tampoco os caséis con un

pobre, á menos que lo améis inmensamente y él os ame lo mismo y estéis ciertas de que lo preferiréis á todo. Un pobre puede dejaros con lo que llamaba la madre de los Gracos sus mejores joyas, con los hijos, y llevarse las peores joyas: los brillantes.

Lo que os encarezco es que no busquéis el diamante: esperadlo. Cuando cae naturalmente, como el rocío en el pétalo, es hermoso y es bueno.

Hablo ante un auditorio distinguido, de cuya religiosidad y buena conciencia tengo muestras evidentes, y por eso creo inútil el deciros que no busquéis el diamante por otros caminos. Pero siempre, señoritas. . . . no lo busquéis.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEMANA DEL HIJO PRÓDIGO.

No fué, en verdad, lastimosa la vida del hijo pródigo, cuyas aventuras nos refiere el Evangelio, porque si bien es cierto que hubo de sufrir serios apuros y de pasar por lances apretados, también lo es que antes de estos merecidos infortunios se regaló á cuerpo de rey, y que después de ellos consiguió el perdón de su padre, y anejó á éste la paterna hacienda. Guardad, pues, vuestras lágrimas para derramarlas por más justa causa, tanto por lo que llevo dicho, cuanto porque el hijo pródigo no existió y solo figura en el nuevo testamento como personaje de parábola, esto es, de ficción romanesca que entrañe alguna advertencia moral ó alguna enseñanza religiosa. El hijo pródigo es la humanidad que en los tiempos prósperos se descarría y olvida de Dios, y en los adversos torna al redil, impetra la clemencia del Señor y la consigue. Bueno será, á pesar de todo, que no fiéis mucho de esa piedad suprema, dándoos, mientras la sangre os hierva, á vida alegre, con el propósito de arrepentiros en la vejez, porque pudiera acaecer que declararan en suspenso la parábola, privándoos de las garantías libérrimas que otorga al ciudadano, y vuestra conducta en todo caso sería siempre dañosa para la sociedad honesta, que prefiere no cometer delitos á llorarlos después de cometerlos. No porque San Dímas fué ladrón queráis serlo vosotras; ni porque la Magdalena amó mucho, améis demasiado, señoras mías; ni porque el hijo pródigo anduvo á salto de mata, haciendo fechorías, imitéis su vida truhanesca, esperanzadas en la misericordia de Dios. Estos fueron casos raros que no ocurren todos los días, y la regla general, la que casi siempre está vigente, es la de que «quien mal anda, mal acaba.»

Cumpliendo mi propósito de aplicar el Evangelio á las necesidades de la vida moderna y de la industria, voy ahora á hablaros de la prodigalidad y de los hijos pródigos.

***

La prodigalidad es para nosotros como las enfermedades son para los médicos: malas cuando las tienen ellos, buenas cuando las tienen otros. Ser pródigo es un defecto y una recomendación. El manirroto que despilfarra su dinero se queda sin él, pero el agraciado que lo recibe aumenta su caudal. De modo que nos conviene que los demás sean pródigos, siendo nosotros económicos. La prodigalidad, por otra parte, ha merecido honores de la canonización. ¿Qué es la caridad, sino una prodigalidad santa? ¿Qué fueron San Vicente de Paul, San Juan de Dios y tantos otros, sino grandes pródigos en beneficio de la humanidad? La prodigalidad en consecuencia, no es un delito en sí: lo pecaminoso es el emplearla malamente. La prueba es que, en el Evangelio el hijo pródigo aparece perdonado y el avaro en los infiernos, porque la avaricia es pecado estéril que no redunda en provecho de nadie, é indicio inequívoco de ceguedad de corazón. Jesús dijo á un joven rico: «dá todo lo que tienes y sígueme,» ordenándole así bienhechora y santa prodigalidad. No me cansaré, pues, de repetiros que en ese sentido seáis pródigos, porque buena falta nos estáis haciendo. Hubo, antaño, generosos ricos, homes que fundaban hospicios, hospitales; construían fábricas suntuosas destinadas á escuelas y colegios; daban trabajo ó pan á los menesterosos; y ogaño, los ricos homes envían á sus hijos á las escuelas del Estado ó no los mandan á ninguna; protegen á la mujer desvalida, comprándole por una bicoca sus pulmones y su sangre, gastados en la costura, para enriquecerse con el producto de ella; protegen el comercio y la industria prestando dinero con excesiva usura, y en cuanto á proteger las bellas artes se limitan á tomar una subscripción de la «Moda Elegante,» para la señora de la casa, á pagar malamente á un mal pintor algún pésimo retrato al óleo, y á abonarse al teatro, en el primer abono nada más, cuando viene alguna compañía de ópera. Esto no impide que, de cuando en cuando, se haga lenguas la prensa para loar y enaltecer el nombre de tal ó cual millonario magnánimo que tuvo la abnegación de gastarse cien duros por una sola vez, en comprar unas cuantas sábanas para regalarlas al Hospicio. Y cuenta que no hablo de ciertas otras caridades interesadas, caridades de contrato, de «te doy para que dés,» que también tienen resonancia en los periódicos. Lo peregrino es que, tras de ser avaros, gozan esos señores, entre los estultos, cuando menos, que son muchos, fama de generosos y caritativos. La única explicación que encuentro á esos ditirambos de la prensa, es que, siendo ocurrencia extraordinaria la de que un rico

dé algo de su peculio al indigente, hay que echar las campanas á vuelo cuando el prodigio se realiza. Porque está probado que en México los pobres, los que nada tienen, son los que dan más. Se trata de una de esas fiestas que llaman de caridad, no sé por qué, y las señoras ricas son las que piden y los hombres pobres somos los que damos. Debía ser al revés, pero no lo es. Por de contado que exceptúo de mi censura á algunas personas ricas, de esas que no tienen «Diario Oficial,» ni gacetillero de cámara, ni pregonero de virtudes, que hacen el bien por el bien mismo. Pero esto no quita que aquí los pobres sean los más caritativos, y que, como los recursos de estos son exiguos y como los ricos viven apegados á su tesoro, se vea el gobierno obligado á ser muy pródigo, para que los pobres no ladren de hambre ni los enfermos mueran en el quicio de cualquiera puerta, y para que los niños se instruyan, y para que haya ejército de empleados que mantenga el comercio, la industria y las bellas artes.

¡Sed pródigos, pues, ¡oh millonarios! para que los pobres podamos ser lo mismo!

Y aquí entraré en consideraciones de otro linaje. Así como el rico en México es sobrado avaro, el pobre es extremadamente pródigo. Parece que todos llevamos en la bolsa muchos billetes de banco expedidos por la Providencia, y que creemos cobrar al día siguiente. *Mañana*. . . . ese es nuestro cajero. ¿Y quién es *mañana*? Cuando va uno á buscarlo siempre es *hoy*, *mañana* nunca tiene dinero, *mañana* es un tramposo que se esconde de sus acreedores . . . . oh, *mañana* no existe! Se enfada uno con él cuando acudimos, sin hallarle, á una cita que él no nos dió. Pero esta es injusticia soberana: *mañana* cumple los compromisos que contrae, *mañana* paga sus deudas; *mañana* existe para el trabajo, para el ahorro, para la previsión, para el prudente, para el laborioso, para el entendido. Pero *mañana* no es un cajero universal como queremos que lo sea, y no cubre sino los libramientos de aquellas personas que le dieron sus fondos en depósito.

El artesano, por ejemplo, cobra el sábado en la noche su jornal, y el domingo lo gasta íntegro en los toros, diciendo para sus adentros: «¡ya mañana veremos!» ¿Qué ha de ver? Que mañana no paga boletos de sol para corridas de toros, que *mañana* es *hoy* y, más todavía, que es peor que *hoy*. ¿En qué confiaba ese artesano? Pues confiaba en lo que confía una buena parte de los mexicanos pobres, en el milagro. Por esta misma confianza en lo sobrenatural, por este misticismo exaltado de un pueblo que siempre está esperando al cuervo que ha de traerle el alimento en el pico, son perjudiciales las loterías. Notad con cuánto desenfado gasta el hombre que lleva en su cartera un billete de lotería. Si al desvestirse hecha de ver que se quedó sin un centavo, no se apura, y dejando sobre el buró su

billete de lotería, dice con mucho aplomo:—mañana temprano mandaré cambiar este billete de seiscientos pesos.— De modo que no solamente malgastó, al comprar ese entero de á dos reales, un vigésimo de botines para él, sino que al adquirirlo, tomó también un enervante del trabajo y un excitante de la prodigalidad.

Aquí el empleado gasta en una semana su quincena y la tercera parte de la otra, que empeña, para equilibrar su presupuesto, á un usurero. A medida que nuestros pesos valen menos en Europa, nosotros creemos que valen y duran más. No solo se cree en la inmortalidad del alma, sino en la inmortalidad del peso. Y se giran libranzas y se giran más libranzas contra un señor que ni siquiera nos conoce, contra ese *mañana* fabuloso que jamás está en su casa. La experiencia nos enseña que cuando llueve lo que cae es agua, para indicarnos que debemos comprar paraguas; pero nunca jamás llueve dinero; está probado que solo los ricos se sacan la lotería; que nadie se tropieza con un diamante; que ya todos los parientes ricos que tenían los mexicanos murieron intestados, antes de que nosotros naciéramos; que el que juega, pierde; que no hay herencias; que no hay mecenas; que nadie perdona á sus deudores, por más que rece todos los días el Padre Nuestro; que no hay milagros, que no hay cuervos, que no hay plata; y sin embargo, todos nos conducimos, como si la Providencia, al nacer nosotros, nos hubiera dicho: —¡Gasta, hijo, que yo pago!—

Meditad en el Evangelio del día, que es el que os he explicado, hermanos míos.

¡Sed más pródigos, ¡oh ricos! para no correr la desastrada suerte del avaro que no encontraba en el infierno quien le diera una gota de agua para mitigar su sed!

¡Sed menos despilfarrados, ¡oh pobres! y no creáis en la parábola del hijo pródigo, porque ya se acabaron los padres como el suyo, y para vosotros no hay más padres que «nuestro padre que está en los cielos» y nuestro otro padre Don Francisco Díaz de León, que está en el Asilo de Mendigos!

SEMANA DE LÁZARO.

El Evangelio nos refiere, señoras mías, la resurrección de un buen hombre llamado Lázaro. En este suceso, vosotras representais excelente papel, porque si el Salvador revivió al difunto Lázaro, fué por dar gusto y consolar á sus dos aflijidas hermanas. Podéis, pues, enorgulleceros de haber contribuido á la resurrección de un hombre, ya que de la muerte de tantos otros se os acusa.

El milagro no se ha repetido. A los muertos los entierran sin remisión, y aun á algunos vivos también. Hay, sin embargo, algunos muertos que, por exceso de discreción, no quieren decir que lo están; muertos disfrazados de vivos que logran escapar á la solicitud de los sepultureros, á los tiernos y cariñosos cuidados de los médicos, á las ventajas que para todo difunto, convicto y confeso, ofrece la agencia de inhumaciones. Estos muertos se quedan en la vida chasqueados, como viajeros modernos que llegan al andén cuando ya han partido los wagones; y por ahí andan sin dirección fija, haciendo tiempo que llegue otro tren. Ya no quieren volver á la ciudad, por no exponerse á regresar de nuevo tardíamente; ya se despidieron de todos sus amigos, ya guardaron su ropa en la maleta, y se quedan en la estación horas enteras, aburridos, callados y estorbando.

¿No habéis observado cuánta gente sobra en el mundo? Malthus dijo que sobraría; yo digo que sobra. Hay muchas botellas vacías en esta gran casa de la humanidad; pero las botellas vacías llénanse otra vez con licor nuevo: el hombre, no. Los de mal corazón y buena desvergüenza, confesarán que algunas personas les están sobrando. Los más tímidos y de mejores sentimientos dirán, hasta acaso caritativamente: este señor le está sobrando á este otro. Pero lo indisputable es que muchos sobran, que hay mucha gente inútil y estorbosa en este extenso paradero, y que, para una gran parte de ella, el tren de la muerte es cómo el tren de Laredo, que no se sabe cuando llegará. Ninguno vive tanto como un muerto. Conozco á muchos de quienes hace largos años, lustros, décadas, estoy diciendo con íntimo convencimiento:—¡ya se van!—Y hélos de pie, viendo partir á los que, acaso por más jóvenes y ágiles, les toman la delantera y suben de un salto al tren obscuro y húmedo que va directo á su final destino, sin detenerse nunca, ni jamás desrielarse!

De esos embalsamados, de esas mómias, está llena la mitad del mundo. Cuando se habla de ellos, la frase toma la forma de epitafio: era, se dice, *verbi gratia*, un literato notable; era apuesto, galán, afortunado. Y—¿ahora qué es?—preguntamos nosotros. Pues nada, ya no es nada: ya fué! Se quedó con un centavo de cerebro. Todavía de cuando en cuando quiere escribir y escribe, pero sus artículos producen el mismo efecto que una vieja desnuda. Se vació la botella y ya no sirve sino para que en su cuello coloque el estudiante pobre un cabo de vela. El vino que antes contuvo embriagó á la mujer hermosa, rió en la copa del potentado, fué alegría en el corazón, idea risueña en la mente de los jóvenes..... Pero ahora la botella está vacía! ¿Por qué no la arrojan á la basura? Para una botella de Borgoña debe de ser muy penoso y degradante sentir que luego la llenan de *petit-bleu* y en seguida de aguardiente, y después, de alguna medicina que huele mal, y por último, le tapan la boca con un cabo de vela que la gotea de sucio sebo. Y como la botella, es ese hombre. Ya está lleno de una poción de botica: pronto le pondrán entre los labios la vela de los agonizantes.

¡Qué triste debe ser acordarse uno de sí mismo como de persona extraña! ¡Hermosa muerte la del que cae en plena lucha, en plena juventud, en pleno vigor! Ese muere, pero no se siente muerto, se despide, no lo echan! ¡Más hermosa muerte aún la de aquel cuya vida fué transformándose sin perder su decoro, y tuvo estaciones como la naturaleza; la del que brilló primero con luz propia, como el sol, y luego con la luz refleja de sus obras, como la blanca y apacible luna; la del que supo ser joven y ser viejo; la del que se mira revivido y continuado con sus hijos; la del que no huye de la existencia como un prófugo, ni se va de ella arrastrado por la policía como un borracho, sino que se desprende lentamente de la vida, como el esposo de los blancos brazos de su mujer que ya se duerme!

Pero estos infelices á quienes la mala suerte los saqueó y dejó desnudos; estos que llegan á prematura decrepitud sin talento, sin dinero, sin hijos y con vicios; estos que sobreviven á todo lo bueno que tuvieron; estos que no se van porque la enfermedad no quiere soltarlos; estos que para hacerse la ilusión de que viven han menester de darles la vida artificial de la embriaguez; estos que nos piden vergonzantemente una peseta, como si no la pidieran para ellos, sino

para los deudos indigentes de algún amigo que tuvimos, rico, brillante y que murió muy joven; estos que nos ven como diciendo: «¿te acuerdas de él?» estos piden á gritos que la muerte los tenga presentes, que no los olvide como los han olvidado todos; estos sí sobran.

Y, sin embargo, ¡cuán poderoso debe de ser el sentimiento de la propia conservación, cuando vive y no se asfixia ni envenena en este pantano de la vida! Esos enfermos le cobran cariño á su cama de hospital; esos trasnochadores quieren entrar lo más tarde posible á su casa, que es el cementerio: presencian los funerales de su inteligencia, de su dignidad, de su decoro, y no se van con todo eso que era suyo y que los llama, por no separarse de la copa de tequila, de la colilla de cigarro, del grasiento naipe!

Y miles, y millones más, están sobrando en este valle de lágrimas. Pensad en aquel otro: su mujer lo abandonó; sus hijos han desaprendido á quererlo y se han enseñado á despreciarlo; ya no puede ser nada y cuando ya no se puede ser nada, cuando ya no se va á ninguna parte, lo mejor á que uno puede aspirar es á ser muerto.

Este, deshonra con sus desmanes y escándalos á una familia honrada, aflige á sus padres, y pervierte á sus hijos: está ya muerto para la vida, y sobra. Ese le sobra á su mujer. Aquel está empeñado en ser hombre político porque fué hombre político, y le sobra al gobierno. El de más allá seca y marchita con sus manos enjutas y arrugadas, los verdes laureles que conquistó en la juventud . . . ¡A todos éstos que ya no pueden volver á su casa, que ya guardaron toda su ropa en la maleta y que aguardan en la estación, sin hacer nada, llévatelos, Señor! Tú, que resucitaste á Lázaro, acaba de matar á estos otros Lázaros, á estos muertos abandonados por la muerte!

Hay otros, sin embargo, que también están muertos y que sí necesitan de resurrección. Hay botellas vacías que no han servido aún y cuyo cristal terso aguarda el vino generoso que ha de llenarlas. ¿Véis este frasquito? Es de Bohemia: su tapón diminuto es de plata. Ese frasco fué hecho para guardar algún perfume; pero está vacío. Es un niño rico, de buena familia; su padre vive en el club, la mamá en los paseos, en los teatros, en los bailes, ó durmiendo. No vive, porque vivir, para él, ha de ser estar lleno de amor, y está vacío. La madre da primero el cuerpo. y después, beso á beso va derramando el alma gota á gota por los labios del niño. Los brazos no son brazos hasta que no saben cruzarse sobre el pecho. Los ojos no son ojos hasta que no saben ver el cielo. Ese niño está en su cuna como en coqueto ataúd de raso blanco. Si le ha olvidado la madre, ¿cómo la vida no lo ha de olvidar? ¿Véis qué blanco? Parece un cirio apagado de cera intacta. ¡Señor, llena ese pomo transparente de perfume! A ella le diste un hijo: dále á él una madre. ¡Señor, prende una luz en esa vela blanca! ¡Señor, resucita á esos muertecitos que no han vivido todavía y que están en sus cunas aguardando almas!

Abrid el ventanillo del wagón, si vais de viaje. ¿Véis en la puerta de aquella casucha á un muchachillo de cútis atezado, casi desnudo, que casi ladra y casi hopea cuando el tren pasa? La india lo hizo como hace una tortilla y lo echó al canasto. Por ahora sus hermanos, son el perrito, el gallo, el cerdo. No es un frasco de perfume, como el otro; pero sí es una vasija de barro, también vacía. ¡Señor, echa, aunque sea *atole*, en ese jarro! Que se funden muchas escuelas. Allí se llenan estas ollitas trigueñas, de leche pura y sana! ¡Resucita, Señor, á estos muertos tirados en el campo, para que no sean más tarde carne de cañón; ni hueso de presidio, ni abono de la tierra, sino hombres! ¡Entierra á los padres y á los hijos resucita!

Y no solo resucita á estos niños que nacieron muertos: también á los jóvenes, también á los hombres, también á las mujeres, que aun son susceptibles de resurrección, devuélveles la vida. Esta joven que no tiene ideales, que no siente amor, que compra un traje pagándolo con ser esposa, en el sentido brutal de esta palabra, y piensa en adquirir un coche pagándolo con su deshonra, á esta que está muerta, resucítala antes de que sea adúltera, como resucitaste á Magdalena y como resucitaste á la Samaritana. Si es adúltera, mátala ya. A la única mujer á quien no dijiste si la perdonabas, fué á la adúltera!

A todos los que están muertos, porque sus padres no les dieran la vida del espíritu, la vida, en fin, revívelos, Señor. Y el avaro que está muerto, porque yace enterrado en su dinero inmóvil; al que no ama, y está muerto, porque vive sepulto en su egoísmo; á todos esos dormidos que parecen muertos en la sombra y silencio de la noche, despiértalos con el clarín alegre de la Aurora!

Hay muchos jóvenes también á quienes puedes todavía resucitar. Allí miro á uno que ronca ó gruñe, de codos en la mesa de una cantina. ¿Vive . . . ? no, porque el borracho es un muerto intermitente. Cada vez que se va á dormir, es que va á morirse de una vez; pero la muerte, al sentir el tufo del licor, se echa para atrás y lo deja dormido. Cuando está en su juicio, cuando parece vivo, es que anda prófugo. Es un esclavo que huye escondiéndose, agazapándose en lo más intrincado de la selva, porque le queman y le sangran todavía los latigazos de su amo, el vino. Jura no volver, pero apenas ha dado algunos pasos cuando el tirano lo atrapa, y como en la servidumbre ha perdido las fuerzas, vuelve á echarse, á manera de perro soñoliento, á los piés de su señor. Algunas ideas sobreviven en su cerebro, como náufragos bregando entre olas de alcohol. ¡Qué asoladora inundación! Primero la oleada cubre la memoria; luego la dignidad; en seguida la inteligencia toda; al último, la vida. El hombre cree que bebe la copa, y se engaña, porque la copa lo bebe á él. El la vacía primeramente de un solo trago; pero la copa cobra lo que perdió y el hombre tiene que llenarla con algo de su enten-

dimiento, con algo de su corazón, con algo de su alma. Parece tan estrecho un vaso, ¡y en él, no obstante, se han ahogado tantos hijos, tantas madres, tantas esposas, tantas vidas! Se arroja alcohol al fuego para que éste arda más; y alcohol á la idea para apagarla! El ebrio es muerto, pero si aun no pasan los tres días que Lázaro pasó sin vida, resucitalo! Tal vez todavía es joven; tal vez el dolor lo llevó del brazo y le dijo: «¡ven y olvida!» ¡tal vez las ideas, enflaquecidas y anémicas de ese hombre, gastadas por un exceso de trabajo, no tenían fuerzas ya para salir del cerebro, y era preciso que salieran para que le llevasen á la vuelta el pan de cada día, y entonces el alcohol, que es fuerte y vigoroso, le dijo: — ¡yo te las empujaré! — tal vez, de este naufragio, flotan, salvos aún, en el océano, algunos sentimientos buenos, asidos á una lancha, á una balsa, á un mástil roto... si es así, resucítalo, Señor!

A estas resurrecciones milagrosas, podeis ayudarnos mucho, señoras mías, como ayudásteis á la de Lázaro, en figura de Marta y de María. Nada hay que despierte tan pronto, como un beso de amor. La mujer da la vida y puede volverla á dar á los que casi la han perdido. No solo se es madre en los momentos del alumbramiento: se es madre antes y después. Es madre cuando con un rayo de amor crea la mujer sentimientos buenos en el alma de un hombre, y cuando despierta alguna actividad dormida en su ánimo; es madre cuando como la Cordelia del «Rey Lear» sostiene al padre anciano; es madre siempre que es buena y siempre que ama. Por eso, señorita, puede usted, cuando quiera, realizar el prodigio de ser Virgen y Madre, como María de Nazareth.

SEMANA DE DOLORES.

Esta es la semana más triste de la Cuaresma, porque en ella se hace memoria de la aflicción inmensa de una madre. En los altares quedan veladas las imágenes, ó diríase que todos los santos se van al cielo, para acompañar á Jesús en los solemnes días de la pasión, ó que se cubren asustados con un velo para no ver las terribles escenas del Calvario.

Nosotros hemos dado al viernes de Dolores un carácter simpático y alegre. Es el día en que la hostia blanca baja á los labios del niño, y cierra y sella esa cartita, que, cuando el hijo hace su primera comunión, le envían todas las madres á la Virgen; es el día en que la joven se corona de más flores, el día en que el trigo nace, para adorno del altar, como si también fuera otro hijo rubio de María.

Pero ¡qué triste, sin embargo, está la Dolorosa! Yo no hablo de las grandes Dolorosas que ponen en los templos; hablo de la que conozco, de la mía, de la que estaba á la cabecera del lecho en que nací, de aquella cuyas lágrimas ví yo á través de las primeras mías! No la alegran las rojas amapolas, ni las espigas doradas, ni los cirios blancos con sus rosetas de papel picado, ni las aguas de colores, ni las armonías de la orquesta que toca música de Rossini. Para una madre que va á perder á su hijo, no hay consuelo! Y eso que el Hijo de María iba á resucitar, iba á subir al cielo, como que es inmortal, como que es Dios! Pero también iba á sufrir tormentos indecibles, y por eso la Madre acongojábase. También iba á separarse de ella, y como la Virgen era mujer y madre al cabo, no sería extraño que aun sabiendo á ciencia cierta que su hijo era Dios, pensara al verle espirar crucificado:—Si se habrá muerto.....! ¡Si ya nunca lo veré!—Puede ser que esta sea una blasfemia; pero yo la digo, á reserva de desdecirme, si el obispo, mi superior jerárquico, me lo ordena. Y lo digo porque todas las madres son medrosas,

y porque á alguna que lloraba á su hijo muerto, dije yo:—Consuélese usted, porque su niño está en el cielo—¡y la señora siguió llorando todavía!

Son muy buenas las madres, y por lo mismo os encarezco á todos que seáis buenos hijos, y de los buenos hijos voy á hablaros.

***

Oigo decir de muchos jóvenes que son buenos hijos. Esta es una cualidad que se concede fácilmente. Parece como que no la queremos, como que no nos causa envidia, como que nos sobra y por eso la damos á cualquiera. Llamar á álguien buen escritor, buen músico, buen sastre, cuesta trabajo á los escritores, á los músicos y á los sastres; pero llamar al mismo buen hijo, ó buen hombre, es cosa llana y corriente para los hombres y para los hijos. De modo que hay muchos buenos hijos recibidos y titulados.... aunque no ejerzan su profesión; porque entre esos buenos hijos, ¡cuántos desalmados y Caines hay, así como también, muchos de aquellos á quienes se apoda con el mote, entre despreciativo y cariñoso de «buen hombre,» merecen el presidio y hasta la horca!

Cada vez que se anuncia un parricidio, la sociedad se alarma, la indignación se enciende, todos los «buenos hijos» leen con horror y espanto la noticia, sacudiendo con mano temblorosa el periódico que la publica y que ellos leen al desayunarse.... si bien es cierto que no siempre ese movimiento convulsivo nace de ira justa y noble, sino, algunas veces, cuando menos, de los desórdenes y excesos que el «buen hijo» comete por las noches.—¡Parece imposible que haya almas tan negras!—exclaman todos.—¡Que lo ahorquen!—repiten. Y al oir tales voces se siente uno satisfecho de sí mismo, de su buen corazón, de su ternura, y orgulloso de pertenecer á un mundo en el que hay tantas personas excelentes.

Infortunadamente he perdido esa ilusión, y como aquel que se acostumbró al uso de los venenos, hasta el grado de que ya estos no le dañaban, yo me he acostumbrado á presenciar parricidios, y ya no me asustan, y me parecen tan vulgares como cualquiera defunción de un tifoideo. He llegado á tal punto, que, no solo absuelvo, sino que trato á muchos honorables parricidas. Esto de haber matado uno á su padre, constituye un pequeño defecto, es como el fumar, un vicio muy común y ya aceptado; es, en resumen, una pequeña mancha que se lava con derramar sobre ella algunas lágrimas, á la hora en que la víctima está espirando. En cierto modo, el parricidio es lógico: ¿nò dicen que los padres nos dan la vida? Pues entonces no les quitamos la vida, aunque parezca que se las quitemos: nos la dan.

Tan cierto es esto, que la misma sociedad llama á incontables parricidas «buenos hijos.»

La doctrina enseña que hay diversas maneras de matar. De modo que el asesino, en muchas ocasiones, puede decir á sus jueces: —¿cómo están ustedes, compañeros?—Lo punible en el asesino es la brusquedad, el uso de armas cortantes ó de fuego, el matar sin aviso previo y de golpe y porrazo. No tiene licencia de portar armas y se le prohibe que compre un veneno en la botica sin exhibir la receta del facultativo; pero si respetando estas prudentes taxativas se da sus mañas para matar de otra manera, la justicia no se mete con él: es hombre honrado.

En el hijo es casi natural la propensión á matar á sus padres. Algunos cumplen pronto su comisión, despachan, á la mayor brevedad posible, su trabajo, y en cuanto llegan al mundo, matan á la madre. Cuando menos, hacen todo lo posible para conseguirlo. Si no lo logran, es porque el médico, un intruso, los saca afuerza antes de que cumplan su cometido.

Las señoras tienen la conciencia de que sus hijos han de ser sus asesinos. Por eso desde que el muchacho empieza á andar, le dicen á propósito de cualquiera rabieta y de cualquiera travesura: ¡me estás quitando la vida!—Y esto que ellas dicen en broma, porque las madres son más ciegas que el amor, es la verdad en muchos casos. El muchacho está afilando sus armas, para hacer uso de ellas en el momento oportuno.

De fulano se dice: «tiene muchos defectos; pero es un buen hijo.» A mí siempre me ha llamado mucho la atención este elogio. ¿Cómo ha de ser un buen hijo el que es un mal hombre? De sus defectos tengo pruebas sobradísimas; se embriaga, juega, deshonra una mujer, etc., etc. ¿En qué consiste, entonces, su bondad filial? Si no aflijen á la madre, estos vicios y escándalos del hijo, si no la apena pensar que él ha de enfermarse, y que será, por fuerza, mal esposo y padre peor, entonces y sin remedio, es una mala madre. Y si es buena y si sufre por tales desmanes y deshonras tales, ¿cómo ha de ser buen hijo el que la hace sufrir, el que le está abreviando la existencia? Aunque lo vea darle de besos á la anciana, aunque le oiga hablar de su santa madre, aunque mire cómo respetuosamente la acompaña á la iglesia, por complacerla, dos ó tres veces cada año, aunque escuche los sollozos y los gritos que lance el día en que acaba de matarla, nunca podré creer que es un buen hijo. Pues ¿sabéis qué es ser bueno? ¡Es dar bondad! Que me digan en buena hora:—¡Quiero ser un buen hijo; pero no puedo!—Eso tal vez sea cierto; pero no me obliguéis á admitir una moneda falsa! Le diremos buen hijo, porque no somos sus padres, y ellos se lo diráu y hasta lo creerán, porque lo son, y será un buen hijo, para afuera, para la galería, para las costureras que leen novelas de Pérez Escrich y lloran

en el «Campanero de San Pablo,» para los que creen en el patriotismo de ciertos oradores que hablan de la patria; y hasta para nosotros que no tenemos nada que ver con él y que no le daríamos dinero en préstamo, ni á nuestra hija por esposa; mas para Dios, para la Verdad suprema, no es ni puede ser buen hijo.

Y de esos «buenos,» está lleno el mundo. ¿Cómo serán los malos, santo cielo? Y los hay á millares que no disfrutan la reputación ni la fama de los parricidas, pero por falta de equidad en los juicios del mundo y no porque no lo sean. ¿Veis á esa madre? Su esposo os dirá que no ha perdido ningún hijo, y ha perdido todos. Porque ya no son suyos, porque no la aman como debian amarla, porque se fueron, porque se los llevaron, porque ya nunca volverán. Ella los aguarda, porque el amor es terco, incrédulo de la muerte; ella les habla, como se habla en oración, con el muerto que yace bajo la losa del sepulcro. Y cree que la oyen, y que le agradecen las flores que les lleva.... ¡pero ya están muertos!

¿Sabéis por qué las madres dan á luz á sus hijos con dolor? Pues porque la naturaleza se resiste á que los dejen ir, y la madre quiere tenerlos dentro ella misma; porque solo allí están seguros; porque solo de allí no se los roban. Algo más tarde, la madre siempre tiene miedo de que le hurten á su niño, y por eso se asusta cuando no lo ve á su lado, y lo estrecha en sus brazos, como si quisiera volvérselo á meter dentro del seno. Prevee que cuantos la cercan son ladrones; el libro de la escuela, la jovencita que sonríe:... Y esos, siquiera, son ladrones generosos, porque al cabo devuelven lo robado; porque no matan para robar; pero, el garito! ¡la mujerzuela indigna.... ¡el vino....!

Si María, con ser madre del Hijo bueno por excelencia, de Jesús, sufrió tanto, ¿cómo habrán de sufrir y padecer las desgraciadas que tengan hijos malos?

Señoritas:

No os asombren los parricidios, porque diariamente se cometen.

Buen hijo:

No aguardes á que tu madre muera, para saber que la tuviste.

Hijos buenos:

Amad á vuestras madres, por todos los que no aman á las suyas.

Buenas almas:

¡Orad por todas las madres Dolorosas!

DOMINGO DE RAMOS.

Refiere el Evangelio, hermanas mías, que entró Jesús en Jerusalem montado en una pollina, y que el pueblo tendía las capas á su paso y agitaba palmas, en muestra de regocijo, y entonaba hossannas. Esta triunfal entrada á la ciudad santa, me parece muy semejante, en muchos casos, al solemne día del matrimonio. Jerusalem es, por ejemplo, Santa Brígida. A la pollina ha reemplazado el landó en que llegan los novios. La ciudad.....digo, la iglesia, está adornada y de fiesta. Al observar el infinito número de flores que hay, orlando las columnas y tapizando las paredes, se cae en cuenta de que para la feliz pareja es aquel su día de Ramos, el principio de su Semana Santa. El órgano canta ¡hossannas! como el pueblo de Jerusalem. La multitud se divide en dos grandes masas, para abrir calle á los triunfadores, y un murmullo de admiración cortesana se alza y se extiende en la majestuosa nave de la iglesia. Ya entraron en Jerusalem! Ya comenzó la gran Semana!

Os hablo, por supuesto, señoritas, de los matrimonios hechos ligera y atolondradamente. Para los que se hacen como Dios manda, Jerusalem es más piadosa y menos tornadiza. Para éstos, al día de Ramos siguen la Anunciación, el Nacimiento y otras fiestas simpáticas y poéticas. Mas para los primeros, en pos del Domingo de Ramos vienen indefectiblemente las Tinieblas, el «pase de mí este cáliz,» los azotes, el pésame, y por último, un amigo traidor que mete la mano en el plato, un desesperado que se ahorca ó un amor muerto y sepultado que nunca, nunca resucitará.

Para que no paséis por este calvario, voy á haceros algunas advertencias.

Ante todo, caballeros y damas, no entréis en Jerusalem, ó sea en el matrimonio, con el fin de hacer alguna redención. Hay algunos

varones, ejemplares y magnánimos, que suelen decir á la que va á ser su esposa: «yo te perdono porque amaste mucho.» Esto es de consecuencias desastrosas. Procuren ustedes, caballeros, que sus futuras hayan amado lo menos posible. Nuestro maestro Víctor Hugo dijo: *No maldigáis á la mujer que cae;* pero no dijo que nos casáramos con ella.

Y en cuanto á ustedes, señoritas, ruégoos también que no penséis en redenciones. Muchas de vosotras aman ó creen amar á un botarate, á un perdido, á un jugador, á un ébrio más ó menos adelantado, y al pensar en casarse, se dicen para su coleto:—mi amor lo redimirá!—Esto es muy noble, aunque algo andaluz; pero tened en cuenta que la única redención que se ha realizado fué á expensas de la vida del Redentor.

Tampoco, señoritas—y esto os lo digo para que seáis felices—imaginéis que váis á hallaros la felicidad. Sueñan algunas que, al casarse, su vida mudará completamente, y que toda será sonrisas, mimos, cariñosos halagos de la suerte, y como la vida siempre es vida, como las enfermedades, los pesares, etc., no se guardan con el vestido de novia, que ya no vuelve á usar la esposa, el desencanto es lamentable. A mí no me dan lástima los que se quejan de no ser dichosos. Esto es quejarse de que no hay sol por la noche. Pues, si no hay, ¿para qué vamos á quejarnos? Confórmense ustedes con obtener los premios chicos, las «aproximaciones» en la lotería; porque el premio principal sólo le toca á uno, y ese uno casi siempre es un desconocido á quien nunca llegamos á conocer.

Alejandro Dumás (hijo), daba estos consejos algo tristes pero algo ciertos, á una muchacha casi tan buena como vosotras, á la Anita de *Francillón*:—«No te diré como tu confesor ó como Hamlet, el primero con su fe y el otro con su duda: *Entra á un convento.* No; tú tienes otro destino que cumplir, tan abnegado y útil como el de las monjas; pero no pidas al amor más de lo que el amor te puede dar. Pídele, por el matrimonio, el medio de cumplir tu natural destino, y si te da la maternidad, queda satisfecha. Sé indulgente para con el hombre y reconocida para con Dios.»—

Prefiero, hermanas mías, que entréis en el matrimonio con alguna desconfianza y hasta con algún temor, á que entréis con desmedidas esperanzas. Pensad que de la pasión, del apóstol traidor, de la cruenta agonía, podéis libraros y de seguro os libraréis si obráis cuerdamente; pero bueno es que no vayáis enteramente seguras de escapar al ayuno de los días santos y á los azotes más ó menos leves que la suerte aplica siempre á todos los humanos. Procurad, sobre todo, que vuestro amor no muera, ó que solo muera aparentemente, como el Salvador, para resucitar á los tres días, y vivir la inmortal y serena vida del espíritu.

No penséis al casaros, señoritas:—Voy á ser feliz.—Decid:—Vamos á ser dos, y mis penas y mis alegrías aumentarán, porque sufriré con él y gozaré con él.—Y cuando seáis dos, sed tres y. . . . cuatro luego. . . . ¡Vaya! hasta cinco, para que podáis ajustar al sistema decimal; pero. . . . no os aconsejo, os deseo que no agreguéis muchos sumandos, porque las sumas largas son complicadas y dificultosas. En fin, sumad, sumad cuanto queráis; pero á medida que el esposo vaya aumentando las multiplicaciones en el libro de caja. Dividid poco, ó mejor dicho, entre pocos: el amor entre los vuestros. Restad menos.

Yo creo que la felicidad, á pesar de lo que antes dije, ó más bien, para explicar lo que dije antes, no es tan difícil de encontrar. Solo que, como no la conocemos, pasa inadvertida por nosotros y no asimos su brazo, ni siquiera la saludamos. Y luego exclama el hombre:—¡Ah! ¿conque era aquella. . . . ?—¡Y sí, aquella. . . . era!

Nosotros creemos que la felicidad es una señora muy alta, muy hermosa, muy rica; y la felicidad es bajita de estatura, algo pálida, algo melancólica, que de todo se asusta, que por todo se ruboriza, pero muy buena, muy bonita, muy de su casa, muy humilde. Al hallarla decimos:—esta ha de ser la hermana menor de la felicidad, la hormiga de la casa, la Marta que trabaja.—Y no; es la misma! Como no hace ruido, cuesta trabajo saber en dónde está. Como es muy vergonzosa, casi siempre está escondida. Pero vosotras, señoritas, la encontraréis, sin duda alguna, siempre que no la esperéis, porque la felicidad está muy ocupada y no puede ir á todas las casas en que la aguardan, sino siempre que la busquéis solícita y cariñosamente.

Cásense ustedes; ¿no ven que todo lo que vuela tiene dos alas? Pero si no os sentís con la prudencia y tino necesarios para saber acomodarse con otro carácter, para triunfar de vosotras mismas—porque es triunfar el ser vencido por amor,—entonces, no os caséis, á menos que no queráis ser asesinos.

El amor sabe mucho; preguntadle. Y si así lo hiciéreis, señoritas, el amor os lo premie; y si no, os lo demande.

DOMINGO DE RESURRECCIÓN.

Hemos llegado al fin de esta cuaresma, y antes de abandonar, acaso para siempre, el encarrujado sobrepelliz, la sotana de raso y el solideo de seda negra, quiero daros las gracias por la paciencia con que os habéis dignado escucharme, ejercitando así, en este tiempo santo, una de las virtudes que más recomienda el apóstol, que más recomiendo yo á las casadas que me oyen, y que más necesito en esta vida, no obstante que la tengo, y sublimada, en mi nombre, ó mal nombre periodístico. Tanta es la excelencia de esta virtud, que ni aquel justo Job, patrono mío, llegó á poseerla en toda su plenitud, puesto que renegó de la vida y maldijo el instante en que nació.

Como habéis observado, en estas breves pláticas me he dirigido más particularmente á vosotras, ya usando para ello el tratamiento de *Usted*, ó ya el de *Vos*, según estaba de humor, pero excluyendo siempre el llano *tú*, que es el que emplean generalmente, para hablar entre sí, las gentes que no se quieren. Y para hablar singularmente con las señoras y las señoritas he tenido varios motivos, entre otros, el de que muy más agradable es conversar con las mujeres que con los varones. Los hombres, además, asisten á los templos con menos frecuencia que vosotras; si asisten, es de noche; y yo por las noches no predico: voy al teatro.

Repito, pues, que doy cumplidas gracias, particularmente á mi auditorio femenino, y os suplico que seais indulgentes y me perdonéis las palabras severas, las cariñosas reprensiones que hayan salido de mis labios. Como confesor, soy mucho más benévolo, y si alguna de las hermosas señoritas que me dispensan en este instante su atención quiere decirme sus pecados, tras la calada rejilla del confesonario, yo la prometo que al bajar del púlpito, á la hora del crepúsculo, tan propicia para ocultar el natural rubor de las aflijidas penitentes, prestaré atento oído á cuanto diga, y le daré cuantos consuelos pueda, absolviéndola, al fin, de todos sus pecados, como la Iglesia manda, menos de aquellos cuya remisión está reservada á Roma.

Mas si el deber del confesor es absolver, el deber del predicador es fulminar, en caso dado, rayos de ira santa, para que brote en las almas el arrepentimiento; y por eso, solo por eso, he sido, á ratos, duro con vosotras.

Observaríais también que uno de los principales fines de mis conferencias, ha sido el de llevaros al cielo por la vía angosta del matrimonio, que no es la más directa, pero sí la más frecuentada, la más apetecida por las mujeres, para ponerse en camino de la bienaventuranza. Yo no os digo, como el terrible Kempis: — sed felices en el cielo. — Yo quiero que ganéis la gloria, un marido en la tierra, y que seáis tan dichosas como es posible serlo en este valle de lágrimas, haciendo partícipes de vuestra dicha á los demás. Para lograr tan santo fin os aplicaré, pues, en esta plática, la extremaunción de mis consejos.

Conmemora hoy la Iglesia el milagro de la Resurrección. Los enemigos del Salvador le creían muerto; juzgábanse vencedores de aquel á quien algunos llamaban Dios; y, para vergüenza de esos falsos sabios, para castigo de esos ingratos, acaeció que alzando sin esfuerzo la dura losa del sepulcro, Jesús, inmortal y triunfante, subió al cielo.

Os parecerá extravagante, señoras mías, que el misterio de la Resurrección pueda servir de tema á uno de estos discursos cuyo fin principal, como ya he dicho, es el de encaminaros para que séais felices en el matrimonio. Veréis, empero, como tal sospecha peca de ligereza, porque entre los enemigos de las casadas—y ellos son más que los del alma—figura la «resurrección» en primer término. Y entiéndase que no hablo con las viudas, porque de algunas de éstas sería enemigo mucho peor. Voy á explicarme.

No aspiréis, señoritas, á casaros con un hombre que no haya amado ó no haya sido amado nunca. La gramática que yo aprendí enseña que la palabra *Virgen* es común de dos; por modo que se dice, según reza la gramática misma, «el virgen Juan». Pero ni la gramática, ni nadie, ha dicho nunca «el virgen Pedro, el virgen Jorge ó el virgen Anastasio.» De modo que San Juan tiene la culpa de que dicho vocablo sea común de dos, y, muerto él, ya queda el *virgen* exclusivamente relegado al género femenino.

Tened, por ende, en consideración, que váis á uniros con un hombre que ha tenido tantas novias cuantas sus años le hayan permitido..... y en el género «novia» clasifico á muchas que nada más lo fueron en el deseo ó en la imaginación del amador, y á otras, también..... que se pasaron á mayores. No os disgustéis, sino alegráos, de estos antecedentes: no se expide un título profesional al que antes no ha cursado sus estudios preparatorios.

La mujer, generalmente, se encela de la actriz á quien el marido visita, de la amiga á quien frecuenta, de aquellas á las que, en suma, cree rivales. Los celos—y esta advertencia va de paso,—son unos malos cazadores que siempre casi yerran el tiro. La mujer que debe inspirar temor á la esposa — á menos que lo sea de un vicioso, de un desvergonzado ó de un imbécil, — no es la que conoce, no es la que mira: es la desconocida ó es la muerta.

Pero las muertas — me diréis — ¿qué daño pueden hacernos? — Ante todo, hermosas oyentes, os diré que no todos los que se mueren están muertos, porque hay algunos que lo fingen; ni todos los que están muertos siguen siendo, puesto que hoy celebramos la fiesta de la resurrección. Hay muertos cesantes..... ¡la cesantía lleva hasta el otro mundo sus estragos!

Mas, yo os declaro, que sin vida ó con ella, la mujer solo muere cuando deja de vivir en el recuerdo.

Suponed que vuestro marido adquirió una fosa á perpetuidad para cada uno de sus antiguos amores. Parece que en los camposantos todo está inseguro: rejas, macetas, candeleros, y hasta lápidas, menos los huesos de los cadáveres, no codiciados por ninguno. Pues bien, señoritas, para vosotras, por desgracia no es así; para vosotras hasta los cadáveres se escapan y huyen de sus fosas. El hombre os dice: «aquí están todas mis muertas,» — y tenéis que arrojar—¡oh envidiables sepultureras de sentimientos! — una paletada de tierra diaria en esas fosas, para que las pobres muertas se estén quietas. Pero esto ¡os es tan fácil! ¿No regáis cada mañana vuestros tiestos de flores?

No es el esposo — sigo suponiéndolo bueno y enamorado de vosotras al casarse, — el que resucita á esas difuntas: primeramente porque, en lo general, no lo merecen; y luego porque el corazón del hombre es generoso: olvida á las que le han dicho que lo han olvidado.

Pero el peligro, señoritas, está en que vosotras sin sospecharlo, resucitáis á esas rivales más terribles, más invencibles que las otras, precisamente porque ya no existen y porque las circunda la aureola de la muerte. Cada error en que incurráis en vuestra vida íntima, hará pensar ó decir á vuestro *esposo: aquella* otra no hubiera hecho lo mismo! — Y tal vez sí se habría conducido igualmente ó peor; pero ¿cómo probarlo? El hombre se complace en revestir de cualidades ideales todo aquello que no conoce y todo aquello que no posee. Tomamos el desquite de los vivos diciendo que los muertos eran mejores. Por manera, que de todos vuestros defectos, ¡oh señoras! se van formando las virtudes de las *otras*. Y de una querida en presente, de una rival en activo servicio, podéis decir, y las más veces casi siempre con justicia:—mira cómo es inferior, en todo, á mi; compárala: aquí estamos! — Pero á una que se fué, á una que ya no vive, á una que ni siquiera conocísteis y cuyo nombre no pronuncia jamás vuestro marido, ¿cómo podéis sujetarla á juicio? ¡cómo podéis acriminarla? Esa vence, como el Cid muerto, montada en ese bestia que se llama la imaginación.

Y lo malo es que la glorificación de esos amores muertos conduce insensiblemente á los amores vivos. Y entonces vuestra dicha ya no tendrá remedio, ya no tendrá indulto: ya estará entregada al brazo seglar.

Dicho se está que lo que acabo de apuntar es también aplicable á los hombres, y si no me dirijo á ellos, es por dos razones: la primera, porque no han venido á oirme; y la segunda, porque nosotros os creemos cuando decís que nunca habéis amado. De modo que los varones, en concepto vuestro y bajo la fe de vuestra palabra, tenemos menos difuntos ajenos que enterrar.

Cuando paséis, señoritas, por el día de Ramos, temed el Domingo de Resurrección! Bien sencillo ha de seros no temerlo, siendo afectuosas, siendo complacientes, siendo buenas. . . y no siendo otras muchas cosas; ó, lo que es igual, amando mucho, pero mucho. . . . á uno! No resucitéis con un capricho á las que, más caprichosas tal vez que vosotras, duermen el sueño de la muerte en la memoria!

Ahora solo me falta daros mi bendición y mi mano.... para que religiosamente la beséis. Sed felices, como yo lo soy; y que Dios os conceda un buen marido que á todas os deseo!

SEGUNDA CUARESMA

DEL

DUQUE JOB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRIMER SERMÓN.

Hace dos años tuve la honra de predicar en esta misma iglesia un pequeño cuaresmal, singularmente dedicado á las señoras. En esta cuaresma vuelvo al mismo púlpito y con iguales buenas intenciones. ¡Ponga Dios tiento en mi ánimo y elocuencia en mis labios, para que suplan tan eximios dones la pobreza de mi entendimiento!

***

Acabamos de celebrar, señoras mías, el miércoles de ceniza. A los buenos católicos nos ponen ese día una cruz en la frente, como anticipando la que más tarde ó más temprano han de poner en nuestra cristiana sepultura. Se nos recuerda que polvo somos y que en polvo hemos de convertirnos; se ofrece á nuestra meditación lo efímero de la vida, la vanidad de las pompas mundanas y lo inevitable y terrible de la muerte. Ese día de Ceniza, es un día que amanece desvelado, pobre, porque en la noche anterior gastó más de lo que podía gastar; enfermo del estómago y nublado el espíritu por penosas preocupaciones. La campana que en él repica es la del portón de la escalera, anunciando á los acreedores que suben. ¡Y qué acreedores. . . . ! ¡La salud! ¡El amor! ¡La virtud! ¡La muerte! ¡Dios. . . . !

Muy bien pensado fué llamarlo de ceniza; porque ceniza es lo que ya ha ardido, lo que ya ha brillado, lo que se acuerda del calor que tuvo, como nosotros nos acordamos del amor que sentimos. La nieve es más feliz que la ceniza, porque la nieve no fué nunca fuego.

Cuentan los entendidos en achaques eclesiásticos, que la ceniza del famoso miércoles es la de las palmas que lucieron en la proce-

sión del Domingo de Ramos y que después queman los clérigos. ¡Hermoso símbolo en verdad! ¿Qué ceniza más triste que la de la gloria? Primero palmas que, á modo de abanicos, sostienen en el aire, agitando éste, himnos de triunfo y cantos de esperanza; después, las mismas palmas reducidas á polvo, como las ilusiones que mecieron al moverse, y trocadas en signo de vejez ó muerte. La ceniza verdadera, la que más apaga, la que más enfría, es la que ha llovido en nuestra alma; la ceniza de las palmas que ceñimos con vanidad á nuestras sienes; la ceniza de las cartas de amor, quemadas antes de casarnos; la ceniza de los azahares ya marchitos; la ceniza de las flores que en otro tiempo nos dieron, ocultando un beso entre sus hojas; la ceniza de los versos nuestros que en un tiempo nos parecieron tan hermosos; la ceniza de nuestros diplomas ó de nuestros títulos honoríficos; y la más triste de todas las cenizas, la ceniza del escapulario que nuestra santa madre nos colgó del cuello y que nosotros besábamos de niños!

No es preciso pasar por el martes de Carnestolendas para llegar al miércoles de Ceniza. No es necesario salir de la orgía, de la bacanal, para sentir la tristeza de esa desvelada, el cansancio y desaliento de ese miércoles. Hay vidas puras; vidas sin manchas de vino; vidas sin labios mordidos por otros labios, y á las que el Destino pone un día la ceniza en la frente. Salen de la alcoba nupcial, salen del hogar paterno, salen del estudio; llevan muchas esperanzas, muchos deseos de hacer bien, muchos recuerdos santos, como niñas que llevan flores para ofrecerlas á la Virgen; y la suerte las arrodilla y les dice: ¡todo es ceniza! ¡todo es polvo! En ese día solemne de la vida, día que es como los días del Génesis porque nadie ha fijado aún su duración y lo mismo puede ser de una hora que de un año ó muchos años; en ese día no anunciado por el toque del alba sino por los dobles, unos se arrojan al agua, otros al alcohol, algunos á la honradez sin esperanza, muchos á la tristeza sin amigos. Fingíos por un instante, que las almas se quitan los cuerpos, como si se quitaran dominós. ¡Cuántas almas con la cruz en la frente! Esa joven hermosa acaba de casarse; amó ó creyó amar; sale de la alcoba que todavía huele á azahares; nadie la aguarda porque la creen feliz, y á la felicidad se respeta y cuida y rodea de silencio, como al sueño; busca á la madre para besarla y para decirle la más piadosa de todas las mentiras: que es dichosa; y esa joven que debe sonreír cuando alguien llegue, que debe ruborizarse cuando le hable el primer amigo, lleva ya la cruz de ceniza, el todo es miseria y toda es vanidad dentro del alma.

¡Cuántos llevando la ceniza de sus amores muertos! ¡Cuántos, escondiendo las cenizas de sus creencias! Humo primero; polvo después.... ¡y eso es todo!

Pero eso es todo, señoras mías, para el que no sabe vivir con la intensa vida del espíritu; para el que no sabe ir á la muerte limpio y bien vestido como quien va á una visita. Lo que nos recuerda el Miércoles de Ceniza y lo que en él nos entristece, no es el fin del hombre. Esa sería una perogrullada de la Cuaresma. Ya bien sabemos que hemos de morir. La vejez es peor que la muerte, porque dura más que ésta; y la vejez nos recuerda el Miércoles de Ceniza. Nos habla de que un día morirán los séres que amamos, y nosotros viviremos; de que un día nuestra hija se irá con su esposo, porque lo amará más que á los padres, y nosotros viviremos; de que pasado el tiempo oirá nuestra vanidad, ya lejano, muy lejano, el estrépito del aplauso que hoy oímos tan de cerca, y nosotros viviremos; nos habla en suma de que todo es polvo y se ha de volver polvo, no nosotros.... que, al cabo eso no importa.... el polvo nada siente.... sino todo lo que más queremos, todo lo que más amamos, todo lo nuestro en realidad ó en el deseo.

Es muy triste ese anuncio de inevitables despedidas; y más triste para vosotras, mis hermosas oyentes, porque sois las que con mayor pena os resignaréis á ser viejas, si es que os resignáis. La belleza es para vosotras como una segunda patria, y no queréis dejarla. Salís de ella, pero por fuerza, desterradas.

En verdad os digo, señoras mías, que de esa terquedad depende la desdicha de muchas mujeres, dignas de ventura. Ven al espejo, como se ve al conductor del ferrocarril cuando está uno comiendo en alguna estación, con inquietud y como preguntándole: ¿ya es hora? Levantaos de la mesa antes que el conductor; salid de la juventud antes que el espejo lo mande, despedíos, antes de que os despidan. ¿A qué teñirse las canas ó encubrir con afeites los estragos del tiempo? Con eso no se engaña á nadie. Los ojos de veinte años no se dejan engañar en contrabandos de hermosura. Las que tal hacen, se engañan á sí mismas, y cuando sonrían de satisfacción frente al espejo, el espejo, copiando la sonrisa, se ríe de ellas.

Resignáos señoras mías, y seréis felices, y seréis hermosas. Pues qué, ¿no tiene su hermosura la vejez? La belleza de ésta es una belleza blanca, así como la belleza de la juventud es una belleza color de rosa. Las viejas que no quieren ser viejas son las feas: hacen un gesto que las desfigura. Pero las viejas de buena voluntad, las que saben vestirse de negro como antes se vestían de azul ó blanco, ¡qué bonitas!

Saber ser joven, saber ser hombre y saber ser viejo, es saber vivir. Pero no hay que demorarse en la estación dejando partir el tren que la vida nos señaló, porque entonces se hace un papel ridículo. Entremos en él como entra el año, sin remilgos ni tardanzas, á sus cuatro estaciones. Primero es uno feliz por lo que goza; luego es feliz por lo que gozan sus hijos, ó los hijos de sus amigos. Primero se quiere; después se acepta.

Para que sea bella la vejez, se necesita que tenga una virtud suprema: la indulgencia. El joven es intransigente; el joven exige: ¡ha vivido tan poco. . . . ! ¡Cree que le deben tanto los demás. . . . ! Pero el viejo ya sabe que también él debe mucho; ya sabe que no pagan todos los deudores; y se resigna á pedir pequeños abonos de gratitud y de cariño á la ingratitud y al desamor humanos. ¿Qué ha aprendido viviendo tantos años si no ha aprendido á perdonar, para que los otros lo perdonen?

¿Que se van los hijos. . . ? Bueno, es decir, malo; pero es natural; perversamente natural, pero es así! En cambio vienen los nietos. ¿Que ya no se besa una boca de quince fresas? Bueno, es decir, malo; pero se besa una boquita que todavía no tiene dientes para morder fresas.

Porque queremos ser felices siempre de igual modo, somos desgraciados. Se cambia de felicidad, de la felicidad relativa que nos llega, así como se cambia de traje. Un viejo que no quiere ser viejo siente frio en el alma, como el que se empeñara en salir con traje de verano en el invierno. Pero no es culpa del invierno, es culpa de él.

Por eso yo, señoras mías, al poneros la ceniza en la frente, y al deciros que sois polvo—polvo de arroz, por supuesto, y del que yo quisiera muchos pomos,—también os digo que sepáis ser viejas porque así conservaréis vuestra hermosura.

Y tal es el deseo de vuestro capellán que mucho os ama.

SEGUNDO SERMÓN.

Como yo, señoras mías, predico los domingos, y el día más solemne de los días cuaresmales es el viernes, deseo asistir en él á alguna iglesia para oír la palabra de Dios, y tomar ejemplo de los grandes predicadores que son decoro y gloria de la cátedra sagrada. Pero es el caso que múltiples y profanas atenciones me vedan concurrir á esas fiestas evangélicas y edificantes, á las que tanto realce da vuestra presencia; y como quiera que es vivísimo el deseo por mí alentado, de instruirme en asuntos religiosos, con el único fin de perfeccionarme y de perfeccionaros—moralmente, se entiende, porque ya sois perfectas en lo físico y hasta cuentan que en lo químico,—lo que hago es comprar «El Tiempo» *de mañana* para leer el Evangelio del día, puesto que empiezo á leerlo á las doce en punto de la noche. ¡Qué brillantes, qué profundos, qué elocuentísimos sermones! ¡Como que en ellos habla el mismo Salvador del mundo con la divina unción de su palabra vivificadora! Entre esos discursos apostólicos y los sermones de muchos respetables sacerdotes, hay la misma diferencia que entre decir Jesús y decir Chucho.

El Evangelio del viernes último fué, mis señoras, el del paralítico. Él sabía que bañándose en la piscina (parece que así llamaban antes á la alberca Pane), sanaría tal vez; pero como era paralítico y como los demás eran egoístas, no podía moverse ni echarse al agua mucho menos. Se necesitó que pasara por allí Jesús, el Bueno entre los buenos, y que le dijera:—Alza tu catre y anda!—con lo cual quedó sucio, puesto que no se bañó, pero quedó curado por obra de la Divina Omnipotencia.

Si yo fuera pesimista—¡pero qué he de serlo. . . . !—haría todas las noches esta oración al Redentor:—Jesús mío,—es decir, no mío, Jesús de todos,—Jesús, vuelve á nacer, porque hay muchos paralí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL

ticos, y muchos Lázaros, y muchas Magdalenas, y tú solo curabas, resucitabas, perdonabas! Parece que esta gente no se acuerda ya de tí. Todos son como esos descastados egoístas, que dejaban abandonado en su jergón al pobre paralítico, sin ayudarlo, sin alzarlo para que entrara en el baño milagroso. Por curar, cobran; resucitar, no saben; perdonar, no quieren. ¡Señor, vuelve á nacer, por vida tuya!—

Por fortuna, como arriba apunté, yo no soy pesimista. ¡Qué blasfemia decir que ya no existe la Virgen madre María, cuando tenemos una madre buena! ¿Cómo no creer en la eficacia, en la bondad presente y activa de la moral predicada por Jesús, cuando resuenan todavía, como una música lejana, en nuestro oído, las máximas que nos inculcó amoroso y sabio padre? ¡Sí: hay muchos buenos; yo conocí á algunos; yo conozco á uno..... á dos..... acaso á tres; tal vez más tarde conozca á otros; pero ¡hay buenos! Sin embargo, son más los paralíticos, y muchos más todavía los que no ayudan á los paralíticos.

El número de esas personas que no pueden moverse, casi es tan grande como el de los tontos. Paralíticos de bolsillo, paralíticos de corazón, paralíticos de voluntad..... ¡Cómo abundan los pobres paralíticos! Pero no es la parálisis enfermedad irremediable. Ya Jesús lo demostró. Y está probado que la medicina mejor es la que empleó él: la bondad infinita. Para que esos inmóviles se muevan, hay primero que hacerles creer en uno, por medio del amor, y luego hacerles creer en ellos, en su propia fuerza. Y así curan, y se levantan, y caminan.

¡Cuántas de vosotras, mis señoras, tendréis maridos paralíticos, de esos que andan por las cantinas, y por el *Jockey*, y por las calles de Plateros, y por entre bastidores..... y por otras partes! No lo digo por agraviarlos, ni mucho menos por haceros injuria; pero creo que esa es la verdad. Son paralíticos los que por herencia, por desencanto, por aburrimiento, se acuestan en el vicio ó se echan sobre el colchón de la pereza. Pero á todos los que están dormidos y no muertos, se les puede despertar. Al que no puede moverse por sí mismo se le carga, aunque pese, para llevarlo á donde le conviene. Cargar, señoras, no es oficio exclusivo de los asnos. Ya habréis visto en una de las cancelas del *Sagrario* á San Cristóbal cargando á Jesús. Y Jesús cargó á toda la humanidad. ¡Todas las buenas madres saben cargar á sus hijitos! Para soportar todo peso moral no se requiere mucha fuerza: lo que se necesita es mucho amor. Me diréis, tal vez, que San Cristóbal era muy grandote. Concedido; pero ese gigantón solo llevó en hombros á un niño; y ese mismo niño alzó, para salvarlo, todo un mundo. No: la fuerza, la corpulencia, la recia musculatura no son indispensables; lo indispensable es el amor.

La mujer es lo más débil, y al propio tiempo lo más fuerte. Yo conozco á señoras que soportan á maridos flacos y canijos, pero que

pesan mucho..... ¡y los soportan! Todas vosotras, en queriendo, sois muy fuertes. Tan grande es vuestro poder, que el mismo Dios necesitó de una mujer para hacerse hombre y redimir el mundo. Podéis creerlo: si no hubiera mujeres, no habría hombres.

Pero, ¿basta con echarse á un marido sobre la espalda y pasearlo en tal guisa por las calles? A eso voy: no, no basta. Lo que conviene es llevarlo á alguna parte en que se cure. Cargar á los maridos para ayudarlos, es muy bueno; cargarlos, por cargarlos, es muy tonto.

Pero hay muchos, señoras, que están como el paralítico del Evangelio, cerca de la piscina, con el deseo de bañarse en sus aguas saludables. Y sus mujeres pasan junto á ellos de igual modo que los egoístas fariseos, sin decirles bien claro:—«puesto que tú no puedes yo te llevaré.»

¿Quién mejor que vosotras para curar á esos enfermos? Paréceme que curar es como cosa propia de mujeres. Los médicos recetan, escriben, estudian, dicen cosas en latín; pero las mujeres son las que le hablan á la enfermedad en castellano, las que tienen manos blandas, las que curan. Una esposa es la mejor medicina, siempre que proceda de botica que tenga responsable competente, y siempre, también, que alguien no la haya adulterado en el camino.

Curar..... ¡ese es el oficio de los buenos en la vida! Yo no aconsejo á las señoritas que se casen con los paralíticos. No: para ellos hay hospitales. Pero si ya se casaron con esos tristes enfermos, que procuren curarlos. Y sobre todo, que no los paralicen después de casados, que no sean como esos sacristanes rapa-velas, que andan por el altar mayor apagando los cirios cuando acaba la ceremonia cuaresmal. ¿Creéis que os habéis casado para ser felices, hermosas oyentes mías? Pues creéis mal. ¿Cómo ha de dar el matrimonio lo que no da la vida? Os casasteis para ser dos... y luego más. Pero en ese *ser dos y luego más* —multiplicando, se entiende, no partiendo, porque hay divisiones que aumentan el hogar.— cabe mucha dicha, siempre que los esposos sepan empacarla. Mas para conseguirla hay que curar, señoras, curar mucho. Se entiende que la curación ha de ser mutua; pero como, por sus muchas ocupaciones, no han venido á esta iglesia los maridos, con vosotras hablo solamente.

Muy acá para entre nosotros, y basado en mi larga práctica de confesar, voy á deciros que hay muchos maridos, aun de esos que pasan por muy buenos, que son algo paralíticos, es decir, que aun siendo buenos están algo malos. ¿Los conocéis.....? ¿Sí? ¡Por supuesto! ¡Acaso mucho! Pero os diré—soy optimista—que no son incurables. ¿Quién de nosotros no tiene alguna parálisis en alguna parte del alma? Pero ahora, como ha dicho uno de los más ilustres padres de la iglesia mexicana, el Sr. D. Francisco Bulnes, solo mueren de enfermedad los que son tontos. Podéis, pues, bellísimas feligreses, con-

fiar en la curación de vuestros excelentes maridos, que parecen tan sanos. Pero es indispensable que apliquéis el medicamento requerido. Sin médico puede haber curación; sin enfermera, no.

No es tan difícil, á mi entender, el tratamiento; pero si pasáis junto á los maridos como pasaban los fariseos junto al paralítico, de cierto que no se curan. Lo mejor es hacer lo que hizo Jesús: decirles que están sanos. No os aconsejo que les digáis:—alza tu cama y anda,—porque pudieran llevársela á otra parte. Pero sí os aconsejo que les digáis sencillamente *¡anda!* teniendo cuidado de apoyarlos si tropiezan al dar el primer paso.

¿No es algo paralítico el que desconfía de sí mismo, el que no tiene fe, y por lo mismo no tiene esperanza, y por lo propio se arrepiente de haber tenido caridad algunas veces? Pues á ese decidle: —¡anda! ¡Tú puedes ser sabio ó puedes ser ministro!—Llegará á gacetillero ó llegará á escribiente; pero algo es algo. Lo importante es decirle:—¡anda!

Que crea en sí mismo, que crea en su fuerza, como creyó el paralítico del Evangelio, y ya veréis si se mueve.

¡Cuántas parálisis morales se curan de esta suerte! ¿Qué es la parálisis? Tener dormido el cuerpo. Pero á los que tienen pesado el sueño, los despiertan. Y todos, señoras mías, llevamos algo dormido dentro del alma. Todos necesitamos un despertador con campana bien sonora. Y ese es el problema al casarse: ¿resultará la esposa despertador ó apagador?

A algunos se les paraliza el cariño; hay que decirle á ese cariño: —¡anda! Otros se paralizan en el tapete verde, en el mármol de alguna mesa de café, en el sofá de la amiga que sonríe.

Pero—no todos—algunos se quedan postrados en el tapete, en la mesa ó el sofá, porque la mujer, la única redentora posible, no les habla como habló Jesús al pobre enfermo: con amor y sin preguntarle por qué y cómo se enfermó.

¡Si supiérais, señoras, cómo ata una sonrisa! ¡Si viérais cómo, á veces, hasta los malos son buenos, si los quieren bien! ¡Si os convenciérais de cómo se aborrece el champagne viendo cabellos rubios, ó castaños, ó negros, pero de uno, es decir, de otra persona que es de uno! Pero ¡qué digo! vosotras lo sabéis mejor que yo, y hasta me diréis que siendo padre, no debiera saberlo. Pero, por lo mismo, señoras, por lo mismo.

Y porque lo sé, y porque os quiero mucho (con permiso de vuestros esposos), deseo que pongáis en práctica mis consejos. Anhelo que tengais la convicción de vuestra fuerza propia, y os digo: ¡andad! como Jesús al paralítico.

Así seréis dichosas, relativamente. Y téngase en cuenta que no puede ser más desinteresado mi consejo, porque me gusta mucho consolar á las desgraciadas que llorarían con ojos muy hermosos, si lloraran.

TERCER SERMÓN.

Hermosas señoras mías:

Refiere hoy el Evangelio la curación de un hombre poseído del demonio mudo. Era aquél, de los mudos que no hablan, porque téngase en cuenta que hoy en día y merced á los adelantos de la ciencia, hay mudos que son muy habladores; al paso que personas muchísimas conozco que hablan y nada dicen, cual si fueran mudas. Dicho se queda, por supuesto, que este mudo era hombre, pues no pocos doctores y varios sabios de otra especie afirman, que no ha habido ni habrá mujeres mudas. El mutismo es masculino.

Sobre si fué útil ó no, para la sociedad, la curación de ese individuo, nada podré decir, porque el Evangelio no es explícito en lo tocante á este milagro; no puntualiza cuál era la condición del poseso á quien Jesús curó, para dar muestra ostensible de su gran poder; no dice si era tonto ó avisado, ni registra las palabras, frases y discursos que pronunció, ya sano, en el transcurso de su vida. La palabra es un don de Dios, no cabe duda; pero así como Dios hace todo bien y permite los males para nuestro ejercicio y mayor corona, así concede la palabra á unos para que nos enseñen y cautiven; y á otros para que, oyéndolos hablar, hagamos saludable penitencia.

Dícese á menudo que la palabra es lo que distingue al hombre de la bestia; pero abrigo algunas dudas sobre el particular, porque, con muchísima frecuencia he oído decir de álguien que habla, y precisamente porque habla: ¡qué animal es este hombre!

Quédese ello sin averiguación, y hablemos, señoras, de los mudos. No es culpa mía hablar de tanto enfermo: paralíticos, mudos, agonizantes, ciegos y muchos moralmente adoloridos son los que presenta á nuestra meditación el Evangelio. En él, como en la vida,

fiar en la curación de vuestros excelentes maridos, que parecen tan sanos. Pero es indispensable que apliquéis el medicamento requerido. Sin médico puede haber curación; sin enfermera, no.

No es tan difícil, á mi entender, el tratamiento; pero si pasáis junto á los maridos como pasaban los fariseos junto al paralítico, de cierto que no se curan. Lo mejor es hacer lo que hizo Jesús: decirles que están sanos. No os aconsejo que les digáis:—alza tu cama y anda,—porque pudieran llevársela á otra parte. Pero sí os aconsejo que les digáis sencillamente *¡anda!* teniendo cuidado de apoyarlos si tropiezan al dar el primer paso.

¿No es algo paralítico el que desconfía de sí mismo, el que no tiene fe, y por lo mismo no tiene esperanza, y por lo propio se arrepiente de haber tenido caridad algunas veces? Pues á ese decidle: —¡anda! ¡Tú puedes ser sabio ó puedes ser ministro!—Llegará á gacetillero ó llegará á escribiente; pero algo es algo. Lo importante es decirle:—¡anda!

Que crea en sí mismo, que crea en su fuerza, como creyó el paralítico del Evangelio, y ya veréis si se mueve.

¡Cuántas parálisis morales se curan de esta suerte! ¿Qué es la parálisis? Tener dormido el cuerpo. Pero á los que tienen pesado el sueño, los despiertan. Y todos, señoras mías, llevamos algo dormido dentro del alma. Todos necesitamos un despertador con campana bien sonora. Y ese es el problema al casarse: ¿resultará la esposa despertador ó apagador?

A algunos se les paraliza el cariño; hay que decirle á ese cariño: —¡anda! Otros se paralizan en el tapete verde, en el mármol de alguna mesa de café, en el sofá de la amiga que sonríe.

Pero—no todos—algunos se quedan postrados en el tapete, en la mesa ó el sofá, porque la mujer, la única redentora posible, no les habla como habló Jesús al pobre enfermo: con amor y sin preguntarle por qué y cómo se enfermó.

¡Si supiérais, señoras, cómo ata una sonrisa! ¡Si viérais cómo, á veces, hasta los malos son buenos, si los quieren bien! ¡Si os convenciérais de cómo se aborrece el champagne viendo cabellos rubios, ó castaños, ó negros, pero de uno, es decir, de otra persona que es de uno! Pero ¡qué digo! vosotras lo sabéis mejor que yo, y hasta me diréis que siendo padre, no debiera saberlo. Pero, por lo mismo, señoras, por lo mismo.

Y porque lo sé, y porque os quiero mucho (con permiso de vuestros esposos), deseo que pongáis en práctica mis consejos. Anhelo que tengais la convicción de vuestra fuerza propia, y os digo: ¡andad! como Jesús al paralítico.

Así seréis dichosas, relativamente. Y téngase en cuenta que no puede ser más desinteresado mi consejo, porque me gusta mucho consolar á las desgraciadas que llorarían con ojos muy hermosos, si lloraran.

TERCER SERMÓN.

Hermosas señoras mías:

Refiere hoy el Evangelio la curación de un hombre poseído del demonio mudo. Era aquél, de los mudos que no hablan, porque téngase en cuenta que hoy en día y merced á los adelantos de la ciencia, hay mudos que son muy habladores; al paso que personas muchísimas conozco que hablan y nada dicen, cual si fueran mudas. Dicho se queda, por supuesto, que este mudo era hombre, pues no pocos doctores y varios sabios de otra especie afirman, que no ha habido ni habrá mujeres mudas. El mutismo es masculino.

Sobre si fué útil ó no, para la sociedad, la curación de ese individuo, nada podré decir, porque el Evangelio no es explícito en lo tocante á este milagro; no puntualiza cuál era la condición del poseso á quien Jesús curó, para dar muestra ostensible de su gran poder; no dice si era tonto ó avisado, ni registra las palabras, frases y discursos que pronunció, ya sano, en el transcurso de su vida. La palabra es un don de Dios, no cabe duda; pero así como Dios hace todo bien y permite los males para nuestro ejercicio y mayor corona, así concede la palabra á unos para que nos enseñen y cautiven; y á otros para que, oyéndolos hablar, hagamos saludable penitencia.

Dícese á menudo que la palabra es lo que distingue al hombre de la bestia; pero abrigo algunas dudas sobre el particular, porque, con muchísima frecuencia he oído decir de álguien que habla, y precisamente porque habla: ¡qué animal es este hombre!

Quédese ello sin averiguación, y hablemos, señoras, de los mudos. No es culpa mía hablar de tanto enfermo: paralíticos, mudos, agonizantes, ciegos y muchos moralmente adoloridos son los que presenta á nuestra meditación el Evangelio. En él, como en la vida,

hay muy pocos felices, en el sentido netamente humano de la felicidad. Por lo propio es sublime el Evangelio, porque parece un hospital, un asilo, una casa de amor en donde vive y sonríe, y cura y hace bienes la-santa, la divina Caridad.

Por fuerza mi sermón de hoy ha de tener varios puntos de contacto con el más reciente. Hace ocho días hablaba de los paralíticos que andan, y ahora hablaré de muchos mudos que hablan.

El mutismo es una enfermedad generalísima, si bien, por dicha, intermitente. Hasta me atrevo á asegurar que nadie escapa á esta dolencia. Todos, de cuando en cuando, enmudecemos. Abrid cualquiera novela—que no sea inmoral—y encontraréis en alguna página esta frase: «Fulano (ó mengano) enmudeció.» Y vosotras mismas, señoras mías, sin ir más lejos, sois las que más práctica tenéis de hablar con mudos. De jóvenes. . . . digo, de solteras—porque todas vosotras sois muy jóvenes,—veis á un hombre que os simpatiza. . . . que os gusta. . . . que os conviene. . . . y que os quiere.

Adiviháis su cariño, con esa perspicacia femenil que ve el amor ajeno casi antes de que nazca; pero el amor recién nacido es como todos los recién nacidos: no sabe hablar. . . . nada más llora! ¡Y ahí está vuestro trabajo, en enseñarlo á hablar! Ese amor mira, suspira, pasea á su víctima por la acera que está enfrente de vuestra casa, así como las ayas *pasean* á los niños para dormirlos; y ¡cosa rara! es necesario que ya esté muy bien dormido para que hable. Generalmente, á fuerza de paseos, se duerme el novio ó aspirante á novio, y entonces ya no le canta la nodriza: él es quien canta. Si el amor es verdadero, cuesta más trabajo que hable. Es de natural miedoso, como si temiera lo que va á sucederle. . . . quiero decir, lo que le sucediera si vosotras no fuérais lo que sois: amantes, bellas y honradas. Pero, á decir verdad, pocos resisten á vuestro poder, á vuestra magia, y en devolver la palabra á mudos, sois maestras, renovando á cada momento el milagro que nos refiere el Evangelio. Hay personas que decididamente no quieren hablar; que están conformes con ser mudas; que lo son por su gusto; que se tapan la boca con la mano, como los chiquillos á quienes dan alguna medicina desagradable; y sin embargo, á esos remuentes, á esos tercos, los hacéis hablar y hasta decir lo que jamás habían pensado. No: mientras haya ojos de mujer como los vuestros, no habrá nunca hombres mudos.

En justo acatamiento á la justicia agregaré que en esa tarea de enseñar á hablar, os ayudan con eficacia extrema las mamás. Mamás hay que sacan un «¡yo te amo!» hasta de alguna piedra. . . . . particularmente si la piedra es preciosa.

Pero á pesar de vuestro poder y á pesar de la experiencia de vuestras mamáes, soléis hallaros con algunos mudos rehacios á quienes no se consigue devolver el habla: ¡mudos como tapia! Se os mueren ó cambian de médico algunos de vuestros enfermos, señoritas. ¡Si supiérais lo que se sabe en el confesonario! ¡Cuántas de mis hechiceras penitentes me traen su mudo á la rejilla! Sobre todo, las casadas. . . . Por supuesto que no vosotras, no las casadas que me oyen, sino las casadas de afuera, las casadas de la calle. Esas tienen un mudo con quien bailaron un wals, ó que escribió versos en su álbum, etc., etc. En los más de los casos resulta que ese mudo no era mudo, sino que callaba porque no tenía deseos ni humor de hablar. Otros, probablemente si hubieran recobrado el uso de la palabra, habrían dicho alguna gran majadería. Pero como nada dijeron, se suponen ellas que tendrían cosas buenas que decir. La voz del marido la conocen ellas: es como la de muchos. Pero la voz de aquél mudo. . . . ! Sería tal vez. . . . sería probablemente. . . . indudablemente sería la de Gayarre!

Lo temible es que de repente, después de que hayáis pronunciado en la iglesia, con acompañamiento de música y de amigas, el formidable monosílabo, se suelta hablando ese mudo Porque entonces charla como loro y os aturde. Primero, cuando estáis aturdidas—y el aturdimiento dura poco,—os parece esa voz la de un tenor asombroso. Pero, á poco la oís como es en realidad, como la voz de vuestro esposo, como la de todos; pero con el aditamento de que os impone miedo, de que os exige la sumisión, so pena de la vida; de que mañana, por el mandato imperioso de esa misma voz, vuestros hijos tendrán que aborreceros. . . .

Os. . . . .vosotras. . . . ¡qué he dicho !La elocuencia arrebata, arrastra. . . . ¡perdonadme! Hablaba con las señoras de allá afuera; no con las que vienen á oírme, sino con las que vienen á arrodillarse en mi confesonario.

Porque debo decirlo, aunque no lo creáis, aunque os escandalicéis: hay señoras que tienen ó han tenido amantes. . . . Pocas. . . . sí. . . . muy pocas,. . . . pero algunas. ¡Líbreme Dios de ser duro con ellas! La iglesia de que soy párroco se llama la Indulgencia y la Imagen más venerada en ella, es la Virgen del Perdón. Para que nosotros los sacerdotes perdonemos, nos obligan á ser célibes. Si fuéramos casados, habría un pecado que no podríamos perdonar. Pero como solo de nombre somos padres, perdonamos.

¡Sabe Dios—y yo también sé—cuántas de ellas van á otro amor porque el marido las echa, como propietario despiadado, del que habían escogido para habitarlo, para hogar! ¡Sabe Dios las blasfemias, los horrores, las infamias, que dijo ese ex-mudo, después de pronunciar el *sí* delante del altar! Pero este capítulo de disculpas, este juicio final, de algunos hombres que no tienen derecho á ser médicos de su honra, porque ellos mismos la enfermaron, será asunto de otro sermón. En el de ahora hablamos solamente de los mudos.

También algunas de mis penitentes me hablan de mudos actuales,

de los mudos *post nuptias*, no de los que vagan allá en el alba de la virginidad, no del primo tímido, no del poeta soñador, no del guapo mozo que bailaba wals, no de los que se fueron, sino de los que vienen: del que se sienta junto á ellas en el canapé, del que sube al palco y les habla de la ópera. . . . y nada más de la ópera; de aquél á quien las palabras se le salen por los ojos y no pueden brotarle de los labios. ¡Qué misterio, señoras mías! Acaso esos mudos, si hablaran, serían los amantes menos peligrosos! Hablo, por de contado, en sentido mundano, porque ya tengo dicho que soy un sacerdote laico. Y serían los menos peligrosos, porque esa falta de voz acusa exceso de emoción; porque en ese silencio pasa callado el amor; porque respetan; porque están en el caso del joven inexperto que enamora á una soltera y que ronda su calle y que tiembla al escribir la primera carta y que desea casarse. . . . con la única y grave diferencia de que la soltera de ellos ya es casada.

Y como estos mudos que no hablan continúan callando, llega entretanto el mudo audaz, el de rápida curación, el que cree que á él se le debe todo, el fátuo ó el atrevido ó el casual ó el que paga, y ese es el malo, digo, es el más malo, porque ese siempre desprecia y corrompe de seguro.

En mi opinión, para impedir que algunos mudos hablen tonteras, al empezar á hablar, cuando solteros; que otros vuelvan á enmudecer después del matrimonio; y que, no pocos, hablen algún día y en mala hora, lo que debe hacerse es hablar mucho. Y para esto voy á dar algunos consejos, no á vosotras, sino á vuestras amigas. Hay un hablar. . . . y otro hablar. Y desde luego os digo que hablar con los ojos es muy malo, porque casi siempre se dice ó se oye una mentira ó un disparate. Y también os advierto que hay dos palabras temibles en castellano, puntualmente las que por arterías y mañas del idioma son las más fáciles de pronunciar: el *sí* y el *no*. Las demás son gente menuda. Cuidáos, pues, de ellas, y atendedme.

La mujer, antes de casarse, cree que ya hizo hablar al mudo desde el momento en que éste le envió una carta encabezada por esta palabra, que suele ser todo el prólogo de un drama:

«Señorita:»

Desde esos dos puntos, el novio empieza á hablar hasta por los codos y hasta por el balcón y la ventana. La novia hace lo mismo, y en verdad, esos dos habladores son dos mudos. Porque hablan de la flor, del ramillete, del vestido, del baile, de la amiga, de un desconocido ó conocido de vista que se llama el amor, y de otras diversas chucherías; pero de lo importante, de lo grave, de lo trascendental, de sus respectivos caracteres, de sus mutuos sentimientos, de cómo viven, de cómo han de vivir, no hablan nada. Es el suyo, en resumen, un diálogo de dos mudos, oído por una sorda corta de vista: la mamá. Y porque nada hablaron, antes del matrimonio, los dos novios, véis á tantos casados que andan por ahí del brazo, muy juntitos y con los ojos muy tristones como los bueyes que van tirando del arado.

Tal parece que este contrato de por vida se hace á hurtadillas de la verdad y de la moral. Que hablen los prometidos, ¡pero que no se digan nada! Que se vean, ¡pero que no sepan quiénes son! Al novio le ponen un centinela en la sala, tal vez no para cuidarlo sino para que no se les escape; y á la novia la sujetan á la vigilancia del contrarresguardo doméstico, para que no introduzca un contrabando. Y pasados algunos meses de este jugar *á las escondidillas*, se casan dos desconocidos, para conocerse, á poco, demasiado. Hay, pues, antes del matrimonio, mudos por compromiso y mudos por su voluntad. De los primeros ya hablé: son las víctimas. Los otros. . . . suelen ser los verdugos. En el noviazgo, en la escuela preparatoria del matrimonio, se enseña á hablar á los mudos, pero nada más les enseñan tres palabras, que son las que consideran fundamentales del idioma. Primero: *Te amo*. Y luego, *sí*. Entre aquella frase y este monosílabo abren un paréntesis que, por lo común se deja en blanco, ó se llena con dibujos, con florecitas, con besos y otras monerías. Después del matrimonio los mudos empiezan á hablar largo y tendido..... y entonces suelen decirse cosas que no son para oídas.

Por lo mismo, aconsejo que los novios hablen mucho y en castellano claro antes de casarse, y por lo mismo, deseo también, muy vivamente, que Dios les devuelva el habla á las mamáes, para que griten menos cuando se metan á políticas.

Después del *te amo* y antes del *sí* es cuando se les debe de soltar la lengua á las futuras cónyuges.

Respecto á los mudos voluntarios, de ambos sexos, diré poco, en atención á que realmente y por más que predique en la iglesia de la Indulgencia, me resisto á perdonarlos. Que un hombre ó una mujer estafen una vida, es delito imperdonable. Un jóven simpático dice con verdad ó sin ella á una señorita: *quiero á usted*. Si la quiere, necesita para ser querido á su vez, tener algunas cualidades. Pongamos que no las tiene: en tal caso se las fabrica, engaña, miente, se las roba. Ha comprado con moneda falsa una virginidad, un cuerpo, un alma? Qué, el amor es disculpa? No, señoras! También hay pobres á quienes les gustan mucho las piedras preciosas; pero si no tienen para adquirirlas y las hurtan con astucia ó engaño, del escaparate, no se les llama pobres enamorados, sino viles ladrones. A esos mudos que ya dijeron: SEÑORITA . . . . . les preguntó la felicidad de esa virgen, por dónde iba su camino, y entonces fueron mudos los infames.

Otro joven simpático—pongo ahora por caso,—le conviene á una niña casadera. Le conviene porque es buen mozo, porque tiene dinero, porque tiene porvenir (como se dice malamente), ó nada más porque desea casarse. Y para que no se vaya, para que crea en ella, para uncirlo á su vida, como se unce un buey á la carreta cargada de paja, le finge amor, le finge virtudes, le esconde todo lo malo, todo lo ruín, todo lo putrefacto que ha de llevarle en dote; le habla mucho delante de la mamá, encubridora y cómplice, de su modestia de su humildad, de lo malas que son otras mujeres..... y habla mucho, habla mucho..... ¡y qué muda que es esa habladora!

Ya véis, mis oyentes, cómo la mudez es enfermedad harto común. Acompañadme ahora á pedir al Altísimo que muchas hablen y que algunas callen.

Así sea.

CUARTO SERMÓN.

«En aquel tiempo: Vino Jesús á una ciudad de Samaria llamada de Sicar, vecina á la heredad que Jacob dió á su hijo José. Aquí estaba la fuente de Jacob. Jesús, pues, cansado del camino, sentóse así sobre el brocal de este pozo. Era ya cerca la hora de sexta. Vino una mujer samaritana á sacar agua. Díjole Jesús: Dame de beber. (Es de advertir que sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar que comer). ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber á mí que soy samaritana? (Porque los judíos no comunicaban con los samaritanos). Díjole Jesús en respuesta: Si tú conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber;» puede ser que tú le hubieras pedido á él, y él te hubiera dado agua viva. Dícele la mujer: Señor, tú no tienes con que sacarla, y el pozo es profundo: ¿Dónde tienes, pues, esa agua viva? ¿Eres tú por ventura mayor que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo del cual bebió él mismo, y sus hijos y sus ganados? Respondióla Jesús: Cualquiera que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed: pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá á tener sed: antes el agua que yo le daré, vendrá á ser dentro de él un manantial de agua que manará hasta la vida eterna. La mujer le dijo: Señor, dame de esa agua, para que no tenga yo más sed ni haya de venir aquí á sacarla. Pero Jesús le dijo: Anda, y llama á tu marido, y vuelve acá. Respondió la mujer: Yo no tengo marido. Dícele Jesús: Tienes razón en decir que no tienes marido, porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido. En eso la verdad has dicho. Díjole la mujer: Señor, ya veo que tú eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar. Respondióle Jesús: Mujer, creéme á mí: ya llega el tiempo en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis. Pero noso-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tros adoramos lo que conocemos: porque la salud procede de los judíos. Pero ya llega tiempo, ya estamos en él, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque tales son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y por lo mismo los que le adoran, en espíritu y en verdad deben adorarle.»

Esto, mis señoras, dice el Evangelio que, de seguro, leísteis el viernes último en vuestro devocionario forrado de terciopelo color de oro viejo. Eso dijo el mismo Dios, y uno de sus ministros más elocuentes (y más amables porque es francés), el padre Didon, dice lo que sigue en su flamante y hermoso libro, JESUCRISTO:

«Ese encuentro de una mujer en el pozo de Jacob; esa petición de un vaso de agua; ese coloquio, esos incidentes tan comunes en la vida, dieron á Jesús ocasión de manifestarse tal cual era, en su conmovedora y sublime intimidad.»

«El es el Cristo, el que viene, el que esperan los samaritanos, los judíos y toda la humanidad: dícelo á una pecadora á quien transforma su presencia y á quien inicia su palabra en la verdad eterna; á sí propio se llama el Don de Dios; y promete que á cuantos lo pidan, comunicará el Espíritu que llama él «agua viva,» tomando este símbolo precisamente del agua que pedía la Samaritana.»

«¿Qué espíritu es éste? ¿De dónde viene? ¿A dónde va? Impenetrable en la sustancia, se muestra solo en los efectos, porque en las almas creyentes se transforma en la única fuente abrasadora que calma las esperanzas infinitas. Como los manantiales terrestres cuyo punto de término está á la altura de su origen, el agua viva del Espíritu nace en las profundidades de Dios, brota en las conciencias y en Dios mismo va á perderse. Dar esa agua viva, es la función propia del Mesías: El es el verdadero pozo de Jacob, abierto por Dios mismo en el sitio en que se cruzan todos los caminos por donde va la caravana humana: El funda así la religión eterna, el culto en espíritu y en verdad. En lo venidero, ya no será Jerusalén la enemiga de Garizim: El es el Templo y ese Templo, está en todas las almas que habita el Espíritu y que adoran á Dios en ese Espíritu de verdad y de amor. Esa es su Iglesia, ese es su Reino.»

Otro padre, excomulgado éste,—también los samaritanos, mis señoras, estaban excomulgados,—el reverendo y virtuoso sacerdote Ernesto Renan, dijo algunos años antes casi lo mismo que el elocuentísimo predicador á quien acabo de citar y al que todavía no han excomulgado. Esto se lee en la *Vida de Jesús*, con relación al coloquio de que hablamos:

«Aquel día Jesús dijo por primera vez la palabra que había de ser la base y el cimiento de la eterna religión; fundó el culto puro, sin fecha, sin patria, el que practicarán todas las almas levantadas hasta el fin de los tiempos. Y desde ese día memorable no solo fué su religión la religión buena de la humanidad, sino la religión absoluta;

tanto que si en otros planetas hay habitantes dotados de razón y de moralidad, su credo religioso no puede ser diverso del proclamado por Jesús, cabe el pozo de Jacob. El hombre no ha podido mantenerse en él porque solo podemos asir el ideal durante brevísimo momento. La palabra de Jesús fué un relámpago en noche obscura. Mil ochocientos años se han necesitado para que la humanidad—¡qué digo...!¡una porción infinitamente pequeña de la humanidad!—se haya acostumbrado á realizar esa palabra. Pero ese relámpago será la luz algún día, y tras de haber recorrido los tenebrosos círculos de los errores, la humanidad convertirá la mirada á esa palabra como á la expresión suprema é inmortal de su fe y de su esperanza.»

¿Verdad, señoras, que el padre Renan y nuestro padre Didon, que está en París, se parecen á ratos? ¿Verdad que el Amor y el Perdón—dos hermanos gemelos—son los que fundaron el Cristianismo, y los que piden limosna para alimentarlos? ¿Verdad que dar agua al sediento y esperanza al que la ha menester, sin preguntarle si cree en esto ó en aquello ó si ha cometido algún pecado, siempre es muy hermoso?

Como esta eficaz virtud de la indulgencia es la que me he propuesto inculcaros en mis sermones cuaresmales, por tenerla en altísimo concepto y creer que de ella depende en mucho vuestra doméstica ventura, no podía dejar que pasara inadvertido el Evangelio del perdón más amplio. Ya os he dicho que á la adúltera no la perdonó Jesús: á lo menos no consta en los Libros Santos tal perdón. Perdonó explícitamente á la Magdalena; pero ésta era pecadora nada más y, para que nos entendamos, diré que era una pecadora católica y no una pecadora hereje como la Samaritana. Ya sabéis que los judíos veían á los samaritanos, como algunos de nosotros miramos á los yankees. Amén de ello, la Magdalena estaba arrepentida de sus culpas y amaba mucho al Salvador: circunstancias ambas que hacían el perdón menos difícil.

Perdón bueno el de la Samaritana, la de los cinco maridos, la yankee, la protestante, la que no conocía á Jesús, la que titubeó antes de darle el vaso de agua, la que no sabemos si era hermosa ó fea. Eso es lo que se llama perdonar.

Algunas señoras—no vosotras que sois todas unas santas, porque tenéis la santidad de la belleza y porque yo os canonizo,—suelen no imitar el divino ejemplo de Jesús. Para ellas hay dos clases de samaritanas: la samaritana de raza, la yankee, la extranjera, y la samaritana de vida... la... la... la que no ha sido tan virtuosa como algunas mujeres y como vosotras. ¡Y á ninguna de las dos perdonan!

Vais á escandalizaros, porque de seguro ni presumíais que se cometieran estas injusticias: hay mujeres que detestan á otras única-

mente porque son extranjeras. Y no llamo extranjeras tan solo á las que han nacido en otro país. Para la fea, extranjera es la hermosa; para la tonta, extranjera es la inteligente; extranjera es la rica para la pobre, y para la mal vestida es extranjera la que gasta buenos trajes. Ni ellas se resignarían á pedir un vaso de agua á esas samaritanas, ni éstas probablemente se arriesgarían á beber el agua que ellas les dieran. Y sin embargo, señoras mías, ¡ganarían tanto esas proteccionistas, esas chinas, con decir á las samaritanas: ¡Acercaos!

Yo, que no soy médico, creo que todo es contagioso, hasta la belleza, hasta el talento. Una mujer rica, de esas extranjeras que se visten bien de seda, pueden enseñar á otra pobre á vestirse bien de lana. La diferencia consistirá en que un traje será bonito y rico, y otro, bonito nada más. Pero á los hombres lo que nos gusta es lo bonito.

Lo necesario en la vida—y sobre todo, en la vida del matrimonio—es imitar lo bueno. ¿Para qué inventar, si es más difícil?

Lo malo es que muchas señoras, lejos de imitar lo bueno en donde lo hallen, aunque sea en las samaritanas, procuran hacer lo contrario. Cuántas veces va el marido á alguna casa únicamente porque en ella preparan bien el café. Al principio no le gusta más que el café; pero á fuerza de ir, y á fuerza de que su mujer le diga diariamente —¡ese café ha de ser pésimo!—acaba porque le sigue gustando el café, y, además, la señora que lo sirve. Cuánto más valdría que la esposa preguntara á esa que puede ser su amiga y todavía no es su enemiga:—Señora, ¿cómo hace usted ese café?

Por eso digo á las que me oyen.... me equivoco! á las que no me oyen:—¡acercaos! Ya no hay samaritanas ni judías! Ya no hay Jerusalén ni Garizim!

Hay encantos, señoras, que se pueden robar honradamente. Hasta las gentes malas pueden enseñarnos, desde lejos, algo bueno. La lectura de los libros prohibidos puede permitirse á las mujeres casadas.... Siempre que se limite á algunas páginas.

Comunmente—y hablo, por supuesto, de aquellas que se casan con un hombre honrado y que las quiere,—las que se quejan de que otra mujer les robó el cariño de su esposo, son cómplices en el delito Cuando menos, por inadvertencia fueron víctimas, y no hay que culpar á la policía.... digo, al marido. En este mismo púlpito predicó ayer otro padre de la Iglesia un sermón edificante sobre el homicidio del Sr. Hernández. Dijo, y tuvo razón: que, en parte, el asesinado tuvo culpa. ¡Acostumbraba estar solo, á obscuras.... y rodeado de joyas! Naturalmente, la tentación fué poderosa.

Yo, por lo mismo os recomiendo, que no dejéis á vuestros maridos solos ni á obscuras, porque todo marido que está solo busca y encuentra compañía; y todo marido que está á obscuras.... encuentra

alguna luz, con L mayúscula. Y dejar solo á un marido es no entrar en su vida, es no seguir su pensamiento, es no amar lo que él ama y puede amar su esposa. Dejarlo á obscuras es no querer, no saber cómo se enciende la luz en el alma con un beso.

Cuando la catástrofe acontece, dicen algunas que las han robado. ¡Pero si se han dejado robar, señoras mías....! ¡Si dejaron, como el Sr. Hernández, abierta y á obscuras la joyería....!

No me cansaré, pues, de repetiros, que pidáis á las samaritanas, á las enemigas de raza, todo lo bueno que puedan daros. Esto á las samaritanas que llamo yo «extranjeras,» porque son de otra belleza ó de otra inteligencia. En cuanto á las samaritanas que.... que han tenido cinco maridos como la del Evangelio, también tengo que aconsejaros el perdón. No, la amistad, no; pero sí la indulgencia. Jesús habló con la mujer de Samaria porque era hombre. La Virgen Madre, el arque-tipo supremo de la mujer, no habló con ella.

Pero, oyentes mías, cuando os hablen de esas pobres samaritanas .... ¡seguid siendo buenas!

No voy á repetiros el verso célebre de Víctor Hugo, porque sería eso una vulgaridad imperdonable; pero ¿qué sabéis? ¿qué se yo? ¿qué sabemos?.... Algunas son malas, porque heredaron la maldad como se hereda la locura, porque su sangre es como vino adulterado, porque sus instintos y sus pasiones son como los borrachos. Pero eso que lo diga el médico: nosotros no tenemos los datos suficientes para hacer el diagnóstico.

Otras, mis señoras, han tenido cinco maridos como la mujer de Samaria, porque cuatro fueron malos y el otro acaso lo es ó va á serlo.

Hay una máxima inmoral que dice: *Hazte rico honradamente si puedes, y si no.... hazte rico.* En el amor, que es la tendencia á adquirir lo más bueno y lo más bello, esa máxima.... continúa siendo inmoral, pero es más humana y hasta más perdonable.

Registra muchos mártires el legendario; pero son más los que no han querido ser mártires. Pues qué, ¿no hay carne? ¿No hay espíritu? ¿No quiere éste saber de amor, y aquel gustar de amor?

¿Qué sabéis de los desencantos que han sufrido esas mujeres que no hallaron nada noble que amar? Disculpad á unas, perdonad á otras; compadeced á todas.

¡Pobres! ¡Esas sí que son pobres....! ¡Las que piden amor, porque no tiene que comer su alma, las que están solas cuando están con su marido!

Por las que son malas, de maldad, pedid á Dios misericordia; por las que no son buenas, orad también, pero con más cariño. No habléis con ellas, como Jesús con la Samaritana—porque Jesús era hombre;—no les pidáis agua, pero dadles, sí, el agua viva de vuestros consejos.

QUINTO SERMÓN.

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luego, vuelta á empezar.
CAMPOAMOR.

«¿Quién hallará una mujer fuerte? Es de mayor estima que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo. El corazón de su marido pone en ella su confianza, y no necesitará de despojos. Ella le acarrea el bien todos los días de su vida, y nunca el mal. Busca lana y lino, de que hace labores con la industria de sus manos. Viene á ser como la nave de un comerciante que trae de lejos el sustento. Se levanta antes que amanezca, y distribuye las raciones á sus domésticos y el alimento á sus criadas. Puso la mira en unas tierras y las compró; y de lo que ganó con sus manos, plantó una viña. Revistióse de fortaleza, y esforzó su brazo. Probó y echó de ver que su trabajo le fructificaba: por tanto, tendrá encendida la luz toda la noche. Aplica sus manos á los quehaceres fatigosos, y sus dedos manejan el huso. Abre su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado. No temerá que molesten á los de su casa los fríos ni las nieves, porque toda su familia trae vestidos aforrados. Se labró ella misma para sí un vestido acolchado, de lino finísimo y de púrpura, es de lo que se viste. Su esposo hará un papel brillante entre los jueces cuando se sentare con los senadores del país. Ella teje finísimas telas, y las vende, y entrega también ricos ceñidores á los cananeos. La fortaleza y el decoro son sus atavíos; y estará risueña en los últimos días. Abre su boca con sabios discursos, y la ley de la bondad gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. Levantáronse sus hijos y aclamáronla dichosísima, su marido también, y la alabó. Muchas son las mujeres que han allegado riquezas, pero tú te aventajaste á todas. Engañoso es el donaire y vana la hermosura: la mujer que teme al Señor, esa será la celebrada. Dadle del fruto de sus manos, y celébrense sus obras en presencia de los jueces.—*Capítulo 31 de los Proverbios.*»

No extrañéis, hermosas oyentes, que haya tomado como texto de mi conferencia, primero el cantar profano de un divino poeta, y luego el consejo de la sabiduría, expresado por aquél que también fué poeta—acaso el primer poeta del amor,—y que singularmente os amó

á vosotras en plural. ¿No Salomón, igual que Campoamor, os conocieron y trataron íntima y tiernamente? ¿No ambos tienen su amoroso libro de cantares? Oíd, por ende, las advertencias de los dos, y perdonadles si alguna vez han sido volubles, si han cometido infidelidades á la amada por ser fieles al amor: los dos, señoras, han amado mucho; los dos conocen profundamente el *eterno femenino*, que jamás conoció, ni mucho menos quiso Wolfang Goethe; los dos, ya que cada mujer es un nuevo libro, según cuentan, pueden vanagloriarse de ser muy eruditos, porque han leído muchos de esos libros.

Salomón, en la epístola que acabo de leeros, dice cómo ha de ser, y realza el mérito de la buena esposa: tal parece que ese incansable enamorado de la mujer, en todas sus bellas manifestaciones, cuando fué al cielo en premio de esta virtud ó de alguna otra, no quiso gozar las delicias de los ángeles, y previo el permiso del Señor, prefirió volver al mundo; tal parece, repito, que está invisible entre vosotras, que os conoce, que os ama como yo, y que quiso pintaros, al delinear el prototipo de la bella, la honesta y diligente esposa.

El otro Salomón, el que no muere todavía, el que no está en el cielo sino en Madrid, deseando hacerse una manta de rizos rubios para tenderla sobre un colchón de bucles de morenas, Campoamor, ha escrito, como sabio sapientísimo, un *Cantar de los Cantares* y un *Libro de los Proverbios*. Ya sabéis que Salomón adquirió el don de la sabiduría, como ahora alcanzamos la felicidad: soñando. Pues bien, de igual suerte se volvió sabio Campoamor: soñando, ó lo que vale tanto, haciendo versos. Pero en esos *Proverbios* que llama él *Cantares*, tan parecidos á los Versículos de la *Sabiduría* ó del *Eclesiastés*; en esos cuartetos octosílabos, que á veces parecen avispas y otras mariposas, hay tal intención, tal agudeza, y en ocasiones tanta verdad condensada, que bien y dignamente pueden servir de texto á morales sermones. No desdeñéis, por su brevedad, esos *Proverbios*: Vico llamaba á los proverbios oráculos de Sapiencia, lengua de los dioses; preconizaron su empleo los sabios griegos y los poetas gnómicos; los usó Pitágoras en los *Versos Aureos*, para exponer su doctrina: trazábanlos en los monumentos públicos del Atica, para que el pueblo los tuviera presentes, y siente Platón que solo con leer esas inscripciones edigráficas, puede darse el mejor y más acabado curso de moral.

He aquí por qué, señoras, tras de presentaros el retrato de la buena esposa, hecho en Proverbios por el sabio Salomón (que fué casado varias veces), repito el *Cantar ó Proverbio* de ese otro sabio que se llama Don Salomón. . . . digo, no, Don Ramón Campoamor y Campoosorio:

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia
Y luego, vuelta á empezar.

Próximamente os confesaréis, y ¡ojalá sea conmigo! Ya están cubiertas las imágenes de los Santos, para no veros avergonzadas y para no oír lo que digáis al confesor; ya el trigo que sembrásteis para los altares de la Virgen, brota en espigas rubias; ya se aproxima el día en que para dar ejemplo á vuestras hijas, ó para llevarlas vestidas de blanco á la Mesa Eucarística, tendréis que venir á arrodillaros en esos viejos confesonarios, que son viejos para inspiraros más confianza; ya albean los sobrepellices de los infantes, los paños de los comulgatorios, las azucenas y la Santa Hostia. En ese día, de antiguo consagrado á la primera Comunión, hay lágrimas de madre en la luz y en el aire; en ese día todos sentimos que algunos muertos resucitan en nosotros; en ese día hay ateos, hay descreídos, que vienen como los niños á la iglesia, no á buscar la fe que dejaron olvidada, porque esa ya se la llevaron, pero sí el perfume de las rosas que sembró el cariño en la tumba de muertos ideales; en ese día, algunos desgraciados que ya no creen en Dios, creen en la Virgen, y se arrodillan cuando el sacerdote alza la hostia, porque ese sacerdote es como el recuerdo de su padre y porque esa hostia es toda la blancura de su vida.

Ya sé que vosotras todas comulgaréis el viernes próximo. Vuestras mamás se han de llamar Dolores. . . . yo creo que todas las mamás se llaman Dolores; pero si llevan otro nombre, comulgaréis también, porque el nombre de la Madre por excelencia, no es el que dieron los ángeles en Nazareth, sino el que le dió el Dolor, para darle con él, por hijos á todos los humanos. Yo sé, os vuelvo á decir, que comulgaréis, haciendo antes una buena confesión; pero, otras de vuestras amigas, mis señoras, otras confesarán. . . . y comulgarán. . . . ¡pero de qué modo!

A riesgo de escandalizaros, voy á referiros lo que me decía un incrédulo á quien no he podido convertir, por más esfuerzos que he hecho.—¿Cuál es la eficacia de vuestra confesión?—decíame él.—Divido á las pecadoras en dos clases: las que se confiesan y las que no se confiesan. Y estas últimas, por comparación, me parecen honradas. Que una pecadora vaya al templo y ore, no me parece repugnante: irá á pedir fuerza, gracia ó virtud para arrepentirse; irá como á decir: no entro ahora porque no tengo traje digno, pero volveré en cuanto Dios me lo depare.

Esa, cuando menos, respeta el Sacramento y no lo hace cómplice ni encubridor de sus concupiscencias. Se detiene en el patio, habla con el portero, le pregunta por la salud de la familia; pero no sube, no tiene la audacia de subir y de anunciarse y de entrar en la sala. Pero otras pecadoras—ó que están consideradas como tales en nuestro estado social—llegan hasta el confesonario como á exigir, gratis, mediante una genuflexión y unas cuantas palabras de cortesía y usanza, la cédula blanca, el pase libre para llegar al Dios en quien

ellas creen, puesto que van á buscarlo, pero al que, sin duda, aborrecen, puesto que lo buscan para hacerle la peor de las ofensas: la de obligarlo á que autorice las infamias y las bajezas de su vida.

La Magdalena y la Samaritana se confesaron con Jesús; pero la Magdalena y la Samaritana no volvieron á pecar. Me diréis que esas damas al arrodillarse en la tablilla del confesonario están arrepentidas, ó creen estarlo; pero como yo veo que al día siguiente el amante —y el mismo amante—vuelve al mismo lugar de cita, á la propia hora, y como observo que esto no solo acaece una sola vez, por fatal recaída, sino que se repite doce veces al año, si la señora se confiesa cada mes y no se cansa de tener amores con el mismo hombre, deduzco, en buena lógica: ó la culpable miente al confesor, ocultándole su pecado y cometiendo un sacrilegio, ó el confesor se convierte en su encubridor y su tercero. Porque yo, confesor, le diría á esa reincidente: Con esta van tres veces, y á las tres, como dice el vulgo, es la vencida.

¡Ya no absuelvo!—Pues qué, ¿vuestro deber en el tribunal de la penitencia, *padre Job*, es nada más el de oír? ¿No tenéis la hermosa obligación de aconsejar y dirigir? Si aconsejáis y vuestros consejos no dan fruto alguno, tenemos los no católicos el derecho de afirmar que sois muy tontos y que os embaucan si os hacen cómplices en el pecado, resultando de todo ello que la confesión no solo es inútil socialmente, sino perniciosa, porque otorga en cualquier día y á cualquier hora, una absolución fácil, facilísima, de los pecados cometidos. Hay mujeres que se confiesan de igual modo que otras se lavan las manos. Se les ensucian, manos ó conciencia, cuatro ó seis veces al día, y cuatro ó seis veces se lavan ó confiesan. Estando ya seguras de esta fácil limpieza. . . . no usan guantes.

El infeliz hereje, mis señoras, que pronunciaba estas palabras, se equivoca; pero da vitalidad y fuerza á su blasfemo error, la conducta de muchos cristianos malos que confiesan malamente y que pervierten los nobles fines de este Sacramento. No, no es verdad que nosotros los confesores nos limitemos á oír, callar y absolver. Habrá algunos así, porque en todas las clases hay hombres infelices que no son buenos. . . . ¡Compadecedlos, porque hacen mucho mal! Pero el confesor evangélico, el confesor como San Francisco de Sales, inmortal y hasta laicamente bello, ese habla en el confesonario al penitente con la mayor de todas las elocuencias; con la elocuencia de lo que se dice en voz baja y con muchísimo cariño, con la elocuencia del que habla, no á una muchedumbre, sino á un alma. Y ese confesor dice á la esposa que ha faltado á sus deberes. Abajo de la justicia divina, cuyos inescrutables fallos no conocerás hasta que tu alma, libre y desnuda se presente á su Creador, hay otra justicia divina que se ejerce en el tiempo y se manifiesta en la humanidad. Por ella acá, en la tierra, trae todo delito su castigo; y así como el

dolor es un gemelo pensativo y enlutado del placer que siempre va en pos de su hermano, así tras del pecado va siempre, como policía astuto, el castigo. Suele el dolor no encontrar al placer ni el castigo al pecado. . . . pero solo cuando la muerte se interpone y los separa. Pero entonces los dos perseguidores corren tras de los fugitivos; y como la muerte quédase en la tierra y no hay muerte en el otro mundo, en ese los alcanzan.

Yo te perdono, porque ese es mi deber, pero jamás podré decirte: ¡quedarás impune! Procura, no reincidiendo, arrepintiéndote en lo más íntimo del alma, amenguar el castigo que te imponga esa justicia divina hecha carne, de la que te hablaba. Tal vez sea tan grande tu arrepentimiento, que haga llorar á la Piedad Suprema, única que suele desarmar á la justicia. Pero, te digo por segunda vez: ¡no quedarás impune! Si eres buena, en lo de adelante será el dolor, será el remordimiento tu castigo. Si no lo eres, yo no sé en qué día, yo no sé en qué plazo, yo no sé en qué forma vendrá la expiación: pero te aseguro que vendrá. Tampoco te amenazo con el puñal del marido agraviado, ni con la ley que castiga á la adúltera: hay maridos que matan, maridos que no matan y maridos que no tienen vergüenza. Pero no son ellos los únicos justicieros: la gran justiciera es la vida. Y ella castiga á la adúltera en la hija desgraciada, en la hija perdida, en el hijo vicioso; ella le da al pecado sangre mala para que engendre mala prole; ella ahorca á la pecadora con sus propios cabellos; ella le paga con el desprecio de los otros lo que ella dió—no en amor, porque el amor es lo que siempre obtiene perdón,—sino en vanidad ó deseos bajos. Teme á la justicia divina que está en el cielo; pero cree en la justicia divina que se hizo carne y que habita entre nosotros.

Esto decimos, mis señoras, los confesores honrados. Mas para que los incrédulos, como ese cuyas palabras cité, no tengan pretexto de hablar así, bueno es que las penitentes nos ayuden. Confesáos poco; pero bien; cuando estéis—ya sabéis á quiénes me dirijo . . . . á las amigas—cuando estéis suficientemente arrepentidas. Que se corrijan ellas . . . . las amigas, de sus graves defectos, y vosotras de vuestras mínimas imperfecciones. Así, dirán los maridos de las buenas, por más herejes que sean:—¡Hombre, siempre es útil que se confiese mi mujer!—Y así los iréis ganando para la buena causa.

Pésimo es que digan como el desventurado amigo mío:—para muchas el confesor es un jabón y el confesonario es un lebrillo.

SEXTO SERMÓN.

Vamos á entrar, señoras, en la Semana Mayor, llamada así, no porque tenga mayor número de días que las otras, sino porque en ella gastan más los padres de familia. Y dije «vamos á entrar» porque no sé con certeza si las semanas empiezan en domingo ó en lunes: me inclino á creer lo último porque en domingo se descansa; de manera que ese día, es como la noche ó la cama de los otros. El Salvador resucitó en domingo y muy temprano; pero ningún artesano de los nuestros se ha levantado en el propio día á la misma hora: y aun cuentan que los lunes también para ellos continúan siendo domingos. En México, los lunes caen en martes.

Vamos á entrar, repito, en la Semana Santa, por más que no esté canonizada todavía; á la Semana que huele á huauchinango, á la Semana en que se dan pésames, pascuas, días y matracas. Debemos ponernos serios y comprarnos un vestido.

Parece que hace muchos años, allá cuando eran recientes las noticias que ahora nos comunica la agencia de telegramas postales, bajo el nombre de «Servicio de Noticias Extranjeras,» en la Semana Santa era de uso y de rigor que las señoras estrenaran un vestido. No estoy seguro de si leí ayer esta nueva en la primera plana de *La Patria;* pero creo que sí.

Hoy, mis señoras, *estrenáis* más á menudo, y hacéis bien, aunque algunos pesimistas digan que la mujer es un libro barato cuya pasta resulta un poco cara. Antes la mujer era como el ave, que empluma una vez al año. Hoy despluma con más frecuencia.

¡Lejos de mí el propósito de echaros en cara esa exigencia inocentísima! Lo que os aconsejo siempre es esto: ¡Sed bonitas! y para que seáis bonitas, indispensable ó, cuando menos conveniente, es que andéis bien vestidas.

Un sombrero elegante suele ser la disculpa de una cabeza sin meollo, y hasta se les perdona á muchas mujeres que no tengan corazón, en gracia del corsé. Desde el principio de los tiempos ha sido igual la manera de seducir: para Adán, la manzana; para Eva, la hoja de higuera. Solo que cuando toda la humanidad estaba en el Paraíso, esa hoja era de media vara. Ahora es de muchos metros.

Vestíos bien, señoras mis oyentes; ¡nunca os diría lo contrario! vestíos con todo el lujo que podáis, es decir, con todo el lujo que puedan gastar vuestros esposos; la elegancia es la peinadora de la hermosura, y el traje es la carta de recomendación que enseña el cuerpo. Más para que transmitáis mis consejos á aquellas que lo necesiten, voy á daros algunos.

Un vestido es, á veces, lo que más desviste un alma. ¿Cuál es la piedra de toque de la mujer? El diamante. Estad atentos junto al aparador de una tienda de modas ó junto al escaparate de una joyería; observad á las mujeres honradas que se detienen á ver las alhajas ó las telas: yo os diré qué miradas dicen ¡no! cuáles ¡sí! y qué otras ¡puede ser. . . . ! ¡Margarita, señoras, siempre Margarita! Pero esa Margarita que tanto han idealizado la música, la pintura y la cursilería poética; esa Margarita á quien amáis sin conocerla bien y solo porque la habéis visto en el teatro vestida de blanco y con cabello rubio, esa Margarita del poema-estátua, inmortalmente hermoso é inmortalmente frío, no tiene el encanto que le han prestado los comentadores de Goethe, los enamorados de ella.

Se observa en sus cantores el fenómeno de cristalización que señala Sthendal en todos los que se enamoran. Prestan á sus amadas los hechizos de su ideal, las visten de ellos. Margarita parece ángel, porque es rubia; Margarita parece santa, porque es bella; pero acercáos á mirarla bien: deja las flores por las alhajas, desprecia á Siebel pobre por Fausto rico; se vende, para decirlo de una vez. . . . Si no hubiera sido desgraciada, como lo son casi todas aquellas que se venden, la aborreceríamos. ¡Pura, Ofelia; honrada, Desdémona; santa, Cordelia!

Y así, como esa Gretchen de pelo rubio, hay muchas otras Gretchen de todos pelos que andan por ahí. También algunas salen de la iglesia, como Margarita, y pasan por la plaza. . . . . solo que pocas son las que tropiezan con un Fausto.

Pero lo que en el Paraíso se llamó hoja de higuera—y era de cortas dimensiones;—lo que sobre esa hoja de higuera se llamó rocío y se llama hoy collar de brillantes, continúan siendo las más poderosas armas de la eterna serpiente, conocida hoy con el nombre de vieja tras de la cual viene un viejo . . . . . generalmente hablando.

A otras que no son Margaritas ni andan *inter-pócula*, también les agradan mucho esas vanidades que son tan bonitas, que me gustan tanto y que resultan tan costosas. Querría tener mucho dinero

para comprarles todos esos alifafes que no pueden comprar todas las bonitas pobres. Ya están perfectamente vestidas por la naturaleza, que es la modista más judía porque nos cobra matándonos; pero no se les permite usar el traje, y por lo mismo, buscan ellas con justicia el que sea digno . . . . del otro. Pues bien, santamente hacen. Nada más me permito aconsejarles que no sacrifiquen á ese gusto la comida. ¡No, primero es comer y luego tirarse con los platos! No cercenen del *gasto* para agua dentrífica del Dr. Pierre, lo que les sería más útil emplear en vino de Burdeos. Primero come uno y luego se viste. . . . es decir, se viste para salir á la calle. Sobre todo, señoras, no hay razón para que el marido, á fuerza de ayunos, se vaya desvistiendo de la carne que Dios le dió y quedándose en huesos, para vestir á su mujer.

También aconsejo que esta afición á los mundanos atavíos, muy natural, muy justa en las hijas de quienes son, no se manifieste de una manera solemne con repique á vuelo Si el esposo, aunque se engañe, llega á creer que la compañera de sus días y de sus noches tiene por principal preocupación la de prenderse y adornarse, acaba por confundirla con el perchero y tratarla lo mismo. Ya ella y el *manequi* le son iguales.

Nada más justo, señoras, que procuréis llevar hermosos trajes. Conozco maridos que se gastan en el casino, en el club, en la cantina, en otras partes, lo que se vería tan bonito en forma de plumas sobre las cabezas de sus mujercitas, ó ciñendo, convertido en perlas, sus gargantas. Vosotras cumplís con ser hermosas; pero ellos están obligados á procurar que honestamente luzcáis vuestra hermosura. —Dadles cuanto os sea posible—digo yo á esos maridos;—¿qué mayor alegría que la de comprar una alegría, aunque sea momentánea—¡al fin así son todas!—á la mujer amada?

Pero también les digo á las señoras:—¿Y no podéis vosotras, pagar esos vestidos, esas joyas. . . . ?—Ya, ya sé que el señor tiene la llave de la gaveta. . . . . Ya sé que no podéis recibir dinero por otro camino. Pero no solo se paga con dinero. ¡Hay tantas cosas que no pueden pagarse con monedas! Si á ese brillante que os da vuestro marido en el día de cumpleaños, contestáis con una lágrima cuando él esté triste; si á ese sombrero que él mismo os pone en la mañana de año nuevo, respondéis con una sonrisa, pero no con la sonrisa de ese día, no con la obligatoria, no con la que se dirige al sombrero, sino con la que se aplaza para más tarde, para cuando se necesite; cuántos más trajes, cuántos más sombreros, cuántos más diamantes tendréis, señoras mías! ¿Qué os visten bien? ¡Muy debido. . . . siembre que no sea *debido!* Vestid vosotras de hermosura y gracia el alma. Esos trajes solo los saben hacer las buenas. . . . ¡esas buenas que solo conocen muchos padres, algunos casados y casi todos los hijos! Que paguen los maridos en el vil metal—tan

estimado por mí,—á modistas y joyeros: no podrá pagaros á vosotras el beso dado á tiempo, el nuevo traje lleno de gracia con que vestísteis vuestra inteligencia ó vuestro sentimiento. Vestíos de limpio el alma todas las mañanas, y de nuevo . . . . . siempre que podáis.

El amor no es monótono sino cuando son tontos los que se aman. Lo monótono es el tédio. Y como tan fácil es para vosotras comprar vestidos nuevos á las almas; como tenéis sin estrenar, tantos millones de sonrisas diferentes; como cada palabra y cada sombrero cambia de forma en vuestras manos de hada, yo os aconsejo que os dediquéis á ese tocado interno, así como aconsejo á vuestros maridos que paguen el exterior; pero ya sabéis, señoras mías, que hoy no solo se estrena en Semana Santa, sino en todas las semanas. . . . aunque sean muy malas.

ÚLTIMO SERMÓN.

Un venerable padre de la orden de Tirso de Molina, el padre Manuel Bretón de los Herreros, dice en una de sus comedias:

No hay cosa como morir
Y resucitar después.

Deja entender que una segunda vida pasada en el propio mundo que habitamos, debe de ser risueña y deleitosa, porque al creernos idos para siempre, hacen los hombres justicia plena á nuestro mérito y, con largueza, en bondades y halagos nos compensan los agravios que nos hicieron y las penas que nos causaron. Esto es cierto en tanto que la muerte sea tal muerte y la resurrección una mentira. Si están seguros de que ya no hemos de volver, ¿para qué han de gastar la pólvora en salvas y la envidia en muertos, cuando tanto la necesitan para los vivos? Pero si supieran que al calce de un certificado de fallecimiento podría escribirse, á guisa de acotación, como en las antiguas comedias españolas: «*Mutis.*» Hace que va y vuelve,»—dígoos en verdad que serían parcos en elogios y que guardarían bajo siete llaves sus rencores para sacarlos á relucir en sazón oportuna. No; bien está la muerte como está. Es conveniente morir de veras y no resucitar sino en otro mundo, allá en donde todavía no tenemos amigos. ¿Qué resucitado dichoso podéis señalarme? Creo que resucitado hombre, solo ha habido uno, Lázaro; porque Jesús, es Dios. Y desde que Lázaro resucitó no volvimos á saber nada de él; nada dijeron los evangelistas con relación al redivivo; se calló como un muerto. El monje Alfeo, otra especie de resucitado porque pasó en éxtasis cien años, al regresar á su convento y no encontrarse con sus hermanos, lo que hizo fué morirse de verdad y

de pena. Jesús mismo, con ser Dios y con haber resucitado al tercero día, cuando había lágrimas aún en los ojos de las humanas criaturas, lo hizo solo para dar una muestra de su gran poder, pero no con el designio de seguir viviendo mortal vida, puesto que, según las Santas Escrituras, no volvió á sus tareas ni á su eficaz apostolado, sino que apenas aparecíase, por instantes breves, á aquellos que más lo amaron en la vida.

Creedme ¡oh mis señoras! la muerte está bien hecha. Hay algunos afortunados que si resucitaran al tercer día de expirar, llenarían de júbilo las almas de los seres queridos; pero si esos mismos revivieran tres años después de haber rendido el postrimer aliento, acaso encontrarían un amor despierto, uno de esos cariños que jamás tienen sueño; pero, en cambio, ¡cuántos desengaños! ¡qué obscuridad y qué frialdad de olvido!

Hay que morir resueltamente; hay que decir adios sin reticencias ni condiciones; hay, en suma, que ser serio y formal para morir. Seamos indulgentes con las personas amadas á quienes dejamos en la tierra. Que nos den, mientras vivimos, toda su bondad y toda su ternura; pero no pidamos la eternidad á lo finito, ni la constancia á lo que es inconstante por naturaleza. Que nos lloren un poco: esas lágrimas calientan las almas de los pobres muertos; pero si todavía tienen capital de amor, forzoso es que le den algún empleo. Eso es muy triste, y por lo mismo, es cierto.

Yo me figuro el corazón como un búcaro al que traen sus flores otros corazones. Si se rompe este búcaro nuestro, si lo llenan de tierra, si ya en él no puede prender sus raíces planta alguna, no por ello deja de haber flores en las otras almas, y esas irán á esconderse y reclinarse en otras ánforas.

¡El amor eterno. . . . ! Qué hermoso ideal! Amar siempre lo mismo, y amarlo eternamente; ser dos, y ser uno para siempre; embeberse en otra alma como la gota de tinta roja en el papel poroso; tomar el color de la mujer querida, como algunos insectos toman el color de la hoja en que se posan; llegar á la unidad absoluta y perdurable, soñar inmortalmente el mismo sueño. . . . ¡qué ventura!

Pero solo los ángeles, señoras, saborean la monotonía de la felicidad. Y ellos nos ganan con ventaja, porque no tienen cuerpo, porque están fuera del tiempo y el espacio. Al meditar en ellos, muchas veces me he dicho: ¿para qué tendrán alas los ángeles? Ellos que siempre están quietos, de rodillas, contemplando á Dios, ¿para qué quieren alas?

¡Alas, nosotros los que vivimos en desasosiego inacabable; alas, nosotros que jamás pasamos luengas horas de contento en un mismo lugar; alas, nosotros que buscamos quién sabe qué por todas partes! ¡Y á nosotros negáronnos las alas que ostentan, cual prenda inútil, los querubes!

palabras que eran puras, que eran vírgenes cuando, por primera vez, él las oyó! ¡Y esa obra suya, solamente suya, todo lo que él enseñó en la ciencia del amor, todo lo que deja de él en esa criatura, va á pasar á manos ajenas y desconocidas, para que en ellas fructifique.

Ya miráis, señoras, cómo en esta resignación al olvido, llevamos nosotros la peor parte. No quiero contristaros ni despedirme dejándoos una triste impresión: por eso os digo que tras de la losa no se oye, y que cuando nos cierran los ojos no volvemos á ver. Yo presumo que la bienaventuranza ha de consistir en hallarnos al morir unidos para siempre y sustancialmente con los seres que amamos, así con los que se fueron antes que nosotros, como con los que dejamos en la tierra.

Dios ha de haber hecho un par de cada criatura: la que viene á la tierra y la que aguarda en el cielo, pero iguales, idénticas. Poco importa que se case con otro la compañera de quien nos separamos al morir: esa es como la imagen proyectada en un espejo. Y como en el cielo nos encontramos con la misma, pero eterna ya, y como allá todo es inmutable y no tornadizo, creeremos que nuestras viudas se murieron de dolor el mismo día que nosotros. Y hasta es posible que las de allá nos digan que así fué . . . . porque así sois, señoras, así sois.

De todas suertes, mis señoras, no resucitéis . . . . por sí ó por no.

LAUS DEO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

PÁGS.

INTRODUCCION. 1

CUENTOS FRÁGILES.

La balada de año nuevo. 1
La novela del tranvía. 5
La venganza de Mylord.—*A Memé* 11
La mañana de San Juán.—*A Gonzalo Esteva y Cuevas.* 17
En el Hipódromo 21
La pasión de Pasionaria. 28
Los amores del cometa. 32
Después de las carreras. 37
La hija del aire 42
Tragedias de actualidad.—El alquiler de una casa 45
Los suicidios. 49
Historia de una corista.—Carta atrasada 52

CUENTOS COLOR DE HUMO.

Juan el organista. 59
Dame de Cœur. 73
Rip-Rip. 78
Cuento triste. 83
El músico de la murga 86
Un 14 de Julio.—Histórico 92
El vestido blanco. 96
Crónica de mil colores 100
Historia de un peso falso 110

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CRONICAS Y FANTASIAS.

	PÁGS.
Crónicas Kaleidoscópicas	119
La vida en México.	123
El secreto.	129
Artículo de invierno	135
Humoradas dominicales	140
Crónica color de bitter	147
Crónica color de muertos.	152
La fiesta de la Virgen.—(En los campos.)	160
México en invierno.	164
Crónicas color de rosa	171
La odisea de Madame Théo.	185
La vida en México.	192
Crónicas deshilvanadas	242
Un baile en Chapultepec	249
El Crucifijo	255
Dolorosa.	261

NOTAS DE VIAJE.

Viajes extraordinarios de Sir Job, Duque.—En wagón	269
Veracruz de día y de noche.	276
Paseos en bote.	281
Viaje al rededor de las veracruzanas.	288
Del «Libro de mis viajes.»—Cuernavaca	292
Toluca.	296
Jalapa.	299
Puebla	306
Morelia.	308

HUMORADAS DOMINICALES.

¡Muy buen viaje!	315
Obertura de Primavera.	318
Flores y entierros	321
El crimen de la Profesa.	325
Después del crimen.	328

	PÁGS.
El suicidio de Nevraumont	331
Hechicera y hechizador.	335
Puestas de sol	338
El Czar está pálido.	342
Perrollaz está pálido	345
El cielo está muy azul	349
Los niños tristes.	352
A los ausentes	355
Al Maestro.	359
Mañanas de Abril y Mayo	362
La bandera	366
Las botitas de año nuevo.	369

PRIMERA CUARESMA DEL DUQUE JOB.

Domingo de la Tentación.	375
Semana del Hijo Pródigo.	380
Semana de Lázaro.	384
Semana de Dolores.	389
Domingo de Ramos	393
Domingo de Resurrección	396

SEGUNDA CUARESMA DEL DUQUE JOB.

Primer sermón.	403
Segundo sermón.	407
Tercer sermón.	411
Cuarto sermón.	417
Quinto sermón.	422
Sexto sermón.	427
Ultimo sermón.	431

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS